LAS CENIZAS DE HISPANIA

JOSÉ ZOILO HERNÁNDEZ

EL DUX DEL FIN DEL MUNDO

Las cenizas de Hispania III

El *dux* del fin del mundo

José Zoilo Hernández

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleernovelahistorica

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

A Héctor, mi *primipilus*

Soy un hombre de Ambrosius desde el día en que le juré fidelidad. Mis hermanos y yo.

ROSEMARY SUTCLIFF,
Aquila, el último romano,
mi primera novela histórica como lector

Prólogo

Benévolo ha sido el destino con mi persona; si no siempre en su trato, sí al menos al permitirme ser partícipe de muchos de los acontecimientos más importantes que han sacudido esta castigada tierra durante las últimas décadas.

Tantos años después, tras haber sido guerrero, matón, esclavo, criador de caballos e incluso tabernero, al fin he encontrado la paz que perseguí ignorando que únicamente podría hallarla buscando en mi interior. Tantos años después, apoyado en el alféizar de mi ventana, veo como las primeras lluvias del invierno caen alegres sobre la tierra sedienta que celebra el fin del estío, mientras los niños corretean, ajenos al frío que comienza a soliviantar mis viejos huesos. Juegan risueños, despreocupados, y pienso con orgullo que el que a su temprana edad aún ignoren lo que es el miedo es, en parte, gracias a mí. Pronto se escucharán los gritos de sus madres, llamándolos para que regresen al hogar, cambien sus ropas empapadas por otras secas y se calienten alrededor del fuego. Y verlos felices y seguros calentará también mi corazón.

Mientras los observo, doy vueltas a algo que, después de tantos años, he logrado desentrañar. Al fin me he dado cuenta de qué es lo que mueve esta tierra; no únicamente Gallaecia, ni Lusitania, ni tan siquiera Hispania entera, sino toda la Oikumene, como dirían los antiguos griegos. Hubo un tiempo en que hubiera respondido, sin dudarlo, que esa mágica palanca no era otra que el acero: una espada bien equilibrada y un brazo fuerte con el que blandirla. Pero ahora sé que me equivocaba. Un buen acero siempre es necesario, pero lo realmente importante son los motivos que te empujan a esgrimirlo: las ideas, los sentimientos; el amor y la amistad. Si en algún momento Marco escuchara de mí estas palabras, pensaría que al fin me he convertido a su credo... No a aquel que durante años he visto cómo manipulan los poderosos en su propio beneficio, sino el del mísero carpintero de Judea que fue crucificado por los suyos como si se tratara de un vulgar ladrón. Tampoco eso es cierto, pero supongo que esto es lo que sucede cuando duermes con alguien que piensa así, y lo que es más importante, actúa así. Nunca he renegado de las creencias de mi pueblo —mis creencias—, pero al fin, tantos años después, hasta mis cansados huesos claman por la paz. Paz para todos: hispanos, godos, suevos, britanos..., para todos, incluso para mí.

Mucho he vivido ya, y sé que mi final se encuentra cercano. Con casi setenta largos inviernos sobre mis cada vez más encorvadas espaldas, atrás quedaron los días de miseria y de gloria, de victoria y de derrota. Tan solo yo y unos pocos los recordamos ya, y sé que cuando me siento por las tardes alrededor del fuego con esos mismos mozalbetes que ahora se mojan con las primeras gotas de lluvia y les relato con pasión lo que estos viejos ojos han contemplado, me escuchan impresionados, como se atiende al narrador de cuentos que desgrana una buena historia, pero sin apenas llegar a creer un ápice de mis palabras. Marco dice que nuestra historia no morirá con nosotros, que lo que se escribe perdura. Sin embargo, yo siempre he creído que lo que queda en los corazones es lo único que permanece.

Pero mi vieja cabeza no me deja centrarme... Hubo un tiempo en que lucía una rebelde mata de cabello pajizo, de la que solo queda ya el recuerdo y un desmadejado cabello blanco que

acierto a recogerme en una coleta en las ocasiones especiales. Estaba hablando del amor y de la amistad, y he de reconocer que en ambos he sido afortunado en esta vida. Aunque también he sufrido grandes desilusiones, cierto es que siempre he podido salir adelante de cada una de ellas; y si bien en un principio me gustara creer que se debía únicamente a mi propia fortaleza, hoy me doy cuenta de que mucho han tenido que ver aquellos que se encontraban en ese entonces a mi lado.

Muchos han partido ya, pero aún tengo la suerte de disfrutar de la compañía de unos pocos, y es por ellos por los que debo hacer un último esfuerzo para recordar y resistir. No los decepcionaré, aunque cada vez se me hace más difícil levantarme por las mañanas, a pesar de que mi vejiga apenas me deje pegar ojo por las noches, a pesar de que mi garganta se reseca de tanto hablar. Pero Marco todavía toma notas sobre mi historia, o mejor dicho, sobre nuestra historia, y le he prometido que no me dejaré vencer por la oscuridad hasta que esta haya finalizado, o al menos hasta que haya llegado al mismo día de hoy. Será lo mejor: estoy demasiado cansado para continuar, y aunque nunca pensé que llegaría este momento, siento que en mi vida ya está todo hecho. Ahora tan solo quiero llegar a la noche y descansar tranquilo hasta cada nuevo amanecer, hasta que llegue aquel en que el sol se levante sobre el horizonte, pero mis ojos no puedan ya contemplarlo.

Por venir están los días en los que me reencuentre con tantos viejos amigos que han dejado huellas indelebles en mi corazón. Algunos me esperan desde hace muchos años, y otros hace tan solo unos pocos, pero sé que todos aguardan con paciencia a que al fin Attax, el alano, reclame su lugar entre ellos y vuelva a cabalgar a su lado.

I

Un frío gélido continuaba dominando las noches en la llanura desolada de Coviacum. Pocos lugares he visitado a lo largo de mi dilatada vida con los que irremediablemente asocie, casi como primera impresión, esa sensación de frío pertinaz que apenas daba tregua a nuestros ateridos huesos.

Nos encontrábamos en el mes de mayo, y ya el astro rey debería haber empezado a calentar el suelo para que las tierras de cultivo de los hispanos pudieran dar más tarde sus preciosos frutos. Pero aunque por el día el sol comenzaba, tímidamente, a hacerse notar, por las noches la temperatura descendía hasta volver a hacernos temblar. A la caída de la tarde, los lugareños se hacinaban en sus casas, tratando de retener el calor desprendido por la lumbre.

Pero mucho me temo que la reflexiva quietud que se respiraba entonces no se debía tan solo al intenso frío: días después de la cruenta lucha que se había desarrollado junto a la muralla de Coviacum, y aunque ya los cadáveres de los vencedores y los vencidos habían sido retirados por uno y otro bando, el recuerdo del duro combate pesaba como una losa sobre nuestras cabezas. Yo mismo, veterano de tantas batallas, sentía erizarse el vello de mis brazos al recorrer los solitarios muros después de la puesta de sol. Allí, a la sombra de los vivos, las almas de los difuntos debían de caminar aún, buscando el lugar por donde escapar de este mundo y dirigirse al más allá, muchas de ellas sin saber por qué debían abandonar aquella tierra, y otras, la mayoría, aferrándose a una última imagen que llevarse de los suyos, de los que permanecerían mientras ellos se convertían, poco a poco, en meros recuerdos. Ni siquiera el tacto metálico de mi espada, tan útil en otras ocasiones, era capaz de tranquilizarme en esos momentos. No era de extrañar, pues de nada serviría el acero contra lo que me rodeaba, entre las almas de los guerreros muertos que todavía deambulaban allí donde sus días habían terminado, desconsolados al ver como las fogatas de la vida prendían de nuevo en el interior de los muros.

Wulfila sanó. No fue fácil ni rápido, pero con los cuidados de Vera y las atenciones de todos nosotros, unidos a su propia fuerza de voluntad, el godo fue mejorando de los fuertes dolores que lo aquejaban, aunque todavía pasarían varias lunas hasta que pudiera aferrar de nuevo el escudo que le había salvado la vida. Poco a poco nuestras heridas también se fueron curando —más rápidamente las de nuestros cuerpos que las de nuestras almas—, pero aunque pareciera que tras la batalla habíamos pasado lo peor, también fue duro sobreponerse a la tensa convivencia de los días siguientes.

Dos jornadas después de la batalla, Salla, con buen criterio, dispuso la partida de la mayoría de los guerreros godos supervivientes —algo menos de dos centenares—, y los envió hacia el este bajo el mando de uno de los hombres de confianza del difunto Segismund, en busca del camino que su rey había emprendido de regreso a la Galia. Gracias a la intercesión de Marco, él mismo y el puñado de fieles que quedaban con él obtuvieron permiso para mantenerse acampados en las afueras del poblado hasta que dieran sepultura a los cadáveres de los suyos y los heridos más graves tuvieran tiempo de mejorar; luego seguirían los pasos de los restos de su desarbolado ejército en dirección a Tolosa.

Creo que el propio Salla también debió de sentirse aliviado con su partida, y no solo los habitantes del castro. Entre los que partieron, no todos habían entendido las órdenes de su joven líder, que habían puesto fin a la batalla justo después de que el inmenso ariete hubiera logrado por fin reducir a astillas el portón; aunque la perspectiva que les aguardase en el interior, con los guerreros del castro dispuestos a vender cara su piel en la defensa de la barricada llameante y los habitantes del mismo arrojando toda suerte de objetos desde lo alto de la muralla, no fuese precisamente un camino de rosas.

Tras los largos días de asedio y un primer ataque infructuoso, cuando por fin el portón había caído y lo más cruento de la batalla tenía lugar en el estrecho pasillo que habíamos preparado detrás, Salla detuvo el combate al ver que el espacio en el que habían chocado atacantes y defensores se había convertido ya en un charco sangriento atestado de los cadáveres de los suyos. Desde mi punto de vista, fue una decisión inteligente: más allá del impacto que supuso que nosotros, sus amigos, nos encontráramos entre sus adversarios, sus hombres habían quedado confinados en una posición muy comprometida a merced de los defensores. Como el joven nos confesó más tarde, él se había opuesto desde el principio a continuar con el asedio, pues las altas murallas prometían elevadas pérdidas sin que la perspectiva de botín compensara el riesgo; pero no estuvo en sus manos tomar decisiones definitivas hasta que el destino —o más bien nuestras armas— hizo que los dos cabecillas de la tropa goda dejaran sus vidas sobre la muralla.

Finalmente, del alrededor de un millar de duros guerreros godos que iniciaron el asalto, en el momento de la rendición quedaban en pie menos de dos centenares; me maravillaba cada vez que pensaba que no solo les habíamos hecho frente, sino que habíamos sido capaces de causar semejante matanza. Incluso en ese momento seguían siendo más hombres que los que nosotros podíamos oponerles, pero a nosotros nos apoyaban los civiles del poblado, y además la inercia del combate nos era propicia. Una vez que lograron reducir el portón a escombros a golpes de ariete, los godos comenzaron a atravesar a duras penas la barricada que había detrás, pero quedaron allí inmovilizados, sin poder hacer valer su ventaja numérica frente a los mejores hombres que nos quedaban, que aguantaban en férrea formación, conscientes de que la vida de los suyos dependía de que se mantuvieran firmes. Y eso fue lo que hicieron, mientras sus compañeros, apoyados por los civiles, bien posicionados en la muralla sobre el portón, golpeaban sin piedad a los godos que trataban de cruzar la barricada con cualquier cosa que tuvieran a mano, provocando un muerto tras otro.

Yo, por mi parte, entendía la decisión del joven, pero los gestos agrios, airados, de algunos de los guerreros godos los días posteriores a la batalla denotaban que muchos de ellos habrían preferido continuar la lucha, costara lo que costara, y tratar al menos de vengar la afrenta a la que se habían visto sometidos: ser rechazados por un puñado de labriegos hispanos.

La batalla que narro tuvo lugar en las murallas de un antiguo castro —ese es el nombre que le daban sus habitantes al poblado— conocido como Coviacum. Allí, los defensores, la mayoría hispanos de las aldeas vecinas que se habían reunido para cobijarse tras los muros de la fortificación, entre los que nos encontrábamos nosotros después de abandonar el ejército godo y huir del brutal saqueo al que este había sometido a la cercana ciudad de Asturica Augusta, habíamos repelido una y otra vez a los atacantes, un enorme contingente de godos que se entretenía en saquear la comarca vecina en busca de botín durante el camino de regreso a sus hogares, allá en la Galia.

Teníamos todas las de perder: contábamos con menos hombres que el enemigo y, por descontado, muy pocos de ellos eran guerreros veteranos, como los que rugían al otro lado de la

muralla. Pero finalmente nos habíamos impuesto sobre los atacantes. Nos costó la sangre de todos nosotros; no solo la de los improvisados guerreros del castro, entre ellos su líder Lucio, sino también la de cada uno de los ancianos, niños y mujeres de Coviacum que, conscientes de que no habría piedad para ellos una vez que las defensas fueran desarboladas, vencieron sus miedos y lucharon con uñas y dientes por cada palmo de terreno, su terreno.

Marco, Galieno, Issa y yo mismo, e incluso las mujeres que nos acompañaban, habíamos participado en la lucha. Es más, tras la muerte de Lucio, los habitantes del castro habían confiado en Marco para que asumiese el mando de la defensa. Pero el combate, a pesar de resultar propicio, había terminado marcando a fuego una sombra indeleble en nuestros corazones. Durante el mismo perdimos a Galieno, el valiente y jovial Galieno, y con él murió una parte de cada uno de nosotros. Conocía al chico desde que era un mocoso, y me acompañaba desde que era un muchacho, desde que abandonáramos la finca en llamas en la que había crecido, al igual que su amigo Marco, que, con el semblante demudado por el dolor, y tratando de disimular las lágrimas, se encontraba a mi lado mientras lo enterrábamos.

Galieno luchó como un valiente. Rápido, fuerte, ágil, osado y generoso, muchos guerreros godos habían perecido bajo el empuje de su espada. Pero quiso el destino que fuera a encontrar la muerte a manos del cabecilla godo que lideraba el ataque. Liuva, el gardingo. Maldito sea por siempre su nombre y el de los suyos.

Él tampoco salió bien parado, pues cayó sobre aquella misma muralla que trataba de tomar por la fuerza. Mientras yo luchaba con denuedo en el otro extremo del recinto, mis muchachos al final habían logrado acabar con él. Galieno, antes de sufrir el golpe que segó su vida, lo había herido en una pierna; y tras él, Marco e Issa habían terminado el trabajo. A la vez que una certera flecha del britano se clavaba en la espalda del godo, la afilada hoja del hispano encontraba el hueco para hincarse con violencia en el pecho de su rival.

Aunque a regañadientes, al final tuve que rendirme ante la insistencia de Marco, y el entierro del cuerpo de Galieno, allí bajo la fría tierra de Coviacum, fue oficiado por un sacerdote cristiano. Por otra parte era lógico, porque desde pequeño Galieno había profesado su fe, aunque luego disfrutara sobremanera en el campo de batalla y en el campo del amor tanto como cualquier bárbaro pagano. Lucila, nuestra anfitriona y la dirigente del poblado tras la muerte de su hermano en la batalla, asistió al funeral acompañada de uno de los dos sacerdotes del lugar. El tipo, bajito y un poco metido en carnes, estuvo departiendo largo rato sobre su credo, utilizando enrevesados y absurdos juegos de palabras que yo no entendía; y por las caras de muchos de los presentes, creo que no era el único. Así que, tras escuchar las primeras palabras del sacerdote, me limité a dejar volar mi mente en silencio, con los ojos cerrados y sin soltar la empuñadura de mi espada, despidiéndome a mi manera.

Al funeral asistimos sus amigos: Issa, su pareja hispana, Vera, y tras ellos las últimas incorporaciones a nuestro peculiar y heterogéneo grupo: Sunna, una bella mujer de semblante grave y origen vándalo a la que habíamos rescatado de la casa del obispo de Asturica, y firmemente asido a su mano un pequeño sinvergüenza al que le había prometido, en un impulso, que lo protegería durante la batalla y que no se separaba de nosotros desde entonces, tras quedar huérfano en la contienda. También estuvieron los que habían luchado a nuestro lado, encabezados por el veterano Arcadio y su inseparable Linto, e incluso algunos de los que aquellos días habían luchado contra nosotros. Fue una escena extraña, pero no en vano eran también sus amigos, aunque el destino hubiera dispuesto que tuviéramos que enfrentarnos de tan cruel manera. Marco rezando con los párpados fuertemente apretados, yo aferrado a mi espada,

Issa mirando al sacerdote con el ceño ligeramente fruncido, como si su incansable verborrea molestara a su reflexión; las lágrimas de Vera, la palidez de Sunna, y Arcadio y Linto escrutando con ojos furiosos a los godos, atentos a cada uno de sus movimientos... Salla, vestido elegantemente con una enorme capa negra y desarmado, cruzó el poblado seguido del gigantesco Ibbas y del fiel Witiza para apoyarnos en esos duros momentos. Nada más llegar, y ante las frías miradas de muchos de los hispanos que se encontraban cerca de nosotros, el joven godo nos abrazó fuertemente uno a uno, y por último, antes de regresar a donde lo esperaban los suyos, se dirigió a la tosca estela bajo la que descansaría para siempre el cuerpo de Galieno y, de rodillas, extrajo del interior de su capa con solemne lentitud una pequeña cruz ribeteada de hueso que llevó primero a sus labios y después introdujo suavemente en la tierra antes de levantarse y hacer con sus manos la señal de la cruz. Salla también era seguidor de Cristo, no debía olvidarlo, aunque, como el resto de su pueblo, de la rama arriana, así que era tenido por los cristianos hispanos como un hereje digno del peor de los tormentos. Amor fraternal lo llaman...

Pero, de alguna manera, aquel sencillo entierro en el que nos reunimos amigos y enemigos, paganos y cristianos, entristecidos todos por la misma pena, me permitió intuir que existe algo más importante que las ideas, los rencores e incluso los dioses, algo que puede llegar a unirnos a todos los hombres, aunque sea por un efímero instante que, rota la magia, pronto se desvanece.

Yo, aferrado a la empuñadura de mi acero, me repetía a mí mismo que, si bien Galieno había partido, me esperaría allá donde Anderico y tantos otros ya me aguardaban desde hacía años y se divertiría con ellos hasta que me llegara el momento de ir a su encuentro para disfrutar de la eternidad juntos. Pero ese momento debía esperar, pues a mí aún me quedaba mucho que hacer en aquella Hispania convulsa en la que me había tocado nacer, y por la que sentía que todavía merecía la pena luchar.

Una semana después de la última batalla, antes del amanecer ya me encontraba en la muralla esperando el sagrado momento en que el sol apareciera por el oriente e iluminara mi rostro, cuando llegó a mi lado Arcadio, moqueando ostensiblemente.

—Tienes que convencer al chico para que se quede, alano —me espetó, a modo de saludo.

Giré lentamente el cuello y lo miré, alzando una ceja.

—Pensé que odiabas todo lo que proviniera de los godos, amigo, pero si insistes hablaré con Salla.

—Maldito idiota, eso no ha tenido ni pizca de gracia. ¡Hablo de Marco! Tiene que quedarse y ocupar el lugar de Lucio —me dijo mientras apoyaba su espalda en la fría piedra, soltando un nuevo reniego al notar la humedad.

—Eso tendrás que decírselo a él, Arcadio —respondí con seriedad, consciente de que tal cosa nunca ocurriría.

El tío de Marco le había hecho prometerle, cuando partimos de su casa de Lucus, que volvería una vez acabada la campaña, ya saciada la sed de venganza del joven, para atender los negocios familiares y ocupar su lugar en la sociedad lucense. Yo, por mi parte, le había prometido a Cayo que protegería a su sobrino hasta llevarlo sano y salvo de vuelta, y también tenía mis propios motivos para querer regresar a la ciudad —entre ellos Aspasia, mi bella hispana, a la que nunca pensé que extrañaría tanto y con la que pretendía tener unos cuantos mocosos antes de que fuera demasiado tarde... si es que no lo era ya—, por lo que era el primer interesado en retomar la

antigua calzada hasta nuestro hogar. Un hogar. Cuando lo pensaba, se me hacía extraño que, tras tantos años de deambular sin rumbo por media Hispania, por fin pudiera referirme a algún lugar como mi casa.

Arcadio interrumpió bruscamente mis pensamientos.

—Lucila no se lo quiere decir, pues no desea comprometerlo. Pero nos hace falta un líder después de la muerte de Lucio.

—Lucila tiene suficientes arrestos para dirigir esto ella solita —repuse, plenamente convencido después de haber conocido el temperamento de la mujer.

—No me hagas reír, alano. Claro que los tiene, pero entonces los ancianos la obligarán a desposarse y será a su esposo al que escuchen. Por favor...

—Pues cásate tú con ella. —La mirada furiosa que me dirigió Arcadio me hizo sonreír y esbozar un gesto conciliador—. De acuerdo, de acuerdo... Te prometo que lo hablaré con él. Tranquilo, *optio*.

Las chispas recién desvanecidas volvieron a inflamar sus ojos, y pareció que iba a estallar en ese mismo momento, pero se contuvo y miró a su alrededor para comprobar que nadie nos había escuchado.

—¡No me llames así! Todo lo que te dije aquella noche eran meras ocurrencias de un viejo y desengañado borracho.

—Lo que quieras, *optio* —le respondí, divertido, ensayando un remedo de saludo militar.

El veterano Arcadio, que hacía las veces de capataz, protector y consejero de Lucila, como también lo había sido de su difunto hermano Lucio, había servido bajo las águilas de Roma durante casi toda su vida, hasta que el destino lo había llevado a conocer al padre de los chicos cuando vagaba sin rumbo por la castigada Hispania, y junto a él, en aquel castro perdido, había encontrado su lugar.

Abandonó mi lado farfullando algo sobre su opinión acerca de los alanos chismosos y lo que habría que hacerles, pero no le hice caso y esperé a que el sol terminara de asomar en el horizonte antes de descender de la muralla.

Era lógico que pidieran a Marco que se quedara en el castro. Para los hombres y las mujeres de Coviacum éramos héroes: habíamos escoltado a la hermana de su líder desde la saqueada Asturica hasta el castro, la habíamos traído sana y salva pese a multitud de peligros, y habíamos llegado además en el momento justo para liderar la defensa del castro contra la repentina aparición de una horda de invasores. No estaba mal como carta de presentación, la verdad. Ellos hablaban de la mano de Dios, que nos había guiado para ejecutar sus designios. Pero después de algunas conversaciones con Salla y los suyos, yo tenía una idea, mucho menos halagüeña para nosotros, de cómo se había desarrollado el asunto en realidad. Y mucho me temía que, más que salvadores enviados por su dios, éramos, en cierto modo, responsables de que semejante tormenta de acero se hubiera abatido sobre las sencillas gentes de Coviacum. No creo que Arcadio nos hubiera culpado por ello, pero ciertamente era una historia que no me apetecía compartir.

Tras algunas breves pero reveladoras charlas con Salla, al fin se habían confirmado mis sospechas sobre los motivos de la insistencia goda en hacerse con el castro. Nuestra apresurada huida desde Asturica no había pasado tan desapercibida como esperábamos, aunque tuviésemos motivos para temer lo contrario. Durante el asalto a la ciudad por el ejército godo, nosotros, que descansábamos ajenos a todo en el palacio del obispo Toribio, fuimos sorprendidos por un grupo de saqueadores. El destino quiso que su cabecilla fuera el favorito de Liuva, su hombre de

confianza: Segga. Por fortuna para Lucila, y por desgracia para nuestros intereses, cuando tratábamos de escapar del infierno en el que se había convertido la casa del obispo nos topamos en la entrada con el godo arrastrando a la hispana, mientras sus hombres ponían patas arriba la casa en busca de riquezas. La huida ya no era posible con Segga en nuestro camino: habíamos acumulado demasiadas cuentas pendientes, tanto con él como con su jefe, durante nuestra estancia con el ejército godo, y una vez cara a cara en medio de aquella locura, el enfrentamiento era inevitable.

Luchamos hasta acabar con nuestros atacantes y huimos a la carrera de la casa, llevándonos con nosotros a la noble hispana y a Sunna, que formaba parte del servicio del obispo Toribio, a las que acabábamos de conocer. Escondiéndonos de la locura que se adueñó de las calles de Asturica y la convirtió en un auténtico infierno, logramos salir de la ciudad y seguimos la ruta propuesta por Lucila, únicamente porque nos había ofrecido unos buenos caballos con los que viajar a Lucus si accedíamos a escoltarla. Tras pocos días de marcha llegamos al castro.

Aunque detectamos ciertos movimientos de jinetes por la zona, tras varios días de tranquilidad por fin nos convencimos de que se trataba tan solo de algunos exploradores desgajados de la partida goda que andaban echando un vistazo por la zona y de que nuestras preocupaciones habían terminado. Pero no fue así; ya sabíamos que al menos uno de los guerreros de Segga, herido por una flecha, seguía con vida cuando nos marchamos y podía relacionarnos con el altercado ante su jefe. Esperaba que hubiera muerto desangrado antes de tener la oportunidad, pero se ve que al maldito cabrón le dio tiempo de delatarnos. En cuanto Liuva tuvo noticias, envió a algunos de sus hombres a seguirnos el rastro, mientras él continuaba en la ciudad, rumiando su venganza y esquilmando las pocas riquezas que había en Asturica. Y sus sabuesos dieron con nosotros y revelaron nuestro paradero a su señor.

Pocos nombres recuerdo con tanto odio como el del gardingo. Liuva... El arrogante guerrero ya consideraba que había acumulado motivos de sobra para querernos muertos, pero el haber acabado con su hombre de confianza convirtió sus deseos de venganza en una auténtica obsesión. Para ser justo, si alguien hubiera acabado con alguno de mis muchachos y yo lo supiese vivo y en las cercanías, también habría estado dispuesto a perseguirlo hasta el mismísimo infierno; y el godo, al que nunca tuve por un hombre cabal, y que disponía de hombres a su mando y una considerable influencia entre el resto de los cabecillas, no escatimó esfuerzos por hacer lo propio, hasta rebasar con creces, a mi parecer, los límites de la sensatez. Sin embargo, ante la pregunta de si yo habría dado por buena la pérdida de cerca de siete centenares de guerreros para tener una oportunidad de vengar la muerte de Marco, no sabría qué responder.

Así, antes de que el *dux* Cyrila, el comandante de la columna que había saqueado Asturica sin piedad, emprendiera de nuevo la marcha hacia la Galia con la bolsa menos llena de lo que le hubiera gustado, Liuva se encargó de convencer a otro importante y ambicioso líder godo, Segismund, para que lo siguiera si quería encontrar el oro que Asturica no les había reportado. Segismund, un lobo hambriento de riquezas, enseguida prestó oídos al gardingo. Este, según luego sabría Salla por los rumores de la tropa, inventó una fantástica historia sobre las supuestas riquezas que se guardaban en Coviacum, al resguardo de ojos indiscretos. Lo primero que debió de extrañar a Segismund era que Liuva compartiera con él semejante secreto, pero el gardingo lo persuadió explicándole que él solo no contaba con suficientes hombres para lograr su propósito y que necesitaba su apoyo y el de los suyos. Finalmente, Segismund se dejó regalar los oídos con las fantasías de Liuva acerca del botín que guardaban aquellos toscos muros: un lugar perdido para un tesoro perdido. Una gran columna de guerreros se desgajó del ejército principal,

dispuestos a hacerse con el castro y regresar a su hogar cargados de oro, plata y joyas, y entre ellos, Salla y los cincuenta hombres que su padre había dejado a su mando, pues el propio Cyrila había ordenado que quedaran bajo las órdenes de Segismund.

El muchacho pensaba que, en el fondo, el viejo *dux* se avergonzaba de su falta de firmeza al dejarse convencer por los argumentos de Segismund y el burgundio Gundemar, partidarios de permitir un desahogo a la tropa, pues muchos de los guerreros habían comenzado a protestar por el escaso botín que la campaña les había reportado a causa de las órdenes de Teodorico de respetar a la población local. El saqueo de Asturica se condujo con una brutalidad que el *comes* Akhila, el padre de Salla, siempre recto, moderado y fiel a los designios del monarca, y perfectamente capaz de transmitir esta disciplina a sus hombres, de seguro habría reprobado. Y dado que Akhila ondeaba la bandera de Teodorico contra el usurpador Agriwulf en la cercana Gallaecia, después de que el warno traicionara la confianza del rey al ponerse al frente de los suevos que quedaban en la región en lugar de someterlos al dominio godo, tal y como dictaban sus órdenes, sin duda pensó que lo mejor era enviar a Salla lejos del lugar, para que no tuviera ocasión de informar a su padre de los excesos cometidos en la puerta de entrada de la provincia, Asturica Augusta.

Liuva tejió su ardid con sumo cuidado, apurando a Segismund a realizar el trayecto lo más rápido posible con la amenaza de que sus espías le habían informado de que los hispanos del poblado estaban inquietos y podían estar valorando huir con sus riquezas a cuestas. Y así, en poco tiempo se encontraban frente a las murallas dispuestos a tomar el castro al asalto, Segismund soñando con montañas de oro y plata y Liuva, con nuestras cabezas cercenadas. Lo que no podía esperar el godo era que semejante peñasco le fuera a resultar tan difícil de tomar por la fuerza. Lo que creía que sería un paseo militar en el que acabaría con sus odiados enemigos sin apenas esfuerzo se convirtió en una maldición para los suyos. Y la situación aún se agravó más cuando Segismund fue a reunirse con sus ancestros, allá en la pocilga en la que lo esperaran, gracias al filo de mi espada, pues la locura de Liuva no hizo sino inflamarse todavía más tras la afrenta que supuso la inesperada derrota sufrida en la primera tentativa de asalto planteada.

A pesar de haber dejado en el intento a casi la mitad de sus hombres, y con la amenaza de exponerse a una nueva derrota, el gardingo no cejó en su empeño. Entonces, al mando de la expedición, y con los hombres de Segismund apoyando su afán de vengar a su capitán, Liuva perseveró en su idea de tomar la plaza costara lo que costara, a pesar de las objeciones planteadas por algunos de los cabecillas más sensatos, como el propio Salla, que entendían que el botín que podían obtener no representaba premio suficiente para compensar la cantidad de vidas perdidas bajo aquellas murallas. Cualquier hombre caído en Coviacum sería un guerrero menos para defender la causa de Teodorico en la Galia, por lo que era de suponer que el propio rey pediría explicaciones por el riesgo asumido, incluso en caso de victoria. Pero para Liuva ya no existía Teodorico, ni era prciso prestar atención a aquellos alfeñiques que se sentaban en su tienda; Liuva solo pensaba en nuestras cabezas ensartadas en afiladas estacas. Así que despachó a aquellos que le llevaban la contraria con airadas acusaciones de cobardía y siguió adelante, hasta que terminó con su propia cabeza adornando nuestra barricada. Al recordarlo no pude evitar sonreírme por las ironías del destino.

Froté mis magullados brazos, que los rayos del sol comenzaban a calentar agradablemente, bajé de la muralla y recorrí el camino de tierra que cruzaba el castro hasta la pequeña casa de piedra en la que nos habíamos instalado. El poblado, anteriormente atestado por la cantidad de

refugiados que se habían parapetado tras las murallas ante el avance godo, ahora resultaba demasiado grande para los supervivientes del asedio, por lo que ya no compartíamos estancia con los lugareños, sino que teníamos una cabaña propia Marco, Issa y yo mismo. Nuestras mujeres —si es que podíamos llamarlas así— continuaban viviendo con Lucila, y nuestros amigos godos soportaban como podían las inclemencias del clima de la meseta en un pequeño campamento levantado a los pies de las murallas.

Cuando llegué al pequeño collado donde estaba nuestra cabaña me encontré con Sunna, que me esperaba en la puerta con gesto contrariado y los brazos en jarras. Sonreí al verla; estaba bellísima, con su sencillo traje de color parduzco, su manto gris sobre los hombros y aquel mohín de disgusto con el que me escrutaba, los claros ojos brillando y los labios ligeramente entreabiertos. Realmente, debía dejar de pensar en ella de esa manera, ya que en breve regresaríamos a Lucus; pero simplemente no era algo consciente, aquellos pensamientos me asaltaban a traición, sin apenas pasar por el filtro de mi cabeza.

—Y bien, ¿dónde te habías metido, viejo cascarrabias? —me espetó, indignada—. Si tú eres un irresponsable, al menos tus costillas no deberían sufrirlo. Además, tengo otras cosas que hacer aparte de esperarte aquí plantada.

—No me trates como si fueras mi madre, Sunna; nunca he tenido madre, y no sé bien cómo debo responder...

—No sé por qué me preocupo por ti, si ni tú mismo lo haces, bárbaro desconsiderado. —Meneó la cabeza y se giró hacia la cabaña.

Durante la batalla recibí un feo lanzazo en las costillas, y si salvé la vida fue únicamente gracias a la excelente malla que vestía y que antes había pertenecido a Segga. Tras el golpe, en la cota quedó un agujero del tamaño de mi puño, y hacía varios días que descansaba junto a la cantidad de trabajos pendientes que tenía Belas, el herrero, apilados por doquier en su oscuro taller. Pero aunque la herida no fue grave, mis costillas sí que sufrieron bastante: el costado se me amoratá al instante, y con el paso de los días había ido pasando por toda la gama de tonalidades entre el rojo negruzco y el morado verdoso. Además, los dolores al respirar eran considerables, y mejor no hablar de rozar siquiera la zona con algo más recio que la ropa que la cubría.

Como había supuesto desde el principio, al menos un par de costillas estaban rotas o astilladas; ese fue también el diagnóstico de Vera tras un primer vistazo, y luego el físico del poblado lo corroboró. Me aconsejó que no hiciera grandes esfuerzos y me surtió de una buena cantidad de un ungüento pastoso de fuerte olor, que cualquiera sabía qué ingredientes contenía. Sunna se había ofrecido a aplicármelo cada día, visto que Vera debía pasar la mayor parte del tiempo atendiendo al pobre Wulfila, que no solo estaba más grave, sino que además protestaba bastante menos que yo. Así que la vándala, mañana tras mañana, palpaba con cuidado mi costado lastimado, aplicando el apestoso mejunje con sus manos frías, delicadas pero firmes, para luego vendarme el torso. Con el tiempo, fue resultando peor soportar el tacto de las manos de Sunna sobre mi piel sin que mi traicionero cuerpo reaccionase de manera ostensiblemente inadecuada aparte del dolor de la propia herida; pero alguien debía atenderme, por mucho que yo tratara de evitarlo buscando cualquier excusa que se me ocurriera.

—De acuerdo, de acuerdo, tienes razón —dije para intentar apaciguarla mientras entraba detrás de ella, deteniéndome en el umbral—. ¿Dónde están los muchachos?

—Issa salió temprano con Vera, y Marco ha ido con Linto a ver a Lucila.

Mierda, pensé rápidamente. Encima, esta vez a solas. Pero Sunna ya tenía todo dispuesto para

la cura, así que no había marcha atrás. Me sentí algo ridículo, como un estúpido adolescente con la cabeza llena de absurdas fantasías, así que decidí dejarme de mojigaterías y afrontar aquello como un adulto.

—Pues venga, aunque te advierto que estoy muchísimo mejor —mentí sin tapujos.

Entré en la desangelada cabaña, invadida por el familiar olor de la mezcla que Sunna convertía en la espesa cataplasma, que ya se encontraba preparada en un pequeño recipiente que reposaba sobre la mesa. Suspiré, me quité la capa y luego aparté también la tosca camisa de lana. Hacía frío, y sentí un ligero temblor que recorrió mi cuerpo, quizá no solo debido al aire gélido, sino también a la desagradable sensación de vulnerabilidad que me asaltaba al descubrirme frente a la vándala. Ella, aparentemente ajena a mi incomodidad, tomó el cuenco de la mesa y se acercó removiendo su contenido con energía, lo colocó en el suelo, a mi lado, y tras retirar las vendas sucias comenzó a aplicar el ungüento, palpando la herida con cuidado. Lo que en un principio tuvo un color violáceo comenzaba a verse ligeramente verdoso por los bordes, aunque el centro seguía oscuro y caliente, además de considerablemente inflamado. Al menos ya no me costaba tanto respirar como los primeros días, pero sí que me dolía horrores cuando lo presionaban como lo hacía Sunna en ese momento. Me removí, protestando por lo bajo, aunque lo cierto es que agradecía poder fijar mi mente en el dolor y apartar de ella todo lo demás. Por todos los dioses... Llevaba demasiado tiempo sin una mujer, y cuando estaba a punto de volver a Lucus con mi absurda promesa de fidelidad a Aspasia, formulada en un momento de arrobamiento místico —o locura senil, según se mire— a la mártir santa Eulalia, intacta, todo aquello comenzaba a resultarme extremadamente penoso. Menos mal que la vándala no me hacía ningún caso y eso convertía mi lucha interior en poco más que una preocupación estéril que solo afectaba a mi propio orgullo.

Con mano experta, muy concentrada, continuó aplicando el emplasto, extendiéndolo con sus dedos hasta formar una fina capa homogénea sobre la herida. Yo, con los ojos cerrados, aguanté tratando de permanecer inmóvil, a la vez que pensaba en vacas rumiando —o en ratones correteando, o en lo más absurdo que se me ocurriera—, ya que es prácticamente imposible excitarse cuando uno piensa en cosas así. Cuando llevaba ya un buen rato, de repente paró el metódico proceso y se levantó en busca de las gasas de lino limpias con las que me vendaría. Que cada día tuviéramos que sustituir buenas y caras gasas como aquellas que ni siquiera habían tenido tiempo de ensuciarse para mí era un dispendio inadmisible, pero Lucila insistió en proveernos de ellas para curar nuestras heridas durante el tiempo que disfrutáramos de su hospitalidad.

Sunna comenzó a vendarme con cuidado, presionando con una mano la gasa sobre mi costado, y yo la ayudé dando vueltas sobre mí mismo, mientras ella afianzaba fuertemente el tejido. Cuando había dado apenas tres vueltas estaba ya algo mareado, no sabía si por el olor del mejunje, por el movimiento, o por estar a solas con Sunna en la misma habitación. Las malditas vacas huyeron a la carrera de mi prado imaginario. Pero, por fortuna, en ese momento, Issa penetró ruidosamente en la habitación.

—Siento molestaros —dijo, con el pelo alborotado y un gesto de culpabilidad en el rostro. El chico debía de haber salido temprano con Vera para contemplar el amanecer, igual que yo, pensé divertido—. Te estaba buscando, Attax; fui hasta la muralla pensando que te encontraría, pero...

—De allí vengo, Issa, pero ahora Sunna me tiene prisionero por este rasguño.

—Marco quiere que nos reunamos con él en la tienda de Salla; nos esperarán allí.

—¡Este muchacho no se va a dar cuenta nunca de que tiene que darle descanso a esa pierna!

—exclamé, enfadado.

Marco había sufrido un corte a la altura del muslo durante la lucha, y hacía días que lucía un aparatoso vendaje y debía caminar ayudándose de una tosca muleta. También a él le habían recomendado reposo para que su herida sanara. El único de los nuestros que había escapado ileso de la batalla fue Issa, aunque todavía lucía vendajes en los dedos por los cortes que se había hecho al disparar sin descanso la cantidad de flechas con las que había inundado el frente godo.

—Mira quién fue a hablar —me interrumpió Sunna, socarrona.

Issa no pudo por menos que sonreírse, y seguidamente me hizo un gesto indicándome que me esperaría fuera.

Mientras hablaba con el britano, Sunna había terminado de vendarme, y ahora comprobaba que había quedado el vendaje lo suficientemente firme para aguantar sin desprenderse hasta la próxima cura.

—Es una lástima que no tengas más barriga, alano; así estaría segura de que no se te escurrirían las vendas. Pero estás demasiado flaco para eso.

—La culpa es de estos mocosos, que en lugar de darme tranquilidad y banquetes, como merezco, me obligan a luchar sin descanso.

Me dio una ligera palmada en el costado que hizo que me doblara sobre mí mismo.

—Veo que estás mucho mejor, alano, tienes razón —repuso con ironía ante mi mirada dolida —. De todas formas, mañana vendré a la misma hora.

Recogió sus cosas y salió por la puerta sin despedirse; la seguí con la mirada mientras abandonaba la estancia, y me volví a vestir con la tosca camisola y la vieja capa antes de recorrer otra vez los fríos caminos de Coviacum. Fuera me esperaba Issa, despidiéndose cariñosamente de Vera, que salió a toda prisa en pos de Sunna. Me hacía gracia el rol que desempeñaba la vándala, aun sin proponérselo, en la vida de la hispana. Tras varios meses rodeada únicamente por duros y zafios guerreros —además, eso sí, de su amado Issa y el atento Salla—, la aparición en nuestro grupo de otra mujer, bastante mayor que ella, parecía que le había reportado la tranquilidad y seguridad que ni siquiera había sido consciente de que le faltara. Sunna se había convertido en una especie de madre para la hispana.

—¡Vamos, chico! —dije, acelerando el paso.

—¿Cuándo nos iremos, Attax? —me preguntó él, poniéndose enseguida a mi lado—. Vera no hace más que preguntarme qué pasará con Sunna: si nos acompañará o si se quedará en Coviacum.

Buena pregunta... ¿Qué haría la vándala? Cierto era que la habíamos salvado de una muerte segura en Asturica y la habíamos llevado con nosotros hasta el castro, pero no sabía si nos acompañaría hasta Lucus o preferiría tratar de volver a lo que quedara de su vida en casa del obispo —que a esas alturas suponíamos muerto o prisionero de los godos—, o tal vez quedarse en Coviacum junto a Lucila. Me la imaginé regresando con nosotros a Lucus, e incluso sirviendo humeantes cuencos de guiso en nuestra taberna; desde luego, tenía carácter suficiente para lidiar sin problemas con los parroquianos. Valoré la idea con sentimientos encontrados: por un lado no deseaba perderla de vista, pero por otro... pensar en su mera presencia en Lucus me ponía nervioso. Aspasia, mi bella hispana, era celosa: no quería ni figurarme lo que me diría si me pillaba persiguiendo a Sunna con la mirada. Pero todo eso no era más que adelantar acontecimientos: primero debíamos ofrecerle que nos acompañara, y luego ella tenía que aceptar.

—Le preguntaremos a nuestro importante y cojo amigo, Issa. Últimamente se le da muy bien eso de decidir por los demás.

Seguimos descendiendo por el camino hasta salir por el desvencijado portón. Tras el asalto, los habitantes de Coviacum se habían apresurado a reutilizar aquellos maderos que todavía podían aprovecharse, y habían dispuesto otros tantos —arrancándolos incluso de las propias casas, muchas de ellas ahora vacías— para volver a atrancar la puerta. Ni de lejos era tan maciza como antes del ataque, pero al menos daba una sensación de seguridad que permitía a los lugareños dormir relativamente tranquilos. En los alrededores apenas quedaba ya rastro de la masacre que tuvo lugar sobre aquella misma tierra que pisábamos. Tan solo, por orden de Marco y con el consentimiento de Lucila, continuaba clavada en el suelo la estaca donde reposaba empalada la cabeza de Liuva, cada vez más deteriorada. Los lugareños la habían aceptado como una especie de trofeo que les recordaba su heroica victoria y además les servía de advertencia a los godos que permanecían en los alrededores. Para Marco tenía también otro significado, y era el constante recuerdo de su venganza por la muerte de Galieno. Ni un instante del tiempo que permanecimos en Coviacum lo olvidó, ni tampoco durante mucho tiempo después.

Escupí mecánicamente al pasar a su lado, y no pude dejar de fijarme en sus flácidas facciones infestadas de moscas. Particularmente, me parecía más desagradable cuando estaba vivo, con sus ojos animados por aquel orgullo desmedido, que entonces, convertido en un maltratado despojo.

Tras un pequeño paseo extramuros, llegamos hasta donde Lucila, por consejo de Arcadio, había permitido acampar a Salla y a los suyos. El campamento se encontraba lo suficientemente alejado del portón para asegurar que no pudieran acercarse hasta el poblado por sorpresa, aunque aquel pequeño grupo de menos de treinta godos en disposición de empuñar un arma no representara realmente una amenaza. Además, todos era hombres de Akhila, y por extensión de Salla, unidos a su padre por juramento de lealtad, muchos incluso durante varias generaciones. Eran hombres duros y violentos, no podía negarlo, pero fieles a Salla hasta las últimas consecuencias, y por las buenas intenciones del joven sí que estaría yo dispuesto a poner la mano en el fuego.

Habían desplegado una decena de grandes tiendas, trasladadas desde su campamento original a varios estadios de la muralla. En cuatro de ellas pasaban las noches los hombres ilesos, y en las restantes, los heridos más graves iban mejorando poco a poco, cuando no pasaban a engrosar las filas de los caídos. Allí estaban todos, salvo Wulfila, que por empeño de Marco se encontraba dentro del poblado, bajo los atentos cuidados de Vera, que como él mismo había comprobado en Emerita eran suficientes para hacer sanar casi cualquier dolencia. Entre sanos y heridos, podría haber cerca de ochenta hombres. Tan solo se quedaron aquellos guerreros cuyas heridas les impedían caminar, mientras que el resto, con brazos en cabestrillo, costillas rotas u otras dolencias menores, habían partido hacía días con el grueso de los supervivientes, con destino a la Galia.

Salla estaba de un humor huraño: en poco recordaba al joven vivaracho que habíamos conocido un año antes. Solo en contadas ocasiones, como en el funeral de Galieno, habíamos podido hablar abiertamente. Por lo general se concentraba con todas sus fuerzas en ayudar a sus hombres en la agotadora tarea de dar sepultura a la atroz cantidad de muertos del ejército godo. Probablemente lo hacía para evitar pensar y recordar que él había sido uno de los culpables indirectos de la muerte de Galieno. También sufría por Wulfila, aunque al menos las heridas de aquel iban sanando lentamente. Además, al final le tocaría a él explicar ante Teodorico las causas del estrepitoso fracaso, las cuantiosas pérdidas sufridas y, como colofón, su orden de detener la batalla. No era, desde luego, una situación envidiable.

Por lo que había hablado con Marco, al muchacho le atormentaba la situación que habíamos

vivido pocos días atrás. En cuanto vio el resultado del primer ataque lanzado por Segismund, fue consciente de que lo más inteligente sería recoger el campamento y partir en busca de otra presa más fácil, pero el autoritario mando de Liuva echó por tierra todas sus quejas. Obligado a continuar con el asedio y evitar de esa manera la imagen de cobarde amotinado que quería dibujar Liuva ante el resto de los capitanes, decidió concentrarse al menos en minimizar las probabilidades de un nuevo fiasco para los suyos, así que a él se debió la presencia de aquel monstruoso ariete que terminó por reducir el portón a un montón de maderos inservibles. Liuva, por su parte, confiaba simplemente en la fuerza bruta. Como gardingo del rey y comandante de un fuerte grupo de guerreros, vencedores en muchas batallas, su plan consistía, simple y llanamente, en escalar los muros como buenamente pudieran y acuchillar hispanos hasta dar con nosotros y poder llevar a cabo la venganza que lo obsesionaba. En cambio, por mucho que tratara de difamarlo, los que estuvieron a punto de darle la victoria habían sido Salla y su «juguete», como llamaba Liuva al ariete. Se reía ante el que lo quisiera escuchar de las precauciones que tomaba el chico para que los guerreros que lo cargarían estuvieran protegidos frente a los ataques desde la muralla, afirmando que semejante panda de campesinos no podía representar obstáculo alguno, y que bastaría con el arrojo de sus hombres para destrozarlos. Valiente estúpido que adornaba el portalón del castro.

Los hombres de Salla pasaban poco tiempo en su campamento, ocupados en la tarea de enterrar a sus muertos en el lugar designado para tal fin, a poco más de una milla de distancia de las tiendas, cerca de donde se habían asentado originalmente bajo el mando de Segismund. Eran muy pocos para la cantidad de caídos que debían enterrar, por lo que la mayor parte del día la pasaban trabajando a destajo con la pala. Los lugareños, con Lucila a la cabeza, habían insistido en que los caídos godos no podían ser enterrados en las cercanías de la muralla, como en un inicio había solicitado Salla. Por un lado lo entendía, para evitar el debilitamiento de la base de los muros, pero el argumento que esgrimieron los sacerdotes y la propia Lucila me pareció estúpido e infantil —pero claro, yo soy un bárbaro—: no querían que los cadáveres de esos herejes mancillaran la tierra de Coviacum. Al menos, Marco había conseguido que les cedieran dos recias carretas con las que transportar los cuerpos desde el castro hasta el emplazamiento elegido como su última morada. Cada vez que veía a Ibbas y le preguntaba con sorna por su espalda, me miraba furioso, y me decía que, después de semejante martirio, entendería que sus compañeros lo incineraran cuando muriera en el campo de batalla.

Saludamos con la cabeza a un par de cansados guerreros que hablaban en voz baja, sentados junto a una cacerola humeante, y ellos a su vez nos reconocieron y nos indicaron dónde encontrar a su jefe, que estaba en la tienda que compartía con Ibbas, Witiza y otros dos guerreros. Abrimos la recia tela, y allí estaba Marco, sentado cómodamente en una especie de taburete bajo y con la pierna herida descansando en otro. Mientras, Salla caminaba sin parar, recorriendo la estancia una y otra vez con las manos entrelazadas tras su espalda.

—Habéis madrugado hoy —saludé antes de acercarme hasta donde estaba Marco.

—Y tú has tardado, Attax —me respondió Marco de mal humor, sin dejar de darle vueltas entre sus manos a una sencilla lamparilla de aceite que más de una vez estuvo a punto de acabar en el suelo.

El chico tenía mala cara: apenas había dormido en los días posteriores a la batalla y se había dejado una descuidada barba que le daba un aspecto desaliñado.

—Sentaos, amigos —nos indicó Salla—. Llegáis justo a tiempo para darnos vuestro punto de vista. —El godo parecía sereno, e incluso mostraba cierta resignación en su rostro—. Marco y yo

debatíamos sobre la reacción que cabe esperar de Teodorico frente a lo que ha sucedido aquí estos días.

Suspiré, y me propuse tratar de ser sincero pero no hiriente.

—Tú todavía eres joven, Salla, pero ya aprenderás que, en esta vida, quien tiene la razón es quien primero expone sus argumentos. Y tú sigues aquí mientras la mayoría de los guerreros ha partido. Mucho me temo, muchacho, que eso no va a beneficiarte: cuando llegues junto a Teodorico, este ya habrá oído la historia de labios de algunos de los capitanes más descontentos, que aprovecharán que no estás presente para criticar tu actuación. Yo que tú procuraría no demorar demasiado la partida. Es más, me plantearía incluso partir en la dirección opuesta, bien lejos de la corte de Tolosa.

—No hagas caso a Attax, Salla. Gracias a ti se han salvado más de dos buenos centenares de guerreros que podían haber encontrado la muerte por el empeño de un demente, y eso también tiene que verlo el rey.

Me encogí de hombros.

—Haz lo que quieras, Salla, pero no olvides mis palabras.

—Aun así, sea lo que sea que me espere en Tolosa, tengo que regresar. No puedo defraudar a mi padre y a los míos.

Al oír hablar del padre del muchacho me di cuenta de que no sabía nada sobre cómo le iba en su misión en Gallaecia.

—¿Sabes algo de tu padre, Salla? ¿Cómo le va al bueno de Akhila?

—Apenas hay noticias. El *dux* Cyrila solo había logrado acceder a algunos escuetos informes que hablaban de que, tras alguna pequeña victoria inicial, se encontraba guerreando en lo más profundo de Gallaecia.

—Regresa con nosotros a Lucus: siempre necesitaremos hombres valientes como tú y los tuyos —intervino Marco, animado de repente por la agradable perspectiva.

Salla nos miró con tristeza, con una leve sonrisa aleteando en sus labios.

—Os agradezco el cumplido, pero me debo a mi familia y a su honor. Tengo que regresar y aceptar lo que Teodorico disponga.

—Déjalo, Marco —intervine antes de que el muchacho tuviera ocasión de insistir—. ¿No ves que quiere volver para poder casarse con la vacaburra aquella, cómo se llamaba, Amalasunta?

Las carcajadas de Marco y de Issa fueron secundadas tímidamente por el godo.

—Gracias por vuestros ánimos, y por tus consejos, Attax. Pero la decisión está tomada: en cuanto Wulfila y el resto de los heridos mejoren lo suficiente, ni antes ni después, partiremos hacia Tolosa.

—Pues no se hable más; dado que la decisión está tomada, pasemos a asuntos menos polémicos. ¿Cómo os va con vuestra ardua labor como enterradores?

Salla esbozó una sonrisa cansada.

—Bien, pese a las quejas de Ibbas y los dolores de mi espalda. En tres días más habremos terminado. Es un trabajo arduo y fatigoso, pero es lo menos que podemos hacer por nuestros camaradas. Aunque ya está bien de hablar de mí; hablemos ahora de vosotros. ¿Cuándo regresaréis a vuestro añorado Lucus?

—Una vez que hayáis partido, nada nos retendrá aquí —respondió Marco con rapidez.

—Ten cuidado con lo que dices, Marco, porque creo que más de uno de los de dentro de la muralla pretenden que eches raíces en el castro.

Esta vez fue Salla el que rio con ganas, para disgusto de Marco, que me miró indignado.

—No mates al mensajero, chico; solo te transmito algo que me han sugerido que te traslade —respondí con sorna—. Yo ya les he dicho que es imposible, que debes regresar a Lucus porque tu palabra está en juego. —Me encogí de hombros antes de continuar—. Pero son insistentes.

—¿Cuánto crees que falta para que Wulf pueda montar, Salla? —preguntó el hispano.

—Supongo que al menos una semana más. Pero intentaré que no se prolongue demasiado. —Me dirigió una mirada de soslayo, que me indicó que apreciaba mi consejo, y luego hizo un guiño a Issa—. Me temo que Vera lo cuida demasiado bien, y no deseo que se acostumbre y acabe por ablandarse.

—Nosotros también partiremos. Preparad todo para irnos en esa fecha —dijo Marco con firmeza, mirándonos a Issa y a mí.

—Tendré que apurar entonces a Belas para que termine de arreglarme la cota, porque creo que se está demorando adrede, pensando que me quedaré aquí mucho tiempo...

Issa interrumpió mi chanza para preguntar lo que preocupaba a Vera.

—¿Y qué pasará con Sunna, Marco? ¿Crees que podría venir con nosotros a Lucus? ¿Le ofrecerás esa posibilidad?

—Hará lo que ella quiera, pero me agradaría que nos acompañara, si esa es su decisión.

—Pues vamos, Issa —interrumpí; a pesar de que estaba seguro de que mi expresión había permanecido impasible, Salla me escrutaba con la ceja algo alzada, y yo no quería arriesgarme a ninguna pregunta indiscreta—. Dejemos aquí a los grandes señores en su tienda de mando, que tenemos que arreglar nuestras cosas para el regreso a Lucus. —Terminé la frase haciendo amago de levantarme.

—¿Adónde vas con tanta prisa, Attax? —me preguntó Salla, sonriente—. Pero ¡si acabas de llegar, hombre!

Volví a sentarme con un leve suspiro; aunque por el brillo travieso de sus ojos apostaría a que barajó la idea de hacerme pasar un mal rato —condenado muchacho, ¿cómo había llegado a adivinar lo que Marco e Issa ni siquiera sospechaban?—, finalmente decidió no indagar más sobre el asunto, y pasamos gran parte de la mañana hablando de lo acontecido en Asturica, el proceder de Cyrila y sus capitanes, las propias sensaciones de Salla y las consecuencias del saqueo. Al fin me enteré de algo que me tenía en ascuas desde que aquella noche me despertara sobresaltado en medio de semejante infierno: ¿cómo habían logrado los godos penetrar en la ciudad sin que mediara lucha alguna?

Por lo que Salla había conseguido a averiguar, poco después de que nosotros llegáramos la ciudad, una pequeña comitiva de ciudadanos acudió al encuentro de los cabecillas de la columna solicitando parlamentar. Enseguida recordé al irascible hispano que había dejado su lugar junto al obispo Toribio durante nuestra recepción protestando airadamente por la actitud de los godos, que abandonaban la provincia quedando aún suevos en la región. No me habría extrañado que estuviera detrás de la iniciativa de tratar de negociar con las tropas godas antes de que fuera demasiado tarde; y sin duda Segismund, que aguardaba con ansia cualquier oportunidad que le permitiera sacar tajada allí por donde pasara, y que nos había demostrado que no le importaba mentir para obtener ventaja, se ofrecería gustoso para acabar con los suevos de Asturica si aquellos dignos ciudadanos se comprometían a franquearles el paso. Y, efectivamente, durante la noche, mientras la mayor parte de los habitantes de Asturica dormían confiados tras sus altas y fuertes murallas, las puertas se abrieron para dejar paso al ejército godo, dejando la urbe a su merced.

Lo que no podían esperar los confiados conspiradores era que sus conciudadanos, e incluso

ellos mismos, también sufrirían el destino que habían dispuesto para sus odiados vecinos suevos. El ejército godo pasó a sangre y fuego la ciudad, sin respetar hombres, mujeres, niños ni ancianos, y ni tan siquiera las iglesias y sus sacerdotes. Cualquier objeto de valor fue arrancado de las temblorosas manos de sus legítimos dueños, y el caos cundió para la mera diversión de los guerreros. Como nosotros mismos pudimos comprobar, aquella fatídica noche el infierno se instaló en Asturica Augusta.

El temor de Salla radicaba en que, después de semejante despropósito, la actitud de la población hispana hacia el ejército en repliegue se transformara de la simple desconfianza en hostilidad abierta. Según se difundiera la noticia del brutal saqueo, los guerreros godos serían odiados y vilipendiados allá por donde pasaran, desde el lugar donde nos encontrábamos hasta que cruzaran los montes Pireneos para regresar a la Galia. Sin duda, se lo habían ganado. Comprendía los temores del joven, pues en los próximos días se vería obligado a recorrer el camino hasta su tierra acompañado únicamente por unas pocas decenas de guerreros, muchos de ellos convalecientes de sus heridas; y no sería raro que tan reducido grupo pudiera llegar a ser el blanco de la ira de alguna partida de hispanos deseosos de vengarse, tanto de las tropelías cometidas en Asturica como de aquellas otras de las que no teníamos conocimiento, y que probablemente habrían perpetrado las distintas partidas de godos conforme iban avanzando, cegados por su sed de botín, una vez rota la barrera de contención que había mantenido la disciplina hasta ese momento. El chico tenía razón; no me gustaría estar en su pellejo, ni durante el camino ni tras su llegada a la corte.

Por otro lado, me tranquilizó pensar que el muchacho al menos iba bien acompañado, rodeado de sus hombres de confianza, no solo fieles, sino también excelentes guerreros. Dudaba que encontrasen entre la población local algún grupo capaz de ponerlos en un aprieto, siempre y cuando se limitaran a avanzar sin provocar problemas. Pero eso no quitaba las miradas furiosas y los insultos que tendrían que soportar durante el trayecto. Sin duda, sería una despedida bien distinta a como había sido la llegada de Teodorico a la diócesis. Por suerte, el rey godo había sido previsor y había establecido pequeños puestos guarnecidos allí tras el paso del ejército, por lo que podrían buscar refugio en ellos cuando la situación así lo requiriera, o al menos tratar de avituallarse si los hispanos se negaban a venderles provisiones.

Estuvimos conversando animadamente hasta que el primer turno de los hombres de Ibbas regresó al campamento para descansar y otro grupo partió para relevar a sus compañeros en su ingrata tarea. La rutina en el campamento godo era sencilla: un puñado de hombres permanecía en él para ocuparse de los heridos, así como de las labores básicas, como cazar, cocinar y proteger las armas, mientras el resto, dividido en dos grupos, se turnaba para cavar las tumbas de los caídos. Por mi parte, poco habría tardado en incinerarlos y ver como sus cenizas se elevaban en el gélido viento del atardecer; pero claro, yo solo era un bárbaro, y ellos llevaban más de una semana viendo los cuerpos pudrirse al sol...

II

Los días transcurrían lentamente, ajetreados para los godos fuera de la muralla y plácidos para nosotros, entre otras cosas porque Marco no quería dar muestras que hicieran presagiar nuestra inminente partida. Aunque el mes de mayo ya se encontraba cerca de su fin, en aquella llanura del demonio no había manera de entrar en calor, salvo introduciéndote de lleno en la fogata, algo que no estaría muy lejos de intentar si tanto Arcadio como Linto continuaban con su acoso para que convenciera a Marco de que aceptara su ofrecimiento. No había día en que no me lo recordaran, daba igual que fuéramos de caza o que simplemente nos encontráramos compartiendo, relajados, unos tragos de la amarga cerveza que preparaban las mujeres del castro: al final siempre volvíamos a hablar de lo mismo, e igual era mi discurso. No dejé de pasar tiempo con ellos, porque eran buena gente, y también porque necesitaba evadirme de mi dolor por la muerte de Galieno tratando de mantener mi mente y mi cuerpo ocupados; pero a veces llegaban a exasperarme.

También compartí algunos ratos con Ibbas y con Witiza, pero en su caso, los momentos que tenían para holgazanear eran escasos. Era una lástima no poder juntarlos a los cuatro, pues aunque de orígenes tan dispares y pareceres *a priori* irreconciliables, hubiera apostado a que con el tiempo o, mejor aún, en otras circunstancias habrían acabado por hacer buenas migas, pues sin duda tenían más en común de lo que los separaba. Pero nadie en este mundo habría sido capaz de conseguir que Arcadio aceptara sentarse con un godo, ni tan siquiera para apurar un buen pellejo de vino.

Cuando el cielo se oscurecía sobre la llanura y llegaba la noche a Coviacum, ya en la tranquilidad de nuestra cabaña, Marco, Issa y yo nos enfrascábamos en largas conversaciones intrascendentes, durante las que evitábamos cualquier referencia a lo vivido sobre las murallas, porque todos sabíamos que si hablábamos del tema nos sería difícil conciliar el sueño más tarde. Nunca se lo revelé, o al menos no hasta que todos los secretos salieron a la luz para acabar plasmándose en este escrito, pero durante mucho tiempo una pesadilla recurrente surcó los inquietos sueños de Marco, rompiendo noche tras noche la tensa calma de nuestro descanso. Cuando por fin el cansancio nos vencía, y las voces se apagaban para dejar paso al silencio, no solía pasar mucho tiempo hasta que nos sobresaltaba un grito que parecía extraído del mismo fragor de la batalla. Las primeras veces tanto Issa como yo nos levantamos, preocupados, para encontrarnos con el rostro de Marco agitado y bañado en sudor, mientras el muchacho seguía inmerso en su cruel pesadilla. Cuando empezó a repetirse noche tras noche, nos limitamos ya a aguardar a que el momento pasara, frustrados por no poder aliviar aquella ansiedad, pero sin atrevernos a despertarlo. Yo sufría pensando que, incluso inconscientemente, Marco continuaba martirizándose con la idea de que su arrogancia había sido la causante de la muerte de Galieno. No era justo, ni para él ni para la memoria de su amigo; todos habíamos elegido libremente acompañarlo durante la campaña. Marco incluso se había asegurado de exonerarnos de cualquier obligación contraída en el pasado para que tomáramos nuestra decisión sin condicionantes, y aun así habíamos partido junto a él sin dudarlo. Y lo habíamos hecho sabiendo a lo que nos

enfrentábamos, aunque tal vez yo era el único que podía entenderlo en toda su magnitud gracias a mis años y a mi experiencia; pero también Galieno e Issa tenían conocimiento de lo que era la guerra, con sus riesgos, sus placeres y sus sinsabores, donde has de matar para evitar perecer, pues tus enemigos dependen igualmente de verte muerto para ver ellos la luz del siguiente día. La derrota y la muerte eran posibilidades que, aunque todos apartáramos de nuestra mente, iban siempre aparejadas a la vida del guerrero. Y al unirnos a un ejército en campaña teníamos claro a lo que nos exponíamos.

Pero por más que estuviera dispuesto a exponer con convicción estos argumentos ante Marco las veces que hiciera falta, su solidez comenzaba a desmoronarse en cuanto debía reconocer, al menos frente a mi propia conciencia, que yo mismo no dejaba de maldecirme por haberle fallado a Galieno en la muralla, por no haber estado a su lado cuando más me necesitaba. También yo temía haber pecado de arrogante al considerar que los jóvenes a los que había instruido podrían luchar en solitario contra guerreros curtidos como aquellos. Aunque, cuando deambulaba sin rumbo por la muralla al atardecer, sumido en mis dudas y mi culpa, y todavía los hombres con los que me cruzaba se acercaban a mí para contarme que el muchacho se había desenvuelto aquel día como un auténtico veterano, enviando a la tumba a un enemigo tras otro hasta el fatídico momento en que cruzó su acero con el maldito Liuva, pensaba que había resultado más que digno de mi confianza. Pero de poco me servía cuando mi conciencia continuaba reprochándome no haber estado ahí, donde podría haber desviado la atención del gardingo hacia mi persona y evitar que los muchachos tuvieran que enfrentarse a su furia demente. Parco consuelo era pensar, cuando ya el alcohol nublaba mi mente y amenazaba con obligarme a caer al fin en mi recio catre, que entonces Galieno podría haber encontrado la muerte en otro lugar de la muralla, que el destino es inexorable y es quien decide por nosotros. Y entonces todo se volvía negro y daba vueltas a mi alrededor.

Las pocas ocasiones en las que estaba en paz conmigo mismo trataba de pensar en que esos meses de convivencia nos habían unido aún más, si es que eso era posible, y que además, gracias a ese viaje, Issa había pasado a ser uno más de los nuestros, de nuestra familia; también habíamos conocido a Salla, a Akhila y a los suyos. Habíamos tenido la oportunidad de luchar junto a un ejército curtido y de conocer de primera mano cómo se desenvolvía una de las mayores potencias militares del escenario bélico hispano, formando parte del engranaje puesto en marcha para dar el mayor golpe asestado hasta ese entonces a las ambiciones suevas en el territorio. Un bautismo de sangre grandioso en medio de un ejército victorioso, que había permitido a Galieno ganarse con su valor y su habilidad el respeto de sus compañeros godos y, más tarde, la abierta admiración de los hispanos. Aquel muchacho, destinado por su nacimiento a pasar su vida como la de cualquier siervo, trabajando de sol a sol, había tenido la oportunidad de cambiar su suerte, conocer otros paisajes, probar las tentadoras mieles que ofrece la vida en las grandes urbes y disfrutar del triunfo en una batalla. Aunque no dudo que también hubiera sido feliz en el ambiente en el que había nacido —tenía la rara habilidad de sentirse a gusto en cualquier circunstancia y, simplemente aprovechar las oportunidades sin darle demasiadas vueltas a la cabeza—, muchas veces nos dijo que jamás se habría atrevido a soñar con que su dios le tuviera reservado tan espléndido destino cuando lo salvó de los suevos, allá en Conimbriga. Sin embargo, yo no podía quitarme de la cabeza el pensamiento de que había muerto demasiado pronto.

Los pocos momentos en que Marco necesitaba mostrar todo su dolor, aquellos eran los principales argumentos que esgrimía para que el muchacho se diera cuenta de que no todo había

sido en balde. Cuando al final el chico se tranquilizaba, o por el contrario me dejaba con la palabra en la boca y abandonaba bruscamente nuestra cabaña, yo salía a buscar un pellejo de cerveza y un rincón oscuro y solitario en el que pasar las horas a solas con mis propios pensamientos.

En una de aquellas ocasiones en las que me encontraba en la muralla, con la espalda apoyada contra el muro, dando un trago tras otro del pellejo de cerveza, una figura me sorprendió.

—¿Quién va? —pregunté, procurando controlar mi voz para que no delatara mi ebriedad.

—Soy yo, grandullón. Sunna.

Traté de incorporarme hasta encontrar una postura más digna, buscando además la manera de espantarla lo más rápido posible, mientras fuera capaz de mantenerme erguido.

—¿Qué haces aquí, mujer? Es tarde y hace un frío de mil demonios.

—Lo mismo te digo, anciano: no deberías estar aquí solo a tu edad.

Le dediqué una larga mirada ofendida a la que respondió con una leve sonrisa. Me dejé caer de nuevo, fastidiado. Antes de que pudiera evitarlo, el alcohol soltó mi lengua.

—No estoy solo; estoy con mis recuerdos, mi culpa y mi dolor —respondí amargamente, conteniendo un hipido.

La miré de nuevo. Pese a que protegía su rostro del frío sosteniendo sobre su cabeza la capucha de la gruesa capa de piel de nutria que le había regalado Lucila, podía ver aquellos insondables ojos azules que parecían transportarme hasta mi niñez, hasta el cálido regazo de Iselda. Pero Iselda también había abandonado este mundo, así como Anderico y Gelimer; sin quererlo, se me humedecieron los ojos y tuve que agachar la cabeza para evitar que Sunna se percatara de ello.

Ante mi sorpresa, en lugar de reprenderme o simplemente dejarme allí como el borracho que era, se puso a mi lado y se apoyó a su vez en el gélido muro. Antes de que me diera cuenta me arrancó el pellejo de cerveza de la mano, tras rozármela antes con la suya y hacer que se me erizara el vello de la nuca aún más de lo que lo hacía con el implacable frío.

Bebió un trago y se limpió los labios antes de hablar.

—Es por lo del chico, por lo de Galieno, ¿verdad?

Ni siquiera le respondí, solo hice un gesto con la cabeza que esperaba que adivinara bajo mi capucha.

—Ha tenido la muerte de un héroe, Attax. —Creo que era la primera vez que me llamaba por mi nombre, y me sonó extraño en su cálida voz—. Además, su sacrificio no fue en vano, como el de muchos otros. Los suyos han vencido, y será recordado por mucho tiempo entre las gentes de este lugar, y para siempre en vuestros corazones.

—Pero no debía morir aquí, aún no... —dije, como si fuera un niño inconsolable.

—¿Quién eres tú, Attax el alano o acaso un dios con poder sobre el destino de los hombres?

No esperaba respuesta. Me pasó el pellejo y bebí casi automáticamente al tenerlo entre mis manos. Enseguida me lo quitó y lo puso sobre su regazo.

—Las cosas suceden como han de suceder, y Galieno fue feliz en su muerte. Yo lo vi en la muralla: su coraje y su determinación eran propios del que cumple su destino. Ese joven nació para ese momento, para dar su vida por su amigo Marco. Vio su ocasión, fue a por ella y cayó en paz.

Las palabras de Sunna poco a poco hicieron mella en mi embotada mente. La escuché en silencio, perdido en sus ojos.

—No me puedo creer que tú, el alano, el único de tu pueblo que conozco, sienta tal tristeza por

la pérdida de un amigo valiente. ¿Acaso no eres el último de los tuyos? ¿No has superado ya la pérdida de tu pueblo, de tus ancestros?

Casi perdí el control y me eché a llorar como un niño ante la reprimenda de su aya. Mi pueblo. Los alanos, y los vándalos que más tarde nos acogieron.

—¿Has visto alguna vez un estandarte con una serpiente negra sobre un fondo verde? —pregunté de improviso, tratando de que mi voz no se quebrara.

—No sé a qué te refieres, pero veo que no me has estado escuchando —protestó, frunciendo el ceño.

—Era la enseña de la familia vándala con la que viví tras la muerte de los míos. Ha sido una pregunta absurda, pero es que me recuerdas tanto a Iselda...

—Apenas sé nada sobre mi pueblo, Attax. Nací varios años después de su huida, y lo poco que recuerdo son apenas breves retazos de las historias que me contó mi madre cuando niña.

—No creo que pueda decirse que huyeran: el nombre de Genserico aún desata el temor entre los romanos. El vándalo es un pueblo de hombres valientes y mujeres indómitas —repuse infantilmente.

—Como todos, Attax; hay valientes y miserables en todos los pueblos. Y tú te rodeas de valientes.

—Discúlpame por toda esta cháchara absurda, debo de estar haciéndome mayor —contesté, convencido de estar quedando en ridículo ante las palabras de la mujer.

—Pues todavía te queda mucho camino por recorrer, anciano. Y aún hay gente que te necesita, así que deja de compadecerte y busca fuerzas para seguir adelante, como has hecho toda tu vida.

Apenas me conocía, pero sabía más de mí de lo que esperaba. Dudaba que Issa le hubiera contado nada; sus palabras debían de nacer de lo que leía en mi rostro, cuya expresión se revelaba mucho menos hermética de lo que me gustaba pensar.

Me devolvió el pellejo de cerveza, colocándolo entre mis piernas, y se levantó sin esfuerzo.

—Vamos, vete a la cama. Ni tan siquiera tú deberías estar fuera con este frío, gran hombre.

—Sunna...

Ella se dio la vuelta y un impulso absurdo cruzó mi mente. Quise decirle muchas cosas. Adelanté mi mano para rozar su muñeca, y ella la retiró con delicadeza. Las palabras murieron en mi garganta y se convirtieron en un simple:

—Gracias.

—No hay de qué, Attax, no hay de qué.

Me dio la espalda y se perdió por entre las sombras de la muralla hasta el poblado.

No pude seguirla. Me quedé allí mismo, pensando en sus palabras, y cuando rato después llegué a nuestra desangelada cabaña caí dormido incluso antes de haber tocado el jergón. Al día siguiente me desperté con los huesos doloridos, un fuerte resfriado y al menos una idea clara: esa mujer era muy inteligente, y además lo sabía. Peligrosa combinación.

Aproveché la mañana para dar un paseo hasta la herrería. Al fin Belas había reparado mi malla. Era un trabajo sólido, aunque menos fino de lo que me habría gustado, pues para tapar el roto dejado por la lanza del godo el herrero había utilizado anillas procedentes de una de las muchas cotas que desde la batalla habían pasado a formar parte de la armería del castro, y había tenido más en cuenta la practicidad que la estética, por lo que el remiendo destacaba en la fina cota por su factura más basta y su color más oscuro. En fin, ya habría tiempo más adelante para llevarla a un artesano más delicado y gastar unas cuantas monedas en que recuperara su apariencia original. Valoré incluso la posibilidad de ordenar que me fabricaran anillas nuevas,

idénticas al resto, en lugar de reutilizar otras, si tenía suficiente dinero y humor para gastarlo. Aunque nunca he tenido riquezas, ni grandes sumas de monedas, siempre me trajo sin cuidado despilfarrarlas cuando se trataba de armas o de mujeres. Eran mi debilidad y lo asumía con gusto.

Cuando ya la recogía para llevármela tras agradecer su trabajo a Belas y saldar la cuenta, me detuvo la vacilante voz del herrero.

—No tenía muy claro si te serviría, alano, pero he querido guardarte un pequeño presente.

Lo miré extrañado, sin entender a qué se refería, mientras él se agachaba al lado de la mesa que ocupaba una esquina de la habitación y con la diestra recogía un voluminoso bulto envuelto en un paño.

—Me dijeron que tu escudo había quedado... digamos que inservible; así que supuse que necesitarías uno nuevo.

El fornido herrero apoyó el bulto en la mesa de madera y descubrió un enorme escudo de buena madera de fresno, reforzado con hierro en los bordes y en el pronunciado umbo. Por su aspecto, y por lo que al propio herrero le costaba moverlo, me pareció que pocos de los guerreros que conocía serían capaces de utilizarlo durante la batalla, pero el que lo hiciera no solo contaría con una protección digna de un campeón, sino también con un arma excelente en las distancias cortas. Casi sentía lástima del adversario que recibiera la caricia de aquel en su cuerpo. Seguro que a Ibbas le encantaría manejar un escudo así, y yo mismo también podría sacarle un buen partido. Pensar en lo que podía hacer con algo así en mis manos, y el hecho de que el herrero lo hubiera considerado adecuado a mi fuerza y destreza, halagaba mi vanidad. Aunque, después de todo, teniendo en cuenta los planes que barajábamos a partir de entonces, bien pudiera ser que acabara acumulando polvo en mi estancia o de adorno en la pared de la taberna. Me invadió una cierta melancolía. Ambas vidas me atraían: la del guerrero en plena acción y la de aquel que ya se ha ganado un merecido reposo y un lugar donde asentarse y medrar. Pero eran caminos divergentes, por más que en mi vida hubieran vuelto a entremezclarse, y había que elegir uno de ellos. Y rogaba a los dioses que, una vez decidido a asentarme en Lucus, el camino de la guerra, el que dejaba de lado, no retorciera sus pasos para ir a buscarme de nuevo hasta aquella ciudad.

Acaricié la superficie del escudo sin saber bien qué decir: era un magnífico regalo, y yo no me esperaba nada parecido. Belas carraspeó.

—Urso también quiso colaborar aportando la madera; él mismo la escogió y la preparó. Os estamos muy agradecidos, a ti y a los tuyos, por lo que habéis hecho por nosotros.

Bueno, ya sabía en qué habían estado entretenidos en realidad durante todos aquellos días de retraso en el arreglo de la cota. Aunque, después de todo, ni el herrero ni el carpintero eran ajenos al acoso al que se habían propuesto someternos en el poblado. Debíamos salir de allí antes de que realmente pensara que era importante y me pusiera a pavonearme por aquellos polvorientos caminos esperando las reverencias de los lugareños.

Algunos días más tarde, justo dos noches antes de nuestra —todavía secreta— partida, Lucila, como si adivinara nuestras intenciones, organizó un peculiar encuentro para agasajarnos, del que incluso participaron indirectamente los soldados godos, que por fin habían terminado la agotadora labor de dar sepultura a sus muertos. Se hicieron llegar al campamento buenas bandejas de viandas e incluso unos cuantos pellejos de cerveza para los guerreros, mientras que Salla fue invitado a compartir mesa con nosotros y los lugareños. Era un buen gesto, de

diplomacia hábil, buscando cerrar heridas y demostrando de paso a Marco su confianza sin paliativos en su criterio. Porque, a pesar de todo, Salla era para ellos un perfecto desconocido, del que tenían como única referencia su actuación frente al destrozado portón y la decisión que allí tomó, pero del que no podían saber si era mejor o peor que lobos como Liuva o Segismund. Después de todo, el muchacho había comandado a parte de los hombres que habían pugnado por reducir el poblado, y probablemente también a sus habitantes, a humeantes cenizas. En mi fuero interno entendía su actitud, aunque mi amistad con el joven y los suyos hacía que la situación en la que estaban me causara cierta desazón. La postura inicial tomada por Lucila y los suyos respecto a los godos que quedaron tras la batalla fue la de rehusar entablar conversaciones con los supervivientes; solo tras la intercesión de Marco había consentido que permanecieran extramuros, sin estorbar a los hispanos, y únicamente hasta que se recuperaran sus heridos y enterraran a sus muertos. También era comprensible: muchos buenos padres, hijos, amigos y compañeros habían muerto durante los ataques, y los que acampaban a las afueras habían tomado parte en aquellos, aunque yo no pudiera verlos de otra manera más que como a mis amigos.

Así, semejante ocasión, tan inusual como esperanzadora, hizo que dejáramos a un lado las malas caras y los gestos mohínos y nos preparáramos para disfrutar todo lo que pudiéramos de aquella velada que reuniría a todos nuestros amigos, máxime cuando quedaban pocas horas para retomar nuestro camino hacia Lucus y despedirnos de todos ellos, y en esta ocasión —probablemente— por última vez. Una parte de nuestras vidas quedaría para siempre en aquel lugar, allí donde Galieno había abandonado el mundo de los que vagamos por esta desconsolada tierra, y donde dejaríamos atrás, esa vez sí, a Salla y a los suyos, y también a Lucila y a las gentes de Coviacum.

Aparte del entierro de Galieno, y dejando a un lado el caso de Wulfila, esa sería la primera ocasión en que godos —en este caso representados por su cabecilla— e hispanos iban a compartir espacio. No esperábamos grandes avances, ni realmente era ese el objetivo de la reunión; más bien suponía que lo que intentaba Lucila era halagar a Marco en un último esfuerzo por retenerlo. Pero al menos era un paso, y para nosotros sería más reconfortante si Salla se encontraba presente.

Advertido desde la tarde, Marco acudió a trasladar a Salla la grata noticia y a hacerle partícipe de que también Wulfila podría acompañarlo durante el banquete, ya que era el único de los suyos que vivía intramuros, y creo que hasta la propia Lucila había llegado a encariñarse con el joven durante su convalecencia.

Aprovechamos la tarde para acicalarnos lo mejor que pudimos, lo cual no pasaba más que por procurarnos unas capas limpias que cubrieran nuestros raídos ropajes y quitarnos algo de la mugre que llevábamos días cargando sobre nosotros con indiferencia. Salí de la cabaña y, venciendo el frío que comenzaba a apoderarse del lugar después de una plácida mañana, me despojé de la camisola y zambullí mi cabeza en una tina de agua para tratar de desenredar mi alborotado cabello. Estuve un buen rato intentando introducir mis dedos entre aquella maraña que tenía por melena, echando de menos alguno de los elaborados peines de hueso de los que había dispuesto para tal menester tantos años atrás en la cálida Hispalis, y tras un buen rato al fin quedé, si no contento, sí al menos satisfecho con el resultado. Hacía ya mucho tiempo que había dejado de cuidar como antaño mi largo cabello rubio, que con el tiempo había adquirido cada vez más hebras plateadas. Cuando era joven me acicalaba para la batalla como una doncella al dirigirse al lecho nupcial, dedicando largos ratos a desenredar, peinar y trenzar el pelo con delicadeza con cintas de cuero que impidieran que la melena me entorpeciera la visión durante la

lucha. Era un ritual cuyo principal objetivo no era únicamente domar mi revoltosa mata de pelo, sino sobre todo concentrarme en la batalla que seguiría a continuación. Mientras me mantenía ocupado en aquella labor, apenas pensaba en lo que vendría después. Repetía mecánicamente los mismos movimientos, dejándome llevar en una rítmica cantinela con tintes de ritual iniciático, que culminaba con mi espada clavada en la tierra y la oración ante ese tótem que para los alanos representaba a nuestro dios. Pero hacía años que había dejado atrás ese ritual, y allí, con las frescas gotas de agua recorriendo mi espalda, añoré por primera vez en mucho tiempo aquella costumbre. Pensé que la había abandonado cuando dejé de luchar solo. Antaño únicamente tenía que preocuparme por mí mismo: era uno solo, un enorme y salvaje alano que no tenía amigos durante la batalla. Marco alguna vez me dijo que en la antigüedad a esos guerreros se les llamaba «monómacos»; pues sí, el alano monómaco, ese había sido yo. Pero desde que tenía que estar atento a mis muchachos, y la relación que nos unía era mucho más estrecha que cualquiera que se pueda entablar con los guerreros de un anónimo muro de escudos, había olvidado mis propios ritos para volcarme en sus necesidades en las horas previas a la lucha.

Justo en el momento en que cubría mi cabeza con un desgastado paño que me había llevado de la casa, aparecieron Sunna y Vera por el camino cargando con un par de capas de lana, gruesas y algo polvorientas.

—¿Ya estás curado? —me saludó la vándala cuando me vio vestido tan solo con el calzón y frotándome la rebelde cabellera con el paño.

—Curado y preparado para llenar el estómago; ¿qué más puede pedir un viejo guerrero como yo? —contesté.

—Supongo que no despreciarás una buena capa, ¿no?

—Si viene de vosotras por supuesto que no, señoritas —respondí con una inclinación galante.

Se sonrieron un breve instante y entraron en la cabaña mientras las seguía con la mirada. Yo continué allí fuera frotándome el cuero cabelludo con cierto placer, tras tanto tiempo sin haberlo experimentado.

Dentro de la cabaña, las mujeres, con las prendas que nos había cedido Lucila, y que a Issa le quedaban grandes y a mí demasiado justas, se pusieron manos a la obra, tratando de adaptarlas en lo posible a nuestras medidas. El mundo es así: no hay dos hombres iguales, ni mujer que los soporte.

Allí, en pie, sin apenas movernos mientras ellas bailaban a nuestro alrededor manipulando las toscas telas, tuvimos que sobrellevar estoicamente sus risas, mientras, armadas con sendas buenas agujas, intentaban que al menos no pareciéramos un par de pordioseros indeseables. Cuando acabaron con nosotros, aunque desde luego no pasaríamos por grandes señores —no como Salla, del que tenía la impresión de que aun vestido con una humilde túnica remendada lo seguiría pareciendo—, al menos íbamos limpios y podríamos presentarnos ante Lucila sin desmerecer. Eso era algo que anteriormente me habría traído sin cuidado, porque mi lugar no estaba entre los grandes y poderosos, sino entre la escoria y los siervos que jugaban a los dados mientras sus señores se atiborraban de suculentos manjares. Pero desde hacía años mi vida había cambiado, llevándome a visitar más *triclinia* de los que en un principio hubiera soñado, y al final me había terminado convenciendo de que ese cambio había supuesto una mejora en mi existencia. Lejos quedaban aquellos momentos en Hispalis, en los que mientras Balbo recibía a algunos de sus socios en su tranquilo *triclinium*, yo rondaba por la cocina con la esperanza de parecer un buen chico y lograr que Livinia me diera a probar alguna de las sobras del banquete del señor. Creo que nunca lo merecí, pero la vieja cocinera, aunque se asegurase de hacer

ostentación de lo escandalizada que estaba por mi presencia, siempre terminaba haciéndome un lugar en la cocina y consiguiéndome parte de los manjares que los señores degustaban, que me servía refunfuñando en aquellas enormes bandejas para poder protestar airadamente mientras yo los devoraba con fruición ante su atenta mirada.

Marco había partido hacía ya un buen rato hacia el campamento godo, de donde regresaría con Salla a tiempo para asistir al convite. Mientras, nosotros, una vez preparados, nos reuniríamos con Wulfila. El joven se alojaba en una de las cabañas contiguas a la casa de Lucila, donde compartía la humilde estancia con uno de sus siervos y su reservada mujer, que no sé si era así de callada por naturaleza o porque le intimidaba la presencia del extranjero, o incluso la nuestra cuando acudíamos a visitarlo, pues aún no había tenido ocasión de escuchar su voz o de verla con la mirada alzada.

Aunque la mujer siempre estaba pendiente de cómo se encontraba el godo, también eran muchas las horas que Vera pasaba cada día al lado de Wulfila, como hiciera no hacía tantos meses en Emerita por Salla y por Marco. Gracias a sus cuidados y a los de sus anfitriones, el joven fue mejorando poco a poco; nosotros mismos pudimos ir comprobando su lenta evolución cada vez que íbamos a visitarlo, aunque solo habíamos tenido ocasión de hablar con él durante las últimas visitas, en las que el godo ya se encontraba plenamente consciente, pues en las anteriores solía dormir, no siempre plácidamente, dejando que el descanso actuara como un bálsamo para su castigado cuerpo.

Pero, paso a paso, fue evolucionando bien, y más rápido según pasaban los días: iba aguantando más tiempo despierto y pasó de poder pronunciar apenas unas pocas palabras entrecortadas, que parecían consumir toda su energía en el esfuerzo por formularlas, a ir manteniendo poco a poco una auténtica conversación, hasta que tenía que ser Vera la que acabara por recordarle que no debía agitarse y nos condujera con firmeza hacia la puerta para que lo dejáramos reposar. Entonces, ya cerca del momento de la partida, comenzaba a tener buen aspecto, aunque estaba visiblemente más delgado que antes, ya que durante los días en que la herida de la cabeza lo había mantenido postrado apenas había sido capaz de ingerir más que un poco de caldo, que a duras penas la paciente Vera conseguía que apurase y no se le escurriera por las comisuras de los labios.

Cuando llegamos ya se encontraba incorporado en la cama, mientras la silenciosa hispana vendaba lenta y metódicamente su cabeza. El godo había tenido suerte de que el tremendo golpe de la roca que había acabado con su casco no hubiera destrozado también el hueso que se encontraba bajo aquel. Aun así, durante los primeros días temimos que el impacto hubiera sido demasiado fuerte para que el muchacho llegara a recuperar su tino. Hay guerreros a los que les ocurre: tras una fuerte conmoción, el hombre que despierta ya no parece capaz de pensar, de expresarse y en algunos casos hasta de coordinar sus movimientos, y queda reducido a un pobre remedo de lo que fue, indefenso como un niño pequeño. Pero, en el caso de Wulfila, nuestros miedos habían ido desapareciendo día a día, y ya el brillo de sus ojos revelaba hacía tiempo que había abandonado el estado de postramiento al que se había visto abocado en los primeros tiempos de su convalecencia. El brazo continuaba vendado y entablillado, sujeto con firmeza para evitar que tratara de moverlo: pasaría bastante tiempo hasta que el godo pudiera blandir un arma de nuevo, pero al menos debía dar gracias porque había sobrevivido y porque tenía compañeros que velarían por él durante el tiempo necesario. Cuando nos vio en el umbral, su rostro, pálido tras tantos días allí encerrado, se iluminó al instante

—¡Attax, Issa, qué alegría veros! Me ha dicho Vera que hoy compartiremos mesa, y que

incluso Salla podrá venir —dijo mientras la hispana presionaba suavemente su hombro para que permaneciera quieto.

—¡Yo sí que me alegro de verte así de bien, Wulf! —exclamé, realmente satisfecho por el buen aspecto que presentaba el joven—. Es una ocasión especial, por lo que tendrás que comer algo más que caldo, ¡prepárate para ser un buen invitado!

Wulfila buscó a Vera con la mirada, que se había colocado junto a Issa, tomándolo de la mano.

—¡Gracias a Vera y a ese caldo divino! Issa, eres un hombre muy afortunado. Como Vera tenga la más mínima queja de ti, tendrás que vértelas conmigo —amenazó, sonriente; todavía hablaba pausadamente y necesitaba hacer un descanso cada pocas palabras, pero sin duda había recuperado buena parte de su espíritu.

El joven britano se sonrojó bajo la pelusa que lucía a modo de barba, mientras la muchacha se ponía de puntillas y depositaba un suave beso en su cuello que lo hizo ruborizarse aún más.

—Venga, andando, que quiero escoger un buen sitio en la mesa. Vámonos antes de que tengamos que conformarnos únicamente con el queso de la otra vez.

En realidad no tenía motivos para darles prisa; fuimos de los primeros comensales en llegar a la casa de Lucila, donde ya nuestra anfitriona nos aguardaba junto a algunos de sus siervos y unos pocos vecinos más. La hispana mantenía el rictus serio que no abandonaba su rostro desde la triste mañana en la que su hermano encontrara la muerte sobre la muralla, aunque se esforzaba en parecer cortés. Desde que la conociera en Asturica me había parecido una mujer dura, incluso altanera, pero en ese momento pesaban más en ella la tristeza de la pérdida y la responsabilidad del destino del castro, que había asumido al menos temporalmente, aunque entendía que deseara cederla cuanto antes a unos hombros más jóvenes y fuertes, en este caso los de Marco. Pero bueno, también tendría que entender que el muchacho tuviera otros planes y compromisos anteriores que atender.

A pesar de las preocupaciones que se leían en su rostro, la hispana lucía particularmente bella esa noche, ataviada con un vestido sencillo pero de buena confección y con una suave estola morada sobre los hombros. Tan solo unos pequeños pendientes de oro labrado destacaban en la sobria estampa que conformaba. Nos saludó a todos con ceremonia, e incluso dedicó una inclinación de cabeza a Wulfila, que parecía algo azorado en su primer acto social tras una batalla en la que todos los presentes habían sido sus enemigos. El godo se mantenía detrás de mí, acompañado por Issa, que a pesar de que ya había acudido en numerosas ocasiones a reuniones similares seguía sin afrontarlas con gusto y se limitaba a tratar de pasar lo más desapercibido posible, probar un poco de todos los platos a su alcance y no abrir demasiado la boca para otros menesteres.

Eché un vistazo a la estancia. Era la misma a la que habíamos acudido la noche de nuestra llegada al castro, pero estaba algo cambiada con respecto a como la recordaba. Lucila debía de haber dado indicaciones a los suyos para que se esforzaran en darle al sencillo lugar un aire más refinado, y en esa ocasión acompañaban a los hachones de la pared una constelación de luminarias distribuidas a lo largo y ancho del lugar que le daban al ambiente una calidez resplandeciente. Uno de los sirvientes, anciano ya y con la espalda encorvada por el peso de los años, las iba encendiendo con delicadeza una tras otra, moviendo alguna de acá para allá para asegurarse de que todo estuviera en su sitio.

Lucila nos mostró con un gesto de su pálido brazo el sitio que se nos había asignado. Aunque el recinto era humilde, se cuidaba mucho de que cada invitado ocupase su lugar. Seguí a las mujeres hasta la mesa y, al pasar al lado de nuestra anfitriona, aquella me sorprendió colocando

una mano sobre mi hombro.

—Veo que Vera y Sunna han hecho un buen trabajo con tu vestimenta para la ocasión, Attax.

Sonreía ligeramente, pero no había sorna en su voz. Recordé cuando la había conocido y nuestra relación iba de mal en peor; entonces las cosas habían cambiado.

—Muchas gracias por las telas, Lucila. Vestido así cualquiera puede parecer respetable.

—No hay de qué; a partir de ahora tendré que acostumbrarme a que en esta casa sobren ropas y armas —repuso con un deje de amargura—. Tienes un bonito cabello, lástima que no lo muestres así a menudo.

Volví a escrutarla con cierta desconfianza, sin saber qué responder ante tan amables cumplidos, pero su gesto me confirmó que no trataba de burlarse. Asentí en silencio para agradecer sus palabras y continué en pos de Sunna hacia el rincón que nos habían reservado. Meneé la cabeza, convencido una vez más de que tratar de entender a las mujeres resultaba poco menos que un esfuerzo inútil.

Todavía estábamos acomodándonos cuando entraron Linto y Arcadio, ambos con gesto circunspecto. Habían prescindido de sus ropas marciales y llevaban sendas túnicas; al romano se le veía más natural, pero Linto parecía sentirse ciertamente incómodo vestido de aquella guisa. No es que fuera demasiado elegante, ni la prenda demasiado fina, pero le faltaba un arma en la cintura a la que poder echar mano cuando lo necesitara, y el cántabro no estaba acostumbrado a esa sensación. Era la primera vez que lo veía sin un acero a su alcance, y realmente parecía, en cierto modo, desnudo. Incluso cuando bebíamos hasta quedarnos dormidos sobre la muralla, el cántabro portaba no solo su espada al cinto, sino también un reluciente puñal y un puñado de venablos que dejaba a sus pies cuando elegíamos el lugar donde emborracharnos. Sonreí al preguntarme si en su pueblo darían a los recién nacidos un arma como primer juguete.

En cambio, Arcadio parecía más acostumbrado a ese tipo de situaciones. Ligeramente más alto que su compañero, lucía una túnica corta de color marrón y un capote de recio cuero que le cubría los hombros. Con la blanquecina barba pulcramente recortada y el cabello corto bien peinado, escrutaba a los asistentes como un ave rapaz otea el bosque antes de lanzarse a por su presa. ¡Qué lejos quedaba la imagen de burdo capataz que le había asignado nada más conocerlo! Tal vez el contraste con la solemne estampa del romano contribuía a que el cántabro a su lado pareciera aún más inseguro y fuera de lugar.

Al fin sus penetrantes ojos dieron con lo que estaban buscando, que no era otra cosa que mi persona.

—¡Mira aquella rubia que está al fondo! —exclamó Arcadio en voz alta, señalando hacia donde yo me encontraba para que el nervioso Linto me ubicara—. Un poco mayor para mi gusto, pero más duro es dormir solo, ¿no te parece, Linto?

—Si piensas en mujeres y solo se te ocurre dormir, es que tú sí que estás mayor, romano —lo saludé, siguiendo su broma.

A medida que me acercaba, advertí que la expresión de Arcadio se nublaba por un instante, y al mirar por el rabillo del ojo vi que había localizado a Wulfila sentado entre Sunna y Vera. Temí que Lucila se hubiera excedido en su optimismo al tratar de organizar una velada agradable.

Estuvimos un buen rato hablando, mientras el resto de los invitados iban llegando y la hispana los recibía uno por uno. Miré a mi alrededor: ya había al menos una veintena de comensales reunidos y todavía no había señales ni de Marco ni de Salla. Temí que el godo finalmente hubiera decidido declinar la invitación, aunque confiaba en que Marco fuera capaz de convencerlo.

Lucila también vigilaba la puerta con cierto nerviosismo, hasta que se decidió a indicar que comenzaran a traer las viandas para los invitados que ya habían llegado. Eché un vistazo a lo que los apresurados sirvientes comenzaban a traer hasta la mesa y me llevé una grata sorpresa al comprobar que el menú había mejorado ostensiblemente con respecto a la última vez. Al menos en esta ocasión no faltaba la carne: unas humeantes tiras de venado asado pasaron a nuestro lado e hicieron protestar a nuestros estómagos hambrientos.

—Linto, viejo amigo, ¿qué vas a hacer tú con esas tiras de venado, sin un buen puñal a mano con el que trocearlas bien finas? ¡No hay respeto por los que ya no poseemos una dentadura tan fuerte!

—Siempre me las puedes moler tú y dejármelas después —dijo el cántabro, desconsolado.

—Te perderías lo mejor, amigo, créeme —repuso el romano dándole una amistosa palmada en el hombro.

El murmullo de la sala había ido subiendo de tono hasta hacer difícil escuchar a quien tenías al lado, por la cantidad de conversaciones cruzadas que se mantenían al mismo tiempo. Pero de repente las voces se fueron apagando lentamente hasta que un tenso silencio se apoderó del lugar. Suspirando, me giré hacia la puerta, donde se encontraban al fin Marco y Salla, que a mi parecer habían elegido el peor momento para hacer su aparición, cuando ya todos los demás invitados se encontraban presentes y expectantes.

Parecían haberse puesto de acuerdo en cuanto al atuendo, porque Marco lucía una gruesa capa oscura en la que destacaba el costoso broche en forma de águila que el godo le regaló cuando nos habíamos despedido de su ejército pocas semanas antes. Finamente esmaltado, desprendía brillos iridiscentes a la luz de las luminarias cercanas, y combinaba a la perfección con otro cierre que lucía con soltura su amigo. Este, de similar factura pero con la forma de una simple hebilla, abrochaba una elegante capa parda que debía de haber permanecido desde hacía meses en las alforjas, porque, como único pero, estaba algo arrugada.

El godo, elegante como siempre, lucía el cabello claro suelto sobre los hombros. Desde que una espada sueva rebanara parte de su oreja izquierda en los alrededores de Lucus, había dejado de recogérselo. Como él mismo nos contara, los nobles de su pueblo solían llevar el cabello largo para diferenciarse así de los plebeyos. Por fortuna para él, era un privilegio que le había llegado desde la cuna y que le permitía ocultar su cicatriz.

Lucila fue la primera en reaccionar, dirigiéndose a la puerta para dar la bienvenida a los jóvenes, aunque no pudo evitar que su sonrisa se helara al trasladar el saludo a Salla, el cual, ante la sorpresa de todos los presentes, tras corresponder con un gesto cortés, tomó la palabra en voz alta.

—Mis hombres me han pedido que os dé a todos las gracias en su nombre por las viandas con las que los habéis agasajado. —Sus palabras fueron acogidas en silencio, y Salla se apresuró a continuar—. Y ahora, si me lo permitís, noble Lucila Lutacia Celsa, quiero haceros entrega de un presente en su nombre y en el mío propio.

Vimos, todos asombrados, incluso Marco, que Salla rebuscaba entre los pliegues de su capa. Arcadio, desconfiado, se acercó al godo dispuesto a interponerse entre él y su señora, pero salí tras él cuan rápido pude para detenerlo y tranquilizarlo. El godo, entre tanto, había sacado por fin un objeto que al principio me costó reconocer, pero que al acercarme identifiqué como un soberbio misal, que tendió a Lucila.

—Este es el regalo de un hombre santo de vuestras tierras. En vuestras manos estará mejor que en las mías propias.

Supuse que debía de ser un regalo de Zenón, pero tildar al diácono de hombre santo... Iba a acabar por perderle el respeto al chico como siguiera mintiendo de esa manera.

Mientras Lucila abría el sagrado libro y lo pasaba a uno de los maravillados curas, que se había acercado a su lado y esperaba para hojearlo con expresión ávida, Salla volvió a rebuscar en su capa para mostrar esta vez una delicada joya que puso en la palma de la mano de la hispana. Era una pulsera de plata bien trabajada, que parecía de factura romana. Probablemente sería parte del botín obtenido en Asturica, pensé con ironía.

Mientras Lucila miraba la pulsera con el altivo gesto con el que había recibido al godo congelado en su rostro, el resto de los presentes había dejado de prestar atención a la escena, maravillados por el costoso regalo que representaba el misal, que se iban pasando de mano en mano para admirarlo. Aprovechando el momento de relativa intimidad, el godo se dirigió en voz baja a Lucila.

—Una vez dije a un viejo amigo que un hombre no es más vil ni más virtuoso por el pueblo al que pertenezca, sino por la honorabilidad de sus actos. Y hoy es uno de los días en que espero que entendáis lo que quiero decir.

Ese viejo amigo había sido yo, y parecía que había transcurrido una eternidad desde aquella conversación.

—No hay presente que compense lo que ha sucedido aquí, ni que permita que nuestros corazones lo olviden —repuso muy seria Lucila, aunque me pareció que las palabras de Salla le habían hecho mella.

—Tenéis razón, señora. No hay presente que pueda borrar el dolor que ambos pueblos hemos sufrido por las decisiones de unos pocos. Creedme cuando os digo que, si hubiera podido evitarlo, lo habría hecho. Pero la decisión no estuvo en mis manos hasta el final.

—Se me ocurre un presente que quizá compensara algo, jovencito: un palmo de mi acero en tus hediondas entrañas godas —farfulló Arcadio en voz baja a mi lado.

—Es un buen muchacho, Arcadio. Si lo hubieras conocido en otras circunstancias, apuesto a que os habríais llevado bien —le dijo al oído mientras lo agarraba del hombro y me lo llevaba de nuevo hacia donde Linto nos esperaba, incómodo, frotándose las manos.

—Claro que me encantaría confraternizar con él; nos llevaríamos muy bien mientras le estuviera retorciendo el pescuezo hasta ver como la vida escapaba de sus ojos.

—¡Es un guerrero, no una gallina, animal! Además, dudo mucho que pudieras con él. —Sonreí, convencido de mi afirmación y seguro de contrariar al romano, que me atravesó con una mirada colérica.

Lucila condujo a los muchachos hasta la gran mesa, donde tomaron asiento, uno a cada lado de la hispana. Yo también me dirigí a mi sitio —junto a Sunna— seguido por Arcadio, que se colocó a mi lado. Tras una rápida ojeada a las bandejas que tenía a mi alcance, corroboré mi impresión de que el menú había ganado en cuanto a variedad, aunque todavía seguía siendo manifiestamente mejorable. La primavera todavía no había dado paso al verano y las cosechas aún no habían sido recogidas por los hombres y las mujeres de Coviacum, por lo que no abundaban los vegetales frescos. Lo que sí constituía una agradable novedad era la cantidad de piezas de carne asada que se repartían por doquier sobre la mesa. Lucila debía de llevar un tiempo organizando la comida, porque aquello tan solo podía deberse a la concienzuda labor de los cazadores del castro. El queso, blanco y duro, seguía tan exquisito como recordara, aunque no podía compararse con aquel que habíamos degustado en el humilde pueblo de Eustaquio. También los panaderos habían estado trabajando a destajo en las últimas horas, porque los

siervos no paraban de sacar una bandeja tras otra de tiernos panes que engullíamos sin descanso. Entre conversación y conversación, tuve tiempo para fijarme en lo que sucedía en la cabecera de la mesa, donde Marco, Salla y Lucila hablaban con tranquilidad entre ellos y con los comensales que los flanqueaban. Arcadio, que aprovechaba cualquier ocasión para provocar a su amigo Linto, sentado frente a nosotros, me hizo apurar una jarra tras otra de la amarga cerveza local, que ya a esas alturas me parecía un caldo sublime. A mi lado, Sunna me miraba con desaprobación cada vez que un eructo satisfecho me asaltaba entre trago y trago.

Cuando la cerveza al fin había hecho que hasta Linto se relajara y comenzara a disfrutar del convite, Arcadio decidió que había llegado el momento de volver a torturarme con sus preguntas.

—¿Has convencido al chico? —me abordó directamente.

—¿Por qué no se lo preguntas a él? —contesté, haciendo acopio de paciencia.

—Bonita ayuda que nos prestas. ¿Acaso no le has dicho nada?

—Sí, sí se lo he dicho, una y mil veces; pero ya te había avisado de lo que respondería. Tiene que regresar a Lucus: su familia y sus negocios están allí, y él ha hecho un juramento. Además, ¿para qué lo queréis? Estáis tú, Arcadio —dije señalándolo con una costilla a medio mordisquear —, y Linto.

—Pero ¡nosotros no podemos mandar a los hombres del castro! Solo somos guerreros; ¡no sabemos nada de... política!

—¿Cómo que no? Yo mismo os he visto mandar a los hombres sobre la muralla para darles la victoria a los vuestros. Y ya te he dicho que Lucila puede ocuparse de la organización de otro tipo de asuntos.

El romano no contestó. Viendo su gesto adusto, y sin nada más que añadir, decidí aprovechar la cantidad de cerveza que había ingerido como excusa para levantarme y salir del viciado recinto a descargar mi vejiga.

Al abrir la puerta, lo primero que me llamó la atención fue el silencio que reinaba en el exterior del edificio en comparación con el jaleo que me había acompañado en el interior. No había sido consciente del escándalo que se había montado allí adentro hasta ese momento. También el frío de la noche contrastaba con el calor que desprendía mi cuerpo tras haber compartido aquel lugar con tanta gente en medio de la gran cantidad de antorchas encendidas.

Arrebujándome en la capa, elevé la mirada hacia las luminosas estrellas que poblaban el cielo despejado de Coviacum, y oí que tras de mí se abría la puerta y volvía a escucharse todo aquel escándalo.

—¡Bonita noche para mear! —dijo una voz a mi espalda, que, ante mi sorpresa, era la de Salla. La de un Salla bastante borracho, por cierto.

—¡Oh, el gran hombre! —exclamé, divertido por la ebriedad del joven.

Me puso el brazo sobre el hombro y me llevó aparte para poder orinar sin tener que compartir la experiencia con nuevos comensales. Aún no habíamos terminado cuando continuó hablando.

—Mañana partiremos —afirmó, mirando hacia el limpio cielo.

—¿Mañana? ¿Estás seguro de que Wulf podrá seguir el ritmo de vuestro grupo? —respondí, abrochándome de nuevo el calzón.

—Wulf es un guerrero. Tendrá que hacerlo.

—¿Lo sabe Marco?

Negó con la cabeza.

—Esta noche se lo diré, y mañana temprano levantaremos el campamento. Demasiado hemos abusado de la hospitalidad de esta gente. No sé si yo hubiera soportado convivir con quienes se

han abatido sobre los míos portando espadas y hachas.

Siempre me asombraba la madurez de aquel joven que todavía no había cumplido la veintena, y que mantenía incluso estando ebrio.

—Tú no... —comencé a decir, pero no encontré las palabras que necesitaba.

—¿Yo no? Yo también luché en este lugar, Attax. No solo reduje a polvo el portón, sino que envié al otro mundo a los hijos y a los padres de los que se sientan hoy a mi lado en la mesa. Lucila tiene razón: no hay presente que restituya el dolor que he sembrado.

—En la guerra suceden esas cosas. Todos lo sabemos y lo aceptamos.

—Pero esto poco ha tenido que ver con la guerra. Nosotros no hemos venido a estas tierras como invasores, ni hemos tratado a los hispanos como enemigos. Aquí la única motivación ha sido la ambición desmedida de muchos avivada por el deseo de venganza de un loco. —Me miró de soslayo—. Y por todo ello Lucila ha perdido a su hermano y la vida de muchos de sus vecinos, que solo pretendían estar seguros tras estos muros hasta que pasaran los problemas. Y nosotros hemos dejado en la tierra a cientos de hombres, buenos guerreros sacrificados por el empeño del maldito Liuva. ¡Apenas puedo mirar a esa mujer a los ojos! Y apenas podré hacerlo con mi rey.

Respeté el dolor del joven porque según acabó la frase bajó la mirada y permaneció callado y quieto como una estatua, mirando más allá de la solitaria muralla, hacia donde los suyos debían de estar dando buena cuenta de las provisiones enviadas por Lucila. Tras un largo y pesado silencio volvió a hablar.

—¿Has visto lo que le he regalado?

—¿La pulsera? —pregunté—. No me lo digas: es parte del botín de Asturica.

—Viejo zorro... Claro que era de allí. A ti no te puedo engañar. La guardaba para mi hermana, para la pequeña Erelieva. Pero a ella también le he fallado.

—Salla, deja de alimentar esa actitud, o tan solo lograrás hacerte daño a ti mismo. Eres un soldado, y como tal has acatado las órdenes de tus superiores cuando estas te han sido dadas. Además, estoy seguro de que la pulsera no se la has arrebatado a su dueña cercenándole el brazo, como hubiéramos hecho la mayoría.

—Me conoces más que muchos de mis hombres. —Sonrió—. Pero es igual; sigue estando manchada con la sangre de los inocentes de su pueblo. Ella misma habría podido encontrar la muerte allí si no hubiera sido por vosotros.

—Un viejo amigo me dijo una vez que un hombre no es más vil ni más virtuoso por pertenecer a un pueblo; ¿te recuerda a algo esa frase? Lo importante son los actos de cada uno de nosotros... cuando está en nuestras manos elegir. Tu rey entenderá que actuaste correctamente, como siempre lo has hecho. No hay deshonor en seguir las órdenes de un loco, tan solo... mala suerte.

—Ven a Tolosa, Attax. No puedo prometerte riquezas, porque no sé lo que Teodorico dispondrá para mí, pero sí que no nos faltarán batallas ni mujeres.

El espontáneo ofrecimiento del joven hizo que me quedara perplejo.

—Hace años hubiera aceptado con gusto tu propuesta. Pero me temo que ahora mismo no es eso lo que mi alma anhela. Gracias de todas formas, amigo.

Bajó la cabeza y suspiró.

—Tienes razón. Cuida de Marco, él te necesita más.

—Y tú cuida de los tuyos y del viejo Ibbas hasta que tu padre regrese victorioso, muchacho. No se lo digas, pero está más lento y gordo que nunca. —Le guiñé un ojo para que captara la maldad de mis palabras.

Sonrió, y por un momento la amargura de sus ojos se trocó en paz.

—Volvamos dentro antes de que algún malpensado crea que estamos intimando.

—¡Somos bárbaros, Salla! Eso se deja para los civilizados romanos.

El joven rio con ganas antes de corresponderme con un abrazo.

—Ha sido un placer conocerte, alano.

—Lo mismo digo, godo. Y si te sirve de consuelo, te diré que gracias a ti y a los tuyos guardaré un mejor recuerdo de tu pueblo que el que tenía antes de conoceros.

—También es cierto que era difícil que empeorase.

—No me subestimes, Salla; te aseguro que soy muy bueno odiando.

Regresamos al edificio abrazados como dos viejos amigos. Allí, el alboroto era ya tal que comenzaba a ser audible incluso desde el patio. Entramos discretamente en la estancia, sin que al parecer nadie nos hubiera echado de menos a ninguno de los dos. Me acerqué a mi sitio mientras me retiraba la capa, agobiado por el calor que desprendían las ardientes teas y notaba como el humo penetraba por mi hasta entonces despejada garganta, arrastrando en su camino el olor levemente picante a sudor mezclado con los aromas de la comida que dominaban el ambiente. Arcadio y Linto devoraban sin tregua, mientras se esforzaban en continuar con su vehemente debate a pesar de tener la boca llena. Lucila, en cambio, se llevaba delicadamente un crujiente muslo de ave a los labios mientras asentía con la cabeza ante alguna de las estudiadas respuestas de Marco. Al lado de donde mi asiento vacío me aguardaba, Issa y Vera hablaban animadamente con un cansado Wulfila, que, pese a todo, comía con la voracidad de un oso. O me había hecho caso, o realmente estaba hambriento. Entonces reparé en Sunna; ella sí que me miraba fijamente a los ojos, sin perder detalle de mi entrada.

—¿Has descargado lo suficiente para volver a empezar a llenarla? —me preguntó cuando me senté a su lado.

—Esta vez procuraré contenerme, porque ahí fuera hace un frío de mil demonios y no quiero volver a probarlo hasta que pueda irme a dormir.

Una mano me agarró bruscamente por la capa y me volví hacia Arcadio, que renegaba con voz de borracho.

—Attax, el muy bocazas de Linto dice que un puñado de hombres de su pueblo hubiera bastado para contener a nuestros «invitados»...

—El único cántabro al que he conocido es el mismo Linto, así que no sabría qué decirte con conocimiento de causa —respondí, molesto por la interrupción, y me volví a inclinar hacia Sunna.

Sin embargo, Arcadio parecía dispuesto a no cejar hasta haber terminado el debate.

—En mis años de servicio luché contra godos, suevos, vándalos, alamanes y hunos, y te aseguro que cada uno de ellos puso a prueba a nuestros hombres. Ni los mejores hombres de Aecio podían vencerles con facilidad, imagínate lo que haríamos con un puñado de montañeses.

—Os cagaríais por la pata abajo en cuanto vierais nuestras montañas, de eso no me cabe la menor duda.

—¡Conque esas tenemos! —respondió rápidamente el romano—. Ahora que lo dices, estoy de acuerdo contigo, Linto, pero no sois mejores que los armoricanos, porque en nuestros bosques nadie puede penetrar sin tener la sangre de nuestros ancestros, o... —No terminó la frase, sino que hizo un gesto pasando su mano izquierda por su cuello y poniendo los ojos en blanco.

—Veo que la cerveza ha empezado a hacer su efecto —los interrumpí alegremente.

—Venga, Attax, no te pongas así; también meteremos a los alanos en el saco. ¿Contento?

Seguimos hablando de asuntos intrascendentes, hasta que los comensales comenzaron a removerse incómodos en sus sitios, sabiendo que el ágape se encontraba cerca del final y sin embargo no se había planteado propuesta alguna a Marco por parte de Lucila. Cuando ya incluso yo, contagiado por la expectación de los que me rodeaban, esperaba con ansia cualquier señal por parte de la hispana, esta pidió la palabra y poco a poco el silencio se fue apoderando de la sala, hasta que la mujer se puso en pie acallando las últimas voces.

—Hombres y mujeres de Coviacum, invitados que compartís hoy nuestra mesa, todos sabéis por qué os he reunido aquí esta noche. —Lucila hizo una pausa y fue recorriendo a los que se encontraban frente a ella con aquella mirada fría y serena—. Hoy se cierra el círculo de la locura que se abatió sobre nosotros desde que regresara a este, mi hogar. A partir de mañana, una vez enterrados nuestros muertos y con la última amenaza a la que nos tuvimos que enfrentar ya conjurada, como atestigua la presencia en esta mesa de algunos a los que hasta hace poco llamábamos enemigos, comenzaremos a construir de nuevo la paz que ansiamos, como han hecho nuestros antecesores cada vez que el caos se ha abatido sobre nuestras villas y aldeas. Y lo haremos solos, como lo hemos hecho siempre.

No pude evitar un respingo al oír sus palabras. Debía de haber hablado con Marco durante la cena, y sin duda el resultado de las negociaciones había sido el esperado.

—En breves días nuestros amigos, aquellos que me salvaron de perecer en Asturica y compartieron nuestro destino sobre las murallas de Coviacum, partirán rumbo a su hogar, allá en Lucus Augusti, donde les esperan sus vidas y sus seres queridos.

Un murmullo de decepción se apoderó de la sala.

—Siempre recordaremos a estos hombres... y mujeres —añadió mirando a Vera y a Sunna— que dieron su sangre por nosotros como si fueran nuestros iguales. —Los mismos que habíamos atraído la desgracia al lugar, pensé, sintiéndome culpable por las bonitas palabras de nuestra anfitriona—. Coviacum ha sufrido la muerte de muchos de los suyos, pero se ha rehecho de sus cenizas tras vencer en una dura y cruel batalla. Y, si fuera necesario, lo volvería a hacer.

A mi lado, un eufórico Linto celebró las palabras de Lucila con un grito desafiante, alzando su jarra de cerveza antes de beber, mientras el resto de los presentes imitaba su gesto. Por el contrario, Arcadio me miró muy serio, como si la ebriedad que mostrara hacía escasos instantes se hubiera desvanecido por completo.

—Gracias de todas formas, alano. Me habría gustado que os hubierais quedado, pero tú ya me habías advertido de lo que sucedería.

—Al final te hubieras cansado de mí; no siempre soy tan agradable como imaginas.

—¡Qué demonios, eres un jodido bárbaro!

Me propinó un manotazo en el hombro que casi hizo que la jarra de cerveza que trataba de llevarme a los labios acabara en el suelo, y se unió a las voces de su amigo cántabro. Entre los dos contagiaron al resto de los hombres y las mujeres del castro, que comenzaron a vitorear a Lucila, reconociéndola como su guía en los oscuros días que se sucederían después de aquel.

Aquella noche me costó dormir, no solo debido a la cantidad de cerveza que había ingerido, que hacía que mi cabeza diera vueltas cada vez que trataba de apoyarla en el jergón, sino también porque no dejaba de pensar en las palabras de Salla. Tras la cena, tan solo Marco y yo habíamos regresado a nuestra fría y humilde morada, porque Issa había aprovechado la ocasión para pasar la noche con Vera, lo que de paso nos hacía ver al resto que éramos aún más desgraciados de lo que ya sabíamos que éramos. Cuando llevábamos ya un buen rato en silencio y el ruido que provocaba Marco al removerse inquieto en su jergón me daba una idea de que el joven estaba en

el mismo duermevela que yo mismo, traté de compartir mi desasosiego.

—Salla y los suyos se marchan mañana —dije, rompiendo el silencio de la noche.

—Sí, nos despedimos a la salida de la casa de Lucila. Esta vez supongo que sí será la definitiva —respondió él con voz ronca.

—Nunca se sabe —añadí, sin mucha convicción—. Pero, si volvemos a verlo, espero que sea en el mismo lado de la muralla —apostillé.

Marco me respondió con una risilla amarga.

—Es cierto. A veces hay que tener cuidado con lo que se desea.

—¿Y nosotros? Creo que ya está todo preparado para nuestra partida.

Oí que se revolvía de nuevo en su jergón.

—Salla dejará seis caballos y dos mulas para nosotros en su campamento. Ahora mismo está sobrado de animales, después de la batalla y de la marcha de los supervivientes.

—Otra decisión que le costará explicar —dije, negando con la cabeza—. Entonces ¿partiremos mañana? —pregunté, ansioso.

—Estamos cerca del verano; es un buen momento para retomar la calzada, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo. —Me llené de valor para seguir preguntándole—. ¿Vendrá Sunna con nosotros?

—Me ha dicho que mañana me dará su respuesta a mi ofrecimiento. Caballos tenemos de sobra, y está pendiente ese nuevo huérfano que te has buscado...

Me había olvidado por completo del pequeño, y no solo eso, sino que había esperado que el chico se hubiera olvidado totalmente de mí.

—Lo cierto es que no te veo encargándote del crío tú solo, aunque desde luego no seré yo el que diga que eres un mal preceptor. Creo que no te vendría mal que Sunna se ocupara de la parte más dura.

Me limité a emitir un leve gruñido de asentimiento. Marco continuó hablando.

—Attax, gracias por estar a mi lado. Salla me confesó que te había ofrecido seguirlo hasta Tolosa y que rechazaste su invitación.

—Él mismo ya preveía la respuesta —respondí, quitándole importancia—. Me parece que lo que realmente hubiera querido es poder seguir junto a nosotros.

—A mí también me habría gustado seguirlo, pero eso es algo que no está en mi mano. Quizá algún día sus pasos lo traigan de nuevo a Hispania; quién sabe.

No respondí, recordando los temores del godo sobre su vuelta a Tolosa. Me daba en la nariz que los años venideros no serían fáciles para él, ni para los suyos. Esperaba que al menos Akhila retornara pronto victorioso para distraer la atención de Teodorico del fracaso del muchacho lo antes posible. Mientras mi mente discurría a toda prisa tratando de imaginarme a Salla postrándose ante Teodorico, comencé a escuchar la profunda y rítmica respiración de Marco, que por fin había conciliado el sueño y me había dejado solo con mis lúgubres pensamientos.

Me pareció que apenas acababa de cerrar los ojos cuando el hispano me despertó zarandeándome sin muchos miramientos. Me restregué los párpados con fuerza y comprobé que la luz del amanecer ya comenzaba a penetrar por las rendijas de la minúscula ventana.

—Levanta ya. Salla debe de estar partiendo en este mismo momento, y tenemos que llegar antes de que alguien reclame nuestros caballos.

Me levanté pesadamente, con la cabeza dolorida y la visión algo borrosa, y busqué a tientas mi grueso capote. Salimos al exterior. Por la humedad de la tierra y la frescura del aire se adivinaba que esa madrugada había llovido sobre el castro. Yo apenas recordaba cómo habíamos llegado a

la cabaña, por lo que si me hubieran asegurado que había nevado, me lo hubiera creído igualmente. El castro amanecía como siempre, frío, silencioso y oscuro, con las primeras luces del alba asomando por el horizonte. Apuramos el paso para tratar de entrar en calor, y durante todo el trayecto no encontramos a ningún transeúnte por los caminos, tan solo algún perro mojado tratando de buscar un lugar donde tenderse para que el sol que comenzaba a despuntar secara su empapado pelaje.

Al llegar a la muralla vimos como algunos de los hombres que se encargaban de la vigilancia nocturna habían detenido su lenta ronda para mirar más allá del muro. Apenas repararon en nosotros, y cuando lo hicieron ya estábamos a su lado. Subimos la escalera con rapidez, mientras el gélido aire de la mañana se introducía en nuestros pulmones haciendo que resultara doloroso respirar, y una vez sobre la muralla pudimos observar lo que había captado la atención de los escasos vigías de Coviacum: la pequeña columna goda en movimiento.

Si yo fuera uno de los habitantes del castro, probablemente me habría alegrado de que aquellos demonios al fin hubieran abandonado el lugar, y esperaría con sinceridad que el infierno los viera arder antes de que regresaran por aquella llanura. Pero ni era uno de ellos, ni deseaba nada parecido. Deseaba que el destino sonriera a nuestros amigos y que nos permitiera un nuevo y feliz reencuentro, bien distinto al que habíamos tenido esa última vez.

Habíamos llegado justo a tiempo de ver como se alejaban del castro y de nuestra vida. Formando en una corta columna de a dos, los pocos guerreros godos que habían quedado al mando de Salla se perdían más allá de la llanura, dejando tras de sí un rastro de huellas de herraduras sobre la hierba húmeda. Los godos formaban una comitiva de menos de ochenta guerreros, pero parecían contar con el doble de monturas, entre caballos y mulas, que cargaban con la impedimenta de los hombres. Asistimos en silencio al que sería su último adiós a las murallas que se habían convertido en la tumba de muchos de sus compañeros.

A lo lejos, uno de los jinetes abandonó la cabeza de la columna y recorrió el corto camino que lo separaba de su retaguardia. A esa distancia no podíamos ver quién era atendiendo únicamente a nuestros ojos, pero con el corazón sabíamos que aquel jinete no podía ser otro que Salla. Llegó hasta el final de la comitiva y una vez allí refrenó a su caballo y dedicó una larga mirada a la oscura forma de Coviacum, que se recortaba en el horizonte con los primeros rayos del sol. No sabíamos si nos veía, pero tanto Marco como yo agitamos las manos instintivamente, tratando de llamar su atención. Si nos vio, no hizo ningún gesto que lo delatara. Tras unos breves momentos en los que permaneció muy quieto, oteando el castro a lo lejos, tiró de las riendas de su montura, y esta, dando un respingo, partió al galope tras el rastro de los suyos. Tanto Marco como yo, cada uno en silencio y con la vista fija en la columna, deseamos en ese momento que aquel grupo de guerreros regresara a su hogar sin más contratiempos, y que allí adonde fueran el destino resultara benévolo para con ellos. Permanecimos en la muralla hasta que las formas oscuras de los hombres dejaron de distinguirse en la lejanía y tan solo se intuía una mancha alejándose lentamente de nosotros. Todavía tenía la vista perdida en la nube de polvo cuando Marco posó su mano en mi hombro.

—Vayamos a recoger los caballos, hace frío.

III

A la mañana siguiente nosotros también partimos. Mientras terminaba de envolver el enorme escudo que me había regalado el herrero, no dejé de mirar a mi alrededor, intranquilo, hasta que la puerta de la cabaña se abrió para que entrara Vera y, junto a ella, también Sunna, ambas preparadas para la partida. Issa captó mi mirada y me confirmó con un asentimiento casi imperceptible lo que en el fondo ya me esperaba: la vándala nos acompañaría hasta Lucus. Aparentando indiferencia, volví a concentrarme en proteger el escudo, hasta que logré convertirlo en un fardo perfectamente acolchado. Esperaba no tener que utilizarlo durante el camino, pues en mi vehemencia lo había dejado tan apretadamente envuelto que dudaba que fuera capaz de rescatarlo de entre las mantas si llegaba a necesitarlo con urgencia. Me planteé liberarlo de nuevo y volver a comenzar, pero ya había abusado demasiado de la excusa y no quería comentarios jocosos.

La decisión de Sunna desencadenaba en mí sentimientos encontrados. Por un lado la apreciaba, y antes de verla en la puerta de la cabaña me sorprendí molesto ante la posibilidad de que se hubiera decantado por permanecer en Coviacum y aun así no se hubiera dignado despedirse de mí como era debido, incluso aunque yo nada le hubiera preguntado acerca de sus planes. Por otro, la vándala pertenecía de alguna forma a aquella vida que dejaba atrás al regresar a Lucus, y parecía no tener un sitio claro en la que allí me esperaba. Hacía tiempo que me repetía a menudo que bastante tenía con tratar de entender a una mujer, como para tener rondando alrededor a otra que tan inquietantes sensaciones provocaba en mí. Y en Lucus me aguardaba Aspasia, mi ancla de cordura en este mundo desquiciado. O eso esperaba, porque lo cierto es que en la discusión que mantuvimos antes de mi partida ella se negó a tranquilizarme concediéndome tal promesa. Pero yo estaba seguro de que lo que había entre nosotros dos era más fuerte que cualquier riña; o al menos estaba dispuesto a actuar en consecuencia.

Recordé mi promesa a la virgen mártir santa Eulalia, en la entonces lejana Emerita: volver a Lucus sanos y salvos, obtener el perdón de la hispana y, si no era demasiado tarde, tener con ella un pequeño al que regalar su primera espada. A cambio, no tocaría a otra mujer hasta volver a su lado. Pensé que el trato sería del agrado de la santa; claro que cuando lo formulé no sabía que la aparición que habíamos contemplado nada tenía de místico. Como averigüé más tarde, lo que nos había sobrecogido junto al río era una simple prostituta aleccionada por Zenón para impresionar a los godos. Pero esperaba que la promesa, hecha con ingenua sinceridad, fuese válida de todas formas.

Sunna... No me quedaba otra que centrarme y tratar de poner tierra de por medio hasta que nuestros caminos se separasen por fin. Traté de tragarme la sorda irritación que comenzaba a provocarme su decisión de venir con nosotros, y los trastornos que eso me acarreaba. Después de todo, era lógico: nada la retenía en aquel lugar ni la acercaba a su tierra natal, y un posible regreso a una Asturica devastada, sin tener noticia alguna del destino del obispo Toribio o de la situación en la que había quedado la que fuera su casa, resultaba más inquietante que tentador. Por otro lado, estaban Vera y la sincera amistad que se había forjado entre ambas, además del

pequeño Artemio, al que las mujeres profesaban un cariño maternal. Pero no podía quitarme de la cabeza la idea de que algo podía ir mal, aunque la culpable no sería ella, sino solo yo mismo y lo que la vándala despertaba en mi alma.

Salí de la cabaña para tratar de encajar el pesado bulto que contenía mi escudo en una de las apáticas y ya suficientemente cargadas mulas con las que contábamos. Mirando a mi espalda no pude por menos que sorprenderme por el curioso grupo que retornaba a Lucus a mi lado. Apenas un año atrás, o quizá unos meses más, habíamos partido tres jóvenes y un veterano guerrero, y ese día regresábamos un guerrero que definitivamente había pasado su mejor época, dos hombres, dos mujeres y un zagal. Me sentía viejo, sí, no tanto en el aspecto físico —mis músculos todavía lucían fuertes bajo mi camisola—, sino por todo lo que ya había vivido. No muchos llegaban a los cuarenta y cinco años que ya tenía, y menos habiendo tenido que luchar durante toda la vida, desde que apenas levantaba tres pies del suelo.

Cuando logré afianzar el escudo tirando con fuerza de las cuerdas que mantenían sujeto el equipaje a la mula, esta protestó ruidosamente. Era inútil, y ella también lo sabía: era un animal de carga, no un elegante corcel que cortara el viento en el campo de batalla llevando a lomos a su noble amo. No éramos tan diferentes, pensé: era como yo, un bárbaro que no estaba hecho para degustar las mieles de la riqueza y la opulencia como pudiera hacer un romano y que tan solo sabía luchar. Luchar y levantarme cada vez, hasta que al fin perdiera la última batalla y me dejara la vida en ella. Miré al animal con renovada simpatía y rebusqué en mis bolsillos algo con lo que compensar su ingrata labor. Encontré el mustio tallo de una cebolla, que me gustaba mascar de vez en cuando, y le acerqué un trozo, pasando mi mano por el morro del animal. Este inmediatamente sacó su rugosa lengua y tomó su recompensa con avidez. Le di una palmada en la cabeza y pensé: no, amigo; tú eres el romano, yo soy el corcel de batalla.

Issa se acercó trayendo de las bridas a nuestras nuevas monturas, cinco buenos caballos de la tropa goda, que habían suscitado murmullos de admiración entre los hombres del castro, acostumbrados a sus poco gallardos jamelgos; aunque yo había acabado por preferir la recia fiabilidad de los asturcones. Junto a ellos, las dos mulas, cargadas hasta los topes con nuestros equipos y con víveres suficientes para no tener que preocuparnos en al menos una semana, que nos habían entregado las mujeres del castro a primera hora. Cuando las vi llegar a nuestra puerta temprano, sonrientes y vocingleras, cargadas con aquellos fardos —pellejos de agua y de cerveza, tiras de venado en salazón, recias galletas de trigo y algo del duro queso que tan bien conocía—, pensé que aquella gente nos daba más de lo que merecíamos, hasta que recordé que habíamos pagado su agradecimiento con nuestra sangre.

Pronto estuvimos preparados. Terminamos de recoger nuestras pertenencias y tomamos el camino hacia las puertas del castro. A nuestro alrededor, una muchedumbre compuesta en su mayoría por mujeres, niños y ancianos nos acompañó durante el recorrido como si se tratara de una procesión. Cuando pasamos junto a la herrería, vimos que el mismo Belas se había asomado al patio esperando a que pasáramos para despedirse.

—¡Usa bien el escudo, alano! —escuché que me gritaba mientras yo le correspondía levantando el brazo para agradecerle de nuevo tan valioso regalo.

Una vez que enfilamos el último tramo del polvoriento camino, vimos que en la puerta se había congregado una multitud para darnos el último adiós de los hijos de Coviacum, aquellos que habían sobrevivido a la tormenta de acero que se había abatido sin piedad sobre aquel solitario peñasco. Allí estaban la mayoría de los hombres con los que habíamos luchado, sobre la muralla o junto a la puerta, dando a entender que los muros de Coviacum permanecerían

guarnecidos mientras ellos estuvieran allí, y tras ellos sus hijos y los hijos de sus hijos, como sucediera con el mismo Lucio. Allí también nos esperaba Lucila, con los nerviosos sacerdotes a su espalda, y con alguno de los principales del castro, a los que ya debería conocer por sus nombres; pero siempre había dejado esa ingrata y poco edificante tarea para Marco, que tendría ocasión de utilizar ese tipo de virtudes en los días venideros. Yo preferiría recordar a los hombres por sus armas y sus mañas con el acero, y aquellos no habían luchado en la muralla, y por tanto no eran de los míos. Un poco más atrás estaban Arcadio y Linto; a ellos sí que dedicaría con gusto un último saludo. Fue la última vez que los vi, y siempre he deseado que el destino les reservara lo que sus corazones anhelaban: un buen acero y una multitud de godos a la que matar para el romano, y cerveza fuerte y riñas sin fin para el cántabro. Ese tipo de deseos me parecían fáciles de entender, y ese era el tipo de gente con la que no me costaba identificarme.

Desmontamos, y algunos hombres se apresuraron a sujetar las bridas mientras nosotros nos despedíamos de los suyos. Evitando a los que conformaban las primeras filas, que no obstante me obsequiaron con algunas tímidas palmadas, caminé hasta llegar adonde Arcadio destacaba sobre los demás por su estatura. No dije nada, tan solo me fundí en un sincero abrazo con el veterano romano. Cuando me volví para hacer lo propio con Linto, para mi sorpresa, mientras lo buscaba, el pequeño cántabro se abalanzó sobre mí y me apretó con fuerza, como si se tratara de un brutal osezno, como aquellos que decía pululaban salvajes en su agreste patria.

—Suerte, alano. Allá donde vayas, que el toro te acompañe —me dijo Arcadio, solemne, cuando me separé de ambos.

—Lo mismo os digo, amigos. Cuidad bien de la gente de este castro, ellos solos no sabrían...

Guiñé el ojo y, dándome la vuelta, desanduve mis pasos hacia donde aguardaban los míos, ya a lomos de los caballos, mientras Marco hablaba calmadamente con Lucila. Lo último que oí mientras me alejaba fueron las escandalosas carcajadas del cántabro, celebrando alguna chanza de su compañero. Viendo que todos me esperaban, apreté el paso hasta llegar junto a Lucila, que habló con voz queda.

—Adiós, alano, y gracias.

—Yo soy quien debo darte las gracias, Lucila, a ti y a los tuyos, por cómo nos habéis tratado siendo extranjeros.

No sé por qué escogí esas palabras; quizá pasar demasiado tiempo con Marco había terminado por poner en mis labios lo que suponía que los otros deseaban oír.

—Al final resulta que no eres tan salvaje como había imaginado cuando nos conocimos en Asturica.

Aunque trató de disimularlo, advertí que la única mención de la ciudad era capaz de hacer que se erizara el vello de sus pálidos brazos. Después, ya recuperado el autocontrol, me despidió con un mohín en los labios y una inclinación cortés.

Marco, ya sobre su montura, me hizo un gesto para que no me retrasara más. Cuando ya tenía los pies sobre los estribos, el joven romano dedicó unas palabras de despedida a Lucila y a los suyos.

—Cuidaos, y mantened este castro como habéis hecho hasta ahora. Siempre hablaré de vosotros cuando algún hispano vuelva a decirme que está indefenso.

Estimé que el muchacho hablaba con conocimiento. Aunque no había llegado a la veintena, habló con una cierta amargura, como si fuera un veterano que hubiera recorrido las largas y envejecidas calzadas de Hispania en un sentido y en otro, ganando cicatrices a lo largo y ancho de la diócesis, hasta hastiarse de ver tanta sangre vertida y tantas excusas cobardes para proteger,

en cambio, a los poderosos. Entonces me di cuenta de que no era solo él quien hablaba, sino que su voz transmitía también mis propias palabras. Desde que tenía uso de razón, yo había sido su mentor en el lado oscuro de la vida: desde aquellos cuentos con los que lo entretenía cuando era solo un niño, allá en Conimbriga, ante el asombro del pequeño y educado hispano, que abría desmesuradamente sus grandes ojos mientras yo le hablaba de guerreros, caballos, héroes y villanos, hasta después de nuestra precipitada partida, tras experimentar la tragedia en sus propias carnes, cuando mis historias sobre las luchas que se habían sucedido en tantos lugares de Hispania en los que mi espada tuvo ocasión de batirse, habían colaborado a templar el carácter del joven, ávido por otro lado de encontrar una respuesta favorable a sus ansias de venganza. ¿En cuántos de los lugares por los que pasaríamos aún en nuestra vida tendríamos que observar a los temerosos hispanos agachar la cerviz ante los invasores? ¿Cuántos hombres y mujeres languidecerían sin protestar mientras otros —y no siempre los temidos invasores extranjeros— los exprimían hasta el tuétano? ¿Y cuántos otros, quizá menos nobles y sabios, se esforzarían en plantar cara a la adversidad que se cernía sobre el deteriorado escenario en que se había convertido la diócesis? No podía dar una respuesta, salvo que el destino siempre es veleidoso, y nuestra historia no sería una excepción.

Nos alejamos en silencio, dejando atrás a los hombres y las mujeres de Coviacum, reunidos en aquella puerta que fue testigo de la hazaña que protagonizamos frente a una horda de guerreros más numerosa, entre los que se contaban muchos que podían jactarse de haber puesto en fuga al mismísimo Azote de Dios, como le gustaba llamar a Marco al rey huno. Saludamos por última vez, con los brazos alzados y, al menos en mi caso, con el corazón encogido al contemplar el lugar de la muralla por el que había caído Galieno tras las heridas infligidas por Liuva. Por último, agobiado por el recuerdo, tuve que volver la mirada, no fueran a traicionarme mis viejos ojos y se adivinaran las lágrimas desde la distancia.

Sunna, a mi lado, me miró comprensiva.

—No te entristezcas, hombretón.

—Solo es el frío —respondí rápidamente, pasando la manga de mi capa por mis húmedos párpados.

Sí, pensé: el frío que atenazaba mi corazón después de que una parte de mi vida me fuera arrancada por medio del acero. Espoleé a mi montura y aceleré el paso, gritando que alguien debía actuar de explorador.

Pasé varias horas por delante del grupo, sin explorar más de lo que hubiera explorado estando en el último lugar de nuestra comitiva. Pero al menos el silencio y la soledad permitieron que mi alma se calmara, tras repasar una vez más el complejo balance de lo que habíamos perdido y ganado a lo largo de aquel largo viaje.

La marcha hacia Lucus transcurrió con tranquilidad. Con los caminos despejados después del invierno y las hordas godas recorriendo las calzadas en sentido inverso al nuestro, no tuvimos que lamentar encuentros desagradables; eso sí, sobre todo entre Coviacum y Asturica asistimos con cierta frecuencia al triste espectáculo que ofrecían los restos calcinados, a veces todavía humeantes, de granjas y pequeñas aldeas por las que el ejército en marcha debía de haber pasado días atrás, requisando animales y mujeres y provocando incendios de distinta magnitud cuando los soldados requerían un extra de diversión. Pasaría mucho tiempo hasta que la sola mención de los godos no provocara la vehemente repulsa de los lugareños, ante los desmanes sufridos a sus manos. Por fortuna para nosotros y para los desconsolados labriegos, ni tan siquiera los bandidos se atrevían a salir de sus madrigueras por si topaban con alguna columna goda, por lo que al

menos no se añadía esta amenaza a la que representaban los soldados.

Planificamos el recorrido de tal manera que pasamos bastante lejos de Asturica; creo que ninguno de nosotros deseaba ver a la luz del día la devastación que habíamos intuido durante aquella fatídica noche —demasiados fantasmas se abatían ya sobre nosotros para arriesgarnos a añadir alguno más—, y por otro lado tampoco queríamos aventurarnos a que alguien nos reconociera y nos pudiera relacionar con lo que allí aconteció. Tan solo Sunna planteó la posibilidad de acercarnos al menos hasta los alrededores de la urbe para intentar recabar algo de información sobre el destino sufrido por el obispo Toribio, pero creo que en el fondo tampoco deseaba enfrentarse a la escena que temía encontrar en aquella casa que durante años fue su hogar, ni confirmar si el resto de sus habitantes había perecido en medio de la locura desatada aquella noche, por lo que no puso mayores objeciones a la decisión que habíamos tomado de abandonar la cómoda calzada antes de llegar a la urbe para retomarla varias millas más al oeste.

A medida que avanzábamos hacia Lucus la sensación de tranquilidad era mayor: parecía que la pesadilla no había tocado aquellas tierras. El ejército godo que había ascendido desde Emerita no se había dispersado hacia las montañas donde astures y cántabros se resguardaban, ni hacia el oeste, hacia el mar y el finisterre de Hispania, sino que a partir de Asturica habían puesto rumbo al este, a Tolosa, tras los pasos apresurados de su rey, y habían cometido el grueso de sus fechorías ya en suelo de la Tarraconensis. Para nuestro alivio, el interior de Gallaecia había escapado al fuego y el acero godos, por lo que, aunque seguía inmerso en sus propios conflictos, y era escenario preferente de cualquier ataque que incumbiese a los suevos, parecía que en la región imperaba una relativa calma. Como nos dijeron unos aldeanos con los que compartimos mesa una noche, bastante tenían ellos con preocuparse de que sus tierras hicieran prosperar la simiente sembrada y de recoger las cosechas que les permitirían sobrevivir el siguiente invierno para desvelarse también por las cuitas entre suevos y godos, que sentían ajenas a su día a día.

A medida que transcurrían los días y avanzábamos hacia el oeste, el clima también iba dándonos un agradable respiro. Ya cerca del verano, disfrutábamos desde la mañana de la sensación de los rayos del sol, cada vez más intensos, pero atenuados por una brisa fresca que iba tomando fuerza hacia las últimas horas del día, o cuando atravesábamos los tupidos bosquecillos que, tras el húmedo invierno, mostraban un verdor exuberante. Poco a poco, el ambiente más relajado y los días más cálidos fueron ayudando a Sunna a dejar atrás el cerrado mutismo en que se había sumido desde que pasáramos de largo por Asturica, y su risa volvió a formar parte de las conversaciones que manteníamos. No estaba dispuesto a confesarlo ni siquiera ante Marco, pero reconozco que había llegado a echar de menos ese punto de acidez que siempre dominaba en sus comentarios y el brillo travieso de sus ojos claros cuando me lanzaba alguna de sus pullas.

Cuando ya nos encontrábamos a pocas jornadas de nuestra meta, las provisiones que traíamos comenzaron a mermar, y cada vez era más necesario que Issa pasara largas horas de caza para traer a nuestra fogata algún animal que llevar a la olla. Por último, vista la tranquilidad con la que discurrían los días, decidimos probar suerte y acercarnos a uno de los pequeños poblados que salpicaban las montañas para tomar un guiso caliente y regalarnos la comodidad de dormir bajo techo tras tantas noches al raso. Las mujeres no lo reclamaron, fue cosa nuestra, pero tanto los muchachos como yo éramos conscientes de que no estaría de más otorgarles ese pequeño privilegio de vez en cuando, para que pudieran descansar de la larga marcha y las incertidumbres de la intemperie.

A última hora de la tarde llegamos a un pequeño villorrio que se desparramaba sobre la suave pendiente de la ladera a pocos estadios de la calzada principal, que abandonamos para tomar un

camino de tierra apelmazada que continuaba hacia la cordillera que debíamos atravesar para llegar a los alrededores de Lucus. En un primer momento los aldeanos nos escrutaron con desconfianza: un grupo a caballo, acompañado de mulas cargadas con los escudos y las cotas, y las largas espadas reluciendo en los costados de los hombres no debía de resultar una visión precisamente tranquilizadora. Pero la presencia de las mujeres y el niño junto a nosotros, unida al gesto afable de Marco, al parecer los convenció acerca de nuestras intenciones pacíficas, y finalmente aceptaron que compartiéramos aquella noche con ellos.

No era un gran poblado, poco más de una veintena de casas de madera y algunas pocas de piedra oscura, que se arracimaban alrededor del camino de tierra, a poca distancia de un arroyo de aguas frescas y cristalinas. Era un lugar tranquilo, como otras tantas pequeñas aldeas que había visitado en mi deambular por aquella tierra. Alejado de las rutas principales, no debía de ser frecuente la presencia de viajeros por los alrededores, y menos aún en los inciertos tiempos que corrían, poco propicios para los desplazamientos largos. Pasamos la noche allí, en el establo comunal de aquellas gentes, donde los caballos presentes no pasaban de ser más que pencos únicamente aprovechables para tirar de un arado, pero al menos estaríamos calientes. La noche transcurrió tranquila, sin sobresaltos: nadie se atrevió a tratar de robarnos, pese a que nuestras cargadas alforjas podían resultar una tentación. Aun así, nos turnamos para hacer guardia, por si acaso teníamos que disuadir a algún lugareño con ideas demasiado ambiciosas.

Antes de acostarnos compartimos con nuestros anfitriones un sencillo guiso de col, acompañado de unas tortas elaboradas con una harina gruesa y oscura que tuvieron a mis mandíbulas ocupadas por un buen rato. Durante la conversación supimos, para desconsuelo de Sunna, que Toribio, el obispo de Asturica, había sido hecho prisionero la noche del saqueo, y conducido junto a otros religiosos y notables como parte del botín que los godos llevarían de vuelta hasta Tolosa. Se decía que, una vez allí, los presentarían ante Teodorico para obligarlos a renegar públicamente de su fe a los pies del monarca, para proporcionar una satisfacción a los heréticos godos. Uno de los presentes, un hombre moreno de manos encallecidas y rostro flaco, ya describía a Toribio como un nuevo mártir, convencido de que moriría proclamando su fidelidad a la fe cristiana para oprobio de sus captores, a los que cubría de palabras despreciativas con una pasión que amenazaba con bañar a cualquiera que se acercara con una rociada de pequeñas gotas de saliva, mientras no dejaba de lanzar miradas inquietas al pomo de mi espada. Sunna estaba muy seria, pero yo valoré la información como positiva: desde el momento en que habíamos abandonado su residencia en medio de aquella locura desatada, había pensado en el pobre hombre como si estuviera muerto.

La historia que narraba nuestro vehemente interlocutor me recordaba a muchas de las que ya habíamos escuchado sobre mártires cristianos, incluida la de santa Eulalia de Emerita. Siempre me ha sorprendido que alguien pueda encontrar placer alguno en obligar a un enemigo a renegar de sus creencias. ¿No es definitivamente más simple limitarte a rebanarle el pescuezo? O, si la idea es humillarlo, ¿acaso no existen para ello cientos de opciones más efectivas, incluyendo muchas que sé que el bueno de Marco no transcribiría? Yo me limité a masticar en silencio mientras oía las encendidas quejas de nuestros anfitriones, a la vez que pensaba que no entendía ni el empeño godo en fabricar nuevos mártires, ni la admiración que despertaba en los cristianos el hecho de que te capturaran y te sometieran a tortura; a mí, sinceramente, no me parecía un gran mérito. Desde mi punto de vista, los cristianos adolecían de un profundo complejo que los llevaba a dar demasiada importancia al hecho de profesar o no su fe. Desde el albor de los tiempos, cada pueblo ha adorado a sus propios dioses, buscando su protección y siguiendo sus

designios, y estos han correspondido acompañando los pasos de sus hijos en cada nueva batalla, protegiendo las cosechas, bendiciendo los nacimientos y acogiendo a los que mueren. Pero los cristianos llevaban el asunto más allá, alimentando una firme repulsa ante cualquiera que no profesara sus mismas creencias, hasta el extremo de considerar diferencias irreconciliables incluso lo que yo juzgaba que eran meros matices en la interpretación de los misterios de su credo, y convirtiendo estas discrepancias en eje central de su juicio respecto a hombres y pueblos, cuando lo único cierto es que lo que hace girar el mundo es la falta de tierras, abrigo y comida que dar a los tuyos, y la ambición de poseerlas. Y la espada es la palanca que desencadena ese movimiento: le pese a quien le pese, no es la fe, es el acero. Así era como pensaban muchos de los que ellos llamaban invasores, y qué demonios, yo también debía de ser un invasor, porque no podía estar más de acuerdo.

Poco después de que hubiéramos acabado con las viandas que nos habían ofrecido a cambio de unas pocas monedas, Issa y Vera, tras intercambiar una mirada cómplice, se levantaron con discreción y se escabulleron hacia el establo buscando algo de intimidad. No pude evitar sonreírme, pero me cuidé de continuar mirando fijamente al suelo para no avergonzarlos. Un rato más tarde, cuando la conversación comenzaba a volverse insoportablemente espesa para mi gusto, y ya el pequeño Artemio rezongaba por lo bajo su cansancio y aburrimiento, Sunna, que apenas había probado bocado o participado en la conversación, abatida por las noticias recibidas sobre el destino del obispo Toribio, aprovechó la ocasión para excusarse parcamente y seguir los pasos del britano y su chica con el mocoso firmemente asido de la mano. Una vez desvanecida la intimidad de la pareja —creo que el tiempo durante el que soportamos la aburrida charla antes de arriesgarnos a interrumpirlos había sido bastante generoso—, tampoco yo aguanté demasiado a la mesa. Bostecé, me estiré ostensiblemente y me despedí de los presentes haciendo una seña a Marco por si deseaba imitarme. Creí que el muchacho agradecería mi iniciativa y aprovecharía para dar por terminada la velada, pero ante mi sorpresa me indicó que se quedaría un rato departiendo con los aldeanos.

Cuando llegué al establo, Sunna ya se había acomodado sobre uno de los mullidos lechos de paja que habíamos preparado antes de ir a cenar. A su lado, Artemio dormía plácidamente, con la mano de la vándala asida entre las suyas. Hice a Sunna un gesto interrogativo, y ella me señaló con un movimiento de cabeza la parte trasera del establo, donde debían de estar Issa y Vera. Me desprendí del capote y rebusqué entre las alforjas de mi caballo algo más de abrigo para pasar la noche. Me alegré de dormir a cubierto: ese día notaba mis viejos huesos destemplados, y lo que menos quería era recaer del incómodo resfriado que me había asaltado estando en Coviacum. Me tendí en uno de los jergones que quedaban libres y miré divertido como Sunna mantenía su delicado abrazo sobre el dormido mozalbete.

—Él tiene claro quién quiere que sea su madre, ¿eh? —dije mientras me acostaba, frotando mis brazos para tratar de entrar en calor.

Me miró enarcando una ceja y respondió en voz baja para no despertarlo:

—Todos necesitamos una madre, y me temo que tu regazo no luce tan cálido.

Todos necesitamos una madre. Creo que nunca había oído aquella expresión, y me llamó la atención. De donde yo venía no todos llegábamos a conocer a nuestra madre, y solo unos pocos convivían lo suficiente con ella para crear vínculos estrechos entre ambos. Era un mundo duro y despiadado, donde uno crecía rápido o moría por el camino. Una madre... Yo no recordaba el nombre de la mía, y ni siquiera el que ella me daba a mí. Iselda era lo más parecido a una madre que había tenido, pero no era de las que lo acunaban a uno en el regazo. Ella criaba guerreros

fuertes de los que su pueblo pudiera estar orgulloso, y desde muy pronto los guerreros tenían la responsabilidad de cuidar de las mujeres, no al contrario. Todavía cavilaba en silencio cuando Sunna volvió a hablar.

—¿Crees que matarán a Toribio si no reniega de Cristo, como decían esos hombres? ¡Tú los conoces, tienes que saberlo!

Me tomé el tiempo necesario para responderle con calma, porque no sabía muy bien lo que la mujer estaba preparada para escuchar.

—Conozco a algunos, tienes razón. Y puedo decirte que si fuera Salla el que lo recibiera en Tolosa, las tardes de Toribio transcurrirían entre largos paseos y conversaciones en las que ambos discutirían amigablemente las bondades de sus respectivos credos; ¡te aseguro que no sería la primera vez que lo viera! —No hacía tanto tiempo que había asistido a las agotadoras tertulias del joven godo y Zenón, allá en Emerita—. Pero no todos los godos que he conocido son como Salla.

No supe qué más decir y me limité a encogerme de hombros. Ella agachó la cabeza, abatida.

—Él no es precisamente tolerante con los que no opinan como él. Tiene convicciones firmes y las defiende con vehemencia.

—¿Tolerante? ¿Acaso algún cristiano lo es? —pregunté yo, recordando la historia de Issa y los primeros años que pasó en Hispania.

—Muchos lo somos, bárbaro, aunque tú no quieras verlo. ¡Mira a Marco, por ejemplo! —Respiró profundamente antes de continuar—. Pero Toribio no podía consentir que otros no pensaran como él. Creía que era necesario que aquellos que seguían otras doctrinas se quitaran la venda de los ojos y descubrieran que todo eran falacias, salvo su propia interpretación. Y estaba dispuesto a pregonarlo ante quien le quisiera escuchar y a defenderlo frente al que no.

—¿Y cuál es tu caso? ¿Sigues la fe de Toribio y... la de tu madre?

—Mi madre era una mujer sencilla y buena, que no hacía daño a nadie. Pero yo sigo el credo de Toribio, no el que ella profesaba.

—¿Tu madre era arriana? —pregunté, recordando a Gelimer y sus bravatas al defender su interpretación sobre su dios, su hijo y toda la corte celestial.

—Era seguidora de Cristo y profesaba la misma fe que sus vecinos —obtuve como única respuesta.

—¿Era priscilianista? —pregunté entonces.

La verdad es que después de tanto tiempo ya le estaba cogiendo el pulso al cristianismo y sus distintas variantes. Ella me miró con asombro.

—Eres una caja de sorpresas, Attax, sabes más de lo que parece. Pensé que lo único que te interesaba en esta vida eran las espadas y la cerveza.

—He dado muchas vueltas por esta tierra, y he tenido amigos en todos los pueblos. Y enemigos —añadí al instante, recordando algunas caras que rápidamente acudieron a mi mente.

—Y ahora, después de tan largo camino, regresas a tu casa victorioso para disfrutar de un merecido descanso, ¿no?

Pensé un instante en las palabras de la mujer. ¿Qué era lo que esperaba ahora que regresaba a nuestro hogar? Quizá envejecer plácidamente en brazos de Aspasia, sumergidos en nuestra agradable rutina, entre la taberna y la finca de Cayo. Pero si algo me había enseñado la vida era que nunca podías pensar mucho más allá del día siguiente, porque tal vez fuera en vano.

—Pues ahora que lo dices, creo que me merezco un largo descanso, o al menos uno que dure el tiempo suficiente para restañar mis heridas —respondí.

Me admiraba la habilidad de la vándala para ayudarme a ordenar mis pensamientos, un ejercicio que nunca me había resultado sencillo. Pero sus palabras medidas y aquella mirada que me hacía sentir, de alguna manera, comprendido lograban que me fuera más fácil encontrar cierta paz en mi interior.

Ella retiró con cuidado su mano de entre las de Artemio, y se volvió hacia mí. Incluso en la penumbra reinante, el brillo de sus ojos resultaba hipnótico. Ambos sonreímos al escuchar tras los fardos de paja los susurros ahogados de Vera e Issa que, ajenos al resto del mundo, parecían no tener ninguna prisa por dormirse. Sunna me hablaba en voz muy baja, y yo me acerqué para poder escucharla, y luego otro poco más, movido por un impulso irrefrenable de acariciar su suave piel. Pasé mi dedo por su mejilla y ella me miró, sorprendida, pero no se apartó, y yo continué mi recorrido enredándolo en su cabello. Noté que quería decirme algo, pero me pareció que le costaba encontrar las palabras.

—Yo... no tengo muy claro qué pasará cuando lleguemos a Lucus.

—Es un buen sitio para vivir. Te gustará —respondí, algo distraído, jugueteando aún con su pelo.

—Vera me ha contado que regentáis una taberna. Tal vez pueda seros de utilidad; en casa de Toribio pasaba mucho tiempo en las cocinas.

Sus palabras me despertaron de mi hechizo. Detuve el recorrido de mi mano y me obligué a apartarla, con el nombre de Aspasia resonando en mi cabeza. No había espacio para Sunna en mi vida, y yo, incluso tan cerca de Lucus, lo olvidaba continuamente. Me giré para tenderme boca arriba y escapar de su mirada, temeroso de que tras sus palabras se escondiera un ofrecimiento al que yo no podía responder. Ella también se giró para perder su mirada en el techo.

Hice un gesto vago con mi brazo para que no fuera tan deprisa.

—Sunna, no está en mi mano decidir algo así; la posada depende de Cayo, el tío de Marco, así que, antes que nada, tendremos que hablar con él. Pero no debes preocuparte por eso, pues estoy seguro de que encontrará una buena solución. Incluso si él no precisara de tus servicios, es un hombre bien relacionado, así que podría recomendarte a alguno de los terratenientes de la zona, o incluso al propio obispo, dada tu experiencia en casa de Toribio.

Aguardé su reacción, relativamente satisfecho con la imprecisa respuesta que había logrado hilvanar.

—Gracias por todo, Attax —me respondió ella, con aparente sinceridad.

Sonreí como un idiota; después de haber estado a punto de echarlo a perder, me había limitado a chapurrear cualquier excusa que no me comprometiera en demasía. Pero ella o bien no lo había notado o bien era bastante más elegante que yo. Para eso ciertamente no hacía falta mucho. Su respuesta cortés terminó de quebrar una magia que quizá solo había sido real en mi imaginación. Por un lado me sentí aliviado; por el otro, extrañamente vacío.

—No hay de qué —terminé respondiendo cuando me di cuenta de que mi silencio se alargaba en exceso—. Verás qué rápido te adaptarás a la vida de Lucus. Es un buen lugar.

—Ojalá tengas razón. Solo espero que no me vea obligada a cambiarlo pronto por otro, como sucedió en Asturica.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al escuchar las palabras de la mujer. Creo que hasta ella misma llegó a atisbar la sombra que en ese instante pasó por mi frente y nubló mis pupilas. Pese a mi dilatada vida y las funestas experiencias que una vez tras otra había sufrido, nunca me había parado a pensar en que pudiera volver a ocurrirnos lo mismo. Lucus siempre había representado en mi mente un remanso de paz que se contraponía a mi agitada vida de guerrero. Pero ¿acaso

querría el destino llevar la guerra hasta sus propias murallas? Sin querer, recordé la angustiosa sensación que vivimos al regresar a la villa de Quinto en Conimbriga tras el asalto que acabó con su vida, solo para encontrar ruinas calcinadas en lugar de las firmes paredes tras las que habíamos esperado poder recuperarnos de la tragedia y comenzar de nuevo. Los recuerdos volvieron a mi mente con la cruel claridad de una amarga pesadilla: el traqueteo de la carreta en la que transportábamos el cuerpo sin vida del padre de Marco, el momento en el que vislumbré el esqueleto ennegrecido de la empalizada, mi desesperada carrera a lomos del caballo hasta atravesar el portón destrozado para encontrar solamente muerte por doquier. La emoción al descubrir entre los escombros de lo que había sido mi cabaña la menuda figura de un joven y herido Galieno y a mi querida Aspasia. Todavía seguía dando gracias a todos los dioses que esa noche habían velado por ellos, incluso a Cristo y al Espíritu Santo, por si acaso habían sido ellos los que habían intercedido por los míos. ¿Cuánto tiempo había pasado ya de aquello? ¿Siete años? En todo caso, habían sido suficientes para que el por ese entonces imberbe Marco dejara de esgrimir su inocente espada de madera, con la que le gustaba participar en la instrucción de los muchachos encargados de la defensa de la villa, para trocarla por aquel afilado acero que blandía ahora con la fría precisión de un veterano. En aquel tiempo me imitaba, soñando con acabar con monstruos y demonios en medio de la seguridad de su mundo. Pero entonces se había convertido en un guerrero y había dejado atrás la inocencia del niño para buscar una venganza que le había llevado a contar sus víctimas por decenas. Esa es la tierra que nos ha tocado vivir, así fue en un principio y así será mientras sean los hombres los que dirijan los designios del mundo.

Artemio se removió, inquieto, y buscó de nuevo la mano de Sunna, que se la apretó con fuerza, pasando la mano libre por el despeinado cabello del crío hasta calmarlo de nuevo. Su gesto me hizo volver a pensar en lo que habría dado de niño por que Iselda hubiera hecho lo mismo conmigo más a menudo. Me arrebujé en mi manta y me giré hacia el otro lado, dispuesto a pasar la noche como mejor pudiera.

IV

Esa noche volví a tener pesadillas, como me ocurriera en Coviacum poco antes del ataque del ejército godo. Nunca me he tenido por una persona con tendencia a soñar, y mucho menos a recordarlo con pavor, pero, aun a mi edad, reconozco que algunos pasajes de esos dos malos sueños me siguen inquietando. Hoy, en la tranquilidad de mi hogar, todavía rezo en silencio por no volver a vivir una tercera pesadilla.

Largo rato después de que Marco regresara tratando de hacer el menor ruido posible y se tumbara con cuidado en el jergón para caer dormido casi al instante, yo seguía removiéndome, incómodo. Cada vez que cerraba los párpados me asaltaban funestas visiones en las que el fuego, la sangre y los gritos parecían llenarlo todo. Pronto me daba cuenta de que el horror que se desplegaba ante mí tenía como escenario la propia Lucus; presencié sin poder hacer nada, como si fuera un fantasma invisible para los demás, como la taberna era reducida a cenizas mientras Cayo se mesaba los cabellos en la puerta que daba hacia su *domus*, sin reparar en el grupo de hombres armados, vestidos con ropas oscuras y con las caras tiznadas que se acercaban corriendo hacia él. Hacía horas que me había despertado cuando llegó por fin el alba, que me encontró ya semiincorporado, con la espalda apoyada en una de las toscas vallas de madera tras las que se encerraba a los animales del establo, jugueteando en silencio con mi espada.

El primero en despertar fue Issa. Alertado de que no era el único que no dormía por el zumbido metálico que producía la hoja al girarla con mi diestra por el pomo mientras la punta permanecía apoyada en el suelo, se acercó sin hacer ruido y me saludó con una leve sonrisa. Le hice un gesto para que se acercara, y el britano sorteó con sigilo a nuestros compañeros hasta apoyarse junto a mí.

—¿No has dormido, Attax? —preguntó, con cierto deje de nerviosismo.

—¿Y tú, muchacho? —No pude ahorrarme la burla, dada la situación.

—Poco... pero ¡estoy como nuevo! —exclamó en voz baja, esbozando una sonrisa tímida.

Le palmeé el hombro, divertido. Él adoptó una expresión más seria antes de volver a hablar.

—Attax, ¿crees que el amo Cayo me enviará de vuelta a la finca?

Me quedé sorprendido por la pregunta del joven, hasta que reparé en que tampoco habíamos llegado a hablar con claridad sobre su futuro en Lucus. En sus ojos había un brillo temeroso; definitivamente, el regreso a la ciudad no les parecía resultar tan agradable al resto de mis compañeros como me lo parecía a mí. Pocos buenos recuerdos abrigaba el desdichado Issa de su vida anterior en el lugar.

—Si fuera así, preferiría partir ahora mismo —continuó—. Me quedaré con Vera, y nos perderemos por los bosques hasta que encontremos un buen lugar para los dos. Quizá volvamos a Asturica; harán falta manos para reconstruirla. —Me di cuenta de que, bajo la capa, se encontraba totalmente vestido para la marcha, incluso con la espada al cinto. Pero, a pesar de sus temores, no se había limitado a marcharse sin más. Me miró largamente antes de añadir—: Siempre que a ti te parezca bien, claro. No he olvidado la deuda que mantengo contigo.

Durante un instante no supe qué decir. No había pensado en la situación del muchacho: es

más, casi la había llegado a olvidar, siendo ya como era uno de nosotros. El britano había llegado a la villa familiar de Cayo tras verse obligado a huir del pequeño poblado situado en la costa del convento lucense conocido como Britonia, fundado por otros britanos como él. Desde que su abuelo, que lo había criado, falleciera, la situación del muchacho se había vuelto insostenible. Despojado de su hogar y sus posesiones por los secuaces de Constancio, un cura fanático que tras arribar a la comunidad desde la isla de la niebla se había lanzado a una feroz contienda contra los paganos del lugar, había tenido que huir de entre los suyos para afrontar una existencia miserable allá donde pudiera. Sus pasos lo llevaron, por azar, a la villa de Cayo, donde había sobrevivido a base de pequeños hurtos que trataba de compensar cepillando a los animales o haciendo pequeñas reparaciones. Hixinio, el capataz del lugar, conmovido por la actitud del esquivo ladronzuelo, había fomentado la situación, procurándole cuencos de comida y permitiendo que durmiera en el establo a cambio de que se ocupara de atender a los caballos, labor para la cual, hasta mi llegada, no contaba con manos suficientes.

El capataz logró ocultar durante un tiempo la presencia del britano al administrador del lugar, un hombre cruel y pagado de sí mismo, de nombre Elpidio, que gustaba de tratar a los siervos peor que al ganado; pero cuando este logró capturar al muchacho en una de sus idas y venidas poco se atrevió a hacer para evitar que se ensañara con él. Seguro de su impunidad al no tener que dar explicaciones a su señor sobre la suerte de Issa, del que Cayo nada sabía, se esmeró en preparar un castigo ejemplarizante para reafirmar su poder ante los habitantes de la finca, y encerró al chico en una jaula para que todo el que pasara a su lado contemplara su agonía hasta que muriera de inanición, convertido apenas en un sucio despojo. Al poco de conocerlo, cuando en la oscuridad de la noche cerraba los ojos, volvía a mi mente aquella fantasmal jaula de metal suspendida en el aire, en la que el pobre britano estuvo a punto de dejar la vida. Desde entonces, mil veces había agradecido mi impulso de liberarlo durante la oportuna visita a la finca en la que supe de él. Desde ese momento, Issa se comportaba como si su vida me perteneciera, como si mi intervención me diera derecho a reclamarlo como mi esclavo, aunque yo siempre me hubiera negado a considerarlo de esa forma.

A pesar de que Cayo nada supiera de él, para Issa su nombre era el del dueño y señor de aquella finca y de todos los que vivían dentro de sus muros, incluyéndolo a él. Y, conociendo a su administrador, poco bueno se atrevía a esperar de su amo, por mucho que Marco o yo mismo le hubiéramos hablado de él como de un hombre justo y bueno.

—El amo Cayo ni siquiera sabe que existes, Issa. No eres de su propiedad, ni nunca lo has sido. Así que nadie te obligará a ir adonde tú no quieras.

Un gesto de alivio surcó su rostro, aunque me pareció que se resistía a bajar la guardia, así que continué, dispuesto a tranquilizarlo.

—Eres uno más de los nuestros, y por extensión también lo es Vera. En Lucus os presentaremos a ambos como lo que sois, un hombre y una mujer libres, como yo mismo. Así que, al igual que yo, viviréis de vuestro trabajo. Sé que eso no te asusta; te adaptarás bien a la taberna, ¡te aseguro que habrás hecho cosas peores!

Me detuve un momento a considerar mentalmente las palabras que había dedicado al britano, y me maravillé por el giro que había dado mi vida. Ya era casi más un remilgado hispano que un despreocupado y salvaje alano. Aún me quedas tú, me dije haciendo girar la espada entre mis manos.

—Nunca podré pagar mi deuda contigo, Attax.

—De eso se trata, chico; siempre tendrás que soportarme. Pero preferiría que lo considerases

una buena amistad, más que una obligación. —Le sonreí y él me correspondió, al fin relajado. Me dieron ganas de abrazarlo, pero tanto sentimentalismo empezaba a preocuparme, así que me limité a darle una palmada y a levantarme del suelo—. Venga, dile a Vera que habrá que dejar para otro día eso de la fuga y ayúdame a despertar a los durmientes, que cuanto más tarde los levantemos, más tarde llegaremos a nuestro destino.

Lo observé mientras desaparecía hacia la parte trasera del establo, silencioso como había llegado. No solo a mí me había tocado sufrir en esta tierra. Y, por lo menos, mi naturaleza me hacía más duro que los demás, como un árbol centenario protegido por su rugosa corteza de las inclemencias que lo azotan. Supongo que cada uno desarrolla su propia estrategia para sobrevivir, y a Issa todavía le costaba hacerse a la idea de que no tenía que pedir permiso a nadie para ser feliz.

Cuando estuvimos todos preparados abandonamos el lugar como lo alcanzamos, sin prisas y en paz. Antes de partir tomamos un frugal desayuno, que consistió básicamente en las sobras de la noche anterior, y nos pusimos de nuevo en marcha, dispuestos a afrontar las últimas jornadas del viaje. Apenas podía contener mi ansiedad por ver de nuevo los altos muros de Lucus; aún me desvelaba por las noches la imagen de una columna de humo en el horizonte. Pero durante la vigilia el cielo permanecía despejado, y nada presagiaba que mis temores pudieran llegar a hacerse realidad.

Pocos días más tarde se hicieron visibles al fin las murallas en la lejanía. Mientras nos acercábamos, recordé las sensaciones que había tenido siete años atrás al contemplar por primera vez su imponente figura. En aquella ocasión todo habían sido incógnitas: llegábamos como refugiados a una nueva ciudad, donde no sabíamos si seríamos bien recibidos. Marco no recordaba haber visto nunca a su tío, y poco sabía sobre él, salvo que mantenía una buena relación con Quinto, además de algunos negocios en común. Habíamos decidido acudir a él siguiendo el último consejo de Quinto antes de expirar, pero solo contábamos para convencerlo de la veracidad de nuestra historia con una carta de Cantaber, principal de Conimbriga, explicando lo sucedido, la locuacidad del pequeño Marco, que a sus escasos doce años ya se desenvolvía con soltura, y el colgante que le diera su padre con el sello familiar. Esa vez era distinto: regresábamos a casa. Una agradable sensación recorrió mi cuerpo, y al girarme y comprobar la incertidumbre reflejada en los rostros de Issa, Vera y Sunna, les sonreí con una calidez que esperaba resultara tranquilizadora.

Marco, que cabalgaba a mi lado, se dio la vuelta sobre la silla y con una gran sonrisa, la primera que veía en su rostro desde hacía semanas, los apremió.

—Apretemos el paso, que ya estamos en casa.

Esperaba que con el tiempo todos llegaran a considerarla así. Por el momento, se enfrentaban a una urbe desconocida en un lugar perdido del norte, del que tan solo conocían lo poco que nosotros les habíamos contado.

Caminamos entre las pequeñas cabañas y los campos de cultivo que salpicaban las afueras, y luego atravesamos la caótica aglomeración de casuchas mal construidas y caminos enfangados que componían la ciudad extramuros. El hedor de algunos puntos nos hacía arrugar la nariz, y muchos de los transeúntes presentaban una imagen desaliñada, pero yo sentía que habíamos alcanzado nuestro destino y ninguna de esas pequeñeces iba a borrar mi sonrisa, concentrado como estaba en la idea de mi próximo reencuentro con Aspasia. Pasamos cerca de una tosca cabaña que me resultaba familiar, y recordé al suevo desdentado con el que habíamos tenido más que palabras en aquellas laberínticas callejuelas; esa imagen incluso amplió mi sonrisa. A raíz de

ese pensamiento, comencé a fijarme en que, *a priori*, se veían menos suevos en la zona que cuando habíamos partido hacía poco más de un año. También en Lucus debían de haber cambiado algunas cosas durante este tiempo; ya tendríamos tiempo de interrogar a Cayo sobre lo que había sucedido en la ciudad y los alrededores desde nuestra partida. Ansiosos por llegar, fuimos apartando sin muchos miramientos a cualquiera que se interpusiera en el camino, hasta que Issa tuvo que acercarse a nuestro lado para advertirnos de que estábamos dejando atrás a las mujeres, que se habían quedado algo retrasadas al tener que guiar a sus nerviosos caballos tras nuestros pasos apresurados entre la multitud.

Al fin llegamos hasta los pies de la muralla, la oscura y firme masa de piedra que parecía marcar el límite entre aquel lugar donde las normas que regían la antigua Roma todavía tenían algún significado y el resto del mundo, donde la decadencia de aquellas costumbres era ya una realidad. Allí, de la misma forma que sucediera años atrás, nos encontramos con un pequeño grupo de vigilantes, simples ciudadanos armados con lanzas o espadas, que guardaban el lugar con desgana. Enseguida reconocí a algunos de ellos; estos, si bien en principio no parecieron identificarnos, sí nos prestaron especial atención al comprobar que tanto nuestra indumentaria como nuestras altas monturas de batalla nos hacían destacar sobre el resto de los viandantes. Aún con expresión algo amodorrada, dos de ellos se incorporaron de donde escasos instantes antes habían estado apoyados reposadamente y se aprestaron a interceptarnos antes de que cruzáramos el portón.

—¡Saludos, Sergio! —dijo Marco echándose hacia atrás la capucha para dejar al aire su cabello bien corto, como lo había mantenido con obstinación durante todo aquel tiempo.

El tipo, un hombre moreno de mediana edad y calva incipiente, se quedó un instante pensativo hasta que cayó en la cuenta de quién era el muchacho.

—Pero ¡qué ven mis ojos! Me alegra verte de regreso, joven Marco —exclamó, acercándose con una gran sonrisa en los labios. El resto de sus compañeros se relajaron automáticamente, y alguno de los conocidos se unió al saludo con efusividad—. Sin duda hoy es un día dichoso para el ilustre Cayo. —Se acercó y habló en voz baja—. Nada le hemos dicho por no añadir más peso a su preocupación, pero tras tanto tiempo de viaje muchos empezábamos a temer que os hubiese sucedido algo malo... Han llegado a nuestros oídos historias escalofriantes acerca de lo que ha ocurrido más allá de la ciudad: se habla de pillajes, de asedios y de la muerte de buenos cristianos. Hace ya algunos meses nos llegaron noticias alarmantes desde Braccara, y en los últimos tiempos se habla incluso de que Asturica y Pallantia han sido pasadas a sangre y fuego.

Marco y yo cruzamos una mirada y el muchacho carraspeó para aclararse la garganta antes de hablar, buscando una respuesta que resultara imprecisa pero convincente; el astuto Cayo había decidido ocultar a sus convecinos el verdadero objeto de nuestro viaje, pues como él mismo nos dijera, si bien Lucus no estaba ocupada por los suevos, sí que había establecido una relación de convivencia que por el momento parecía satisfacer a ambas partes, por lo que no habría resultado prudente divulgar que su joven sobrino había marchado con la esperanza de unirse al ejército que venía dispuesto a expulsar a aquel pueblo de Hispania. Dado que, sin duda, Cayo había logrado llegar a viejo entre otras cosas por su prudencia y su astucia, estuvimos de acuerdo en que contara a sus amigos, y a quien le quisiera escuchar, que Marco, con mi escolta y la de Galieno, había partido hacia la región montañosa donde vivían los salvajes astures con el objeto de comprar nuevas yeguas para la manada de su tío y aprender algo más sobre esos animales en su propio terreno.

—Pues nosotros hemos permanecido todo este tiempo rodeados por incultos y salvajes

montañeses, así que tendrás que ser tú quien nos ponga al corriente de lo sucedido en los alrededores.

—Siempre he dicho que de estas murallas hacia fuera no hay nada que valga la pena —asintió el guardia con gesto hastiado—. Búscame cuando lo desees para comentar las novedades; supongo que hoy estaréis ansiosos por llegar a vuestra casa. Quizá Cayo desee organizar una fiesta esta noche para celebrar vuestro regreso.

Marco sonrió con cierta tristeza.

—No creo que hoy sea momento para fiestas; ya habrá mejores ocasiones. Lo único que deseo por ahora es abrazar a mi tío, darme un buen baño y descansar hasta que el sol esté bien alto en el cielo.

El rictus de Marco me reveló que también él debía de estar pensando en Galieno. Se hacía muy duro regresar sin él a aquella ciudad que entre todos habíamos logrado convertir en nuestro hogar.

Nos despidieron con algunas palmadas en el hombro acompañadas de largas miradas de admiración que se repartían a partes iguales entre nuestras monturas y las mujeres que venían con nosotros. Esperaba que ninguno de ellos reparase en el curioso detalle de que, tras meses negociando con los montañeses, ninguno de los caballos que traíamos de vuelta fuera de raza astur, sino que parecían proceder —como de hecho así era— de más allá de las inestables fronteras hispanas. Avanzamos con premura hasta mezclarnos en el torrente de ciudadanos, campesinos y sirvientes que deambulaban por las calles de la ciudad. El olor resultaba mucho menos penetrante que el que impregnaba el aire en la zona extramuros, aun así, era lo suficientemente notorio para ver como alguno de los ricos ciudadanos con los que nos cruzamos arrugaba la nariz con disgusto, pero a mí me resultaba agradablemente familiar.

Después de la temporada que pasamos en la agreste y humilde Coviacum, disfruté de la vista de los recios y señoriales edificios de piedra que nos flanqueaban. Poco me importaba que sus fachadas no apareciesen cuidadas y relucientes, como se decía que estaban en la misma Roma años atrás, sino salpicadas de manchones irregulares de musgo y humedad: aquel era mi hogar, y al fin habíamos regresado.

Durante todo el trayecto fui prestando atención a cada figura de mujer que pasaba junto a nosotros, esperando que la casualidad me deparase un encuentro con Aspasia. En realidad, lo más probable era que estuviese ocupada en la taberna, pero la impaciencia me hacía imaginarla tras cada esquina, cargada con una cesta repleta de verduras frescas recién compradas en el mercado, o aguardando su turno en alguno de los comercios por los que pasamos. Finalmente llegamos a nuestro destino sin que la fortuna hubiera cruzado nuestros pasos; mi corazón latió desbocado al comprobar que la puerta de la taberna estaba entreabierta, y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no dejar a mis compañeros plantados en la puerta de la *domus* e irrumpir, gritando su nombre, por la puerta de doble hoja que se agitaba tentadoramente como si alguien la acabara de traspasar. Clavé una mirada suplicante en Marco, que me indicó con un gesto que tuviera paciencia y lo acompañara primero a ver a su tío, lo que acepté a regañadientes. El muchacho desmontó, se acercó a la señorial puerta y golpeó tres veces con la aldaba, lo cual trajo a mi mente vívidos recuerdos de la primera vez que nos habíamos enfrentado al serio portero, en aquella ocasión cargados de incertidumbre. Entonces los sentimientos eran otros, pero se reproducían con fidelidad en el caso de Issa, Vera y Sunna, mientras Artemio, con la alegre inconsciencia de la niñez, se limitaba a mirarlo todo con el asombro reflejado en sus ojos y asía la mano de Sunna con confianza, como si no necesitara nada más en el mundo para

sentirse seguro.

Cuando Marco ya se disponía a aferrar otra vez la aldaba para insistir en su llamada, escuchamos por fin el ruido de unos pasos apresurados al otro lado. Contuve la respiración mientras la pesada y ornamentada hoja se desplazaba lentamente con un leve chirrido de goznes, disfrutando de la expectación como un jovenzuelo que espera a su primer amor. Una desvaída imagen de Aelia, la guapa hispana que me hizo perder la cabeza tantos años atrás, cuando tenía la edad de Marco, hasta tal punto que abandoné mi lugar entre los vándalos para huir con ella sin más plan que querernos para siempre, cruzó mi mente. En aquel caso, la eternidad había durado apenas dos lunas; sí, definitivamente toda mi vida había sido un estúpido dispuesto a seguir mis más irracionales impulsos, y aunque los años me habían obligado a madurar, todavía me encantaba sentir aquel cosquilleo de apostar fuerte por algo que uno desea con intensidad.

Por fin pudimos vislumbrar tras la puerta la imponente figura de un hombre; por el volumen, podían ser bien Mario, el rocoso y silencioso esclavo con el que tan buenas migas habíamos hecho durante nuestra estancia en la ciudad, bien su igualmente hercúleo compañero, del que pocos recordaban el nombre real y al que todos llamábamos Sila debido a algún incomprensible juego de palabras que Marco parecía encontrar muy divertido. Cuando la luz penetró en el zaguán y el individuo dio un paso hacia el frente pudimos distinguir las facciones del bueno de Mario, cuyos ojos se iluminaron en cuanto reconoció a Marco al otro lado del portal. Su semblante, habitualmente serio y poco expresivo, se transformó por la sorpresa, y aunque abrió la boca para saludarnos, pasaron unos largos segundos hasta que el hombre fue capaz de pronunciar sonido alguno.

—¡Marco! ¡Attax! —farfulló finalmente.

—Saludos, Mario —respondió Marco antes de abalanzarse sobre él y abrazarlo como haría con un viejo amigo.

Me adelanté para tomar las riendas de la inquieta montura del muchacho, divertido por la expresión asombrada del esclavo, que, intimidado por el afectuoso y poco usual gesto de su joven amo, apenas fue capaz de responder al espontáneo saludo. Casi mejor, porque aquellas anchas espaldas prometían la fuerza de un oso. Recordé con una sonrisa que antes de trabar amistad con él solía llamarlo el «hombre sin cuello». Me pareció que no había cambiado en absoluto desde la última vez que lo vimos, cuando nos entregara los escudos que utilizábamos en los entrenamientos reforzados para la batalla. Hacía tiempo que se habían convertido en astillas; pero buen servicio que nos habían prestado hasta ese momento.

En cuanto pudo vencer su sorpresa inicial, Mario se giró para conminar a los sirvientes que andaban cerca a que avisaran a su señor del regreso de su sobrino.

—¡Lucas! ¡Antonio! Corred a buscar al amo Cayo. ¡Marco ha vuelto!

Marco, una vez que se descolgó del ancho cuello del hispano, salió corriendo hacia el interior del edificio, voceando el nombre de su tío, y yo me quedé frente a Mario.

—¡Viejo amigo! Me alegro de verte, ¿cómo estás, rufián?

Me pareció que paseaba su mirada entre la gran sonrisa dibujada en mi rostro y la puerta de la taberna, con una sombra de nerviosismo en su mirada que me desconcertó, aunque pronto descarté que tuviera importancia; ya habría tiempo de sobra más tarde para ocuparme de cualesquiera que fueran los problemas que hubiera habido en el negocio durante nuestra ausencia. Luego dirigió su escrutinio hacia la curiosa procesión que formaban nuestros nuevos amigos, desconocidos para el hispano y para el resto de los habitantes de la casa. Al mirar a mi vez a mi espalda me pareció que la tensión que se adivinaba en las mujeres desde que holláramos

los caminos aledaños a la urbe había comenzado a disiparse tras la cordialidad del reencuentro. Sin embargo, Issa no levantaba la vista del suelo, medio escondido tras su montura, como si pretendiera que se lo tragara la tierra. Reparé entonces en que Mario había estado presente durante el desagradable episodio de la maldita jaula, y el chico debía de temer que el hispano pudiera desbaratar la historia que pretendíamos sostener presentando al britano como un hombre libre que habíamos conocido durante el viaje. Le hice un gesto que esperaba fuera tranquilizador y me volví hacia Mario dispuesto a hacer las presentaciones pertinentes.

—¡Oh, qué cabeza la del chico! Te presentaré al resto de los nuestros —dije, mientras lo agarraba del hombro e indicaba a los demás que se acercaran hacia la puerta.

Cuando Issa se aproximó arrastrando los pies le hice un guiño a Mario para avisarlo de que luego le daría las explicaciones pertinentes. De todas formas, estaba tranquilo: dada la habitual locuacidad del hispano, me parecía tremendamente improbable que dijera cualquier cosa que pudiera comprometer al joven.

—Este es Mario, el fiel guardaespaldas de Cayo Vipsanio Celer; y Mario, estos han sido nuestros compañeros de viaje durante todos estos meses: Issa, Vera y Sunna, y el diablillo que ves ahí atrás se llama Artemio.

Me miró sin comprender, y entonces reparé en qué era lo que había extrañado tanto al hispano. Quizá no que regresáramos acompañados por desconocidos, sino que Galieno no se encontrara entre ellos. Busqué sus ojos desconcertados y asentí en silencio.

—Galieno ha muerto —dije sin más, sin fuerza para elegir mejor las palabras.

Esta vez fue el hispano el que pasó su brazo por mi hombro, haciendo un considerable esfuerzo para compensar la diferencia de estatura.

—¿Cayó luchando? —no parecía una pregunta, sino más bien una afirmación.

—Como un valiente —acerté a decir antes de que me traicionara la voz.

En ese instante creció el revuelo en el interior de la casa, y Mario se separó de mí para espetar a los muchachos que se habían acercado hasta la puerta:

—Pero ¿dónde demonios os habíais metido? Rápido, llevad las monturas de los señores a las caballerizas y atendedlas como corresponde, ¿habéis oído?

Uno de los esclavos, del cual no recordaba su nombre pero creía que era originario de la frontera de las montañas astures, me arrebató las riendas e hizo una seña a los otros dos que lo seguían para que hicieran lo mismo con las de Issa y los demás.

Por mi parte, no aguanté más. Tras la emoción de la llegada, la tristeza del recuerdo de Galieno me invadió de golpe. Necesitaba calmar mi dolor, encontrar a Aspasia, abrazarla, enterrar mi nariz en su cabello hasta que el fresco aroma a hierbas que tan bien recordaba adormeciera mis sentidos, y acariciar su suave piel hasta que sus besos calmaran mi desazón. Ella me había advertido de lo que podía pasar, pero esperaba que dejara a un lado los reproches y me perdonara por todo, por haber estado tanto tiempo lejos del hogar que habíamos comenzado a construir juntos y por haber fracasado en mi misión de traer de regreso, sanos y salvos, a los muchachos, una vez consumada la venganza que habría de devolver la paz al corazón de Marco. Necesitaba desesperadamente su perdón y su contacto. El auténtico reposo de un guerrero no reside en ciudad alguna, sino en los brazos de los que te esperan. Solo entonces Lucus desplegaría por fin toda su luz ante mis sentidos.

Me aparté del grupo y, viendo que la puerta que comunicaba directamente la *domus* con la taberna parecía cerrada, me apresuré a regresar a la calle para entrar directamente por aquella por la que podía acceder todo aquel que deseara tomar algo caliente con lo que vencer el frío y la

humedad que muchas veces se apoderaba de las calles de Lucus. Cuando ya estaba llegando a la puerta, escuché a Mario llamándome con voz potente.

—¡Attax! —El tono urgente del hispano hizo que me detuviera y aguardara a que me alcanzase—. Espera, será mejor que veas primero al amo Cayo.

Lo miré sin entender a qué venían esas palabras, me desembaracé del fornido brazo con el que intentaba retenerme, y aparté las gastadas puertas esperando que me recibieran el agradable aroma de la comida en el fuego y el sonoro tintineo de la loza que, dada la hora que era, Aspasia debía de estar amontonando detrás de la barra, ahogado por las voces de los que partían tras tomar un refrigerio dispuestos a continuar con las tareas de la jornada antes de regresar a sus casas. Pero el interior estaba mucho más oscuro y silencioso de lo que esperaba; el local se reveló tranquilo y vacío ante mis angustiados ojos. Agucé el oído y me pareció escuchar algún tenue ruido en la pequeña sala que nos servía de almacén. Desconcertado, me giré para interrogar a Mario con la mirada.

—Attax, Cayo te lo explicará. Por favor, sígueme y no hagas que esta desagradable situación me resulte todavía más difícil.

—¿Difícil? Mario, ¿qué es lo que pasa? Yo solo quiero ver a Aspasia —le rogué, cada vez más nervioso.

—Aspasia no está aquí, Attax —repuso lentamente, como si le costara pronunciar cada palabra.

Ante mi cara de estupefacción, pareció valorar la idea de volver a tender su brazo sobre mis hombros para tranquilizarme, pero desistió en cuanto vio el gesto de animal acorralado que se había adueñado de mi semblante.

—¿Cómo que no está? ¡Cayo prometió que cuidaría de ella! —exploté sin pensar en el alcance de mis palabras—. ¡Y tú debías estar a su lado para protegerla! —Furioso como estaba, golpeé con la mano abierta lo primero que encontré, una vasija que reposaba sobre una de las sucias mesas, que se hizo añicos en el suelo polvoriento—. ¡Yo protegí a su sobrino con mi vida! —grité antes de enfrentarme a él, dejando a un lado toda lógica, cegado por la ira.

Creo que el hispano, abatido, ni siquiera pensaba apartarse, sino limitarse a encajar cualquier golpe que quisiera propinarle, con la cabeza gacha y los brazos colgando mansamente a ambos costados. Gracias a los dioses, el sonido de unos pasos apresurados que se acercaban desde el almacén me impulsó a volverme antes de hacer algo de lo que luego me habría arrepentido con creces.

—¿Attax? —me llamó una nerviosa voz femenina.

Me giré con los puños crispados y encontré frente a mí a Silvia, la encantadora joven hispana que ayudaba a Aspasia en la taberna. Todavía furioso, a punto estuve de emprenderla a gritos también con ella hasta que alguien me explicara qué demonios había sucedido. Pero al fijar los ojos en aquellos labios carnosos que tantas disputas juveniles habían provocado entre mis muchachos, recordé que también ella debía lamentar una pérdida. Aunque el discreto galán nada había confesado, sospechaba que la chica había pasado la noche anterior a nuestra partida junto a Galieno. Después de meses de velado coqueteo, convencidos de que disponían de todo el tiempo del mundo para sus juegos, habían iniciado aquella noche una historia cuyo brusco final debía contarle. También ella tendría que llorar una pena, como yo por la ausencia de Aspasia. Cuando se acercó hasta mí, con sus mejillas sonrosadas destacando en la blancura de su tez y los enormes ojos castaños muy abiertos, toda mi furia se desvaneció y dejó paso a una tristeza inmensa. La abracé con fuerza, y cuando noté que mis ojos se humedecían traté de secarlos en su colorido

vestido antes de que la muchacha se percatara de ello.

—Ella está bien, Attax —continuó explicando Mario al verme más calmado—. Pero no se encuentra aquí; hace ya algunas lunas que partió.

—¿Hacia dónde? —acerté a decir con voz ronca mientras me daba la vuelta hacia el hispano sin soltar a la joven.

—Vive en las afueras de la ciudad, pero viene a vernos de cuando en cuando.

Lo miré, desconsolado. Al menos vivía, y se encontraba cerca de la ciudad; pero, entonces ¿por qué había abandonado la taberna y dejado atrás su sueño? ¿Por qué no me aguardaba en el que habíamos considerado nuestro hogar? Cierto era que habíamos discutido la noche anterior a mi partida, pero no podía aceptar que fuera motivo suficiente para aquello. Algo debía de haber pasado, y yo necesitaba averiguarlo y traerla de vuelta.

—Aspasia está bien, Attax, y el niño también.

Las palabras de Silvia me desconcertaron, y enseguida la muchacha se dio cuenta de que había dicho más de lo que debería y apretó los labios con fuerza.

—¿Qué niño? —quise saber.

—Ella... Attax, te esperó mucho tiempo, pero acabó por pensar que no volverías... —Cogió aire y lo expulsó de golpe antes de continuar con cierta brusquedad—. No puedo asegurártelo, pero creo que Aspasia se ha desposado y ha sido madre de un niño.

Ni siquiera me enfurecí. Solté a la joven y me dejé caer pesadamente como un fardo sobre el banco más cercano, que crujió bajo mi peso. La nube de polvo que salió despedida hacia el aire se destacó en el grueso haz de luz que penetraba desde la calle. Me sentía incapaz de pensar, mirando aquellas motas plateadas flotando en el aire frente a mis ojos. Me resultaba inaguantable asumir el alcance de aquellas palabras. Algo en la forma de hablar de Silvia me convenció de que me ocultaba algo, de que se limitaba a repetir una historia pactada. Pero no tenía fuerzas para continuar preguntando. Me sumergí en el vacío de mi mente, abrumado por las circunstancias, hasta que la voz de Silvia me hizo volver en mí.

—¿Han vuelto los muchachos? —preguntó tímidamente, sentándose a mi lado.

La miré a los ojos y perdí de nuevo el control sobre mí mismo. La aferré contra mí y apreté los párpados con firmeza para no empezar a sollozar como un crío. La angustia me golpeó con fuerza: la muerte de Galieno, la pérdida de Aspasia, cuya traición no estaba en disposición de aceptar... ¿Casada? ¿Tras tantos años juntos sin más ceremonia que nuestro amor, no había tardado ni siquiera uno en entregarse a otro hombre y regalarle el hijo que a mí siempre me había negado? Creo que ni siquiera cuando mi familia pereció en aquella trágica jornada a manos de los godos de Walia me sentí tan herido. Claro que en aquel momento era solo un niño y no había tiempo para llorar, pues había que emprender el largo camino hacia el norte con lo poco que quedaba de mi pueblo, y avanzar sin pausa cuidando de no despertar la codicia y el hambre de los hombres y las fieras.

Respiré profundamente, buscando en mi interior el valor para darle las malas noticias. Al menos, yo sí sería sincero con ella. Más calmado, liberé a Silvia de mi abrazo y me encontré con sus ojos, que reflejaban tan inmensa tristeza que supe que de alguna manera intuía lo que le iba a decir. Creo que necesité más coraje para hilar las palabras que el que hubiera precisado para acatar la orden de cargar yo solo contra una horda de hunos vociferantes. Ante mi sorpresa, tras el eterno instante que me costó rememorar la pérdida del joven y encontrar las palabras necesarias para relatarle lo ocurrido, la muchacha no reaccionó con violencia o desesperación, como yo habría hecho. Tan solo me miró apesadumbrada antes de ponerse en pie y dirigirse en

silencio hacia la calle, hacia la luz. Como tantas otras de las mujeres que en mi vida he conocido, me demostró que aquel cuerpo frágil guardaba una fortaleza comparable a la de muchos guerreros, capaz de guardar para sí el dolor y tratar de dominarlo en silencio, sin más aspavientos, por más que ardiera en su alma.

Una vez que traspasó el umbral, me quedé mirando como un tonto el grueso haz de luz que el balanceo de las hojas de la puerta hacía titilar. Me quedé sentado, apesadumbrado, con las manos sujetando mis sienes, mientras Mario, de pie, me observaba en silencio, visiblemente superado por las circunstancias. Por fin se movió con parsimonia hacia la salida, empujó la puerta y se volvió hacia mí, invitándome a que lo siguiera. Fuera no había rastro del resto de los nuestros, por lo que imaginé que al fin los sirvientes de Cayo debían de haberlos guiado hacia el interior tras haberse ocupado de nuestras monturas y enseres.

—Vayamos a ver al amo Cayo, Attax. Él es más hábil que yo con las palabras —dijo sin abandonar aquella expresión compungida que había adoptado desde que penetráramos en la oscura taberna.

—Lo siento, Mario —acerté a decir, avergonzado por el ataque de rabia que me había llevado a pagar mi frustración con el que menos lo merecía.

—No tienes por qué, Attax. Esperaba no ser yo a quien le tocara explicarte lo sucedido, pues creo que soy el menos indicado para ello. Solo puedo decirte que lo lamento.

Me levanté con dificultad, como si de repente sintiera sobre mí el peso de todos los inviernos que llevaba a mis espaldas. Le hice un gesto a Mario para que cerrase la puerta que daba a la calle, y nos dirigimos al interior de la *domus* a través de la entrada que habíamos habilitado para acceder directamente al peristilo de la casa familiar. El amplio patio estaba en tan buen estado como lo recordaba, con el piso de mosaico limpio y bien lustrado. Las plantas que lo adornaban alrededor del *impluvium*, de un verde rico y feraz, proporcionaban una agradable sensación de frescor al ambiente.

Nos cruzamos con algunos de los sirvientes de Cayo, que nos saludaron animadamente desde la distancia, pero que, al observar mi gesto contrariado, enseguida decidieron que tenían labores urgentes que acometer. Nos dirigimos directamente hacia el *tablinum*, donde debía de estar Cayo antes de la llegada de su pródigo sobrino, y donde efectivamente Marco había dado con él, pues allí se encontraba cuando entramos, casi oculto tras la montaña de papiros y el sinfín de tablillas que ocupaban toda la superficie de la mesa, a la luz de las múltiples lucernarias que iluminaban débilmente la habitación. Los sencillos y elegantes motivos que decoraban las paredes reflejaban que aquel era un lugar para el estudio y la reflexión. La estancia resultaba tan seria como su dueño, y en ella Cayo podía pasar una hora tras otra revisando las cuentas de sus negocios.

Al contrario que en el resto de lo que nos rodeaba, que permanecía fiel a mis recuerdos, el tiempo transcurrido sí que parecía haber hecho mella en el aspecto del comerciante. El peso de la preocupación por que la apresurada y temeraria partida de su sobrino, en el que tantas esperanzas había depositado desde que el destino lo llevara a su lado, terminara con su único pariente vivo atravesado por una espada bárbara en una guerra que desde su punto de vista no era la suya parecía haber hundido sus hombros y apagado el brillo de su mirada. Por más que el regreso de Marco, que había cumplido su palabra de volver para ocuparse de los negocios familiares, hubiera devuelto la sonrisa a Cayo, las arrugas habían dejado una profunda huella en su frente, y cuando se levantó me fijé en que se movía peor. Al ver mi figura recortada contra la luz que penetraba por el dintel, se dispuso a recibirme con los brazos abiertos, aunque no se me escapó la mirada inquieta que cruzó con Mario, que le respondió con un ligero encogimiento de hombros.

Parecía que las explicaciones que debía transmitirme tampoco resultarían fáciles para él. Por mi parte, estaba ansioso por escucharlas.

—Attax, mi fiel Attax, que Dios te guarde para toda la eternidad. ¡Hoy has hecho inmensamente feliz a este anciano!

Aunque apenas me llevaba seis años, era cierto que él parecía un anciano y yo aún un hombre en edad de portar armas. Era la ventaja de tener que ganarte la vida con el esfuerzo físico y con la espada, como había hecho desde siempre. De algo debía de servir vivir cada día como si fuera el último. El entrenamiento y la instrucción nunca sobraban, como me decía Gelimer tantos años atrás, aunque enseguida recordé cómo solía acabar esa frase: aunque ni de lejos se podían comparar con el placer de regar la tierra con la sangre de los enemigos.

Mario se quedó atrás, con la cerviz ligeramente agachada en actitud de respeto hacia su señor, y yo di unos pasos hacia el centro de la habitación, donde Marco descansaba sentado en una cómoda silla frente al escritorio de su tío, mientras aquel se acercaba a mí.

—Dios misericordioso, mis rezos han sido al fin escuchados. ¡Hasta mi amigo Palagorio organizó una ceremonia en la que rogó por vuestra vuelta!

Sorprendido y halagado por las palabras del hombre, lo miré agradecido, y cuando me hizo una señal me senté pesadamente en la silla que permanecía vacía al lado de Marco. Siempre he confiado más en mi espada y en mis dioses, pero, tratándose del rector, probablemente la ceremonia la había oficiado el mismísimo obispo, lo que para muchos cristianos sería motivo del mayor orgullo imaginable.

—Marco me ha contado ya algunas partes de vuestra aventura; ya me narraréis los detalles durante la cena, aunque reconozco que teniéndoos aquí muchas cosas me traen ya sin cuidado.

—Cayo, ¿qué ha sucedido con Aspasia? —le interrumpí bruscamente.

Marco me miró, alarmado por el tono de mi voz. Cayo inspiró profundamente y habló con pesar.

—Tienes razón, Attax. Desgraciadamente, la felicidad no es completa. La muerte de Galieno es irreparable; además, Aspasia ha decidido abandonar este lugar. Pero al menos ella vive y goza de buena salud, no como el desaparecido joven.

—Casi preferiría que hubiera muerto —mascullé a media voz, con lo que me gané una mirada horrorizada de Marco, que no entendía nada de lo que sucedía ante sus ojos—. ¿Dónde está, Cayo? ¿Cuándo se fue? ¡Parece que la taberna lleve varias lunas cerrada!

—Cálmate, Attax, por favor. Comprendo tu desesperación, y me gustaría poder darte otra explicación, pero no conozco sus razones. Solo sé que después de que llegaran rumores de la toma de Braccara por el ejército visigodo y su posterior marcha hacia el sur, Aspasia se presentó en esta misma estancia para comunicarme su firme decisión. Dios sabe que hice todo lo que estaba en mi mano para tratar de convencerla, pero se mostró resuelta a marcharse. Y tras vuestra partida, consideré que su obligación de mantener abierta la taberna había quedado anulada.

Lo escruté en silencio, apretando los puños hasta que mis nudillos quedaron blancos. De nuevo aquella desagradable sensación de que no me lo estaban contando todo. Pero en ese caso me parecía saber qué era: que había otro hombre, e incluso un niño de por medio. Aguardé a escuchar cómo proseguía Cayo con su historia. Sin embargo, las palabras que pronunció a continuación, desde luego, eran lo último que me esperaba.

—Aspasia decidió irse de la ciudad cuando los últimos suevos abandonaron la zona. Después de la batalla del Urbicus llegaron muchos refugiados, pero al ver que las puertas se mantenían cerradas, la mayoría decidió marcharse hacia los alrededores, aunque unos pocos se quedaron a

vivir extramuros. Cuando pasaron los meses y la situación empeoró para los suyos, hasta estos optaron por dispersarse por la campiña. Ahora debe de vivir allí, pero de vez en cuando, aunque cada vez con menos frecuencia, viene hasta la ciudad para ver cómo está Silvia, y quiero pensar que también para saludar a este anciano.

Lo miré con la boca abierta. No me lo podía creer. ¿Qué tenían que ver los suevos en esto? ¿Acaso había recorrido media Hispania para acabar con cuantos de ellos pudiera mientras uno de esos malnacidos me robaba a mi mujer en mi propia casa? ¿Tan cruel había llegado a ser la venganza de Aspasia por mi partida?

—¿Aspasia vive con los suevos? —balbuceé, atónito.

Cayo asintió casi imperceptiblemente, mientras Marco colocaba una mano sobre mi hombro con ademán tranquilizador. Lo miré, abrumado. Él, igual de desconcertado que yo, se limitó a susurrar:

—Lo siento.

De repente me sentí sin fuerzas. No me lo podía creer. Los malditos suevos habían acabado con la vida de todos nuestros seres queridos en Conimbriga; ella misma había salvado la vida gracias a una afortunada casualidad. Recordé la desgarradora escena que componían los cuerpos de sus antiguas compañeras en la oscura cocina de la calcinada *domus*. ¿Qué demonios había pasado por su cabeza que la había hecho capaz de semejante traición, no solo a mí, sino también a ella misma? ¿Quién podía entender a las mujeres, expertas en cambiar de un momento a otro como cambia un paisaje al ponerse el sol? Cierto era que mi partida no había sido tranquila, ni mucho menos consensuada: nos habíamos hecho daño, pero no porque no nos amáramos, sino porque ninguno podía entender los motivos del otro. O mejor, no estábamos en disposición de poder complacer al otro, pues yo comprendía sus motivos, y quería creer que en el fondo ella también entendía el porqué de mi firme resolución de seguir a Marco. Aspasia me había echado en cara que, después de tanto sufrir en esta vida, cuando al fin habíamos alcanzado la felicidad uno al lado del otro, yo decidiera abandonarla para embarcarme en una guerra estúpida que se libraba en algún lugar lejano a lo que entonces era nuestra vida. No dejaba de ser cierto, pero un hombre se debe a su palabra, y no podía traicionar la que había dado a Quinto durante los últimos momentos de su vida, cuando me había comprometido con él mientras sostenía su cuerpo moribundo en la casa de Cantaber.

—¿Vive con otro hombre? —conseguí preguntar con un nudo en la garganta.

—No lo sé, Attax. Solo puedo decirte que cuando partió estaba segura de que tú no volverías. —Hizo una pausa y trató de imprimir algo más de alegría a su voz al cambiar de tema por fin—. Pero ahora que habéis regresado, podéis volver a abrir la taberna. Marco me ha dicho que no venís solos, y yo estaría dispuesto a continuar con el acuerdo que teníamos antes de vuestra partida. Además, creo que Silvia estaría encantada de poder trabajar de nuevo aquí. Desde que Aspasia se fue, le he estado encargando pequeños trabajos para la *domus*, pero no siempre tengo algo que ofrecerle, y desde luego esto no puede compararse con la seguridad que le daba una ocupación más estable. ¿Qué te parece? ¿Estás de acuerdo?

No supe qué responderle; tan solo podía juguetear nerviosamente con el sencillo pisapapeles que había a mi lado en la mesa sin dejar de darle vueltas a lo que había sucedido con Aspasia. Ni siquiera llegué a entender del todo lo que decía. Hasta que Marco no trató de responder por mí, consciente de mi desazón, no reparé en sus últimas palabras.

—Acabamos de llegar, tío. Déjales un tiempo para que se hagan una idea de las posibilidades y puedan decidir. Aunque yo de ellos aceptaría tu generosa propuesta.

Marco sonrió con aplomo. Admiraba la capacidad que tenía el chico para adaptarse rápidamente a cada situación: sabía mostrarse como el más rufián entre los soldados y como el más refinado entre los opulentos romanos. Siempre sabía qué cara debía mostrar.

—Tienes razón, Marco. Este pobre viejo es un egoísta; estaréis cansados y hambrientos. Volveremos a hablarlo en un par de días, cuando todos nos hayamos recuperado de las fuertes emociones de hoy.

—Es un gran ofrecimiento por tu parte, tío, y espero de corazón que lo acepten.

Levanté la cabeza para encontrarme con la mirada expectante de Marco, e hice un esfuerzo por recordar de lo que hablaban. Ofuscado como estaba, decidí de improviso que lo mejor sería quitarme de en medio.

—¿Cómo van las cosas en la finca, Cayo? ¿Se ha visto afectada por las migraciones suevas?

El hombre me miró, sorprendido.

—Parece que no. Los últimos informes de Elpidio son del mes pasado, y lo único que me dice en ellos es lo mismo que nosotros hemos constatado aquí: que se han visto varios grupos desplazándose hacia el océano. Por fortuna, la villa cuenta con unas buenas defensas, y Elpidio sabe dirigir a los hombres bajo su mando.

—A esconderse como ratas... —farfullé, pensando en Aspasia y sus motivos para acompañarlos—. Si os parece bien, me gustaría regresar a la finca y ver cómo andan las cosas por allí. Con respecto a la taberna, prometo interceder por que los otros acepten el acuerdo, si aceptáis que ocupen nuestras antiguas habitaciones. Yo respondo por ellos: no os arrepentiréis de vuestro ofrecimiento.

—En verdad me satisfaría que retomaras tus labores en la finca, pero solo te daré permiso si te comprometes a regresar, Attax —me ofreció el hispano, adelantándose a mis propios pensamientos.

El anciano era muy listo: no en vano había llegado a su edad sin empuñar un arma, sirviéndose únicamente de su cabeza. Sin embargo, aunque no iba muy desencaminado con sus temores, yo no pretendía quedarme en aquella lúgubre finca sin más compañía que los grises campesinos y el desagradable Elpidio por mucho tiempo. De todos modos, sí esperaba pasar allí el suficiente para buscar una respuesta a mi desazón y para tratar de dar con el paradero de Aspasia allí donde estuviera. Sería mucho más fácil hacer mis averiguaciones en medio de la campiña que dentro de la ciudad, donde, por lógica, los suevos cada vez se prodigarían menos. Además, allí no tendría a nadie que vigilara mis pasos ni que pretendiera que me olvidara de la mujer. Tan solo estaríamos yo, mi voluntad y mi conciencia.

—De acuerdo. Tan solo necesito pasar una temporada rodeado de mis caballos: hace mucho que no disfruto de la exigente rutina que conlleva criar una manada, y eso me ayudará a ordenar mi agotada cabeza.

Marco me dirigió una mirada escrutadora. A él no podía engañarlo, y en el fondo creo que tampoco a Cayo. Pero al menos no me pusieron más impedimento que mi compromiso de regresar antes de que el invierno volviera a convertir en un lodazal los rústicos caminos por los que debería transitar.

—Bien; lo cierto es que Elpidio es escueto en sus informes con respecto a los avances de la manada, y algunas de sus cartas no me han parecido demasiado esclarecedoras. Puede que sean manías de viejo, pero me agradará poder contar con información de primera mano sobre las previsiones para el próximo año. Eso sí, preferiría que esperases unos días antes de partir, al menos hasta que los vuestros estén instalados y hayamos tenido tiempo de compartir las últimas

noticias. Me gustaría poneros al día sobre todo lo acaecido en Lucus en vuestra ausencia, pues por lo poco que he podido hablar con Marco, creo que nos seréis de mucha ayuda para interpretar los rumores a la luz de lo que vosotros habéis vivido. Llevamos mucho tiempo escuchando chismes de lo sucedido hacia el oeste, pero no sabemos a cuáles de ellos debemos dar crédito por encima de los otros.

—Parece que hasta aquí ha llegado el nombre de cierto *comes* godo que mantiene la lucha en Gallaecia —me dijo Marco, guiñándome el ojo.

—En fin, debéis de estar ansiosos por asearos después de tan largo camino. Attax, por favor, dispón de la casa como necesites, sírvete de Mario y aprovecha para acomodar a los nuevos invitados. Esta tarde los conoceré, pero primero me gustaría continuar departiendo con Marco un buen rato. —Suspiró antes de continuar—. No sabéis lo que he esperado este momento. Dios sabe que confío en sus designios, pero confieso que llegué a temer que nunca llegaría.

Sentí lástima por él. Era una persona que, pese a la posición que ocupaba, resultaba de fácil trato y mente abierta, y que solo pretendía vivir alejado de los problemas, siempre que no le afectaran directamente. Todo lo contrario que su joven y fogoso sobrino. Me levanté pesadamente y me despedí de ambos para salir nuevamente al patio. Allí, apoyado en la pared, me esperaba Mario, que me miró nervioso para ver cómo me habían sentado las noticias que me había dado su señor.

—Gracias, Mario. Siento mi reacción. Lo hiciste lo mejor que pudiste.

Se limitó a asentir en silencio para agradecer mi comentario y echó a andar hasta donde me aguardaban, expectantes, el resto de los míos. Los enormes ojos de Artemio, que estudiaban con asombro todo lo que le rodeaba, contrastaban con las miradas serias y algo desconfiadas de las mujeres, que lo sujetaban cada una por una mano para impedirle que toqueteara aquellos mosaicos que parecían fascinarle. Sin embargo, ni a Vera ni a Sunna debía de sorprenderles la sobria suntuosidad de la *domus* de Cayo. Era una buena casa, de eso no cabía duda —no todos los hispanos podían costearse una así, y mucho menos en los últimos tiempos—, y además su dueño se esforzaba en mantenerla en las mejores condiciones que podía, pero ellas habían vivido en lugares incluso más distinguidos. La pobre Vera había pasado varios años en un lugar en el que cualquiera habría soñado vivir: en la misma Emerita, la antigua capital de la diócesis, y encima en una de las *domus* más lujosas de la ciudad, aunque su condición de esclava le restaba el atractivo a la situación. Por añadidura, había sido la favorita de su dueño, un viejo y desagradable comerciante suevo de cabello ralo y mirada lasciva, lo que por un lado tal vez le había proporcionado algunas comodidades extra, pero a cambio de que sus servicios fueran solicitados con frecuencia. El odio con el que la muchacha retorció mi acero en las entrañas de aquel desgraciado daba claro testimonio de lo que pensaba sobre él; sin duda, estaría mejor comiendo únicamente castañas en el bosque y sin más abrigo que una capa raída, pero junto a Issa, que de regreso a aquella pesadilla. Por su parte, poco tenía que envidiar Asturica a Lucus, al menos antes de que la desgracia se abatiera sobre ella; y Sunna había tenido su residencia en la casa del obispo Toribio, un edificio que, por su enorme tamaño, parecía una *insula* reconvertida en una única vivienda donde, a pesar de la ostentación que a los religiosos les gustaba hacer de su tan cacareada pobreza, daba por hecho que la vándala habría tenido ocasión de asistir a muchas más fiestas y recepciones de las que vería en la tranquila casa de Cayo. Las miré y poco a poco mi semblante se fue suavizando; ambas vivirían mejor allí, de eso estaba seguro.

Issa se encontraba tras ellas y, ante mi sorpresa, acariciaba mecánicamente la madera de su arco sin encordar. Debía de haberlo retirado de las alforjas antes de entregar las monturas a los

muchachos de la caballeriza, y lo recorría con sus dedos una y otra vez como si buscara en su tacto una seguridad que parecía necesitar más urgentemente que el descanso que suponía Cayo.

—Amigos —les dije en el tono de voz más relajado que pude lograr—. El ilustre Cayo Vipsanio Celer os da la bienvenida a su casa, y os agradece haber ayudado a traer de vuelta a su sobrino.

En un momento pude observar como los rostros frente a mí se relajaban, al menos ligeramente, y recordé que había sucedido lo mismo hacía ya siete largos años, cuando tras escapar de las ruinas en que se había convertido la villa de Quinto en Conimbriga habíamos llegado a aquel mismo lugar con el corazón encogido y las alforjas vacías. Entonces había sido Marco, un pequeño Marco de poco más de doce primaveras, el que había acudido a darnos la noticia de nuestra bienvenida, y tras él, fue su propio tío quien nos transmitió su decisión. Ese día de junio, era yo el portador de las buenas nuevas, y me di cuenta de que, casi sin quererlo, yo mismo me había convertido para Cayo, si no en uno más de su familia —algo que, por otro lado, nunca habría esperado—, sí al menos en un miembro de su círculo de confianza. En ese instante me pareció oír la voz de Aspasia diciéndome: ¡si no, no te habría encargado una parte tan importante de la gestión de la finca, bárbaro idiota! Demonios..., cómo iba a echarla de menos.

—Mario —dije, volviéndome hacia el hispano—. Voy a llevarlos a la taberna para que dejen sus cosas. Por favor, encárgate de que traigan tinas de agua para que podamos asearnos, y cuando Cayo guste puedes venir a buscarnos.

—Descuida, Attax, así lo haré. Y si necesitas algo más solo tienes que preguntar por mí; hoy no saldré de la casa. Me alegro de que hayas vuelto.

—Y yo también, Mario. Si encuentras a Silvia me gustaría que le dijeras que viniera a verme.

—Enviaré a alguien a buscarla; probablemente esté dando un paseo por el mercado. —El hispano comenzó a darse la vuelta y de improviso se giró de nuevo hacia mí—. Ella también lo ha pasado mal, Attax.

—Lo sé, Mario. Pero ahora hemos regresado y habrá que volver a poner en pie lo que en este tiempo se ha desmoronado.

Me despedí del hispano con una suave palmada en su hombro y pasé al lado de los míos para guiarlos hasta su nuevo hogar, en el que esperaba se sintieran tan dichosos como lo había sido yo durante años.

—Vamos, al fin estamos en casa —les dije haciéndoles un gesto para que me siguieran.

Caminé escuchando sus pasos muy cerca de los míos por el peristilo de la *domus*, y observé que poco a poco el color gris se había ido apoderando del cielo, haciendo que el día perdiera luz pese a que quedaban varias horas para el atardecer. Mis recias botas arrancaban un rítmico tableteo de los lustrosos mosaicos que cubrían el pasillo, y hasta ese sonido me resultó agradablemente familiar, pese a las escasas ocasiones en que los había pisado años atrás. Lo recordaba de cuando dormía en nuestro cubículo, pegado al pasillo por el que los sirvientes de Cayo se movían presurosos para cumplir con los encargos de su amo. Pensé en que nunca más volvería a compartir aquel pequeño lugar con Aspasia, ni con Galieno, y sentí que mi alma se cubría de nubes grises, como el cielo que nos contemplaba.

Entré de nuevo en la taberna y esa vez, más calmado, o quizá simplemente resignado a mi suerte, escudriñé el lugar con ojo crítico para tratar de decidir en lo que sería necesario trabajar con mayor urgencia. No estaba tan mal, pensé enseguida; desde luego, mucho mejor que cuando habíamos llegado por primera vez y aquello no pasaba de ser más que un almacén repleto de trastos inútiles. Además, no nos iban a faltar brazos para trabajar. Issa y las mujeres tendrían que

esforzarse con ahínco, pero eso era parte del trato, y sabía que ninguno me fallaría.

Tras un rápido vistazo, estimé que con una limpieza en profundidad y unas buenas sesiones de carpintería, el local estaría listo para la reapertura. Oí los pasos del resto tras de mí hasta que se pararon a mi espalda. Sin volverme, les hablé con seriedad.

—Esta era nuestra taberna. Si así lo queréis será también vuestra, aunque yo seguiré siendo el responsable último. El señor Cayo me ha ofrecido que vuelva a abrirla y que cuente con vosotros para explotarla. —Hice una pequeña pausa para asegurarme de que todos prestaban atención a mis palabras—. El trato es el siguiente: pagaremos un pequeño estipendio al señor de la casa por mantener el lugar, y confiaréis en otra hispana, Silvia, para que sea ella la que tenga la última palabra en las decisiones cotidianas. Por encima de ella, estaré yo. No pretendo que me respondáis ahora mismo, pero si os sirve de consejo, yo nunca me he arrepentido de haber aceptado en su momento. Vosotros diréis si estáis de acuerdo con las condiciones.

Me di la vuelta hacia ellos. Tras de mí, Vera abrazaba a Issa, con una bella sonrisa en los labios y una nueva paz en la mirada. A su lado, Sunna me observaba intrigada, pero no se atrevió a preguntar nada, sino que miró hacia donde el pequeño Artemio ya corría por entre los destartalados bancos levantando una nube de polvo.

—Attax, lo que nos ofreces es más de lo que podíamos haber esperado, y creo que puedo hablar por todos al decirte que aceptamos encantados —respondió Issa con solemnidad mientras Vera asentía a su lado, ilusionada—. La cuenta de mi deuda contigo no hace más que crecer.

—Descuida, amigo; trabaja duro en este lugar y estaremos en paz. Pero como te he dicho ya muchas veces, nunca he hecho nada que tuvieras que pagarme; solo espero de ti la lealtad de un amigo —dije disimulando una sonrisa al ver la emoción en sus ojos. Me volví hacia la vándala —. Sunna, ¿qué tal se te da cocinar?

—Toribio estaba bastante satisfecho con mi trabajo.

—Bien, pues ya tenemos todos los mimbres, porque Vera luce como una estupenda camarera. En vuestra mano está hacer de esta oportunidad un buen cesto.

Los tres me miraron y asintieron, confirmándome su decisión. Era la mejor opción que tenían, casi la única, por otro lado, salvo recoger sus pertenencias y continuar vagando por los bosques en busca de una nueva vida. Era su oportunidad de sentar la cabeza, como había sido la mía hacía años.

—Ahora traerán desde la casa principal agua y paños limpios con los que asearnos. A la hora de la cena, Cayo querrá conoceros, así que descansad y vestíos con las mejores ropas que tengáis, que ya mañana nos pondremos manos a la obra.

Vera se acercó, se puso de puntillas a mi lado y me dio un suave beso en la mejilla que me provocó un agradable cosquilleo. La levanté sin esfuerzo y la estreché un instante, feliz de verla tan contenta. Antes de separarse de mí me preguntó en un susurro:

—Attax, ¿estás bien?

Recordé que la muchacha era la única con la que había compartido mis temores sobre Aspasia. Asentí levemente y le apreté la mano. Aunque, desde luego, bien no era la palabra adecuada para definir cómo me sentía.

Después de mostrarles las habitaciones donde vivirían, me marché a caminar por la ciudad. Era temprano, y quedaban varias horas para que fuéramos requeridos por nuestro anfitrión: era

un buen momento para estar solo y simplemente dejarme llevar por las calles de Lucus, sumido en mis recuerdos y reflexiones. No me sentía capaz de asumir que hubiera perdido a Aspasia. La ira dio paso a una suerte de incredulidad, acompañada de una férrea determinación de averiguar la verdad que al menos me permitiría seguir adelante hasta que pudiera obtener más información sobre todo aquel asunto. Necesitaba verla, hablar con ella, conocer de sus propios labios los motivos de su partida. Estaba convencido de que al tenerme delante se rompería aquel cruel hechizo que la había empujado a abandonar todo lo que habíamos construido juntos. Caminé por las animadas calles, agradeciendo el bullicio que se arremolinaba a mi alrededor. No reconocía los rostros de los transeúntes con los que me cruzaba —cierto era que nunca me había preocupado por entablar amistad con los lugareños, más que con algunos de los clientes habituales de la taberna; el negocio, la instrucción de los muchachos y las visitas a la finca tampoco me dejaban tiempo para mucho más—, pero el continuo trasiego de gente me reconfortaba. Sin quererlo, mis pasos me llevaron hasta el mercado, donde antiguamente acompañaba a Aspasia a comprar las vituallas con las que después ella prepararía los deliciosos guisos que tanto gustaban a Cayo y a Luciano, el viejo preceptor de Marco. A esa hora de la tarde estaba casi desierto; tan solo quedaban algunos campesinos rezagados, que se afanaban en retirar a toda prisa la mercancía que no habían logrado vender ese día. Entre ellos encontré a Silvia, como me había dicho Mario. La muchacha ayudaba a su familia a recoger el puesto que regentaban, y aunque según me vio se volcó en su tarea, gacha la cabeza, supe por sus ojos enrojecidos que había estado llorando.

El segundo que reparó en mí fue uno de sus múltiples hermanos, un mocoso que tendría la misma edad que Artemio y que me miró embobado al verme aparecer en el lugar después de tanto tiempo. Quizá lo conociera de alguna otra ocasión, pero siempre he sido realmente nefasto a la hora de distinguir a un niño de cualquier otro, y más en el caso de la familia de Silvia, repleta a mi parecer de vástagos escandalosos. El crío tironeó de la ropa de su madre, que le propinó un golpe en la mano para que la dejara trabajar. El pequeño insistió, tozudo, hasta que ella se giró, enfadada, dispuesta a abofetearlo. Me acerqué con rapidez y acudí al rescate del muchacho.

—¡Silvia! —llamé en voz alta.

Tanto la muchacha como su madre se dieron la vuelta. Silvia me hizo un breve gesto y volvió a concentrarse en continuar atestando de coles una descolorida cesta que se encontraba a sus pies. Su madre me miró desconcertada por un instante, que el crío aprovechó para apartarse discretamente, y luego se giró hacia Silvia, a la que sacudió por el hombro, susurrándole en tono urgente hasta que volvió a prestarme atención.

—Os he visto y me he acercado a ayudaros —mentí alegremente.

En realidad, mi esperanza era que Silvia pudiera ayudarme a mí. Aparté al zagal y comencé a cargar las cestas en el destartalado carromato que tenía la familia, que, aunque viejo y algo desportillado, suponía una buena ayuda para el negocio, y más en los tiempos que corrían. Lo habían comprado ya muy usado y lo habían arreglado ellos mismos, todo gracias a que Silvia entregaba a la familia casi la totalidad de la exigua paga que obtenía trabajando en la taberna. La muchacha y el resto de los suyos debían de haberlo pasado mal desde el cierre del negocio; la madre se deshacía en cortesías conmigo, viendo en mi visita una nueva oportunidad. Su obsequiosidad me hacía sentir algo incómodo; Silvia seguía rehuyendo mi mirada, entre los reproches de la mujer.

Tardamos poco en cargar y asegurar los cestos. No había grandes mercancías que llevar de vuelta a la casa, aunque desconocía si era resultado de un buen día en el mercado o porque la

producción ese año había sido pobre. Cuando terminamos, la madre hizo un esfuerzo para aupar al muchacho al alto pescante y luego yo la ayudé a ella a subir. No debía de tener muchos años más que Sunna, pero una vida dura como la que había tenido, plagada de partos, había hecho que pareciera mucho mayor que la vándala. Antes de que la chica siguiera los pasos de su madre hacia la carreta y se acomodara en la parte trasera haciéndose un hueco entre las cestas, me acerqué y le dije:

—¿Te importaría quedarte un rato conmigo? Esta noche cenaremos con Cayo, y me gustaría que estuvieras presente. Hablaremos de la reapertura de la taberna. —Vi de reojo que su madre contenía la respiración—. Si te parece bien, puedes pasar la noche en la *domus*, en tu antiguo cubículo. Estoy seguro de que para Cayo no será ningún problema.

La chica miró a su madre, y aquella asintió enérgicamente con la cabeza, a la vez que me dedicaba una enorme sonrisa.

—Silvia, querida, haz el favor de complacer al señor en lo que te pida, ¿me has oído?

La muchacha cabeceó, avergonzada por la clara insinuación de su madre, que remató sus palabras dedicándome un guiño cómplice. Yo la miré sin saber qué decir, mientras ella empujaba a Silvia para que se alejara del carromato, para luego azuzar con firmeza a la mula y alejarse con el niño a buen paso, con destino a las afueras de la ciudad, dondequiera que tuvieran aquel pequeño puñado de tierra del que debían obtener suficiente alimento para tantas bocas además de un adecuado excedente con el que comerciar. Por lo visto, la mujer consideraba que Silvia también podía llegar a formar parte de la mercancía, si la perspectiva de negocio era buena. Meneé la cabeza, pues no encontraba la forma de empezar la conversación. Pensaba que la idea de volver a la taberna le resultaría agradable a la chica —nosotros regentábamos un local decente, en el que solo podías esperar de las camareras que te sirvieran bebida y un buen guiso, y donde se atajaba con firmeza cualquier intento por parte de los clientes de regalarse los sentidos con algún otro placer extra—; y más considerando las alternativas que tenía. Por otra parte, Silvia sabía que podía confiar en mí. Aunque, bien mirado, quizá hubiera resultado más cómodo para ella que yo estuviera interesado en un simple intercambio sexual que en la información que pretendía pedirle.

—Gracias por quedarte, Silvia. ¿Me acompañas a dar un paseo? Hace mucho tiempo que no doy una vuelta por la ciudad, y necesito que alguien que la conoce bien me ayude a reencontrarme con ella.

—Podrías decírselo a Mario; estaría encantado de acompañarte —respondió, muy seria.

—Con Mario me hubiera ido a cualquier tugurio a beber, y eso no sería visitar la ciudad, sino emborracharnos como bestias.

Paseamos lentamente, charlando sobre lo ocurrido en la ciudad durante nuestra ausencia. No incidí en el aspecto político, porque esa información la sacaría de primera mano de Cayo y de lo que Marco lograra averiguar. Le pregunté sobre todo por ella, por cómo se las había arreglado desde la marcha de Aspasia, y así me enteré de que le había ofrecido partir con ella. Pero Silvia había declinado la invitación, porque prefería quedarse cerca de su familia y continuar ayudando en lo que pudiera. Como me había dicho Cayo, él se había preocupado de seguirle encargando pequeños trabajos. Creo que ambos salían ganando: el desparpajo con el que la muchacha se movía por el mercado siempre resultaba útil. Así, aunque ella no tuvo que sufrir penurias porque gracias a Cayo nunca le faltó un plato de comida ni un lugar donde pasar la noche, su familia sí empezaba a notar la disminución de los ingresos. Por eso, cada vez que podía, acudía al puesto de su madre para ayudar también con su trabajo, pues, para colmo de males, su padre, un hombre

recio pero de salud precaria, había caído enfermo hacía más de una luna y aún no se encontraba del todo recuperado, por lo que siempre faltaban manos para trabajar en el campo y para negociar con las mercancías.

Nuestros pasos nos llevaron a los alrededores de la muralla, y allí tomé yo el control de nuestro paseo para dirigirnos hasta el puesto de guardia más cercano, con la esperanza de encontrar a algún viejo conocido que nos dejara subir hasta las almenas. Tuve suerte, pues no eran muchos los guardas de la ciudad con los que tenía relación, pero allí estaba Demetrio, uno de los que durante los últimos años tantas veces nos vio abandonar tarde tras tarde la comodidad de la ciudad para regresar varias horas después, agotados y sudorosos, comentando los lances de las luchas en las que habíamos estado enfrascados. Pese a la reticencia inicial de Silvia, llegamos hasta arriba, desde donde a mi parecer se disfrutaba de las mejores vistas de la ciudad. Los pocos guardas con los que nos cruzamos nos miraron sorprendidos, pero un gesto de Demetrio bastó para que continuaran a lo suyo y nos dejaran en paz.

Me pareció que Silvia no se sentía cómoda en las alturas, así que no deambulamos por la muralla, sino que nos limitamos a apoyarnos en el muro para mirar hacia el exterior. Desde allí se tenía una vista privilegiada del laberíntico conjunto de callejuelas que configuraba la ciudad extramuros. Abajo todo era confuso, y los trazados se entrecruzaban dificultando la orientación; pero desde la altura, resultaba más fácil entender de dónde partía y hasta dónde llegaba cada una de las estrechas callejuelas. Como ya habíamos advertido al pasar, se notaba un menor nivel de ocupación de las casas tras la partida de muchos de los suevos que las habían habitado. No debían de tenerlas todas consigo, si pensaban que Akhila llevaría a sus hombres hasta las recias puertas de Lucus. La guerra que se desarrollaba en poniente no debía de tener aún un claro vencedor, al menos para el bando suevo. Más allá de las últimas casuchas semiabandonadas, entre las que me esforcé sin éxito en localizar la vivienda del desdentado suevo al que a punto estuve de enviar al otro mundo después de que montara un buen follón en la taberna, se abría la campiña salpicada de frutales que constituía la huerta de la que se alimentaba la mayor parte de la ciudad. En los últimos años se había comenzado a cultivar incluso dentro de los muros, aprovechando los solares vacíos tras el desplome de algunos de los edificios más antiguos. Paseando la mirada por los campos de los alrededores, me pregunté dónde viviría la familia de Silvia; la muchacha me señaló, insegura, una zona donde se acumulaban pequeños cobertizos de madera rodeados de tierras cultivadas de algún vegetal bajo de color apagado, quizá más coles.

Estuvimos un rato allí callados, cada uno pensando en lo suyo, hasta que al fin me decidí a hablar.

—Silvia, Cayo me ha propuesto que volvamos a explotar la taberna, y sigue pareciéndome una buena idea. Yo pretendo volcarme estos meses en el trabajo de la finca, así que necesito a alguien de confianza que se encargue del asunto. Y, dado que eres la única que tiene la experiencia necesaria, me gustaría contar contigo. Esta noche te presentaré a quienes nos han acompañado hasta aquí; puedes fiarte de ellos. Sunna, la mujer del cabello claro, ha sido cocinera en casa del obispo de Asturica, así que puedes decidir junto a ella lo que se ofrecerá de comida. Vera es un encanto; te llevarás bien con ella. Es agradable y trabajadora, y será una buena camarera. Hablaré con Issa para que controle la situación, pero sin tratar de armar un escándalo cada vez que algún parroquiano se acerque demasiado a su chica. Es sensato y más fuerte de lo que parece; espero que lo lleve bien.

Silvia me miró, algo abrumada, y asintió despacio.

—Ya tendrás tiempo para conocerlos; te gustarán, pero ten mano firme, porque tú serás la que

dirija el lugar. Yo seré el responsable ante Cayo, pero tú serás mi segunda al mando, ¿de acuerdo?

—Claro... Attax.

—Así me gusta. Verás que enseguida volveremos a salir adelante. Aunque sea duro echar de menos cada día a los que ya no están.

Cuando lo dije pensaba en Galieno, pero yo tampoco volvería a ser el mismo hasta que no descubriera qué había pasado con Aspasia. Y quién sabía si averiguarlo me haría sentir mejor o peor.

Bajamos de la muralla y caminamos en silencio hacia la *domus* de Cayo. Cuando nos encontrábamos a escasos estadios, me atreví al fin a preguntarle acerca del paradero de Aspasia.

—Silvia, ¿sabes dónde puedo encontrar a Aspasia? —Traté de mantener la voz firme, pero la pregunta sonó casi como un ruego.

La chica me miró con aquellos dulces ojos que yo tan bien conocía.

—No lo sé, Attax. Y aunque lo supiera tampoco debería decírtelo, pues ella me hizo prometerle que no te lo revelaría. Creo que por eso nunca llegó a precisarlo, para ahorrarme este mal trago.

—Entonces ¿ella esperaba que yo regresara?

—Me temo que con el tiempo llegó a perder la esperanza. Después de lo ocurrido en Braccara, cuando llegaron las noticias hasta aquí... nos temimos lo peor. ¡Se decía que no tuvieron piedad alguna! Por todos lados se escuchaba que el ejército godo se había comportado como una hambrienta jauría de lobos, que no respetó ni a las iglesias ni a los religiosos. ¡En el mercado se comentaba que el mismo obispo de Aquae Flaviae salió a la palestra para censurar lo ocurrido en la ciudad!

La toma de Braccara... rememoré lo poco que pudimos recabar en ese momento sobre cómo se había desarrollado, pues nosotros por esas fechas estábamos destinados en otra posición, muy cerca de Lucus, con órdenes de desmantelar un asentamiento suevo que ocupaba un antiguo campamento romano situado en un cruce de caminos estratégico. Pensé que había sido un grave error no aprovechar la cercanía a la ciudad para hacerles llegar algún mensaje, o incluso presentarnos allí; pero en aquel momento nos debíamos a nuestro comandante, el *comes* Akhila, y además habría resultado difícil hacer encajar nuestra visita con la historia original del viaje a las montañas astures.

—Tampoco fue para tanto: alguna que otra iglesia expoliada y unos cuantos religiosos con las nalgas al aire. —La joven me miró consternada por mi evidente falta de respeto—. Hasta ahí la campaña transcurrió sin problemas. El verdadero infierno comenzó con la retirada del ejército godo. No quieras saber lo que ocurrió en Asturica Augusta, porque aquello sí que merece que nadie lo olvide.

—No pensamos que hubierais participado en aquello —me espetó, airada.

—No estábamos en la zona cuando cayó Braccara, sino asaltando un campamento fortificado suevo —le aclaré—. Lo que sé es lo que pudimos averiguar después, cuando nos reunimos con el grueso del ejército a las afueras de la ciudad. Pero puedo asegurarte que la convivencia con los hispanos de Braccara era normal, si acaso algo tensa.

Me miró sin dar mucho crédito a mis palabras, pero aun así continué.

—Entonces ¿creísteis que habíamos caído? Pero ¡si estábamos entre los vencedores!

—No teníamos manera de saberlo, ni siquiera sabíamos si habíais llegado hasta allí, tan solo que los hispanos de la región sufrieron bajo la inquina goda... Y cuando nos enteramos de lo de

Braccara, estuvimos seguros de que no había hispanos luchando en el ejército godo, pues en otro caso no habrían permitido tal barbarie —insistió, en tono reprobatorio—. Y dadas las noticias que nos llegaban sobre el proceder de los godos, temimos que, en caso de que hubierais logrado encontrarlos, simplemente hubieran acabado con vosotros, pues incluso si se hubieran limitado a rechazar vuestra oferta habríais tenido tiempo sobrado para regresar. —Hizo una pausa—. Aspasia también temía que os hubieseis limitado a romper la promesa de volver tras conocer ciudades nuevas y otras mujeres. —Sonrió con tristeza—. Supongo que prefería pensar de esa manera a imaginarte muerto.

Me crucé de brazos, contrariado. Otras mujeres... y yo portándome como un jodido santo.

—¿Y entonces se fue?

—Se marchó pocas semanas después, cuando tuvimos noticias de que el ejército se dirigía hacia el sur a continuar con su rapiña. Esperó el tiempo suficiente hasta que decidió que si hubierais escapado ya habríais llegado hasta aquí, y luego se fue.

Di una fuerte patada a una piedra que había en el suelo, descargando toda mi rabia en el golpe. Me volví, desafiante, al escuchar las protestas de uno de los viandantes por mi falta de civismo, pero Silvia me sujetó y tironeó de mí hacia el frente hasta que entré de nuevo en razón. Veinte años atrás le habría partido los huesos al tipo por menos de eso, pero por esta vez el pobre desgraciado había tenido suerte.

—Continuamos hacia el sur con el ejército. Eso fue lo que ocurrió.

Me miró y se encogió de hombros, dándome a entender lo que yo ya sabía: no tenían manera de adivinarlo. ¿Por qué no se me había ocurrido buscar el medio de hacerle llegar alguna noticia tranquilizadora? Estaba tan metido en la rutina del ejército que ni siquiera me lo planteé. Es el egoísmo de los hombres, que ignoran a sus mujeres mientras ellas los aguardan una noche tras otra de vigilia sin saber a cuál de los múltiples chismes que escuchan dar credibilidad.

—Cayo me dijo que ha regresado en varias ocasiones. ¿Ha preguntado por mí?

Silvia negó con la cabeza.

—Creo que ella sabe más del desarrollo de esta guerra que nosotros mismos.

—Antes me hablaste de otro hombre... y de un niño —musité, desconsolado, herido por los celos.

—En sus últimas visitas ha venido con una criatura en los brazos, un precioso pequeño, grande y sano, que lo observa todo con curiosidad, y que cuando se enfada llora hasta que parece que van a temblar las paredes. —Sonrió.

Yo no le agradecí nada tan precisa descripción de los sueños que ya nunca vería cumplidos.

—¿Es suyo? —pregunté con un nudo en la garganta, recordando a Artemio.

—No lo sé, Attax. Nunca ha querido hablar sobre ello. Además, hemos pasado poco tiempo juntas: normalmente se limita a preguntar por mí y por Cayo, y se va con prisa. Creo que suele acompañar a un pequeño grupo que viene de vez en cuando a vender piezas de caza al mercadillo que se forma extramuros.

—¿Son suevos? —Quería asegurarme de ello.

—Me parece que sí.

Alzó la mirada para estudiar mi reacción. Hasta ese momento la había mantenido clavada en el suelo; para ella tampoco debía de resultar una situación agradable.

Bueno, no había averiguado nada concreto, pero eso me dejaba cierto margen para la esperanza. Si el niño no era suyo..., si solo lo había acogido como hizo Sunna con Artemio, tal vez se había marchado porque había pensado que yo, en caso de que volviera, no lo aprobaría. La

cabeza me daba vueltas. Si había otro hombre..., lo mataría y la traería de vuelta... o lo mataría y la dejaría allí. Necesitaba hablar con ella y decidir entre seguirla amando u odiarla por su traición, entender sus motivos, conocer la verdad. Todo antes que continuar soportando esa incertidumbre que me superaba.

Por lo que contaba Silvia, Aspasia debía de vivir en los alrededores, y yo tenía que encontrarla, costara lo que costase. Si hacía falta, recorrería los bosques palmo a palmo, o incluso iría hacia el norte, hasta la recortada costa donde desembarcara Issa, en la que las mujeres de los marineros aguardan y lloran por el recuerdo de aquellos a los que el océano nunca ha devuelto.

V

Cuando llegamos a la *domus*, cada uno ocupado en sus propios pensamientos, Silvia se despidió de mí diciéndome que estaría en las cocinas hasta la hora de la cena. Aunque invitarla había sido iniciativa mía, no creía que Cayo tuviera ningún inconveniente, y más teniendo en cuenta que era parte interesada en las decisiones que se tomarían esa noche.

No entré en la taberna, sino que me apoyé en uno de los muros del peristilo y me quedé allí sentado contemplando como el día dejaba paso a la noche y los esclavos de la casa de Cayo comenzaban a prender los hachones que mantendrían iluminado el patio. Allí me encontró Marco al salir de su habitación, ya elegantemente ataviado con una de las túnicas que habían quedado guardadas en su baúl hasta nuestro regreso. Parecía fatigado a la vacilante luz de las teas; cuando me vio se paró a mi lado y se apoyó en el muro, con cuidado de no mancharse.

—Verás que todo sale bien, viejo amigo —me dijo, tratando de recurrir a su habitual aplomo.

—Estoy seguro —respondí, sin tenerlas todas conmigo.

—Me siento raro desde que hemos llegado. Aquí, en casa, se me hace más difícil sobrellevar la ausencia de los que ya no están.

—Es cierto, pero tú lo has dicho: saldremos adelante.

—¿Buscarás a Aspasia?

No le respondí, sino que continué mirando hacia el frente en silencio.

—Sé que es inútil tratar de convencerte de lo contrario, pero, por favor, no hagas locuras. No hagas que mi regreso resulte aún más triste de lo que ya está siendo.

—Descuida, no pienso ponerme en peligro.

—Solo me faltaría perderte a ti también.

Me acerqué a él y le pasé un brazo por el hombro. Permanecimos así un rato, en silencio, hasta que tuve que ir a adecentarme para la cena. Aunque tampoco es que fuera a encontrar nada demasiado elegante esperándome en mi antiguo cubículo.

Esa noche dormí bien, a pesar de los fantasmas que me rondaban insistentemente la cabeza y de que cada rincón removía en mí recuerdos felices de épocas pasadas. Pensé con una punzada de dolor en cómo tratábamos de no hacer ruido para no molestar a Galieno, que dormía en su cercano jergón, y en las risas que se nos escapaban cuando alguno de los dos se dejaba llevar por la pasión. Nada volvería a ser igual, pero debía sobreponerme. Cedí al resto nuestras antiguas dependencias y me tumbé en el suelo, apenas con una manta sobre el cuerpo, para pasar la noche.

La cena había transcurrido con placidez: quizá algo tensa en sus inicios, pero más relajada a medida que Cayo había ido conociendo a los invitados y a su vez ellos habían podido hacerse una primera idea del carácter del tío de Marco, su benefactor.

Creo que todos se llevaron una buena impresión. El anciano parecía maravillado por la amalgama de gentes que se había llegado a congregar en torno a su inquieto sobrino; si la primera vez había aparecido acompañado por dos hispanos y un enorme guerrero alano, es decir, yo mismo, en esa ocasión regresaba con un joven britano —del que el bueno de Cayo aceptó sin más preguntas la historia que urdimos sobre nuestro encuentro en el seno del ejército godo—;

una bella vándala que había servido en casa del propio Toribio de Asturica —de cuya rectitud habían llegado hasta Lucus numerosas alabanzas, incluso de boca del propio Hydacio, obispo de Aquae Flaviae, tan poco dado a ensalzar a sus semejantes, y al que Cayo se comprometió a solicitar que intercediera por el regreso de Toribio desde Tolosa, una vez que conoció su cruel destino—; y dos hispanos, Vera y el pequeño Artemio, de los que dijimos igualmente que eran supervivientes rescatados de la masacre de Asturica. Podíamos haber contado la verdad sobre ambos, pero nos pareció más sencillo simplificar todas las historias y que confluyeran en un mismo punto.

Cayo escuchó con atención todo aquello que le relatamos, lo que habíamos vivido dentro del ejército enviado por Avito inicialmente, y por el demonio *a posteriori*, como decía nuestro anfitrión. Nos interrogó hasta la saciedad sobre cada detalle acerca de los godos, interesándose en cosas en las que yo mismo ni siquiera había llegado a reparar, pero sí su atento sobrino. Juntos repasaron una y otra vez numerosos pormenores referentes a los lazos del rey con sus nobles, el número de hombres que podían desplegar en el combate o cómo vivían su herética religión, hasta que acabé por abstraerme de la conversación. Finalmente satisfecho, pidió a su sobrino que más tarde lo acompañara para relatar ante el rector Palagorio lo que había averiguado de primera mano sobre los nuevos invasores —porque eso era lo que les parecían los godos ese verano del año 457 a los hispanos—, aunque eso implicase desvelar el verdadero cometido de nuestro viaje.

También nosotros nos interesamos por lo sucedido en Lucus durante nuestra ausencia. Desde que abandonáramos la urbe, la incertidumbre se había apoderado de la antigua provincia, entre los rumores de la marcha de un enorme ejército de veteranos godos enviados por Avito para atosigar a los suevos. En un principio, hasta el episodio de Braccara, los hispanos de Lucus se habían mostrado satisfechos, vanagloriándose de que por fin el emperador hubiera cumplido su palabra enviando tropas federadas para liberar Hispania de los invasores que llevaban casi cincuenta años asentados en su suelo. Tras las numerosas embajadas que los notables de distintas ciudades habían enviado al emperador demandando una actuación firme, entre ellas la dirigida por el mismísimo obispo Hydacio, sin obtener más respuesta que alguna tibia iniciativa diplomática presentada a los suevos por parte de Roma, parecía que al fin cambiaba la actitud del imperio. Aunque en ese caso el emperador fuera un galorromano que había ascendido a la púrpura gracias precisamente al apoyo del hombre que dirigiría la campaña.

Las noticias del resultado de la batalla del Urbicus, que corrieron como el fuego en un bosque seco durante lo más duro del estío, fueron recibidas con agrado; en el choque cayó lo más granado de la nobleza sueva, y su propio rey, malherido, había logrado escapar a duras penas. Mientras nuestro anfitrión relataba la historia, yo no podía dejar de darle vueltas a que nosotros habíamos participado en aquella batalla y en aquellos hechos, probablemente los más importantes que habían tenido lugar en la zona en las últimas cinco décadas. Tras la derrota, las bandas de fugitivos suevos que lograron escapar de la matanza se dispersaron por el territorio, llevando consigo las nuevas del signo de la batalla a los asentamientos hispanos por los que pasaban. En ese momento, la región entera parecía contener la respiración, viendo que el dominio suevo se desmoronaba como la construcción de un niño en la arena.

Poco margen hubo para pensar: Teodorico rápidamente se hizo cargo de la situación, y puso rumbo hacia el corazón del poder suevo: Braccara Augusta, el enclave que acogía a la mayor parte de la población sueva de la provincia. La mayoría de los hispanos de la zona —salvo los habitantes de la urbe— apoyaron esta iniciativa. En Lucus estaban convencidos de que el soberano godo había dado el paso adecuado, dirigiéndose hacia el centro del poder suevo,

mientras algunos de sus hombres recorrían los bosques para capturar al herido Rechiario.

También habían llegado noticias sobre el cerco establecido por los godos en la ciudad costera de Portus Cale para atrapar al rey suevo antes de que aquel pudiera escapar por mar de su acoso, como pretendía. Marco completó la historia con los datos que Cayo no conocía: que la captura de Rechiario había sido comandada por Frederico, el propio hermano de Teodorico —con el concurso de nuestro odiado Liuva—, y que los godos habían permanecido sitiando el antiguo castro hasta que el rey hubo tomado Braccara. Una vez resuelto ese asunto, Rechiario fue ejecutado a manos de Agriwulf, el hombre al que Teodorico había decidido encomendar —con mal criterio, como se demostró más adelante— el control definitivo de los suevos de Gallaecia.

Volvimos a explicar, esta vez para Cayo, que, como ya le había adelantado yo a Silvia, nosotros no habíamos estado presentes en la toma de Braccara, tema que también preocupaba sobremanera al anciano. Explicamos la estrategia goda de repartir bandas guerreras por el territorio para controlar aquellos puntos donde los supervivientes suevos pudieran tratar de reagruparse y hacerse fuertes, y nuestra misión en el antiguo campamento del ala lucense, que nos retrasó hasta varias jornadas después del polémico acontecimiento. Aunque tratamos de suavizar el asunto, que los rumores, a nuestro entender, habían sobredimensionado considerablemente, fue difícil hacerle cambiar de opinión, tras la multitud de historias que habían circulado al respecto. La propia Sunna, estremecida por los recuerdos de lo acaecido en Asturica, empalideció al escuchar el relato de sangre y destrucción que había circulado entre los hispanos. Pero nosotros habíamos estado en Braccara pocos días más tarde de la entrada de los godos, y podíamos asegurar que la imagen en nada recordaba a lo vivido en Asturica: la ciudad se encontraba en buen estado, sus habitantes deambulaban por las calles con libertad, y aunque ninguno miraba a sus supuestos libertadores con buena cara, eso era lo menos que podía esperarse dadas las circunstancias. Según los propios godos con los que tuvimos la ocasión de hablar, la cosa no había pasado de un poco de diversión a costa de los religiosos, a los que se había humillado en algunos lugares públicos; pero Teodorico, con buen tino, había obligado a sus pendencieros hombres a contenerse al penetrar por las murallas.

El siguiente paso del ejército godo había desconcertado por completo al círculo de poderosos en el que se movía Cayo. Después de los desmanes de Braccara, muchos habían comenzado a preguntarse si no sería aún peor caer en manos godas que permanecer como estaban, y hasta el propio Hydacio, siempre tan beligerante con los suevos, había empezado a dar sermones criticando a las tropas enviadas por Avito.

A nosotros, en cambio, la decisión de Teodorico no nos pareció descabellada, ni en su momento, ni entonces. También era cierto que nos movíamos dentro de su campamento, y gracias a nuestra recién entablada amistad con Salla y con Akhila, teníamos acceso a algunas de las informaciones que se manejaban en el círculo del rey. Emerita era la antigua capital de la diócesis, la que había sido la joya de la Hispania romana. Aunque cierto era que los casi cincuenta años de invasiones de distintos pueblos —alanos, vándalos y suevos—, que habían dirigido sus pasos hacia la gran urbe de la Lusitania dispuestos a hacer honor a su antigua grandeza, habían hecho mella en la ciudad, que ya no mostraba el esplendor de antaño.

También fue Emerita el destino elegido por Teodorico, dado que llevaba ya varios años en manos suevas y tras la caída de Braccara representaba el enclave más importante que permanecía bajo su dominio. Hablamos largo y tendido de los acontecimientos de los que fuimos testigos en Emerita, y el bueno de Marco se explayó en su discurso en la mística exaltación de la salvadora aparición de la mártir niña santa Eulalia, que había conseguido con sus palabras que se respetara

a los hispanos durante la toma de la ciudad. Las muestras de devoción de mis compañeros me hicieron reír para mis adentros, y cuando un emocionado Cayo proclamó su intención de convocar al obispo para relatarle semejante milagro, apenas pude reprimir una carcajada, ante la mirada desaprobadora de los presentes, que achacaron mi salida de tono a mi naturaleza herética y no a lo que yo tan bien sabía: que el impresionante prodigio había que agradecerlo a la descarada creatividad de Zenón, diácono de Emerita, y no precisamente a la intervención de fuerzas celestiales.

Antes de marchar hacia el sur, a nuestro paso por Portus Cale, el ejército asistió a la ejecución de Rechiario a manos de Agriwulf, el warno de los ojos de brujo, un noble del círculo cercano al rey que fue nombrado por Teodorico su brazo derecho en territorio galaico. Por ese entonces no lo sabíamos, pero ese acontecimiento cambiaría el panorama de Gallaecia en los meses sucesivos. Las órdenes que tenía Agriwulf eran claras: acabar con la resistencia sueva localizada en los confines más extremos de la provincia, pero parecía que esa idea no satisfacía por completo su ambición.

El corto dominio de Agriwulf en el norte, del que nosotros apenas logramos recabar algunos rumores que ni siquiera Teodorico tenía muy claro a cuál de ellos debía atender, sí fue seguido con temor desde Lucus. Porque finalmente las informaciones que hablaban de la traición del warno, que al rey tanto le costó asumir como verdaderas, eran las que mejor se ajustaban a la realidad. El que nombrara su hombre fuerte en la provincia, en lugar de aislar y eliminar a los grupos de suevos que trataban de organizar su resistencia en los bosques y en los agrestes caminos de la costa occidental, decidió ganárselos para su causa, erigiéndose en su cabecilla. Los hispanos de la zona seguían sus avances con aprensión, temerosos de que los suevos, reforzados por las tropas de Agriwulf y reunidos bajo su mando, se decidieran a intentar apoderarse de Lucus, la mayor urbe del norte que aún permanecía ajena al dominio de cualquiera de los dos bandos.

Estos temores no llegaron a hacerse realidad, nunca sabremos si porque eso no entraba en los planes del warno o debido a que Teodorico se decidió por fin a intervenir, enviando al norte a otro de sus hombres de confianza, el *comes* Akhila, para atajar de raíz las ambiciones de Agriwulf.

Como habían asegurado los espías de Teodorico, las escasas tropas que Agriwulf había dejado a cargo de las guarniciones de Portus y de Braccara mientras él se internaba en la provincia decidieron no apoyar la iniciativa de su comandante, y se decantaron por reiterar su fidelidad al rey. Además, como supimos ese día, no todos los suevos estaban dispuestos a seguir al warno, por lo que sus intentos de aglutinar bajo su enseña a sus antiguos enemigos terminaron por dividir a aquellos en dos bandos enfrentados. Luego, la rápida y enérgica intervención de Akhila evitó males mayores para la región. Tal y como había sido su intención desde que partiera de Emerita, el *comes* se dirigió veloz hacia el norte, uniendo a sus hombres a los que conformaban la guarnición de Portus a su paso por la ciudad, y avanzó a toda prisa hacia la capital, la recién tomada Braccara Augusta. Como había previsto, también fue ese el destino de Agriwulf en cuanto tuvo noticias del ingreso del *comes* en sus nuevos dominios, pero no fue lo suficientemente rápido para cortarle el paso ni para poner bajo asedio la ciudad antes de la llegada de las tropas leales al monarca, lo que habría decantado la campaña a su favor casi antes de que hubiera comenzado. A esas alturas, una amalgama heterogénea de hombres se parapetaban tras el estandarte de Agriwulf: proscritos que veían su oportunidad de alcanzar riquezas y posición al lado de un nuevo señor, los guerreros godos que habían decidido seguir al

warno en lugar de a su rey y muchos suevos que, después de soportar la vergüenza de la derrota durante meses, al fin veían la oportunidad de resarcirse y sembrar el terror en la provincia.

Akhila no contaba con un verdadero ejército, pero eso era algo que Agriwulf ignoraba. Según logró entrar en la urbe, al frente de unos seiscientos guerreros, el padre de Salla tomó el mando de la guarnición allí establecida y dispuso que se repartieran armas entre los hispanos más afines a la nueva situación y que se vigilaran día y noche las almenas hasta que aparecieran las tropas de Agriwulf por poniente. Aquel no se hizo esperar: apenas dos días más tarde se presentó ante las murallas de Braccara con más de dos mil hombres que oponer a las mil doscientas lanzas que había conseguido reunir Akhila, aunque bien es cierto que este entre sus huestes contaba con verdaderos campeones, mientras que el bando contrario reunía a numerosos oportunistas poco dispuestos a arriesgar el pellejo. Las tropas de Agriwulf permanecieron tres días cercando la ciudad, pero pronto cundió el desánimo entre los hombres, que esperaban derrotar fácilmente al enviado del rey y en cambio se encontraban con una plaza aparentemente bien guarnecida. Los hombres de Akhila doblaron turnos para patrullar las murallas noche y día, enarbolando todas las enseñas que pudieron reunir y manteniendo las armas intimidantemente brillantes, hasta que los sitiadores terminaron por creérselo. Poco a poco los más cobardes, o aquellos de moral más voluble, comenzaron a abandonar a su nuevo líder para volver a esconderse en sus madrigueras.

Consciente del desánimo que cundía entre las cada vez menos numerosas tropas del warno, el siempre firme y decidido Akhila decidió arriesgarse a comandar una salida desde la ciudad, empleando para ello a todos los jinetes con los que contaba, que Cayo, atendiendo a los rumores, estimaba en cerca del millar, pero nosotros sabíamos que debían de rondar probablemente los quinientos hombres. En todo caso, la salida fue bien, y Agriwulf tuvo que levantar el asedio, dejando a muchos de los suyos tendidos en el campo de batalla. Cayo conocía bien la historia de boca de un mercader que había logrado abandonar la ciudad en aquellos días para tratar de resguardarse en Lucus del hervidero de problemas en que se había convertido la antigua sede del poder suevo.

A partir de ahí, pocos datos tenía Cayo sobre la campaña que Akhila había desarrollado en el oeste, aunque sí había logrado averiguar lo fundamental: después de varias refriegas de escaso calado, hacía unas pocas semanas que los hombres de Akhila mantenían a Agriwulf y a lo que quedaba de su ejército atrincherados en el antiguo castro que dominaba la bahía de Portus Cale. Por un capricho del destino, si Akhila se imponía, y dado que no había piedad posible para con el traidor, Agriwulf encontraría la muerte en el mismo lugar en el que había acabado con la vida de Rechiario y se había encumbrado su prestigio pocos meses atrás.

Cayo no parecía tenerlas todas consigo con respecto a qué pensar acerca de Akhila. Cierto era que hasta ese momento no había incomodado a la población local, pero con esos godos del demonio nunca se podía saber, según sus propias palabras. ¿Qué le impediría alzarse como había hecho su predecesor? Su sobrino y yo abogábamos por la honorabilidad del *comes*, ya que en el tiempo que habíamos servido bajo sus órdenes habíamos llegado a admirarlo y a valorar su estricto sentido del deber. Aunque este también podía convertirse en un problema si su rey ordenaba cualquier acción que soliviantara a la población local, porque entonces no le temblaría el pulso a la hora de ejecutar las órdenes, por muy impopulares que pudieran resultar. Eso lo sabíamos muy bien tanto el chico como yo, pero preferimos dejarlo pasar sin hacer comentarios y esperar acontecimientos. Además, con Teodorico ya lejos, inmerso en la complicada lucha por la sucesión del imperio, lo más lógico era que Akhila permaneciera en la provincia solo hasta ver cumplida su misión original, para luego seguir los pasos de su rey hacia la Galia, donde

esperábamos que se reencontrara felizmente con los suyos, y en especial con su hijo Salla. Y si no se reencontraban, quizá pudiéramos reunirnos nosotros con él antes de lo esperado.

La noticia de que su sobrino había conocido al hombre fuerte de Teodorico e incluso había luchado a su lado en Gallaecia animó enseguida a Cayo, que ya se veía pavoneándose ante sus conocidos de las relaciones establecidas por Marco, que podría compartir con los principales de Lucus información de primera mano sobre el *comes* godo, o incluso perfilarse como la persona adecuada para encabezar cualquier delegación enviada a parlamentar con él, si eso llegara a resultar necesario.

Cuando concluimos el larguísimo relato de lo vivido por ambas partes durante nuestra ausencia, llegó el momento de hablar de negocios. Finalmente, como todos esperábamos, Issa, Vera y Sunna aceptaron la propuesta de ponerse bajo mis órdenes al frente de la taberna, con Silvia ocupando el cargo que hasta su marcha había detentado Aspasia.

Por fortuna, durante el periodo pasado en casa de Toribio, la amistad que Sunna había entablado con algunos de los religiosos y el visto bueno del obispo, que mostraba cierta debilidad por su protegida, a las inquietudes de la joven vándala por aprender a interpretar las escrituras de su credo le habían permitido familiarizarse con los números y las letras, algo muy poco usual en una mujer, y mucho menos en una extranjera como ella. Gracias a eso, Sunna podría encargarse de la intendencia y la sencilla contabilidad de la taberna, lo que liberaría a Marco de ese engorroso trabajo que durante años nos había regalado. Porque, en verdad, como bien sabía su tío, Marco ya no era aquel mozalbete despreocupado de antaño, y estaba destinado a otras labores más importantes que a ayudar en una humilde taberna.

Tal y como habían acordado en el momento de nuestra apresurada partida, a partir de nuestro regreso, Marco debía ponerse bajo las órdenes de su tío, que le explicaría los entresijos de los negocios familiares, cada vez más castigados en aquellos tiempos inciertos, pero todavía prósperos. El joven debía prepararse a conciencia para ir asumiendo cada vez más responsabilidades, de modo que cuando Cayo decidiera retirarse pudiera hacerlo con la tranquilidad de que los resultados del trabajo de toda una vida quedaban en las mejores manos. Además, el anciano no pensaba conformarse con que su sobrino fuera únicamente un comerciante más, un pequeño terrateniente con fincas en el norte; sus planes incluían introducirlo de lleno en la vida pública de la ciudad, presentándolo como su heredero e integrándolo en los círculos de influencia, para que con el tiempo llegara a ocupar un lugar entre los principales de Lucus. Y la oportunidad que le brindaba la profusa información recabada por el muchacho durante su convivencia con los godos, incluyendo su relación con el *comes* Akhila, hacía que Cayo deseara comenzar cuanto antes con esa labor.

Aunque la velada fue agradable y las perspectivas, halagüeñas, creo que tanto para Marco como para mí fue una noche amarga. Ambos disfrutamos del reencuentro, y la ilusión de nuestros compañeros ante la nueva vida que se abría para todos nos confortaba, sin embargo, el regreso a aquel escenario hacía especialmente notoria la ausencia de los que ya no estaban a nuestro lado. La alegría que anhelábamos se reveló vacía, o cuando menos, incompleta, si es que un bárbaro como yo podía reconocer que albergaba esa clase de sentimientos.

Finalmente se decidió que Silvia volviera a disponer de su antigua estancia, que compartía con algunas sirvientas de la casa, donde pasaría no solo esa noche, sino también las siguientes; me pregunté cómo lo interpretaría su madre. Cuando nos levantamos de la mesa para dirigirnos a nuestros habitáculos, la muchacha guardaba una tristeza en sus ojos que la perspectiva de retomar una vida más agradable no podía compensar. Tampoco Marco y yo podíamos ocultar

nuestro desasosiego, que contrastaba con las expresiones más calmadas del resto.

El amanecer me sorprendió tratando de darme la vuelta para acomodar mejor mi espalda en aquel rincón dolorosamente solitario. Los primeros rayos de sol arrancaban sombras de cada objeto y dibujaban en el aire un torbellino de brillantes motas de polvo que se elevaban formando una fina columna animada en la quietud de la habitación. A lo largo de mi vida he dormido muchas veces sobre la tierra o la roca desnuda, pero pocas me había despertado con tal sensación de entumecimiento en todo mi cuerpo. Definitivamente, debía de estar haciéndome mayor, pensé mientras me incorporaba pesadamente y apoyaba la espalda contra la pared. Recorrí el lugar con la mirada y luego cerré los ojos, tratando de recordarlo tal cual había sido no hacía tanto tiempo. Por un instante llegué a escuchar la todavía aguda voz de Marco tratando de enseñar a Aspasia la lógica que para él encerraban los números. Pero enseguida abrí los ojos, molesto conmigo mismo, pensando que todo aquello no podía más que hacerme daño. Y yo no había llegado hasta allí por ser un estúpido mojigato rendido a la emotividad. Debía superarlo, igual que había hecho con cada pérdida con la que me había golpeado el destino: mi familia, Fariban, Iselda, Anderico, Gelimer, Quinto... y muchos amigos y compañeros de batalla que habían cruzado al otro lado mientras yo permanecía sobre esta tierra. Todas y cada una de esas ausencias habían contribuido a modelar lo que era, me habían vuelto cada vez más duro, como el metal que el destino golpea para dar forma a una afilada espada. ¿Por qué, tras tantas vicisitudes, esta amenazaba con quebrarme? ¿Acaso iba a postrarme al final, lloroso como un crío que ve romperse su juguete favorito? Me levanté, malhumorado, llevándome la mano a mi espalda dolorida, y cogí fuerzas para asomarme al que había sido mi cubículo, donde mis amigos se habían dispuesto como mejor habían podido para pasar aquella primera noche en Lucus. Una nueva punzada de nostalgia, que me esforcé en apagar de inmediato, volvió a sacudirme al comprobar que Issa y Vera habían escogido el mismo lugar que había ocupado el jergón que tantas noches compartí con Aspasia. Mientras, Sunna y Artemio dormían acurrucados, con la cara vuelta hacia la pared, en el rincón contiguo, apenas a unos pasos de la pareja.

Aunque traté de moverme en completo silencio, el britano abrió los ojos en cuanto puse el pie en la habitación. En cambio, Vera continuaba plácidamente dormida tras él, con el brazo por encima de su amado, que se deshizo de su abrazo con delicadeza y se puso en pie tratando de no despertar a los demás. Le hice una seña para que me siguiera de regreso a la taberna, y una vez allí le indiqué que continuáramos hacia la calle. Me detuve en la puerta, disfrutando de la sensación de los rayos del sol acariciando mi rostro. Los pocos transeúntes que deambulaban por la zona a tan temprana hora nos miraron con sorpresa al vernos salir del antiguo local, que se habían acostumbrado a ver cerrado.

—¿Has dormido bien? —pregunté, llevándome las manos a la espalda.

—Como pocas veces en mi vida, Attax. Creo que desde que abandoné Britannia, es la primera vez que duermo totalmente en paz, sin temer por mis vecinos, por los salteadores o por las bestias del bosque. —Me miró y se sonrió—. O por la inquietud previa a la batalla.

—Vayamos a dar un paseo. Necesito estirar las piernas: tanto tiempo en campaña hace que eche de menos el aire libre y la tranquilidad de una buena tienda. —Sonreí a mi vez—. Voy a pensar que ya no estoy hecho para disfrutar de la comodidad de una casa... Aunque hoy no me he despertado del mejor humor, eso también es cierto.

El britano dudó un segundo mientras dirigía un rápido vistazo a la puerta por la que acabábamos de salir.

—No te preocupes, no tardaremos mucho. Solo quiero que te familiarices con los alrededores de la casa; nos acercaremos al mercado, para que sepas dónde conseguiremos las vituallas y todo lo necesario para la taberna. Tardaremos menos de una hora, y en caso de que se despierten antes no creo que se aventuren a salir. Nos esperarán hasta que regresemos.

—De acuerdo; a mí también me vendrá bien estirar las piernas, y parece que hoy hará un buen día —respondió elevando la cara hacia el sol de la mañana.

—Tampoco te creas que esto es así siempre: aprovecha estos meses, porque cuando llegue el otoño verás lo que es un día tras otro de lluvia... Probablemente te sientas como en casa —apostillé, arrancando una anhelante sonrisa al britano.

Cerré la puerta con cuidado y caminamos lentamente, disfrutando del relajado paseo. El sol había continuado su recorrido, y ya solo uno de los extremos de la calle permanecía a la sombra, lo que daba más relieve a la oscuridad de las piedras que conformaban parte de las fachadas mejor conservadas del lugar. Después de meses de frío, lluvia e incluso nieve, en que el pavimento aparecía embarrado, la llegada de los meses más cálidos permitía adivinar de nuevo el contorno de las grandes y lisas piedras que cubrían el suelo de las calles principales, e incluso en algunos lugares sobresalían otras de mayor tamaño, que en su momento habían servido para que los carros que transitaban dentro de los muros tuvieran que moderar la velocidad, de forma que no supusieran un peligro para los ciudadanos que se desplazaban a pie.

Pero eso había sido... ¿hacía cuánto tiempo? Cayo nos había contado que había sido un tal Cayo César Octaviano —también conocido como Octavio Augusto—, el primer *imperator*, el que había erigido la ciudad hacía más de cuatrocientos años. Había llegado hasta la región para terminar la pacificación —término muy romano, por otra parte— del levantisco norte hispano, hasta ese entonces en manos de salvajes pastores y montañeros, como los astures y los cántabros. Si todos los cántabros eran como Linto, estaba de acuerdo en que serían duros de pelar, de eso no me cabía duda; pero los números que aportaba Cayo me parecían a todas luces exagerados. Mucho dudaba que fueran necesarias diez legiones de la época —cincuenta mil hombres y sus correspondientes unidades auxiliares— para doblegar a aquellos montaraces. Pero en fin, yo no había estado allí, así que tendría que creerme lo que contaba Cayo, aunque estaba convencido de que las cifras las habría esgrimido con orgullo algún antepasado del vanidoso Linto. Es la ventaja de los que se dedican a tomar notas sobre lo acontecido: siempre terminarán por convertirse en la única fuente de información que quede en el futuro, ya muertos los testigos, escriban lo que escriban.

Augusto planificó la ciudad con esmero y la convirtió en una de las mayores de la región, quizá la más importante sin funciones eminentemente militares, como las que tuvo Asturica Augusta, que fue en sus inicios el campamento legionario que el emperador erigió como base de operaciones para su tarea de asaltar los angostos pasos de las montañas norteñas.

Mucho había pasado, en verdad, desde que aquel romano —que debió de ser muy reconocido entre los suyos, porque incluso un bárbaro poco interesado en los entresijos de la historia de Roma como yo había oído hablar de él en numerosas ocasiones— fundara la ciudad, con sus magníficas calles, sus recias casas de piedra y sus bellos edificios públicos. Cuatro siglos más tarde seguía siendo de las mayores del norte, y un buen lugar para vivir, pero me gustaba imaginar cómo debía de haber sido en sus inicios. Muchos de los antiguos edificios públicos de los que nos había hablado Cayo habían desaparecido, y su lugar había sido ocupado por otros

más funcionales: talleres, curtidurías, almacenes; y las antiguas casas señoriales —salvo honrosas excepciones, como la del propio Cayo— se veían ajadas, con los adornos desmoronados y las paredes salpicadas de manchas oscuras de humedad. También el vuelco acaecido en el terreno religioso había determinado que gran parte de los edificios principales sufrieran importantes cambios, al pasar los practicantes del credo cristiano de perseguidos a dominadores, tanto tiempo después del nacimiento de su dios, o del hijo de su dios, según quién vaya a leer las palabras de este ignorante hereje. Así, al igual que había sucedido en tantos lugares, como habíamos comprobado en Emerita, a medida que los cristianos iban adquiriendo más predicamento, muchos de los antiguos y majestuosos edificios dedicados a cultos paganos o a diversiones inmorales habían sido reconvertidos, demolidos o simplemente abandonados a una lenta decadencia. En numerosos casos, se convirtieron en meras canteras donde se podían adquirir los materiales necesarios para afrontar nuevas obras: mármol, piedra, madera..., todo había sido esquilmado, aunque oficialmente hiciera falta un permiso de los magistrados de la ciudad para llevárselos. Así, era habitual encontrar edificios a medio derruir, aunque también podían correr otras suertes, como ya había visto en ocasiones: un antiguo templo podía usarse ahora como simple establo —y pensar en el revuelo que había causado esta misma idea cuando lo había hecho Teodorico en las iglesias cristianas de Braccara— o incluso convertirse en un huerto intramuros que diera de comer a varias familias.

Mientras caminábamos fui mostrando a Issa mis lugares favoritos, indicando los detalles más representativos y explicando las anécdotas que conocía sobre cada sitio. En alguna ocasión, el britano me sorprendió señalando interrogante algún edificio apenas reconocible, para que les confirmara que había sido un antiguo lugar sagrado. En muchos casos acertó, mientras que en otros yo no contaba con la información necesaria para responderle, pero me sentía más que dispuesto a confiar en su intuición: el muchacho parecía tener una sensibilidad especial para la magia que encerraban las piedras. Me agradó que me confiara sus pálpitos: después de una vida repleta de sinsabores, había aprendido a ocultar con cuidado estas habilidades, y creo que ni siquiera a Marco o a Vera se hubiera atrevido a hacerles tales comentarios. Me alegraba mucho de haberle podido ofrecer al muchacho —o al menos de haber podido contribuir a ello— una vida más cómoda y agradable que aquella a la que estaba acostumbrado. En esa nueva andadura, en cierto modo, él tendría que desempeñar el que había sido mi papel; ni siquiera podía equipararse al que le había correspondido antes a Galieno, puesto que el muchacho debería ser mucho más autónomo, pues yo no tenía claro cuánto tiempo necesitaría pasar fuera de la ciudad. Tanto como fuera necesario, pensaba sin dejar de hablar de trivialidades para no preocupar al britano.

Llegamos al mercado cuando ya los abaceros y hortelanos se encontraban manos a la obra entre sus carromatos y sus cestas, y los gritos propugnando la frescura de la mercancía comenzaban a inundar la hasta entonces tranquila calle. Me detuve en medio de la calzada que desembocaba en la animada plaza y la señalé con grandilocuencia.

—El mercado. No encontrarás a nadie mejor que Silvia para moverse en él, puedes confiar ciegamente en ella.

—Attax, todavía no me puedo creer lo que ha pasado en este tiempo: que esté aquí, con Vera, frente a una oportunidad de ganarnos la vida con nuestro trabajo, y rodeado de amigos... Los dioses me han dado más de lo que nunca esperé.

—Y ahora tendrás que luchar contra esos mismos dioses, porque son caprichosos, y no les gusta que los hombres se acomoden —dije, soltando un suspiro—. Así que te tocará trabajar

duro para mantenerlo.

—Attax, ¿no estarás a nuestro lado? —preguntó, adivinando el fondo de mis palabras—. ¿Por qué hablas sin incluirte a ti entre nosotros?

—Claro que estaré con vosotros, Issa. Pero primero debo solucionar un asunto pendiente que no puede esperar.

—Podemos ayudarte. ¡Pide lo que quieras!

—¡No vayas tan rápido, amigo! Dudo que desees acompañarme adonde debo ir. En breve partiré hacia la finca de Cayo.

Un destello de puro terror cruzó la mirada del joven.

—Como sabes, ocuparme de los asuntos relativos a la cría de los caballos de Cayo es uno de mis cometidos en la casa, quién sabe si la principal; gracias a eso, entre otros motivos, accedió a plantear el trato inicial —mentí, porque lo cierto era que la buena predisposición del hispano hacia nosotros se debía al agradecimiento por haber llevado a su sobrino sano y salvo a su casa tras la trágica muerte de su hermano Quinto; es más, fui yo el que impuso la condición de contar con alguna ocupación agradable a mi dignidad que me ayudara a sobrellevar mi nuevo destino como honrado tabernero—. Regresaré en cuanto pueda, pero debéis prepararos para llevar esto sin mí. Y aunque podéis contar con Marco, mucho me temo que su tío tiene planes para él e intentará acapararlo todo lo posible. Por eso te aconsejo que confíes en Silvia; no solo conoce los entresijos del negocio, sino que es la principal interesada en que todo marche bien.

—Si me lo pides, iré contigo a la finca, Attax —me interrumpió el britano muy serio, jugueteando nerviosamente con sus manos.

Lo miré a los ojos y enseguida una sonrisa asomó en mi serio semblante. Allí estaba el fugitivo al que yo había encontrado en aquella finca a punto de morir como una alimaña, y ese día olvidaba todo su dolor y aprensión, dispuesto a acompañarme. Miré su rostro, pálida su tez y brillantes sus ojos grises, y comprobé que hablaba totalmente en serio. Por mucho que él se sintiera en deuda conmigo, yo tampoco podría pagarle al joven su fidelidad.

—No es necesario, Issa, pero agradezco tu ofrecimiento. Esto es algo que debo hacer yo solo.

—Mi vida te pertenece.

—Tu vida es tuya. Ya bastante tengo con la mía, para que me des otra, ¡así que déjate de tonterías! —Le di una suave colleja y lo empujé hacia el frente—. Venga, vayamos a ver el mercado, que te voy a enseñar lo que se produce por aquí y las mercancías más exóticas y valoradas. Pero recuerda: que sea Silvia la que diga qué comprar y cuánto pagar por cada cosa. ¡Vamos!

Pasamos un buen rato dando vueltas entre los puestos, oyendo los refunfuños y regateos de los vendedores mientras intentaban colocar su mercancía a los curiosos, porque en ese entonces pocos eran realmente los que podían permitirse acudir al mercado a diario. Ni siquiera nosotros, que no teníamos precisamente aspecto de encontrarnos entre sus potenciales clientes, nos libramos de su acoso. Finalmente, cuando Issa empezaba a intranquilizarse por nuestra tardanza —lo cierto era que nos habíamos detenido mucho más que la hora que habíamos pactado—, emprendimos el regreso. Dejé que el chico escogiera el camino de vuelta; curiosamente, pese a lo experto que resultaba en campo abierto, y hasta en lo más profundo de los bosques, orientarse en las ciudades nunca fue su fuerte. No obstante, aunque era la primera vez que recorría aquellas calles, solo tuve que corregirlo en un par de ocasiones, sabiendo además que no tendría necesidad de repetírselo dos veces.

Mientras nos acercábamos a la *domus*, Issa concentrado en las vueltas del camino y yo

ensimismado en mis propios pensamientos, sentí que los fantasmas volvían a rondarme. Un nuevo comienzo, quizá con menos incertidumbres, pero también con más recuerdos. ¿Hacia dónde me llevaría el camino? Lo que había sido mi meta, el anhelado final feliz de mi tortuoso camino, sin Aspasia parecía haber perdido su sentido. De repente recordé los temores que me habían asaltado tras mi conversación con Sunna sobre el destino sufrido por su último hogar, la saqueada Asturica, y sacudí la cabeza para librarme de mis tristes pensamientos, que comparados con el escenario de mis pesadillas se me antojaban nimios: al menos Lucus seguía siendo un lugar seguro donde poder construir nuevos sueños, una vez restañadas las heridas.

Cuando llegamos a la *domus*, sus habitantes se encontraban ya en pie. La gran puerta aparecía abierta de par en par, mientras un vigilante Sila no perdía detalle de los fardos que iban entrando los atareados sirvientes. Me acerqué para saludarle y me dijo que precisamente esperaba a Mario para descargar nuestras alforjas y traernos lo que pudiera hacernos falta de vuelta a la casa. Por mi parte, le pedí que dejaran mis cosas tal y como estaban, pues pensaba partir en poco tiempo; si nada se torcía, esperaba poder hacerlo al día siguiente—. Aunque me miró sorprendido, nada preguntó, sino que se limitó a asentir con la cabeza y a sujetar la puerta hasta que desaparecimos rumbo al peristilo, de nuevo invadido por siervos, esclavos y trabajadores de Cayo, los menos entretenidos cuchicheando, mientras los demás se ocupaban de sus rutinarios deberes. Supuse que Cayo, habitualmente madrugador, tampoco debía de contarse ya entre los ociosos: normalmente acudía a su *tablinum* muy temprano para repasar las cuentas, organizar los suministros y escribir las misivas que enviaría a media mañana. En cambio, imaginé a Marco disfrutando del cálido lecho que dominaba la espaciosa estancia que le había asignado su tío desde nuestra llegada. El resto de los nuestros debían de estar en la taberna, aguardando nuestra llegada, así que fue allí adonde primero nos dirigimos.

Como ya suponía Issa, allí nos esperaban las mujeres y Artemio. Vera parecía contrariada, y regañó al britano en voz baja, mientras la vándala se encontraba peinándose la larga melena con actitud despreocupada. Su metódico proceder me recordó a mi propia rutina de antaño, cuando repetía ese gesto hasta la saciedad, buscando la concentración antes de la batalla. Después de un instante en el que seguí sus lentos movimientos como hipnotizado, al volverme me encontré con Issa y Vera fuertemente abrazados. Miré a Sunna y me sonreí, como un viejo lobo hastiado del amor que parecía dominar la vida de la pareja.

—Buenos días y bienvenidos a Lucus Augusti, señoritas y caballero —dije guiñando un ojo al pequeño Artemio—. Espero que hayáis encontrado de vuestro agrado vuestros nuevos aposentos. No hay mucha intimidad —indiqué, dando una palmada en el hombro a un azorado Issa—, pero es todo cuanto tenemos, y es sin duda más de lo que muchos pueden desear en esta tierra. La taberna consta de tres estancias —caminé con las manos entrelazadas a la espalda hasta la puerta, y fui señalando a cada lado—: la de mayor tamaño, donde he pasado yo la noche, será la parte abierta al público. Podéis adaptar la que habéis usado esta noche como mejor os parezca para estableceros los cuatro con comodidad. El último cubículo, al que se accede por esa puerta que hay detrás de la barra, contiene la cocina y un pequeño almacén. No hay mucho espacio, así que habrá que ir al mercado a menudo; lo que, aunque es más cansado, redunda a favor de la frescura de nuestros productos. —Todos me miraban atentos y en silencio, como si yo fuera un afamado predicador—. Tanto de vosotros como de mí dependerá que esta vida que comienza hoy sea la mejor que hayamos vivido, así que trabajad duro. Y, como os dije, dejaos guiar por Silvia.

Mientras terminaba mi espontánea arenga a mis nuevos «reclutas», me di cuenta de que me había faltado un punto por considerar: ¿dónde dormiría yo? Pensaba pasar tiempo fuera de la

ciudad, pero también me convenía tener un lugar más cómodo para descansar que el duro suelo de la taberna cuando estuviera en Lucus. A mí no me importaría ocupar un pequeño espacio en el barracón de esclavos de Cayo —que, por otra parte, era mucho mejor que bastantes de las casas que he conocido durante mi vida—, pero eso no formaba parte del trato inicial, por lo que sería necesario obtener su permiso. Lo único que esperaba era que no me saliera con sandeces de que un hombre libre como yo no podía compartir jergón con simples esclavos...

—Vera, por favor, ve a buscar a Silvia a la casa y dile que venga: es hora de que comience a explicaros en qué nos hemos metido.

Vera, insegura, tiró de la manga de Issa, como para recordarle que ni conocía la casa ni a quienes habitaban en ella, por lo que no sabía por dónde empezar para cumplir mis órdenes.

—Issa, acompaña a Vera, y preguntad a Sila, el tipo enorme de la puerta, dónde podéis encontrar a Silvia. —Cuando ya se dirigían hacia la puerta, reparé en el pequeño Artemio, cuadrado ante mí como un guerrero esperando las órdenes de su comandante—. En cuanto a ti, granuja, tendremos que preguntar a Marco si piensa que el viejo Lisandro recordará aún las lecciones que solía enseñarle, porque tendrás que ser de utilidad para esta nueva familia, y el papel de salvaje ya lo tengo yo, así que habrá que buscar el tuyo. Ve tras los chicos y deja recado para Marco; esta tarde se lo consultaremos, ¿de acuerdo?

El mocoso asintió, mucho más feliz de lo que había imaginado después de darle la noticia de que esperaba de él que se implicara en una serie interminable de aburridas lecciones con un viejo cascarrabias, en vez de dejarlo holgazanear entre recado y recado con el resto de los pilluelos de la ciudad. Meneé la cabeza; quizá no había juzgado bien sus intereses, o era que el chico solo deseaba complacerme y las protestas llegarían más tarde, cuando hubiera comprobado la cantidad ingente de conocimientos —la mayoría, a mi juicio, inútiles— que el viejo Lisandro trataría de meter en su pequeña cabeza. Sunna y yo lo miramos partir a la carrera en pos de Vera e Issa, y la vándala me dirigió una mirada agradecida. Al cruzar mis ojos con los suyos, sentí que debía decirle algo a ella también. Vacilante, le hice un gesto para que se sentara a mi lado.

—Siento haber sido una mala compañía durante estos días —comencé, hablando lentamente y sin mirarla a los ojos.

—Han sido jornadas agotadoras, solo es eso. Y debes de tener miles de recuerdos de este lugar. Es lógico que necesites ordenarlos de nuevo.

—Muchos recuerdos... —asentí, pensativo—. Muchos recuerdos felices que no volverán a repetirse.

Ella se acercó a mí y con su pálida mano levantó suavemente mi mentón para que la mirara a los ojos, como si pretendiera ver el fondo de mi alma a través de los míos.

—Eres un hombre complejo, alano... Tan pronto te comportas igual que un salvaje guerrero, como al día siguiente te conviertes en un honrado tendero que lucha por sacar adelante un negocio, sin contar para ello con el acero, pero tampoco sin olvidarse de sus antiguos compañeros. ¡Nunca dejarás de asombrarme!

—Solo soy un rufián que no ha parado de dar vueltas por esta tierra desde que vino al mundo, hace ya mucho tiempo, quizá demasiado —divagué en voz alta—. Y lo único que he pretendido desde que tengo uso de razón ha sido sobrevivir a cuantas trabas me interpusiera el destino. —Llevé la mano a la espada y acaricié su frío pomo de metal—. Y para ello no he encontrado nada mejor que esta vieja amiga.

—También tienes otros buenos amigos. No lo olvides.

—Quiero que veles por los demás, Sunna. No sé por qué, pero tu actitud y tu saber estar me

tranquilizan, y me hacen pensar que las cosas pueden salir bien si tú estás aquí.

—¿Será porque soy más vieja que los demás, y eso me ha hecho más fría y desconfiada? —Sonrió—. Quizá halles en mí algo de ti mismo.

—No lo sé. Tal vez también sea porque me recuerdas a Iselda. O simplemente porque, cuando hablas, lo que dices suele tener sentido. En fin, solo quería que supieras que cuento contigo para que esto salga bien.

—Nos conocemos desde hace poco tiempo, Attax, pero a veces tengo la impresión de haber vivido ya muchas cosas contigo; puedes confiar en mí. Trataré de no fallarte.

—¿Sabes que a mí me sucede lo mismo? Muchas veces pienso... —Me mordí la lengua para no terminar hablando como un viejo sentimental—. Pienso que los muchachos te necesitarán —rectifiqué a toda prisa—. Y sé que sabrás ayudarlos.

—Entonces ¿es cierto que nos abandonas, como teme Vera? —me preguntó de improviso, haciéndome dudar.

—No. Tengo algo que hacer, pero regresaré.

—Podemos ayudarte en lo que necesites. No tienes por qué hacerlo solo, alano.

—Sé que no estoy solo, pero esto es algo que me concierne únicamente a mí. —Y a otra mujer, pensé amargamente.

En ese instante regresó corriendo Artemio, anunciando alegremente que ya había entregado su recado, y que Silvia venía tras él. Apenas conocía a la muchacha, y la noche anterior casi no le había prestado atención, pero para él era como un juego en el que había ganado. Removí su rebelde mata de pelo y sonrió, satisfecho. Tras su teatral aparición, le siguieron Silvia, Vera e Issa.

—Buenos días, Silvia —la saludé, cambiando mi gesto cansado por una sonrisa lo más convincente que pude—. Les estaba hablando de lo importante que será que cuenten contigo para tomar cualquier decisión sobre cómo sacar adelante el negocio. Todos están ansiosos por comenzar de la mejor manera, así que los dejo a tu cargo para que les des las órdenes, o los consejos, como prefieras llamarlos, que consideres.

Me hice a un lado y me dispuse a escuchar. Silvia comenzó algo nerviosa, retorciéndose las manos mientras desgranaba las indicaciones que le parecían necesarias, y que los demás escuchaban con obediente interés. Pronto el debate se animó, cuando Sunna empezó a atreverse a formular sugerencias y preguntas y los otros acabaron por añadirse a la conversación. Finalmente decidimos cómo se distribuirían las tareas que requería volver a poner el negocio en funcionamiento: Silvia, a la que se la veía cada vez más cómoda en su papel de encargada, custodiaría el dinero, organizaría las compras, establecería los precios y trataría en principio conmigo, pero directamente con Cayo cuando yo no estuviera presente; Sunna se encargaría de la cocina y llevaría la contabilidad y los registros; mientras, Vera ayudaría tanto en la trastienda como detrás de la barra. A Issa, como a mí en su momento, le tocaría la parte más divertida: acompañar a las mujeres cuando lo necesitaran y asegurarse de que los borrachos no terminaran descargando las consecuencias indeseables de su ebriedad en el local. Ni que decir tiene que la parte más dura del mantenimiento del lugar también la llevaría el britano, pero las mujeres dijeron que lo ayudarían desde el primer día. Al final de la charla, Silvia parecía realmente ilusionada con la nueva organización. Y yo me sentía bien: sabía que estaba haciendo lo correcto. Otra cosa era mi amargura, y tan solo yo debía cargar con ella hasta que pudiera desprenderme de ese pesado fardo.

Los dejé discutiendo animadamente sobre los arreglos más urgentes, antes de que me

nombraran juez imparcial y comenzaran a consultarme cada detalle. Cuando iban por la distribución de las mesas y los asientos —¿qué les aconsejaba, bancos o taburetes?— tuve que contenerme para no afirmar que donde mejor estaban los bancos era sobre la cabeza de los borrachos, y pensé que me convenía salir de allí antes de que mi visión pudiera romper el hechizo de animada laboriosidad que parecía haberlos poseído. Discretamente, me dirigí a la puerta interior dispuesto a buscar a Marco para hacerle partícipe de mis planes.

Recorrí el luminoso pasillo hasta la habitación del joven y golpeé la puerta cerrada con los nudillos, extrañado de que aún no hubiera dado señales de vida. Ninguno de los siervos que pasaron a mi lado me indicó que se encontrase fuera, así que continué golpeando la recia madera hasta que la puerta se abrió. Tras ella apareció Marco, ya vestido y espabilado. Junto a su catre pude ver una tina de bronce repleta de agua, que el joven debía de haber utilizado para lavarse; su cabello, siempre corto, lucía mojado. Me saludó y continuó secándoselo con un paño. Me llevé la mano a mi cada vez más escasa melena; a mí nunca se me había ocurrido secármela más que al viento, porque cualquier otra cosa me parecía perder el tiempo.

—Has tardado, Attax. No pensé que pudieras dormir tan bien esta noche. —Su voz dejaba traslucir un cierto aire de melancolía.

—No tanto como tú, al menos. ¿Qué haces aquí, todavía holgazaneando en tu habitación?

—En realidad llevo despierto desde hace horas. Mejor dicho, creo que llevo despierto desde ayer.

Se sentó en el suelo, buscando algo de fresco ante el caluroso día que se avecinaba, y me hizo una seña para que me acomodara donde prefiriese. Miré con detenimiento a mi alrededor. En pocas ocasiones había estado allí, ni siquiera cuando Marco era un muchacho. La casa de Cayo nunca fue un lugar que visitara a menudo, sino que era el pequeño Marco el que pasaba la mayor parte de su tiempo —siempre que Lisandro no lo atosigaba con sus estudios— en la taberna. Era una habitación ciertamente bonita para los cánones romanos. No excesivamente grande, lucía tal vez mayor por la austeridad con la que estaba amueblada, con una cómoda cama de tamaño considerable y un gran baúl que descansaba bajo la ventana que daba al patio. Sobre él pude ver la espada de Marco, enfundada en su vaina. El resto de sus armas estaban delante del arcón, en el suelo. Dos sencillos candelabros de bronce ocupaban sendas esquinas de la estancia. Todo sobrio y práctico, acorde con la personalidad de su propietario. La única concesión a la belleza era el mosaico que adornaba el centro del pavimento, en el que cientos de pequeñas teselas blancas y negras se combinaban para dibujar una extraña fiera de cuatro patas, toda zarpas y colmillos. Recordé la asombrosa historia que me había relatado un *mauri* en Malaca, que me habló de unos gatos salvajes de enorme tamaño que abundaban en sus desérticas tierras del sur, y que eran capaces de acabar con una persona saltando sobre ella antes de que se percatara siquiera de su presencia y reduciéndola a pulpa en un instante con los puñales que tenían por garras y dientes. Quizá lo que me miraba desde el suelo era una de aquellas bestias. En todo caso, prefería no tener que averiguar jamás si eran reales o meras fantasías.

—Yo tampoco he podido dormir muy bien —repuse haciendo a un lado la espada y sentándome en el baúl, que poco a poco comenzaba a calentarse por el sol que penetraba por la ventana.

—¿Cómo consigues que nada te afecte? —me preguntó, desconsolado—. ¿Cómo lo haces para parecer tan... tranquilo?

—Marco, he venido para decirte que me voy mañana a la finca, y que estaré allí un tiempo. Necesito pensar.

En lugar de molestarse por mi repentina huida, me dio la impresión de que suspiraba aliviado.

—Entonces no me pasa solo a mí. Tú tampoco puedes vivir con los recuerdos.

Al mirarlo eché de menos esa impulsividad que solo la juventud puede dar, cuando cualquier cosa que suceda es lo más importante del mundo y parece que no podremos dar un paso más sin caer. Pero en eso consiste la vida, en dar un paso, y luego el siguiente, hasta que al final nos sea imposible levantar un pie sobre el otro. Hasta entonces solo queda continuar: revolverse y luchar, y seguir adelante.

—Tenemos que ser fuertes, Marco. Se lo debemos a los que no están, y también a los que nos quieren y nos esperan.

—Es fácil decirlo... pero nada de esto habría sucedido si yo no hubiera pretendido hacerme el héroe, buscando una venganza que ni siquiera estoy seguro de que haya tenido sentido. Puede que fuera simplemente lo que deseaba yo, no lo que hubiera querido mi padre. No sé, todo esto ha terminado y yo no he encontrado la paz; antes bien, al contrario.

—Nadie pensó que iba a ser fácil. ¡Qué demonios, íbamos a la guerra, a la batalla, a luchar y a matar malnacidos por la memoria de muchos inocentes! Te aseguro que volvería a seguirte una y mil veces, y estoy convencido de que Galieno también lo haría. La venganza siempre esconde un regusto amargo, pero no dormirías tranquilo si no hubieras intentado nada, si no hubieras perseguido lo que te pedía tu alma.

Marco me sostuvo la mirada un rato antes de continuar.

—Siento lo de Aspasia, Attax. También eso ha sido culpa mía.

—Nadie sabe de quién es la culpa, ni tan siquiera lo que ha pasado en realidad —respondí secamente.

—¿Piensas que podrás descubrir algo en la finca?

Cogí su espada y jugueteé con ella entre las manos. ¿Tan transparente soy?, me dije, malhumorado.

—Pienso buscar la paz... y tal vez algunas respuestas.

—¿Y ya sabes qué le dirás al administrador? ¿Cómo se llamaba, Elpidio? ¿Vas a saludarlo y decirle que los asturcones que tenías intención de traer de las montañas se perdieron por el camino?

Jodido crío..., tenía razón. Había llegado a olvidarme de la excusa que había inventado Cayo para explicar nuestra marcha. Pensé que Elpidio celebraría mi supuesto fracaso; esperaba que al menos no hiciera muchas preguntas.

—Creo que deberías hablar antes con mi tío —continuó Marco—. ¿Ya has dejado todo arreglado en la taberna?

—Sí, en eso he ocupado la mañana. Parece que Silvia y los demás se entenderán bien.

—Estoy seguro. Sabes que pueden contar conmigo, aunque me temo que mis nuevas obligaciones me permitirán muy pocas escapadas.

—Tú ya tienes otro papel en esta casa, Marco. Se las arreglarán, aunque me quedo más tranquilo sabiendo que tú también estarás al tanto. Eso sí, me gustaría dejar cerrado otro asunto antes de partir. ¿Todavía se encuentra Lisandro en la casa? No me gustaría que ese pequeño rufián de Artemio se metiera en líos, y nadie mejor que él para tenerlo controlado.

—¿Confías en que lo controle como lo hizo conmigo? —Sonrió—. El propio Artemio, muy educadamente, me ha transmitido tus planes esta mañana. Él parecía entusiasmado, y a mí me parece una idea excelente. Yo costearé sus clases y me encargaré de que el chico se aplique. Si vemos que es lo suyo, podríamos enviarlo con los religiosos para que haga carrera, ¿qué te

parece?

—¡Tampoco he dicho que hubiera que castigar al muchacho por nada! —respondí, horrorizado por su sugerencia.

—Mi tío me envió esta mañana una nota convocándome para dentro de unas horas en el *triclinium*. Ven conmigo, así le pediremos que mande llamar a Lisandro, y también podremos hablar de lo que dirás al llegar a la finca. Es necesario no levantar más sospechas de las que ya supone nuestro regreso.

—¿Cuánto tiempo tenemos? Necesito airearme, ¿te apetecería hacer un poco de ejercicio en nuestro claro del bosque? Es la mejor cura que conozco para una mente embotada.

—Buena idea. Eso nos mantendrá ocupados hasta entonces.

—Ocupados y en forma, ¿qué más se puede pedir? —exclamé, levantándome del baúl y tendiéndole una mano al joven para ayudarlo a ponerse en pie.

Salimos poco tiempo después por la puerta principal, cargados con la espada de Marco y una muda de ropa, y tras dirigirnos a recoger nuestras monturas y mis propias armas, recorrimos lentamente, como en tantas otras ocasiones, el camino que nos separaba de nuestro lugar de entrenamiento. Fue un paseo relajado, con el sol brillando en el cielo en todo su esplendor y una agradable sensación de tranquilidad flotando en el ambiente. Al cruzar el portón, los guardas nos saludaron agitando la mano o inclinando la cabeza. Era como si nada hubiera cambiado; sin poder evitarlo, me recorrió una nueva oleada de melancolía. Caminamos por la ciudad extramuros hasta llegar a la linde del bosquecillo cercano, y penetramos hasta el claro donde nos solíamos reunir. Allí, solo la densidad de la vegetación, quizá algo mayor que cuando acudíamos a diario —así lloviera o nevara— a remover la suave tierra con nuestros ejercicios, daba testimonio del tiempo transcurrido.

Atamos los caballos y sacamos las armas de las alforjas; respiré profundamente, disfrutando del familiar aroma a libertad que se sentía en aquel lugar, antes de quitarme la camisa. Marco, en cambio, aprovechando el calor de la mañana, se desprendió rápidamente de ella para concentrarse en la rutina de ejercicios destinados a calentar los músculos, como le había enseñado tanto tiempo atrás. Como un maestro orgulloso de su alumno, lo imité sobre la marcha; permanecimos un buen rato preparándonos para la lucha mientras los rayos del sol hacían mella en nuestras pálidas espaldas. Después, tras apartar de un puntapié algunas rocas que podrían hacernos daño si nos caíamos, nos enganchamos en una lucha cuerpo a cuerpo en que el objetivo era inmovilizar al rival en el suelo. Entre orgulloso y fastidiado, comprobé que me costaba tumbar a Marco mucho más que antaño: el joven se había convertido en un hombre, y a pesar de que el resultado me fuera favorable en el cómputo global, no pocas veces acabé dando con la espalda en la tierra mientras el hispano se reía sobre mí. Luego pasamos a la esgrima, ejecutando con precisión aquel complicado baile, midiendo con cuidado la fuerza para ponernos mutuamente en apuros sin llegar a herirnos, pues ya no había espadas de madera, solo el vibrante entrechocar de los aceros de dos avezados guerreros. No nos detuvimos hasta que el sol hubo pasado su cenit. Sudorosos y sedientos, permanecimos un rato tumbados sobre la hierba para tomar resuello antes de dirigir nuestros pasos de vuelta hacia la ciudad. Marco se acercó a su caballo para coger un pellejo lleno de agua, que me tendió para que me refrescara después de hacer él lo propio. Mientras yo bebía paladeando el líquido cristalino como si fuera un excepcional vino, me dijo con una gran sonrisa en los labios:

—Este es el mejor lugar del mundo, Attax. El mejor.

VI

Aunque faltaban varias horas para el mediodía, ya hacía calor en el polvoriento camino. Pasé la mano por mi frente, perlada de sudor, arrepintiéndome de no haber tenido la previsión de añadir mi capa al fardo con mis pertenencias, que cargaba, sumisa, la mula que me seguía. Unas horas atrás había abandonado la ciudad, traspasando la puerta norte, en busca de las respuestas capaces de devolverme mi añorada tranquilidad. A pesar de la discreción que me había propuesto mantener, Marco se había adelantado a mi tirada de dados, así que tras de mí, sin soltar palabra pero sin dejar de silbar una pegadiza melodía que se colaba en mis pensamientos al mínimo descuido, cabalgaba Mario. Mi intención siempre había sido ir solo hasta la finca para poder hacer allí lo que me viniera en gana, pero Marco se había ocupado de convencer a su tío para que su fiel esclavo me acompañara allí adonde fuera. A pesar de que me levanté cuando aún faltaba mucho para el alba con la intención de partir antes de que la ciudad despertase, al llegar al establo a por mi montura me encontré con el recio hispano aguardándome, con la suya ya enjaezada. A su lado, mi caballo godo —el último presente de Salla— se encontraba perfectamente pertrechado, y su pelaje lucía lustroso, como si lo hubieran cepillado pocas horas antes. Ni siquiera me extrañé: era muy típico de Marco, y aunque podía hacer variar mis planes iniciales, Mario me caía francamente bien y, además, sabía ser discreto. Sería una buena compañía para compartir el tiempo en aquella agobiante fortaleza disfrazada de finca que Elpidio manejaba con mano de hierro.

La tarde anterior, como había acordado con Marco, la habíamos pasado con Cayo. Discutimos los pasos que daría a continuación; al hispano le complacía mi intención, pues deseaba tener datos concretos sobre la situación de la manada, ya que las misivas de Elpidio, desde hacía varias lunas, llegaban envueltas de cierto misterio. Además, confiaba en mi criterio para valorar la situación de la comarca y añadir las noticias que fuera capaz de recabar a las opiniones del administrador, que aseguraba mantener sin problemas el férreo control sobre la finca y los alrededores, pues los movimientos de los suevos tras la derrota del Urbicus no lo habían inquietado en absoluto. No salió de mi boca —ni de la de Marco— palabra alguna sobre mi intención de buscar a Aspasia; solo hablamos de retomar poco a poco mis antiguas responsabilidades, tan agradables para mí como productivas para la familia.

Con respecto a la historia que mantendría frente a todos los que se interesaran sobre los avances logrados en más de un año de supuestas negociaciones con los criadores astures, decidimos que me limitaría a afirmar que la inestabilidad de la región había retrasado cualquier acuerdo, pues los montañeses pretendían escuchar ofertas por parte de los dos ejércitos en disputa, de los que esperaban obtener un precio más ventajoso que el que podría ofrecerles un comerciante particular. Así justificaríamos la tardanza: vista la situación, habíamos esperado todo lo posible hasta ver si reconsideraban su postura, aprovechando mientras tanto para aprender en la medida de lo posible de sus métodos y procederes a la hora de seleccionar los cruces y cuidar a los animales, información por otra parte nada desdeñable, dada la habitual reticencia a viajar de los hispanos de los alrededores, poco dispuestos a mezclarse con los

montañeses, y mucho menos a aprender de ellos. Luego, cuando los primeros brotes anunciaron el retorno de la primavera y los traicioneros pasos de montaña comenzaron a ser transitables, las inquietantes nuevas sobre la rebelión de Agriwulf habrían retrasado de nuevo nuestro regreso hasta que se clarificara el peligro que suponía la nueva situación para Lucus y los alrededores.

En general, sería la misma historia que relataríamos en Lucus, incluso en el círculo próximo a Cayo: simplemente habíamos regresado de nuestro infructuoso recorrido por las montañas astures, con más pena que gloria, dicho sea de paso. Solo el rector de la ciudad, el noble Palagorio, y otros pocos, serían puestos al corriente de la verdadera naturaleza del viaje de Marco, para que pudieran beneficiarse de la información recabada por el joven y de los consejos que este les podría proporcionar. Luego ya sería función de Palagorio el ir incorporando poco a poco a Marco en la vida política de la urbe.

Yo, en cambio, cargaría con la relativa vergüenza de haber dirigido la pequeña expedición comercial hasta el corazón de los encajonados valles astures, únicamente para darme de bruces con la cabezonería de los esquivos montañeses. Sonreí al recordar a mi añorado Medulio, el capataz que me iniciara en la cría de esos nobles brutos en la finca de Quinto. Si alguien me preguntaba sobre los castros más civilizados de aquellos lugares, tenía clara la respuesta: el castro de Congarna, el antiguo hogar de Medulio, allí donde demonios estuviera aquel condenado lugar. No es que me importara demasiado lo que se dijera de mí, pero estaba seguro de que el malnacido de Elpidio se alegraría sobremanera de mi «fracaso», y no dejaría pasar la oportunidad de recordármelo en el futuro; pero era un mal menor, en comparación con los beneficios de explicar una historia coherente sobre la naturaleza de nuestro viaje. Eso sí, esperaba por su propio bien que me dejara en paz, porque no andaba precisamente sobrado de paciencia para aguantar su petulancia. Si se excedía en sus comentarios, acabaría por dar un golpe sobre la mesa para cortar de raíz cualquier pregunta indiscreta.

Le tendí al hispano un pellejo de cerveza que había conseguido en la cocina antes de partir, y Mario se situó a mi lado, dejando de tararear por un instante aquella repetitiva melodía.

—Te agradezco el paseo, Attax; me apetecía mucho acercarme hasta la finca —me dijo, alegre —. Hace tiempo que no pruebo los guisos que se preparan allí. —Dio otro sonoro sorbo al pellejo y se secó la barbilla con la manga—. Siempre he dicho que son los mejores que se pueden encontrar en la región.

Lo miré, divertido, y agarré el pellejo para dar otro trago, recordando lo que me había parecido averiguar en uno de los últimos viajes hasta la finca: Mario y una de las cocineras en particular parecían conocerse muy profundamente.

Llegamos a la finca al día siguiente. Desde la lejanía lucía tal y como la recordaba de la última vez, aquella en que habíamos pasado por allí para disimular nuestras verdaderas intenciones: tranquila, como adormilada. Acalorados como estábamos, hicimos una pequeña pausa en una loma cercana dominada por jóvenes ejemplares de castaño, y dejamos a nuestros caballos pastar tranquilamente mientras nosotros nos sentamos sobre la hierba fresca, mirando hacia el sombrío muro que cercaba el lugar.

—Todo sigue como si nada hubiera ocurrido, ¿no te parece? —dije a Mario—. Ahí abajo seguro que nadie se ha enterado de las andanzas de los godos, ni del destino de los suevos, ni, o mucho me equivoco, tampoco de nada de lo que ha ocurrido en la región en los últimos meses.

—El viejo Elpidio sabe cómo hacer que la gente se preocupe por otras cosas...

—Maldito cabrón —bufé mientras me removía incómodo sobre la hierba. El tiempo que había pasado con Issa había hecho crecer mi odio hacia el que tan cerca estuvo de acabar con él.

—Es un tipo complicado. Hay que saber cómo manejarlo.

El brillo de sus ojos me advirtió de que Mario podía abandonar aquella ciega docilidad de la que normalmente hacía gala si llegaba a considerarlo necesario.

Esperamos un poco más allí tumbados, para no presentarnos ante el administrador como animales sudorosos recién traídos de la siega, y luego recorrimos tranquilamente la distancia que nos separaba de la finca. Como habíamos intuido desde la lejanía, la quietud dominaba el lugar: pocos sonidos se dejaban escuchar desde más allá de los muros, y desde luego entre ellos no destacaba ningún alegre canto de faena de los lugareños. Un centinela, mal afeitado y con cara de pocos amigos, nos escrutó desde lo alto del muro; no creía haber cambiado tanto durante aquel último año, pero el tipo no dio señal alguna de reconocernos.

Cuando nos encontrábamos ya a menos de cincuenta pasos se acercó lentamente hasta el portón y gritó algo hacia el otro lado del muro, antes de darnos el alto. Miré a Mario con semblante contrariado, molesto por la actitud del guarda, lo que arrancó del esclavo un sencillo encogimiento de hombros que en lugar de tranquilizarme hizo que me alterase más. Por fortuna, antes de que soltara alguna palabra malsonante al tipo, la puerta comenzó a abrirse ante el empuje de otros dos hombres. Sabía que eran guardas porque Elpidio no dejaba que nadie más tuviera acceso al muro, pues por su aspecto no pasaban sino por simples labriegos. Ambos iban sucios y desgreñados, y las camisolas holgadas que vestían colgaban desarrapadas alrededor de sus torsos. Se hicieron a un lado, enjugándose la frente, y nosotros pasamos entre ellos saludándolos en silencio con la cabeza.

El lugar seguía tan lúgubre como lo recordaba, a pesar del sol de justicia que dominaba el cielo y proporcionaba a los caminos un brillo especial. Quizá la quietud del lugar se debía en parte al agobiante calor, pero lo cierto es que no se veía a niños correteando por los senderos y apenas a siervos realizando sus labores en los alrededores.

Nos desviamos del camino principal para dirigirnos hasta el establo, que se encontraba algo alejado de la residencia del administrador. Aunque pensaba utilizar mis habitaciones en el interior de la casa, prefería dejar mis pertenencias donde pudiera vigilarlas alguien de mi confianza, y en ese lugar —además de Mario, que suponía pensaba tener las noches ocupadas— solo el capataz, Hixinio, cumplía con ese requisito.

Al entrar en el establo me pareció recuperar de golpe viejas sensaciones. Allí había pasado muchas horas atendiendo con mimo a la yeguada de Cayo, empeñado en volver a convertirla en la mejor de la zona. Entre aquellos muros desportillados había ayudado a llegar al mundo a numerosos potrillos, a los que luego había visto crecer para convertirse en ejemplares prometedores. También allí había conocido a Issa y lo había comenzado a valorar como una buena persona; siempre he pensado que si alguien es capaz de tratar con respeto a los animales, sin duda será capaz de albergar buenos sentimientos con respecto a sus semejantes, mientras que aquellos que descargan su rabia y frustración contra un animal que no puede defenderse difícilmente actuarán de otra manera con las personas, si no es por propio interés.

Entorné los ojos para acostumbrarme a la penumbra reinante, que contrastaba con la luminosidad del exterior, y recorrí el lugar con la mirada. Inmediatamente sentí encenderse mi cólera: contrariamente a lo que había ordenado, el espacio volvía a compartir la función de establo con la de almacén. Había pocos animales dentro —apenas una docena—, y aunque comían apaciblemente y parecían sanos, su estado físico era mejorable; me tranquilicé al percatarme de que la figura que trasteaba entre las balas de heno no era la de Hixinio, sino la de su ayudante, un hombre callado de mediana edad del que creo que nunca supe el nombre. Supuse

que el capataz habría llevado a los mejores ejemplares hasta los prados que circundaban la propiedad para que pudieran hacer ejercicio y disfrutar de lo que quedara de pasto.

—¿Dónde puedo encontrar a Hixinio? —pregunté, a modo de saludo.

El hombre se sobresaltó al escuchar mi voz y, al volverse, hoz en mano, se quedó embobado, como si hubiera visto un fantasma. Tuve que repetir la pregunta, contrariado por su lentitud, antes de que me respondiera algo balbuceante, pero al menos sonriente, como si por fin la novedad de mi regreso hubiera penetrado en su dura mollera y él hubiera decidido que se alegraba de verme.

—Ha ido a la casa.

—Pues hacia allí iremos nosotros también, pero queremos dejar nuestras monturas aquí. Y también todo lo que cargan; ocúpate de que nadie curiosee entre nuestras cosas, ¿de acuerdo?

—Me encargaré de ello, amo Attax —respondió, servicial.

La risilla de Mario al escuchar tal tratamiento hizo que, en lugar de agradecer su amabilidad al individuo, me limitara a dar media vuelta para atar yo mismo a mi montura cerca de donde pudiera beber y llenarse el estómago. Luego retiré de sus alforjas algo de ropa y mi espada envainada, mientras Mario hacía lo propio. Dejamos el resto a cargo del tipo, que seguía mirándonos, indeciso, como si no supiera bien si quedarse allí o correr a informar de nuestra llegada. Le hice un gesto para recordarle que vigilara bien nuestras pertenencias, y nos dispusimos a desandar el camino por el que habíamos subido poco antes.

La puerta de la casa principal estaba abierta, pero no parecía haber nadie guardándola, por lo que nos limitamos a entrar sin esperar a que nos anunciaran. Pocos pasos después de atravesar los anchos muros ya empezaba a notarse un agradable frescor que contrastaba con el calor húmedo del exterior. La *domus* seguía despertando en mí las mismas sensaciones que cuando la vi por primera vez: parecía más una fortaleza que una residencia de campo, con sus gruesas paredes, sus escasas y estrechas ventanas y su puerta principal claveteada de metal. En nada recordaba a las alegres fincas del sur, con sus muros blancos y sus puertas abiertas hacia la claridad del día; en aquella casa, todo era sobrio y funcional, diseñado con un objetivo claro: diferenciar al que mandaba en aquel lugar del resto de los habitantes, la escoria, como solía llamarlos Elpidio.

En principio, su forma de tratarlos conseguía mantenerlos temerosos y sumisos, pero, vista la tensión que se respiraba, las precauciones tomadas para defenderse de ellos si llegara a prender la chispa de la rebelión tampoco me parecían exageradas. En otros lugares esas mismas defensas habrían servido para que los habitantes de la finca durmieran tranquilos, sabiendo que en el caso de que se produjera un ataque de guerreros o salteadores, los sólidos muros servirían para desalentarlos o rechazarlos, y que incluso en la peor de las circunstancias tendrían en el edificio principal un último refugio donde resguardarse. Pero en aquella finca no dudaba que de darse la situación el administrador prefiriera parapetarse en el más seguro de los edificios, dejando a sus siervos y trabajadores a merced de los asaltantes y confiando en que estos saciaran su sed de pillaje en sus cabañas y renunciaran a objetivos más ambiciosos. Podía imaginarme perfectamente a Elpidio ignorando las llamadas de auxilio de los suyos, encerrado entre aquellas cuatro paredes. Sinceramente, esperaba que nunca se vieran obligados a hacer frente a un reto de esa índole, lo cual no me parecía descabellado dada la situación de inestabilidad de la región, pues a pesar de las considerables defensas con las que contaba la finca, las únicas precauciones que parecía estar dispuesto a tomar el administrador eran las relativas a protegerse a sí mismo y a sus posesiones.

Perdido en aquellos sombríos pensamientos, noté un escalofrío recorrer mi espalda. El sudor iba secándose en mi camisola, y el frescor reinante en el interior de aquellos muros me hizo sentir incómodamente destemplado. Advertimos de nuestra llegada a uno de los sirvientes con el que nos cruzamos, que corrió a informar a Elpidio, pero este no parecía tener prisa alguna por recibirnos. A cada minuto que pasaba, mientras sentía el frío calar en mis articulaciones, aumentaba mi mal humor.

—Apuesto a que el siempre hospitalario Elpidio nos hace esperar adrede en medio de estas jodidas corrientes de aire a ver si pillamos un buen resfriado y se libra pronto de nosotros... —protestó Mario, tras un sonoro estornudo.

Ya debíamos de haber recorrido una buena distancia a base de caminar de una esquina a otra de la minúscula habitación, cuando llegó por fin el sujeto acompañado de uno de sus hombres de confianza. Traía una enorme sonrisa dibujada en su cara, que contrastaba con el brillo calculador de sus ojos de reptil. En cuanto nos vio, apretó el paso, dirigiéndose hacia mí con los brazos abiertos. A Mario únicamente le dedicó una mirada de soslayo y un breve parpadeo a modo de saludo; después de todo, no era más que un esclavo, aunque la cercanía de que disfrutaba con Cayo le obligaba, si no a tratarlo con cortesía, sí por lo menos a dejarlo en paz.

—¡Dios misericordioso! Qué agradable sorpresa; en un primer momento ni siquiera me atreví a dar crédito al desdichado que me trajo la noticia.

Apenas gruñí un saludo; él, sin hacer caso a mi hosquedad, continuó hablando.

—Si el amo Cayo nos hubiera informado de vuestro feliz regreso, habría preparado una recepción digna. Pero debéis de haber venido más rápido que el mensajero...

Dirigió a Mario una mirada de soslayo, haciéndome ver que había reparado en que la presencia del hispano implicaba que había pasado por Lucus antes de dirigirme a la finca.

Traté de llenarme de paciencia, pues me esperaban largos días de convivencia con él entre aquellos muros.

—Llegamos a Lucus hace tan solo un par de días, y desde allí nos hemos puesto en marcha por orden de Cayo. Así que somos a la vez los mensajeros y el mensaje —aclaré.

—Bien, bien... Pero, por favor, ¡no estéis de pie! Encima con este calor, que agota a los hombres y a las bestias. Acompañadme y compartiremos un refrigerio mientras me ponéis al día de vuestros pasos en el oeste.

La mirada suspicaz que me dirigió no contribuyó a tranquilizarme. ¿Cuánto sabría sobre nuestro viaje? Tendría que tener cuidado y medir mis palabras para no delatarme. Tampoco su propuesta mejoró mi humor: ¿un refrigerio contra el calor? Ya querría ver yo a ese cabrón esperando de pie en aquella estancia plagada de corrientes mientras el sudor se secaba sobre su cuerpo...

El administrador nos indicó que lo siguiéramos y recorrió los pasillos a paso vivo repartiendo órdenes a todo el que se cruzaba con nosotros. Nos llevó hasta el *triclinium*, su estancia preferida, donde suponía que se sentía como si fuera el único señor del lugar. Nos señaló con gesto afectado sendos taburetes, y él mismo se repantigó cómodamente en un enorme *triclinio*. Enseguida dos jóvenes esclavas trajeron vino, queso y frutos secos. Elpidio paladeó un largo trago antes de concentrarse en su interrogatorio.

—Contadme entonces vuestras aventuras en las tierras de los astures. Siempre me ha maravillado que, estando tan cerca, sepamos tan poco sobre ellos. Son gente muy reservada. ¿Qué tal os han tratado a vosotros?

Repetí con desgana la historia acordada, estudiando disimuladamente el rostro de mi

interlocutor para ver cómo reaccionaba ante mis mentiras. No sé si llegó a creerse la historia, pero al menos no hizo ningún comentario al respecto. Hilvané un relato deliberadamente soporífero, lleno de detalles sin importancia a los que di vueltas una y otra vez, aprovechando lo que me contara el bueno de Medulio en su momento aderezado con elucubraciones de mi propia cosecha, para dar a entender que aquellas agrestes tierras guardaban ya pocos secretos para nosotros. Me divertí a conciencia desgranando una increíble historia sobre la ocasión en la que me había visto obligado a luchar a pecho descubierto con un enorme oso a la orilla de un bello lago entre las montañas; todavía recuerdo la cara de Elpidio al escucharme describir al animal, una masa de pelo y músculo que me hacía parecer un niño de pecho ante él. Si Ibbas lo oyera reiría a carcajadas, porque me había basado en nuestro primer encuentro para inventarme la historia. No era un mal punto de partida: el godo era quizá un poco menos peludo, pero igual de salvaje.

Cuando por fin guardé silencio, el administrador intervino con gesto grave.

—Reconozco que empezábamos a estar nerviosos por vuestra suerte. Siempre que he enviado noticias a la ciudad, he pedido a los mensajeros que preguntaran a su vez por vosotros. ¿Está bien el noble Marco Vipsanio Celer?

—El muchacho es más duro que una roca e inteligente como pocos de los que he conocido; Cayo da gracias por contar con él en estos momentos.

—Entonces ¿habéis venido a retomar vuestra labor con la manada?

—Cayo insistió en que era necesario mi concurso aquí —asentí—. Debemos amortizar nuestro viaje aplicando en la finca todo lo que hemos aprendido.

—Venís como caídos del cielo —apuntó en un tono plañidero que me desconcertó—. Hemos pasado el peor invierno que recuerdo desde hace muchísimos años. Rezábamos por que trajerais nuevos ejemplares; pero aunque no haya podido ser así, Hixinio saltará de alegría en cuanto sepa que al menos ahora puede descargar parte de sus responsabilidades en ti.

—¿Y qué es lo que ha pasado? —Fruncí el ceño, recordando el escaso número de caballos que había en el establo.

—La mitad del almacén se inundó durante el invierno y perdimos gran parte de la cosecha; a partir de ahí, todo se complicó. Hemos podido seguir hacia delante con mucho sufrimiento, gastando una buena cantidad de los ahorros en adquirir nueva simiente. Esperamos recoger la cosecha en los próximos meses, si este calor del demonio no la quema en los campos antes de que llegue el momento de la siega.

—¿Y en qué ha afectado eso a los caballos? —pregunté secamente, interrumpiendo las excusas del administrador.

—Por desgracia, fueron los primeros en sufrir por el rigor del invierno. Muchos murieron, víctimas de una extraña enfermedad. Te aseguro que no rebajamos sus raciones. —Estaba dispuesto a creer eso: suponía que los labriegos habrían sido los primeros en padecer las restricciones, porque los caballos eran valiosas propiedades para Cayo, mientras que ellos eran simple mano de obra, prescindible a ojos del administrador—. Pero, aun así, continuaron cayendo uno tras otro, hasta que la llegada de la primavera puso fin a semejante tragedia. No seas duro con Hixinio: te aseguro que ha sufrido mucho. Ha estado irreconocible durante meses, como si la muerte de cada animal le doliera más que la de un hijo propio.

—¿Enfermedad? ¿Qué enfermedad? ¿Puedes describirme los síntomas?

—Hixinio es el que conoce los detalles. Yo me limito a anotar los animales fallecidos, los recursos empleados y el resultado de las cosechas. Es una finca muy grande, no puedo ocuparme

de todo personalmente.

—¿Cuántos animales se perdieron? ¿Cuántos han sobrevivido?

—Hixinio te lo mostrará —reiteró, aunque él mismo acabara de decirme que disponía de la información.

Supuse que me aguardaban malas noticias y que Elpidio, a pesar de su falsa preocupación por el estado anímico del capataz, prefería que fuera él el que se enfrentara a mi disgusto.

—¡Mierda! —mascullé para mis adentros.

No me podía creer que en el tiempo que habíamos pasado fuera todo el trabajo que habíamos hecho con la manada se hubiera perdido y nos hubiéramos quedado con unos pocos ejemplares enfermizos y enflaquecidos. Todo aquello no estaba ayudando precisamente a que me calmara.

—¡Menos mal que vosotros traéis esperanza! Dios aprieta, pero no ahoga. —Acabó la frase entrecerrando los ojos, como la serpiente que era—. Dejo a tu criterio lo que consideres que debes comunicarle a Cayo —continuó—. Nada le he ocultado, pero tampoco he querido añadir más peso a su alma, ya castigada por los largos meses de ausencia de su querido sobrino, que nos hicieron temer lo peor.

Recordé la preocupación de Cayo por la escasa concreción de los informes que le llegaban desde la finca. Elpidio debía de estar sonriéndose interiormente con la idea de que fuera yo el que transmitiera las malas noticias. Él, evidentemente, no se sentía responsable en absoluto, y confiaba en que compartiéramos las culpas Hixinio y yo. Decidí darle un motivo para preocuparse.

—Habrá que ver lo que se puede hacer, pero desde luego no será a corto plazo si es tan grave como dices... Creo que me quedaré el tiempo que sea necesario para poder llevar mejores noticias a Cayo —remarqué, observando divertido cómo se atragantaba con un sorbo de vino.

—¿De veras crees que es necesario, Attax? Estoy seguro de que Cayo te necesitará en Lucus; puedes dejar tus órdenes con la tranquilidad de que serán cumplidas fielmente, al menos por lo que a mí respecta. ¿No confías acaso en el trabajo de Hixinio? —dijo para hacerme cambiar de idea.

Negué con la cabeza.

—Confío en Hixinio, pero tú mismo has dicho que la situación es comprometida. Y Cayo es el primer interesado en que las perspectivas mejoren, ya que estamos hablando de su patrimonio, ¿no te parece?

—Los deseos del amo Cayo son los míos —claudicó servilmente.

Me levanté, haciéndole una señal para que no se molestara en hacer lo propio.

—No queremos quitarte más tiempo, Elpidio. Ya te hemos entretenido bastante, y nosotros también tenemos mucho que hacer. Te agradecería que localizaras a Hixinio; en una hora espero verlo en el establo.

—Como gustes, Attax. Será avisado al momento.

—Bien, pues que le informen además de que he vuelto para quedarme, y de que a partir de ahora solo saldrá del establo para dormir. Estamos en una situación crítica y debemos sobreponernos en el menor tiempo posible.

No pasamos mucho tiempo en la casa; bastante me había ya desasosegado la reunión con Elpidio para seguir perdiendo el tiempo allí dentro. Después de tomar posesión de la sencilla habitación que solía ocupar en mis visitas, cambié mis ropas de viaje, sucias de tierra y humedecidas por el sudor que se había enfriado sobre mi cuerpo, por una muda limpia. Mario se perdió por los pasillos para dejar también sus pertenencias en el lugar donde pensara pasar la

noche, y supuse que también para recoger un beso de bienvenida de su cocinera. Le pregunté si prefería dejar a mi cargo el largo puñal que solía portar, y me miró sorprendido; pocos sabían de esa costumbre del hispano, pero yo lo conocía lo suficiente para saber que la arruga que se marcaba en su cadera derecha no era un simple pliegue de la capa. Se encogió de hombros y me aseguró que preferiría dormir al raso que en aquella casa sin su puñal a mano.

Cerré la puerta con una mano mientras con la otra desataba los nudos de mi camisola, sin dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿Una extraña enfermedad? ¿Qué extraña enfermedad podía haber acabado con más de la mitad de los animales de la manada? Por mucho que Elpidio me lo vistiera con eufemismos, estaba seguro de que Cayo no tenía el más mínimo conocimiento de aquello, pues en otro caso me lo habría advertido. Su actitud me causaba cierta extrañeza; si todo había sucedido tal y como me lo había explicado, pocas cuentas habría podido pedirle el comerciante. Y dado que mi impresión desde hacía ya bastante tiempo era que el administrador consideraba la cría de caballos como una actividad que le causaba más problemas que otra cosa —dado que los éxitos que reportaba no se los podía apuntar personalmente—, no entendía por qué no había aprovechado la oportunidad de relegarla definitivamente. Además, si Cayo daba por fracasado el negocio de los caballos, Elpidio se libraría de volver a tener que soportar mi presencia en sus dominios, una vez desaparecido mi único cometido en el lugar. Entonces ¿por qué no había utilizado lo sucedido en su beneficio?

Cuando Mario pasó a buscarme para dirigirnos de nuevo hacia el establo, todavía se reflejaba el mal humor en mi rostro. El hispano me siguió en silencio unos pocos pasos por detrás de mí. En nuestro recorrido pasamos entre las cabañas de los lugareños; en muchas de ellas resplandecía tenuemente el fuego de los hogares, sobre los que imaginé calderos borboteantes repletos de guisos más profusos en imaginación que en alimento. Por su parte, los guardias de Elpidio holgazaneaban ostensiblemente en la muralla. Busqué con la mirada, por mera curiosidad, al que nos había recibido en la puerta; aún escrutaba las formas en la lejanía cuando me sorprendió un contacto en la rodilla. Bajé la vista, extrañado, y me encontré con un crío de pelo sucio y alborotado que se aferraba fuertemente a mí mientras me estudiaba con los ojos muy abiertos. Mario, igual de sorprendido que yo, se apresuró a agacharse frente al pequeño, tironeando de su manga para que me soltara, a la vez que me dirigía una mirada cautelosa. Yo me encogí de hombros, algo molesto por que el hispano temiera una reacción brusca por mi parte; no entendía aquella reputación de monstruo devorador de niños, yo que rescataba huérfanos de entre las ruinas de edificios humeantes...

Mientras aguardaba estoicamente a que Mario convenciera al chaval de que me soltara, salió corriendo desde una de las casuchas cercanas una mujer que debía de ser su madre, que se apresuró a aferrar al chiquillo por la cintura sin muchos miramientos para apartarlo cuanto antes de mí. Girándose, lo protegió con su cuerpo mientras se inclinaba servilmente a mis pies, como esperando que me contentase con golpearla a ella y dejara a su hijo en paz. La actitud de la mujer me resultó aterradora; supuse que era una muestra más de la sumisión que reclamaba Elpidio.

—Tranquila, mujer, no pasa nada. Tienes un muchacho fuerte para lo pequeño que es.

Ella se quedó allí en la misma posición, todavía esperando su castigo, hasta que continué, impaciente.

—Entra en la casa, no hace falta que te quedes ahí toda la tarde.

De repente se oyó la voz aguda del niño.

—¡Mamá, es el que salvó al chico de la jaula!

La mujer lo mandó callar propinándole una buena sacudida, y para mi disgusto volvió a

inclinarse ante mí.

—Gracias, amo. Le prometo que esto no volverá a ocurrir.

—No soy tu amo, y aquí no ha pasado nada —dije, a punto de perder la paciencia—. Entrad de una vez en la casa, antes de que reparen en vosotros los de la muralla, ¡vamos!

Esa era la clase de orden que aquellos pobres desgraciados entendían, porque la mujer enseguida alzó al niño en brazos y salió corriendo hacia el grupo de casuchas que quedaba a mi izquierda.

Maldito Elpidio, ¿qué podía esperar que hiciera con los animales, si trataba así a su propia gente? Y encima, lo que me faltaba: que me reconocieran como Attax el generoso, Attax el salvador de esclavos. Ni tanto ni tan poco. Definitivamente, mi estancia allí no sería tan tranquila como ilusoriamente había esperado al partir de Lucus.

Cuando llegamos al establo, Hixinio ya se encontraba allí, sudoroso y con la ropa manchada tras lo que parecía una dura jornada de trabajo. Al verme aparecer, su rostro reflejó emociones encontradas, entre las que distinguí al menos alivio, temor y una chispa de culpabilidad, quizá vergüenza, que achaqué a su preocupación por las noticias que tendría que comunicarme.

—Saludos, Hixinio —le dije mientras apartaba de una patada una piedra que estaba en el camino.

— ¡Alabado sea Dios! Entonces es cierto que estás aquí. —Alzó sus ojos al cielo—. Attax... me alegra mucho que hayas regresado.

—Claro que estoy aquí, ¿qué esperabas? —farfullé, aunque en el fondo agradecía la alegría sincera que traslucían sus palabras.

—Por favor, no le digas que lo has sabido por mí, pero Elpidio difundió hace ya varias lunas la triste noticia de vuestra muerte. —Me miró con ojos suplicantes.

Enarqué las cejas, sorprendido; aunque pensándolo bien, probablemente hubiera utilizado tal argumento para convencer a Hixinio de que contraviniera mis órdenes y le permitiera volver a llenar el establo de trastos. Pues vaya que me alegraba de que tuviera que tragarse sus palabras. Traté de relajar mi agria expresión.

—Disculpa mi rudeza, Hixinio. Debería comenzar diciéndote que estoy muy contento de volver a verte, pero hoy no he recibido precisamente buenas noticias, y lo que necesito ahora mismo son algunas respuestas.

—He hecho todo lo que he podido, Attax, pero me temo que no ha sido suficiente. Elpidio ya te habrá contado lo sucedido. —El hispano se frotaba las manos nerviosamente, con la mirada fija en el suelo.

—Elpidio ha siseado y me ha contado lo que cuentan las serpientes, pero ahora necesito que un hombre me explique con claridad qué demonios está pasando aquí. —Acompañé mis palabras de un gesto para que saliéramos del establo y paseáramos por los alrededores, para no hablar cerca de su ayudante, que se encontraba en el interior terminando la jornada de trabajo. A cierta distancia, atento a todos nuestros gestos, Mario nos seguía silbando tranquilamente.

Lo abordé sin más dilación, manteniéndome lo más calmado que pude, consciente de que, en el fondo, el pobre capataz no tenía la culpa de lo sucedido. Sería que la edad me había vuelto más sabio, o tal vez más crédulo, pero me parecía leerlo en sus ojos esquivos.

—¿Qué ha pasado, Hixinio? ¿Es cierto que se ha perdido la mitad de la manada?

La cara del capataz se contrajo en una mueca de dolor, y el hombre se apoyó en uno de los maderos antes de contestar lentamente.

—El invierno ha sido el más duro que recuerdo desde que era niño.

—¿El invierno? ¡Esos animales son los más resistentes que conozco, joder! ¡Viven en las montañas salvajes! ¿Sabes el frío que hace en esos parajes? ¡Ni siquiera una refriega contra los suevos habría justificado que murieran tantos!

Hixinio me miró de frente por primera vez, paralizado por el miedo.

—Por favor, Attax, no informes de esto al amo Cayo. Sé que sería de justicia, pero prometo que trabajaré de sol a sol hasta que recuperemos lo perdido. ¡Dame una oportunidad!

—Si ha sido ineptitud de Elpidio, Cayo debe saberlo —dije muy serio.

—Sabes de sobra que esto no funciona así. Si hay que buscar culpables, el que caiga seré yo, nunca Elpidio.

Se sentó sobre una roca con gesto desconsolado.

—Explícame qué ha pasado exactamente, y yo decidiré qué se hará al respecto.

El hispano, atribulado, me contó de forma sucinta la misma versión que me había anticipado su superior. Nada fuera de lo común, salvo el rigor del invierno y la falta de una alimentación adecuada. Desde mi punto de vista, algo totalmente insuficiente para haberse llevado de este mundo a seis buenos potrillos y otros tantos caballos. Hixinio parecía sufrir de veras; dejaba frases a medias, repetía sin cesar los mismos argumentos. Me recordó a mí mismo tratando de aburrir a Elpidio para que no reparase en mis mentiras sobre el viaje que habíamos emprendido. Estaba seguro de que me ocultaba algo —probablemente, las absurdas disposiciones que el administrador le habría hecho cumplir—, pero el miedo que este le inspiraba debía de superar con creces su fidelidad hacia mí. Quizá fuera incluso mejor que no supiera los detalles, puesto que yo tampoco estaba seguro de poder mantener la calma si Hixinio me confirmaba que la negligencia del administrador era la causante de aquel desaguisado. Y sabía que Elpidio no perdonaría que el capataz se fuera de la lengua si con eso lo dejaba en mal lugar.

—¿Y las yeguas, Hixinio? —pregunté, interrumpiendo su balbuceante relato—. ¿Ninguna de ellas contrajo la enfermedad?

—Attax, sabes que son las más resistentes y las que más cuidamos. Al menos las tenemos para poder hacer las montas y obtener nuevas crías. Verás como este verano tendremos una buena camada de potros, ¡varias de ellas ya están preñadas!

—Eso no lo dudo, pero no me gusta. ¡No puedo faltar un invierno y que suceda esto!

—Lo siento, Attax —dijo el capataz, cabizbajo.

—Ya no hay penas que valgan. Pero a partir de hoy tú serás el responsable de lo que suceda, porque yo estaré a tu lado cada día. Si es necesario, pasaré aquí todo el verano.

Un gesto de alivio suavizó el ceño del hispano.

—No te fallaré, Attax.

—Lo sé, porque no tienes otra opción.

Todo aquello resultaba muy extraño, pero era la única versión de la que disponía. Cierto era que ambos coincidían, pero la poca credibilidad que estaba dispuesto a otorgar a cualquier cosa que saliera de la ponzoñosa boca de Elpidio y la expresión asustadiza de Hixinio al ratificar la historia me hacían desconfiar de su veracidad. Ya cuando lo había conocido me había parecido totalmente atemorizado por el administrador,y si este se había ocupado de informarle de nuestra trágica muerte, no debía de haberle costado demasiado volver a echar sus redes sobre el capataz. Solo en aquella finca, y convencido de que no volvería a contar con mi apoyo, habría sido fácil acobardarlo. Tendría que poner solución a aquello cuanto antes, y hacer ver a Hixinio que volvía con intención de retomar mis labores enseguida y que tendría que darme cuentas también a mí en los años venideros. Podía perdonar un error, e incluso su flaqueza al doblegarse ante Elpidio,

pero no la infidelidad ni la ineptitud, y el hispano aún debía demostrarme que no había habido rastro ni de la una ni de la otra.

Al percibir el agobio reflejado en sus ojos, me di cuenta de que me esperaba un verano muy duro. Aunque había llegado a la finca buscando una excusa para estar a mi aire y ocuparme de mis asuntos con libertad, lo cierto era que mi intervención se había revelado ciertamente necesaria: todo en ese lugar clamaba por que alguien pusiera orden y opusiera algo de sentido común a la actitud despótica de Elpidio. Así que dispondría de menos tiempo para mí de lo que esperaba en un principio, pero tendría que ser suficiente. Y si debía comenzar el otoño en la finca y regresar a Lucus ya con las primeras nieves, lo haría, pues tampoco pensaba marcharme sin haber obtenido las respuestas que había ido a buscar. Así que Elpidio tendría que hacerse a la idea de que le había salido un molesto sarpullido en el culo.

Más animado, me levanté y di un par de palmadas tranquilizadoras en el hombro al capataz. Luego me giré hacia donde esperaba Mario.

—¡Amigo, estás de enhorabuena! Me parece que tendrás varias lunas para saborear ese guiso que tanto te gusta. Y ahora, ¡pongámonos a trabajar!

VII

Como le había asegurado al administrador, esos días vivimos por y para los caballos. No pensaba dejar nada al azar, así que incluso solicité a Elpidio que se abasteciera de más grano en los pueblos vecinos para hacer frente a los problemas que pudieran presentarse en las lunas siguientes. No protestó, por lo que asumí que realmente estaba preocupado por la situación que se había dado en la finca.

Pasamos semanas trabajando duro, de sol a sol, sin importarnos el calor ni la sed, o tal vez debería decir tratando de ignorarlos a duras penas. Aunque no había animales suficientes para mantener atareados a cuatro hombres, decidí aprovechar el tiempo en ocuparnos de que el establo y los alrededores quedaran aptos para cuando aumentara el tamaño de la manada. Esperaba recuperar cuanto antes el número de ejemplares con los que contábamos antes de mi partida, o incluso superarlo; si era necesario, estaba dispuesto a hacer una excursión, esa vez sí, a las montañas astures para adquirir —o robar— unos cuantos. Mario, ajeno a la rutina con los animales, ayudó en lo posible convirtiéndose en nuestro carpintero particular. Nos volcamos de tal manera en el trabajo que conseguí olvidarme por momentos de mi propia desazón, aunque por las noches, cuando trataba de conciliar el sueño tras un nuevo día agotador, los recuerdos y las dudas volvían a asaltarme.

Nos reuníamos en el establo antes de que saliera el sol para alimentar y abrevar a los animales, y más tarde aprovechábamos las primeras horas de la mañana para llevarlos hasta el vallado. Cuando el sol comenzaba a apretar, los llevábamos de vuelta al establo, los cepillábamos y atendíamos cualquier pequeña herida que presentaran. En esos momentos, contábamos apenas con siete yeguas, dos de ellas preñadas, dos machos únicamente y cuatro potrillos que habían sobrevivido al invierno. Ese año a Cayo no le sería posible hacer negocio, pues no podíamos permitirnos desprendernos de ninguno hasta que la situación no mejorase. Pensé que resultaría preferible transmitirle las nuevas cuando estas fueran algo menos negativas; no deseaba que el viejo comerciante se replanteara la rentabilidad de su especializada cría, pues siempre resulta más fácil producir cereal, madera, cerveza e incluso lana de sus ovejas que los costosos y delicados caballos, y eso era algo que Elpidio podía explotar a su favor.

Hixinio trabajó muy duro, aún más de lo que me había demostrado que era capaz durante los años que había contado con él como capataz de la finca. Apenas tuve que dirigir sus pasos, porque él ya sabía cómo llevar la manada casi tan bien como yo mismo. Viendo su sacrificado empeño, parecía que realmente apreciara más la vida de cada animal que la suya propia. Cada vez entendía menos cómo era posible que se hubieran perdido tantos ejemplares, si acaso Elpidio le había permitido volcarse de esa manera. Algo inusual debía de haber sucedido, de eso no me cabía duda.

Después del ajetreo del día, cuando a última hora la tarde refrescaba y nos daba un respiro, dejaba a Hixinio en el establo y elegía uno de los mejores caballos para recorrer los alrededores. Disponía de poco tiempo antes de que la puerta de la finca se cerrara, pero era el único momento que podía reservarme exclusivamente para mí durante esas primeras semanas. Regresaba antes

de anochecer, saludando alegremente a los guardas que volvían a abrirme el portón con desgana. Mis paseos poco me revelaron; sin embargo, al menos me permitían disfrutar de la agradable sensación de libertad que proporciona una buena galopada. Después dejaba al noble animal bajo los cuidados del mozo, encargándole que lo tratara con mimo.

Cuando ya el mes de julio había llegado a su fin empecé a ver la situación con algo más de optimismo. Si bien era imposible reconducirla en tan breve tiempo, el estar yo mismo al mando y poder contar con la dedicación incondicional de los demás, me permitía estar un poco más tranquilo. Por fin había llegado el momento de ocuparme de mis propios asuntos, que durante tantos días había tenido que dejar de lado.

Las veces que había tratado de abordar a Hixinio para preguntarle sobre la situación de la comarca había obtenido apenas algunas evasivas, acompañadas de miradas asustadas por encima del hombro para comprobar que nadie escuchaba nuestras palabras y seguidas de un rápido cambio de tema. El capataz era un hombre sencillo, preocupado sobre todo por lo que acaecía dentro de los muros de la propiedad, pero su actitud me convenció de que, de alguna manera, sabía más de lo que contaba. Un día, cuando todavía estaba ocupado en el establo, le indiqué que dejara su labor, alegando que hacía demasiado calor para continuar, y le pedí que me acompañara en mi paseo vespertino. Pese a ser un excelente criador y un notable adiestrador, Hixinio nunca fue un gran jinete; al escuchar mi propuesta me miró con reserva.

—Te aseguro que no correremos —le prometí—. Solo pretendo salir de estos deprimentes muros durante unas horas; verás como nos viene bien a los dos, y no solo a los caballos.

Se encogió de hombros y ensilló dos monturas. Yo me ocupé de cargar las alforjas con los fardos que Mario había preparado siguiendo mis instrucciones, que contenían algo de comida y mantas para pasar la noche. Quería tener tiempo para hablar con el capataz lejos de oídos indiscretos, y sabiendo que no aprobaría mis planes, decidí no ser del todo sincero. Mario pasaría esa noche en el establo, al menos hasta nuestro regreso, idea que no le desagradó, porque por un lado yo ya era lo suficientemente mayor para cuidarme solo, y por otro así él dispondría de la intimidad y el tiempo necesarios para agradecer a su cocinera sus habilidades culinarias.

Cuando salimos, los guardas nos escrutaron con extrañeza; aunque ya se habían habituado a mis idas y venidas, hasta ese día nunca había salido acompañado, y sin duda antes habrían esperado ver junto a mí al fornido Mario que al asustado Hixinio, que se aferraba a las riendas con nerviosismo. Vi por el rabillo del ojo que uno de ellos caminaba raudo hacia la casa principal, a informar a su amo. Cabalgamos pausadamente hasta alejarnos un buen trecho de la muralla, hasta que ya apenas podíamos distinguir las figuras de los guardas recortadas sobre ella. Allí dejé correr un poco más a mi caballo, pese a las quejas de Hixinio, que trataba de seguirme como podía maldiciendo sin cesar. Respiré profundamente, disfrutando de la sensación de libertad que me proporcionaba alejarme de los grises muros sobre aquel musculoso animal que sentía que podía llevarme hasta donde le pidiera, y luego lo refrené a regañadientes para volver junto al apurado Hixinio, que me recibió con una mirada torva que fue relajándose poco a poco a medida que continuamos, ya al trote, por la llanura. Al poco rato incluso se atrevió a acelerar el paso conmigo, hasta que nos detuvimos al alcanzar la pequeña loma arbolada en la que Mario y yo habíamos parado el día de nuestra llegada. Cuando el capataz se colocó a mi lado, me pareció que la tranquilidad de su semblante lo hacía parecer más joven. Desmontamos y miramos hacia la lejana finca.

—¡Este es el mejor lugar de la finca! —exclamé, estirando los brazos y palmeando por último el cuello de mi montura—. Quitando el establo, claro está.

Hixinio sonrió levemente, aunque me dio la impresión de que, una vez que nos habíamos detenido, una sombra de precavida reserva había vuelto a dominar su mirada.

—¿No deberíamos volver ya? —propuso con timidez.

—Antes charlemos un rato —respondí, sacando de las alforjas un pellejo de vino que hizo que su mirada se iluminara por un momento.

—Attax, no me gustaría tener que cabalgar de vuelta cuando ya no haya luz... —insistió, aunque con menos convicción.

—Por si fuera necesario, ¿conoces algún lugar cercano donde resguardarnos para pasar la noche? Lo cierto es que ahora me apetece más una buena lumbre para compartir este vino que regresar a mi fría habitación en la casa.

—A mí también me gustaría, pero quizá echaríamos en falta un par de buenas mantas.

Palmeé mis alforjas con una sonrisa cómplice.

—Por lo que he visto, Mario ha pensado en todo al preparar las alforjas. Te sorprendería lo que puedes llegar a encontrar en ellas.

Hixinio parecía entre esperanzado y dubitativo. Por fin se decidió a hablar.

—Hay una vieja estructura abandonada a poco más de una hora de marcha hacia el suroeste, algo alejada del camino principal. Pero... ¿no se preocupará Elpidio si no estamos de regreso antes de que cierren las puertas?

—Precisamente quiero hablar contigo de algo que Elpidio no debe escuchar. Así que si se pone nervioso por nuestra salida, que se joda. Ya regresaremos cuando nos dé la gana; él no es nadie para pedirme cuentas, yo solo respondo ante Cayo.

—Attax, por favor, no me busques más problemas —protestó él, a la defensiva—. Poco más puedo contarte que lo que ya te he dicho.

—No te preocupes. No quiero seguir hablando sobre lo ocurrido este invierno. Ya estoy más tranquilo: si ambos decís que eso es lo que ha pasado, pues lo asumiré; aunque me extraña que algo así haya podido sucederte a ti.

Por un momento me pareció que iba a derrumbarse y a explicar algo interesante. Pero en el último momento se lo pensó mejor, tragó saliva y se limitó a agachar la cabeza.

—No pude hacer nada para evitarlo, Attax. Te lo prometo.

—De acuerdo, de acuerdo —respondí, tratando de no perder la calma—. Ya te he dicho que no es ese el tema que quiero tratar. Pero lo que sí me gustaría es estar a cubierto antes del anochecer, así que dejémonos de tanta charla y pongámonos en marcha.

El gesto de Hixinio se relajó; asintió, montó en su caballo y lo puso al trote indicándome que lo siguiera. Yo, al fin tranquilo tras haberme salido con la mía, dejé que se adelantara un poco antes de talonear a mi montura para ponerme a su lado. Como me había asegurado, tardamos poco más de una hora en llegar a aquel lugar, resguardado de miradas indiscretas por un denso bosquecillo de pinos que lo rodeaba en su totalidad. Supuse que solo debían de conocer su existencia las gentes de la comarca, como el propio capataz, y no era de extrañar. Desde que abandonamos el camino principal, transitamos por sendas cada vez más estrechas e invadidas por la vegetación, hasta que tuvimos que ralentizar el ritmo y adoptar un aburrido y cansino trote. Llegué a temer que nos perdiéramos en medio de aquellos intrincados —y en algunos tramos prácticamente inexistentes— senderos, y que acabáramos dando vueltas sin sentido en la oscuridad, pero Hixinio conocía bien el lugar y supo guiarme tras apenas algunas inquietantes vacilaciones. Cuando por fin tuvimos a la vista un área más despejada en la que se erguían los deteriorados muros del edificio abandonado, suspiré tranquilo. El lugar me agradó: estaba

bastante más cerca de la finca de lo que había pensado al principio, pero gracias a la dificultad que entrañaba el enrevesado camino que guiaba hasta él, la tranquilidad parecía garantizada.

Eché un vistazo a aquellos muros teñidos de musgo que conformaban una estructura de tamaño respetable: cada vez eran más las antiguas casonas que quedaban abandonadas en muchos puntos de la región. La inseguridad ante los ataques, los elevados costes de mantener las vetustas edificaciones o la dificultad para conseguir mano de obra que mantuviera las fincas en producción eran algunas de las causas más comunes para que los propietarios decidieran abandonarlas buscando lugares mejor defendidos o incluso para trasladarse a los núcleos urbanos. Los viejos edificios, hasta heredados de generación en generación, quedaban entonces como meros refugios para las alimañas o, con el tiempo, eran ocupados por los pueblos invasores, al igual que sucedía con las antiguas estructuras defensivas construidas en el periodo de las águilas, como habíamos comprobado durante la campaña con los godos el año anterior.

En una época como aquella, en los lugares alejados de las escasas ciudades que aún mantenían milicias ciudadanas, nadie podía esperar que la antigua ley que trajeran consigo los romanos siglos atrás continuara observándose. A menos, claro, que esa ley la dictara el acero; y pocos eran los terratenientes con los arrestos y los hombres necesarios para convertirse en dueños de su propio destino.

En ese caso, el lugar parecía completamente abandonado, y la vegetación y los insectos habían ganado la batalla por su dominio. Los antiguos muros de piedra mostraban un color tan verde como el del bosque que los rodeaba. Pasando la mano por ellos, noté el frescor de las gotas de agua al escurrirse entre las yemas de mis dedos. Verdes y húmedos. Si lucían así durante la estación cálida, me pregunté qué aspecto tendrían en invierno, cuando el frío, la lluvia y la nieve se adueñaran de toda la región.

Pese a lo caluroso que había sido el día, sentí frío de repente y me quedé pensando en que cambiaría cada soplo de ese viento húmedo que me azotaba la cara por los cálidos rayos de sol que bañaban mi cuerpo en la hacienda de Balbo en mi juventud. Aunque después de tantos años, seguro que entonces, viejo y cascarrabias como me sentía, también me habría quejado sin cesar del agobiante calor que una tarde tras otra reinaba en la campiña de la Baetica.

La construcción, aunque en sus orígenes bien podía haber sido una villa, probablemente se había convertido con el tiempo en un almacén para madera u otros recursos que ofreciera el bosquete que la rodeaba. La madera de aquellos grandes árboles era muy apreciada en la zona, y la mayoría de los vallados de la finca de Cayo estaban fabricados de ese material. Mientras la explotación estuvo en funcionamiento, los trabajos realizados por los esclavos y operarios habrían mantenido el bosque a raya, pero tras su abandono, este había vuelto a tomar posesión de su ancestral territorio. De la estructura original de piedra grisácea que se dejaba entrever en medio de la maleza, quedaba poco más que la base cubierta de musgo, salvo en uno de los extremos, donde se conservaban, en milagroso equilibrio, las paredes de un segundo piso y parte de un sencillo tejado de pizarra, que cubría casi en su totalidad la más alejada de las estancias, y a medias aquella en la que nos encontrábamos. Con la humedad que se respiraba en el ambiente no habría apostado un denario mellado por encontrar aquel techo en pie: al acercarme comprobé que alguien se había ocupado de realizar algunas toscas reparaciones. No era un mal lugar, pensé más animado. Siempre era mejor que dormir al raso, y desde luego allí podíamos estar seguros de que nadie nos molestaría.

—Bonito lugar —dije a Hixinio cuando este ya se encontraba atando su caballo a uno de los árboles cercanos.

—Bonito y solitario —respondió, tomando el mío de las riendas para hacer lo propio.

—Y húmedo, por demás —añadí poniendo pie a tierra.

—En días como hoy se agradece, ¡no me vendrás a decir que preferirías estar al sol!

—No... pero sí que vamos a necesitar las mantas de las que hablábamos, porque me da que esta noche pasaremos frío, para variar un poco.

Él sonrió, probablemente pensando que por mucho que me quejara, era de los más afortunados de la finca al disponer de aquella habitación para mí solo, por oscura y austera que resultara. El resto de los habitantes del lugar no podían aspirar a tales lujos. Reparar en mi propia debilidad me hizo sentir mal; tanto tiempo entre aquellos hispanorromanos me estaba ablandando preocupantemente.

—Habrás traído también yesca y un buen par de teas, ¿verdad? —preguntó Hixinio, ya convencido de que la escapada no había sido precisamente una idea espontánea.

—Por supuesto. Aunque lo he hecho por ti, ya que los alanos no necesitamos luz para ver en la oscuridad. En el este, más allá de la oscura Germania, se dice que hasta los lobos temen enfrentarse a uno de los míos cuando se encuentran en el bosque.

Hixinio enarcó una ceja con incredulidad ante semejante bravata. A mi pueblo siempre le han gustado las buenas historias, pero lo cierto es que tras tantos años recorriendo los caminos de este mundo, jamás vi a un lobo hambriento temer a un hombre solitario. Sin embargo, Fariban solía contarme cosas como esa mientras huíamos hacia el norte al amparo de los bosques, siendo yo un niño. Supongo que trataba de tranquilizarme para que durmiera en silencio por las noches y no hiciera todavía más difícil su ya de por sí complicada labor de mantenernos con vida. Sin embargo, reconozco que la sensación de indefensión que me marcó durante aquellos tiempos no se desvaneció hasta mucho después de haber matado a mis primeros enemigos en combate.

El capataz decidió no discutir, pero respondió con cierta sorna.

—No lo sabía, desde luego, pero tendré más cuidado a partir de hoy. Por suerte, siempre duermo a salvo tras los muros de Elpidio, no me vaya a encontrar a algún salvaje como tú por estos bosques. ¡Quién me iba a decir que algún día llegaría a apreciar la vigilancia paternal que nos reserva el administrador!

—Ya se encontrará algún día con algo que no pueda controlar, ya verás. He visto caer a docenas de cabrones como él —y a otros tantos ascender, pensé, aunque me abstuve de comentarlo—, y te aseguro que son momentos para disfrutarlos.

Le dediqué una sonrisa lobuna y comencé a vaciar el contenido de las alforjas para amontonarlo en el suelo. A esas alturas ya no podía —ni quería— ocultar que había preparado la escapada a conciencia. Prendí una de las antorchas valiéndome de la yesca y me adentré en la estancia que mantenía el tosco techo completo, examinando sus paredes a medida que la luz que portaba las iba haciendo visibles. Aunque el olor a humedad era claramente perceptible, el lugar se mantenía en mejor estado de lo que había esperado en un principio. Las oquedades del techo dejaban penetrar algo de luz, y a la vez servían para que una ligera corriente de aire contribuyera a que el ambiente estuviera algo menos cargado. La habitación era bastante grande: unos seis pasos de largo por unos pocos más de ancho, tapizados por una mezcla de grava y tierra oscura que lucían limpios de hierbajos. Como había sospechado, alguien más debía de conocer aquel lugar y utilizarlo como refugio de vez en cuando, para lo que lo había conservado al menos decente. No era comparable, desde luego, a una confortable taberna, pero estaríamos cómodos y tranquilos, y sobre todo no tendríamos que compartir nuestra charla con ningún borracho.

Dejé caer el fardo que cargaba sobre la espalda junto a una de las paredes y me volví hacia el

hispano, que se encontraba a pocos pasos de mí tratando de encender la antorcha que le había tendido a la entrada.

—¿Qué lugar es este, Hixinio?

—Un antiguo almacén de madera.

—Eso me pareció desde que llegamos, pero ¿por qué está en este estado? —pregunté, señalando los destartalados muros para dar énfasis a mis palabras.

—Se abandonó hace muchos años, quizá antes incluso de que llegaran los tuyos. —Se encogió de hombros—. Lo descubrí hace unos años por medio de uno de los siervos de Elpidio. Su abuelo fue esclavo aquí. Muchos dicen que este lugar está embrujado.

—¿Que está qué? —quise confirmar.

—Es algo referente a la antigua religión. Afirman que el bosque se volvió contra los hombres para castigarlos por talar sin mesura los árboles con los que sus ancestros sabían convivir. ¿No te parece divertido?

¿Divertido?, pensé sin poder evitar sentir un escalofrío. No me gustaba reírme de ninguna divinidad, ni tan siquiera de las que no conocía (es el problema de pertenecer a un pueblo repleto de supersticiones, y encima estar orgulloso de ello). Tal vez solo me atrevería a burlarme de la divinidad cristiana, porque sabía que en su absurda caridad no me iba a castigar. ¿Acaso había acabado con los romanos de Judea por segar la vida de su único hijo? Aunque cosa bien distinta era vérselas con sus representantes en la tierra, porque esos sí que podían resultar realmente peligrosos.

—Pues no está tan mal, mientras esta noche ninguna raíz intente meterse por mi nariz... Creo que, como medida de precaución, deberías quedarte despierto y velar por mí, porque tú conocerás su idioma, ¿no? ¿Eres hispano?

—Soy hispano, pero no nací en estas tierras. Apenas sé unas pocas palabras del dialecto local que se hablaba antes del tiempo de los romanos —dijo.

—Pues visto que no serás de mucha ayuda, tendré que hacer uso de mis dotes de persuasión para que los espíritus del bosque nos dejen en paz esta noche.

En ese momento echaba de menos a Issa. Seguro que él sí sabría cómo hablar con ellos.

—A mí nunca me ha pasado nada, Attax, ¡son cuentos de viejas!

—¿Y tanto has venido por aquí que puedes estar tan seguro de ello?

—Hombre, sabes que no soy muy dado a alejarme de la finca, pero he estado aquí en más de una ocasión y no ha sucedido nada raro, te lo prometo.

—Y por lo que veo, no debes de ser el único que conoce el lugar, porque aquí dentro se está mucho mejor de lo que se podía esperar viendo cómo está el exterior...

—Realmente no lo sé. Nunca me he encontrado a nadie aquí, pero también es cierto que pocas veces me he quedado a dormir; creo que la última fue hace más de veinte años.

—Tiempo suficiente para que el bosque asesine a un buen puñado de impíos, ¿no te parece?

—Más que suficiente —convino, aunque seguía sin parecer preocupado.

Alargué la mano y saqué de mi bolsa un buen trozo de queso y una enorme hogaza de pan que Mario había conseguido gracias a sus contactos en las cocinas.

—Espero que te guste el queso, porque será de lo poco que podamos cenar hoy.

Era un queso fuerte, de oveja, muy curado y con un olor realmente penetrante: mi favorito. Cuanto más fuerte sea el aroma del queso, mejor es este; esa es una de las máximas de mi limitado conocimiento culinario. Esa y la de que un buen queso tiene que sentar bien a la fuerza. Se puede ser feliz teniendo únicamente un queso en las alforjas y una buena espada a la cintura:

el resto ya llegará.

Estuvimos un buen rato hablando de nimiedades, mientras disponíamos las sobrias viandas que compartiríamos. Se interesó por la suerte de Issa, al que apenas nos habíamos atrevido a mencionar dentro de los muros de la finca, y también hablamos de la infancia de Hixinio, de cuándo había llegado a los alrededores de Lucus y de cómo era la vida en la región cuando era un muchacho. Era llamativo saber que aquel hombrecillo siempre callado y servicial había sido en su tiempo un chiquillo revoltoso y más tarde un joven curioso; cualquiera de aquellas imágenes quedaba bien lejos de la que mostraba el hombre que tenía frente a mí. Extendí una de las mantas que teníamos a modo de mantel, y cuando hubimos colocado el pan, el queso, unas pocas lonchas de carne de cabrito en salazón y el pellejo de vino —bastante fuerte—, procedimos a dar buena cuenta de ello, con renovados ánimos y con nuevas y más comprometidas preguntas por mi parte.

—Hixinio, me gustaría saber qué ha pasado en la finca después de la batalla del Urbicus.

Me miró con cierta desconfianza mientras trataba de masticar la recia carne hasta convertirla en una bola que pudiera tragar sin problemas.

—¿A qué te refieres?

—A si se ha notado el repliegue de los suevos que vivían por los alrededores. En Lucus me dijeron que después de la batalla, y en las lunas siguientes, ante la derrota de los suyos, los suevos que vivían extramuros partieron hacia el oeste en busca de refugio.

—Pues te informaron bien —respondió con sequedad.

Aunque pensaba que enterarse de lo que me interesaba realmente le tranquilizaría, por no tener que ver con la misteriosa enfermedad que había reducido drásticamente la manada de asturcones, me pareció que su mirada se tornaba huidiza.

—¿Sabes algo sobre esos grupos? ¿Cuántos son, o dónde se han instalado?

—Yo no sé nada, y nada he visto con mis propios ojos. Solo he oído hablar a los guardas de Elpidio sobre algunos grupos de hombres y mujeres que se dirigían al oeste. Pero no han tratado de acercarse a la finca.

—Elpidio respirará tranquilo, porque no creo que ni siquiera esos muros pudieran contener a una horda de guerreros desesperados si se les metiera en la cabeza asaltarlos.

—Ya sabes que Elpidio toma sus propias precauciones.

Al terminar la frase me dirigió una mirada extraña, como si se hubiera dado cuenta de que estaba hablando demasiado.

—¿Sabes si hay alguna comunidad de suevos por los alrededores?

Se rascó la cabeza antes de responder y se tomó su tiempo para hacerme sufrir.

—No lo sé con seguridad, pero se dice que hay un poblado de considerable tamaño hacia el oeste. ¿Temes que intenten atacar la finca?

—Nunca se sabe, pero ahora mismo no pensaba en ello. ¿Podrías averiguar algo más y servirme de guía un día de estos para hacerles una visita?

—¿Una visita? Pero ¿qué demonios pretendes hacer allí? ¿Decirles: buenos días, qué lástima que los godos no os escaldaran el culo? ¡Attax, por el amor de Dios!

Me reí por su ocurrencia, sin duda más atrevida de lo que esperaba por su parte.

—Tranquilo, solo necesito recabar algo de información. Te prometo que seré discreto.

—¿Una mole como tú, que le saca una cabeza a la persona más alta que conozco? No creo que te sea fácil pasar desapercibido.

—Pues menos mal que es lo único que te pido, porque no es que colabores mucho...

Sorbió un trago de vino y vislumbré a la luz de las antorchas que aún trataba de tragar la bola en la que se había convertido la carne que llevaba rumiando un buen rato. Tras beber de nuevo, habló, pensativo.

—Puede que si vas de la mano de alguien que ya los conoce te sea más fácil contactar con ellos. Sabes que son reservados y que forman una comunidad cerrada. Y más con los tiempos que corren.

—¿Y no conocerás, por casualidad, a la persona adecuada?

—Tengo un... pariente que podría ayudarte. Mantiene buenas relaciones con los suevos.

—¿Tienes familia por los alrededores? Pensé que todo lo que tenías en esta vida caminaba sobre cuatro patas.

—Bueno, es algo que prefiero no ir pregonando por ahí, por lo que espero que sepas guardarme el secreto.

—¡Vaya, qué misterioso te has puesto! Esto se pone interesante —dije quitándole el pellejo de vino de las manos y bebiendo un buen trago—. No me dirás ahora que en realidad eres el hijo de un noble romano caído en desgracia. No, espera, aún mejor, ¡eres hijo del obispo de Lucus!

No pude reprimir una carcajada.

—Tienes demasiada imaginación, Attax. No, no tengo ninguna sórdida historia detrás. Pero el que será tu contacto sí que acumula unas cuantas. Digamos que es una de esas personas que ante los problemas suele escoger el camino más corto, y el más peligroso.

—Creo que tu pariente y yo nos llevaremos bien. —Antes de devolverle el odre bebí un largo trago para celebrar mi buena fortuna.

—No adelantes acontecimientos tan a la ligera. Ya lo conocerás y podrás hacerte tu propio juicio.

—Pero mírame, Hixinio, ¿crees que soy el más adecuado para echarle en cara a alguien su modo de vida?

Mientras acababa la frase, sonriendo, me di cuenta de que poco sabía el hispano sobre mí. Para él, y en general para todos los habitantes de la finca, yo era un hombre libre, bien asentado, que contaba con el favor del amo de aquellas tierras. Un señor en toda regla —de origen alano y mirada salvaje, pero de buena posición—, quizá uno de los pocos que habrían tenido ocasión de conocer en su dura vida de trabajo en el campo. Nada sabían de mi vida anterior. Solo Cayo conocía algunas historias de mi agitada vida, aunque incluso con él únicamente me había detenido en aquellas que concernían a mi estancia en la finca de su hermano. Por lo demás, salvo el discreto Mario, nadie sabía una palabra sobre qué había hecho durante los primeros treinta años de mi vida. Y tampoco es que hubiera perdido el tiempo en explicarle a Mario de dónde venía y lo que había vivido, pero durante aquellas tardes que habíamos pasado practicando el manejo de la espada y la lucha cuerpo a cuerpo, más de una vez había hecho alusión a alguna de mis truculentas andanzas intentando inculcar a Marco y a Galieno que el uso de las armas no era un simple juego y, sobre todo, que se quitaran de la cabeza ese ideal de honor a cualquier precio. Si puedes, es mejor matar a tu enemigo por la espalda sin que se percate de tu presencia que exponerte a una cuchillada. Cierto era que yo nunca me había distinguido por evitar tomar riesgos en el combate, pero como mentor podía permitirme ciertos lujos.

—Si tú lo dices... Yo solo te lo advierto.

Me apresuré a cambiar de tema para evitar que el hispano sintiera tanta curiosidad que empezara a preguntarme por algo que no deseara responder.

—De acuerdo, esperaré a conocerlo para hacerme un juicio. ¿Cuándo me puedes llevar hasta

él?

—¿No prefieres dejarlo para más adelante?

—No, cuanto antes mejor. Por mí, mañana mejor que pasado.

—Déjame tres días para tratar de localizarlo, para asegurarnos de no hacer el viaje en balde. No creo que pueda permitirme pasar muchos días fuera de la finca sin que Elpidio proteste.

—Tienes razón, tres días entonces. Pero no te preocupes: en principio solo hará falta que me presentes a tu primo, del resto ya me encargaré yo. No es bueno dejar el establo sin vigilancia durante tanto tiempo.

—También yo me encuentro más cómodo dentro de los muros. Debe de ser la costumbre; fuera de la finca me siento como... expuesto.

—Si los pocos sitios a los que vas son como este, no me extraña. ¡A mí tampoco me hace gracia que me hurguen las narices las raíces de los árboles!

—¡No, hombre! Eso me trae sin cuidado. Al contrario, aquí se respira paz.

—Si la paz huele a algo así como a humedad, estoy totalmente de acuerdo contigo.

En lugar de reprenderme por mi falta de tacto, su gesto se tornó serio y agachó la vista hacia la poca comida que nos quedaba.

—Attax, tú que has ido hacia el este, ¿es cierto que el mundo está llegando a su fin?

Sin poder evitarlo me derramé sobre la túnica parte del vino que estaba bebiendo en ese mismo instante.

—Pero, Hixinio, ¿a qué demonios viene eso?

—Es lo que comentan en la finca y en los pueblos de los alrededores. Hasta los religiosos lo proclaman. ¡Todo el mundo lo dice!

—Más despacio. ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Este calor, Attax, tras el invierno tan duro que hemos tenido. Ninguna de las dos cosas parece normal. Y los días en que el sol se ha apagado durante el día y ha dejado la tierra en penumbras... ¡Tres veces en los últimos años!

Yo lo miraba sin dar crédito a la cháchara supersticiosa del capataz, por otro lado siempre tan comedido.

—Se dice que en Brigantium se han visto nacer terneros con cinco patas, e incluso algunos con cuernos, como si fueran cabras. Las guerras, el hambre, los suevos, los godos, los britanos de allende los mares arribando a nuestras costas, el derrumbamiento del imperio que cada día parece más lejano... —enumeró con voz apagada.

—Es un buen resumen de la situación, pero te aseguro que allá de donde vinieron los míos, y también el resto de los pueblos que dices, la tierra sigue existiendo, así que elimíname como amenaza para tu mundo.

No estaba del todo seguro, pero Salla contaba que en el ejército desplegado por Atila en los Cataláunicos se habían enarbolado las enseñas de muchos pueblos que vivían allende el *limes*, entre los que había varios pueblos hermanos del mío, como los sármatas o los gépidas.

—Se dice que el mundo se prepara para el momento en que Dios baje del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos. Y yo creo que no va a tardar: todas las señales dicen que el fin está cerca. Quedan menos de cincuenta años para que se cumplan quinientos de la muerte de Jesucristo, y muchos afirman que esa será la fecha elegida para purgar el mundo.

Me entretuve en hacer que contaba con los dedos, agitándolos ostensiblemente ante su nariz.

—¿Cincuenta años? Entonces, ni tú ni yo debemos preocuparnos por nada. ¡Ya les tocará a otros eso de darse golpes en el pecho y llorar como desgraciados!

—Attax, por favor, ¡lo que te digo es muy serio!

—Yo también tengo serias preocupaciones: ¡nos estamos quedando sin vino! Por fortuna he traído otro pellejo.

Había esperado no tener que compartirlo con el capataz y quedármelo para disfrutarlo a solas en mi fría habitación de la finca, pero esta situación era una emergencia, si quería que el asustado hispano volviera a centrarse, así que me levanté y salí de nuevo al exterior para rebuscar en las alforjas de mi montura, donde aguardaba bien envuelto mi preciado tesoro. Allí fuera la oscuridad era absoluta, y el brillo anaranjado de mi antorcha apenas era capaz de iluminar mis pasos, arrancando al caminar sombras inquietantes a mi alrededor. El ambiente me pareció pesado, agobiante; sin apenas darme cuenta me descubrí acariciando la madera de mi silla de montar con la mano derecha. Pocos sonidos se escuchaban por los alrededores, lo que no tenía muy claro si era una buena o una mala señal. ¿Las raíces atacarían también a los pájaros y los ciervos? Tenía que hacer que Hixinio cambiara de tema antes de que yo mismo acabara sugestionado por sus supersticiones y me pasara la noche en vela como un niño asustadizo. Una cosa es enfrentarte a la muerte con la espada en la mano y sabiendo quién es tu enemigo, a quién debes matar para sobrevivir, pero otra muy distinta es no saber quién te quiere muerto o de qué forma es capaz de atacarte.

Encontré el pellejo y cerré la alforja mientras con la otra mano le daba una cariñosa palmada al caballo en el cuello. Me sorprendía lo tranquilo que estaba el animal teniendo en cuenta el manojo de nervios que era yo en ese instante. ¿Sería cierto lo que decía el hispano sobre el fin del mundo? Imposible, me respondí rápidamente: el mundo era simplemente así, siempre lo había sido, o al menos yo lo recordaba siempre así. Había tenido ocasión de comprobarlo desde mi más tierna infancia. De hecho, probablemente era incluso peor de lo que temía el asustado capataz, que solo tenía la visión de un sedentario y tranquilo hispano de la Gallaecia. En cambio, yo había vivido la miseria y la inseguridad desde niño. El huir de un lugar a otro con tus escasas pertenencias a cuestas, sin poder llorar a quien dejas tendido sobre la tierra. Aprendes, simplemente, a seguir adelante: no tienes tiempo para entregarte a la desazón si quieres sobrevivir, ni tienes suficientes lágrimas para derramar por todos aquellos que pierdes. El fantasma del exterminio siempre detrás de ti, su voz formada por los llantos de las madres y las esposas de los jóvenes guerreros, más preciados que el oro para un pueblo en movimiento como el mío, o el vándalo. Los brazos jóvenes son los que soportan a la tribu, al clan, al pueblo. Sin ellos no hay nada más que la muerte a manos de cualquiera de tus enemigos, que serán implacables, como los tuyos también lo habrían sido con ellos si hubieran tenido la oportunidad.

Pero seguro que los vándalos, entonces asentados en Africa, como sabía desde hacía años, vivían mejor que nunca, así que era imposible que el mundo estuviera acabando cuando algunos al fin conocían la prosperidad para sus hijos. Después de años vagando sin rumbo, al fin habían encontrado un hogar en el que establecerse, aunque para ello hubieran tenido que librar sangrientos combates con las escasas fuerzas romanas que quedaban en la provincia y contra los habitantes de aquellas ricas tierras del sur. Y lo más importante era que estaban lo suficientemente lejos de cualquier otro pueblo germano y de Roma para poder decidir su propio destino. No, evidentemente el mundo no se estaba acabando, o al menos no para todos, pensé antes de entrar de nuevo en la estancia.

Hixinio continuaba sentado mascando un buen trozo de queso con pan, y después de beber un largo trago le pasé el pellejo para que hiciera lo propio.

—Prueba este vino, y te convencerás de que es imposible que el mundo se acabe mientras

haya manjares como este.

—¿Y qué es lo que pasa hacia el este, Attax? ¿Es cierto lo que se dice sobre que Asturica fue devastada hasta sus cimientos?

Con la guardia baja debido al vino, estuve a punto de comenzar a desgranar el rosario de horrores que habíamos contemplado. Por fortuna recordé a tiempo la versión oficial sobre el destino de nuestra partida y pude salir del atolladero antes de tener que enfrentarme a preguntas incómodas.

—He oído lo mismo que tú, y la mayoría por boca del propio Cayo cuando regresamos a Lucus —afirmé—. Te aseguro que el tiempo parece no transcurrir en los valles astures: es como estar en una isla, ajeno a lo que ocurre a tu alrededor.

—Así que solo falta Lucus por caer —dijo, pesaroso, antes de dar un gran sorbo.

—Por favor, Hixinio, ¡un poco más de optimismo! —respondí con vehemencia, sintiendo agotarse mi paciencia—. Los suevos han caído, los godos regresan a sus tierras. ¿No te parece que es un momento suficientemente tranquilo y que no hace falta que lo estropees pensando en el fin del mundo?

—No soy yo el que lo dice, ¡está en boca de todo el mundo! Tendrías que oír lo que se habla en la aldea.

—Cháchara propia de aldeanos supersticiosos.

Yo, por supuesto, no entraba en esa definición: yo era un guerrero supersticioso, lo que resultaba todavía peor.

—Pero también lo dicen los doctores de la iglesia. ¡Incluso los obispos lo pregonan en sus sermones!

—No querrías escuchar lo que opino de tus obispos, así que haznos un favor y cambiemos de tema antes de que empiece por todo tu clero y siga hasta dar de vientre sobre los mismísimos coros celestiales.

El hispano abrió mucho los ojos ante mi amenaza, y se apresuró a hablar de otra cosa. Seguimos despiertos un buen rato más, charlando de trivialidades, como los planes que teníamos para la manada ese invierno y la siguiente primavera, hasta que al final Hixinio comenzó a dar muestras de que el vino lo había vencido. No estaba acostumbrado a tomarlo, y mucho menos en tanta cantidad como habíamos bebido esa noche, por lo que cayó dormido casi mientras hablaba. Le arranqué con suavidad el pellejo de entre los dedos, lo levanté para saludar con él al dormido capataz y apuré el poco vino que quedaba antes de apagar sendas antorchas y tenderme en el suelo con la manta por encima.

VIII

Esa noche volví a tener el mismo sueño que me había atormentado poco antes de llegar a Lucus. El fuego, los gritos, el brillo del metal en la noche, todo era como en Asturica, pero no se desarrollaba en esa ciudad sino en la propia Lucus. Podía reconocer muchos de los lugares, e incluso algunas de las asustadas caras de los que corrían de un lado para el otro mientras el brillo del acero y el titilante resplandor de las llamas los perseguían iluminando sus desesperadas carreras. Incluso en una de las ocasiones había reconocido el atemorizado rostro de Sunna: era la misma escena que había vivido en la casa de Toribio en Asturica, cuando los godos la arrastraban durante el saqueo, pero el lugar no era el antiguo peristilo del obispo, sino el pequeño y cuidado patio de la *domus* de Cayo. Realmente, uno no conoce lo que es el temor hasta que posee algo que puede perder, pensé al despertar bañado en sudor.

Las primeras luces del día, que se filtraban por los huecos de las antiguas piedras del edificio, terminaron de espabilarme después de la inquieta noche que había pasado. A mi lado Hixinio roncaba plácidamente; tan borracho estaba al caer dormido que ni siquiera se había molestado en echarse la manta por encima, a pesar de la humedad de la estancia. Me levanté tratando de no hacer mucho ruido y salí al exterior para intentar hacerme una idea de la hora que podía ser. Ya se notaba la incipiente calidez en medio de la vegetación, por lo que supuse que nos esperaba otra jornada de calor agobiante fuera de sus márgenes. A esa hora de la mañana sí agradecí la sombra que proporcionaban los árboles —castaños y nogales que se entremezclaban con el denso bosque de pinos que se extendía a su alrededor—, y lamenté tener que abandonar el lugar en poco tiempo. Ya hacía un buen rato que había amanecido, pero todavía era temprano; no todos en la finca estarían en pie a esas horas, por lo que podía dejar al hispano dormir un poco más su borrachera.

Recogí con calma lo poco que nos había sobrado la noche anterior y me entretuve en acariciar a los caballos, que habían pasado la noche fuera sin ninguna queja pese a estar acostumbrados a los mimos y cuidados que recibían habitualmente en el establo de la finca. Eran unos buenos caballos, pensé mientras miraba mi imagen reflejada en sus nobles y tranquilos ojos.

Al poco rato, un tambaleante Hixinio asomó por el hueco de la entrada con una mano en la cabeza.

—¡Buenos días! —saludé animadamente, elevando la voz para ver cómo reaccionaba.

—Lo último que recuerdo es que trajiste otro pellejo, pero, por el amor de Dios, ¿qué tenía dentro?

Me reí a carcajadas.

—Vino, Hixinio, ¡y del bueno!

—Necesito despejarme —dijo, masajeándose las sienes—. Voy al arroyo.

—¿Hay un arroyo cerca? —pregunté, extrañado por no haber escuchado el rumor del agua.

—Al menos lo había la pasada primavera, pero con este calor... quién sabe.

—Espera a que llegue el invierno y te haré repetir esas palabras.

Me hizo un gesto con la mano para que lo dejara en paz. Terminamos de guardar el equipaje,

desatamos los caballos y nos adentramos un poco más en el bosque. Caminamos entre gruesos pinos y verdes helechos, acompañados únicamente por el sordo crujir de nuestras pisadas sobre la abundante hojarasca que cubría la tierra. Tras pocos minutos de camino encontramos el arroyo del que hablaba Hixinio. Debía de serlo en época de lluvias, pero en ese momento, en lo más crudo del estío, apenas un hilo de agua discurría por la horadada roca que formaba su cauce; al menos fue suficiente para enjuagarnos la cara y las manos. Hixinio dejó correr el líquido por su cuello, se sacudió con un escalofrío y me miró, algo aturdido.

—¡Uf! Tengo que recordar que beber me sienta mal.

—No beber es lo que sienta mal, Hixinio; si bebes a menudo, verás como el vino te sienta cada vez mejor.

Montamos y avanzamos con pereza, casi al paso; ninguno de los dos teníamos prisa por regresar a la finca. El bosque que la noche anterior me había parecido oscuro y asfixiante —y más tras conocer las leyendas que escondía— ofrecía una imagen mucho más amable a la luz del día. Con los rayos del sol filtrándose entre las ramas y hojas de su bóveda, lo veía como el mejor lugar en el que pudiera estar en ese momento, a salvo del pegajoso calor del exterior.

En poco más de una hora de camino, que alargamos a conciencia, nos encontramos en el collado cercano a la finca, y allí nos detuvimos para admirar la estampa que se dibujaba frente a nosotros.

—Ha sido una buena noche. Gracias por el paseo; viene bien salir de los muros de la finca de vez en cuando —suspiró el capataz.

Asentí en silencio, sin dejar de mirar hacia los oscuros muros, y cuando me di cuenta, ya el hispano espoleaba su caballo ladera abajo. Lo seguí y pronto penetramos de nuevo en la finca, ante la sorpresa de los adormilados guardas de Elpidio. Dejamos atrás a aquellos tipos de rostro ceñudo que nunca llegué a conocer por sus nombres, y nos encaminamos hacia el establo para relevar a Mario, que se había quedado a cargo de todo durante nuestra ausencia. La gran sonrisa con la que nos recibió en el vallado me confirmó que ningún sacrificio era demasiado para él: al contrario, se ofreció a repetirlo tantas veces como fuera necesario. Lo miré, sonriente, y finalmente no pudo por menos que estallar en una sonora carcajada antes de dirigir sus pasos hacia la tina de agua que se encontraba al lado de la puerta del establo. Al menos uno de nosotros había pasado una buena noche, de eso no me quedaba duda.

Como le había prometido a Hixinio, no insistí en que me presentara a su pariente hasta unos días más tarde, cuando hubiera podido hacer las gestiones necesarias para ponerse en contacto con él sin despertar las sospechas de los guardas de Elpidio. Cuando ya empezaba a inquietarme ante la pasividad del capataz, se presentó ante las puertas del muro un anciano conduciendo un carromato destartalado, pregonando con voz cascada el variopinto género que traía para vender. Pensé que los guardas de la puerta lo despedirían sin miramientos, pero ante mi sorpresa le franquearon el paso entre burlas pero sin hacer preguntas. Era la primera vez que veía a aquel anciano; nunca había coincidido con él durante mis anteriores visitas a la finca, pero para ellos no parecía un desconocido. El tipo tenía la piel morena y ajada, como el mismo chaleco de cuero desgastado que vestía. Sucio desde las puntas de los pies hasta el mechón más largo del irregular cabello que escondía bajo su grasiento gorro, que parecía fabricado con la piel de algún animal indeterminado mal curtida, si algo destacaba de su estampa eran los vivos ojos verdes que

parecían no perder detalle de nada de lo que ocurría a su alrededor, pero que en cuanto notaban la mirada de los guardas volvían inmediatamente a reflejar la expresión perdida propia de los dementes. Al percibir mi atento escrutinio, me regaló una desagradable representación, clavando en mí una mirada desquiciada y terminando por poner los ojos en blanco. No me cabía duda de que aquel tipo escondía algo más tras su estudiadamente harapienta facha. Desde luego, resultaba por lo menos sorprendente que el remilgado Elpidio consintiera en hacer tratos con aquel miserable buhonero; ¿qué podría ofrecerle aquel desgraciado? Si a los pobres siervos de la finca no vacilaba al tratarlos como a animales, no entendía por qué no clasificaba a ese tipo como escoria. Quizá yo no era el único que había reparado en su ambigua mirada; sentí avivarse mi curiosidad, y me preguntaba qué podía tener que interesara al administrador.

Lo seguí en silencio por el camino que llevaba hacia la casa principal y pude oír que tarareaba una y otra vez una repetitiva cancioncilla, ante la desesperación del guarda que se había montado junto a él en el carromato, que le chistaba continuamente para que callara. El anciano hizo oídos sordos a sus protestas y subió el tono de su cantinela con renovados ánimos.

Caminé lentamente entre las casas que conformaban el arrabal que circundaba el camino, tratando de pasar desapercibido. De repente me tropecé de nuevo con el mocoso que me sorprendió el día de nuestra llegada a la villa. El diablillo tironeó de mi camisa hasta que me agaché para ponerme a su altura y exclamó en voz baja, como si me hiciera partícipe de un gran secreto:

—¡Ya viene el buhonero!

Asentí, agradeciéndole la información, y él me dedicó un guiño cómplice antes de echar a correr en dirección al establo, entonando con entusiasmo la misma melodía que tarareaba el anciano. Tendría que averiguar quién demonios era ese tipo que tanto revuelo causaba. Dejé que el carromato se adelantara, y cuando llegó a las puertas de la casa y el apergaminado buhonero hubo bajado del pescante, con notable agilidad para su aspecto avejentado, me fui acercando a la casa con sigilo. Paseando con aire despistado, llegué junto a la carreta y, cuidando de que nadie me viera, eché un vistazo a su interior, donde se acumulaban sacos y bultos cubiertos con pesadas mantas. Los sacos, a medio llenar, parecían contener semillas o algo de textura similar; al retirar una de las hediondas mantas, solo pude ver algunas herramientas de labranza de burda confección. Pero cuando echaba de nuevo el pestilente trapo sobre la mercancía, un destello me llamó la atención. Para mi sorpresa, junto a aquellos sencillos útiles destacaba un espejo de mano con un marco primorosamente tallado en un material que a primera vista me pareció bronce. ¿Qué hacía ese desgraciado con semejante tesoro?

Consciente de que había perdido un tiempo precioso rebuscando en el carromato, entré en la casa con pocas esperanzas de localizar al tipo y a su escolta, que debían de haberse metido ya en alguna de las numerosas habitaciones. No podría enterarme de nada de lo que sucediera en el interior, ni siquiera confirmar que era con Elpidio con quien se había reunido, pero al menos aquellos dos no sabrían que un alano grande y circunspecto los había seguido hasta allí pisándoles los talones. Deambulé por los pasillos, tratando de evitar a criados y secretarios, buscando escuchar la aguda voz del administrador a través de alguna de las puertas cerradas; sin embargo, tanto el *tablinum* como el *triclinium*, los lugares favoritos de Elpidio para sus reuniones, estaban en completo silencio. O bien debían de tratar algo fuera de lo común, o bien el administrador no deseaba que el grasiento buhonero apoyara sus sucias posaderas en ninguno de sus costosos divanes.

Por último, cuando me disponía a bajar por las escaleras hasta el entresuelo, donde había

varios almacenes que solían permanecer cerrados con llave, uno de los atareados criados reparó en mi presencia, e inmediatamente después llegó con paso apresurado el secretario principal de Elpidio, que me preguntó amablemente qué deseaba. Le respondí con evasivas, asegurando que solo buscaba algo de comer; él me invitó, amable pero firmemente, a que lo siguiera hasta el *triclinium*, asegurándome que Elpidio deseaba reunirse conmigo más tarde y que él se encargaría personalmente de conseguirme un agradable tentempié. En un primer momento pensé en inventar cualquier excusa para poder seguir mi camino, pero la expresión avinagrada del tipo y los pasos que se oían a su espalda me disuadieron. Ya me enteraría por otros medios de lo que quería saber, me dije, al recordar que el mocoso del poblado había corrido hacia el establo. Ya tendría tiempo de preguntar a Hixinio por el individuo.

Ni que decir tiene que Elpidio no acudió al *triclinium*; tan solo me entretuvieron allí el tiempo suficiente para que el buhonero saliera de la finca. Pero al menos pude dar buena cuenta de todo lo que servicialmente me trajeron para animar mi solitaria espera. Aproveché para pedir todo lo que se me pasaba por la cabeza cada vez que algún asustado criado asomaba la nariz por la puerta, y disfruté de cada delicado bocado pensando en que Elpidio lamentaría que hubiera acabado en el estómago de un salvaje como yo en lugar de engalanar su propia mesa.

El que me descubrió allí, cómodamente recostado jugando con el hueso de una oliva, fue Mario, que se dirigía a las cocinas para procurarse un poco de comida y quizá un achuchón de su solícita amante, y se sorprendió al verme allí tan tranquilo. Me levanté y lo seguí en el momento en que uno de los criados me traía una fuente con pastelillos de almendra. Cogí un puñado e hice un gesto a Mario para que hiciera lo propio; él no se hizo de rogar, y no solo se metió unos cuantos en la boca para masticarlos ruidosamente, sino que se aseguró de llenarse también los bolsillos. Tras imitarlo, indiqué al joven —que no tendría más de doce años— que me disculpara ante Elpidio, pero que debía regresar al establo con premura, y le rogué que no olvidara darle las gracias por los deliciosos manjares con los que me había agasajado. Trató de responder, pero no le salió la voz. Divertido, le revolví la ya despeinada mata de pelo con mis manos llenas de dulces de almendra y seguí a Mario a las cocinas para procurarnos el almuerzo, porque el postre ya lo llevábamos encima.

Puse a Mario al corriente de los extraños sucesos de la mañana. Él tampoco había coincidido en sus visitas anteriores a la finca con el peculiar buhonero, pero cuando le conté que pensaba que Hixinio podía saber algo más me dijo que precisamente el capataz era el que le había sugerido que me marchase del establo hacia la casa, por lo que mis sospechas de que algo tenían que tratar aquellos dos empezaron a tomar cuerpo. En lugar de comer en la cocina, me dirigí de inmediato al establo a ver si tenía la fortuna de sorprenderlos en plena conversación —siempre ha podido más en mí la curiosidad que la discreción—, mientras Mario aprovechaba para tratar de arrancar alguna confidencia a la bandada de mujeres que revoloteaban entre los humeantes pucheros. Cuando llegué, el establo estaba vacío, así que me limité a esperar, fastidiado, el regreso de Mario. Comimos allí mismo, resguardados del sol y de los oídos indiscretos, cómodamente sentados en los haces de heno. Tampoco era mucha la información que el hispano había recopilado en las cocinas —apenas unos cuantos chismes y elucubraciones—, pero al menos era un inicio. Las mujeres le contaron que el buhonero venía unas pocas veces al año a la finca y traía consigo algunas mercancías, aunque pocas veces las mostraba, y que había rumores de que solía traer algunas propuestas de negocio que solo exponía ante Elpidio. Ninguna había sabido decirle nada más concreto, pues preferían mantenerse al margen de los manejos privados del administrador. Me pareció cuando menos curioso que el buhonero pareciera más implicado

en el papel de intermediario para otros que interesado en mostrar sus propias mercancías; ya intentaría averiguar algo más cuando Hixinio regresara.

Hasta la tarde no pude salir de dudas. Después de todo el día trabajando en el vallado y en las afueras de la finca con los caballos, Hixinio regresó al establo con evidentes muestras de cansancio. Lo abordé entonces, sonriente, y ante su mirada horrorizada le ofrecí acompañarme a un nuevo paseo antes de que cerraran las puertas. En esa ocasión, ante sus desconfiados ruegos, tuve que prometerle que pasaríamos la noche en el interior de los muros. Al parecer, pensaba que ya había tentado demasiado a la suerte respecto a la estricta disciplina que Elpidio gustaba de imponer en sus dominios con nuestra escapada anterior. Dejamos de nuevo a Mario al cargo de todo y salimos del lugar con distinto ánimo: yo contento y fresco después de un tranquilo día de asueto, y el hispano agotado tras una dura jornada de trabajo y preocupado por que mi curiosidad lo pusiera en algún apuro. Cuando ya nos encontrábamos lo suficientemente lejos de los muros de la finca comencé con mis preguntas, y al fin pude enterarme de una parte de la historia que llevaba detrás el anciano buhonero. Inicialmente, el capataz intentó restar importancia a su presencia en la finca, argumentando que era uno de tantos desgraciados que venderían a su madre por una moneda y tratando de desviar mi atención con una nueva noticia: por fin había conseguido contactar con su pariente —al que describió como un primo lejano—, y en dos días podríamos vernos con él. Era una buena noticia, lo bastante ilusionante para olvidar la visita del buhonero, pero me parecía demasiada casualidad que ambas se dieran el mismo día, por lo que le conté que había visto a uno de los chiquillos del poblado salir corriendo hacia el establo en su busca en cuanto el carromato entró en la finca. No sabía con seguridad que fuera a él a quien buscaba, pero pocas opciones más había si seguías el camino que llevaba hacia el establo. Podría haberlo negado y haberme dejado sin más argumentos que mi cabezonería, pero o bien el cansancio o bien la integridad del capataz hicieron que no se anduviera con rodeos y respondiera con sinceridad a mi indiscreta pregunta.

—¿Alguien más se dio cuenta? —inquirió, alarmado.

—¿Habría algún problema? —pregunté, malicioso, consciente de que había dado en el blanco.

—Attax, por el amor de Dios, ¿te has empeñado en hacerme la vida más difícil de lo que ya era?

—Creo que te bastas tú solo para eso. Al final va a resultar que escondes más de lo que parecía...

—De acuerdo, de acuerdo —cedió, llevándose la sucia mano a la frente y dándose un pequeño masaje en las sienes—. Pero tienes que jurarme que no le contarás a nadie nada referente a mi primo, y mucho menos que el buhonero hace de contacto para dar con él y con su gente.

—Por favor, Hixinio, ahórrame la tontería de jurar por tu dios, que sabes que me importa un bledo —dije, recordando con una sonrisa la ocasión en la que Salla había jurado tranquilamente por la Santa Trinidad ante un crédulo diácono cristiano.

—Bueno, está bien. Es lo menos que puedo hacer por ti, que eres de las pocas personas en las que me atrevo a confiar allí dentro. Y, de todas formas, te ibas a enterar antes o después... —Suspiró—. El buhonero tiene contacto directo con los suevos de los que te había hablado, y puede que con muchos otros. A través de él, mi primo tiene acceso a ellos.

—¿Y sabes algo de los negocios en los que anda metido?

Bajó la mirada y negó con la cabeza.

—No sé nada, y prefiero no saberlo. Y tú deberías pensar igual que yo si no quieres meterte en líos. Cuando ese hombre aparece por la finca, siempre pasan cosas extrañas.

—¿Suele venir a menudo?

—La última vez que lo vi fue a finales del otoño pasado.

Fruncí el ceño.

—¿Justo antes de que comenzaran a enfermar los caballos?

Hixinio me miró, súbitamente alarmado, y negó con un gesto rotundo.

—No lo sé, no lo sé... pero es mejor mantenerse apartado. En realidad, también de mi primo. No me digas luego que no te lo advertí.

—¡Cuánta intriga por ese viejo! Me gustaría conocerlo —dije atusándome la descuidada barba.

—Si le caes bien a mi primo, quién sabe... Pero yo me contentaría con regresar aquí tranquilamente después de haber conseguido la información que necesitas, o al menos de haberlo intentado. No gastes tu suerte con otro tipo de preguntas, o puede que al final no llegues a averiguar nada ni sobre una cosa, ni sobre la otra.

—Lo tendré en cuenta. Lo cierto es que me gustaría poder visitar a tu pariente hoy mismo; lástima que haya que esperar un par de días. ¿Dónde nos encontraremos con él? ¿Tendremos que hacer noche fuera?

—Tú si quieres sí, yo preferiría regresar el mismo día. Podemos partir temprano y así yo regresaría antes del anochecer. Si te parece bien, claro.

—Será lo mejor, porque conociendo a Mario, si intuye problemas querrá venir conmigo, y no me gustaría dejar el establo solo a cargo del mozo.

Me pareció que suspiraba aliviado, y emprendimos la vuelta hasta la finca, esta vez ambos de buen humor.

IX

Preparé con esmero nuestra salida; afilé mis armas, requisé —sí, creo que esa es la palabra correcta— comida y bebida suficiente para pasar al menos cuatro días fuera y dejé el resto de mis pertenencias desordenadas en mi habitación para evitar que Elpidio soñara con que su pesadilla había abandonado el lugar tan pronto. Esa misma mañana le conté a Mario lo sucedido, porque sabía que de una manera u otra se pegaría a mí para evitar que me fuera solo, y yo también prefería contar con su presencia por si las cosas se ponían difíciles. Aún no había planeado cómo abordar al primo de Hixinio, y mucho menos cómo averiguar a través de los suevos el paradero de Aspasia. Incluso en el caso de que se dignaran intercambiar información conmigo, era muy probable que ni siquiera supieran a quién me estaba refiriendo: ¿una hispana morena, no muy alta, como tantas otras? Apreté los puños mientras los imaginaba reírse de mis pretensiones, bromeando con sus voces guturales sobre mi pobre descripción. Además, de alguna manera tendría que pagar por la información, pero poco era lo que me había llevado a la finca que pudiera utilizar como moneda de cambio. Había preparado mi partida de Lucus con demasiada ligereza, y ese fue el primer momento en el que fui consciente de ello. En mi empeño por actuar con celeridad —y por abandonar el lugar que me traía recuerdos tan dolorosos—, había pensado que me valdría con presentarme ante los suevos y exigir respuestas o repartir puñetazos hasta que estas aflorasen solas. Pero no iba a ser tan sencillo.

Partimos al alba. Acostumbrados ya a nuestras salidas, los guardas no se sorprendieron al vernos traspasar la puerta tan temprano, y ni siquiera por que en esta ocasión fuéramos tres los que cabalgábamos con total tranquilidad. Probablemente ya tendrían noticias de nuestra inminente partida, porque la noche anterior tuve que avisar a Elpidio de que pasaría unos cuantos días fuera realizando unas gestiones, supuestamente para conseguir un delicado forraje que consideraba necesario para fortalecer a las yeguas después de los partos que esperábamos se produjeran antes del fin del verano. Enarcó una ceja, probablemente poniendo en duda mi rebuscado argumento, pero no planteó objeción alguna. Creo que para él fue más bien un alivio pensar en que me quitara de en medio aunque fuera solo por unos días.

Tomamos el camino de regreso a Lucus que tan bien conocíamos y proseguimos varias millas por él, hasta que Hixinio nos indicó que debíamos tomar un casi inexistente cruce hacia el oeste. Yo no conocía la zona, y creo que Mario tampoco, porque durante ese tramo no dejó de escrutar la arboleda a su alrededor con evidentes muestras de nerviosismo. Tardamos unas cuatro horas, que transcurrieron entre árboles, matorrales y cantos de aves, pero durante las que no vimos rastro de ningún ser humano. Por fin, al tomar una curva, apareció ante nosotros un pequeño poblado como si acabara de emerger del follaje. Allí las cabañas parecían fuera de lugar: no había caminos por los alrededores, ni tan siquiera un humilde sendero por donde los caballos pudieran caminar con comodidad. El poblado surgía de improviso, a pocos pasos del tupido bosque que acabábamos de abandonar, y lo único que anunciaba su presencia desde la distancia era el escándalo que montaba una multitud de críos desarrapados y ruidosos que nos recibieron en el margen del bosque, correteando alrededor de nosotros mientras gritaban sin parar. En lugar

de sentirse intimidados por la presencia de desconocidos y correr hasta donde quiera que estuvieran sus mayores, nos incluyeron en su juego con naturalidad, molestando a los caballos e incluso tratando de curiosear entre lo que guardábamos en las alforjas. Esos niños parecían realmente felices, pensé maravillado. Luego me ocupé de apartar con firmeza sus sucias manitas de mis pertenencias, y taloneé a mi caballo para dejarlos atrás.

Hixinio nos condujo hasta donde se alzaban las primeras casas de madera, y luego nos guio por los estrechos caminos hasta una especie de plaza dominada por tres edificios de mayor tamaño. Cuando pudimos observarlos de cerca, reparé en que la base de esas edificaciones era de buena piedra —aunque desgastada por el paso de los años— e incluso se conservaban algunos lienzos del mismo material. Me sorprendió encontrar en medio de aquel poblado improvisado huellas más propias de otras épocas; ante mis preguntas, Hixinio me respondió, lacónico, que eran los restos que quedaban en pie de una antigua finca que ocupaba el lugar generaciones atrás. Cuando continué preguntando sobre qué tipo de gente vivía allí, se limitó a hacer un gesto con la barbilla señalando a un pequeño grupo de hombres apoyados en uno de los muros del mayor de los edificios, y hacia allí nos dirigimos. Todos ellos llevaban los cabellos largos y desgreñados, y algunos, las correspondientes barbas a juego. Me pareció que algunos de aquellos individuos podrían pasar por suevos, aunque la mayoría me parecían hispanos. En definitiva, Hixinio había cumplido con su parte y me había traído al sitio correcto, o al menos al que esperaba que lo fuera.

Entramos en el edificio, que, como intuía por el escándalo que nos llegaba desde el interior, no podía ser otra cosa que una taberna, ruidosa y sucia como suelen serlo mis favoritas. El ambiente era ensordecedor, mal ventilado y oscuro, y el desgastado suelo de madera se encontraba en muchos puntos cubierto de serrín para ocultar los vómitos de los parroquianos o quién sabía si incluso su sangre tras alguna reyerta. Me gustaba aquel lugar, no podía evitarlo. Era lo suficientemente sórdido para recordarme a mi juventud.

Seguimos a Hixinio, que apartaba a la gente con cuidado, como si no quisiera tocarlos —o tal vez como si temiera hacerlo por la posible respuesta de los individuos—, y seguimos hasta el final del local, hasta una mesa donde un tipo sentado en un taburete se sonrió ampliamente al vernos. Despachó a la joven que tenía sentada en las rodillas con una sonora palmada en sus nalgas y se puso en pie. Me fijé en su estampa: lucía sucio —como el resto de los presentes—, y la barba de una semana que cubría la morena y curtida piel de su mandíbula y mejillas no ayudaba precisamente a darle un aire más aseado. Podía rondar los treinta años, quizá algunos más, y lucía el grasiento cabello corto y repeinado. Debía de ser presumido, a su manera. Sus ojos, oscuros y vivaces, no dejaban de escudriñarnos por encima del hombro de Hixinio. Tenía que ser el primo de nuestro capataz, no había ninguna duda. Y la primera impresión que me transmitió no fue precisamente tranquilizadora.

—Pero ¿quién ha venido a ver a su primo? ¡Ven aquí, hombre! Es un honor que hayas dejado tu cómoda finca para visitarme en este humilde agujero.

Acompañó sus palabras levantándose del desvencijado banco y acercándose a Hixinio, al que abrazó con fuerza ignorando su manifiesta incomodidad.

—Gracias por recibirnos, Claudio. Disculpa las prisas, pero aunque me gustaría poder pasar más tiempo contigo, tengo que regresar cuanto antes a la finca. No me gustaría que Elpidio me echara en falta y alborotara el lugar en mi busca.

Viendo su actitud, pensé que no sabía a cuál de los dos tenía más miedo Hixinio: si a su primo o al administrador.

—No te preocupes por ese cabrón, tan solo hay que tratarlo como se merece para que se vuelva dócil como un corderito. Algún día te enseñaré cómo se hace, y ya verás que disfrutarás tanto como yo.

—Preferiría mantenerme al margen; nunca me ha gustado ser el centro de las miradas y los comentarios de la gente. Pero hoy no he venido por mí; sabes que no acostumbro pedir favores, aunque hoy se debe a algo especial.

Se hizo a un lado para que el tipo pudiera vernos bien, y este nos escrutó como un lobo observa a su presa. Un lobo de pequeño tamaño ante unos corderos enormes, pensé, mirando de arriba abajo al pequeño pero fibroso hispano de pie frente a nosotros dos.

—Ya veo. Ya me avisaba tu mensaje de algo así. Por favor, pasad por aquí: estaremos más tranquilos en el almacén, alejados de todo este bullicio.

Asentí sin dejar de mirarlo, porque aunque el escándalo que había en el local era tal que dudaba que nadie pudiera entender de lo que hablábamos, nunca estaba de más ser discreto. Y el asunto que me traía entre manos, aun siendo inofensivo, me parecía suficientemente delicado para que creyera necesario tomar precauciones.

Seguimos al tipo hasta el final de la oscura barra. Le hizo una señal al calvo tabernero que se encontraba tras ella, y este descorrió la pesada y grasienta cortina que nos cerraba el camino, y reveló un estrecho pasillo que conducía a un almacén grande, sucio, desordenado y medio vacío. Desde luego, en nada se parecía al de nuestra taberna de Lucus. Sonreí pensando en la expresión malhumorada que hubiera puesto Aspasia de estar presente, e inmediatamente me puse serio recordando el motivo por el que había llegado hasta allí.

—Y bien, ¿qué quieren tus importantes amigos de ciudad? —dijo sin apartar la vista de las armas que ambos lucíamos al costado—. La verdad es que me los esperaba... distintos.

Lo escruté, divertido por su comentario.

—Yo también te esperaba más parecido a Hixinio, lo reconozco.

—Bueno, Claudio. Estos son Quinto Vipsanio Attaces y su —tuvo un pequeño momento de duda pero enseguida continuó con la frase— guardaespaldas Mario. Ambos vienen de Lucus Augusti, y Attaces es amigo personal de Cayo Vipsanio Celer, el dueño de la finca donde trabajo, como ya debes de saber.

—Preferiría que me llamases Attax —interrumpí al capataz, aunque interiormente aprobaba que me hubiera presentado utilizando mi nombre formal de liberto para impresionar al tipo.

—Attaces —dijo, y se quedó un instante pensativo—. ¿No serás godo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Alano —respondí con rapidez, irguiéndome inconscientemente en toda mi estatura.

—¿Y qué es lo que te ha traído hasta este lugar, alano? Viniendo de la «magnífica» Lucus —su voz destilaba desprecio—, es raro que necesites algo de esta cloaca.

—Attax necesita cierta información —respondió Hixinio por mí—, que yo he pensado que tú podrías facilitarle. Pero os dejo solos para que podáis discutirlo con tranquilidad.

—Despreocúpate, Hixinio, que nos entenderemos perfectamente —le dije, haciéndole un gesto con la cabeza para que regresara por donde habíamos venido.

—Pide por lo menos algo de comida al salir. Diles que la carguen en mi cuenta, que saben que algún día pagaré —le ofreció su primo sonriendo.

—Gracias, Claudio, pero ya hemos comido algo de camino.

—Nunca cambiarás, siempre tan discreto y precavido. Algún día te haré una visita en la finca, por los viejos tiempos.

Hixinio sonrió forzadamente y salió con precipitación por el oscuro pasillo, mientras Claudio lo observaba alejarse mientras negaba con la cabeza. Después se concentró al fin en nosotros.

—Entonces vosotros sois los señores de la ciudad con los que el bueno de Hixinio me ha pedido que colabore en cuanto pueda. Debe de ser importante, porque pocas veces pide nada. Reconozco que os esperaba diferentes —repitió—. Tal vez más parecidos al malnacido de Elpidio.

—Yo también te esperaba más parecido a tu primo —repetí a mi vez—. Pero veo que en algo sí que te pareces a él, y es en saber reconocer a los malnacidos.

El tipo rio roncamente.

—Veo que entonces también conoces a Elpidio. ¿Y en qué podría ayudaros un pobre desgraciado como yo? Realmente me tenéis intrigado.

—Es algo bien sencillo, Claudio —respondí, cruzando los brazos sobre el pecho—. Tan solo necesito algo de información sobre una persona que creo que puede encontrarse en alguno de los asentamientos de los alrededores.

—Pues tienes razón, parece demasiado sencillo. Disculpa mi impertinencia, pero si intuyes dónde puede encontrarse, ¿por qué no vas a buscarla tú mismo?

—Puede que no sea bienvenido allí donde tendría que ir. Hixinio me ha dicho que tú mantienes buenas relaciones con los suevos que viven en la zona.

—¿Buscas a un suevo? —preguntó, sorprendido.

—No, pero sí a alguien que probablemente esté con ellos.

—¿Y estás seguro de que se encuentra en las cercanías? Muchos han partido hacia el oeste.

—No lo sé con certeza, pero lo supongo. Se trata de una hispana de unos treinta años, morena y bien parecida.

—No es que sean unos rasgos muy distintivos. Debe de haber decenas así en cada grupo de ellos. ¿Sabes su nombre?

—Se llama Aspasia, aunque desconozco si ahora utiliza otro nombre.

—¿Algo más que debería saber y que me pudiera ayudar? ¿Cuánto tiempo lleva con ellos? ¿De dónde vino?

Recordé como si recibiera un súbito flechazo lo que me había dicho Silvia.

—Va acompañada por un niño pequeño, de menos de un año. Abandonó Lucus para unirse a ellos hace ya varias lunas. Desde la casa de Cayo, el señor de tu primo.

—¿Una esclava fugada? Eso puede ser peligroso para mí. Además, podría no interesarme: no me gusta delatarlos. El único esclavo es el que permanece atado a una tierra que lo consume, enriqueciendo a su corrupto señor. Los que tienen las agallas de largarse ya no merecen ser tratados como tales.

—No te preocupes: es una mujer libre, y no le sucederá nada. Solo necesito hablar con ella.

—¿Y qué te hace pensar que yo podré conseguir la información que buscas?

—Tu primo me ha dicho que eres un hombre con recursos, y que además tienes buenas relaciones con los suevos. Estoy convencido de que te será más fácil que a mí dar con ella.

—No te falta razón. Mantengo buenas relaciones con ellos, como tú dices, pero ahora mismo estamos pasando una época difícil. Sabrás que, después de lo sucedido en el último año, los suevos de los alrededores no se fían de nadie. Creen que los hispanos deberíamos haberlos ayudado en su lucha contra los godos, que también era nuestra lucha, y que los hemos dejado de lado en el peor momento. Será un trabajo delicado y difícil; espero que seas consciente de ello.

—¿Crees que el viejo buhonero podría hacerlo mejor, quizá?

Me sonrió con suficiencia.

—Yo luché en el Urbicus junto a los suevos; no podrías haber contactado con nadie mejor.

Me puse inmediatamente en guardia, temeroso de que me hubiera reconocido. ¡Maldita coincidencia! Estaba evitando dejarme ver entre los suevos, y resultaba que había caído en las manos de uno de los hispanos que habían luchado a su lado. Maldije a Hixinio por no haberme avisado, aunque nada podía saber el capataz sobre los reparos que tal información me causaría. Asentí despacio.

—Bien, entonces está claro que eres el hombre adecuado.

—¿Y yo, qué gano a cambio de hacerte este favor?

Al fin habíamos llegado a la pregunta a la que llevaba dándole vueltas desde que hablara con Hixinio.

—Considerando que es un trabajo sencillo, que no te supondrá riesgo alguno... —comencé.

—Nadie quiere problemas con los suevos, y yo el que menos —me interrumpió—. Los caballos de vuestra finca tienen buena fama por estos lugares. Podría conformarme con uno de ellos.

—Los caballos no están en venta, y mucho menos como pago por este trabajo.

—¿Temes que Elpidio te pida cuentas al respecto?

—No tiene nada que ver con eso. Ha sido un invierno duro, hemos perdido varios ejemplares y no podemos prescindir de ninguno más. Y, de todas maneras, seguiría pareciéndome un precio demasiado elevado por hacer unas pocas preguntas inocentes.

—Así que los caballos de Elpidio no están en venta... —Soltó una fea carcajada—. Bien, pues ten mucho cuidado el próximo invierno, no sea que volváis a perder ejemplares. Por lo visto hay toda una epidemia por la región.

Lo escruté, molesto, con la sensación de que se estaba burlando de mí.

—Tengo una alternativa mejor —propuse—. Puedo ofrecerte una decena de ánforas de un vino excelente, directamente traído desde el cálido sur.

Más bien directamente sustraído de los almacenes de Elpidio, pensé.

—Desde luego no es que te guste regatear; harías buena pareja con el maldito buhonero. Acepto, pero tendrás que dármelo por adelantado. Y más vale que sea tan bueno como dices. En dos días mandaré a alguien a buscarlo a la finca.

Asentí a regañadientes.

—¿Cuánto tiempo necesitarás para obtener algo de información?

—Dame una luna. No sé si será tan fácil como piensas; necesitaré andar con tiento.

—De acuerdo. ¿Cómo podré contactar contigo?

—Descuida, yo te encontraré a ti. ¿Permanecerás en la finca o regresarás a Lucus?

—Me quedaré en la finca hasta tener noticias tuyas.

—Te enviaré recado.

—¿Y cómo puedo saber que no cogerás el pago y te olvidarás del encargo?

—Eso es lo más divertido: no puedes saberlo, así que tendrás que fiarte de mí.

El tipo me miró con una sonrisa de satisfacción que me hizo hervir la sangre por su descarada extorsión, pero no me convenía quedarme mucho más por allí, no fuera que alguno de los que andaban por la zona pudiera reconocerme.

—No estoy acostumbrado a que nadie se ría de mí, Claudio, es bueno que lo sepas. Si me mientes, o simplemente no cumples con tu parte, daré contigo y te ajustaré las cuentas a mi manera. Imagina lo tenaz que puedo llegar a ser si tan solo para hablar con una persona he

venido hasta aquí.

Me miró sin perder la compostura un solo instante.

—Tendrás noticias mías, ya te lo he dicho.

—Antes de irnos, ¿podrías decirme cómo se llama este sitio?

Él se quedó pensativo un rato antes de responder.

—Eso es algo que nunca me he parado a pensar. No creo que los que aquí vivimos coincidiéramos en ponerle un nombre, pero al menos todos podemos llamarlo hogar.

—Ese es un buen nombre. Puede que este lugar no necesite ninguno más —respondí.

—¿Vosotros tampoco queréis tomar algo de comer antes de marcharos? —ofreció Claudio.

—Será mejor que alcancemos cuanto antes a tu primo. Es muy capaz de perderse por estos bosques.

—Tenéis razón. Cuidad de él; es buena persona, pero demasiado inocente.

—Así lo haremos. Y tú, procura cumplir con tu parte.

—Descuida, alano. Te avisaré pronto —aseguró.

Nos despedimos del hispano con un apretón de manos y nos dirigimos tras los pasos de Hixinio.

Salimos del local apartando de nuestro camino a los parroquianos que continuaban bebiendo, alborotando y escupiendo alegremente en el suelo sin ningún miramiento. Al salir, ante nuestro alivio, pudimos ver que nuestros caballos aún nos esperaban, atados a una de las vallas. Habíamos dado sendas monedas de cobre a dos golfillos de poco más de diez años que habíamos encontrado allí fuera jugando para que los cuidaran en nuestra ausencia, pero vista la calaña de la gente de aquel lugar temía que hubieran salido corriendo con las monedas, y las monturas, en cuanto les habíamos dado la espalda. Por fortuna, los caballos seguían allí —suponía que gracias a Hixinio—, mientras los críos se divertían pinchando a los animales en las patas traseras con una rama afilada, ante el desespero de los brutos, que trataban de apartar a aquellos mocosos a base de coces. Pasé al lado de uno de ellos y le solté un golpe en el pescuezo que hizo que se estampara de bruces contra los cuartos traseros del animal.

—¡Debería quitaros las monedas, pequeños bastardos! —amenacé antes de que ambos salieran corriendo para perderse entre las cabañas cercanas.

Montamos en los caballos, que parecían agradecidos de volver a notar el familiar peso sobre las sillas, y nos adentramos de nuevo en el bosque por el que habíamos llegado. Mario, que llevaba ya un buen rato dirigiéndome miradas desconcertadas, aguardó a que el poblado quedara oculto a nuestra vista para preguntarme por lo sucedido.

—¿Acaso vas a confiar en ese tipo? ¿No deberíamos quedarnos y vigilarlo de cerca?

—No hay más remedio que fiarnos de él. Creo que resultaría demasiado peligroso quedarnos por aquí.

—Di más bien que sería peligroso para él: con lo canijo que es, no creo que resistiera un cariñoso abrazo por nuestra parte —dijo, flexionando el brazo para que resaltara su enorme bíceps.

—No es él quien me preocupa, sino sus amigos suevos. Así está bien; ya tendremos noticias suyas. Y en caso contrario, volveremos para demostrarle todo nuestro cariño.

Proseguimos nuestro camino acelerando el paso y encontramos a Hixinio pocos minutos después. Al sentir el ruido de los cascos a su espalda, el hispano, en lugar de mirar atrás, apretó el paso y puso a su caballo al galope para ganarnos terreno, y tuve que chillar con toda la fuerza de mis pulmones para que se tranquilizara y detuviera su carrera. Sorprendido, se dio la vuelta.

—¿No os quedáis con Claudio? Si lo hubiera sabido, os habría esperado.

—Me cae bien tu primo. Le dejaré hacerlo a su manera.

—Pues eres de las pocas personas que conozco que dice eso. Pero, si es lo que quieres, por mí mejor: así no haré el camino de regreso solo.

Llegamos al atardecer, como había calculado Hixinio. Los primeros a los que sorprendimos fueron los guardas de Elpidio, y el siguiente, el administrador, cuando uno de los vigilantes salió corriendo hacia la casa principal a transmitirle la nueva de nuestro rápido regreso.

Esa luna, que sería la última del verano del año 457, trabajamos a destajo dando los últimos retoques al establo y sus alrededores. Consciente de que en relativamente poco tiempo tendría noticias sobre Aspasia, decidí acelerar el ritmo. Construimos un nuevo vallado, arrancando aquellos maderos que comenzaban a pudrirse y sustituyéndolos por buenas tablas de roble. El esfuerzo físico me permitía mantener la mente ocupada; aunque, aun así, no podía evitar pensar en si Claudio cumpliría su cometido, y sobre todo en qué noticias podría darme. Conocerlo me había dejado inquieto. Pensaba en el individuo a orillas del Urbicus, y me lo imaginaba entre las últimas filas, armado únicamente con un gran cuchillo y dispuesto a saquear a los caídos una vez pasado lo más duro de la batalla. No creía que hubiera luchado en primera línea, ni cabalgado entre los jinetes suevos: me daba la impresión más bien de que era uno de tantos oportunistas que seguían a los ejércitos esperando obtener un buen botín sin arriesgar excesivamente el pescuezo. Sabía que había habido muchos como él en aquel sangriento día, pero era el primero al que había conocido en persona.

También me inquietaba que aquel poblado, a todas luces repleto de esclavos fugados y gente caída en desgracia de los alrededores, estuviera tan cerca de la finca de Cayo. Igual Elpidio no era tan exagerado en cuanto a su seguridad como había llegado a pensar. Con semejantes vecinos, yo también me andaría con cuidado. Aunque tampoco sabía si el administrador conocía la existencia del asentamiento. ¿Cuánta gente podía vivir allí? ¿Cien, doscientas almas? ¿Y cuántos suevos permanecerían aún por los alrededores? ¿Volverían a unirse ante la perspectiva de un posible botín? Supuse que Claudio podría darme algunas respuestas, pero intuía que no estaría dispuesto a hacerlo, y yo tampoco deseaba tener más trato con él. Además, el número exacto era irrelevante, pues no harían falta demasiados hombres bien dispuestos para poner en serios apuros a la escasa decena de guardas de Elpidio. Y siendo Lucus el centro urbano más próximo, poca ayuda podrían esperar los habitantes de la finca en caso de verse en apuros. Si el administrador hubiera sido más inteligente, habría tratado a los siervos como personas y se habría ocupado de entrenarlos para hacer frente a una situación de alerta, así a lo mejor habría tenido más oportunidades de salir con bien de un posible ataque; pero dudaba que, teniendo en cuenta cómo solía gastárselas con los que dependían de él, aquellos estuvieran dispuestos a luchar por una vida que solo les ofrecía miseria y golpes. Quizá, si tuvieran ocasión, incluso se uniesen al bando de los atacantes y aprovecharan la oportunidad para rebanarle el cuello al administrador. Desde luego, era lo que yo habría hecho.

A pesar de mis elucubraciones, cuando ya el verano llegaba a su fin la situación en la campiña seguía siendo tan tranquila como de costumbre. Apenas recibíamos noticias desde la ciudad, y desconocíamos por completo lo que había sucedido en Portus entre Akhila y Agriwulf, aunque intuía el desenlace. A esas alturas ya comenzaba a ponerme nervioso por la ausencia de noticias de Claudio. Hixinio trataba de tranquilizarme, asegurándome que su primo, pese a todos sus defectos, era un tipo de palabra —sobre todo cuando le interesaba— y cumpliría con lo pactado. Más que su bienintencionado discurso, me tranquilizaba la idea de que conocíamos el camino

para llegar hasta él y su gente, por lo que aquel rufián no podía arriesgarse a que nos presentáramos de nuevo allí, esa vez acompañados de más hombres armados. Realmente, habíamos corrido un riesgo considerable al ir hasta allí; si Hixinio hubiera medido mal y Claudio no hubiera estado interesado en hacer tratos, bien podríamos haber acabado degollados y enterrados en un claro del bosque para evitar que los delatáramos. Sin embargo, no había sido así, por lo que confiaba en que eso significara que contábamos con alguna garantía acerca de su intención de cumplir con lo pactado. O eso, o se trataba de una comunidad itinerante y cuando llegáramos al poblado decididos a tomar represalias encontraríamos solo unas cuantas chozas abandonadas y nos quedaríamos con cara de idiotas.

Afortunadamente no fue necesario esperar mucho más. Un día claro, en el que el calor parecía apretar incluso más que en los inicios de aquel tórrido verano, el buhonero regresó a la finca. Su llegada nos sorprendió a Mario y a mí cortando gruesos tablones de madera ante la atenta mirada de los caballos, aburridos de triscar la escasa hierba que quedaba en los alrededores. Tal era el ruido que hacíamos con las hachas que no reparé en el traqueteo del desvencijado carromato hasta que se encontró a menos de treinta pasos de nosotros. El viejo nos escrutó de arriba abajo, murmurando algo, al parecer tratando de adivinar a quién debía dirigirse, y por último se acercó a mí.

—¿Eres el alano? —preguntó con una voz ronca que me recordó el ruido que hacían los pergaminos de Marco al desenrollarse.

Asentí con la cabeza mientras me secaba las manos con un trapo que tenía a mi lado en el suelo.

—Puedes encontrar a quien buscas a dos días de camino de Lucus hacia el oeste, en un poblado reconstruido en el cruce de caminos.

Al escuchar sus palabras me dio un vuelco el corazón.

—¿Claudio envía algo más para mí? —pregunté, ansioso.

Negó con la cabeza.

—Este era el trato; el resto ya es cosa tuya. —Se volvió dispuesto a marcharse, pero antes me lanzó una mirada burlona de soslayo y añadió—: También me dijo que el pequeño está muy alto para su edad. Parecía encontrarlo muy gracioso.

Graznó una carcajada y tiró de las riendas de su paciente mulo para continuar su camino hacia la finca. Mientras se alejaba me pareció oír que comenzaba a silbar animadamente su cansina melodía.

Agaché la cabeza, abatido y avergonzado por su chanza. La que iba a ser mi mujer criaría fuerte y sano al hijo de otro hasta convertirlo en uno más de mis enemigos. Maldito Claudio y su sentido del humor. Y maldito buhonero, que además de traerme las noticias me clavaba un puñal ardiente, agitando mis amargos celos y removiendo mi humillación con su carcajada.

Mi hora de abandonar la finca al fin había llegado. No había logrado reunirme con Aspasia, ni averiguar nada concreto con respecto a su nueva vida, pero al menos ya conocía su paradero, y estando tan cerca de Lucus, era más fácil continuar la búsqueda desde allí. Se lo comuniqué a Mario, que me escuchó sin cambiar el gesto, dispuesto a seguirme allí donde fuera necesario. Al menos le quedaban un par de noches para despedirse de su cocinera. Al día siguiente di también la noticia a Hixinio. Este, al contrario que Mario, no pudo ocultar la tristeza que le causó mi anuncio. Se había acostumbrado a no estar solo en aquel triste lugar y a contar con el apoyo que le dábamos tanto Mario como yo. Además, mi presencia allí le reportaba un poderoso aliado con el que defenderse de los manejos de Elpidio. Le prometí retornar con frecuencia a la finca para

mantenerme al tanto de los progresos de la manada, y le insté a tratar por todos los medios de que no volviera a suceder nada parecido a lo del año anterior. Si algo así ocurriera dos años seguidos, no apostaba mucho por que Cayo estuviera dispuesto a continuar. Y los únicos responsables seríamos yo a los ojos del viejo comerciante, e Hixinio a los míos.

Elpidio, en cambio, se alegró sobremanera de nuestra partida. Por supuesto, nos regaló un recital de pesar fingido, repleto de frases corteses invitándonos a regresar lo antes posible y tranquilizándonos respecto a la situación de los caballos en nuestra ausencia. Yo me limité a replicar que regresaría al mes siguiente, y así luna tras luna, por muy impracticable que se volviera el camino, lo que congeló la falsa sonrisa en su cara. No sabía hasta qué punto podría cumplir mis amenazas, pero esperaba que le quedara claro que no iba a librarse de mí tan fácilmente.

X

Regresamos a Lucus un cálido día de finales de verano. Traspasamos la recia muralla, cansados y sudorosos tras la cabalgada, y en el mismo instante en el que atravesamos el grueso portón ante la mirada de los guardas apostados en la zona me golpeó una oleada de nostalgia al pensar en los que habíamos dejado allí pocos meses atrás. Tan obcecado había estado durante nuestra estancia en la finca en obtener información sobre el paradero de Aspasia que apenas había dedicado un solo pensamiento a los que habían quedado al resguardo de aquellos formidables muros. Solo de vez en cuando, en las noches en las que el calor acumulado en mi pequeña estancia no me permitía dormir bien, se aparecía en mi imaginación la sonrisa sincera de Galieno. No podía olvidar al muchacho, ni tampoco deseaba hacerlo: viviría siempre en mi memoria, junto con los otros grandes amigos que el tiempo y las batallas me habían arrebatado, antes de que yo estuviera preparado para su pérdida. En cambio, apenas había tenido algún recuerdo para Marco, Issa, Cayo, las mujeres o el pequeño Artemio. Tras tanto tiempo añorando mi hogar cuando estaba lejos, no me había costado demasiado alejarlo de mis pensamientos ahora que lo tenía a mi alcance. Los hombres somos extraños: deseamos con intensidad lo que no podemos tener y, sin embargo, olvidamos fácilmente a los que nos quieren cuando otro asunto nos distrae. Debía tener presente que mi hogar siempre estaría allí donde estuvieran los míos, y en ese estío del año 457 estos se encontraban tras las murallas de Lucus, la antigua ciudad del divino Augusto, como solía llamarla Marco.

Pronto tuvimos ante nosotros la elegante *domus* de Cayo, a la que nos dirigimos como caminantes sedientos en busca de una fuente. La puerta exterior de la taberna se encontraba abierta, y vi con alegría que la vida parecía haber regresado al lugar. Me despedí de Mario con una palmada amistosa en el hombro mientras él tomaba a nuestras monturas por las bridas para llevarlas al establo donde pasarían esa noche y las siguientes, hasta que las volviéramos a necesitar. Yo me puse al hombro mis armas y el hatillo con la ropa con el que había partido y entré como si fuera un cliente más.

Sin duda habían hecho un buen trabajo durante mi ausencia. Lo que pocos meses atrás era una estancia sucia y destartalada aparecía entonces limpia y llena de vida, como si nunca nos hubiéramos ausentado de la ciudad para seguir al ejército de Teodorico. Era la última hora de la tarde, ya cerca del cierre, por lo que los parroquianos apuraban los últimos tragos mientras conversaban animadamente antes de regresar a sus hogares. Las teas distribuidas por el lugar proporcionaban un ambiente cálido y permitían entrever las mejoras realizadas: las mesas y taburetes parecían como nuevos, y lo mismo se podía decir de la anteriormente deslustrada barra. El primero en verme fue el britano, que se encontraba acodado en el mostrador, con la barbilla apoyada en las manos, observando a los clientes con gesto aburrido. Su mirada se iluminó de inmediato, y se acercó a paso vivo llamando a voces a las mujeres. Mientras saludaba al muchacho con efusividad, se hizo patente el golpeteo de unos pasos apresurados y al apartarse la cortina pude ver a Silvia, Vera y Sunna, las hispanas secándose las manos en las faldas y la vándala aún armada con un enorme cucharón con el que debía de haber estado removiendo uno

de sus guisos. La aparición de las tres mujeres despertó en mí una extraña mezcla de sensaciones. La alegría y el alivio que se dibujaban en el rostro de Silvia hicieron que la recordara a nuestra llegada, cuando la tristeza dominaba en su joven rostro. Vera me dedicaba una enorme sonrisa repleta de aquella dulzura que su bello rostro sabía transmitir tan bien; la llegada de la hispana había supuesto, sin que ella lo pretendiera, un punto de inflexión en nuestra campaña, y había añadido un nuevo factor en las decisiones que habíamos tomado desde que la rescatáramos de la casa de su amo suevo en Emerita. Creo que su presencia fue importante no solo para Issa, sino también para el resto de nosotros: no habíamos dejado de lado el acero, pero habíamos vuelto a hacer hueco en nuestra mente a alguien para quien la espada no representaba su único medio de vida, y para la que nosotros éramos su única esperanza. Pero la sensación que me produjo volver a mirar a Sunna a aquellos grandes ojos no tuvo nada que ver con lo que había sentido al reencontrarme con las dos hispanas. Tras su gesto, siempre adusto, en el fondo de aquellos iris grisáceos como el mar antes de la tempestad percibí una calidez intensa que me impresionó. Por primera vez me di cuenta de que aquella apariencia dura que mantenía constantemente desde que la conociera en Asturica no dejaba de ser eso: una fachada. Que, aunque la vándala pareciera forjada con el mismo acero que mi espada, tenía, como todos los demás, sus miedos, esperanzas y sueños. En un primer instante, me pareció que todos los músculos de su cuerpo se relajaban, e incluso un atisbo de sonrisa aleteó en sus labios. Pero casi inmediatamente dejó de lado aquella muestra de debilidad y volvió a componer el gesto serio que la caracterizaba. Debía de haber sido muy duro para ella, al igual que para Vera, dejar atrás su antigua vida y tener que adaptarse a una nueva ciudad sin contar con demasiado apoyo. La hispana tenía a Issa a su lado, pero dudaba que la vándala, orgullosa como era, se hubiera permitido mostrar el menor signo de flaqueza. Con Marco ocupado en sus propias responsabilidades, mi prolongada ausencia debía de haber supuesto un motivo suplementario de preocupación en la nueva vida que entre todos comenzaban a construir.

Mientras ella se quedaba algo retirada, tanto Silvia como Vera se arrojaron a mis brazos ante la sonrisa de los clientes. Siguiendo un impulso que no sabía si sería bien recibido, atraje también a Sunna para incluirla en aquel abrazo y apreté con fuerza a las tres mujeres contra mi pecho. Ante mi sorpresa, la vándala cerró los ojos y se abandonó a la calidez del reencuentro. Cuando me pareció que comenzaba a sobrepasar los límites de la cortesía las solté a regañadientes, y me sentí estúpido y egoísta por haberlas abandonado durante tanto tiempo al poco de llegar. Pero también era cierto que mi maltrecho corazón debía recomponerse —o terminar de romperse en pedazos— antes de estar en disposición de afrontar un nuevo comienzo. Sin embargo, me prometí a mí mismo no volver a alejarme de los míos durante tanto tiempo. Cuando pude hablar de nuevo, mis primeras palabras fueron para preguntar por Marco. Mi pequeño Marco, como solía llamarlo en aquella vida que parecía tan lejana. Enseguida supe que tanto él como su tío se encontraban en la antigua basílica, reunidos con el rector de la ciudad y otros notables.

Los clientes se fueron marchando, e Issa cerró apresuradamente la puerta para que nadie viniera a alterar nuestro feliz reencuentro. Me asaetearon a preguntas acerca de la finca, de lo que había hecho allí y de cuándo pensaba retornar a ella. Les pedí calma —y algo de comer— y nos sentamos alrededor de una de las mesas para degustar un sabroso guiso y unos tragos de cerveza amarga. Respondí con paciencia a cada uno de ellos, y les pregunté a mi vez por todo lo sucedido durante mi ausencia. Alabé el trabajo que habían realizado en la taberna, asegurándoles que me había sorprendido gratamente, lo que arrancó sonrisas de satisfacción de todos ellos, incluso de Sunna. Silvia, mi administradora, como pensé divertido, no tuvo más que palabras de elogio para

sus nuevos compañeros. Issa relató con una sonrisa las numerosas anécdotas que habían vivido mientras acondicionaban el local y cuando la apertura al público los enfrentó a sus nuevos clientes. Compartimos carcajadas mientras el britano exponía indignado las dificultades que habían tenido para atajar las libertades que algunos de ellos habían pretendido tomarse con nuestras bellas camareras; él se había esforzado en cumplir mis órdenes de actuar con firmeza pero sin provocar escándalos, pero Sunna había repartido más de una bofetada, así que al final los parroquianos habían acabado por temer más al genio vivo de la rubia que a las amenazas del britano. Yo rebosaba de orgullo por cómo habían respondido todos a la confianza que había depositado en ellos; no me había preocupado por el resultado de mi apuesta, pero aquel desenlace me había dejado plenamente satisfecho. Sin duda, su actuación había avalado mi respaldo ante nuestro benefactor común, Cayo.

Cuando ya era de noche cerrada, y nosotros seguíamos bebiendo y charlando alegremente, Cayo y su sobrino entraron en la taberna desde el peristilo de la casa familiar. Ambos lucían elegantemente ataviados, con caras togas que los distinguían como acaudalados ciudadanos. La reunión con Palagorio y otros notables debía de haber sido de relevancia, pues en contadas ocasiones los había visto vestidos de aquella guisa.

Me puse en pie para recibirlos y me acerqué a la puerta con paso algo vacilante tras la cantidad de cerveza ingerida; mientras estuve sentado no me había dado cuenta, pero al levantarme de golpe no pude evitar tambalearme. Miré con aire de disculpa a Cayo, mientras Marco, sorprendido por mi inesperada presencia, abandonaba su lado para correr hasta mí, cambiando el ceño fruncido que traía por una gran sonrisa. Sacudido por una nueva oleada de orgullo al verlo tan formal, aproveché para apoyarme en su hombro, a la vez que hurtaba mi rostro de su mirada, pues entre el alcohol y las emociones comenzaba a temer que mis ojos me dejaran en evidencia. Issa se había apresurado a arrimar dos nuevos taburetes, así que les hicimos un hueco en la atestada mesa para que pasaran la velada con nosotros. Les informé someramente de lo sucedido en la finca, pero dejé para otra ocasión el transmitirles mis temores sobre la situación de la región. Mis compañeros no tenían por qué estar enterados, y prefería esperar a que hubiera dado al fin con Aspasia y reunido nuevos datos antes de preocupar a Cayo. Además, algo en mi interior me decía que debía andarme con cuidado con Claudio: cualquier gesto que pudiera ser tomado como una traición podría acarrearme consecuencias, y Aspasia e Hixinio serían los únicos que las sufrirían.

Esa fue una de las mejores noches que recuerdo en aquellos años. No es que ocurriera nada especial, pero regresar a aquel lugar, a mi casa, fue un bálsamo para mi corazón desgarrado. Reímos a carcajadas, y hasta el habitualmente protocolario Cayo se divirtió a conciencia con las ocurrencias que compartimos. Ya avanzada la noche, nuestro anfitrión se excusó y nos abandonó, según nos dijo, para descansar su embotada cabeza tras un duro día de aburrida política, pero el resto decidimos alargar la velada. Marco nos contó las noticias que había logrado recabar sobre el destino de Agriwulf: el warno, como ya suponíamos por los rumores que circulaban desde principios de verano, había encontrado la muerte en su refugio de Portus Cale. Aprisionado por el firme cerco de Akhila al antiguo castro, su caída solo habría sido cuestión de tiempo. Sin embargo, sorprendentemente, el padre de Salla, en vez de limitarse a aguardar hasta que el tiempo le diera la victoria, se había decidido a tomar por asalto las murallas. Elucubramos sobre sus motivos: no podíamos saber si las posibilidades de auxilio o huida habían tenido que ver en su arriesgada decisión, pero intuíamos que también debía de haber influido la reticencia de Akhila a verse obligado a ejecutar a sangre fría a su antiguo

compañero de la infancia en caso de que se entregara, en lugar de darle la oportunidad de morir con su arma en la mano. No había alternativas: Agriwulf y los que le habían secundado debían morir por haber traicionado a su rey, y el *comes* era el arma que Teodorico había decidido emplear para ello. Así que se había lanzado a cumplir su misión hasta sus últimas consecuencias, apostando fuerte por un desenlace rápido y expeditivo que, aunque arriesgado, permitiría a Agriwulf conservar los jirones de honor que aún le quedaran. Por lo que pudo saber Marco, durante la toma de las murallas ambos bandos lucharon con uñas y dientes. El warno, consciente de que no había perdón posible para su traición, afrontó el desafío dispuesto a matar a Akhila o morir bajo el filo de su acero. Marco desconocía los detalles del desenlace, así que no sabíamos si el duelo había llegado a producirse, pero lo cierto era que el *comes* había sobrevivido a la contienda y Agriwulf, el que fuera siervo de su padre, no.

Así, tras largos meses de conflicto, la amenaza que suponía la sublevación goda en el suelo de Gallaecia había tocado a su fin, aunque la situación en que quedaba la provincia distaba mucho de ser halagüeña: el panorama que se abría en aquel recóndito lugar de Hispania estaba dominado por la incertidumbre. Akhila, tras su sufrida victoria, levantó a toda prisa el campamento y, en lugar de permanecer en los alrededores y hacerse fuerte en Braccara, ciudad que todavía contaba con una pequeña guarnición goda, reunió a todos sus hombres y abandonó la provincia de regreso a Tolosa. Hacía menos de una luna que su ejército, de poco más de mil hombres, había pasado por las ruinas en reconstrucción de Asturica para perderse en el interior de la Tarraconensis. Y ahora, sin el ejército godo en los alrededores y con el pueblo suevo diezmado y dividido en dos facciones enfrentadas —los que se habían unido a Agriwulf y los que no habían aceptado su autoridad—, lo que cabía esperar del futuro era toda una incógnita. Y en esta situación, los que más tenían que ganar eran los audaces y los desesperados, pensé acordándome de Claudio.

No dejaba de sorprenderme la naturalidad con la que Marco hablaba de todo lo relacionado con la situación política de la ciudad, a la que hacía poco más de tres lunas que habíamos regresado. Sin duda su tío se había dado prisa en cumplir su promesa de introducirlo en los círculos de poder, presentándolo al propio rector de la urbe, el noble Palagorio. Este había escuchado al muchacho con interés, ansioso por conocer todo lo que podía revelarle sobre Akhila, su carácter y su forma de proceder, y había comentado abiertamente con él las noticias que había recabado a fin de cotejar si lo que los rumores atribuían al godo se ajustaba a lo que Marco había podido conocer sobre él durante su convivencia. Como relataba Cayo, resplandeciente de orgullo, Palagorio, impresionado por la sensatez y seguridad con la que se expresaba Marco, hacía poco menos de una luna había sorprendido a todos ofreciéndole el cargo de tribuno militar de la ciudad. El muchacho, en cambio, parecía más abrumado que satisfecho con su nueva responsabilidad. Pocos hombres he conocido, ni antes ni después, más metódicos y responsables que él. Creo que solo aquella vez en que nos embarcó en la aventura que nos hizo seguir el destino del ejército de Teodorico dejó que su corazón venciera a su razón. Claro que en ese entonces era poco más que un muchacho, y aquel viaje lo había convertido en un hombre. Había pagado un alto precio por su madurez, y sería una lección que nunca olvidaría; yo podría dar fe de ello en el futuro.

Aquella noche Marco defendió con pasión el argumento que a partir de entonces tantas veces escucharía de sus labios: aquel se presentaba como el momento propicio para que los habitantes de Gallaecia tomaran las riendas de su destino. No se refería solo a Lucus, sino también a sus alrededores, e incluso a otros centros urbanos relevantes, como las castigadas Asturica y

Braccara. Ya estaba bien de agachar la cabeza ante los invasores: había que sobreponerse al vergonzoso olvido al que los relegaba el decadente imperio y comenzar a tomar por ellos mismos las decisiones que les atañían. Aquella tierra era suya, y ellos debían ser los que dictasen las leyes que imperaran bajo sus pies. Era un discurso que el joven, como vería con el tiempo, manejaba a las mil maravillas.

Después de que la violencia marcara su infancia, su experiencia al lado de los godos durante el saqueo de Asturica había terminado por moldear su manera de pensar: no se podía confiar en nadie más que en uno mismo, ni siquiera en un imperio cuyo principal papel en la diócesis parecía limitarse a desangrar a los escasos ciudadanos que todavía transigían en pagar los desorbitados tributos que se les reclamaban. A mí, por supuesto, sus ideas me parecían correctas y adecuadas a las circunstancias, pero mucho me temía que sus conciudadanos no estaban preparados para esa forma de pensar. Hasta el propio Palagorio, que no había dudado en erigirse en su mentor, se mostraba extremadamente cauto cuando el joven defendía sus argumentos en público. No todo es tan sencillo como parece: múltiples intereses se esconden detrás de cada persona, especialmente de las que detentan el poder en cualquiera de sus formas.

Cansado tras las emociones del reencuentro, y ligeramente embotado por la cantidad de cerveza que había ingerido, seguí a Marco hacia la *domus* para tomar posesión de la que sería mi nueva habitación en la casa principal. Cayo me había cedido un pequeño cubículo, sobrio y bien ventilado, que según me dijera Marco llevaba dispuesto para mí desde poco después de mi partida hacia la finca. Me despedí de él con un nuevo abrazo, y sin siquiera quitarme la ropa caí profundamente dormido sobre el camastro impoluto con una gran sonrisa en mis labios.

Con el paso de los días volví a sumirme en la tranquila rutina que había llenado mi vida en la ciudad años atrás. Disfruté como antaño de cada instante de paz que me deparaba la sencilla vida de la urbe, que apreciaba más si cabía después de la dura campaña que habíamos vivido. Recorrí de nuevo sus tranquilas calles como un ciudadano más, y asumí otra vez la respetable vida de un honesto y pacífico tendero. Pero aún había algo que me atormentaba, y era el momento en que por fin me viera frente a frente con Aspasia.

Esperé un tiempo prudencial, hasta que los míos se acostumbraron de nuevo a mi presencia, antes de ponerme en camino en busca de las respuestas que mi corazón tanto ansiaba. Al fin, poco después de que el otoño comenzara a mostrar que había llegado para quedarse, decidí que era el momento. Antes del alba, cuando la mayoría de los habitantes de la ciudad dormía plácidamente, partí acompañado por el fiel Mario. Tuve que apelar a mi amistad con el flamante tribuno militar para lograr que los adormilados guardas que custodiaban el portalón accediesen a abrirlo para nosotros antes que para el resto de los transeúntes.

Cuando faltaban pocos días para salir avisé a Marco de mis intenciones; en un primer momento se ofreció a acompañarme, pero tuvo que darme la razón, aunque con evidente fastidio, cuando le recordé que sus nuevas obligaciones no le permitían exponerse de aquella manera. Finalmente sería Mario el que me acompañara una vez más.

No sabíamos con certeza cuánto tiempo estaríamos fuera de la ciudad, así que llenamos generosamente nuestras alforjas con comida y agua para varios días, y añadimos mantas para abrigarnos durante las noches que pasaríamos al raso. Según salimos de la ciudad dirigimos nuestros pasos hacia el oeste, tal y como me había indicado el sarmentoso buhonero. Desde que

escuchara sus palabras había estado repasando mentalmente una y otra vez lo que conocía de la zona, y aunque no podía estar seguro, porque en esa ocasión nos acercábamos desde el este, cada vez tenía más claro que nuestro camino nos iba acercando al antiguo campamento romano que habíamos asediado el año anterior junto a las tropas de Akhila, con órdenes de desalojar a los suevos que se habían refugiado tras sus muros después de la derrota del Urbicus. Esperaba que no fuera así, porque aunque Ibbas y los suyos se habían afanado en desmantelar las estructuras defensivas tras el asalto y el posterior incendio, si los nuevos moradores habían logrado restaurarlas esto dificultaría sobremanera cualquier intento de acercarme a Aspasia con discreción. En realidad, todavía no sabía cómo me las arreglaría para abordarla sin alarmar a sus nuevos vecinos. Llevaba varios días dándole vueltas a la cuestión, pero siempre acababa por posponerla hasta que llegara a mi destino y pudiera hacerme una idea clara de la situación.

Habíamos empaquetado armas entre nuestras pertenencias, más para poder defendernos durante el camino que porque confiáramos en que nos sirvieran de ayuda en el caso de que las cosas se pusieran feas frente a los suevos. Por mucho que Palagorio tratara de limitar su uso dentro de los muros de Lucus, según la costumbre establecida en el antiguo imperio, a mí no me gustaba dar un paso sin ellas. De todas maneras, confiaba en resolver el asunto sin tener que utilizarlas.

A medida que avanzábamos, la idea de que nuestros pasos nos acercaban inexorablemente a las ruinas del antiguo campamento que tan bien conocía fue cobrando fuerza. Hasta que al fin nos encontramos a sus pies. Amparados en la maleza que circundaba la edificación, nos detuvimos a observar en silencio entre los huecos de la muralla, que se alzaba irregular y ennegrecida como la triste dentadura de un anciano, cómo se iban encendiendo cada vez más fuegos frente a las rudimentarias cabañas que salpicaban el interior de la otrora orgullosa fortaleza. Me encaramé con cuidado a un tronco para otear más cómodamente el interior; desde allí me pareció contar algo menos de cuarenta chozas, muchas de ellas apoyadas en los tramos del muro que permanecían en pie. Calculé que a lo sumo un centenar de hombres y mujeres debían de vivir en ellas. Todo lo que habían construido tenía un aspecto rudimentario e inestable, aunque no era de extrañar, dado que hacía menos de un año que habíamos reducido el asentamiento a cenizas y apenas dos lunas desde que las últimas tropas godas habían abandonado la región. Probablemente, los suevos llevarían pocos meses tratando de asentarse en las cercanías, y se habían centrado en lo más básico: hacer habitable el lugar para ellos y sus familias, dejando para más tarde las consideraciones defensivas y las comodidades más superfluas. Ya tendrían tiempo, si la situación de la provincia continuaba a la deriva y poco a poco iban llegando nuevos refugiados, de volver a hacerse fuertes en el lugar cuando contaran con suficientes hombres para defenderlo. Por fortuna para nosotros, habíamos llegado antes de que eso ocurriera, pero si nadie hacía caso de las sabias palabras de Marco, no pasaría mucho tiempo antes de que nuestros temores se hicieran realidad.

No encendimos fuego alguno para no llamar la atención de los habitantes de la aldea; aunque las noches otoñales comenzaban a ser frescas, la temperatura continuaba siendo lo suficientemente agradable para que no lo echáramos de menos. Recorrimos los bosques circundantes, que tan familiares me resultaban después del tiempo que pasamos en ellos durante el asedio, hasta decidirnos por una de las numerosas cuevas que horadaban las colinas cercanas, que nos pareció adecuada para refugiarnos, y acumulamos helechos secos para dormir con mayor comodidad.

Antes de conciliar el sueño estuve dándole vueltas a las alternativas que se desplegaban ante

mí. En un primer momento valoré la posibilidad de buscar ayuda, o por lo menos información, en Cirilo y sus hombres, los mismos que nos habían dado la clave para penetrar las defensas del campamento fortificado en la ocasión anterior. Sin embargo, acabé por descartarlo: aunque solo podía suponer de qué índole serían las relaciones de los aldeanos de la zona con sus nuevos vecinos —esperaba que Cirilo hubiera hecho caso de mi consejo de retirar el cadáver crucificado de uno de los suevos que había tratado de huir hacia los bosques tras la derrota, porque sin duda habría sido un mal comienzo para una convivencia tranquila—, podía apostar a que ya habrían estallado los primeros conflictos entre los nuevos habitantes del ruinoso campamento y las aldeas de los alrededores. Pero yo, en esa ocasión, no tenía ningún ejército a mi lado que me respaldara, así que nada podía ofrecerle. Es más, vista la actitud mayoritaria de los hispanos de Lucus, ni siquiera podía transmitirle la esperanza de que los suyos estuvieran dispuestos a intervenir, ni pronto ni tarde, para ayudarlos a defenderse en caso de que los roces fueran a más.

Me desperté en mitad de la noche para relevar a Mario en su turno de guardia. El aire fresco y el torbellino de pensamientos que sacudía mi mente me mantuvieron bien despierto, rodeado de los tenues sonidos de la vida nocturna del bosque. Por un lado temía no encontrar ni rastro de Aspasia, y por otro, enfrentarme a verla de nuevo. Aún no sabía cómo reaccionaría yo, y mucho menos qué me diría ella. ¿Se acabaría de golpe la pesadilla? Después de todo, ella me daba por muerto; al verme allí, ¿correría hacia mí, me abrazaría con fuerza, lloraría de alivio tras haber llegado a perder la esperanza? El corazón me latía, desbocado, evocando el olor de su cabello, el tacto de su piel. La imaginé pidiéndome permiso para ir a recoger a aquel pequeño huérfano que había adoptado, y el brillo que iluminaría sus ojos cuando le dijera que estaba dispuesto a criarlo como si fuera mi propio hijo. Recordé mi promesa a santa Eulalia: regresar sanos y salvos, el perdón de la hispana, formar con ella una familia. Aunque no se hubiera resuelto tal y como había previsto, todavía había una oportunidad. Ese momento, en el que al fin volvía a estar todo en orden —la ciudad tranquila, la taberna en marcha, Marco codeándose con los poderosos...—, no podía ser más adecuado para completar el círculo y colmar mis sueños. Aunque, claro estaba, también podía salir todo mal. Sacudí la cabeza para alejar aquellas agradables fantasías: era preferible avanzar paso a paso, o mejor incluso prepararse para lo peor. Pero tampoco tenía fuerzas para enfrentarme a otra pregunta que me rondaba hacía tiempo: si Aspasia me rechazaba, si prefería quedarse con aquel otro hombre del que me habían hablado y con el hijo de ambos, ¿cómo reaccionaría yo? ¿Sería capaz de controlar mi ira o simplemente acabaría con ella? ¿Cómo me sentiría después? Usando un símil cristiano, me sentía a un paso de una puerta que no sabía si conduciría al cielo, al infierno o a una suerte de purgatorio. O quizá, fuera cual fuera el caso, ni siquiera me dejaran entrar a comprobarlo. Por todos los dioses, aquella incertidumbre era mil veces peor que cualquiera de las batallas a las que me había enfrentado.

Poco después del amanecer salimos de nuestro escondrijo y poco a poco, como si fuéramos animales que tratan de pasar desapercibidos ante sus depredadores —aunque me atraía más la idea de compararnos con dos lobos en plena cacería— nos acercamos lentamente hasta los alrededores del poblado. La quietud dominaba el lugar, aunque las leves columnas de humo que se elevaban desde algunas chimeneas daban fe de que el día ya había comenzado para algunos de sus habitantes. Amparados en la maleza, tratamos de no perder detalle de lo que sucedía. A medida que avanzaba el tiempo, iba aumentando la actividad, hasta que nos llamó la atención un pequeño grupo que se reunía en el ancho camino abierto entre las cabañas, que llevaba a lo que había sido la puerta principal de la semiderruida muralla. El grupo, compuesto por un hombre y cuatro mujeres acompañadas por algunos críos, avanzó hacia el bosque, donde probablemente

irían a buscar leña, agua o quizá algo para comer. Avanzamos entre los arbustos para alejarnos de la zona por donde preveíamos que pasarían, atentos a sus evoluciones. Mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho: llegué a pensar que su latido debía de resonar en todo el poblado. Pero pronto pude comprobar que ninguna de aquellas mujeres era Aspasia.

Al día siguiente regresamos al mismo punto de observación y averiguamos que la rutina se repetía, aunque los componentes del grupo habían variado. Dado que no se me ocurría ningún plan mejor, me armé de paciencia, dispuesto a perseverar algunos días más antes de rendirme o probar un acercamiento más directo. Tal vez Mario pudiera entrar con alguna excusa, echar un buen vistazo e intentar concertar una cita con Aspasia, si es que la encontraba.

Al tercer día de observación, mientras discutíamos en voz baja qué pretexto podía utilizar el hispano para acercarse a las chozas y si yo debía acompañarlo o resultaría demasiado arriesgado, vimos como el grupo de recolectores se reunía en el punto habitual. Desde que distinguimos las figuras en la lejanía una extraña sensación atenazó mi garganta, y dejé de hablar para escrutar a las mujeres con atención. Mario tuvo que tirar de mí para que no abandonara el resguardo de los matorrales en mi afán por observarlas mejor. Esa cintura, ese modo de caminar, el gesto nervioso al agitar su melena morena... Por fin, Aspasia. A medida que se acercaban, un leve asentimiento de Mario me confirmó que también él la había reconocido. Si acaso eso fuera posible, me pareció sentir frío y calor a un tiempo.

Esa mañana el grupo estaba compuesto por cuatro mujeres y dos hombres, ambos demasiado viejos para ser guerreros. No había niños, aunque cuando alcanzaban la puerta se les unió un muchacho de unos trece o catorce años. Avanzaban despreocupadamente, como si ningún peligro pudiera acecharlos. Aspasia sujetaba entre sus manos una gran cesta de varas de castaño, y asentía distraída a los comentarios que hacía otra de las mujeres, una sueva de anchas caderas y enormes pechos colgantes, con aspecto de haber traído ya una buena docena de hijos al mundo. Los viejos se alejaron pronto para revisar si había quedado atrapada alguna pieza en las rudimentarias trampas de las que acostumbraban sembrar los bordes del sendero, mientras las mujeres se concentraban en remover la hojarasca en busca de setas o en recoger bayas comestibles de los arbustos. El muchacho seguía los pasos de la más joven de las mujeres como si fuera un perrillo faldero, aunque ella lo ignoraba ostensiblemente, pero cuando se retrasaba se dedicaba a remolonear hasta que se aseguraba de volver a tenerlo cerca. Mujeres...

Poco a poco, el grupo se fue dispersando ante nuestra atenta mirada. Apenas podía contener mi impaciencia mientras observaba el caminar de Aspasia, siguiéndola a distancia, con cuidado de no delatar nuestra presencia. Con el corazón en un puño, vi que sus pasos iban acercándola poco a poco hacia donde nos habíamos resguardado, mientras el resto del grupo continuaba por el sendero. Mario me señaló un gran arbusto repleto de bayas que dominaba un claro cercano que quedaba oculto desde el sendero, indicándome que avanzara hacia allí, y a continuación arrojó una pequeña piedra que hizo que sus ramas se agitaran y llamaran la atención de Aspasia hacia la zona. Yo lo miré con los ojos muy abiertos, preocupado por si el ruido alertaba a alguien más, pero los otros ya se encontraban lejos. Aspasia dio un respingo y se acercó con una leve sonrisa, satisfecha por su hallazgo, que le permitiría llenar su cesta de los preciados frutos. Observé su rostro, bello como siempre, aunque por primera vez reparé en las pequeñas arrugas que se marcaban en la comisura de sus párpados. Sin embargo, su mirada seguía irradiando aquella luz viva que tan atractiva me resultaba. ¿Qué edad podía tener ya? Más de treinta, seguro, pero a mis ojos seguía igual de hermosa que cuando la conocí, tantos años atrás.

Mario me hizo una seña para decirme que se ocuparía de vigilar al resto de la partida, para

avisarme si llegaba el caso de que alguno se acercara buscando a la hispana, y se alejó pisando con cuidado para no arrancar crujidos a la hojarasca. Yo respiré profundamente para tomar valor y me dispuse a abordar a Aspasia, que se había agachado al pie del arbusto y se afanaba en recolectar las bayas con sus ágiles dedos. No sabía cómo acercarme para evitar que gritara al verme; opté por susurrar su nombre, lo que hizo que se incorporara de un salto mirando a su alrededor, estremecida. Aparté los helechos tras los que me ocultaba y me mostré ante sus ojos asustados, llevándome un dedo a los labios para pedirle silencio.

La cesta cayó de sus manos, mientras ella daba dos pasos hacia atrás, mirándome como si contemplara una aparición. Sus ojos, extraordinariamente abiertos, lucían enormes. Me acerqué lentamente, extasiado al contemplar ante mí su belleza tras tanto tiempo soñándola. Los recuerdos llenaban mi mente y me provocaban un intenso dolor en el pecho.

—Aspasia... —acerté a susurrar de nuevo.

Tras tantas lunas de sentirme viejo, entonces me pareció ser de nuevo un inexperto y tímido jovenzuelo frente a su primer amor.

—¿Attax? —respondió ella, con aquella voz dulce que me cautivaba—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás loco? ¡Pueden descubrirte!

Su tono urgente y su ceño preocupado me trajeron de vuelta a la realidad. Nada de lágrimas de alegría y abrazos apasionados, solo sorpresa y desasosiego.

—¿Y tú me lo preguntas? —repuse, sin poder evitar mi enfado—. Te prometí que volvería junto a ti. Lo que no esperaba era tener que venir a buscarte tan lejos, ni encontrarte rodeada de esta maldita chusma.

—Attax, le dije a Silvia que no me buscaras. —Tragó saliva trabajosamente, pero endureció la mirada y continuó con firmeza—. Ahora todo ha cambiado. Tuve que tomar esta decisión hace tiempo, pero ya no hay marcha atrás.

—Silvia me transmitió fielmente tu recado, y nada me ha dicho sobre tu paradero —mascullé —. Pero debiste suponer que no me rendiría tan fácilmente.

—Lo único que podía suponer era que estabas muerto —me espetó, también enojada—. Y ahora márchate: los forasteros no son bienvenidos aquí.

—No me iré sin saber por qué te marchaste. ¿Muerto? ¡Ya ves que no! Regresa conmigo. ¿O es que acaso ya no me amas? ¿No puedes perdonar mi decisión de acompañar a Marco? ¿Has olvidado todo lo que hemos compartido?

—No hay nada que explicar, Attax. Tú tomaste tu decisión, y yo la mía.

La miré desconsolado, sin saber bien lo que decir.

—Pero... He regresado... Te lo había prometido, y he vuelto, ¡por ti y por mí!

—Por favor, no lo hagas más difícil; ya es bastante duro para que sigamos haciéndonos daño. Ahora debes irte: este lugar no es seguro para ti, ni para mí si me encuentran contigo.

Desesperado e impotente, la furia que llevaba rato tratando de dominarme tomó finalmente el control de mi persona.

—Puedo aceptar que no me perdones. Tal vez hasta que nunca me hayas querido —siseé con furia—. Pero ahora vives con nuestros enemigos, como si fueras una de ellos, y no concibo mayor traición. ¿En qué te has convertido, Aspasia? ¿No recuerdas ya las llamas en Conimbriga? ¿Las lágrimas de Marco junto al cadáver de su padre? ¿Los cuerpos destrozados de las que fueron tus compañeras en las cocinas después de que aquellos bastardos acabaran con ellas? —añadí, con cierta crueldad.

Su gesto reflejó el golpe: nunca le había descrito aquella escena desgarradora. En ese

momento quería que comprendiera la magnitud de su error y, en el fondo, también que sufriera por ello. Pero su respuesta me dejó de piedra.

—¿Y quién eres tú para decírmelo? —masculló entre dientes, altos los ojos, helado el tono—. He escuchado mil veces tus historias: las batallas junto a los vándalos, la toma de Hispalis. ¡Por Dios santo, vuelves de una campaña tras la que este propio lugar, Braccara o Asturica quedaron destrozadas! ¿Acaso no has matado a inocentes? ¿Acaso no has forzado a mujeres? ¿No debería haberte odiado entonces también a ti? Pero no te odié, Attax; te amé desde que te conocí, con una intensidad que quizá nunca hayas comprendido. ¿Qué sabrás tú qué es amar? —Sus duras palabras atravesaron mi alma—. Pero ya estoy cansada. Me cansé de tu egoísmo, de no saber qué deseabas ni qué podía esperar de ti. Y ahora mi vida es otra. He seguido mi propio camino, y tú no eres nadie para juzgar mis decisiones.

Me quedé boquiabierto, sin saber bien qué contestar. Quise defenderme, decirle que conocerla me había cambiado, que desde que supe lo que era tener un hogar y querer a una mujer me tomaba la guerra de otra manera. Aclararle que, por lo que yo sabía, las noticias de Braccara habían llegado a Lucus exageradas, y que cuando ocurrió la masacre en Asturica nosotros ya no estábamos junto a los godos. Pero todo eso se disipó cuando sentí el puñal de sus agrios reproches y me di cuenta de que se me estaba escapando la última oportunidad de plantear aquella pregunta que me torturaba.

—¿Es cierto entonces que me abandonaste por otro hombre? —Mi voz adquirió un tono duro, lleno de la amargura que me consumía—. ¿Es cierto que le has dado a él el hijo que a mí siempre me negaste?

Me dirigió una mirada extrañamente intensa, en la que la ira fue dejando paso a una profunda tristeza. Disipada la fiereza de su enfado, pude leer en su rostro que tenía el corazón destrozado y que de alguna manera aún me quería. Pero ya no había esperanza en sus ojos. No había futuro que construir juntos.

—Por favor, no sigas por ese camino —rogó en un susurro, sus hombros agitados por un súbito temblor—. Me alegra que estés vivo, y siempre te llevaré en mi corazón. Pero no debemos volver a vernos. —Contuvo un sollozo, y vi una lágrima resbalar por su mejilla.

Sin poder reprimir el impulso, me acerqué a ella para abrazarla, pero enseguida se hizo a un lado como si fuera un animal herido.

—¡Por favor, vete ya! —exclamó, secándose el rostro con las mangas del vestido.

Me aparté, comprendiendo por fin que nada de lo que dijera la haría cambiar de idea. La había perdido, y lo más cruel era que no sabía bien por qué. Me negaba a creer que todo hubiera sido fruto del enfado que le provocó mi partida hacía un año. Quizá mis errores hubieran comenzado mucho antes, sin que yo fuera consciente de ello. Tal vez nunca supe darle lo que ella necesitaba.

—Estaré en Lucus, en casa. Por si deseas volver —acerté a decir con voz temblorosa.

Aspasia asintió casi imperceptiblemente y se dio la vuelta, dejándome solo en el claro del bosque, abatido y desconsolado, mientras ella se alejaba hacia donde se encontraba el resto de los que había decidido que fueran los suyos.

XI

La paz interior que creía haber recobrado pocos días antes se había esfumado en tan solo unas horas, como se evapora un charco poco profundo en un día caluroso de verano. E igual que ese imaginario charco quedó mi confianza en mí mismo, en los que me rodeaban e incluso en mi propia cordura: vacía.

Pasé las siguientes lunas como un alma en pena, sin atender a otro sentimiento que no fuera mi propio dolor. Los que me aguardaban en Lucus a mi regreso, aunque sorprendidos por mi repentino cambio de actitud, procuraron no agobiarme con preguntas difíciles de responder; o tal vez debo reconocer que en un primer momento sí que lo intentaron, pero mi actitud, huraña y distante, pronto les convenció de que lo mejor era dejarme en paz. Enfrentarme a la ausencia definitiva de Aspasia, incapaz de comprender sus motivos, insatisfecho con sus respuestas y dolido por sus reproches, había removido también mi dolor por la muerte de Galieno, y como sucede con los árboles a la llegada del invierno, mi corazón quedó desnudo y helado. La tristeza que creía haber desterrado regresó para arraigarse profundamente en mi alma, como las nudosas raíces de un viejo roble, que crecían alimentadas por el río oscuro de mis pensamientos.

Aparte del siempre discreto y silencioso Mario, únicamente Marco sabía lo que había sucedido en aquellos días que había pasado fuera de la ciudad. A él confié mis penas en los escasos momentos en los que necesité hablar de ellas, y siempre supo escucharme, aunque nada podía decir que me reconfortara. El muchacho era tan incapaz como yo de entender qué había ocurrido en nuestra ausencia, y también le costaba perdonar el destino que había elegido aquella mujer que lo había ayudado a superar cuando niño el sufrimiento causado por los mismos con los que ahora convivía. La conversación acababa siempre por llevarnos a las consecuencias de nuestra partida, hasta que la profunda tristeza que arrastraba Marco terminaba por darme fuerzas para dejar mis preguntas a un lado e intentar consolarlo. Aspasia y Galieno. Dos de las personas más importantes de mi vida en ese momento me habían abandonado de una manera o de otra, y me centré en el pilar más importante que me quedaba: el afecto de Marco.

Me temo que durante muchas semanas fui una compañía horrible. Me desentendí de mis responsabilidades. Contestaba con gruñidos y me sentía incapaz de sonreír. Bebía en exceso, hasta que conseguía embotar completamente mis sentidos, y, dolido y desengañado por el rechazo de la única mujer a la que había amado de veras, traté de comprar consuelo en las más sórdidas tabernas de la ciudad. Pero, ante mi desesperación, nada me llenaba: terminaba mis noches de vino y mujeres más vacío que nunca, hasta que decidí poner fin a tan estéril búsqueda tras una patética noche que pasé contando mis penas a una bella prostituta morena —me recordaba tanto a ella...—, hasta que me quedé dormido sobre su generoso busto, tras horas de llorar como un niño escuchando sus palabras consoladoras y sus consejos maternales. El siempre amable Issa, como tantas otras veces, tuvo que recorrer mis tabernas favoritas hasta que dio conmigo y me ayudó a regresar a la *domus* apoyado sobre su hombro. Su actitud paciente —solía ofrecerse a pasear conmigo hasta que lograba despejarme, aguantando estoicamente mi mal humor— y la mirada que me dirigió Sunna cuando llegamos, más compasiva que desaprobadora,

terminaron por convencerme de que debía hacer algo para salir por fin de aquella negra amargura que amenazaba con acabar conmigo.

Una vez tomada la resolución, fue Marco el que finalmente consiguió hacerme despertar de mi pesadilla. Él había logrado atenuar su propio dolor volcándose en sus nuevas responsabilidades en el consejo de la ciudad, así que buscó para mí alguna labor que pudiera desempeñar y que me reportara cierta satisfacción. Aunque en un primer momento refunfuñé con ganas, terminé por hacerle caso y, pese a que seguía pasando las mañanas en nuestra taberna sin apenas dirigir la palabra a nadie, comencé a dedicar las tardes a la instrucción de un grupo de jóvenes guardas de la ciudad que el muchacho estaba empeñado en convertir en una especie de tropa de élite. Lo cierto era que lograr que fueran mejores que la mayoría no suponía un reto muy complicado; pero Marco supo aprovechar mi rabia y mi experiencia para convertirme en el despiadado instructor que necesitaban aquellos novatos para sacar lo mejor de sí mismos.

Poco a poco me fui volcando en mi labor, que me servía tanto para mantenerme ocupado como para desahogar parte de mi frustración. Y aquellos que sufrieron el proceso —sí, creo que sufrir es la palabra adecuada para definirlo— terminaron por convertirse en verdaderos soldados, aunque para ello algunos llegaran a pasar más tiempo en el improvisado hospital de campaña que en el campo de entrenamiento. Tengo que reconocer que aguantaron con valentía, y cada vez que Marco podía pasar una tarde junto a nosotros, se esforzaban como jabatos para mostrar con orgullo sus progresos ante el joven. Pronto fueron conocidos en la ciudad como *ala Celer*, y ante nuestra sorpresa, las solicitudes para formar parte de la misma crecieron como la espuma. Ya no contábamos solo con aquellos que habían formado parte de la guardia de la ciudad, sino que otros tantos muchachos, y no todos provenientes de los estratos sociales más bajos, sino también los hijos de algunos comerciantes o ciudadanos, fascinados por el discurso del nuevo tribuno militar, empezaron a pugnar por formar parte de aquel selecto grupo. Seleccioné entre ellos un grupo de tamaño moderado, no más de una treintena, pero me esforcé de veras en que se convirtieran en los mejores hombres de Lucus, aunque para ello tuvieran que odiarme. Issa, todavía preocupado por mí pero satisfecho por que hubiera encontrado al fin una actividad que me sacara de mi hosco mutismo habitual, me acompañaba cada tarde a la instrucción para serme de utilidad como mejor pudiera. A veces, cuando partíamos desde la casa, podía adivinar como tanto Vera como Sunna se asomaban para comprobar que el britano me acompañara y me protegiera a su modo.

Varias lunas más tarde, cuando Marco me confesó abiertamente que su objetivo inicial al plantear aquella actividad había sido únicamente animarme dándome algo en lo que pensar, tuvo que reconocer que los resultados obtenidos habían superado con creces sus expectativas. Aquellos novatos blandos y desorganizados se habían convertido realmente en el núcleo de una guardia digna de la orgullosa Lucus. Y, de paso, yo había comenzado a recuperar parte de mi antigua chispa.

La fuerte personalidad de Marco, que quedaba patente en cada una de sus apariciones ante los dirigentes de la ciudad, y la camaradería que se fue forjando entre los muchachos, que se aseguraban de vanagloriarse de sus logros ante cualquiera que los quisiera escuchar, además de contribuir a la reputación de su mentor pregonando alegremente la admiración que les suscitaba, hicieron que el grupo aumentara en poco tiempo hasta alcanzar el medio centenar de jóvenes. Y yo, durante mis paseos mañaneros al mercado para abastecer la taberna, comencé a notar que las miradas que me dirigían mis conciudadanos habían ido cambiando: ya no me veían únicamente como el enorme y salvaje bárbaro que era, sino también como el veterano instructor del *ala*

Celer, el inseparable compañero del admirado tribuno militar que preparaba a sus hombres para la batalla. Así que, finalmente, ayudado por el respeto que otros iban demostrándome, acabé por volver a respetarme de nuevo a mí mismo.

El tiempo, el trabajo duro y el paciente y sincero afecto de los míos terminaron por lograr, cuando la primavera volvía a llenar de vida la campiña circundante, que las heridas de mi alma empezaran por fin a cicatrizar. Poco a poco, la luz que había huido de mi interior volvía a encontrar su camino, y yo me acerqué de nuevo a aquellos que tan pacientemente me habían aguardado. Issa fue afianzando su papel de fiel lugarteniente de cara a la tropa, y en cuanto a Vera y a Sunna, volví a interesarme en conocerlas con mayor profundidad.

Por las mañanas, en realidad, mi presencia en la taberna había dejado de ser necesaria. Tras tanto tiempo sin poder contar conmigo, las tres mujeres e Issa se habían organizado de manera que se bastaban más que de sobra para atender las distintas labores. No obstante, me gustaba estar allí, como si así pudiera compensar de alguna forma mi egoísta comportamiento durante las lunas anteriores. Pasaba mucho tiempo con ellos, envuelto en la agradable rutina, esperando que llegara la ocasión en que pudiera ser necesario disuadir a algún cliente que buscara bronca. Me habría gustado que me hubiesen ofrecido motivos para dar rienda suelta a mis puños más a menudo, pero debo reconocer que la taberna se había ganado la reputación de ser un establecimiento tranquilo, así que raras veces me procuraron ese pequeño placer.

En cuanto al pequeño Artemio, poco lo veía hasta el anochecer, porque pasaba la mayor parte del día siguiendo como un perrillo faldero a su viejo preceptor, sin perder detalle de lo que decía. Quién me iba a decir que aquel pequeño rufián escondía el alma de un erudito... Aun así, reconozco que no me esperaba la noticia que una buena mañana Lisandro se encargó de transmitirme, y que hizo que se me atragantara el desayuno: el condenado viejo me rogaba que le permitiera hacer las gestiones oportunas para que el chaval pudiera ingresar en uno de los monasterios que comenzaban a proliferar en la provincia, convencido de que pronto llegaría el día en que se agotara el conocimiento que él se sentía capaz de transmitirle y de que el talento del pequeño merecía seguirse cultivando bajo la tutela de las mentes más brillantes de la provincia. Después de un instante de desconcierto, me dio por reírme con ganas, tanto que Issa salió alarmado de la cocina para ver qué demonios me pasaba. Tras un buen rato de incredulidad, en que no dejé de bromear a costa del anciano, por fin di mi brazo a torcer y le prometí que si aquello era lo que deseaba el muchacho, yo no pondría objeciones. Eso sí, dejé bien claro que no pensaba ir a mendigar a ningún religioso que lo acogiera. Lisandro, con una sonrisa de triunfo iluminando su ajado rostro, me tranquilizó diciendo que él mismo, que disponía de algunos contactos en uno de los cenobios cercanos, se encargaría de arreglarlo todo. Según el anciano, aparte de que estaba convencido de que la excelente predisposición de Artemio para aprender sería el mejor argumento, el abad le debía algunos favores. Preferí no martirizar al viejo especulando alegremente sobre lo que podría deberle el venerable abad, y apuré el contenido de mi tazón de leche tibia antes de levantarme y salir del local. Lo cierto era que me sentía algo culpable por haber desatendido al chaval de tal manera que durante mi ausencia, real o efectiva, el condenado viejo hubiera tenido sobrado tiempo para llenar de pájaros su cabeza.

Esa tarde, antes de dirigirme hacia el lugar donde me esperaba mi tropa, compartí con las mujeres y con Issa un buen guiso y una apacible sobremesa, en la que les conté lo que me había aconsejado Lisandro acerca del futuro de Artemio. Por las caras de complicidad de todos ellos, me di cuenta de que el único que no lo sabía hasta ese día era yo, por lo que me convencí de que la decisión del muchacho era firme. Incluso Issa, que habitualmente mostraba tantas reservas

respecto a los religiosos, se encogió de hombros y reconoció que después de la buena experiencia de Sunna sirviendo en casa del obispo de Asturica, se había convencido de que incluso un hogar cristiano podía llegar a ser un buen hogar. No sé muy bien si lo decía de corazón o simplemente por no ganarse un buen rapapolvo de Vera, pero lo cierto es que poco a poco tuve que asumir que los deseos del pequeño iban en esa dirección. Eso sí, antes de rendirme traté de convencerlo de que me acompañara por las tardes a presenciar los entrenamientos, a ver si observar la sana competencia entre mis muchachos conseguía volver a introducir en su mollera algún interés por las actividades a las que según mi criterio debían dedicarse los hombres de bien. Incluso lo alenté a sentarse entre nosotros para compartir algunas conversaciones subidas de tono, que suponía infalibles a la hora de avivar su interés en aquellos asuntos que sabía que entre los muros de cualquier monasterio le estarían vedados. Sin embargo, ante mi disgusto, Artemio no dejaba de esgrimir excusas absurdas que le libraran de acompañarme, y las veces en que lo hacía acababa por escabullirse y regresar a la ciudad en cuanto lo perdía de vista. Así que no me quedó más remedio que asumir que finalmente tendría que enviarlo con los curas, con la secreta esperanza de que la experiencia resultara decepcionante y terminara regresando junto a nosotros conservando aún algo de cordura en su dura sesera.

Perdida esa batalla, continué dedicándome en cuerpo y alma al entrenamiento de los muchachos. Mientras, a Marco su ascendente carrera le permitía acudir cada vez con menos frecuencia a observar sus progresos, pero aun así la admiración que le profesaban los llamados a convertirse en su tropa no dejaba de crecer. Llegué a apreciar realmente a aquellos jóvenes que se esforzaban día a día por dar la talla, con una voluntad y una entrega que me convencieron de que cada uno de ellos estaría dispuesto a dar la vida por la de su líder. Eran sus hombres, y lo proclamaban con orgullo a la menor ocasión. Tito, Lucio, Antonio, Criso, Fulgencio, Ascanio y Lucas.

Con respecto a otros temas más personales, con el tiempo no me quedó más remedio que rendirme a la evidencia de que Aspasia no regresaría a mi lado. Muchas veces pensé en volver a abordarla, pero el miedo a un nuevo rechazo me atenazaba. En mis más crueles pesadillas la imaginaba dando la voz de alarma en cuanto me viera frente a ella en el bosque, lanzando tras de mí a los hombres del poblado. Sin embargo, seguí dudando hasta que la dulce Silvia se encargó de derrumbar mis últimas esperanzas, cuando tras mucho tiempo de silencio me decidí a confesarle mi encuentro con Aspasia.

Recuerdo la escena, la luz anaranjada de las antorchas arrancando reflejos del vino que llenaba mi vaso, y que ni siquiera me apetecía tomarme.

—¿Crees que es feliz con los suevos? —pregunté despacio.

—¿Te agradaría saber que sí, o por el contrario te reconfortaría pensar que es desgraciada? —indagó Silvia.

Pensé largo rato la respuesta, removiendo con calma el vaso en el que el vino se caldeaba lentamente.

—Preferiría que fuera feliz —concedí, y creo que lo decía en serio, pero no estaba preparado para la respuesta.

—Él la quiere de verdad, Attax. Creo que se enamoró de veras. Y parecía un buen tipo. Le ofreció una buena vida, y ella pensaba que habías muerto. Retrasó la decisión todo lo que pudo. Y supongo que ahora será feliz.

No pude contestar nada. Me quedé allí, los ojos bajos, luchando con mi amargura. A pesar de las evidencias, nunca había llegado a creer que mi bella hispana estuviera realmente con otro

hombre. Un puñal ardiente de celos desgarró mi alma. El vaso se escurrió entre mis dedos, pero me limité a observar cómo el líquido que contenía formaba regueros sobre la mesa, que gotearon rápidamente hasta el suelo.

—¿Cómo puede ser feliz viviendo junto a uno de nuestros enemigos? —dije con un hilo de voz, más para mí mismo que esperando respuesta.

—En todos los pueblos hay bastardos y hombres de valor —contestó Silvia, categórica, antes de levantarse a traer un trapo húmedo con el que recoger el vino que continuaba goteando.

Las palabras de la hispana retumbaron en mi cabeza. Las mismas que Salla me dijera, y que yo mismo había repetido tantas veces con convicción, se volvían cruelmente contra mí. Me levanté lentamente y me dirigí hacia la puerta. Pues sí, que fuera feliz con aquel hijo de perra suevo que tanto la quería. Por mi parte, no pensaba volver a amar nunca a ninguna otra mujer. Pensaba concentrarme solo en aquello que se me daba bien.

Esa tarde, mis muchachos tuvieron que esforzarse como nunca, y yo me entregué con convicción en mi papel de bastardo alano.

A pesar de todo fueron buenos años, no solo para mí, sino también para los que me rodeaban; y más contemplándolos con la perspectiva de lo que nos depararon los siguientes.

Nuestra vida en la ciudad se desarrollaba apaciblemente, mientras la carrera de Marco entre los poderosos continuaba su ascenso incluso sin que el joven pareciera proponérselo. Su tío comenzó a descargar cada vez más sus responsabilidades sobre los hombros del muchacho, dejándolo a cargo de la mayoría de sus negocios, a la vez que le cedía su puesto en el consejo de la ciudad en las ocasiones más relevantes. Por último, ya solo acudía junto a él a la llamada del noble Palagorio cuando su sobrino se lo pedía con insistencia, y aun en estos casos, únicamente tomaba la palabra para apoyar sus vehementes argumentaciones.

Las lunas se sucedían, y tal como había augurado Marco, la situación en la región distaba mucho de mejorar. La primavera del año 458 se presentó tranquila, pero por mucho que el muchacho se esforzara por convencer a sus conciudadanos de que debían aprovechar aquellos momentos de relativa tranquilidad para dar un paso adelante y afianzar su propio autogobierno, sus propuestas chocaban vez tras vez con la desidia de aquellos que siempre habían apostado por mantener las buenas relaciones con los suevos como medio para preservar su independencia. Y en aquellos tiempos de calma, el nuevo tribuno militar no encontró el ambiente adecuado para que aquellos que defendían posiciones más cercanas a la suya se decidieran por fin a apoyarlo, adormecidos los ánimos con la ilusoria paz de la que disfrutaban. Lo que aquellos majaderos no entendían era que si Lucus había permanecido estable cuando tantas otras urbes habían caído bajo el dominio suevo no había sido precisamente por mostrarse servil con los invasores: mucho nos temíamos que aquellos solo respetarían la ciudad mientras ellos se sintieran débiles y nosotros permaneciéramos firmes.

Preocupado por sus escasos avances en ese sentido, me decidí a compartir con él la información que manejaba sobre el antiguo campamento romano, nuevamente ocupado por familias suevas. Él, preocupado y convencido de que aquellos datos darían mayor peso a sus advertencias, se ocupó de recabar más información, aunque rechazó con firmeza mi amable propuesta de acercarme a echar un vistazo, y durante muchos días me vigiló de cerca para asegurarse de que no desoía sus órdenes. Así nos enteramos de que los muros habían sido

toscamente restaurados y se alzaban de nuevo desafiantes frente a los hispanos de los alrededores. Con nuevas bocas que alimentar, recién llegadas desde el oeste, tan solo era cuestión de tiempo que la región volviera a incendiarse con el fuego de sus incursiones. Y no pasó demasiado hasta que comenzaron a llegarnos rumores sobre los saqueos perpetrados por los suevos, que nos trajeron a la memoria los desmanes sufridos en tiempos del viejo Rechila y su hijo Rechiario.

Aunque nuestros enemigos continuaban divididos en dos facciones enfrentadas entre sí, pronto comenzaron a moverse por el territorio, sembrando el miedo por donde pasaban. Uno de los grupos dirigió sus pasos al sur y llegó a tomar mediante la traición la importante ciudad de Olissipo. Desgraciadamente, Gallaecia tampoco se libró de la rapiña, pues la otra de las facciones eligió su fértil campiña como escenario de sus correrías. Mientras tanto, poco a poco, la postura defendida por Marco fue ganando adeptos; pero todavía seguía habiendo otros que pregonaban que entonces que los suevos comenzaban a recuperar su fuerza era el peor momento para oponerse a ellos, cuando la diplomacia se había mostrado efectiva para mantenerlos alejados de Lucus. La cortedad de miras de aquellos cobardes, contentos de poder refugiarse tras las murallas sonriendo a los invasores mientras contemplaban las dificultades de sus vecinos, comenzaba a desesperar a Marco.

El primer avance esperanzador tuvo lugar en la primavera del año 459. Ante la gravedad de la situación, partió una delegación de notables con destino a Aquae Flaviae, que representaría los intereses de Lucus en una reunión con los principales de la comarca que se celebraría con el arbitrio del obispo Hydacio, el defensor de los *gallaecii*, como le gustaba calificarlo al sentimental Cayo. Pero aquel encuentro, en el que Marco depositó tantas esperanzas, apenas sirvió para nada. Muchos de los convocados, a pesar de las evidentes felonías perpetradas por los suevos, abogaban por mantener la paz con ellos para evitar males mayores a la agotada provincia, y argüían con convicción que los propios suevos habían dado un paso significativo al solicitar la paz con los hispanos tras la marcha de los godos. Marco no dudaba en calificar la iniciativa de una mera forma de ganar tiempo hasta que pudieran lamerse las heridas, como demostraba su nueva actitud en cuanto se habían visto libres del acoso de los godos. Pero, como ya suponíamos, el saqueo de Asturica por parte de los supuestos aliados del imperio no había contribuido precisamente a mejorar la imagen de estos ante los hispanos, por lo que en cualquier comparación entre los godos y los suevos, la mayoría elegía como vecinos a los segundos. En mi caso, aunque procuraba guardarme mis opiniones para mí mismo, habría preferido no ponerme en manos de ninguno de aquellos dos bandos, pero puestos a escoger me quedaría con los godos, aunque *a posteriori* pudiera arrepentirme. Sin embargo, tras el episodio de Asturica, la opción de pedir ayuda a los condes godos que habían penetrado de nuevo en Hispania —nuestro viejo conocido Cyrila y otro de nombre Sunierico— para frenar los desmanes suevos ni siquiera se puso sobre la mesa.

El principal opositor a la facción de Marco, y aquel en el que el joven volcaba toda su rabia cuando regresaba de las largas reuniones frustrado y agotado, era un importante ciudadano llamado Dyctinio, que acudía a la asamblea con una sonrisa en los labios y un puñal bajo cada manga. Viendo a Marco echar pestes contra él, con el rostro demudado y los puños crispados por la indignación, apurando un vaso de vino tras otro entre insultos e imprecaciones, pensé que el muchacho necesitaba descargar su ira en alguien concreto, no solo en una anónima banda de suevos; pero con el tiempo todos llegaríamos a comprender cuánta razón encerraban las palabras del joven.

Ese mismo año, tras la caída de Olissipo, no tardó en seguirla Braccara Augusta, que volvió a manos suevas tras varios años de independencia. La situación comenzaba a tornarse insostenible para las urbes que permanecían ajenas al dominio suevo; de las ciudades atacadas, solo la antigua Portus Cale fue capaz de resistir el embate. En Lucus cada vez eran más los ciudadanos que empezaban a convencerse de que el joven protegido de Palagorio no era aquel exaltado por el que otros pretendían hacerle pasar, sino el único que durante mucho tiempo había sido capaz de prever el verdadero peligro que les acechaba. Desgraciadamente, nadie podía saber aún cuánta razón encerraban las palabras del joven.

El invierno del año 459 fue especialmente frío. El clima, ya duro de por sí en aquellas latitudes, se empeñó en dar motivos de preocupación a los agoreros dispuestos a relacionar cada sequía y cada helada con la proximidad del fin de los tiempos. Los veranos eran demasiado largos, calurosos y secos en extremo, pero cuando llegaba el frío invernal y las oscuras murallas de la ciudad quedaban sepultadas por el manto blanco de la nieve, no tardábamos en echarlo de menos. Las placas de hielo que se formaban en el camino de ronda, la niebla y las fuertes nevadas hacían de las guardias nocturnas una verdadera tortura. Para evitar algún resbalón inoportuno, se proveyó a los guardas de buenas botas de cuero claveteadas con recias púas de hierro en las suelas, al modo de las que usaban los antiguos legionarios de Roma. Cualquier velada mención a la posibilidad de realizar turnos dobles de vigilancia resultaba extraordinariamente motivante para mis muchachos.

Por fortuna, el verano había sido benévolo para las cosechas —las plagas con las que los sacerdotes amenazaban desde sus púlpitos, desatando las habladurías de los campesinos, que aseguraban haber presenciado extraños fenómenos en el cielo, no habían hecho acto de presencia —, por lo que los almacenes de la ciudad estaban bien provistos. Antes de que los caminos se volvieran impracticables, me aseguré de que lo mismo ocurriera en la finca de Cayo, por lo que no cabía esperar un nuevo descalabro que afectara a la manada. Al fin, tras mucho trabajo —sobre todo de Hixinio y de su peón—, la manada volvía a contar con una treintena de buenos caballos, incluyendo siete saludables potros. Pronto podríamos comenzar a vender partidas mayores sin preocuparnos por los que dejaríamos en la finca.

Lo que más recuerdo de aquel invierno fue la sensación de oscuridad perpetua. La noche caía de improviso, y la helada ventisca recorría inmisericorde las callejuelas, vacías desde primeras horas de la tarde. En la muralla, por mucho que forzaran la vista, los guardas apenas podían distinguir nada a un palmo de sus narices. La mayor parte de los días tuvimos que renunciar a acudir a nuestro lugar habitual de entrenamiento en el bosque, aunque por fortuna, tras más de un año a mi cargo, poca teoría me quedaba que enseñarles ya. Para poder considerarse guerreros, solo les faltaba su bautizo de sangre en una buena batalla.

El ambiente en la taberna también era tranquilo; pocos eran los que se aventuraban a salir a la calle más de lo estrictamente necesario. Las horas más animadas eran las cercanas al mediodía, durante las que los enormes calderos de guiso caliente que preparaba Sunna de buena mañana se vaciaban como por ensalmo para caldear los hambrientos estómagos de los parroquianos. Aunque la melancolía del invierno pugnaba por avivar los rescoldos de la sorda pena que dormía en lo más profundo de mi alma, recuerdo muchos momentos felices, compartidos con la muchas veces ingenua Vera, cuya visión del mundo siempre me arrancaba sonrisas, y sobre todo con

Sunna, con la que me entendía cada vez mejor. Ambos compartíamos un humor cínico con el que nos encantaba desesperar a la optimista hispana. Incluso debo confesar que no podía reprimir una punzada de celos cuando era testigo de las miradas con las que los clientes seguían los andares de la vándala, aunque la cosa no fuera a más, pues hacía tiempo que todos habían aprendido que era mejor no contrariar a aquella mujer alta de cabello rubio, con la que sacar a pasear las manos podía acarrearles problemas serios.

Por más que Vera insistiera, le resultó imposible que Issa aceptara casarse con ella según el rito cristiano, lo que en ocasiones derivaba en serias discusiones que terminaban con uno de ellos dando un sonoro portazo antes de salir a la helada callejuela, para regresar pocos instantes después con cara de arrepentimiento. Los que convivíamos con ellos tuvimos que sufrir a menudo esas escenas, aunque pronto se olvidaban de ello y volvían a mostrarse como dos tiernos enamorados. En esos momentos de tempestad amorosa me acercaba a Sunna, y como dos viejos desengañados del amor nos entreteníamos criticando a ambos sexos y sus debilidades sentimentales. A veces me dolían los comentarios que yo mismo hacía, pero a la larga me hacían cada vez más fuerte, o al menos me consolaba pensarlo. Sunna me caía bien, y con el tiempo llegué a apreciar sinceramente su forma de ser, mucho más retraída de lo que solían ser los hispanos. Para ser justos, su carácter tampoco me recordaba al de su pueblo de origen, siempre más animado y optimista, sin embargo, creo que mi estado de ánimo para ese entonces se encontraba bastante más cerca de esa sobria seriedad que de la escandalosa y contagiosa alegría de Gelimer. Esa nueva cercanía con ella no hizo que dejara de resultarme atractiva —eso era poco menos que imposible—, pero sí llegué a habituarme de tal forma a su presencia que al final la consideraba un amigo más. Muchas veces, cuando el vino acompañaba nuestras largas charlas, me quedaba mirándola embobado y a punto estaba de relatarle mi historia con Aspasia, con la esperanza de que ella pudiera explicarme lo que había sucedido. Por fortuna —o tal vez por todo lo contrario— me arrepentía en el último momento y trataba de cambiar de tema apresuradamente mientras la vergüenza se reflejaba en mi rostro.

El pequeño Artemio, ya hecho todo un mozalbete, continuaba sus estudios en el seno de una comunidad de monjes que se encontraba a varias jornadas de camino hacia el sur. Lisandro no había tenido dificultades para convencerlos de que aceptaran al chico entre los suyos, aunque para ello había tenido que ingresar en la congregación, y al chico se lo veía plenamente satisfecho durante sus visitas. No obstante, yo no me rendía en mi tarea de intentar infundirle algo de sentido común, pero debo reconocer que por mucho que le hablara de espadas, batallas y pezones turgentes su determinación no parecía variar un ápice. El condenado muchacho se empeñaba en permanecer ajeno a lo poco bueno que le ofrece a uno la vida; tan solo del buen vino nunca renegó. Antes de que partiera, me ocupaba de amenazarlo hasta que prometía regresar pronto: le aseguraba que en caso contrario me presentaría en el tranquilo monasterio y reventaría cabezas de religiosos como si fueran calabazas maduras hasta dar con él. Aunque fingía escandalizarse ante mis bárbaras promesas, a los dos nos gustaba aquel juego con el que siempre nos despedíamos. Lo cierto era que todos lo extrañábamos, y yo sentía su ausencia mucho más de lo que habría esperado.

Al fin, el frío del invierno fue quedando atrás, pero cuando ya aguardábamos la primavera con expectación, esperando que su calidez nos permitiera desperezarnos y salir de aquel lúgubre estado de hibernación para volver a la vida con renovadas energías, al estilo de los osos de las montañas astures, mi recién conquistada calma emocional se desbarató. La ciudad se sumergió en una actividad desenfrenada que a mí me costaba asumir: los cristianos se preparaban para

celebrar la pascua con exaltada devoción, y todo parecía girar en torno a ese acontecimiento. Era como si pretendiesen exorcizar de golpe todos los malos presagios que la dura climatología y los fenómenos observados en el cielo les habían llevado a profetizar.

Se planificó con cuidado una procesión multitudinaria, a la que acudirían las más importantes personalidades de Lucus, encabezada por Palagorio como autoridad civil, junto a toda la plana mayor de representantes eclesiásticos, para dar las gracias a su dios por la milagrosa resurrección de su hijo. Yo, por supuesto, procuré mantenerme alejado de toda aquella vorágine de fervor; aun así, no era raro encontrar por las calles a algunos exaltados que se flagelaban públicamente en recuerdo del martirizado Jesucristo. Tan solo Issa compartía mi estupor ante aquellas muestras de estupidez; el resto de los nuestros, cristianos convencidos en mayor o menor medida, parecían ilusionados con la perspectiva de presenciar la magnífica comitiva que se estaba preparando y los solemnes festejos que la rodearían. Tanto Cayo como Marco estaban invitados a participar en la misma, pero el anciano, aunque disgustado, tuvo que declinar aquel honor. Había pasado el final del invierno postrado en la cama, aquejado de intensos dolores en las piernas, así que sería su sobrino el que ocuparía la posición de privilegio a la siniestra del rector. Por mi parte, aunque reconozco que me resultaba tentador contemplar a mi muchacho rodeado de tan insigne compañía, me pareció que aquella locura colectiva era más de lo que podía soportar, por lo que decidí quitarme de en medio y aprovechar para realizar una visita sorpresa a la finca para comprobar si todo seguía en orden después del duro invierno.

Según pude enterarme —era difícil ignorar lo que en ese momento estaba en boca de todos— aquel domingo los cristianos celebrarían la entrada triunfal de su dios —o, mejor dicho, de su hijo— a la ciudad de Jerusalén a lomos de un mulo. Lo cierto es que se me ocurrían mejores cabalgaduras que elegir para una ocasión como aquella, pero por lo visto ese Cristo debía de ser el único de entre los suyos que realmente ejemplificaba con hechos sus enseñanzas sobre la humildad. Para conmemorarlo, sus servidores en la tierra se enfundarían en sus mejores galas, despilfarrarían alegremente caros inciensos y exhibirían algunos de los tesoros de su iglesia ante los asombrados ojos de sus conciudadanos. Los comerciantes se frotaban las manos, esperando vender durante aquellos días todo lo que el invierno les había obligado a almacenar.

Yo pensaba partir cuanto antes para evitar tener que avanzar contracorriente entre la multitud de peregrinos que se esperaba acudieran a la urbe desde las aldeas de los alrededores a contemplar la gran procesión. No obstante, la angustia que percibía en el habitualmente tranquilo semblante de Issa hizo que me quedara hasta el último momento. El britano habría dado lo que fuera por poder escapar de aquella locura, como pretendía hacer yo, pero desde luego que me acompañara a la finca no era una opción. Aun así, no estoy seguro de si el muchacho temía más la crueldad de Elpidio o la locura de tal aglomeración de fervorosos cristianos. Después de las malas experiencias que había acumulado en su vida, le costaba olvidar cuando llegaba la luz del día las inquietantes pesadillas que lo asaltaban durante las horas nocturnas, en las que la multitud volvía a perseguirlo para poner fin a la ofensa que suponía para su dios la existencia de paganos como nosotros entre sus fieles y congraciarse de esta manera con él, en previsión de que el juicio final estuviera tan próximo como muchos temían.

Finalmente decidí partir la misma mañana de los festejos, una vez que quedó claro que un desconsolado Cayo no podría acudir ni siquiera a contemplar a su sobrino ocupando su lugar entre los prohombres de la ciudad, y tanto Vera como Sunna, quizá las más templadas espiritualmente entre los habitantes de la casa, se ofrecieron para cuidar al anciano mientras su sobrino y los demás disfrutaban de la solemnidad y el boato del momento. En cuanto su chica

anunció que permanecería en la casa, el color volvió a las mejillas de Issa. Así que me dispuse a recoger algunas viandas para el camino, preparar mi montura y salir temprano, aprovechando que el día había amanecido claro y despejado, confirmando que al fin aquel crudo invierno había quedado atrás y la vida regresaba a los campos.

Sin embargo, pronto me di cuenta de que las cosas no serían tan sencillas. Cuando acudí a la cocina con la esperanza de rapiñar algo sabroso, me encontré la estancia desierta y el almacén de las provisiones bien cerrado. Refunfuñando por lo bajo, intenté buscar a alguien que pudiera proveerme de lo necesario, pero todos parecían haber desaparecido de la vista, más ocupados en acicalarse para los festejos que en atender sus obligaciones cotidianas. Molesto por mi falta de previsión, finalmente opté por dirigirme a nuestra taberna, donde Sunna se encargó de prepararme algo sencillo para el camino; sin embargo, mi intención de salir temprano había quedado definitivamente truncada, porque entre una cosa y la otra, no tuve todo preparado hasta casi el mediodía, cuando a esas alturas había esperado encontrarme trotando tranquilamente camino del norte.

Salí de la *domus* junto a Marco, que, convenientemente engalanado para la ocasión, se dirigía ya al palacete de Palagorio, desde donde acudirían juntos a escuchar la solemne misa que precedería a la procesión. Yo, ansioso por escapar de la locura en la que amenazaba con convertirse la ciudad, me dirigí a buen paso hacia el portón norte a lomos de mi montura. Cuando llegué, tal y como había temido, la aglomeración era considerable y los guardas apenas podían mantener el orden entre tanta gente; sin duda sería un buen día para los ladronzuelos de dedos ágiles. Dirigí mi caballo con cuidado hacia uno de los muchachos de Marco destacado en la zona, un joven hispano moreno y delgado, de nombre Ascanio, que destacaba en los ejercicios más por su inteligencia que por su fuerza, y le pregunté a voces cómo lo llevaban. También a gritos para hacerse entender entre el gentío, reconoció que la cantidad de peregrinos que llegaban a Lucus desde los alrededores superaba con creces las previsiones, así que desde primeras horas de la mañana se limitaban a asegurarse de que nadie perdiera la calma y a mantener un orden relativo, sin broncas o estampidas. Aun así, desde mi privilegiada posición —aunque se había establecido que la entrada o salida de la ciudad debía hacerse a pie, Ascanio se había mostrado dispuesto a permitir una excepción conmigo— podía ver a mi alrededor multitud de caras contraídas por el esfuerzo, mientras cada uno pugnaba por hacerse un hueco y poder avanzar.

La imagen resultaba inquietante: campesinos, siervos, mendigos, todos empujándose unos a otros para penetrar en la ciudad, como si al otro lado estuviera a punto de desencadenarse un infierno que abrasaría a todo el que permaneciera fuera de las salvadoras murallas. Meneé la cabeza, pensando en que si los ánimos se encontraban ya tan caldeados durante aquella primera jornada de celebraciones, más me valía estar bien lejos para cuando los festejos alcanzaran su punto álgido con la conmemoración de la resurrección de Jesucristo. Al ver algunas figuras con las capuchas cuidadosamente echadas a pesar del calor reinante, mis sospechas de que sería una jornada provechosa para los ladrones se avivaron al instante; se los señalé a Ascanio con un gesto, pero él se limitó a encogerse de hombros, abrumado por la situación. Realmente, poco podían hacer los guardas al respecto, así que más de uno se encontraría aquellos días con que finalmente había hecho más donaciones de las que esperaba... En fin, que cada uno cuidara lo suyo. Me despedí del muchacho con un cabeceo y continué vadeando aquel río humano, consciente de que no sería fácil traspasar el portón a contracorriente.

Al fin, tras mucho esfuerzo y algún que otro golpe tanto propinado como recibido, pude llegar hasta la puerta, donde los guardas apostados a ambos lados, sorprendidos al verme salir mientras

tanta gente luchaba por entrar, me echaron una mano manejando con soltura los recios astiles de sus lanzas para permitirme pasar. Pero cuando logré llegar afuera, observé con horror que más allá de la puerta el panorama no parecía mucho más alentador, con cientos de personas acumuladas aguardando con impaciencia su turno para entrar. Pensé que muchos de aquellos desgraciados se perderían el inicio del desfile, porque el sol ya se encontraba en su cenit, por lo que debía de faltar ya poco tiempo para que comenzara su recorrido. Como si hubieran escuchado mis pensamientos, la desesperación de la multitud por entrar, y con ella la intensidad de los empujones, aumentó progresivamente, hasta que tuve que luchar no solo por avanzar, sino incluso por mantenerme encima de mi nerviosa montura. Cuando por fin vi que el terreno comenzaba a despejarse, me sorprendió una mano que trataba de aferrar mi pierna sobre el estribo. Malhumorado, ensayé una patada para quitarme de encima a aquel molesto pedigüeño, pero ante mi sorpresa el encapuchado se limitó a aferrar con más fuerza mi tobillo y se colocó delante de mi montura.

—Pero ¿qué cojones quieres? ¡Suéltame, maldita sea, o dejaré que mi caballo te pisotee!

Sin decir palabra, la figura se retiró la capucha y dejó a la vista una larga melena morena. Al girarse pude comprobar que cargaba con un niño pequeño a horcajadas sobre su cadera. Me quedé de piedra: los ojos que me miraban eran los de Aspasia, y aquel chiquillo de desordenado cabello pajizo debía de ser su hijo. Refrené a mi caballo para que se mantuviera quieto, mientras la gente chocaba contra el animal profiriendo toda clase de insultos. Ella señaló con un gesto hacia el lugar en que la marea de gente comenzaba a diluirse; sin decir palabra, la tomé por la cintura, asegurándome de que el niño quedara también a salvo, y la coloqué sobre la grupa de mi animal para alcanzar juntos aquella relativa tranquilidad. Pese a la escasa distancia que nos quedaba por recorrer, nos costó algunos minutos avanzar lo suficiente para que la presión de la multitud disminuyera. En cuanto llegamos a las deterioradas cabañas que habían marcado años atrás el margen del barrio extramuros, Aspasia miró por encima de su hombro para asegurarse de que nadie nos había seguido, me tendió al pequeño para que lo sujetase mientras ella desmontaba, lo tomó de mis brazos para colocarlo a su lado en el suelo y empezó a hablar.

—Gracias, Dios mío, por permitirme encontrarlo —musitó mirando al cielo mientras yo descabalgaba, aturdido.

—Ojalá hubieras dicho eso hace tiempo —repliqué, sin perder de vista al crío, que clavaba en mí sus enormes ojos pensativos.

—No hay tiempo que perder, Attax, no hay tiempo para reproches. He venido para salvarte... Para salvaros a todos.

La miré, perplejo, pero a la vez dolido por su atrevimiento. ¿A salvarme? ¿Cómo se atrevía a decirme eso después de todo lo que me había hecho sufrir? ¿Acaso ahora se preocupaba por mi alma pecadora?

—Por favor, Aspasia, ¿no crees que ya te has reído suficiente de mí?

—¡Calla, viejo bárbaro estúpido! —me espetó en voz baja pero firme, antes de señalar hacia el atestado portón—. ¿Has visto toda esa gente que está penetrando por las murallas? ¿Crees que es normal?

—Tú sabrás. Yo solo soy un condenado hereje, y me importa un bledo que tu dios resucite o no, y si los cristianos se tiran desde las murallas para celebrarlo. Bueno, eso sí podría interesarme; al menos sería divertido.

—La ciudad va a ser tomada hoy. El orden que conoces caerá, y todo lo que amas en este lugar corre un serio peligro.

Sus palabras resonaron en mi cabeza como una oscura profecía.

La miré con asombro.

—Pero... ¿qué estás diciendo? ¡Habla claro! ¿O es que pretendes seguir torturándome?

Bajó la mirada y acarició el cabello del pequeño.

—No puedo decirte más. Esperaba haberte podido encontrar antes, ¡no sé si ya será tarde! Ve a buscar a los nuestros y huid mientras podáis; no hay tiempo para preguntas ni para preparativos, limitaos a poner tierra de por medio, ¡y no os acerquéis por nada al recorrido de la procesión!

Yo me sentía incapaz de reaccionar, solo podía mirar al niño mientras ella lo acariciaba nerviosamente.

—¡Attax, por el amor de Dios, vete! ¡Avisa a Marco y a los demás, y huid lejos! —Desesperada por mi pasividad, me aferró y me sacudió con toda la fuerza que pudo reunir—. Los potentados de la ciudad serán asesinados durante el recorrido —aclaró—. ¡No sé si ya es demasiado tarde!

—¡Marco! —exclamé, alarmado—. Marco está allí...

En ese momento me pareció despertar de un mal sueño, y comprendí por primera vez el alcance de las palabras de la hispana. Agobiados por la marea humana que pugnaba por franquear las puertas de la ciudad, los guardas no podían hacer preguntas, y mucho menos comprobar que nadie portara armas. Si Aspasia estaba allí, otros muchos suevos podían haber entrado también. Recordé con un escalofrío aquellas figuras encapuchadas que había visto a lomos de mi caballo. Un sudor frío empapó mi espalda, pero aún debía hacerle una última pregunta antes de alejarme de ella. Sin embargo, las palabras se negaron a aflorar de mi garganta, así que me limité a señalar al pequeño.

—Remismund, saluda a Attax —le dijo ella, agachándose ligeramente para ponerse a su altura.

—¡Attax! —repitió el pequeño con dificultad, sonriendo como si mi nombre le hiciera gracia y tendiendo hacia mí su manita.

El perfil de su cara y la nariz respingona eran muy parecidos a los de su madre pero su cabello claro y aquellos ojos grises ligeramente rasgados que me escrutaban con asombro me hicieron temblar sin proponérmelo. Acaricié su mejilla con suavidad, sintiendo un nudo en la garganta, y miré a la hispana a los ojos, buscando en ellos una respuesta a la pregunta que no me atrevía a formular.

—Vete —acertó a decirme, como si también ella se sintiera incapaz de controlar por más tiempo sus emociones, y su mirada huidiza me reveló más de lo que ella pretendía.

Alto para su edad... Maldito Claudio, cómo debía de haberse reído a mi costa.

Sin pensarlo, me agaché para estrechar un instante al pequeño entre mis brazos, y luego me acerqué a Aspasia para robar un breve beso de sus labios. Su mirada suplicante me obligó a soltarla antes de lo que habría deseado. Todavía aturdido por la tormenta que se había desatado en mi interior y abrumado por la urgencia de sus revelaciones, monté a toda prisa en mi caballo para perderme de nuevo entre aquella vociferante multitud.

XII

Recuerdo aquel como uno de los días más angustiosos de mi vida. Sumergido en la marea de gente, aún impactado por mi encuentro con Aspasia y su pequeño —¿nuestro hijo?— e impaciente por llegar junto a Marco antes de que fuera demasiado tarde, intenté con todas mis fuerzas concentrarme en el que debía ser mi siguiente paso: llegar hasta la *domus* de Cayo y alertar a todos los que se encontraban allí, para luego correr al encuentro de Marco. Agobiado por el número creciente de encapuchados que podía distinguir entre la multitud y temiendo a cada instante que el caos se desencadenara, espoleé a mi caballo sin importarme un ápice a cuántos transeúntes arrollaba, y conseguí abrirme camino hacia el interior, no sin recibir numerosos golpes de la furiosa turba que me esforzaba en atravesar. Cuando logré franquear las puertas, los mismos guardas que me habían permitido salir poco antes me miraron con sorpresa; sin detenerme más de lo necesario, les grité que olvidaran el portón y que corrieran a proteger a Palagorio. No pude comprobar si me habían entendido, pero algunos de ellos reaccionaron lo suficiente para ayudarme a pasar conteniendo a la gente con sus lanzas, y en cuanto vi un hueco ante mí me lancé a la carrera hacia delante, ofuscado por el ansia de alcanzar la casa a toda costa.

Desesperado, fui perdiendo impulso hasta que saqué mi espada y empecé a golpear con el plano de la misma para hacerme sitio entre protestas y gritos de indignación. A medida que me alejaba de las calles principales pude avanzar con mayor presteza, hasta que al fin divisé en la distancia la *domus* de Cayo. Agotado y dolorido, pero sin tiempo para tomar resuello, espoleé a mi caballo de tal modo que el desfallecido animal estuvo a punto de resbalar en el pavimento embarrado; compensé su traspiés como pude, tratando de equilibrarlo con el peso de mi cuerpo, y a duras penas evité acabar traspasando la puerta como un amasijo de brazos, piernas y patas rodando por el suelo. Desmonté rápidamente y, sin preocuparme más por mi montura, recorrí las estancias gritando los nombres de los míos, sin recibir más respuesta que el eco de mi voz mezclado con el murmullo que llegaba desde las calles vecinas. Cuando comenzaba a perder la esperanza, por fin surgió Issa de uno de los corredores, con el puñal en la mano y una expresión preocupada que se transformó en asombro cuando me vio.

—¡Issa! —grité, ya casi sin resuello—. Hay que abandonar la ciudad, ¡rápido!

Me miró sin comprenderme, como si yo estuviera absolutamente fuera de mí y no me diera cuenta de las tonterías que decía. Y probablemente tuviera razón.

—Attax, ¿qué demonios pasa?

—Los suevos van a asesinar a Palagorio y a los demás durante la procesión. Hay que marcharse de aquí: recoge lo necesario y huye con Cayo y las mujeres. ¡Rápido!

—¡Marco! —exclamó, preocupado—. ¿Has hablado con él?

Me apoyé en las rodillas para descansar un segundo y oí las gotas de sudor que caían sobre el mosaico del patio.

Asentí pesadamente antes de incorporarme.

—Yo me ocuparé de avisarle. ¿Está Mario en la casa?

—Sí, tanto él como Sila están todavía aquí.

—Dile que se reúna conmigo y que venga armado, porque si llego tarde lo necesitaré. Sila irá con vosotros. Proteged a las mujeres y a Cayo, y si es necesario olvidaos de lo material.

—Attax, no entiendo qué está pasando, pero intentaré hacer lo que dices lo mejor que pueda. ¿Dónde nos reuniremos?

Traté de pensar con rapidez, pero lo cierto es que había pocas alternativas.

—Id hacia la finca. Salid por la puerta este —precisé, suponiendo que sería la más despejada.

Me miró con el rostro desencajado. Al final tendría que enfrentarse a sus dos mayores miedos en un mismo día. Aun así, asintió con firmeza.

—Es el único lugar seguro que se me ocurre, y Cayo va con vosotros, no tienes nada que temer —intenté tranquilizarlo.

—Allí nos veremos.

—Eso espero. Si no hemos llegado en tres días, no vengáis a buscarnos: esperad a tener noticias fiables antes de tomar cualquier decisión.

—Attax, cuídate, y protege a Marco.

—Lo mismo te digo. Sé que puedo confiar en ti.

El joven se perdió de nuevo por los pasillos, gritando el nombre de Mario. Yo regresé hasta donde me esperaba mi extenuado caballo, dando buena cuenta de las hierbas aromáticas que adornaban las jardineras del peristilo, y lo descargué con presteza de mis armas. No podía entretenerme en enfundarme la cota: si quería llegar a tiempo junto a Marco la agilidad era fundamental. Y si lograba dar con él, me inclinaba más por una huida desesperada que por una defensa heroica. Mientras me armaba con mi *spatha* y mi hoja corta, escuché el resonar de unos pesados pasos acercándose, y pronto apareció Mario a la carrera, seguido de cerca por Sila.

—¡Vamos, Mario! Sila, tú quédate con Cayo —les grité.

Él asintió con la cabeza antes de responderme a la carrera.

—Issa me ha enviado a preparar los caballos para la huida.

—Claro —dije, sintiéndome algo estúpido. Parece que el britano conservaba la calma mejor que yo—. Sila, si es posible añade al equipaje mi cota y la de Marco. No me gustaría dejarlas aquí, y seguro que las necesitaremos más adelante. —Al menos eso esperaba.

El hispano asintió de nuevo y salió por la puerta directo hacia las caballerizas.

Me giré hacia Mario y comprobé que su enorme puñal colgaba ya de su cinto.

—Amigo, me temo que ahí fuera nos espera una buena juerga.

—Hace demasiado tiempo que no disfruto de una pelea en condiciones —respondió él con una sonrisa torva.

Palmeé el lomo de mi caballo, sopesando si exponer de nuevo al noble bruto a la locura de aquellas calles atestadas. Aunque con cierta aprensión por el pobre animal, decidí que sería la forma más rápida de acercarnos hasta donde pretendíamos.

—Ve con Sila y hazte con otra montura, y de paso con una buena espada. Puede que hoy no te baste tan solo con tu puñal.

Esperé al hispano en la calle, junto a la puerta. La quietud que se respiraba en los alrededores resultaba estremecedora, en contraste con el escándalo que se adivinaba algo más adelante. Por mucho que me esforcé, no logré determinar si los gritos se correspondían con la alegría de una celebración o si por el contrario eran la confirmación de que el infierno había comenzado a desatarse. ¿Cómo podíamos haber estado tan ciegos? ¿Cómo no se nos había ocurrido pensar en el peligro que suponía aquella celebración multitudinaria en medio de la inseguridad de la región? Nosotros concentrados en los escasos avances de Marco en el consejo de la ciudad, los

pequeños triunfos que suponía el ir recabando apoyos, el cuidado con que debía preparar aquellos discursos que esperaba moverían por fin la conciencia de sus conciudadanos... y los malditos suevos afilando sus espadas y aguardando el momento oportuno para atacar a traición. La política es un asco: parece algo muy civilizado, pero te hace centrar tu atención en las palabras mientras te aparta irremisiblemente de la cruda realidad. Y en aquel momento la realidad se presentaba para arrollarnos dentro de nuestras propias murallas.

Bien pensado, era todo tan sencillo... Y nosotros habíamos caído como inocentes niños de pecho. La multitud, la solemnidad de un desfile en el que se cargarían cruces en vez de armas, la imposibilidad de controlar el acceso a la ciudad, que habría permitido introducir quién sabía cuántos puñales y espadas prestos para hacer correr la sangre a la señal convenida. Maldije la necedad de las autoridades de la ciudad, siempre preocupados por debatir convenientemente cualquier postura en lugar de actuar con firmeza en beneficio de sí mismos. Los suevos, en cambio, se limitaban a utilizar las palabras en espera del momento oportuno, y cuando este llegaba no lo desaprovechaban. Ese día muchos lamentarían no haber visto la verdad en las palabras de Marco. Pero quizá aquella lección llegaría demasiado tarde.

Pronto apareció Mario a mi lado.

—No tengas ningún miramiento —le dije con gravedad—. Si es necesario, pasaremos por encima de la gente. Puede que seamos la última oportunidad para Marco, y quién sabe si también para la ciudad.

Atravesamos a la carrera las solitarias calles, seguidos por las miradas desaprobadoras de algunos transeúntes extraviados, hasta que llegamos de nuevo a las calles principales, donde los ciudadanos y los visitantes se agolpaban tratando de acercarse lo máximo posible para no perder detalle de la procesión. Por lo que podíamos ver, aún no se había desatado el terror, aunque la densidad de la multitud y la propia geometría de las calles nos impedían ver mucho más allá de donde nos encontrábamos. Por un momento temí que todo fuera un mal sueño, una falsa alarma: me imaginé irrumpiendo en medio del desfile ante la mirada asombrada de Marco, y balbuceando ante el rector Palagorio la trama de la conspiración sueva, solo para encontrar bajo las capuchas pardas de los sospechosos a los mendigos habituales de la ciudad y los alrededores. Entonces la que se cumpliría sería sin duda la amarga pesadilla de Issa, porque la multitud enfurecida se ocuparía de crucificar a este bárbaro pagano que había osado interrumpir sus festejos con semejantes patrañas.

Luché por apartar aquella imagen de mi mente, atento a cualquier señal de peligro, observando por doquier que decenas de cabezas encapuchadas ganaban posiciones entre los espectadores, acercándose con decisión hasta las primeras filas y perdiéndose en las calles contiguas, donde ya no alcanzaba a ver. No, sin duda no se comportaban como simples mendigos o ladronzuelos. Aquel concienzudo avance tenía un fin.

Mario me miraba consternado, al comprobar la cantidad de gente que se había congregado y a la que tendríamos que dejar atrás para alcanzar nuestro objetivo. Aunque había tratado de advertirle de la situación, no creo que la hubiera imaginado tan crítica. Desesperado, comencé a gritar con toda la fuerza de mis pulmones, hasta que las últimas filas de viandantes, sorprendidos por aquel repentino escándalo a sus espaldas, se giraron justo a tiempo para ver como dos tipos enormes taloneaban sendas monturas para dirigirse hacia ellos. No sé cómo se las arreglaron,

pero milagrosamente lograron abrir el hueco suficiente para que pudiéramos penetrar entre ellos, aunque a medida que avanzábamos la dificultad era mayor. Mi caballo, hecho ya un experto en aquellas lides, se comportó como un auténtico semental de batalla, empujando con su fuerte pecho para abrirse camino, e incluso amagando mordiscos y soltando alguna que otra coz cuando le parecía oportuno. Tentado estuve de dirigir no el plano de mi espada, sino el filo, contra una figura encapuchada que trataba de avanzar lo más rápido posible a mi izquierda, pero en el último momento me contuve por temor a que resultara ser Aspasia. Dudaba que la mujer —y menos si aún cargaba con el pequeño— fuera capaz de progresar con semejante rapidez, pero no me atreví a arriesgarme.

Cuando todavía nos quedaba bastante trecho por salvar —aún no éramos capaces de ver la calle principal, por donde transcurría la procesión—, un coro de gritos conmocionados recorrió las calles hasta que pareció adueñarse de toda la ciudad. Lo que hasta ese momento había sido bullicio, algarabía y una lucha constante por acercarse hasta lograr un buen lugar desde el que asistir a la ceremonia cambió bruscamente de sentido como la espuma de una ola gigantesca que se desliza de vuelta hacia el mar tras romper contra la orilla. En un instante, las filas de gente que hasta ese momento nos daban la espalda se rompieron y dejaron de empujar hacia delante para comenzar a luchar ahora por huir en sentido contrario: hacia nosotros.

Cualquier resto de orden se quebró irremisiblemente en pocos segundos. Rezando a todos los dioses que conocía por que llegásemos a tiempo y sin importarme a cuántos asustados ciudadanos me llevara por delante, me lancé a la carrera, seguido a pocos pasos por Mario. Los hombres y las mujeres tropezaban con mi caballo, pero en lugar de oponer resistencia, como ocurría minutos antes, simplemente cambiaban de dirección tratando de escapar hacia cualquier otro lugar. Las casas que se encontraban a ambos lados de la calle vieron como sus puertas eran vencidas por la presión de los que trataban de esconderse en su interior, aunque en alguna que otra me pareció ver que, aprovechando las circunstancias, algunos individuos salían cargados con todo aquello que habían podido encontrar. Nunca faltan los saqueadores, y o mucho me equivocaba o ese día escenas como aquella se repetirían hasta la saciedad.

Cuando al fin irrumpimos en la calle en la que debería estarse desarrollando la solemne celebración, lo que hasta hacía un instante había sido un respetuoso silencio quebrado de cuando en cuando por vítores entusiasmados era en ese momento un coro de gritos y lamentos, acompañados por el entrechocar de los aceros. Grupos de encapuchados se dispersaban entre la multitud esgrimiendo largos puñales y mortales espadas, que blandían sin piedad sobre los espectadores tratando de acceder hasta las personalidades del desfile. Hombres y mujeres aterrorizados corrían en desorden intentando escapar de ellos, mientras los escasos guardas, totalmente superados, apenas sabían de quién debían defenderse. Delante de mí vi como uno de los ciudadanos chocaba contra uno de los jóvenes guardas y aquel, asustado, lo ensartaba en su lanza antes de pararse a comprobar si era amigo o enemigo. El recuerdo del infierno desatado en Asturica acudió a mi mente, acompañado por las palabras que Sunna había pronunciado entonces y que habían resultado dolorosamente proféticas.

Justo en el momento en el que más lo necesitaba, mi pobre caballo dijo basta. Con espumarajos en la boca y el cuerpo molido a golpes, entre los que pude ver algunos cortes que sangraban con profusión y de los que no me había percatado hasta entonces, se negó a dar un paso más y, ante mi insistencia, a punto estuvo de arrojarme de cabeza al suelo. En fin, bastante había hecho ya, así que no me quedó más remedio que poner pie a tierra para convertirme en uno más de aquellos locos vociferantes que recorrían las calles. Acaricié el sudoroso cuello del

animal a modo de despedida y me volví hacia un grupo de guardas que parecían resistir con cierto orden frente a la multitud de encapuchados que se acumulaban a su alrededor. Mario, viendo la situación, desmontó junto a mí, y ambos nos dispusimos a abrirnos paso a empujones o como hiciera falta.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo, desenfundando su espada.

Corrimos intentando esquivar a aquellos que se cruzaban con nosotros en su desesperada carrera por huir de aquel caos —aunque, para ser justos, la mayoría de las veces eran ellos los que se apartaban apresuradamente de nuestros aceros— hasta llegar junto al grupo de guardas. Cuando estaba a pocos pasos, reparé en que dos de mis muchachos, Lucas y Tito, también se afanaban por reunirse con el grupo principal, pero se habían visto envueltos en la maraña de encapuchados, que los iban cercando para impedirles llegar a su objetivo. Los hispanos, en clara desventaja, se defendían como podían; antes de lo que nadie hubiera previsto, había llegado el momento en el que deberían demostrar hasta qué punto les había preparado la dura instrucción a la que los había sometido.

Una de las primeras lecciones que siempre me esforzaba en inculcar era la de que, cuando hemos logrado gozar de cierta ventaja ante nuestro enemigo, cualquier pausa, cualquier distracción puede ser fatal. Delante de mí, el suevo que había logrado acorralarlos se entretuvo un instante en desatar su capa, regodeándose en su cercano triunfo. Al caer la capucha parda, como una mariposa que sale de su crisálida, quedó a la vista la brillante cota de malla que protegía al guerrero, perfectamente pertrechado. Dando gracias por mi buena suerte, al ver que contaba con semejantes protecciones, cambié la empuñadura de mi espada, que tenía preparada para ensartarlo por la espalda, para rebanar su cuello limpiamente.

Tito aprovechó el instante de desconcierto para atacar con su lanza al que tenía más cerca, luchando para hacerse espacio y poder acercarse a nosotros. Mario surgió con energía desde detrás de mí para acabar con otro de los sorprendidos atacantes, haciendo que los demás, una vez desvanecida su clara superioridad, corrieran a reagruparse con el grueso de los suyos. Lucas tuvo tiempo de hacer tropezar a uno de ellos con el largo astil de su lanza, para clavarlo después en el suelo como un pollo en un espetón. Les dirigí un gesto apreciativo; realmente, en aquel tiempo habían aprendido cuando menos a ser rápidos y despiadados.

—¿Dónde está Marco? —les grité.

—La última vez que lo vi estaba junto a Palagorio —respondió Tito.

—¿Es ese grupo de ahí? —insistí, exasperado por la respuesta poco concreta del joven.

—Sí, creo que eso es lo que queda del grupo principal.

—¡Pues seguidnos!

Con un único objetivo en mi cabeza, blandí mi *spatha* en la diestra y mi hoja corta en la siniestra, y me lancé como un loco hacia el grupo cuyas últimas filas se encontraban a varios pasos de nosotros. Ni siquiera estaba seguro de si los muchachos venían detrás de mí o habían aprovechado nuestra aparición para ponerse a salvo, pero sabía que al menos Mario estaría a mi espalda.

El primer suevo que murió bajo mi hoja ni siquiera tuvo tiempo de ver lo que se le venía encima. Avancé con ímpetu, tratando de aprovechar al máximo mi propia inercia para abrirme paso. Al menos una treintena de encapuchados, si no más, formaban un semicírculo que estrangulaba cada vez más a un pequeño grupo de guardas que resistían como podían, retirándose paso a paso en buen orden. Desgraciadamente para ellos —y ahora también para mí, porque mi enérgica irrupción me había colocado en una posición desde la que era difícil tratar de

volverse atrás—, la estrecha calleja que habían elegido para resistir desembocaba a unos pocos pasos en lo que parecía una de las paredes de un alto edificio. Rogando por encontrar a Marco entre los defensores, acuchillé sin parar con mi hoja corta mientras gritaba su nombre. Uno de los suevos se giró al oír mi voz, pero solo le dio tiempo a ver como mi *spatha* se hundía en sus entrañas. Únicamente me quedaban dos hombres por superar: más allá vi que el más cercano de los guardas trataba de mantener alejados a los encapuchados, blandiendo de lado a lado un fuerte escudo de roble. Rápidamente aparté de un brutal codazo en la boca al suevo más cercano, trazando un círculo con mi *spatha* para mantenerlo alejado, y logré saltar hacia delante en el momento en que el afilado puñal de otro cortaba el aire donde había estado mi costado segundos antes. Trastabillando, estuve a punto de caer a los pies del guarda, por fortuna miembro del *ala Celer*, gritando para que me reconociera y me protegiera con su escudo en lugar de ensartarme con su lanza. Mientras recuperaba el equilibrio, logré echar un vistazo hacia atrás con el rabillo del ojo y verifiqué que al menos Mario y Tito se esforzaban por seguir el camino que yo había abierto entre los atacantes.

—¡Nemesio! ¡Usa tu lanza! —grité al guarda, que ya se había percatado de la situación y blandía su arma para ayudar a que los demás pudieran reunirse con nosotros.

Mario, bramando como un toro, descargaba tajos en todas direcciones. Viendo lo que se les venía encima, los suevos se limitaron a protegerse como pudieron, con lo que permitieron el paso a mis compañeros. Después de todo, ninguno de nosotros iba a ir muy lejos.

A pesar de que nuestra irrupción fue recibida con algunos tímidos vítores por parte de los abrumados defensores, aliviados por el breve instante de tregua, lo cierto era que la presencia de apenas cuatro hombres más no iba a resultar tan relevante. La situación en la que tan ciegamente nos habíamos metido tenía todo el aspecto de convertirse en breve en una trampa mortal. El grupo de defensores no debía de sobrepasar la veintena de hombres, y era poco probable que se añadieran nuevos efectivos, mientras que el grupo de encapuchados que nos rodeaba no dejaba de crecer a medida que nos íbamos convirtiendo en el último foco de defensa organizada. A nuestra espalda, la misma pared que nos permitía despreocuparnos de la posibilidad de que nos rodearan truncaba a su vez nuestra única vía de escape. El suelo bajo nuestros pies estaba resbaladizo por la sangre derramada, y había cadáveres por doquier, por lo que debíamos poner especial cuidado en no tropezar con los cuerpos. Entre los muertos vi algunos envueltos en capas pardas, unos pocos ataviados con el sencillo uniforme de la guardia y otros tantos vestidos con ricos ropajes, ahora sucios de sangre y barro, que debían de ser los participantes de la procesión. Angustiado por la idea de que Marco se pudiera encontrar entre ellos, avancé para apartarme de la primera línea y agarré por la capa a uno de los guardas que permanecía en la segunda, con su lanza apuntando al exterior del círculo, y le pregunté por el joven. Antes de que tuviera tiempo de contestar, una mano me agarró del hombro y me hizo girarme.

—Estoy aquí, amigo —me tranquilizó un agotado y pálido Marco.

Su anteriormente impecable túnica blanca lucía tinta de sangre, y el cabello pulcramente peinado se había convertido en un amasijo de guedejas desordenadas.

—¡Marco! ¿Estás herido?

Él siguió mi mirada hasta su empapada túnica y negó con la cabeza.

—No, no es mía.

—¿Dónde está Palagorio? —acerté a preguntar.

—Está muerto...

—¡Hay que salir de aquí! —le interrumpí, nervioso.

—Gracias por el consejo, Attax; llevamos un rato intentándolo. —Sonrió con expresión cansada—. Te hacía lejos, camino de la finca; ¿cómo demonios me has encontrado?

—Te lo contaré más tarde, porque es largo de explicar.

La situación en que nos encontrábamos era desesperada. Nuestro reducido grupo, obligado a retroceder paso a paso, estaba cada vez más cerca de la encalada pared del edificio de una planta que cerraba el callejón. Se trataba de la parte trasera de una de las *domus* de la calle principal, y, desgraciadamente, no había a la vista puertas o ventanas que romper para acceder al interior y poder buscar una salida por el otro lado. Miré hacia los atacantes, y de nuevo a la pared: a mi parecer, solo teníamos dos opciones —sin contar la de morir, que por el momento descartaba—: la primera consistía en que aquel puñado de agotados defensores consiguiéramos recomponernos, avanzar y abrirnos paso entre la maraña de atacantes que nos acosaban para cruzar la ciudad, repleta de suevos, a golpe de lanza y espada. Quizá demasiado optimista. La segunda era trepar uno a uno por el blanco muro hasta el tejado de la vivienda y una vez allí tratar de escapar saltando de casa en casa hasta que encontráramos un buen sitio desde el que descender de nuevo a las caóticas calles. Aquella me parecía nuestra mejor elección, aunque implicara dejar a muchos buenos hombres en el camino. El filo de un puñal que tras atravesar la defensa del guarda que me cubría rasgó la manga de mi camisola me alertó de que debía volver a concentrarme en la pelea; aunque me llevé un buen rasguño, pude reaccionar con rapidez, echándome a un lado y descargando un pesado mandoble que hizo que tanto el arma que me había herido como la mano que la empuñaba acabaran entre los despojos que cubrían el suelo.

—¡Marco! Hay que subir al tejado, ¡es nuestra única oportunidad! —grité al joven, que peleaba contra un tipo alto y rubio al que golpeé con mi puño para facilitar que Marco lo atravesara con su espada, aquel día había salido desarmado de la *domus*, pero por lo visto había logrado hacerse a tiempo con una buena hoja.

—¡No pienso abandonar a mis hombres! —contestó con firmeza.

Su terca heroicidad me dio ganas de golpearlo.

—¡No seas necio! —grité—. La ciudad está perdida, ¡hay que escapar de aquí como sea! Si es necesario, golpearé tu dura cabeza hasta dejarte inconsciente y te arrastraré como un fardo —amenacé.

En el fondo comprendía sus reparos. Alguien tendría que quedar atrás, a merced de los atacantes, para que el resto pudiéramos escalar por la pared. Era una salida cruel y desesperada, pero yo había jurado proteger a Marco y eso era lo principal. Yo ya había vivido demasiado. Además, a lo largo de los siglos, dudo que ningún estúpido escaldo, bardo, chamán o poeta haya dicho jamás que la guerra es justa.

—De acuerdo —claudicó—, pero solo si subes tú primero.

¡Maldito crío! ¿Acaso era capaz de leer mis pensamientos? Renegué en voz baja, pero no había tiempo para discutir. También yo debía renunciar a mi propio sacrificio heroico. Entonces, solo me quedaba predicar con el ejemplo, así que busqué a mi alrededor unos hombros capaces de sostener mi peso.

—¡Mario! —grité al hispano, que pugnó por acercarse a mí reculando paso a paso sin dejar de protegerse de las cuchilladas de los atacantes—. ¡Préstame tu espalda! —dije, señalando hacia el borde del tejado.

Fue un ascenso lento y trabajoso, pero por fortuna Mario aguantó mi peso sin soltar más que algún quedo bufido. Alcancé el borde del tejado con los dedos y me aferré como pude mientras el hispano de cuello de toro se esforzaba en auparme para que pudiera terminar de afianzarme.

Con los brazos temblorosos por el esfuerzo, logré apoyar también una rodilla, y finalmente pude enderezarme y mirar hacia abajo.

La situación a mis pies era muy confusa: grupos de hombres corrían de un lado para otro, y los saqueos ya habían comenzado, lo que podría darnos una oportunidad en el caso de que lográramos escapar por las calles cercanas. Además, a los encapuchados que nos acosaban no les sería fácil perseguirnos: la estructura de los callejones los obligaría a dar un amplio rodeo antes de poder acceder al otro lado de la calle. Siempre que no fueran capaces de barrer a los defensores para seguir nuestro mismo itinerario, claro. Mientras aguantaran, tendríamos que aprovechar cada precioso instante para poner tierra de por medio. Sentía no poder compartir su suerte, pero aquel infausto día algunos de los que habían sido mis reclutas iban a comprender en profundidad el significado de aquello que tantas veces habían repetido: que estaban dispuestos a dar su vida por su líder.

Incluso desde aquella altura resultaba difícil hacerse una idea clara del desarrollo de la pelea que continuaba a pie de calle. Apenas podía distinguir una multitud de cabezas, unas empujando en una dirección y otras pocas, en la contraria, que trajeron a mi mente la absurda imagen de un campo sembrado de calabazas. El brillo de las armas señalaba el lugar en que el enfrentamiento era más enconado: la primera línea de nuestra defensa. Por fortuna, el reducido espacio en el que se desarrollaba la pelea no permitía a los suevos sacar partido de su superioridad numérica. Pero tal circunstancia no duraría demasiado: el agotamiento de los defensores y la posibilidad de los atacantes de suplir cada baja harían que la situación terminara por ser insostenible. Por el momento, solo podían participar en la refriega los hombres de las dos primeras filas, mientras los demás esperaban su turno manteniendo la presión sobre mis compañeros para tratar de desgajar algún pequeño grupo con el que acabar con facilidad. Conté rápidamente: quedaban en pie menos de quince defensores. Pero el maldito cabezota de Marco seguía enfrascado en la lucha, ignorando concienzudamente mis voces. Así que cambié de estrategia.

—¡Tito! —llamé al joven que se encontraba al lado de Mario—. Sube.

El joven guarda miró a Mario con expresión de duda, pero el esclavo le hizo una mueca que no dejaba lugar a dudas. Agarró al muchacho por los brazos y lo alzó sin aparente esfuerzo; en cuanto Tito estuvo a mi lado, Mario se giró para buscar a otro de los míos y repetir la operación.

—¡Lucas! —le animé a voces—. ¡Vamos!

Este, uno de los más veteranos del grupo, aunque bastante más joven que yo, tironeó de las ropas de Marco buscando su confirmación antes de decidirse a obedecerme. Aliviado, vi que Marco, en vez de ordenarle que permaneciera a su lado, al fin cedió a la razón y siguió a Lucas hasta donde aguardaba Mario. Tan solo hubo tiempo para ayudar a subir a dos muchachos más antes de que comenzara a temer de verdad por el fornido hispano.

—Mario, arriba, ¡te necesitaremos para salir de esta!

Me tendí cuan largo era sobre las inestables tejas para tenderle las manos. Él trepó como pudo hasta que consiguió sujetarse, y luego comenzó una lucha por alzarlo en la que los chicos tuvieron que aferrar mis tobillos para impedir que acabara precipitándome por el borde. Cuando al fin el enorme hispano descansó a mi lado, mientras me concentraba en lograr que mis doloridos brazos volvieran a responder, vi con pesar que la situación bajo nosotros estaba ya decidida. Apenas quedaban cuatro guardas en pie, y la presión de los suevos, al ver tan cerca la victoria, era cada vez más insistente. Volví a tenderme para tratar de repetir el proceso con al menos uno más, pero cuando el muchacho que probó fortuna estaba a punto de rozar mis dedos tendidos, uno de los atacantes lo ensartó por la espalda. Ya era demasiado tarde; había llegado el

momento de correr.

—Vámonos —dije, con la vista aún prendida en los pobres desgraciados que dejábamos a su suerte.

Antes de que la voz de Marco me hiciera reaccionar, pude ver como uno de los guardas que quedaban a mis pies, con su espléndida capa de las grandes ocasiones hecha jirones, soltaba sus armas y avanzaba hacia el enemigo ofreciendo su pecho, alzando sus ojos acusadores hasta donde me encontraba. Al reconocerle me quedé estupefacto: era Ascanio, el que había visto poco antes en la puerta. Debía de haber escuchado mis palabras y había acudido a proteger a Palagorio y a los demás tal y como le había pedido. Y yo le había fallado. Su mirada destilaba algo parecido al odio, ya no hacia el enemigo, sino hacia sus compañeros, los que en cierta forma lo habíamos traicionado. Yo, el mismo que lo había enviado a la pelea, lo privaba entonces de la oportunidad de escapar y lo dejaba en manos de los suevos. Esperaba sinceramente que aquellos aceptaran su rendición y respetaran su vida: él no era ningún acaudalado ciudadano que pudiera oponerse a ellos en el futuro, sino solo un simple campesino convertido en soldado que se limitaba a cumplir con su deber.

Musité una disculpa que sabía que no llegaría a sus oídos y, sin más tiempo que perder, salí corriendo por el traicionero tejado en pos de los demás, que ya me sacaban bastante ventaja. Nuestros pasos provocaron una lluvia de tejas desprendidas que se rompían con estrépito al chocar contra el suelo, pero el destrozo pasó desapercibido entre el ruido reinante. Pronto encontramos un canalón que prometía ser lo bastante firme para que bajáramos por él y que desembocaba en una callejuela aparentemente tranquila; en ese momento, el primero desde hacía largo rato en el que podíamos permitirnos pensar con relativa tranquilidad, me di cuenta de que nuestro plan de huida no llegaba más lejos. ¿Adónde iríamos? ¿Era sensato tratar de escondernos en alguna casa? ¿O debíamos probar suerte y tratar de salir de la ciudad por alguna de las puertas?

—¡Vamos a casa, tenemos que salvar a mi tío! —gritó Marco con urgencia.

—No te preocupes, a estas alturas ya debe de estar bien lejos de la ciudad. Issa y Sila velarán por él y por las mujeres.

Un suspiro de alivio escapó de su pecho.

Nos asomamos con precaución al extremo de la calle. Algunas figuras —apenas éramos capaces de distinguir a los habitantes de la ciudad de los suevos, ahora que la mayoría se había desprendido de las capas pardas— corrían de un lado para otro, pero por lo que pudimos ver la acción se concentraba de momento en la gran avenida por donde había discurrido la procesión y las callejuelas adyacentes; parecía que los asaltantes no tenían prisa por hacerse con el resto de la ciudad, sino que pretendían ocuparse primero de cualquiera que pudiera disputarles su recién adquirido poder.

No había tiempo para pensar demasiado, así que decidí poner en marcha al grupo, aunque realmente no sabía si resultaría una buena idea.

—¡Vamos hacia la puerta este! Y vosotros, quitaos las capas de la guardia.

Avanzamos por la solitaria calle para incorporarnos al torrente de ciudadanos en desbandada y suevos corriendo a sus anchas que dominaba las calles contiguas. A medida que nos acercábamos a nuestro objetivo, la densidad de gente iba en aumento. Recé por que Issa hubiera sido rápido y todos hubieran logrado huir antes de que la situación se complicase de aquella manera.

Cuando tan solo nos quedaban dos estadios para alcanzar la salida, la mala fortuna se cebó con

nosotros. Al girar una esquina a la carrera, Lucas tropezó de frente contra un encapuchado que trataba de abrir una puerta a patadas. En un primer momento pareció que el tipo se iba a contentar con golpear al hispano con la mano, pero en cuanto vio que este empuñaba una espada, se puso a gritar como un poseso para que sus compañeros acudieran en su ayuda. La reyerta duró poco, lo suficiente para que cayeran tres suevos y uno de los muchachos —no recuerdo su nombre—, pero pronto otros tantos asaltantes repararon en nosotros y corrieron hacia nuestra posición. Quizá podíamos acabar con ellos, pero cada vez que nos viéramos obligados a detenernos y pelear, más suevos acudirían, y así hasta que lográramos alcanzar la puerta, si es que llegábamos tan lejos.

Miré hacia los suevos que se acercaban a toda prisa y de nuevo a nuestra espalda, donde el camino continuaba relativamente despejado. Seguir no parecía una buena idea, pero si escapábamos, ¿hacia dónde iríamos? No deseaba que en la carrera acabásemos separándonos unos de otros sin haber fijado antes un nuevo punto de reunión.

—¿Y si probamos en las cloacas? —sugirió Lucas.

Lo miré, perplejo, sin entender bien a qué se refería.

—Hay un acceso a las antiguas cloacas en el mercado, y desembocan fuera de la ciudad —aclaró con timidez.

No había más tiempo para pensar, ni se me ocurrían mejores opciones, así que corrimos como posesos tras los pasos del guarda, tratando de despistar a nuestros perseguidores, que no tardaron en olvidarse de nosotros. Con el saqueo de la ciudad ya en su apogeo, preferían ocuparse de reunir su parte del botín que perder el tiempo dando caza a un pequeño grupo de hombres armados más interesados en salir de la ciudad que en plantar cara. Durante nuestro camino nos cruzamos con algunos grupos más, pero pocos fueron los que se acercaron a nosotros, y menos aún los que decidieron medir sus aceros con los nuestros. Solo en dos ocasiones más tuvimos que hacer uso de ellos para poder continuar adelante.

Cuando al fin, extenuados, llegamos al mercado que tan bien conocía —aunque reconozco que nunca me había fijado en la entrada a las alcantarillas que había mencionado Lucas—, proseguimos la marcha sorteando con cuidado los puestos. Muchos lucían aún repletos de las mercancías en las que los comerciantes habían puesto sus esperanzas para sacar una buena tajada de los bolsillos de los visitantes en aquel día de fiesta; otros, los que habían ofrecido objetos de mayor valor, estaban ya vacíos y destrozados. Seguimos los pasos de Lucas, que escrutaba el suelo con concentración mientras avanzábamos entre los puestos; cuando nos encontrábamos ya cerca del centro de la explanada, se detuvo de improviso, haciendo que nos tropezáramos los unos con los otros hasta que él también acabó de bruces sobre el pavimento. Enseguida se recompuso y, sonriéndonos desde el suelo, confirmó que habíamos llegado a nuestro destino.

Mientras el guarda iba limpiando con cuidado las enormes losas, propinando golpecitos con los nudillos a unas y a otras buscando la que debíamos retirar, el resto, espada en mano, mirábamos nerviosos en todas direcciones.

—¡Lucas, vamos! —lo insté, impaciente.

Él, sin hacerme caso, continuó con la oreja pegada al suelo, concentrado en su metódica labor, hasta que al fin dio con lo que buscada.

—Aquí —afirmó con seguridad, haciéndome una seña para que me acercara.

Enseguida me agaché a su lado, y ambos fuimos recorriendo los bordes de la enorme baldosa de piedra con el filo de nuestras espadas, hasta que fue posible introducir bajo la misma primero nuestros dedos, y después sendos palos de madera que arrancamos de la estructura de uno de los

puestos cercanos para tratar de hacer palanca. Aquella losa pesaba una barbaridad; pronto tuvimos que sustituir los maderos rotos por algo más resistente —dos barras de metal que encontramos en otro de los puestos—, y los fibrosos brazos de Lucas por los fuertemente musculados de Mario. Tras algunos minutos de lucha, que se nos hicieron eternos, al fin logramos levantar la pesada tapa lo suficiente para que pudiéramos arrastrarnos a través del hueco resultante, bajo el que se adivinaba el inicio de un oscuro y maloliente pasadizo.

—¡Rápido, adentro! —nos animó Lucas.

No le hizo falta repetirlo: antes de que terminara tan corta frase, ya Tito se apresuraba a colarse entre las barras que mantenían alzada la losa hasta dejarse caer en el túnel.

—Esto apesta, pero parece practicable —dijo con una voz que llegó distorsionada por el eco.

El propio Lucas fue el siguiente, y luego Mario; si pasaba él, sin duda el resto cabríamos sin problemas. Yo no dejaba de lanzar miradas escrutadoras a nuestro alrededor, pero lo cierto era que los puestos del mercado nos proporcionaban una pantalla perfecta para escabullirnos con discreción. El último de los guardas, un joven de pelo hirsuto y barba rala que miraba el hueco con aprensión, se volvió hacia Marco y habló con cierta vergüenza.

—Señor, sé que juré protegeros, pero mi familia está aún en la ciudad, y yo...

Resoplé con impaciencia, y Marco me dirigió una mirada severa antes de volverse hacia el muchacho.

—Te entiendo, Antonio, aunque creo que sería más sensato salir y tratar de volver en unos días, cuando ya se haya calmado todo. De todos modos, si prefieres quedarte, considérate liberado de tu compromiso.

La nuez del joven subía y bajaba trabajosamente mientras luchaba por tomar la decisión acertada. No fueron más de unos segundos, lo malo era que mi paciencia estaba agotada desde hacía rato.

—¡Venga, cojones! Síguenos o lárgate, pero ¡hazlo ya!

El muchacho dio un respingo, dirigió una última mirada de disculpa a Marco y se dio la vuelta para alejarse.

—Buena suerte —musitó Marco, atravesándome con la mirada.

Yo, exasperado, me encogí de hombros y le señalé el túnel con insistencia. Pero, por desgracia para Antonio —y también para nosotros—, la suerte no le acompañó durante mucho tiempo. Cuando Marco ya había descendido, y yo me disponía a hacer lo propio, ya con medio cuerpo dentro del agujero y mis pies buscando apoyo en la espalda de alguno de los nuestros, pude escuchar gritos cercanos y el inquietante sonido de los pasos apresurados de un grupo de hombres que se acercaban a la carrera. Maldiciendo en voz baja al pobre muchacho, que había acabado por ponernos a todos en peligro, me esforcé en retirar las barras que sujetaban la enorme piedra que habíamos desplazado para que esta volviera a ocupar su lugar, cubriendo nuestra vía de escape. Tiré de ellas con desesperación, haciendo uso de todas las fuerzas que me quedaban, pero una de ellas se había encajado firmemente y apenas fui capaz de deslizarla unas pulgadas. Las gotas de sudor anegaban mis ojos causándome un desagradable picor, que traté de aliviar enjugándolas con la manga de mi sucia camisola. Desesperado al escuchar las voces cada vez más próximas, y porque mis brazos parecían negarse a dar más de sí, apreté los dientes haciendo un último esfuerzo y aproveché todo el peso de mi cuerpo para tirar hasta que la barra cedió con un chasquido y la losa volvió a sellar nuestro escondrijo dejándonos sumidos en la oscuridad. Desequilibrado, caí como un fardo hacia aquella negrura insondable, golpeándome el costado contra el suelo. Por fortuna, el denso arroyuelo de agua putrefacta que corría a nuestros pies

amortiguó la caída.

—Mierda —exclamé en voz baja, llevándome la mano a la espalda mientras trataba de darme la vuelta como si fuera una torpe tortuga.

—¿Estás bien, Attax? —dijo una voz a mi lado que reconocí como la de Marco.

—Sí, joder.

Aunque dolorido y cubierto de un limo espeso y apestoso, la situación no era como para quejarse. Tampoco nos iba de maravilla, pero al menos allí de momento no nos encontrarían. Los suevos tendrían entretenimiento de sobra saqueando las casas de los acaudalados ciudadanos de Lucus antes de aburrirse lo suficiente para intentar forzar la entrada de una sucia cloaca, donde lo único que encontrarían de seguro sería un considerable malestar de estómago.

—Pongámonos en marcha, y no nos separemos —oí que decía de nuevo la voz de Marco—. ¿Hacia dónde, Lucas?

—Siempre hacia el norte, sin desviarnos.

Hacia el norte... Pues más le valía al bueno de Lucas encontrarlo él, porque allí dentro sin ver el sol no daba un denario por mi sentido de la orientación. Recorrimos aquellos oscuros y mojados pasadizos durante horas, o tal vez durante días, porque fui perdiendo toda referencia hasta sentirme incapaz de calcular el paso del tiempo. Aunque Lucas conocía el recorrido —hacía años había trabajado limpiando los túneles—, era fácil confundirse en aquella maraña de bifurcaciones, así que más de una vez tuvimos que desandar el camino, tras toparnos de bruces con algún pasillo obstruido. Nuestros ojos fueron acostumbrándose poco a poco a la penumbra, y a pesar de que no había luz suficiente para distinguir detalles, al menos podíamos intuir las figuras de los demás a nuestro alrededor. Caminamos sin descanso, hasta que nuestros olfatos se insensibilizaron al hedor y nuestras tripas variaron el tono de sus protestas: el hambre comenzaba a aparecer y los estómagos vacíos empezaron a resonar en el silencio de la oscura cloaca, provocando las risas de aquellos que aún tenían fuerzas para desperdiciar.

Pese a la inicial seguridad de Lucas, creo que nos perdimos en varias ocasiones, en las que terminamos dando vueltas en círculos durante largas horas. Pero, cuando ya comenzaba a desesperar, al girar en uno de los ramales nos recibió una oleada de aire fresco en pleno rostro, que celebramos con alborozo, convencidos de que nuestra meta estaba cerca. Recorrimos los últimos pasos a toda prisa, hasta dar por fin con los herrumbrosos barrotes que custodiaban la salida. Esperando encontrarnos donde pensábamos —más allá de la muralla norte—, porque tras tantas vueltas en el interior de aquellos complejos pasadizos por lo menos yo había terminado totalmente desorientado, nos dispusimos a atacar los deteriorados hierros, que, gracias a los dioses, estaban lo bastante carcomidos para no suponer un obstáculo serio. Cuando por fin pudimos arrastrarnos fuera de aquel agujero como apestosas sabandijas, comprobamos que era noche cerrada, aunque, acostumbrados a la oscuridad de los túneles, el resplandor de la luna creciente nos parecía especialmente intenso. No éramos capaces de calcular cuánto tiempo nos había llevado nuestro periplo subterráneo: ¿seguía siendo el mismo día o era ya la noche del siguiente?

—Descansemos un rato, hasta asegurarnos de que todo está en calma en los alrededores —sugirió Marco en voz baja.

Nos dejamos caer en el suelo, ocultos por la vegetación, y respiramos con ansia el aire fresco de la noche, que resultaba un dulce bálsamo para nuestros pulmones tras tanto tiempo en aquel ambiente fétido y viciado. Miré por encima de mi hombro para ver a la luz de la luna qué aspecto tenía el lugar que acabábamos de abandonar, confirmando lo que el tacto y el olfato nos habían

avanzado: una cloaca, de por sí, es un lugar sucio y frío, pero aquella además había dejado de limpiarse desde hacía años. El húmedo suelo de piedra, formado por baldosas perfectamente talladas por los esclavos de Roma siglos atrás, estaba tapizado de un musgo oscuro, que crecía por todas partes alimentado por un cansino arroyuelo de limo pútrido, que arrastraba todo tipo de desperdicios. Viendo nuestro desagradable aspecto, me asaltó una repentina ansiedad por quitarnos de encima aquella peste; si todo había ido según esperábamos y nos encontrábamos al norte de Lucus, debíamos de estar cerca de algún pequeño curso de agua en el que asearnos.

Tras un rato de silencio solo roto esporádicamente por nuestros resoplidos, Marco me abordó para preguntarme en voz baja sobre mi apresurada visita a la *domus* de su tío. Traté de tranquilizarlo asegurándole que cuando salimos de allí ya Sila preparaba las monturas, mientras Issa reunía al menos a Cayo, Sunna y Vera en el peristilo. En ese momento caí en la cuenta de que nada sabía de Silvia, ni siquiera si estaba en la casa en aquel momento; a primera hora de la mañana había salido con intención de ayudar a su familia a preparar su puesto del mercado, pero no la había visto regresar. Pensé que a Aspasia le habría resultado sencillo localizarla allí, por lo que esperaba que la hubiera alertado también a ella; si no... Con el corazón en un puño, aparté de mi cabeza unos temores que no quería dejar traslucir ante Marco. Él bajó la mirada, preocupado por la suerte de la hispana, pero a su vez aliviado porque el resto de nuestros compañeros había tenido la oportunidad de atravesar las murallas antes de que comenzara la matanza. Le indiqué las instrucciones que había dado a Issa sobre el camino que debían tomar para luego aguardarnos en la seguridad de la finca. Ninguno dijimos nada, pero creo que a ambos nos hizo temblar el recuerdo de lo acaecido en Conimbriga tantos años atrás, cuando recorrimos el camino desde la urbe hasta la propiedad de Quinto, acompañando el cadáver de este hasta el que había sido nuestro hogar, solo para encontrarnos que el infierno se había adelantado a nuestros pasos. ¿Era realmente la finca de Cayo un lugar seguro, o había enviado a los nuestros a una trampa mortal?

—No habrá un instante de paz en esta tierra... —dijo Marco en un susurro, antes de apoyar su espalda en la húmeda pared y cerrar fuertemente los ojos.

De pronto me sentí muy cansado. Después de tanto tiempo sumido en la ciega esperanza de que un hombre pueda elegir entre la batalla y el hogar, convencido de que los altos muros de Lucus protegían mis sueños, volvía a entender de golpe que, mientras hubiera enemigos a las puertas, no existiría un lugar digno de considerarse seguro. Como siempre ha sabido mi pueblo, es necesario luchar tanto por cada instante de paz que al final esta apenas se distingue de la guerra.

Agradecido porque Marco no me había preguntado nada aún sobre cómo me había enterado de la conspiración sueva antes de abandonar la ciudad, me perdí de nuevo en mis pensamientos, dominados por la imagen de Aspasia y sobre todo la de aquel pequeñín de cabello claro y ojos grises que la acompañaba. Aunque nunca se me dio bien calcular la edad de un niño por su aspecto, me parecía que aquel era, a todas luces, demasiado grande para haber sido concebido después de mi partida, y menos si hacía caso a lo que me habían asegurado con respecto a la fecha en la que Aspasia decidió dejar de aguardarme. Me resultaba extraño que su nuevo marido suevo la hubiera aceptado sabiendo que estaba embarazada de otro hombre; ¿se referiría a eso Silvia cuando ponderaba las pruebas de que su amor por ella era verdadero? El recuerdo de aquella vocecita repitiendo mi nombre me atravesó el alma. Y también aquellos ojos grises, tan parecidos a los que cada mañana veía reflejados en el agua al lavarme la cara, pero repletos de una inocencia que los míos habían perdido cuando yo apenas tenía su edad. Mi único hijo, al que yo no podría criar ni proteger de los embates del destino. ¿Volvería a verlo alguna vez?

De repente acudieron a mi mente las palabras de la promesa formulada a santa Eulalia. Regresar a Lucus, obtener el perdón de Aspasia —ese día nos había buscado para salvarnos, ese día había vuelto a rozar sus labios por última vez—, y concebir junto a ella un varón sano y fuerte al que regalar su primera espada. La ironía de la situación amenazaba con superarme. Somos prisioneros de nuestras propias palabras, de nuestros propios deseos, que no siempre tienen al cumplirse el aspecto que soñamos... Porque, para terminar de cerrar el círculo de mi promesa, solo faltaba un regalo. Una espada que en el futuro mi propio hijo pudiera blandir contra nosotros al lado de nuestros enemigos. Una promesa formulada ante una santa cristiana que finalmente resultó ser una prostituta no podía acabar bien. Más le valía al diácono Zenón rezar bien fuerte por que el destino no volviera a cruzar nuestros caminos, pues la tentación de atravesar su corazón con el arma que mi hijo nunca empuñaría podía llegar a ser demasiado fuerte.

Totalmente sumido en mis pensamientos, no reparé en que Marco se dirigía a mí hasta que lo vi mirándome de frente como quien espera con impaciencia una respuesta. Me limité a mirarlo a mi vez, incapaz de reaccionar, hasta que el fornido brazo de Mario me zarandeó sin miramientos.

—Arriba, amigo; es hora de irse.

Asentí y me incorporé despacio, sintiendo protestar a todos los huesos de mi cuerpo. Los brazos me dolían intensamente después del esfuerzo que había supuesto retirar la pesada losa, y sobre todo volverla a colocar. Me llevé la mano al costado y retiré con cuidado la camisola, pero la mugre que me cubría me impedía concretar la extensión del hematoma resultante de la caída.

Al levantarme y otear a mi espalda pude ver la figura de la muralla recortada en la oscuridad; aunque habíamos salido a cierta distancia, esperaba que no hubiera nadie de guardia, o al menos que los que anduviesen sobre ella estuvieran demasiado borrachos para reparar en nosotros. Solo quedaba avanzar lo más rápido que pudiéramos hacia el norte, hasta lograr ponernos a salvo. Aunque en noches como aquella costara sobremanera encontrarle sentido a aquellas palabras.

En cualquier caso, tras nuestro paso por las cloacas, esa noche íbamos bien camuflados para la ocasión. Las oscuras y fétidas aguas nos habían provisto de la inmundicia necesaria para confundirnos con las sombras y perdernos en la oscuridad de la noche. Si hubiese patrullas de suevos por los alrededores, lo más probable era que el hedor que despedíamos los convenciera de tomar la dirección contraria.

Avanzamos de uno en uno, ocultándonos entre las casuchas que marcaban el final de la ciudad extramuros, y nos reagrupamos junto al cauce del arroyo. Yo fui el último en llegar, porque no pude evitar volverme a echar un breve vistazo al que fuera nuestro hogar durante muchos de los mejores años de mi vida. Al lugar donde, si mi instinto no me engañaba, dejaba a mi hijo.

Nos lavamos lo mejor que pudimos, aunque sin atrevernos a detenernos demasiado, y luego corrimos hacia el norte, de nuevo a la deriva.

XIII

Le había dicho a Issa que aguardara nuestra llegada durante tres días, aunque, en el fondo, en aquel momento no confiaba en que pudiéramos ser capaces de abandonar la ciudad con vida. A pie, y agotados tras el esfuerzo realizado, tardamos casi el doble de tiempo en llegar al punto de encuentro. Dormitábamos a ratos durante el día y aprovechábamos las horas de oscuridad para avanzar, siempre temerosos de cruzarnos con alguna partida de suevos ocupada en recorrer la campiña una vez que habían logrado adueñarse de la ciudad. No teníamos noticia alguna de lo acaecido en otras poblaciones cercanas, por lo que no nos atrevimos a abandonar el bosque y evitamos caminos, granjas y otras edificaciones. Huíamos a ciegas, convertidos en fugitivos en nuestra propia tierra, si un bárbaro como yo puede aspirar a la bendición de considerar como tal algún territorio en este caótico mundo. Por fin, el cuarto día desde que saliéramos de las cloacas, vislumbramos nuestra meta en el horizonte. La zona parecía tranquila, pero antes de permitir que la esperanza se instalara en nuestros corazones, decidimos asegurarnos de que todo iba bien. Como cada vez que visitaba el lugar, dirigí los pasos de nuestro grupo hacia la pequeña colina que dominaba el paisaje desde una distancia prudencial. Marco se acercó a mi lado, mientras los demás aprovechaban para descansar un instante. Realmente ofrecíamos un aspecto horrible. Pálidos, ojerosos, con el cabello sucio y la barba descuidada, vestíamos poco más que jirones; tan solo el buen acero de nuestras armas nos recordaba que no éramos mendigos, sino guerreros.

Coloqué mi mano a modo de visera mientras Marco hacía lo propio. Las puertas estaban abiertas; algunas de las chimeneas emitían tenues columnas de humo. Muchos aldeanos transitaban por los caminos de tierra. Marco suspiró con satisfacción, después de tanto tiempo conteniendo la respiración por miedo a lo que pudiéramos encontrarnos, a revivir la pesadilla de su infancia. Sin embargo, había algo en aquella escena que no acababa de gustarme. Agarré al muchacho por la sucia camisola y lo insté a tumbarse a toda prisa en el suelo. Él me miró sin comprender bien mis reparos.

—Demasiado movimiento —aclaré, bajando la voz inconscientemente, como si los aldeanos pudieran escucharme desde la distancia.

Volví a mirar más allá de la pendiente, aquella vez con más calma al saberme a cubierto. Aunque no había gritos ni carreras ni signos de que la finca hubiera sido violentada, conté cerca de un centenar de personas deambulando por el interior de los muros. Sin embargo, por lo que había podido comprobar en otras ocasiones, los siervos de Elpidio solían pasar el tiempo que no estaban trabajando en el campo o en los almacenes encerrados en sus casas. ¿Qué pasaba ahí abajo? ¿Acaso la llegada del amo Cayo había relajado aquella estricta disciplina? ¿O, por el contrario, nos enfrentábamos de nuevo a malas noticias?

—¿Qué es lo que te preocupa, Attax? —insistió Marco con gesto interrogador.

Sin responderle, agucé la vista todo lo que pude hasta que el joven me zarandeó el hombro con insistencia.

—Esto no es normal. Hay mucha más gente de la que habitualmente vive en la finca.

—¿Refugiados de los alrededores? —sugirió.

Su optimismo me arrancó una risilla cínica.

—Conociendo el alma caritativa de Elpidio, dudo que consintiera algo así.

—Quizá mi tío...

—Quizá —concedí, y entonces me llamó la atención algo que heló la sangre en mis venas.

Seguí con la mirada a un grupo numeroso de figuras que se dirigían a las inmediaciones del establo, en el punto más alto de la finca que podíamos ver más allá de los muros. Pero allí, donde debería haber estado el vallado para los animales, se alzaban en cambio otras curiosas estructuras. Cruces; cruces de madera en las que podían distinguirse figuras clavadas, con los restos de sus ropajes ondeando con la brisa. Por lo que parecía, también en la finca habían organizado un remedo de celebración de la pascua cristiana... a su macabra manera. Desde allí, por fortuna o por desgracia, no podía apreciar más detalles.

—Hay que largarse —sentencié, alterado—. Este lugar ya no pertenece a tu tío.

Marco me dedicó una mirada entre angustiada e interrogante, pero por fortuna no preguntó nada, sino que se limitó a seguirme hasta donde el resto del grupo nos esperaba tranquilamente. Al vernos regresar avanzando con cuidado, casi a gatas, nos recibieron con miradas de extrañeza. Entonces ¿no estábamos todavía a salvo?

Me aterraba pensar en lo que acababa de ver. ¿Quiénes serían aquellos desgraciados cuyos cuerpos inertes colgaban de los maderos? ¿Acaso Elpidio y sus guardas? ¿Estarían entre ellos también Issa —no podía creer que el destino pudiera reservar para él una broma tan cruel— y el anciano Cayo? Al final, le había fallado a todo el mundo. La mirada acusadora de Ascanio al abandonarlo en Lucus; la ciega confianza del britano al preparar todo según lo que le indicaba sin detenerse a preguntar. No sabía qué decir, pero aún menos lo que hacer. Había volcado todas mis esperanzas en reencontrarnos en la finca y tener la oportunidad de hacernos fuertes tras sus muros hasta que pasara la tempestad. Habría estado dispuesto incluso a negociar con los suevos para que nos dejaran tranquilos o, si era necesario, a enseñarles que tomar aquel lugar les resultaría demasiado difícil para que resultase apetecible. Mario, Sila, Marco, Issa y yo, más todos los hombres de la finca que lográramos reunir, habríamos conseguido defender aquellos muros incluso frente a un centenar de atacantes. Sin embargo, de nada servía ya pensar en todo aquello: no solo habíamos llegado tarde, sino que había enviado a mis compañeros hacia la muerte.

El largo silencio comenzaba a resultar incómodo. Marco aguardaba mis palabras con expresión inescrutable, Mario parecía estupefacto, y el miedo comenzaba a asomar a los ojos de los guardas. Pero la voz se negaba a acudir a mi garganta, y solo el canto de algún ave cercana rompía el silencio.

De improviso, un leve chasquido y el rápido movimiento del aire me sobresaltaron. A pocos pasos de mis pies quedó clavada una flecha, vibrando sobre la tierra. Me incorporé de un salto y saqué mi espada de la apestosa funda con un desagradable sonido de succión. Miré en derredor, desesperado porque en aquella loma, salvo en caso de internarnos en el bosque vecino, no había nada tras lo que cubrirnos. Mientras observaba con desconsuelo el árbol más cercano, sin atreverme a correr hacia él hasta no saber desde dónde nos acechaba el peligro, vi una figura deslizarse grácilmente entre sus ramas para aterrizar sin apenas ruido.

—Por todos los demonios, Attax, ¿por qué no contestabas a mis señales? —Issa sonrió ampliamente al acercarse—. Empezaba a dudar que realmente fueseis vosotros los que os ocultabais bajo esa capa de mugre.

Casi se me aflojaron las rodillas de la alegría que sentí al verlo. Aquel pajarillo que trinaba con

insistencia acompañando mis más oscuros pensamientos no era otro que el britano, tratando de captar nuestra atención con una de las llamadas que solíamos utilizar para orientarnos durante la caza.

—Gracias sean dadas a todos los dioses, ¡incluso al tuyo! —dije, señalando a Marco, que también sonreía aliviado.

El britano dedicó un ligero cabeceo a Tito y a Lucas tras mirarlos con curiosidad.

—Vamos —nos animó, colocándose el arco a la espalda—. No hay tiempo que perder: este lugar ya no es seguro.

—Eso parece —respondí señalando a mi espalda.

—Seguidme, que ya habrá tiempo para contaros... —escrutó de arriba abajo nuestra patética estampa antes de terminar la frase— y para que vosotros nos contéis.

Fuimos tras los pasos del britano en silencio, alejándonos de la finca hacia el este. Después de cerca de dos horas de marcha, y viendo lo que nos costaba seguirlo, Issa relajó por fin el ritmo y se atrevió a hablar de nuevo.

—Suponía que os detendríais en el mirador antes de acercaros a la finca, así que las tres primeras noches las pasé allí, y luego he acudido cada día, desde el alba hasta el anochecer. Reconozco que ya estaba perdiendo la fe en que hubierais conseguido escapar.

—No sabes lo cerca que estuvimos de no lograrlo —respondí de buen humor, repuesto tras la sensación de derrota que me había abatido en el bosquecillo.

—Cayo aseguraba que vendríais. Y ninguno de nosotros deseaba contemplar otra opción, aunque a estas alturas hasta los más optimistas comenzábamos a estar inquietos.

Noté la tensión de Marco al escuchar el nombre de su tío.

—Marco, tu tío es un hombre fuerte —continuó Issa, percatándose de su preocupación—. Soportó bien el trayecto, sin quejarse en ningún momento, aunque en su estado cualquier desplazamiento, incluso a caballo, debe de causarle bastante dolor.

—Supongo que no tuvisteis la previsión de traer caballos para nosotros —dije, comenzando a elucubrar mentalmente sobre cómo compartiríamos las monturas.

Giró el cuello y me dirigió una mirada burlona.

—¿Y dónde crees que cargamos esa monstruosidad a la que llamas cota? Mi caballo ya tiene suficiente con mi peso.

Sonreí, agradecido por su previsión. Issa miró de soslayo a los guardas que cerraban la comitiva.

—Aun así, no tenemos monturas para todos. Pero siempre podemos intentar comprar una o dos más.

—¿Comprar? —preguntó Marco, que solo había logrado salvar una espada que ni siquiera era la suya.

—También nos dio tiempo de coger parte del dinero —respondió Issa con naturalidad.

—¡Bien hecho, muchacho! —exclamé zarandeándolo con alegría, encantado con la noticia.

Ya más calmados, afrontamos el último tramo hasta llegar adonde nos esperaba el resto de los nuestros con renovadas energías. A cada paso que dábamos, nos íbamos adentrando cada vez más en la espesura. Desconocía cómo el britano era capaz de orientarse en aquel tupido bosque en el que no llegaba a adivinar ninguna clase de senda, y más aún sin dejar de hablar, pero nos condujo sin vacilar a nuestro destino. Sonriente, nos hizo una seña para que nos detuviéramos junto a un árbol a mi entender idéntico a los otros cientos que nos rodeaban, y silbó la señal que tan bien conocíamos, dedicándome un gesto de burla cuando nos llegó la respuesta apenas unos

segundos después.

—¿Escuchas? Eso de pactar señales sale mucho mejor cuando a uno le contestan.

Esquivando con agilidad el manotazo que pensaba descargar en su hombro, se escurrió entre la maleza para continuar hasta un pequeño claro limitado por una pared casi vertical. Observando con atención, me di cuenta de que frente a nosotros se abría la entrada de una pequeña cueva, tapada con esmero con numerosas ramas. La mayor de ellas se apartó lentamente y reveló tras ella la imponente figura de Sila.

—Issa... —comenzó antes de abrir mucho los ojos—. ¡Amo Marco! ¡Gracias a Dios!

—Me alegro de volver a verte, amigo —respondió el joven—. ¿Está mi tío dentro?

El enorme hispano asintió y se afanó en retirar aquel complejo amasijo de ramas entrecruzadas, mezcladas con follaje e incluso algunas piedras, que camuflaba a la perfección la entrada de la cueva. Nos introdujimos en ella con cuidado, gateando los primeros pasos, hasta que se abría y permitía a la mayoría de nosotros volver a andar erguidos. Solo yo, bastante más alto que los demás, tuve que avanzar encorvado un poco más. Observamos sorprendidos que la gruta se internaba profundamente en la colina; el ambiente en aquel pasadizo era cálido, seco y polvoriento. A medida que nos adentrábamos, comenzamos a distinguir un leve olor a humo y el resplandor de dos teas ardientes en el fondo de la caverna. La luz que emitían generaba sombras inmensas; una de ellas corrió enseguida hacia nosotros, empequeñeciéndose a cada paso hasta convertirse en la menuda figura de Vera.

—¡Attax! ¡Marco!

Su fina voz resonó en la estancia junto al eco de sus pasos, hasta que se abalanzó sobre nosotros con los brazos abiertos, sin saber a cuál abrazar primero. Aunque arrugó la nariz al comprobar lo sucios que estábamos, permaneció largo rato sin soltarnos, hasta que Issa tiró de su vestido para reclamar su parte de mimos.

Frente a nosotros, cómodamente recostado sobre una mullida manta extendida en el suelo, estaba Cayo. Las lágrimas anegaron sus cansados ojos en cuanto vio a su sobrino frente a él; aunque una sonrisa emocionada suavizaba su rostro, su tez lucía macilenta, marcados los pómulos, profundas las arrugas. Marco corrió hacia él y se inclinó a su lado, llevándose a los labios la mano del anciano. Lo saludé con cariño, y Mario con respeto; luego le presentamos a los dos hombres que nos habían acompañado como los supervivientes del *ala Celer*. Ambos enrojecieron cuando Cayo les expresó su agradecimiento con la formalidad propia de un acaudalado ciudadano romano.

Al acercarme me llamó la atención el destello metálico que la oscilante luz de las teas arrancaba a un objeto situado a la derecha del comerciante: mi cota y la de Marco descansaban junto a dos aljabas repletas de flechas. Cuando me disponía a agacharme para presumir ante los muchachos de mi más preciada posesión, me sorprendió recibir un nuevo abrazo. Al volverme me encontré con el agradable aroma de la espesa cabellera pálida de Sunna inundando mi nariz. Pasé mi brazo sobre sus hombros y la mecí con cierta vergüenza.

—Attax, ¡gracias a Dios! Estáis vivos... —Su voz sonaba amortiguada contra mi pecho.

—Ya pasó todo, Sunna; todo va a ir bien —respondí sin saber muy bien por qué, maravillado por la suavidad de su piel y la calidez de su contacto.

La acaricié largo rato, sin decir palabra, disfrutando de la inesperada intensidad del reencuentro. Aquella mujer tenía la extraña virtud de apaciguar mi alma incluso en los momentos más duros. Aunque lo cierto era que la vándala alteraba mi cuerpo en la misma medida en la que calmaba mi alma. Debía alejarme de ella; sin duda era lo más sensato, pero por algún motivo mis

brazos se negaban a obedecer.

La voz de Issa logró romper el hechizo que me paralizaba.

—Supongo que estaréis hambrientos. Anoche cacé un par de liebres; no es que tengan mucha carne, pero os calmarán el estómago.

Asentí con avidez, lamentando que fueran solo dos piezas, porque habría podido comérmelas yo solo y aun así continuar hambriento. Llevábamos varios días subsistiendo a base de bayas, raíces y algunos huevos robados, y la sola mención de la carne me hizo salivar como un perro callejero.

Nos sentamos pesadamente en el suelo. Sunna permaneció acurrucada a mi lado, y yo me acomodé agradablemente recostado contra ella, mientras Marco se ofrecía a relatar a Cayo los acontecimientos acaecidos en la ciudad. Yo también estaba deseando escuchar su relato; por mi parte, aporté lo que pude basándome en lo poco que Aspasia me había transmitido aquella mañana.

Según contó Marco, la procesión había partido puntualmente desde la antigua iglesia cercana a la basílica, para recorrer con solemnidad las calles principales. Las autoridades eclesiásticas, acompañadas por los hombres más influyentes de Lucus, avanzaron a paso lento siguiendo el trazado previsto sin contratiempos dignos de mención. Los guardas que los escoltaban, vestidos de gala, en un principio eran capaces de mantener el orden sin demasiadas dificultades, pero la cada vez más nutrida muchedumbre complicaba por momentos su labor. Marco, aunque concentrado en seguir el paso de la procesión, comenzó a observar de reojo que el empuje de semejante cantidad de público aumentaba rápidamente, reparando con creciente preocupación en que los agobiados guardas apenas eran capaces de contenerlos. Cuando ya habían recorrido aproximadamente la tercera parte del camino, el cordón de seguridad se quebró de golpe en varios puntos a la vez, mientras cada vez más figuras encapuchadas surgían de entre la multitud.

Especulamos sobre si el plan llevaría en marcha desde varios días o semanas atrás; probablemente, los suevos habrían ido entrando en la ciudad poco a poco, aunque la aglomeración de gente en las puertas el propio día de la procesión habría sido el momento clave, pues les habría permitido pasar armados sin que los guardas lo pudieran evitar. Les conté la versión que Aspasia me había dado, y la agobiante multitud que se acumulaba en la puerta norte cuando traté de pasar por ella, que confirmaba sus palabras. El plan para acabar de un plumazo con los principales de Lucus estaba trazado de antemano, y, para nuestra desgracia, se había desarrollado con letal eficacia. Vistas la cantidad de gente y su actitud durante el ataque, sospechábamos que aparte de los encapuchados, llamados a ser los autores materiales de los asesinatos, también habría una notable cantidad de personas, incluyendo mujeres y niños, y no solo suevos, sino también hispanos —no me habría sorprendido encontrar a Claudio y a los suyos por la zona—, entremezcladas con el público, con la única misión de entorpecer la labor de los guardas.

La simbólica defensa no tardó en ceder, y, en un abrir y cerrar de ojos, lo que había sido una solemne procesión se convirtió en un caos sangriento. La indignación de los mandatarios al verse rodeados por la multitud se convirtió pronto en temor, cuando el brillo de las armas refulgió entre los ropajes de los que corrían hacia ellos. Los encapuchados se abrieron paso sin ningún miramiento, acuchillando a cualquiera que se cruzara en su camino hasta llegar al corazón del desfile; el noble Palagorio fue uno de los primeros en caer, junto con el resto de los ocupantes de los puestos de honor. Una certera puñalada en el corazón acabó con su vida sin que los guardas pudieran hacer nada por evitarlo, ya que al menos una veintena de atacantes se concentraron en

buscar a los objetivos principales antes de prestar atención a quienes los protegían.

Marco, separado de Palagorio por la súbita aparición de los agresores, pudo golpear en la cara a uno de ellos y hacerse con su espada, para al menos tratar de defenderse. Los asesinos, viéndolo armado entre las autoridades, simplemente lo ignoraron para concentrarse en los demás y proseguir con la matanza de los más vulnerables. El joven, conmocionado por la muerte del rector, logró unirse al pequeño grupo de guardas que corrían hacia ellos para intentar proteger a los pocos que se mantenían en pie. Demasiado tarde para la mayoría, pero al menos no para Marco. A partir de ahí, su historia se entremezclaba con la nuestra.

Mientras su sobrino hablaba, por las mejillas arrugadas de Cayo se deslizaban lágrimas amargas. Contemplando su aflicción, me di cuenta de la magnitud del golpe, asestado donde más dolor provocaría: el día había comenzado con la promesa de una gran celebración, pero, finalmente, se había impuesto el acero. Se habían pisoteado las flores, robado los tesoros, asesinado a los hombres que eran la referencia de la comunidad. Las murallas estaban en pie, pero las ideas que las habían sostenido habían desaparecido de golpe. Adiós al orgullo de un gobierno y una religión, al cómodo sueño de sentirse seguros, al debate sobre la posibilidad de una convivencia respetuosa. Tras meses de discusión en su civilizadísima asamblea, los suevos habían decidido por ellos. Y en ese momento Lucus pertenecía al enemigo, y nosotros ya no teníamos un lugar adonde volver. Cuando Marco concluyó su relato, Cayo parecía algo más tranquilo, pero la amargura continuaba escrita en su rostro, y ya no lo abandonaría hasta el día de su muerte.

—Palagorio era un buen hombre. Soberbio en ocasiones, pero justo al menos. —Su voz sonaba dura, un poco ronca por la emoción.

—No merecía un final como este. Luchó toda su vida para permitir que otros pudieran continuar viviendo como sus abuelos lo habían hecho —apostilló Marco, contagiado por la seriedad de su tío.

—Son tiempos oscuros los que nos ha tocado vivir. —Cayo bajó los ojos con tristeza.

—Sabía que algo así podía suceder, pero nunca imaginé que sería de esta manera. Siempre pensé que algún día lucharíamos sobre la muralla de Lucus, como hicimos en Coviacum. Que debíamos prepararnos para ese momento. Pero ni siquiera tendremos esa oportunidad.

Marco meneó la cabeza, apenado. Lucas, Tito y Mario lo miraban extrañados, sin comprender su referencia al lejano castro, pues nada sabían de nuestro viaje con el ejército godo y probablemente nunca hubieran oído el nombre de aquel lugar.

—Tú lo intentaste, Marco. Fuimos los ancianos como yo los que pensamos que todo continuaría como siempre había sido.

—Disculpad que me entrometa, pero hablando de tiempos extraños... ¿Qué demonios ha sucedido en la finca? —interrumpí, pues no deseaba que el ánimo ensombrecido de Cayo terminara atrapando a Marco y el muchacho se hundiera pensando en el fracaso de sus desvelos y en los hombres que habíamos dejado atrás al huir.

—Mejor será que sea Issa el que te responda a eso —dijo Cayo, lacónico.

Mientras aguardábamos el regreso del britano continuaron hablando en tristes susurros, supuse que tratando de consolarse el uno al otro. Sunna se removió a mi lado.

—Todo esto ha sido muy duro para Cayo —musitó—. Y también para los demás. Comenzaba a temer de verdad no volver a veros, aunque algo en mi interior me decía que esperara un poco más.

—Pues, realmente, poco faltó para que acabáramos tirados en la calle como el bueno de

Palagorio.

El temor que se reflejó en sus ojos mientras me aferraba con fuerza me resultó absurdamente halagador. Resquebrajada su habitual barrera de frialdad, sentí que le importaba de veras. Quizá sí que quedara aún algo por lo que luchar.

—Attax... —dijo, alzando el rostro para mirarme de frente.

—¿Sí? —acerté a decir en un murmullo.

—Apestas.

Me reí a carcajadas y la atraje hacia mí, mientras ella pugnaba por hacerse a un lado y librarse de mi penetrante hedor.

Todavía nos estábamos riendo cuando regresó Issa con las humeantes liebres que acababa de cocinar. El delicioso olor me hizo incorporarme antes siquiera de escuchar sus pasos y observarlo con avidez mientras troceaba las piezas con mano experta. Sila se había quedado a la entrada de la caverna, montando guardia para que el resto comiéramos con tranquilidad. Nosotros, hambrientos y ansiosos por hincarle el diente a la carne, devoramos nuestra parte en un instante; cuando me di cuenta, no quedaba ya ni rastro. El britano, entretenido en relatarnos lo ocurrido en la finca, ni siquiera tuvo tiempo de probar bocado. Me encogí de hombros a modo de disculpa, chupándome los dedos con fruición.

Su relato comenzó en el momento en que abandonaron la *domus*; como había supuesto, el distrito este se mantenía tranquilo, por lo que se cruzaron con pocas personas en su camino, todas ellas avanzando en sentido contrario al suyo. No tardaron en traspasar la puerta, seguidos por las miradas extrañadas de los guardas, mucho más relajados que sus compañeros de la puerta norte, por la que los suevos penetraban en tropel entremezclados con la muchedumbre. Issa se esforzó en regular el paso para no agotar a Cayo, pero manteniendo un ritmo tal que no le permitiera pensar demasiado, temiendo que el anciano se negara a abandonar Lucus hasta haber localizado a Marco, o al menos dado la voz de alarma. Ante sus primeras dudas, le pidió que confiara en mí y trató de convencerle de que la mejor oportunidad para llegar a reunirnos era seguir mis indicaciones al pie de la letra. No obstante, cuando ya el grupo había alcanzado un ritmo de marcha estable, él mismo se ocupó de volver atrás y avisar a los guardas de que se avecinaban problemas con los suevos durante la procesión, pero no estaba seguro de si le habían creído.

Una vez lejos de las murallas, giraron hacia el norte para tomar el camino que llevaba a la finca. Aunque Cayo comenzaba a resentirse de los dolores de sus piernas, pudieron recorrerlo sin mayores dificultades hasta llegar a la misma loma donde más tarde nos detuvimos nosotros. Alertado por los inusuales movimientos que se observaban tras los muros —en aquel momento penetraba un considerable grupo de gente por el portalón, aunque parecían mezclarse tranquilamente con los aldeanos, sin signos de confrontación—, decidió que sería más prudente resguardarse en las cercanías hasta poder hacerse una idea clara de lo que allí ocurría. Pese a las súplicas de las mujeres, que temían por el estado de salud de Cayo, los guio a aquella caverna, que conocía de sobra de cuando había vivido como un fugitivo en los alrededores, dispuesto a regresar él solo a la finca.

Sabiendo el riesgo que aquello había supuesto para el chico, que se exponía a tener que vérselas con Elpidio sin la presencia de Cayo para apoyarlo, no pude por menos que alabar su decisión y su prudencia, que habían salvado la vida a los que lo acompañaban. Además, esperaba que mis cumplidos consiguieran que perdonara que mi voracidad le hubiera dejado sin un mísero huesecillo que chupar.

Issa continuó su relato. Al anochecer, amparado en la oscuridad, recorrió el camino de vuelta

armado con su hoja corta y el arco que Witiza le regalara a la espalda. Al llegar, lo primero que le sorprendió fue que el gran portalón, siempre cerrado durante la noche, se encontrara abierto de par en par, y aparentemente sin vigilancia alguna. Como hiciera tantas veces cuando el hambre lo llevaba a colarse en la finca, escaló el muro para acceder al recinto sin llamar la atención; según dijo, le resultó más sencillo que años atrás, pues en esa ocasión no había nadie en lo alto que pudiera dar la voz de alarma. Consciente de que su único aliado dentro de aquellos muros era Hixinio, el capataz, se dirigió al establo, gateando con sigilo hacia su oscura figura recortada en la noche. Desde allí pudo ver que el poblado parecía tranquilo —casi se diría que vacío—, pero en la casa principal destacaban multitud de teas encendidas por doquier, y en su interior se adivinaba cierto barullo, algo extraño dadas las férreas costumbres de Elpidio, siempre tan poco proclive a las fiestas. Observadas con mayor detenimiento, algunas de las antorchas parecían balancearse en la oscuridad: no se encontraban fijas en la pared, sino que eran portadas por brazos. El jaleo iba creciendo, y pronto comenzaron a distinguirse sonidos poco tranquilizadores: un grito desgarrador rompió la noche, y resonó con fuerza hasta convertirse en un aullido lastimero. Aquello fue celebrado por un coro de voces que gritaban y reían a partes iguales. Issa penetró en el establo, todavía con la esperanza de encontrar allí al capataz, pero no dio con él hasta que volvió a salir. Allí, apoyado en el vallado, con la vista fija en lo que sucedía en la casa, estaba Hixinio. El muchacho susurró su nombre para no asustarlo y, cuando el capataz se giró de golpe, le hizo un gesto tranquilizador rogándole que guardara silencio. Tras un instante de desconcierto, Hixinio por fin lo reconoció.

—¡Issa, chico, bendito seas! Pero ¿qué demonios haces aquí? ¿No estabas con Attax en Lucus?

—Sí, tranquilo; he venido por orden suya. Pero... ¿qué es lo que pasa aquí? ¿Es que Elpidio se ha vuelto todavía más loco?

—Mal que me pese, me temo que Elpidio está recibiendo su merecido. No era digno de nada mejor, pero esperaba que lo recibiera en la otra vida y no en esta.

—¿Se han rebelado los siervos? ¿O es que os han atacado los suevos? —preguntó Issa, ansioso—. También en Lucus ha habido problemas; he venido hasta aquí con el amo Cayo, y esperábamos que este fuera un lugar seguro. Está enfermo, y necesita descansar.

—¿El amo Cayo está aquí? ¡Por Dios, no debe acercarse o acabarán con él! Tenéis que iros, ¡huid lejos antes de que la situación se desquicie aún más!

—Más despacio, Hixinio. ¿Qué es lo que está sucediendo aquí?

Lo que le explicó el hispano resultó para mí tremendamente revelador. Al parecer, el día anterior habían recibido la visita del viejo buhonero, y este había estado reunido con Elpidio durante largas horas. Se habían despedido con un buen apretón de manos, pero el administrador parecía haberse quedado algo preocupado, aunque no dejaba de frotarse las manos con avidez. Según me advirtió Issa, las disposiciones que dictó a raíz del encuentro no iban a gustarme en absoluto. Pero, dadas las circunstancias, en ese momento eran ya lo de menos. La promesa de que me enfadaría me dejó intrigado.

Al día siguiente, una pequeña banda de suevos acompañados por hispanos de los alrededores se presentó ante las puertas de la finca, y Elpidio ordenó que se les franqueara el paso. El pobre desgraciado —pensé— no debía de estar al corriente de lo sucedido en Lucus. Una vez dentro, salieron a relucir las espadas; los guardas fueron desarmados, y Elpidio, retenido. Ante su sorpresa e indignación, los habitantes de la finca recibieron a los visitantes con entusiasmo y no dudaron en unirse a ellos. Llevando a rastras al vociferante administrador, a esas alturas ya

cubierto con los desperdicios que los que habían sido sus siervos se entretenían en arrojarle, los asaltantes se dirigieron a la casa y recorrieron los pasillos acuchillando a todo aquel que opusiera resistencia. Por aquel entonces, el aterrado Hixinio no sabía lo que hacer. Su primera intención fue encerrarse en el establo; cuando corría hacia el edificio, reparó con angustia en que un grupo de aquellos harapientos seguía sus pasos. Con solo un par de azadas viejas para defenderse, se dio cuenta de que no tenía ninguna opción, así que se dejó caer al suelo a modo de rendición, aunque con pocas esperanzas de que respetaran su vida. Mirando entre las rendijas de sus dedos, se dio cuenta de que la figura que se destacó de sus perseguidores le resultaba familiar: era Claudio, su primo. Él y otros tantos rufianes de la zona se habían unido a los suevos para tratar de hacerse dueños de la campiña lucense.

—Bien —interrumpí—. ¿Y cuándo llega el momento en el que yo me enfado?

Issa me dedicó una media sonrisa y escogió las palabras con cuidado.

—Elpidio llevaba ya mucho tiempo tratando con los suevos. Les ofrecía regalos y hacía estupendos negocios con ellos. Me temo que la misteriosa enfermedad que se cebaba en los asturcones durante los inviernos no era tal; en realidad, el administrador sacaba excelentes beneficios, que además no compartía con nadie, vendiéndolos a nuestros enemigos. Hixinio me rogó mil veces que te pidiera perdón en su nombre...

Controlé como pude mi cara de estupor. ¡Maldito Elpidio! Nunca me había gustado aquel cabrón. Aunque debía reconocer que sí que había tenido su merecido. Ni siquiera yo hubiera podido aplicarme con tanta vehemencia si hubiera terminado por caer en mis manos. Recordé la sonrisa divertida de Claudio cuando le expliqué que los caballos no estaban en venta; desde luego, aquel día había quedado como un auténtico patán que no se enteraba de la mitad de lo que sucedía a su alrededor.

—Ya sospechaba yo algo así —mascullé sin mucho convencimiento.

Issa no se quedó a ver el espectáculo —aunque un brillo oscuro en el fondo de sus pupilas me hizo pensar que probablemente había ido después a contemplar el cadáver de aquel al que tanto odiara, y casi podía imaginarlo bailoteando a los pies de su cruz—, sino que se apresuró a regresar junto a los demás para comunicarles las tristes noticias. Reparando en la mirada preocupada de Mario, le pregunté si sabía algo sobre el destino de los esclavos de la casa; el muchacho nos aseguró que Hixinio decía que los únicos que habían sufrido la ira de los atacantes habían sido el administrador, los guardas que le habían permanecido fieles y los pocos que habían ofrecido resistencia. Así que, en principio, el hispano no tenía motivos para temer por su siempre solícita cocinera.

El último mensaje de Hixinio iba dirigido a mí, y en él reiteraba su solicitud de perdón por haberme fallado en el asunto de los caballos. Sonreí con cansancio. En realidad, no podía culparlo; suponía que si él no hubiera estado allí la cosa habría sido mucho peor. Después de todo, el administrador había tenido que asegurarle que yo había muerto para poder realizar la venta de aquel complicado invierno, y a partir de entonces el capataz, azuzado por la culpabilidad, había trabajado como el que más para recuperar la manada. No me cabía duda de que me habría ocultado el nacimiento de algún potrillo ni de que alguno de los accidentes de los que de tanto en tanto me informaba no habrían sido tales; la situación de verse en medio de mis órdenes y las disposiciones de Elpidio debía de haber sido harto complicada para él. Quizá si lo hubiera tenido delante en el momento de la revelación habría estampado un puñetazo en su nariz, pero visto en perspectiva me sentía lo suficientemente generoso para llegar a perdonarle. Esperaba que en adelante la vida le sonriera; estando la finca en manos de Claudio y los suyos,

era probable que sus condiciones incluso mejorasen con respecto al pasado. Entonces, podría utilizar todo lo que habíamos aprendido juntos para criar magníficos asturcones para los condenados suevos. Sofoqué como pude la oleada de rabia que volvía a invadirme, ¿acaso podían aquellos malnacidos robarme algo más? En fin, posiblemente sí que hubiera necesitado propinarle un buen puñetazo antes de ser capaz de perdonarle.

Por el resto de los habitantes del poblado, que tanto habían sufrido a manos de Elpidio, casi me alegraba. El acoger a los suevos como sus libertadores seguía pareciéndome una traición, y además nos colocaba a nosotros en una posición difícil; pero tenía que reconocer que en aquella finca se había recogido, ni más ni menos, lo que se había sembrado.

Esa noche quedamos exentos de la tediosa labor de guardia, que recayó en Issa y Sila, mientras nosotros podíamos descansar por fin. Mi agotado cuerpo clamaba por el tan merecido reposo, pero mi cabeza pensaba demasiado deprisa como para permitir que me relajara. A mi lado, Sunna dormía profundamente; era agradable escuchar su respiración tranquila y rítmica. A la escasa luz del candil que habíamos dejado encendido, me concentré en tratar de contar cada una de las suaves pecas que salpicaban su fina piel. Por mucho que cavilara, mi corazón no encontraba respuestas. ¿Qué haríamos a partir de entonces? ¿Hacia dónde dirigiríamos nuestros pasos? Mis esperanzas de instalarnos en la finca se habían desvanecido, y solo conseguía adivinar tras ellas el vacío más absoluto. Quizá podríamos regresar a Coviacum..., aunque no me parecía que el viejo Cayo fuera a aprobar esa decisión. Además, su enfermedad limitaba aún más nuestras opciones. Incapaz de encontrar una salida a nuestro dilema, cerré los ojos y traté de dejar a un lado las preocupaciones al menos por esa noche. Pero no pude.

Al día siguiente, cuando con el cuerpo algo más descansado, pero la mente todavía embotada, me uní a los demás para compartir un frugal desayuno, reparé en las ojeras de Marco, que delataban que tampoco había tenido una noche apacible. Su primer comentario vino a refrendar mi teoría.

—He pensado que deberíamos partir hacia el este —planteó, sacudiendo las migajas que habían caído sobre su calzón—. ¿Qué te parece a ti, tío Cayo?

Yo, apoyado al final de la gruta con la espalda pegada a la pared y los brazos cruzados sobre el pecho, me incorporé para escuchar mejor al joven.

—Ya soy anciano, Marco, y estoy enfermo.

—Iremos hacia Tarraco o Caesaraugusta, donde Roma gobierna con mano firme. Te gustará, ya lo verás.

—Palagorio solía decir palabras similares —repuso el anciano moviendo la cabeza de un lado al otro—, pero no creas siempre lo que oyes: aquellos lugares también han sufrido el saqueo y la violencia.

Marco buscó mi mirada.

—¿Qué te parece a ti, Attax? ¿No consideras que es la mejor opción?

—Estoy de acuerdo en que hemos de irnos de aquí lo antes posible, aunque me temo que a tu tío tampoco le falta razón. —Con aquella respuesta no conseguiría ganarme a ninguno de los dos, pero a mi modo de ver me permitía al menos salir airoso del trance—. Se me ocurre que no me importaría regresar a Emerita, aun así, diría que en nuestras actuales circunstancias lo más realista sería intentar llegar hasta Coviacum, o probar en algún otro lugar cercano.

—Bueno, al menos todos coincidimos en lo fundamental: este ya no es lugar para nosotros, y debemos abandonarlo cuanto antes. Ahora solo queda elegir el destino.

—Por favor, ¿es que no veis que este pobre viejo apenas podrá seguiros más allá de esta gruta? —explotó Cayo con amargura.

Marco le respondió con calma, tratando de medir bien sus palabras, usando el tono amable que se emplea con los niños.

—Aquí no podemos continuar, tío, y la vida no se acaba en esta recóndita región. Verás como volveremos a salir adelante en otro lugar, donde todavía prevalezca la ley sobre la barbarie y el terror.

—En ese caso, da igual hacia dónde nos dirijamos, pues temo que siempre llegaremos demasiado tarde —respondió Cayo, obstinado en su pesimismo.

—Noble Cayo —intervine—, cada minuto que pasemos aquí hará más difícil nuestro camino. Disculpa mi rudeza, pero mientras nosotros hablamos, los suevos extienden sus correrías por la región, por lo que cualquier camino que tomemos se volverá cada vez más peligroso.

—Razón de más para desistir —se emperró Cayo, cerrando los ojos.

—Cuanto antes partamos, más oportunidades tendremos de que todo salga bien —insistí, tratando de no perder la paciencia.

Marco, cada vez más alterado por la testarudez de su tío, estalló con furia.

—¡Basta ya! Apenas puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Quién me enseñó a no rendirme? ¿A no cejar aunque vinieran mal dadas? ¿A levantar de nuevo el negocio pese a que las plagas agostaran las cosechas y la lluvia pudriera la uva? Pues ahora me parece un buen momento para aplicar tan sabias palabras, porque no nos estamos jugando tan solo nuestra fortuna, ¡sino también nuestras propias vidas!

—Me siento débil y cansado, Marco.

—No importa. Si es preciso, te llevaremos en volandas. Pero juro por la memoria de mi padre que conseguiremos abandonar este sitio y que volverás a saber lo que es tener un hogar.

Cayo suspiró, entre desesperado y emocionado por las palabras de su sobrino. Marco, sin esperar respuesta, se volvió hacia Issa.

—¿De cuántas monturas disponemos?

—Tenemos ocho buenos caballos.

—Bien; somos diez, y además hay que cargar con lo que habéis logrado salvar de la ciudad. Trataremos de hacernos con algún caballo más en cuanto podamos.

No había lugar para más quejas o malas caras. Había que hacer algo, y cuanto antes mejor. La decisión de Marco era firme, y el muchacho no iba a dar marcha atrás por difíciles que parecieran las cosas. Aunque aún no habíamos precisado cuál sería nuestro destino, emprenderíamos la marcha hacia el este a la mañana siguiente. Escasos de monturas y repletos de esperanzas rotas, nos dirigiríamos hacia donde nace el sol, donde los últimos destellos de la otrora poderosa Roma relucían en el horizonte.

XIV

A partir de ese día comenzó nuestro lento peregrinar hacia la Tarraconensis. Al menos nos quedaba el consuelo de que, aunque hubiéramos poseído suficientes monturas para todos, no habríamos avanzado más rápido, porque el estado de Cayo no le permitía soportar más que un ligero trote, que además debíamos interrumpir con frecuentes pausas. En un primer momento nos dirigimos hacia el este, rumbo a las imponentes montañas astures. Issa abría la marcha reconociendo el camino a caballo, seguido por las mujeres y Cayo; Marco, Tito, Lucas, Mario y yo caminábamos tras ellos, y por último nos seguía Sila, custodiando la retaguardia a lomos de su alta yegua.

Las jornadas transcurrían lentamente. Avanzábamos en silencio, aún afectados por la dura discusión entre Marco y Cayo, hasta que, por fortuna, el anciano comerciante fue dejando a un lado su actitud hosca y volvió a mostrarse algo más hablador, tanto con nosotros como con su sobrino. Yo pensaba que ese cambio se debía a la mejoría de su enfermedad, pero Sunna opinaba que había comprendido al fin que su sobrino únicamente buscaba su bien y el de los que lo rodeaban, y eso le hacía volver a mostrarse colaborador a pesar de su sufrimiento.

Antes de que pudiéramos llegar hasta el límite montañoso que separaba la antigua Gallaecia de los valles astures, nos vimos obligados a variar nuestro rumbo, pues Issa nos alertó de que había señales claras de la presencia de grupos de bandidos en los bosques que de otra manera habríamos tenido que atravesar. Nos dirigimos entonces hacia el sur, con la esperanza de ocultarnos en las grandes zonas arboladas que se extendían al suroeste de Asturica. Aquel territorio no era extraño para mí, ya que muchos años atrás, acompañado por Aspasia, Galieno y Marco, lo había atravesado en nuestro camino hacia el hogar de un entonces desconocido Cayo. Esa vez, tantos años y tantas vivencias después, quería el destino que el propio Cayo formara parte de nuestra comitiva de refugiados.

No llegamos a comprar nuevas monturas, ya que tampoco nos cruzamos con nadie que estuviera en disposición de venderlas. Recorrimos sendas y caminos poco transitados, siempre con las espadas a mano por si fuera necesario defenderse, aunque por fortuna las jornadas se sucedieron una tras otra sin ningún contratiempo. Cuando nos encontrábamos a pocos días de Asturica decidimos internarnos más hacia el interior de los bosques que se encontraban al sur, para dejar así la ciudad a nuestra izquierda y evitar ser vistos en la zona. No sabíamos lo que habría sucedido allí en los últimos meses, pero preferimos no arriesgarnos a comprobarlo. Sobrepasaríamos la posición de la ciudad a una buena distancia de la misma, para volver a ascender más al este ya en suelo de la —esperábamos— tranquila Tarraconensis. Sería un largo rodeo, pero lo dimos por bueno esperando que permitiera que nuestro viaje continuara igual de apacible que hasta entonces.

Durante las millas que tuvimos que cubrir sin el resguardo de los bosques apretamos el paso todo lo posible, hasta que llegamos a la oscura sierra montañosa que anunciaba el fin de la gran meseta hispana. De nuevo bajo la fresca sombra de los árboles, volvimos a disfrutar de un paso más tranquilo. Además, allí no faltaba el agua, que bajaba limpia y clara formando arroyos y

riachuelos en los que lavarnos y beber, ni tampoco la buena caza, de la que Issa y Tito nos proveían cada noche.

No me gusta pensar que llegamos a confiarnos demasiado, pero sí es cierto que el no haber sufrido el más mínimo percance desde que penetráramos en aquellos bosques hizo que nos acostumbráramos a no prescindir de ciertos lujos, como un buen fuego a la caída de la tarde. Un día como otros tantos, en el que Cayo se encontraba especialmente fatigado, decidimos acortar la jornada de camino para permitirle descansar durante más tiempo, y nos dividimos el trabajo para montar un confortable campamento donde pasar la noche. Issa y Tito se perdieron entre los árboles en busca de algún delicioso trozo de carne que asar poco después, y Marco y Lucas se acercaron a un tranquilo pero caudaloso arroyuelo que acabábamos de dejar atrás con la esperanza de pescar algo que aportara variedad a nuestra dieta. Mientras, el resto permanecimos en el pequeño claro, acondicionando el lugar a nuestra comodidad. Sila se ocupó de encender una cálida hoguera junto a la que se acurrucó Cayo, mientras Vera le aplicaba uno de los ungüentos que utilizaba para aplacar sus dolores.

Mientras, Mario y yo liberamos a los animales de su pesada carga, que amontonamos sobre varias mantas tendidas en el suelo. El hispano acababa de descargar la cota de malla de Marco y la tendía respetuosamente en el suelo, cuando de repente, con un ruido sordo, se desplomó sobre la hierba. Sorprendido, miré a mi alrededor, para ver como Sila, de rodillas frente a las mortecinas llamas, se derrumbaba lentamente hacia un lado, todavía aferrado al hatillo de leña que se disponía a añadir al fuego. Me levanté de un salto para correr hacia donde estaban Cayo y las mujeres, sin más plan en mi cabeza que tratar de protegerlos, cuando algo contundente y afilado golpeó con fuerza mi nuca. Caí pesadamente sobre el suelo húmedo, y, aturdido, traté de incorporarme de nuevo, sin éxito. Luché con denuedo por aferrarme a la hierba, o a cualquier cosa que me ayudara a ponerme en pie, pero un segundo proyectil impactó a escasas pulgadas de mi cara y me convenció de que me quedara quieto al menos hasta que dejaran de prestarme atención. Con la mirada borrosa a consecuencia del golpe, me concentré en no perder de vista los pies de las mujeres y de Cayo, que por fortuna habían quedado frente a mí. Permanecí inmóvil durante unos instantes que se me hicieron eternos, notando como mi sangre, cálida y viscosa, resbalaba sobre mi cuello; pero cuando ya empezaba a considerar seriamente hacer un nuevo intento de acercarme a las asustadas mujeres, escuché movimiento entre los arbustos cercanos, por lo que opté por estarme quieto hasta averiguar con quién me las tendría que ver. Me pareció escuchar la voz de Sunna como un eco lejano, llamándome por mi nombre con angustia. Incluso en aquella desesperada situación, no pude evitar que revoloteara por mi mente el triste pensamiento de que me habría gustado llegar a enterarme de cuánto le importaba realmente a la vándala; lástima que fuéramos a morir enseguida.

Los sonidos se fueron concretando en los pasos de varios pares de pies calzados con botas resonando sobre el suelo, pero no fui capaz de distinguir cuántos eran los que se acercaban. Por la tranquilidad con la que caminaban, supe que por el momento no me consideraban una amenaza, por lo que cerré los ojos con fuerza, volcado en mi papel de indefenso bárbaro inconsciente. Solo tendría una oportunidad, y debía aprovecharla al máximo, aunque permanecer inmóvil mientras llegaban a mis oídos los angustiados sollozos de Vera fue un trance difícil de soportar. A través de mis párpados percibí como el rayo de sol que bañaba mi rostro se entrecortaba al pasar alguien junto a mí. Contuve la respiración.

—Estad calladas y quietecitas y no os pasará nada. Y lo mismo va por ti, viejo —aseguró una voz ronca a mi derecha—. ¡Vamos, coged los caballos y las armas!

La orden resonó en el claro, y el movimiento posterior me confirmó que el resto de los bandidos, pues estaba claro que no podían ser otra cosa, se apresuraban a obedecer.

La sombra que tenía a mi lado soltó una alegre exclamación y se movió deprisa. Sentí que se agachaba a pocos pasos, donde descansaba mi cota. Entreabrí los ojos y comprobé que trataba de levantarla con esfuerzo, mientras reía entre dientes. Moví mi mano con toda la lentitud de la que fui capaz para aflojar mi espada en la vaina y poderla sacar de golpe.

—Lucio, mira qué preciosidad he encontrado. ¿Crees que me quedará bien?

—Mejor haríamos en fundirla y sacar un buen dinero por ella. Un flacucho como tú no merece vestir semejante maravilla —respondió con sorna la misma voz que había hablado inicialmente.

El tipo empezó a alzar la cota, se tambaleó por el peso y la dejó caer de nuevo sobre la manta, mientras parecía decidir cómo podría arrastrarla. Masculló algo sobre que aquello estaba hecho para un gigante y me lanzó una mirada de soslayo. Desafortunadamente, reparó entonces en el pomo que asomaba entre mi ropa.

—¡Este tiene una espada! —dijo a voz en grito.

—Vale, pero ¡no es necesario que se entere todo el maldito bosque! —le reprendió secamente el otro hombre, que parecía llevar la voz cantante en el grupo.

El flacucho se agachó a mi lado, tanteando con cuidado bajo mi cuerpo para tratar de alcanzar el pomo de mi espada y luego tironear de él. Pero el acero estaba aprisionado bajo mi peso, y además yo acababa de lograr afianzar mis dedos sobre la cruz de la empuñadura para impedir que pudiera extraerla. Con un reniego, intentó darme la vuelta para liberarla, pero cuando apoyó sus manos en mi cuerpo aproveché para agarrarlo con fuerza con la izquierda, mientras con la derecha sacaba el acero y se lo plantaba en el cuello. Me puse en pie como pude, al momento la cabeza me dio vueltas como si acabara de servirle de yunque a un enorme martillo. Tuve que luchar con denuedo para no volver a caer atontado sobre la tierra.

—¡Lucio, socorro! —gritó el tipo con la voz estrangulada por la presión de mi brazo sobre su cuello.

—Quietos, o lo rajo de parte a parte —amenacé sin saber muy bien hacia quién mirar.

Intenté hacerme una idea de cuántos hombres me rodeaban, pero mi mente seguía embotada y perdía la cuenta una y otra vez. Decidí que debían de ser al menos una docena, entre los que veía delante de mí y los que tenía a mi espalda. Me tranquilizó comprobar que al menos no habían tocado a Cayo y a las mujeres, que permanecían acurrucados mientras dos de los hombres los apuntaban con sendas lanzas. Todos iban vestidos con ropas oscuras y sencillas, y por sus formas parecían salteadores, si es que a esas alturas no lo había dejado claro ya su forma de proceder.

—Yo que vosotros me iría antes de que regresen el resto de los nuestros. Hay varias partidas recorriendo el bosque, pero pronto estarán de vuelta —mentí con desenvoltura, tratando de que mi mirada trasluciera fiereza en lugar del agobiante mareo que amenazaba con dominarme.

Me dirigí al más grande de ellos, un tipo moreno de cejas tupidas, vestido con un calzón largo y una camisola desastrada que dejaba a la vista unos brazos fornidos y cubiertos de tatuajes. No me respondió, sino que se limitó a lanzar miradas furtivas a mi espalda. Con mi rehén firmemente asido y la hoja de mi espada cada vez más pegada a su cuello, me giré despacio justo cuando la voz del cabecilla me contestaba.

—Reconozco que te ha quedado convincente, pero te aseguro que sabemos contar hasta cuatro. O al menos la mayoría de nosotros —añadió con sorna—. Si quieres acabar con ese piojoso, allá tú, pero debes saber que tus compañeros no han sufrido daño, ni lo sufrirán si te portas bien.

Así que la apuesta me había salido mal; por lo visto, aquellos salteadores estaban mucho más organizados de lo que había esperado. Aun así, traté de mantenerme impávido y sostener la mirada del que así había hablado. Y entonces me quedé helado, estudiando boquiabierto a aquel individuo... fornido aunque no alto, moreno, de pelo corto y negro salpicado de algunas hebras grises en las sienes que indicaban que ya no era tan joven como su poderoso físico podía hacer pensar; vestía una prenda similar a una túnica corta, cómoda y ligera, y a ambos lados de su cinto colgaban un *gladius* envainado y lo que pude identificar en ese momento como una honda de cuero, la que probablemente me había causado el terrible dolor de cabeza que me martirizaba.

Él mi miró inicialmente con condescendencia, pero enseguida se acercó a mí mientras el estupor se dibujaba en su rostro.

—¿Attax? —balbuceó, abriendo desmesuradamente los ojos.

Superado por la situación, aflojé un poco la presión que mantenía sobre mi espada para centrarme en mi interlocutor. Todo me daba vueltas, pero me obligué a fijar la vista en aquel rostro familiar.

—¡Por el escroto de san Pedro! Puñetero bárbaro de mierda... ¡No hay quien acabe contigo, amigo! —Se acercó a mí rascándose la cabeza y luciendo una gran sonrisa.

Abrí la boca para responder a tan bello cumplido, y en ese instante me derrumbé. Solté al tipo de la cota, que huyó rápidamente de mi lado para mirarme desafiante en cuanto se aseguró de encontrarse bien lejos de mi alcance, y me quedé allí arrodillado, palpando por primera vez mi dolorida y ensangrentada cabeza. Antes de que me desvaneciera por completo, el fornido individuo puso su cara frente a mí, y entonces estuve seguro de que no me había equivocado: a pesar de mi conmoción y de los más de veinte años que habían pasado desde la última vez que viera aquella cara, no había duda posible. Traté de sonreír, pero los ojos se me cerraban. Noté que me sacudía de un lado a otro, y luego me pareció sentir la fría mano de Sunna sobre mi frente y el cosquilleo de su cabello en mi piel, aunque no pude distinguir si se trataba solo de un bonito sueño.

Lucio. La última vez que había visto al hispano yo era conducido encadenado hacia la ciudad de Conimbriga para ser vendido, mientras él se perdía en la distancia junto con otros tantos prisioneros de guerra. «Aguanta, alano», habían sido sus últimas palabras. Así que también él había sobrevivido y había conquistado de nuevo su libertad. Y, veintidós años después, el destino había vuelto a reunirnos.

Mientras luchaba con la inconsciencia, llegaron a mi mente numerosas imágenes de aquel tiempo. Ya en ese momento, tras todo lo vivido, podía poner nombre a aquellos que habían contribuido a hacer un infierno de nuestro cautiverio tras la batalla del Singilis. Y también podía dar testimonio de su merecido final.

La batalla del Singilis; la más dura derrota a la que nunca me había enfrentado. En ella formé junto al ejército de la Baetica, compuesto a toda prisa para resistir el acoso de los suevos, al mando de un cabecilla de origen vándalo asentado en la zona: Andevotus, como lo llamaban los hispanos, que le habían dado nada menos que el título de *dux*; o Anderico, como lo conociera yo años atrás, cuando su familia me había acogido él se había convertido para mí en una suerte de hermano mayor, al que yo idolatraba. Aunque la estupidez de la adolescencia me llevó a separarme de su lado, el reencontrarme con él me había proporcionado una segunda oportunidad para retomar el camino que debía haber seguido mi vida. Pero allí, como otros tantos, Anderico encontró la muerte. Y el triste grupo de guerreros derrotados que los suevos tomaron prisioneros fue conducido desde las orillas ensangrentadas de aquel funesto río hacia el frío norte, los

soldados hacinados como si fuéramos ganado. A mi lado, en aquella hedionda carreta, se encontraban algunos de los hombres que habían luchado esa jornada. Y entre ellos estaba Lucio.

Aquel era un ejército heterogéneo, formado para oponerse al avance de Rechila, el padre de Rechiario y su predecesor en el trono suevo, que aglutinaba mercenarios extranjeros, milicias locales y civiles hispanos decididos a proteger sus tierras del acoso de las hordas suevas. Éramos algo inferiores en número, pero mucho en preparación, y además nos sorprendieron cuando tratábamos de llegar a la cercana Astigi, donde pretendíamos dejar a buen recaudo el tesoro que portábamos antes de lanzarnos a la batalla, así que no pudimos elegir el terreno. Además, la carga de plata y oro que llevábamos nos convirtió en una presa de lo más apetecible. Yo empecé la batalla dirigiendo una turma de caballería —qué tiempos aquellos...—, pero tras perder uno a uno a la mayoría de mis hombres, acabé por desmontar para formar en el muro de escudos en el que nuestro comandante planteó la última resistencia. Allí, herido tras recibir un golpe brutal, quedé inconsciente antes de que los últimos de los nuestros cayeran bajo el empuje de las hachas suevas.

Desperté días más tarde, en aquel sucio y traqueteante carromato, y a mi lado se encontraban Lucio y un vándalo, de nombre Ruric, al que debo haber conservado la pierna izquierda de una pieza y, aún más, mi vida, pues dudo que si no hubiera sido capaz de caminar los suevos no habrían malgastado un solo mendrugo de pan en mantenerme vivo.

No recordaba haber visto a Ruric antes de aquel día, aunque formaba parte de la escolta personal de Anderico, compuesta por antiguos servidores suyos y otros tantos hombres que se habían ido uniendo a él. En conjunto, aquellos vándalos formaban la élite de nuestra inexperta tropa, con sus capas de color verde y sus fieros yelmos, y sobre todo su lealtad inquebrantable al *dux*. Muchos de los que lo acompañaban desde hacía años mentenían con él lazos de sangre, pero los que habían ido incorporándose también tenían mucho que agradecerle. Cuando Genserico había abandonado la provincia para poner rumbo a Africa, Anderico había decidido permanecer en suelo hispano, y desde entonces había adquirido un considerable prestigio entre los que tomaron idéntica determinación. No era exactamente un comandante, pero siempre que algún vándalo acudió a él para solicitarle ayuda, él lo atendió dándole comida, cobijo y una causa por la que luchar: la suya.

En cambio a Lucio lo conocía bastante bien. Al igual que yo, vivía en ese entonces en los alrededores de la ciudad de Hispalis, y, para mayor coincidencia, podríamos decir que desarrollábamos la misma labor en dos fincas vecinas, aunque él fuera esclavo y yo no. Durante los ocho años que viví bajo el techo de Balbo —un próspero productor de aceite—, tuve tiempo para tener mis desencuentros con el fornido hispano, con el que coincidía con frecuencia en los lugares más ruidosos y sórdidos de la ciudad. Podíamos decir que ambos éramos escoltas —o más bien matones—, y nuestro trabajo consistía básicamente en solucionar los problemas de nuestros respectivos señores. Y lo más importante era que ambos disfrutábamos con ello. La única diferencia era que él había nacido hispano y yo alano, y eso para él era motivo suficiente para querer verme muerto. Si no hubiera sido por eso, quizá habríamos podido ser amigos desde el principio; aunque entre nuestros señores también existía una soterrada hostilidad que no lo habría facilitado.

Por ese entonces, Lucio odiaba con convicción a todos los extranjeros. Y, pensándolo con detenimiento, motivos tenía: desde hacía años, tipos como yo habíamos traído poco más que desgracias a aquella tranquila y próspera región del sur que tanto tenía para ofrecer. Primero había sido mi propio pueblo el que había atravesado la desprotegida provincia rumbo a Emerita,

y después habían sido los vándalos los que habían arrasado la ciudad de Hispalis y sus alrededores. En ese momento, yo ya convivía con ellos. Y aunque era muy joven para entregarme de lleno a los placeres que ofrece un saqueo a los vencedores, sí me encontraba entre los guerreros que habían saciado su sed de sangre dentro de los muros de la ciudad. Pero luego el destino nos reunió en la batalla, y más tarde en aquella triste prisión con ruedas, pues el azar determinó que él se encontrara en las cercanías de Corduba entregando un cargamento para su amo cuando Andevotus —que él pensaba que era romano— hizo su llamamiento para que cualquier hombre que deseara luchar se uniera a sus tropas contra Rechila. Lucio encontró en aquella una causa con la que se identificaba, y no se lo pensó dos veces, aunque para ello acabara luchando rodeado de los vándalos que denostaba contra los suevos que amenazaban la estabilidad de la provincia. Al menos compartíamos la misma causa: la libertad de su tierra.

Tras la batalla, hacinados en aquel carromato, cualquier diferencia entre nosotros terminó por diluirse. Todos éramos iguales y compartíamos la misma suerte: hispanos, vándalos, alanos y los pocos mercenarios godos que habían luchado junto al Singilis. Durante los largos días que transcurrieron desde que recuperé la consciencia hasta que nuestros caminos se separaron, forjamos una amistad que borró cualquier hostilidad heredada de los anteriores años de convivencia. Gracias a Ruric y a Lucio había conseguido sobrevivir, y lo que era quizá incluso más valioso era que me habían ayudado a sobreponerme —en parte— al intenso dolor que me había causado perder por segunda vez a mi recién reencontrada familia: Anderico y Gelimer.

Nuestros pasos se separaron un caluroso día de verano, cuando el que más tarde conocería como Hildimiro me incluyó entre su parte del botín para venderme a las puertas de Conimbriga. Todos sabíamos que no volveríamos a encontrarnos, pues los demás continuarían su camino hacia el norte, abandonando Lusitania para adentrarse en Gallaecia. Allí, mientras Rerico repartía generosamente golpes entre los cautivos, nos despedimos con aquellas palabras, con las que Lucio me transmitió su convencimiento de que prevaleceríamos sobre cualquier adversidad. En aquel entonces me pareció que había perdido el juicio. Pero ese día, en lo más profundo de aquel bosque, más de veinte años más tarde, me veía obligado a darle la razón.

Ironías del destino... Siempre había temido que Ruric y el hispano hubieran muerto a los pocos años, después de una vida de perros entre las garras de algún jefezuelo suevo, mientras yo había tenido la fortuna de caer en las benévolas manos de Quinto, y que nuestros captores, como Rerico e Hildimiro, vivirían despreocupadamente disfrutando del fruto de sus saqueos. Entonces, con los dos suevos muertos bajo el filo de mi espada, supe que éramos nosotros los que habíamos vencido; no solo yo, que había sido el brazo ejecutor de nuestra venganza, sino al menos también Lucio, que se encontraba frente a mí en aquel claro perdido del bosque como si se tratara de una milagrosa aparición.

Cuando volví a abrir los ojos, el resto de los nuestros habían regresado ya al claro y aguardaban al lado de las mujeres y de Cayo con las manos en los pomos de sus armas y caras de pocos amigos. Los salteadores —porque aún no me habían demostrado que fueran lo contrario— se encontraban frente a ellos, sin saber qué hacer, probablemente esperando una orden de Lucio. Este se reía junto a mí, mientras en su mano izquierda balanceaba un cubo cuyo contenido me di cuenta que acababa de volcar sobre mi cara.

—¡Por el amor de Dios, Attax, estás vivo! Bien he pensado durante todos estos años en los cabrones que nos capturaron y en lo que habría sido de ti —dijo, sonriendo—. ¡Y ahora resulta que el jodido vándalo está vivo!

—Alano —le corregí entre dientes mientras me incorporaba pesadamente.

Lucio tenía un gran problema, y era que no sabía distinguir a un vándalo de un buen alano, y eso era algo que me molestaba profundamente. Aunque creo que era justo eso lo que le gustaba.

—Y veo que todavía conservas tu buen humor...

—Pero ¿qué demonios haces aquí, en medio del bosque? —dije pidiéndole con un gesto que me ayudara a ponerme en pie.

—¿Acaso no te alegras de verme? ¡Acabo de salvar tu bárbaro pellejo!

Me apoyé en él para terminar de incorporarme, ante las asombradas miradas de los míos.

—Tienes razón, aunque también eres tú el que lo ha puesto en peligro. Así que creo que lo menos que merezco es que me expliques un par de cosas.

—Ya tendremos tiempo para hablar largo y tendido, amigo; también ha sido una enorme sorpresa encontrarte paseando tranquilamente por estas tierras. —Se dio la vuelta para gritar a los suyos—: ¡Regresamos al campamento!

Mientras sus hombres se apresuraban a obedecer, me miró y me dedicó una de aquellas ácidas sonrisas que tan bien conocía.

—Tendremos que arreglarte esa dura cabeza, no sea que te vayas a morir justo ahora que acabo de volver a encontrarte.

Caminé inseguro hacia los míos. Mario y Sila tenían la mirada vidriosa de los que acaban de despertar de la inconsciencia; el resto me observaban estupefactos, sin entender lo que acababa de ocurrir. Sunna se adelantó para ofrecerme su hombro. Aunque la cabeza me dolía horrores traté de esbozar una sonrisa de gratitud.

—Tranquilos, es un amigo —acerté a decir al tiempo que me palpaba el feo bulto que comenzaba a inflamarse en mi cabeza y empezaba a dar vueltas a aquellas palabras.

Recogimos nuestras cosas, o, mejor dicho, el resto de los nuestros las recogieron mientras Vera y Sunna atendían a los heridos, y luego seguimos a Lucio y a los suyos hacia el interior del bosque. Aún podía verse algún tenue rayo de sol filtrándose por entre las copas de los árboles, pero no faltaba mucho para el anochecer. Por fortuna, el campamento del que nos habían hablado no quedaba muy lejos de donde nosotros mismos habíamos pensado acampar —qué mal ojo habíamos tenido para elegir—, lo que agradecí sobremanera, porque iba dando tumbos como si estuviera borracho.

Después de caminar un trecho entre los vetustos árboles encontramos frente a nosotros una pared de granito gris por la que corría un pequeño cauce de agua. La bordeamos y ascendimos hasta un pequeño y sinuoso camino que seguía hacia el interior del bosque. Un poco más allá se levantaban los restos de unas antiguas casas de piedra que me recordaron las paredes que formaban el viejo almacén de los alrededores de la finca de Cayo, aunque estas estaban mucho mejor restauradas y se había levantado a su alrededor un pequeño murete que alcanzaba la altura de un hombre, aunque visto en comparación con la magnificencia de los árboles que lo rodeaban lucía insignificante. Por lo que me pareció, se habían usado para su construcción piedras procedentes de los muros de las antiguas edificaciones, entremezcladas con tablas de madera. Traspasamos el pequeño portón junto al que un sorprendido vigía guardaba el lugar con una larga lanza firmemente asida, que apartó al instante a un gesto de Lucio.

—Bienvenidos a nuestro campamento —anunció pomposamente el hispano—. Ahora, si las señoras nos disculpan, este adorable bárbaro necesita que le cosan su dura mollera antes de que se le desparramen los escasos sesos que deben de quedarle.

Las mujeres, e incluso Marco, rieron la ocurrencia, por lo que los miré cómicamente ofendido antes de seguir a Lucio por entre los edificios. Mario y Sila nos acompañaron hasta la

improvisada enfermería, mientras los demás seguían a otro de los hombres hasta uno de los edificios de mayor tamaño, situado en la dirección opuesta a la que tomamos nosotros.

Cuando solo había unos pocos pasos de separación entre los grupos, escuché un quejido lastimero que me hizo volverme. El viejo Cayo, por mucho que se esforzara en mantenerse animado de espíritu, empeoraba de su dolencia día a día. Lucio apretó mi brazo para que lo siguiera, mientras hablaba en voz baja.

—Siento decirte que no tenemos ningún físico, así que te coseré yo mismo, pero para que atiendan al anciano será necesario que vayamos hasta la ciudad.

—¿Está muy lejos? —pregunté, acariciando la costra de sangre seca que se había formado donde la piedra me había herido.

—No, está apenas a un día de marcha. Así te podré presentar al resto de los nuestros.

Las palabras del hispano me intrigaron, pero el intenso dolor de cabeza me impedía pensar con claridad, así que opté por guardar silencio a ver si conseguía que mis sienes dejaran de amenazar con estallarme. Entramos en uno de los edificios más grandes, y, después de saludar ruidosamente a todo aquel con el que nos cruzamos, Lucio nos indicó que nos sentáramos en unos taburetes destartalados mientras él iba a por aguja e hilo.

Al poco rato apareció una mujer con cara de pocos amigos, un pequeño cubo de madera y un trozo de paño deshilachado, que comenzó a restregar sobre mi herida sin mediar palabra. Me mordí los labios con fuerza para no aullar mientras el húmedo y desgastado paño recorría sin ningún cuidado mi cabeza lacerada. Cuando la mujer terminó de torturarme, mis nudillos estaban blancos por la fuerza con la que me había aferrado al taburete. Prosiguió con Mario, al que no prodigó mejores atenciones. Sila esperaba su turno observándola con aprensión.

—El grandote ya está, ¿verdad, Valeria? —preguntó Lucio al volver.

La mujer gruñó lo que debía de ser un asentimiento.

El hispano acercó una silla a mi lado y me giró la cabeza sin ningún cuidado.

—Tienes la cabeza dura, Attax. Tan solo hará falta un poco de hilo para que puedas volver a lucir esa mata de pelo. Aunque veo que los años no han pasado en balde por ella...

Aguanté sin pestañear mientras el hispano procedía a cerrarme la herida meticulosamente, lo que me permitió recuperar cierta dosis de amor propio después de los dolores que me había provocado aquella odiosa mujer con su paño. Cuando Lucio acabó, también ella había terminado de enjuagar las heridas de los dos esclavos, y se retiraba con el paño ensangrentado asomando del balde con el que cargaba.

—Lucio, todavía no puedo creer que nos hayamos encontrado aquí —logré decir, ya más relajado—. ¿Qué haces en estos bosques? Te imaginaba muerto, o tirando de un yugo.

—Lo mismo podría decirte, amigo —respondió con los brazos en jarra.

—Tienes razón, pero yo he preguntado antes.

—¡Valeria! —llamó, haciendo que la mujer asomara de nuevo la nariz con desconfianza—. Trae un poco de cerveza, y asegúrate de que nuestros invitados estén a gusto. Este bárbaro y yo tenemos mucho que contarnos.

Aguardé en silencio a que mi antiguo compañero de armas cosiera a Mario y a Sila, saboreando a pequeños sorbos la amarga cerveza que la mujer había dejado en el suelo. Después de apurar unos cuantos tragos todo se ve mejor, y cuando ya llevas unas buenas jarras incluso desaparecen los dolores. Esa noche apenas dormimos. Con el resto de los míos a resguardo en aquella especie de campamento, me despreocupé totalmente, y permanecimos horas hablando.

Comencé relatando mi historia, aunque decidí omitir algunos episodios, como casi toda nuestra aventura al lado de los godos, hasta que no escuchara su parte y pudiera hacerme una idea clara de sus afinidades. Tuve que hacer filigranas para poder introducir algunas escenas que le interesarían especialmente, como el final de Rerico y de Hildimiro, los dos bastardos suevos que tuve a mi alcance; mientras me escuchaba, entre alborozado e incrédulo, sus ojos brillaban de placer, y brindamos un millar de veces por nuestra venganza. Fue una noche memorable.

Si él se sorprendió con mis aventuras, su crónica no se quedó atrás. Después de que nuestro pequeño grupo se desgajara, la columna de prisioneros y guerreros que regresaban a sus tierras continuó hacia el norte a buen ritmo. A pesar de las cadenas que lastraban las piernas de los cautivos, la profusión con la que nuestros captores aplicaban el látigo aseguraba cuando menos un ritmo constante. Su primer destino fue Portus Cale, donde los guerreros suevos disfrutaron de varios días de fiesta entre los suyos. Fueron recibidos como héroes, e incluso se permitieron organizar un remedo de desfile triunfal en el que exhibieron a los prisioneros, sucios y atados como una recua de animales, para que mujeres y niños se burlaran de ellos arrojándoles cualquier cosa que tuvieran a mano. Al menos eran cosas blandas —valoró Lucio esbozando una sonrisa triste—, porque no deseaban dañar la mercancía, solo humillarlos todavía más. Por otro lado, los prisioneros pudieron comer mejor aquellos días con lo que les tiraban los crueles mocosos que con la escasa ración a que les tenían acostumbrados.

La caravana continuó su camino, pero, como sucediera en Conimbriga, otro grupo de suevos con su correspondiente botín quedó atrás. Fue la última vez que Lucio vio a Ruric; y, en ese caso, ninguno de los dos habíamos vuelto a tener noticias de él. Bebimos en honor a su memoria, esperando que hubiera tenido al menos tanta suerte como nosotros. Dado que nunca sabremos la verdad, prefiero pensar que así fue.

El grupo de Lucio siguió adelante hasta llegar a Braccara Augusta, el centro del poder suevo en la provincia. La ciudad estaba atestada de familiares de los guerreros, y durante los primeros días se repitió la fiesta y el alborozo que se había vivido en Portus Cale; al igual que en aquella, los desgraciados prisioneros que habían acompañado a los guerreros fueron parte destacada de la celebración. A la alegría por el regreso de los hombres, se unió la celebración de la primera gran victoria del nuevo rey, que no había hollado suelo galaico desde la renuncia de su padre, y que además volvía desde las feraces tierras del sur cargado con el cuantioso botín de oro y plata capturado en el campo de batalla.

Los prisioneros pasaron varios días encerrados en una sombría celda, hasta que llegaron a temer que se hubieran olvidado de ellos. Cuando fueron a buscarlos para conducirlos a punta de lanza a su nuevo destino, apenas eran conscientes del trayecto que recorrían, pues el sol de finales de verano hería sus ojos habituados a la penumbra. Calmado el frenesí de los primeros momentos, pocos fueron los suevos que se acercaron a contemplar la triste estampa que ofrecían los prisioneros caminando torpemente por las calles.

Pese a que su amo vivía en la ciudad, Lucio y otros dos hombres fueron trasladados a una finca grande y deteriorada de su propiedad, situada en las afueras. Allí fueron recibidos por un grupo de veteranos suevos, que debían de haber dejado las armas varios años atrás, pero no se habían desprendido en cambio de la arrogancia típica del guerrero. Ellos eran los encargados de que, a través del trabajo y la sangre de sus esclavos, aquella antigua finca romana produjera lo básico para enriquecer a su señor, que prefería las comodidades de la ciudad. Ellos lo habían servido durante años en el campo de batalla, y él los recompensaba con aquel tranquilo retiro en el que no les faltaba comida ni techo ni un puñado de esclavos a los que recordarles

continuamente que eran inferiores en todo. El cabecilla era particularmente desagradable: si hacía caso a la descripción de Lucio, debía de haber sido una mole en su juventud, y aunque la edad había ablandado su cuerpo volviéndolo fofo y lento, su belicoso espíritu permanecía intacto. Estaba orgulloso de su puesto de hombre de confianza de su señor y ejercía la autoridad que aquel le proporcionaba con implacable crueldad. Escuchando a Lucio, ni siquiera Elpidio me parecía entonces tan malo.

Lucio trabajó de sol a sol durante largas lunas, sin dejar que aquellos hombres doblegaran su férrea determinación. Conociendo al hispano, no dudaba que la idea de tener que servir a un señor extranjero habría alimentado su odio y reforzado su voluntad cuanto hubiera sido posible. Hasta que la desgracia propició aquella estrecha convivencia durante la que cada uno nos apoyamos en el otro, poco sabía de él salvo que prefería ver a todos los bárbaros muertos, o al menos lo más lejos posible de su persona, pero sí había llegado a conocer su terquedad y su resistencia, que nos había alentado durante nuestro penoso cautiverio.

Lo cierto fue que sus captores se ensañaron con él. Sin duda, no produce la misma satisfacción domeñar a un pobre desgraciado, asustado y suplicante, que a un orgulloso guerrero tras tomarlo prisionero en el campo de batalla, así que se habían aplicado en intentar enseñarle lo que era la humildad y lo amarga que podía saber la derrota. Pero el hispano, por duras que fuesen las pruebas, se negó a borrar de su rostro una provocadora sonrisa velada. Aguanta, alano, me había dicho, y vaya si él había llevado a la práctica su propio consejo.

Las lunas se convirtieron lentamente en años antes de que Lucio encontrara una oportunidad para escapar. En una ocasión, tras más de tres años de cautiverio, se decidió a probar suerte, pero, aunque consiguió salir de entre aquellos muros, las cadenas que cargaba le impidieron ir muy lejos antes de que los guardias lo interceptaran. Las palizas que recibió como escarmiento estuvieron a punto de costarle la vida, sin embargo, su odio le dio fuerzas para recuperarse, solo por no darles la satisfacción de verlo muerto, incluso cuando el resto de sus compañeros pensaban que aquel amasijo de carne lacerada pronto abandonaría aquel mundo para encontrar la paz que ellos tanto añoraban. Después de aquello permaneció aún siete largos años más en aquel lugar, siempre atento a la ocasión que le permitiera, esa vez sí, abandonar aquella cloaca. Me di cuenta de que en total había pasado en aquellas miserables condiciones prácticamente el mismo tiempo que yo había vivido cómodamente en Conimbriga, restañando mis heridas y rehaciendo mi camino; mientras lo escuchaba, me sentí absurdamente culpable por todas las veces que no valoré en su justa medida la extraordinaria suerte que me había deparado el destino.

Cuando Lucio comenzaba a llegar al límite de su resistencia, tras la muerte de uno de los compañeros que habían llegado junto a él en el carro de prisioneros capturados a orillas del Singilis, otro hispano natural de Astigi, se presentó por fin una nueva oportunidad. O, mejor dicho, Lucio fue capaz de forzarla. Corría ya el año 448; un día en el que, extenuados después del duro día de trabajo de labranza, en el que el hispano había suplantado a uno de los bueyes de tiro para divertimento de los guardas, eran conducidos a patadas hasta sus húmedos y pestilentes barracones, vieron como entraba en el lugar un bamboleante carromato cargado de una docena de ruidosas mujeres que reían a carcajadas y gritaban obscenidades a los guardas al pasar a su lado. Aquellos, aunque ocupados en pastorear a los prisioneros como ganado de regreso a su redil, compartieron un instante de chanzas con las meretrices y luego continuaron charlando alegremente entre ellos sobre la juerga que planeaban correrse esa noche a la salud de su amo. Lucio recibió aquellas palabras como agua fresca en los labios de un sediento, pensando que quizá el jolgorio en la casa principal, y la subsiguiente borrachera, le permitiría pillar

desprevenidos a los guardas.

Aguardó con paciencia hasta que, ya a avanzadas horas de la noche, uno de los hombres de la guarnición salió a evacuar su cargada vejiga en una zanja cercana. Lo espió por entre los desvencijados tablones de su barracón y, cuando el guarda se disponía a desabrocharse los calzones, comenzó a golpear con fuerza la puerta para llamar su atención. El guarda, molesto por la interrupción, le gritó que dejara de hacer escándalo, pero el hispano, dispuesto a no dejar escapar su presa hasta que mordiera el anzuelo, se limitó a aporrear la puerta más fuerte aún. Aunque prefiero destacar sus virtudes, debo reconocer que el vino y la cerveza pueden convertirse a veces en el peor enemigo de un hombre. Ebrio y embotado por la bebida, el tipo terminó por acercarse, tambaleante, hasta la puerta para amenazar a los esclavos con enviarlos al otro mundo de las maneras más terribles que pasaban por su cabeza si no dejaban de armar jaleo. Lejos de amedrentarse, Lucio comenzó a acompañar los golpes con toda clase de insultos —los años en la finca le habían permitido aprender multitud de creativas ofensas en lengua sueva—, pese a los ruegos de sus asustados compañeros para que parase antes de que todos acabaran sufriendo por su culpa. El borracho, furioso, rebuscó la llave en su pantalón dispuesto a dar su merecido al que así le hablaba, pero sus reflejos adormecidos no le respondieron con la suficiente rapidez, y antes de que terminara de abrir el portón, mientras juraba comerse el corazón del hispano a mordiscos, ya Lucio lo había atrapado con sus frías cadenas para atraerlo a su terreno y acabar con él. Casi sentí lástima por el tipo; no me gustaría que alguien aprovechara mis momentos de embriaguez para matarme.

Una vez superado el primer escollo, se encontró con que de nuevo la buena fortuna le resultaba esquiva, ya que al revisar los bolsillos del cadáver no encontró las llaves de los grilletes, y ya había comprobado años atrás que no era una buena idea emprender la fuga encadenado. Ante su sorpresa, aunque la puerta del barracón quedó abierta de par en par, solo se atrevió a seguirlo uno de los esclavos: el vándalo que había sido su compañero desde que confluyeran en Braccara todas las caravanas de esclavos de la batalla del Singilis. Los demás, temerosos de las represalias que sufrirían si los interceptaban, decidieron quedarse allí.

Los dos fugitivos, amparados en la oscuridad de la noche, y confiando en que la borrachera de los guardas les facilitara el camino, se dirigieron a la casa principal, donde se escuchaba la algarabía propia de una juerga memorable. Sinceramente, no sé si yo hubiera tenido arrestos —mejor que esa palabra creo que sería decir temeridad— para meterme en la boca del lobo teniendo tan cerca la libertad —primero lo primero, y luego ya habría tiempo de deshacerse de los grilletes—; pero dado que el hispano estaba frente a mí, estaba claro que la apuesta les había salido bien.

Sujetando con cuidado sus cadenas para evitar que tintinearan, y confiando en que tras el frenesí de la orgía y la calidez del vino pocos de los presentes estuvieran en condiciones de prestar atención a nada que se encontrara a más de un palmo de sus narices, y otros, ni si siquiera eso, recorrieron la casa en busca del administrador del lugar y del manojo de llaves que siempre portaba. Tras dar varias vueltas por el interior del edificio, durante las que tuvieron que acabar con algún guarda despistado y la desgraciada furcia que lo acompañaba, encontraron al cabecilla reclinado en un diván recibiendo las atenciones de dos bellas mujeres. Como estaban lo suficientemente entretenidos para no reparar en su presencia, en este caso las mujeres se levantarían horas después con sendos golpes en la cabeza, pero vivas al menos. En cuanto al suevo, su última visión en este mundo fue la fea sonrisa de Lucio mientras apretaba cada vez más alrededor de su cuello las cadenas que él mismo había colocado en sus muñecas. Por fin con la

venganza al alcance de sus manos, el hispano lo estranguló con placer, mientras el tipo pugnaba desesperadamente por pedir auxilio a los suyos, sin conseguir que brotara sonido alguno de su atenazada garganta. Aquel día, al recordarlo, aún cruzó sus ojos una mirada soñadora. Digan lo que digan los cristianos, la venganza muchas veces resulta realmente reparadora.

Tras rebuscar entre sus ropas para hallar el manojo de llaves que les permitiera despojarse de los grilletes, tomaron prestadas un par de buenas espadas de la armería de la finca y partieron por fin de aquel lugar. Avanzaron a marchas forzadas, en dirección al este, para dejar atrás cuanto antes Braccara Augusta. Para cuando los borrachos guardas despertaran y se dieran cuenta de lo sucedido, ellos contarían ya con una buena ventaja. Además, como realmente no sabían bien hacia dónde caminaban, sus pasos no resultarían fáciles de prever. Se limitaron a escoger los bosques más tupidos y salvajes, avanzando entre los árboles hasta que, tras varios días sin señal alguna de persecución, poco a poco se fueron relajando.

Entre risas, me confesó que también ellos habían acabado por confiarse demasiado, como nosotros mismos unas horas atrás, pero en su caso los bandoleros que los habían seguido habían acabado por dejarlos en paz tras decidir que un par de miserables fugitivos nada tendrían que les pudiera interesar. Continuaron internándose en el bosque, siguiendo un estrecho sendero que esperaban que les ayudara a cruzarlo. Sin embargo, tras varias jornadas de camino acabaron llegando a una pequeña y perdida aldea que se alzaba en lo más profundo de la arboleda. En un primer momento decidieron rodearla sin ser vistos, pero el escándalo que bullía en aquel previsiblemente apacible lugar intrigó a Lucio, que quiso acercarse. El sentido común del vándalo, escarmentado después de tantos años de cautiverio, no fue suficiente para convencer a su testarudo compañero, así que la curiosidad terminó venciendo a la precaución, y se ocultaron entre los matorrales para tratar de echar un vistazo desde el linde. A veces el destino es poderoso; aunque en ese momento no lo supieran, también el grupo de bandoleros que los había acechado días atrás se encontraba en las cercanías, y también a ellos les había llamado la atención aquel ruido en medio del habitualmente silencioso bosque. Y, conteniendo la respiración, Lucio y el vándalo pudieron comprobar que el tercer grupo de individuos cuyos pasos en ese preciso día lo habían acabado llevando hasta aquella recóndita aldea eran una decena de guerreros suevos, que debían de haber recalado allí procedentes de alguna de la ciudades cercanas, probablemente Asturica, y estaban aprovechando para hacerse con lo poco de valor que podía guardar aquel poblado.

Sin mirar hacia atrás para comprobar si su compañero lo seguía, Lucio, espada en mano, salió de entre la maleza, y con mucho cuidado para no ser visto, se fue escondiendo tras las paredes de los edificios hasta alcanzar las últimas viviendas del centro del caserío, donde los suevos habían reunido a los habitantes para facilitar el registro de sus viviendas. En ese punto del relato interrumpí al hispano para que me explicara cómo demonios había llegado a la conclusión de que un grupo de guerreros en medio del bosque eran suevos, en lugar de bandidos o lo que fuera. Él, muy tranquilo, me dijo que simplemente los había olido y eso era más que suficiente. Reí divertido y dejé que continuara con su narración. Como decía, por fortuna para el hispano, los guerreros no habían comenzado a registrar las viviendas, así que todos estaban concentrados en aquel lugar, ocupados en mantener a la vista a todos los lugareños para evitar sorpresas desagradables. El suevo más lejano, que cerraba la posición detrás de los hombres y las mujeres —la mayoría de ellos ancianos— que estaban siendo contados como cabezas de ganado, murió de una certera estocada en las costillas antes de percatarse siquiera de la presencia del hispano. Desde luego, Lucio sabía ser sigiloso, o al menos yo lo recordaba así en Hispalis, pero ese día la

rabia que había en su interior lo había dominado por completo. Caminando tranquilamente entre los asombrados lugareños, logró acercarse lo bastante al segundo de los guerreros suevos como para cortar de raíz el grito que nació en su garganta al percatarse de que el hispano iba a por él. Sin embargo, su gañido ahogado fue suficiente para alertar a los demás, por lo que Lucio se colocó en guardia y esperó a que se acercaran.

Por fortuna para él, su compañero, a pesar de sus reservas iniciales, lo había seguido hasta allí y en ese momento irrumpió desde la maleza, haciendo que los perplejos suevos se encontraran de repente con dos problemas que atajar. Supongo que el vándalo estaría maldiciendo mentalmente la estupidez de Lucio por meterlos en aquel aprieto, pero, ante la sorpresa de todos, la balanza acabó por inclinarse a su favor cuando los bandoleros decidieron sumarse a la lucha contra los suevos, que fueron eliminados uno a uno sin piedad. Cuando, cansados y desconcertados por el devenir de los acontecimientos, comprobaron que no quedaban guerreros enemigos en pie, Lucio y su compañero se juntaron espalda contra espalda por si fuera necesario hacer frente a los que hasta entonces habían luchado en su mismo bando. Por suerte, aquellos hombres no tenían intención de acabar con ellos, porque de haber sido así pocas posibilidades habrían tenido. El cabecilla de los bandoleros, acompañado por uno de los ancianos aldeanos, se acercó con actitud amistosa, agradeciéndoles su intervención. Y a partir de ahí, la vida de Lucio había dado un vuelco inesperado: aquel irreflexivo impulso, que parecía destinado a acabar en inmolación, le había proporcionado en cambio un nuevo camino que recorrer en su vida, ya que a partir de ese día tanto él como su rubio amigo pasaron a formar parte de aquel pueblo que los escasos cronistas de nuestro tiempo llamaban aunonenses.

Así, asombrado, supe que los que acompañaban a Lucio aquel día no eran, como había supuesto, vulgares bandidos, sino guerreros aunonenses, y el hispano, su líder en aquel bosque.

XV

Cuando el relato hubo concluido, me quedé un buen rato boquiabierto, sin saber qué decir, hasta que Lucio me sorprendió cambiando de tema.

—Te aconsejo que llevemos a ese anciano que traéis a la ciudad para que pueda atenderlo un físico. No es que sean de los mejores, pero siempre estará más atendido en sus manos que en el bosque, como un jabalí herido.

—Tendré que hablarlo con los demás, pero gracias por tu ofrecimiento.

—¿Que lo tienes que consultar? —se sorprendió Lucio—. Por todos los demonios, amigo, ¿quién te ha domado? ¿Qué ha pasado con el Attax que conocí?

Lo miré con seriedad antes de responder:

—Que se ha hecho mayor, ¡como tú, viejo bribón!

—¿Mayor? —dijo abriendo la boca en una gran mueca—. Habla por ti, yo acabo de tener mi tercer hijo, así que todavía me siento como un fogoso jovenzuelo.

Sonreí por el comentario del hispano, pero enseguida me entristecí al recordar al pequeño niño rubio que acompañaba a Aspasia.

—De paso conocerás a Visumar, el vándalo. Te caerá bien; se parece a ti, pero es, si cabe, más salvaje.

—¿Luchó entonces en el Singilis?

—Sí. Supongo que llegaría a Corduba atraído por la fama de tu *dux* y por la perspectiva de una generosa paga.

Asentí. Después de todos los recuerdos que nuestra conversación había traído a mi cabeza, me sentía algo melancólico.

—Dar hoy contigo ha sido como reencontrarme conmigo mismo, amigo —dije con sinceridad —. En fin, iré a ver cómo están el resto de los míos y les transmitiré tu generoso ofrecimiento.

—Nosotros también tenemos que retornar hacia el este, así que podéis venir con nosotros si así lo decidís —ofreció él, poniéndose en pie.

—¿Qué es lo que hacéis aquí exactamente, Lucio?

—Llámalo patrullar. Por si algún hijo de puta suevo trata de poner sus sucios pies en nuestra casa.

Me reí, aunque mi corazón seguía estando triste.

—Disculpa, pero me hace gracia escucharte decir «nuestra casa». Siempre pensé que tu único hogar sería Hispalis... Un hogar del que querías verme fuera.

—Ahora esta es mi casa —repuso con firmeza—. Y para que veas que he cambiado, no me importaría compartirla contigo. Siempre que te laves esa sucia pelambrera, puesto que dudo que sea capaz de convencerte para que te la cortes como un hombre decente.

Agradecido, le di una palmada en el hombro antes de darme la vuelta para salir del edificio, cuando volvió a dirigirse a mí.

—Los últimos años, desde que los godos lucharon en el Urbicus, hemos permanecido en calma. Pero desde hace ya varias lunas cada vez es más frecuente encontrar merodeadores suevos

adentrándose en el bosque desde el oeste.

—Y tanto —acerté a decir, recordando que no había explicado al hispano las circunstancias que nos habían hecho acabar en aquel escondido lugar—. Lucus ha caído, y nosotros hemos venido huyendo de allí.

—¿Lucus Augusti ha caído? —preguntó, subiendo el tono por la sorpresa—. Entonces la situación es mucho más grave de lo que pensaba. Debemos transmitir las malas noticias y prepararnos para la guerra, pues mucho me temo que pasará poco tiempo hasta que tengamos que volver a luchar. Convence al anciano de que partir mañana al alba, porque lo que me has dicho lo cambia todo.

—Lo intentaré —prometí.

Me alejé arrastrando los pies. Habían sido demasiadas emociones para un único día, y además comenzaba a notar el efecto de la cerveza; me sentía como si hubiera sido arrollado por una de las famosas cuadrigas de las que Zenón alardeaba en Emerita. Agradecí el frescor vigorizante de aquella silenciosa noche, en la que solo el canto chirriante de los grillos, que parecían tener cercado el campamento, rompía la calma. La mayoría de los hombres de Lucio dormían, salvo unos pocos que montaban guardia enrollados en gruesas mantas y apoyados en sus largas lanzas, mirando hacia el exterior del muro de piedra.

Un sinfín de imágenes y recuerdos invadían sin piedad mi embotada cabeza. ¿Cuántas veces había dado mi vida por terminada? Tras las palabras de Lucio, rememoré con viveza lo sucedido a orillas del Singilis, cuando pensé que todo había acabado al recibir el brutal golpe que me hizo perder la consciencia en el muro de escudos, y luego cuando había despertado en el carromato de los esclavos, sabiéndome solo, cojo y prisionero de mis enemigos.

¿Cuántas vidas se pueden vivir en una sola? No podía negar que desde entonces había llegado a ser feliz, que había recuperado la ilusión de seguir viviendo pese a haber perdido a mis amigos vándalos, y que había tenido a mi alrededor a otros cuya vida me importaba más que la mía propia. Eran mi familia; aunque, para mi desgracia, ningún retoño heredaría mi nombre, ni portaría mi espada de regreso al campo de batalla cuando yo ya no estuviera. La imagen del pequeño que acompañaba a Aspasia atravesó mi alma. ¿Sería realmente mi hijo? Ella no lo había negado, aunque tampoco lo afirmara. Sin embargo, su actitud me hacía pensar que la respuesta era que sí. El color pajizo de su cabello, las largas piernecitas que prometían una buena estatura de adulto y, sobre todo, aquellos ojos ligeramente rasgados, como los que se ven muchas veces en la gente de mi pueblo y de otros emparentados, como los sármatas e incluso los masagetas y los hérulos. No podía ser de otra manera: tenía que ser mi hijo, que viviría entre mis enemigos y sería uno de ellos cuando pudiera empuñar un arma, mientras yo huía en lugar de permanecer a su lado. Ya lo había abandonado una vez, cuando partimos en busca del ejército godo; pero en aquel entonces no sabía de su existencia, mientras que en ese momento, en el que no tenía elección, la imagen de su carita me torturaba. Inspiré profundamente, confiando en que el frío aire de la noche me ayudara a despejarme. Caminé con cuidado para no tropezar en el desordenado y oscuro campamento, concentrado únicamente en poner un pie delante del otro, hasta dar con el edificio donde debían de descansar mis compañeros.

Me di cuenta de repente de que tenía un hambre feroz. Con Lucio únicamente había bebido una cerveza tras otra, y aunque mi estómago se había llenado con el líquido cobrizo, tras haber orinado gran parte del mismo en una zanja reclamaba algo sólido con insistencia. Empujé la puerta suavemente y entré en la estancia, avanzando con tiento para no pisar a nadie.

El edificio parecía haber sido reconstruido con cierta prisa. El interior constaba de una única

habitación, sin divisiones internas, en la que dormían una buena cantidad de personas. El aire estaba viciado, y más en contraste con la frescura que se respiraba en el exterior. Tardé un rato en encontrar un hueco donde poder tenderme sin molestar a nadie, y creo que en el mismo instante en que mi espalda tocó el duro suelo caí rendido por el sueño.

Aun así, no fue una noche plácida. Una vez baja la guardia, mi cabeza dio rienda suelta a sus temores y preocupaciones en forma de inquietantes pesadillas. Me desperté antes del amanecer, con un regusto amargo en la boca, punzadas de hambre en el estómago y un humor de perros. La luz que comenzaba a filtrarse permitía distinguir las figuras de los que tenía alrededor, no solo mis compañeros, sino también algunos componentes de la partida de Lucio. Todos parecían dormir. De repente, mi estómago protestó con un rugido que pensé que los despertaría, de modo que decidí salir a buscar a Lucio, aunque lo que realmente me interesaba era que el hispano me ofreciera algo de comer, y preferiblemente en gran cantidad. Salí al exterior y tomé prestado un cubo de agua para despejarme metiendo en él la cabeza; el contacto con el líquido erizó el vello de mis brazos y me hizo temblar de arriba abajo, pero cuando sacudí enérgicamente la cabeza mojándolo todo a mi alrededor me sentí mucho mejor. Me sonaba la nariz ruidosamente cuando escuché movimiento tras de mí.

—Buenos días, bárbaro —me saludó la familiar voz de Marco, remedando a Lucio.

—Para quien los tenga, jodido romano —respondí con voz ronca—. ¿Qué haces despierto tan temprano?

—Te esperé hasta tarde para hablar contigo, pero no regresaste. Creo que tienes muchas cosas que contarme, y prefería darte tiempo para que pudieras hacerlo con calma, por eso me decidí a madrugar.

El joven parecía molesto, así que asentí, sintiéndome algo culpable por no haber acudido antes a mitigar su incertidumbre.

—Tienes razón, pero primero necesito desesperadamente algo de comer. Vamos.

Opté por abordar a los pocos que sabía que no dormían: los guardas del muro, que me ofrecieron amablemente algunas sobras del día anterior. No sé qué clase de carne era, pero era untuosa al gusto, y una vez la hube calentado sobre los rescoldos de una de las pequeñas hogueras la saboreé como el mayor de los manjares. Aquellos hombres eran gente sencilla, y me recordaban en cierta manera a los habitantes de Coviacum. Sonreí tristemente al pensar en el fallecido líder de aquel castro, también llamado Lucio.

Marco aguardó con paciencia a que disfrutara de los primeros bocados. Una vez hube calmado mi voracidad inicial, le relaté todo lo que me pareció que debía conocer de Lucio y mi relación con él en el pasado, antes incluso de que el muchacho hubiera nacido. Mientras hablaba, el campamento iba despertando, por lo que aligeré mi relato para plantearle a Marco lo que Lucio me había propuesto con respecto a Cayo. Él, preocupado por la salud de su tío, cuyos pies, inflamados desde hacía ya semanas, lucían cada vez más enrojecidos y tumefactos, estaba dispuesto a confiar en mi criterio con respecto a si el antiguo esclavo era digno de confianza. Ambos estábamos de acuerdo en que era necesario parar durante un tiempo antes de continuar el camino, y en caso de que fuera posible, poner a Cayo en manos de un físico. No sabíamos hacia dónde se dirigía Lucio, pero al menos sí teníamos la seguridad de que seríamos bienvenidos, y en esos tiempos solo eso ya era mucho más de lo que se podía esperar, así que convinimos que seguiríamos al hispano.

Como me había dicho durante nuestra charla nocturna, Lucio pretendía partir cuanto antes para transmitir las preocupantes noticias que habíamos traído, así que avisamos a los demás, preparamos nuestras monturas para el camino y, tras un frugal desayuno frío —al que me apunté a pesar de que para mí se tratara del segundo del día—, emprendimos la marcha. Apenas quedaron atrás un puñado de hombres, con órdenes de permanecer atentos a cualquier señal proveniente del oeste y la promesa de partir veloces tras nuestros pasos en caso de que se cumplieran los peores presagios.

Cayo, acuciado por crueles dolores, volvió a ponérnoslo difícil. Agotado y deprimido, nos imploró mil veces que lo dejáramos allí, hasta que entre Vera, Sunna y sus antiguos esclavos se las compusieron para fabricar una especie de parihuelas que le permitían mantenerse erguido sobre su dócil montura. Y aunque durante la marcha nos siguieron acompañando sus quejidos y ruegos de que lo abandonáramos al borde del camino en vez de prolongar de aquella manera su sufrimiento, por las noches, ya más calmado, solía agradecernos con profusión los cuidados que se le prodigaban.

Salvo por nuestra preocupación por el anciano, fueron días tranquilos. Amparados por aquel bosque que Lucio y sus hombres conocían como la palma de su mano, y sintiéndonos seguros al formar parte de un grupo numeroso y bien armado, disfrutamos de la paz que un lugar como aquel puede entregar al que la sabe valorar. Aunque muchos prefieren evitar los bosques, por temor a los misterios y encantamientos que su oscuridad encierra, a mí siempre me han proporcionado una agradable sensación de tranquilidad. Ofrecen refugio, comida, agua, leña y sombra; poco más puede pedir un hombre en su camino. Probablemente mis antepasados renegarían de mí si escucharan semejante afirmación, ellos que amaban por encima de todas las cosas las amplias praderas de hierba por las que trotar largamente con sus espléndidas monturas. Pero yo había conocido otro entorno, y era diferente a ellos en algunos aspectos; quizá en más de los que me gustaba reconocer. Y era capaz de encontrar paz entre aquellos enormes árboles que contemplaban estas tierras desde mucho tiempo antes de que mis padres llegaran a ellas.

A los dos días nos desviamos del tortuoso camino para pasar por un campamento similar al que habíamos dejado atrás, aunque algo más pequeño. Allí nos recibió una pequeña guarnición, también protegida por un tosco murete. Comimos caliente gracias a la hospitalidad de aquellos hombres sencillos y amables, y pasamos la noche en la estancia común, mientras Lucio departía largamente con el cabecilla del grupo. Al día siguiente, varios mensajeros partieron a la vez que nosotros hacia distintas direcciones para propagar el aviso. Me sorprendió el grado de organización que parecían poseer aquellos hombres, con aquel entramado de pequeños campamentos formando una red similar a la tela de una araña, que servía para conocer de manera rápida todo lo que sucediera en su territorio, y así se lo hice saber a Lucio durante aquella noche, a la luz de una buena fogata.

—Que no sois unos simples bandidos ya lo sé, pero no esperaba que estuvierais tan bien organizados. ¿De cuántos hombres disponéis? ¿Cuántos campamentos como los que hemos visitado hay en el bosque?

—Así que ya no nos consideras simples forajidos... —me interrumpió Lucio—. Pues es una lástima, porque nos esforzamos en parecerlo, y siempre había pensado que se nos daba bastante bien.

—Estoy realmente intrigado por conocer el lugar donde nos llevas, y saber algo más acerca de vosotros.

—Todo a su debido tiempo, pero al menos para lo primero no tendrás que esperar mucho,

porque llegaremos mañana.

—Venga, hombre, ¿no me dirás al menos el número de lanzas con las que cuentas para hacer frente a los suevos?

—Por mucho que confíe en ti, no puedo decírtelo. La vida de mucha gente depende de ello. Aquí, en Aunonia, ese tipo de información hay que ganársela. De hecho, creo que ya os he contado demasiado.

Pese a que entendía sus reservas, no pude evitar sentirme contrariado, porque empezaba a invadirme una verdadera curiosidad. Lucio esquivaba cualquier pregunta comprometida con hábiles chanzas, así que terminé por darme por vencido e irme a dormir. Cuando al día siguiente llegamos por fin al poblado, reconozco que la estampa que apareció ante mis ojos me decepcionó, aunque para ser justos el enfado con el que me había ido a acostar después de las evasivas de Lucio debió de influir bastante en mi primera impresión, pues con el tiempo llegué a apreciar aquel agreste lugar como si fuera mi propia casa. En un primer vistazo me recordó a Coviacum, si bien lo cierto era que el entramado de organizados campamentos me había hecho crearme falsas expectativas y esperaba algo así como una pequeña ciudad construida en medio del bosque, cuando en realidad se parecía más a un mero campamento fortificado. A medida que íbamos descendiendo, al salir del espeso bosque que tapizaba toda la región, asomó ante nuestros ojos una recia fortaleza que dominaba los valles circundantes, en los que pequeñas parcelas de cultivo salpicaban las pendientes por doquier. Nos detuvimos casi sin querer en aquel mirador privilegiado. Sunna, a mi lado, suspiró largamente; cuando la miré había emoción en sus ojos.

—Me recuerda al hogar de mi madre en las montañas.

Sin saber por qué, pasé mi brazo por su hombro y la atraje hacia mí. Aún más sorprendente me resultó comprobar que ella se arrimaba hacia mi costado sin ofrecer resistencia. Acaricié su brazo con dulzura.

—Venga, en marcha, que ya casi estamos —dijo Lucio, y rompió la magia del momento.

Bajamos por la suave ladera siguiendo las vueltas del serpenteante camino de tierra. A nuestro paso íbamos dejando atrás pequeñas casas de labranza y coloridos huertos desde los que algunos campesinos nos saludaban amistosamente, para volver después a sus labores: arar la tierra, arrancar hierbas, podar los frutales. Me sorprendió la cantidad de manzanos que salpicaban el paisaje; pronto pude comprobar que producían unos frutos enormes y dulces, que las mujeres del lugar sabían fermentar para elaborar una sabrosa bebida parecida a la cerveza. Poco a poco, mi decepción inicial se fue diluyendo, derretida como una fina lámina de hielo por la calidez de la sonrisa con que Sunna observaba cada detalle. Bien mirado, no era un mal lugar, perdido en medio de aquellos bosques y abrigado por las montañas, aunque la profusión de campamentos que lo rodeaban alimentara una sensación de permanente estado de sitio que parecía totalmente ajena a aquel lugar.

Al pasar al lado de algunas de las casas más deterioradas, que parecían llevar bastante tiempo abandonadas, pensé de repente en Hixinio y en lo que este daría por tener la oportunidad de arreglar alguna de ellas para vivir rodeado de tranquilidad y manzanos. Supongo que poco más cabe pedirle a la vida, salvo si eres un bárbaro pendenciero como yo y no puedes evitar que la fiebre del acero te corroa por dentro. A medida que avanzábamos, los hombres de nuestra partida iban abandonando la columna para perderse entre los frutales y reencontrarse con sus familias. Cuando llegamos al fondo del valle ya solo nos acompañaban la mitad de ellos. Ascendimos pesadamente la última loma y por fin llegamos al pie de las antiguas murallas. Desde la lejanía me habían parecido inexpugnables; realmente eran elevadas y de un grosor considerable, aunque

necesitaran algunas reparaciones. Al verlas de cerca, me habría atrevido a decir que no eran fruto de la ingeniería romana, sino que pertenecían a las gentes antiguas, las que hollaban aquel suelo mucho antes de que Roma creciera como un monstruo gigantesco dispuesto a devorar el mundo. Pese a no poseer la esbeltez de las murallas de Emerita o la robustez de las de Lucus —para qué poco habían servido—, debo reconocer que resultaban imponentes. El muro, de casi quince pasos de altura y cinco de ancho, estaba protegido por pequeñas torres cada cuarenta pasos, y aunque eran muy pocos los hombres que se encontraban en ese entonces sobre ellas, me podía hacer una idea de la imagen que ofrecerían ante un asedio. Los primeros que nos recibieron al llegar a la cima, frente a la gran puerta abierta de par en par, fueron una manada de canes aullantes y, tras ellos, otra manada de vociferantes chiquillos. A decir verdad no sé cuáles me resultaban más amenazadores, aunque tras un primer vistazo pensé divertido que sin duda pasaría mi mano por el lomo de uno de aquellos grandes perros, pero tendría que pensármelo dos veces para hacer lo propio por las sucias cabelleras de aquellos pequeños salvajes. Los peludos canes huyeron corriendo entre nuestras piernas mientras los chiquillos trataban de esquivarnos en su loca carrera. De repente, un sonriente Lucio levantó a uno de aquellos en volandas a la vez que le hablaba ante mi atónita mirada.

—¡Pequeño granuja!, deja en paz a estos pobres perros y corre a decirle a tu madre que acabo de llegar.

El chiquillo rio con las cosquillas del que, para mi asombro, resultó ser su padre, y en cuanto aquel lo depositó de nuevo en el suelo, salió corriendo hacia el interior de la muralla a la vez que chillaba con su aguda vocecilla. Continuamos el camino mientras los dos hombres que guardaban la puerta saludaban a los suyos y nos lanzaban miradas curiosas al resto. Entramos por el portalón; dentro, la vida parecía tan despreocupada como me lo había parecido en los valles colindantes. No era un lugar muy grande, puede que más pequeño incluso que Coviacum, pero su organizada distribución y la solidez de sus edificios le daba un aire más sofisticado que el del antiguo castro de la meseta. Las casas de piedra de un solo piso se elevaban a ambos lados del camino que ascendía hasta la cúspide de la colina, dominada por varios edificios más altos que el resto. No había rastro de acueductos que llevaran el agua hasta aquel lugar, por lo que, o poseían grandes cisternas, o de nada servirían aquellas murallas, pensé.

Deambulamos por aquel nido de águilas, recorriendo sus caminos flanqueados por vetustas casas, y a cada paso Lucio se detenía para intercambiar algunas palabras amistosas con aquellos con quienes nos cruzábamos. Una suave colleja para un pequeño por aquí, unas palabras de ánimo para un anciano que dormitaba a la puerta de su hogar, alguna broma subida de tono para las mujeres que cargaban grandes tinas de agua o fardos de leña... Parecía ciertamente que el antiguo esclavo había encontrado después de muchos años su nuevo hogar, y que era mejor que el anterior, porque cualquier rastro del hosco carácter que lo dominaba con frecuencia en Hispalis parecía haber desaparecido. O tal vez resultaba que allí se guardaba aquella actitud de matón resentido para los tipos como yo.

Caminamos hasta encontrar frente a nosotros las macizas estructuras que coronaban aquel peñasco. Eran edificios bien construidos, recios, formados por piedras bien cortadas y sólidamente unidas. Alcanzaban los tres pisos de altura —no eran los cinco, o incluso seis, que podían verse en las antiguas ínsulas de las grandes ciudades como Emerita, pero eran altos para encontrarse en un lugar como aquel—, y no parecían diseñados simplemente para albergar el máximo número posible de personas, ya que la mayoría de los habitantes se distribuían por los valles cercanos, donde podían cultivar y tener el ganado cerca, mientras que aquella colina

fortificada debía de usarse como último refugio en caso de problemas, o como centro de reuniones en la rutina habitual. Me encontraba mirando a un grupo de hombres que cargaban pesados sacos hasta el interior de uno de los edificios, cuando uno de ellos, alto, de hombros anchos y mejillas arreboladas por el esfuerzo, reparó en nosotros y abandonó a sus compañeros para acercarse hacia nosotros dando voces. No podía ser otro que el compañero vándalo de Lucio; su aspecto físico destacaba entre los hispanos tanto como el mío propio. Sus ojos, de un extraño azul intenso y con un deje burlón en su trasfondo, también lo delataban como extranjero. Se acercó sonriente, secándose con un paño desgastado el torso cosido a cicatrices. No fui capaz de decidir si me caía bien o mal, porque su historia y su aspecto me predisponían a su favor, pero la mirada admirativa con la que recorrió a Sunna me hizo fruncir el ceño sin pretenderlo.

—¿Qué haces tan pronto de vuelta? ¿Te has meado encima por unos cuantos lobos? —Su tono de voz, con un leve deje gutural, me trajo recuerdos de tiempos pasados.

—¡Ya quisieras tú, bárbaro! He venido para evitar que acabes con toda la cerveza. Es más, voy a proponer que seas tú quien dirija la próxima partida para quedarme yo solo y recuperar el terreno perdido. Y además, he traído refuerzos —dijo, señalándome—. Solo espero que no acabéis uniéndoos contra mí, pues de todos es sabido que no se puede confiar en los salvajes como vosotros.

El tipo abrió mucho los ojos en cuanto me localizó en medio del grupo que conformábamos. Teniendo en cuenta lo que destacaba, podría haberme visto antes si no hubiera estado tan ocupado comiéndose a Sunna con la mirada, pensé de mal humor, aunque me esforcé en componer una expresión amistosa.

—¡Por los clavos de Cristo! Que me aspen si ese que traes no es un jodido alano —exclamó, sorprendido.

Lucio se giró hacia atrás a la vez que me hacía un gesto para que me acercara.

—¿Ves? Sabía que os ibais a llevar bien.

Adelanté a Marco y a Tito ante la atenta mirada del vándalo y de cuantos hombres y mujeres caminaban por la calle, hasta llegar a donde estaba Lucio.

—Attax es un viejo amigo, Visumar. Y también lo es tuyo, aunque no lo conozcas, porque es otro veterano del Singilis.

—¡Por Dios bendito! No me lo puedo creer, ¡y encima un alano! Os hacía a todos bajo tierra, o bajo la bota de Genserico.

—Y yo hacía a los tuyos muy lejos, al otro lado del mar, o muertos bajo los guijarros del Singilis...

El tipo rio escandalosamente.

—Pues no andas muy desencaminado, ciertamente. Es un placer encontrar a uno de los tuyos por estos lugares, y más si eres amigo de ese desalmado cabrón que te acompaña —repuso mirando a Lucio, a la vez que le soltaba un sonoro manotazo en la espalda.

A pesar de mis reticencias iniciales, acabé por decidir que después de todo sí que me caía bien. Probablemente sería camorrista, pendenciero y malhablado, como muchos otros de los hombres que había conocido en mi vida. Pero esos eran precisamente rasgos que valoraba en los que encontraba a mi alrededor. Me gustaba que tuvieran los arrestos necesarios para decirme a la cara lo que pensaban y que no esperasen que yo me andara con miramientos con ellos. Las intrigas las dejaba para los más sofisticados romanos, aquellos que podían clavarte un puñal por la espalda a la vez que por delante te agasajaban con palabras que parecían destilar miel.

—Venga, menos cháchara, que ya habrá tiempo esta noche de hablar largo y tendido —nos

espetó Lucio—. En realidad, si he regresado tan pronto es porque las noticias que traemos no son precisamente buenas. Reúne a todos los que encuentres, porque es necesario que tomemos medidas lo antes posible. —Me agarró por el brazo con firmeza—. Incluso si nuestro amigo alano consiente, podemos tener un heraldo que nos relate fielmente lo sucedido.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa? ¿Es cierto que se acerca el fin del mundo, como afirma el viejo Dulio? ¿Has visto aparecer bestias escupiendo fuego por sus fauces en el oeste?

—No exactamente, pero puede ser lo próximo que veamos. Los suevos han salido de sus escondrijos y han caído sobre Lucus. Así que ahora cuentan con una base excelente para expandirse hacia el este, como años atrás. Mucho me temo que se acercan tiempos duros para todos nosotros —respondí.

—¡Mierda! Pues sí que es grave. Voy a buscar enseguida a los que pueda, y nos reuniremos en el salón grande.

—Bien; nos veremos allí dentro de dos horas, para que Attax y sus compañeros tengan tiempo para descansar y recuperarse. Si ves a Arur, dile que quiero hablar con él.

—O mucho me equivoco o lo encontrarás en su casa. —Se giró hacia mí—. ¡Encantado de conocerte, alano! —me dijo antes de salir corriendo.

—Es un buen hombre; está algo loco, pero creo que eso debe de ser innato en todos los salvajes como vosotros. Será por la leche que os dan vuestras madres, que está cortada.

—¿Quién es Arur? —quise saber, ignorando la provocación del hispano.

—Es el físico, o más bien el sanador, que vive con nosotros. Ya va siendo hora de que tu pobre anciano descanse un poco y sea atendido como Dios manda. O mejor dicho como Arur diga, porque no es que le tenga especial cariño a mi credo.

—Me caerá bien —sonreí.

—Dios los cría y los herejes se juntan...

Dicho y hecho. Seguimos a Lucio por entre las callejuelas y aguardamos frente a un edificio oscuro y diminuto, mientras él, acompañado por un renqueante Cayo y por su sobrino, se perdía en el interior. Tardaron un buen rato, que aprovechamos para dejar nuestros bártulos en el suelo y sentarnos sobre las incómodas piedras del borde del camino. Nos relajamos en aquel ambiente plácido, disfrutando de los rayos de sol que se filtraban entre las nubes para acariciar nuestros rostros. Lucas y Tito bromeaban en voz baja; Issa se acercó a Vera para darle un beso en la nariz. Algunos transeúntes nos escrutaban con curiosidad al pasar, y yo los observaba a mi vez entornando los ojos para que no me molestara la luz. Ninguno se detuvo a hablar con nosotros; tan solo un perro pulgoso se paró a mi lado para olisquearme. Lo aparté de un manotazo, mientras el sucio can trataba de restregarse contra mi pierna, probablemente para intentar deshacerse de alguna de las numerosas pulgas que debían de corretear por su lomo, algo que yo no estaba dispuesto a permitir. Después de que, tras dos firmes empujones, el animal insistiera en regresar a mi lado, pensé estúpidamente que si yo hubiera sido un perro, habría sido como aquel: grande, peludo y solitario. Enseguida me apiadé del pobre chucho, que con la lengua fuera y moviendo rápidamente la cola se acercaba a mí una y otra vez como si pensara que aquello era un juego.

—Ven aquí, sucio saco de pulgas —dije mientras le acariciaba torpemente el hocico ante el regocijo del animal.

Sunna, que se encontraba a mi lado, rio divertida al verme juguetear con él.

—Creo que luego tendrás que lavarte, Attax, porque tu nuevo amigo parece incluso más sucio que tú.

—Tienes razón: a él le hace más falta, así que le cederé el turno y luego quizá siga tu consejo.

Ante mi sorpresa, la vándala se unió a mis juegos con el alborozado chucho. Recogí un palo del suelo y se lo lancé una y otra vez para que lo fuera a buscar, mientras ella se acurrucaba contra mí. Me esforcé en arrojar el madero cada vez más lejos para disfrutar cuanto pudiera del intervalo en que el can se alejaba y yo podía abrazarla. Ella estaba preciosa, y yo me sentía feliz. Y de improviso me hizo una pregunta que me desconcertó.

—Attax... —comenzó, titubeante—, tal vez te sorprenda que te lo pregunte hoy, pero... llevo años queriendo que me respondas a algo, y hasta ahora no me había parecido que fuera el momento adecuado.

—¿El momento adecuado? —repetí, algo nervioso.

—Estos días, y hoy en particular, me ha dado la impresión de que al fin estás en paz. Puede que sea una tontería, pero desde que llegamos a Lucus siempre tenía la sensación de que había una sombra en tu frente, algo que no te dejaba ser feliz.

Una sombra morena e hispana, y otra rubia y de menos de cuatro pies que podía ser mi hijo, pensé mientras mi nerviosismo iba en aumento.

—Tú dirás.

—¿Por qué me salvaste aquel día en casa de Toribio? ¿Por qué no huiste, como más tarde supe que habías ordenado a los muchachos que hicieran en cuanto intuiste problemas?

Su mirada anhelante me desarmó por completo. Nunca habíamos hablado de aquello, y en mi fuero interno siempre lo había deseado así. ¿Que por qué lo hice? ¿Acaso quería que le dijera que me había quedado prendado de ella desde la primera vez que la había visto? ¿Que aquellos ojos indómitos me transmitieron un sentimiento más fuerte que el que podían haberme producido un millar de voces pidiendo auxilio? No era capaz de explicar totalmente aquel impulso, pero sí podía decirle que a partir de aquel día agradecí muchas veces haberlo seguido. Que llevaba mucho tiempo con el corazón roto, y que solo junto a ella había llegado a vislumbrar una luz al fondo de aquella tristeza que había amenazado con consumirme. Que ese mismo día, cuando la había atraído hacia mí en la loma, había sentido algo que pensé que no volvería a sentir. Algo que, mientras contemplaba el paso apresurado con que Aspasia se alejaba de mí y me destrozaba por dentro, juré que no permitiría que me ocurriera de nuevo. Un miedo helado atenazó mi alma.

—¿Attax? —insistió ella, poniendo su mano sobre la mía.

—Supongo que fue por Segga. Estando él no había escapatoria posible y... las cosas no podían empeorar.

Mentía, por supuesto. Podía haber obviado a la mujer aunque Segga me amenazara en el mismo patio con varios de sus hombres. Es más, si realmente no hubiese habido escapatoria posible, tras acabar con él hubiera podido huir sin mirar atrás, dejando que ella escapara por sus propios medios, aunque aquello hubiera representado su condena, pues una belleza como la suya destacaba casi como el mismo oro en medio de un saqueo. Pero no lo había hecho; aunque no me agradara reconocerlo, esa noche había salvado a Sunna porque deseaba que estuviera a mi lado, aun sin saber bien por qué. En un primer momento pensé que era porque me recordaba tanto a Iselda que su mera presencia lograba transmitirme la seguridad que había representado para mí la adusta vándala. Pero con el paso del tiempo me fui dando cuenta de que detrás se escondían sentimientos más profundos. Sentimientos que no estaba preparado para asumir. Cobardemente, aparté la mirada. Y ella, casi con violencia, como si el perro la hubiera mordido de improviso, separó su mano de la mía y se quedó mirando hacia el frente.

Su reacción me desconcertó; a mi entender, yo me había limitado a dar una respuesta ambigua,

que no me comprometía, pero que tampoco tenía por qué molestarle. ¿Qué demonios esperaba que dijera? ¿Que la amaba con locura y que quería pasar el resto de mi vida a su lado? ¿O todo lo contrario, que salvar a pobres desgraciados de las garras de la injusticia era uno de mis entretenimientos favoritos? Mi instinto de jugador me decía que había perdido. Pero ¿quién puede ganar cuando no solo no conoces la jugada que lleva tu oponente, sino que ni siquiera te han explicado las reglas del juego? Nunca he sido capaz de entender a las mujeres. Lo supe cuando Aelia rompió mi corazón de adolescente; entonces ya comencé a sospechar que las únicas con las que podría ser feliz serían las cariñosas camareras de taberna, que nunca tenían nada que reprocharte. Ni, desde luego, tú a ellas. Cada uno sabía cuál era su papel, y solo se trataba de disfrutar el momento, sin preguntas y sin trampas.

Incluso con Aspasia, la relación había surgido de manera natural, y en un principio me había parecido que seguiría similares derroteros. Dos esclavos, una jovencísima belleza hispana y un enorme guerrero alano, que buscaban consuelo el uno en el otro en la rústica finca propiedad de un romano acaudalado. Pero después de nuestra huida de Conimbriga algo había cambiado en mi interior: nuestra relación se había vuelto mucho más profunda e, irónicamente, hasta hacía pocos años pensaba que era lo mejor que me había sucedido en mi larga vida. Y tras tres años de amargas preguntas sin respuesta estaba convencido de que, por mucho tiempo de vida que me regalara el destino, nunca volvería a entregarme en cuerpo y alma a una mujer que luego me dejara como el pobre chucho que lamía mi mano: sucio, solo y triste. Así que además de no saber si había dado una respuesta errónea, no estaba nada seguro de que existiera la correcta.

Sunna se levantó de mi lado para reunirse con Vera e Issa, que también se habían puesto en pie y recorrían con ojos fascinados el paisaje que se desplegaba a los pies de aquella colina. Por fortuna, antes de que mi mente volviera a perderse en la complicada mentalidad de las hembras de nuestra especie, regresó Lucio, haciéndonos una seña para que abandonáramos nuestro cómodo descanso. Tras él emergió de la negrura del edificio Marco, que parecía algo más tranquilo que al entrar. Esperaba que el aspecto del físico le hubiera inspirado confianza, pues de las crípticas palabras de Lucio me había parecido interpretar más bien que se trataba de una especie de santón chiflado.

—No tenemos tanto sitio como para acogeros a todos aquí dentro, así que, si estáis de acuerdo, os buscaremos acomodo en el valle.

—Donde quieras, amigo, pero no creo que sean necesarias tantas molestias: estaremos aquí pocos días —le respondí sin dejar de mirar a Marco.

El hispano lo miró a su vez antes de replicar:

—Creo que no soy el único que ha visto patas de cerdo en salazón con mejor aspecto que las del anciano, así que no tengáis prisa por marcharos.

Marco asintió antes de hablar.

—El sanador ha dicho que Cayo necesita mucho reposo y una dieta estricta. Por mi parte, preferiría ver signos de mejoría antes de proseguir nuestro camino. Ya no es joven, y desde luego no se ha distinguido por llevar hasta ahora una vida muy activa. Creo que ha llegado al límite de su resistencia, y no me gustaría que acabara por traspasarlo. —Convencido de que el resto haríamos lo que él, se dirigió a nuestros nuevos compañeros, Lucas y Tito—. No os pediré que os quedéis si no lo deseáis; por mi parte, sois libres de continuar, si así os place.

Ninguno de los aludidos respondió, pero dudaba que quisieran continuar ellos solos por aquella tierra extraña. Nos habían seguido desde la huida de la ciudad aquel día aciago, y lo poco que sabía de ellos de cuando los instruía en Lucus era que al menos Lucas no tenía familia.

Había perdido a su mujer y a su único hijo el invierno anterior a nuestra llegada desde Coviacum, por culpa de unas fiebres. Y eso lo había llevado a comenzar el duro entrenamiento y a soportarlo sin la menor queja, pues quiero pensar que el extenuante ejercicio y la camaradería con sus nuevos compañeros le sirvieron al menos para mitigar el dolor de su alma de manera más eficaz, o cuando menos más saludable, que pasar las horas rumiando su desgracia en cualquier taberna. En cuanto a Tito, me resultaba más complejo evaluar su situación. Que yo supiera, no estaba casado ni tenía hijos, pero sí familia en la ciudad. También era cierto que por mucho que hubiese corrido a buscarlos aquel día, luchando por su cuenta no hubiera tenido ninguna posibilidad: simplemente habría muerto. En alguna de mis noches de insomnio había visto que el joven pasaba también largos ratos en vela, mirando hacia el cielo sin apenas pestañear, como si su cuerpo estuviera con nosotros, pero su mente se encontrara muy lejos. Yo no sabía qué habría hecho en su situación: ¿buscaría venganza tratando de llevar a la tumba a cuantos enemigos pudiese antes de perecer yo también? ¿O regresaría, quizá solo para comprobar que los míos habían muerto?

Los padres de Tito no formaban parte del grupo de ricos comerciantes y potentados de Lucus, como Cayo. Él era el cuarto hijo de unos sencillos tenderos, que, harto de ayudar a sus padres en el negocio, había decido alistarse a nuestra por entonces recién creada unidad para estar el mayor tiempo fuera de aquel. Sin duda, era mejor que darse empujones con sus hermanos dentro de aquella pequeña estancia que tenían por comercio. Por lo que me había dicho Aspasia, los suevos solo estaban interesados en acabar con los hombres más influyentes, así que era posible que las gentes sencillas no hubieran sufrido daño alguno a manos de los nuevos amos de la ciudad. Pero incluso a mí me habría dado miedo enfrentarme a semejante tesitura. Muchas de aquellas noches en las que vi desde mi lugar junto a la hoguera que lo invadía la tristeza pensé en acercarme y decirle que había hecho lo correcto. Si hubiera ido a buscarlos aquel día, solo hubiera conseguido que lo mataran. A él y quizá a toda su familia, por relacionarla con los guardas de la ciudad. Llegados a ese punto, podía continuar su camino a nuestro lado o, por el contrario, regresar pasado un tiempo, cuando los suevos hubieran bajado la guardia y pudiera volver a ser de provecho para los suyos, y no un heroico pero inútil cadáver.

La voz de Lucio interrumpió mis pensamientos.

—Como habéis visto al venir, hay varias casas vacías en las que podríais acomodaros. Yo tengo un antiguo granero en mis tierras que ahora mismo se encuentra abandonado y pendiente de restaurar. Mis hijos todavía son muy pequeños como para hacerle ese favor a su padre —dijo esbozando una media sonrisa—, así que, con unos cuantos arreglos para hacerlo habitable, podríais quedaros allí el tiempo necesario para que el anciano se recupere.

—Y de paso tú tendrás un granero estupendo cuando nos marchemos, ¿no, Lucio?

El hispano se hizo el sorprendido.

—No me había dado cuenta de semejante ventaja... Pero si preferís ahorraros el trabajo, podéis dormir al raso; a mí no me importa.

—Te lo agradecemos profundamente —respondió Marco—, aunque no quisiéramos causarte molestias. Podemos establecernos en el bosque, como tú dices.

Lucio y yo lo miramos de arriba abajo. Pese a nuestra teatral discusión, para ambos estaba claro que aceptaríamos su propuesta; evidentemente, el hispano contaba con que le dejaríamos el lugar arreglado para cuando nos marcháramos, y yo prefería con mucho dormir caliente antes que seguir acampando entre los árboles. Bastante había arrastrado ya mi cuerpo de campaña en campaña por toda Hispania durante mi vida, como para rechazar un ofrecimiento tan tentador.

Eso se dejaba para jovenzuelos como él, en la flor de la vida. Lo miré entonces más detenidamente; ¿qué edad tenía ya? Lo pensé y enseguida di con la respuesta: veintitrés años, casi los mismos que hacía desde aquel día en el que llegué a Conimbriga cargado de cadenas. ¿Y qué edad tenía yo, entonces? Prefería no pensarlo, antes de que decidiera reunirme con Cayo para que nos cuidara el sanador como a dos ancianos desvalidos.

Lucio adivinó que yo no debía de estar muy de acuerdo con las palabras del muchacho, porque entonces se dirigió a mí.

—Tú, si quieres, te puedes quedar en mi casa. Tan solo tendrás que aguantar los gritos de mi maniática mujer y por supuesto el escándalo de tres mocosos. ¿Será demasiado para ti?

—¿Aceptas chuchos? —pregunté, señalando al entusiasmado can, que parecía no creer su suerte de haber encontrado a alguien que no lo tratara a patadas.

—¡Por Dios santo, si huele incluso peor que tú! U os laváis los dos o no respondo de lo que pueda decir mi mujer. Vamos, en marcha; os enseñaré el granero y ya os decidiréis.

XVI

Descendimos por el mismo camino por el que habíamos llegado a lo alto de la colina, ya acompañados únicamente por Lucio y un par de los suyos, y fui observando con detenimiento lo que nos rodeaba. ¿Cuánto tiempo tendríamos que pasar allí? ¿Diez días? ¿Una luna? No había manera de saberlo; tan solo podíamos aguardar noticias sobre la evolución de la inestable salud de Cayo, así que decidí no darle muchas vueltas más.

Lucio no vivía en el primer valle que habíamos atravesado para llegar hasta la ciudad, sino en uno de los que se encontraba hacia el sur, más allá de la fortaleza, desde donde ni siquiera se adivinaba su recia estructura. Como habíamos hecho al llegar, recorrimos tranquilos caminos de tierra flanqueados por castaños, manzanos, algunos nogales e incluso unos pocos perales. Algunas de las casas poseían rudimentarios vallados para albergar a las pocas cabezas de ganado de que disponían sus habitantes, en su mayoría cerdos, y muy pocas vacas. Aquel lugar era una tierra de campesinos, donde cada uno labraba su propia parcela y cuidaba de sus animales sin tener que dar cuentas a ningún ocioso señor que residiera en un lugar distante, como ocurría en muchos lados; o al menos esa era la impresión que me daba. Tendría que preguntárselo a Lucio cuando tuviéramos tiempo para charlar.

El sol comenzaba a ponerse, y a lo lejos se adivinaban los rayos postreros que caían sobre las montañas del oeste, sobre la desgraciada Lucus. Aquel lugar destilaba paz, de eso podía dar fe, pero mi alma se encontraba inquieta desde que hablara con Sunna en la ciudadela.

—Bueno, ya hemos llegado —informó Lucio antes de despedirse de los dos hombres que todavía nos acompañaban, cuyas viviendas debían de encontrarse aún más alejadas.

Me giré hacia donde miraba el hispano con los brazos en jarra. Y pensé que a Lucio, aunque había sufrido lo indecible durante su vida, esta al final lo había recompensado por su constancia. Aquel lugar era un remanso de tranquilidad. Según vi, el hispano no poseía cabezas de ganado, al menos en las cercanías, por lo que el camino hacia su casa no estaba cercado por vallado alguno, y únicamente nos separaban de la edificación unos cuantos canteros sembrados de coles y otras verduras. La suya era una pequeña casa de piedra con techumbre de madera y paja, por cuyos postigos entreabiertos escapaba el rumor de la vida familiar; tras ella destacaban entre los frutales unos robustos manzanos cuyos aromáticos frutos —y la exquisita sidra que Porcia, la belicosa esposa de Lucio, elaboraba con ellos— tanto llegué a apreciar. A unos cuarenta pasos a la derecha del edificio principal, en lo alto de la colina, se encontraba la antigua estructura del granero que nos había ofrecido reparar. No estaba tan mal como había pensado, por lo que asumí que si no lo había acondicionado antes debía de ser porque no lo necesitaba, no porque fuera una labor demasiado ardua.

Observando la estructura con detenimiento, decidí que apenas habría que dotarla de un tejado decente y reparar los destrozados postigos de las grandes ventanas. El espacio entre el granero y la casa también estaba cultivado. Más arriba, hacia el tupido bosque, había otra pequeña vivienda.

Lucio siguió mi mirada.

—Allí, un poco más arriba, vive Afranio, uno de los muchachos que se acaba de ir. Así que no hagáis mucho ruido.

De repente nos sobresaltó un chillido histérico que surgía del interior de la casa de Lucio. El hispano carraspeó y se excusó.

—Pues esta es mi casa, pero me temo que ahora no es un buen momento para presentaros a mi familia, así que ya lo haré en otra ocasión. Colocad las cosas como mejor os parezca. Allí detrás tenemos un pequeño pozo donde podréis asearos. Más tarde vendré a buscar a Attax, y a cualquier otro que lo desee, para que me acompañéis de vuelta a la fortaleza a explicar lo acontecido en Lucus. Ya mañana nos ocuparemos de conseguir el material necesario para acondicionar el granero, ¿de acuerdo?

Antes de que pudiéramos contestar se escuchó un nuevo grito de tono agudo proveniente de su casa, y un farfullante Lucio entró rápidamente por la puerta para cerrarla con cuidado tras él. Una vez solos, nos quedamos mirando el valle sin saber muy bien qué hacer. Habíamos llegado llevados por la necesidad de sanar a Cayo y, de repente, tras algunos días de marcha, nos encontrábamos en aquel apacible lugar con el único plan de pasar allí una temporada, ignorábamos si corta o larga, hasta que la castigada salud del hispano mejorase lo suficiente para continuar.

—¿Cómo distribuiremos el espacio para acomodarnos todos ahí adentro? —preguntó Issa, pensativo.

—Attax y su chucho duermen con Lucio, ¿no? —dijo Marco con una sonrisa.

—¿Estás loco? ¿Crees que alguien puede dormir con esos gritos? Prefiero pasar la noche al raso —respondí, palmeando el morro del cada vez más entusiasmado can.

—Pues yo tengo curiosidad por ver lo que nos espera, así que vamos a echar un vistazo para poder hacernos una idea de cuánto trabajo se nos viene encima.

Nos acercamos a la antigua construcción. Ya desde fuera se adivinaba el estado del interior a través de los destrozados postigos. Nos alegró ver que al menos Lucio —supuse que con la ayuda de sus vecinos— la mantenía limpia de zarzas, helechos y escombros, como parte de su inacabado plan de convertirla en almacén en un futuro que, por otro lado, nunca terminaba de llegar, hasta que nos cruzamos en su camino. Aunque era justo decir que había sido él el que se nos había aparecido para resolver una situación complicada cuando ya nos veíamos a merced de los bandidos —un mérito que no estaba seguro de si debía atribuirle, dado que esos «bandidos» eran sus propios hombres—, pero sobre todo debíamos agradecerle que nos hubiera dado esperanzas para Cayo, a punto de desfallecer tras nuestra desesperada carrera para alejarnos de los suevos. A cambio, él no tendría que remangarse y machacarse la espalda cargando un madero tras otro para reparar el granero, sino que había encontrado una oportuna mano de obra que se encargaría de esa labor.

El lugar en sí era bastante espacioso, aunque no llegaba a hacerme a la idea de si tanto como para instalarnos los nueve. Tendría que serlo, o ya me veía durmiendo al raso agarrado al pulgoso perro. Discutimos si limitarnos a un arreglo somero o meternos más a fondo para conseguir estar lo más cómodos posible; en cualquiera de los dos casos habría trabajo que hacer, pero contábamos con muchos pares de brazos fuertes para sacarlo adelante.

Lo principal eran el techo y las ventanas; luego ya veríamos si era posible hacernos con unos buenos cortinajes para separar la estancia y poder proporcionar un poco de intimidad a Vera e Issa, y a Sunna. El resto podíamos dormir en cualquier esquina sobre una buena manta; en lugares bastante peores me había visto. A esas alturas de la vida, ni a Marco ni a Mario les

sorprenderían mis afinados ronquidos, y el resto me traía sin cuidado: yo no me quejaría por los suyos y todos en paz.

Tras echar una ojeada a la parte trasera del edificio, pensé que sería buena idea adosar a la pared una estructura de madera techada con paja, construida con algunas vigas, del mismo modo que la propia casa. Allí podríamos resguardar a nuestros caballos y ganar algo de espacio para lo que necesitáramos; aunque mi cota dormiría a mi lado, eso lo tenía por seguro. No sería difícil acometer su construcción, y menos contando con Mario y Sila, que estaba convencido de que llegado el caso serían capaces de tumbar algunos de los árboles más jóvenes con sus propios brazos.

Al día siguiente tendríamos que hablar con Lucio sobre cómo conseguir los víveres necesarios, porque el huerto del que disponía no sería suficiente para alimentar a todas aquellas nuevas bocas por mucho que lo trabajáramos. Intentaría planteárselo cuanto antes, pues nunca me ha gustado encontrarme con sorpresas cuando ya no es posible buscar una alternativa, y, por así decirlo, prefería negociar antes que pagar.

—Esto no está tan mal —dijo Marco al ver que Vera se acercaba a nosotros.

—Es un lugar muy tranquilo; me gusta —afirmó la hispana con aquella voz dulce que hacía que me relajara en cuanto la oía.

Marco señaló el casi inexistente tejado de la casa, que tenía algunas tablas nuevas en una de las esquinas.

—Mira, Attax, incluso creo que tu amigo intentó en algún momento comenzar a arreglar el techo.

—¿Cabremos todos debajo? —pregunté yo estúpidamente.

El hispano me miró y luego volvió a dirigir la vista hacia arriba.

—La verdad es que ahí debajo no cabrías ni siquiera tú solo, pero era por verlo con optimismo.

—Me sacrificaré, como si fuera más cristiano que todos vosotros. Me ofrezco a pasar la noche al raso mientras vosotros disfrutáis de ese monumental tejado.

El chucho, que poco antes había ido a darse un paseo por los alrededores de la casa de Lucio, regresó en ese momento junto a nosotros y comenzó a dar vueltas a mi alrededor y a saltar mientras agitaba su cola. Acerqué mi mano a su cabeza y traté de tranquilizarlo, sin conseguirlo.

—Si pretendes utilizar al perro como manta, te sugiero que primero le des un buen lavado —dijo Vera guiñándome un ojo.

—¿Estás loca? —le respondí, sin poder creer que fueran tan remilgados—. Así estará más calentito.

Nos organizamos en tandas para asearnos —cada uno a su manera— en la parte trasera de la casa de Lucio. Marco, que finalmente me acompañaría de vuelta a la fortaleza, y yo nos hicimos con el primer turno. Tras nosotros les tocaría a las mujeres, y después al resto de los hombres. Estos aprovecharían la espera para adecentar el interior del edificio y recoger todo aquello que no fuéramos a utilizar para amontonarlo y deshacernos de ello al día siguiente. Mientras yo boqueaba al contacto del agua fría, el pobre chucho no paraba de corretear divertido a mi lado. En más de una ocasión, recordando las palabras de mis compañeros, traté de mojar al animal cuando se acercaba demasiado, lo que provocaba sonoros ladridos de desaprobación y enérgicas sacudidas para tratar de secarse lo antes posible. Después de que las primeras veces hubiese logrado mojarlo, se acercaba a mí con precaución, y cambiaba de dirección con ágiles quiebros cuando yo hacía cualquier gesto que lo alertara de mis intenciones. Sin duda era más inteligente

de lo que parecía *a priori*, me dije, cada vez más convencido de que si hubiera nacido perro, hubiera sido como aquel.

Cuando tanto Marco como yo estuvimos preparados, dejamos que Sunna y Vera dispusieran de tiempo e intimidad para lavarse como consideraran necesario. Al pasar al lado de la vándala, extendí el brazo para alcanzarle el cubo con el que había cogido agua del pequeño estanque, y la mujer alargó la mano pero esquivó enseguida la mía cuando traté de rozar su piel en aquel inocente intercambio. Las dejamos allí —yo cada vez más convencido de que no había quién entendiera a las mujeres— y fuimos hacia donde el resto de los nuestros trabajaba ya afanosamente.

—Me tienen preocupado los caballos —dije cuando llegamos hasta Issa.

El britano sudaba profusamente, y no me extrañó lo más mínimo al ver el montículo de maderos y rocas que habían sacado del granero entre todos.

—No creo que les suceda nada aquí, esto parece muy tranquilo —respondió el britano, pasándose un antebrazo por la frente para secarse el sudor.

—Pero estarían más seguros si levantáramos un establo.

Tanto el britano como el hispano me miraron sorprendidos, y me vi obligado a explicarles lo que me había estado rondando por la cabeza desde que habíamos llegado. Los dos estuvieron de acuerdo en que no nos llevaría excesivo trabajo siendo tantos hombres como éramos, pero ni de lejos mostraron tanto entusiasmo como yo.

—Ya veremos cómo evoluciona Cayo —me atajó Marco—. Primero nos centraremos en hacer habitables estas cuatro paredes, y después esperaremos a tener noticias de mi tío antes de decidir si continuamos trabajando.

—Estoy de acuerdo —dije, suspirando—. Pero si debemos pasar aquí al menos una luna, creo que haríamos bien en ocuparnos de que nuestras monturas duerman a cubierto.

Marco asintió en silencio. Issa me miró entonces de arriba abajo.

—¿Piensas acudir de esa guisa a la reunión?

Yo también eché un vistazo a mis ropas, pero no encontré qué objeción podía ponerle el britano a mi aspecto. Tanto tiempo junto a Vera empezaba a llenarlo de ideas raras.

—¿Qué problema hay?

—Ninguno, supongo. —Se encogió de hombros—. Pero mira a Marco: se ha puesto una túnica limpia y también una capa nueva.

Miré de nuevo al hispano. Pese a haberme aseado y vestido en su compañía, no me había percatado del cambio de vestimenta.

—No vamos a un gran banquete. Vamos a sentarnos a la mesa con una panda de montaraces.

—En realidad, tampoco creo que te vistieras mejor si nos hubieran citado en un elegante *triclinium* —aseveró Marco.

—¿Ves? A eso es a lo que me refiero: tengo personalidad.

Ambos me miraron desaprobadoramente hasta que, maldiciendo por lo bajo, me acerqué a mi caballo y saqué de una de las alforjas mi única muda limpia, la que debía a la previsión de Issa al escapar de Lucus.

Ya pulcramente vestidos, dejamos a los nuestros enfrascados en el trabajo, y asimos las bridas de nuestros caballos, añadiendo además una montura extra para Lucio, pues no recordaba haber visto ninguna junto a su casa. Tras mi obligado baño, y después de dejarme convencer para lucir mi única vestimenta limpia, no estaba dispuesto a ensuciarme con el barro del camino.

Cuando llegamos a su casa, el hispano todavía no había salido, por lo que, tras cruzar una

mirada temerosa con Marco, lo llamé por su nombre. Como mi cautelosa llamada no obtuvo respuesta, insistí con más ímpetu. Por último, cuando Marco y yo ya nos mirábamos dudando si entrar en la casa o, por el contrario, permanecer allí como dos estatuas hasta que Lucio se dignara a asomar la nariz, probé con un nuevo grito, esa vez tan alto que estaba seguro de que incluso nuestro vecino Afranio lo habría escuchado con claridad.

Por fin se abrió la oscura puerta de madera y apareció el hispano con cara de pocos amigos, y tras él una mujer morena que lo sermoneaba en un tono de voz increíblemente agudo y penetrante. Por un momento pensé que hablaba en otro dialecto que no era el latín, porque, aunque intenté quedarme con lo que decía, no logré entender nada de lo que soltaba por su boca.

—¡Está bien, está bien! —trataba de defenderse el hispano—. La próxima vez le tocará a Visumar, ¿de acuerdo?

La dejó con la palabra en la boca mientras se acercaba a nosotros mascullando entre dientes.

—Attax, Marco, esta es Porcia, mi mujer —dijo en voz alta para que su esposa lo escuchara.

Yo la escruté con cautela, consternado por la impresión que me había causado la actitud sumisa de su marido. Ante mi sorpresa, Marco le dedicó una pequeña reverencia que dejó a la mujer boquiabierta. Cesó de farfullar de inmediato y correspondió al saludo del elegante hispano con deferencia. En cambio, a mí me miró como lo hubiera hecho su marido muchos años antes, con el desprecio debido a los bárbaros como yo.

—Serán nuestros invitados en el granero por un tiempo —dijo Lucio, maravillado al comprobar que su mujer se había callado.

Aunque en un primer momento pensé que si pudiera elegir, Porcia me querría bien lejos de su casa, lo cierto es que con el tiempo llegamos a llevarnos realmente bien. Pronto comprobé que podía ser encantadora cuando lo deseaba; siempre, claro, que no te llamaras Lucio ni fueras su marido. La mujer era grande, pero aún mayor era su corazón. Regordeta y de pelo castaño, tenía unos expresivos ojos marrones que parecían orbitar nerviosos dentro de sus párpados. Y su actitud con su esposo comenzó a resultarme comprensible en cuanto pasé más de un día a su lado: el belicoso Lucio aprovechaba cualquier excusa para pasar largas temporadas lejos de aquellos valles, y era el primero en ofrecerse voluntario para toda misión que implicara permanecer varias jornadas alejado de su casa, lo que desesperaba a la pobre mujer, que tenía que hacer auténtica magia para atender aquella fértil tierra y controlar a su salvaje prole.

Al contrario de lo que me ocurrió con Porcia, cuanto más tiempo pasaba al lado de aquellos chiquillos asilvestrados, con menos paciencia los soportaba. Tenían demasiada energía y una increíble capacidad para meterse en problemas, y estaban todo el día envueltos en riñas y trifulcas entre ellos que solían terminar cuando el más pequeño acababa por correr a refugiarse entre las faldas de su madre mientras berreaba con toda la fuerza de sus pulmones. Vivían prácticamente cimarrones en los valles, sin estudiosos preceptores ni viejos maestros de escuela: nada que pudiera atarlos a un escritorio para enseñarles a contar, escribir, leer o lo que demonios hicieran los niños hispanos bien educados. Los pequeños de Lucio pasaban los días correteando en el bosque, aprendiendo a cazar y bañándose en las frías aguas de los riachuelos de los alrededores, sin atender en absoluto a los gritos de sus mayores, soñando con convertirse en adultos para empuñar las mismas armas que sus padres y explorar el bosque hasta sus límites. Se mantenían ajenos a los problemas de los adultos, y en su vida apenas habían conocido el miedo o el dolor, y tampoco la disciplina.

Solían rondar por donde yo andaba para jugar con el chucho que siempre me acompañaba, al que con el tiempo puse el nombre de Leviatán. Los niños, sin embargo, solían llamarlo

simplemente Tan, a pesar de que esta abreviatura restaba todo el lustre a su intimidador nombre.

—¿Dónde vas vestido así? —reprendió Porcia a su esposo, al que dediqué una mirada comprensiva, ya que acababa de sufrir lo mismo en mis propias carnes unos minutos antes—. ¿No te das cuenta de que tus amigos se ven mucho más elegantes que tú? ¡Siempre vas como un pordiosero! Es más, creo que disfrutas pareciéndolo.

Estuve a punto de echarme a reír ruidosamente, pero al ver la cara de Lucio tuve que ponerme la mano en la boca para contener las carcajadas.

—Vamos, «señores» —dijo el hispano con el rostro contraído por la furia.

Con ademán conciliador, le tendí la brida de la montura que habíamos traído para él. Montamos acompañados por la aguda voz de Porcia, que reclamaba con insistencia a su hombre que volviera para vestir una capa nueva, y tuvimos que espolear a nuestras monturas para seguir el paso del interpelado, que parecía decidido a alejarse cuanto antes. Refunfuñé al tener que esquivar las ramas de los árboles que flanqueaban el camino para que no me arañaran la cara y, sobre todo, al ver que los cascos del caballo de Lucio repartían terrones de barro a diestra y siniestra a nuestro paso. Rogué por que ninguno diera en mi impoluta ropa.

Lucio no aflojó el ritmo hasta que llegamos al valle desde el que se accedía a la fortaleza de la colina. Entonces lo alcanzamos y pusimos a nuestras monturas al paso junto a la suya.

—Tienes una mujer muy guapa, Lucio —comencé, decidido a enfurecer al hispano.

—En eso estoy de acuerdo —respondió él, serio.

—La única pega que le veo es que le falta carácter.

Advertí que Marco se reía suavemente a mi lado, lo que terminó por hacer perder la paciencia al antiguo esclavo.

—¡Maldito alano de mierda! ¿Crees que me puedes tratar como ella sin que te parta la cara? —dijo, dándose la vuelta y ofreciéndonos una mirada furiosa.

—Tu dios me libre de semejante atrevimiento, viejo amigo; lo digo totalmente en serio. Yo, en su caso, te la habría partido a ti hace tiempo en lugar de conformarme únicamente con gritarte.

Lucio hizo frenar en seco a su montura. Por un momento pensé que acabaríamos los dos en el suelo, luchando sobre el barro del camino. Lucio con un considerable enfado por mis chanzas, y yo con mi única ropa limpia llena de manchas. Por fortuna, como otras tantas veces en mi vida, mi imaginación había ido mucho más rápido que la realidad. El hispano se contentó con mirarme fijamente a los ojos antes de ponerme una manaza en el hombro y menear la cabeza de un lado a otro.

—Joder, Attax. No sabes la suerte que tienes de no haberte casado...

Le sonreí, sin saber qué decir. ¿Suerte? Durante muchos meses mi único deseo había sido unirme a Aspasia para toda la vida, e incluso casarme con ella si eso era lo que quería. También era cierto que durante los largos dieciocho años que compartimos no me planteé nada de esto, cuando al fin aquel pensamiento rondaba por mi cabeza ya la había perdido, y ni siquiera lo sabía.

Fue una noche extraña. Ni tan siquiera la que habíamos pasado tras nuestra apurada llegada a Coviacum podía compararse a lo que vivimos dentro de aquellas murallas. Lucio nos condujo hasta uno de los edificios más grandes, el que parecía conservarse en mejor estado. Debía de ser el lugar donde se reunían los ciudadanos más influyentes entre los habitantes de los valles y

donde se tomaban las decisiones importantes; por decirlo de alguna manera, el consejo que debatía sobre todo lo que se considerase de interés para aquellas gentes. Los presentes —una docena de hombres que nos recibieron con considerable respeto— nos escucharon en silencio mientras relatábamos la historia, comenzando desde los últimos días antes de que nos viéramos obligados a abandonar Lucus a toda prisa. Marco y yo nos turnamos para tomar la palabra y así tratar de enriquecer la narración aportando detalles desde dos puntos de vista diferentes. Nuestros anfitriones nos observaban con atención, con expresiones inescrutables, que no dejaban entrever lo que pasaba por sus cabezas; sabíamos que lo que les estábamos contando tendría consecuencias para ellos más tarde o más temprano, pero se guardaron de hacer comentarios al respecto. Una vez terminamos de hablar compartimos una jarra de cerveza y algo de comer en un ambiente amistoso pero tenso, hasta que uno de los más viejos se dirigió a nosotros para darnos las gracias, y ofrecerse amablemente a escoltarnos de vuelta a nuestro habitáculo, asegurando que entendían lo cansados que debíamos de estar tras un día tan largo. Aceptamos cortésmente su invitación, porque nos pareció lo correcto y también porque no había otra alternativa: parecía que nuestro papel allí dentro había terminado. Decidí no insistir, pues confiaba en poder abordar tranquilamente a Lucio al amanecer, esperando que el hispano rompiera su hermetismo y nos aclarase las conclusiones de aquella velada.

Salimos de la fortaleza acompañados de dos hombres que enarbolaban sendas teas para iluminar el camino, con las alforjas llenas con la comida que había sobrado de nuestro sobrio ágape para distribuirla entre los demás. Reconozco que, aunque realmente estaba cansado —y todavía me dolía la cabeza de la certera pedrada de Lucio—, habría preferido quedarme y conocer de primera mano quiénes eran los que se sentaban a nuestro lado y, en definitiva, quiénes eran los que nos habían acogido ese día. ¿Cuáles eran sus pensamientos y sus motivaciones? ¿Qué significaban para ellos las noticias que acabábamos de compartir? Poco pude sacar en claro de aquella noche, salvo que nos habíamos reunido con un grupo de hombres —algunos ancianos, algunos de mediana edad, muy pocos jóvenes—, romanos en apariencia, aunque muchos dejaban entrever cierto fondo salvaje acorde con los duros parajes que habitaban. Algunos de sus nombres me llamaron la atención, porque nunca había oído ninguno parecido. Marco me explicó que debían de ser originarios de los antiguos pueblos prerromanos —arévacos, vacceos, astures— que vivían antaño en aquellos lugares, y que para él también era una sorpresa que aún hubiera quienes los portaran con orgullo.

Volvimos dando un agradable paseo, y cuando llegamos la mayoría de nuestros compañeros dormían pesadamente, cansados tras la tarde de duro trabajo. Sila roncaba con estruendo, y los demás lo acompañaban con un coro de ruidillos de diversa índole. Los montículos de escombros que se apilaban al borde de la parcela daban fe de que se habían tomado el trabajo en serio. Sin embargo, Issa y las mujeres nos habían esperado despiertos. El britano rodeaba con su brazo a Vera, y una meditabunda y todavía hosca Sunna descansaba al otro lado. Bajamos de nuestros caballos a la vez que lo hacían nuestros silenciosos acompañantes, que nos entregaron las viandas que habíamos empaquetado al abandonar la reunión y un buen puñado de teas y yesca. Les dimos las gracias encarecidamente, y partieron para perderse más allá del oscuro camino.

Poco teníamos que contar al respecto de lo sucedido en la fortaleza. Despertamos a los demás, que recibieron con alborozo los inesperados manjares que traíamos y los atacaron sin piedad. Se trataba de platos poco elaborados, pero tras varias semanas comiendo casi exclusivamente carne de caza y algún que otro pescado de río, cualquier variación era de agradecer. Pensé en acercarme a Sunna e intentar hablar con ella de algún tema intrascendente, por ver si seguía

enfadada, pero su gesto ausente terminó por disuadirme, así que me limité a enrollarme en mi capa, y no tardé mucho en quedarme dormido.

Pese a mis esperanzas iniciales, cuando volví a ver a Lucio al día siguiente no fui capaz de sonsacarle nada. Pasó poco tiempo junto a nosotros, y durante el que estuvo sorteó con habilidad cualquier intento de arrancarle información a base de bromas y evasivas. Al final consiguió que me rindiera, así que me entregué a la misma labor que el resto: agachar la cintura y cargar escombros de un lado para otro. Durante aquellos días apenas nos relacionamos más que entre nosotros mismos, pues por mucho que madrugara, el recado con el que me recibía Porcia era siempre el mismo: su marido había partido muy temprano camino de la fortaleza. Pronto sospeché que lo que en realidad ocurría es que pasaba allí las noches, a pesar de que la hispana no quisiera reconocer que no compartía su lecho. Fuera lo que fuera que estaban tramando —porque no me cabía duda de que aquello no era una casualidad—, lo estaban haciendo en el más absoluto secreto, y aunque no podíamos quejarnos del trato que nos dispensaban, no dejaba de resultar una situación incómoda.

Con el paso de los días, y dado que no teníamos nada más que hacer, los trabajos fueron avanzando con rapidez, hasta que aquella vieja y solitaria estructura comenzó al fin a parecerse a una casa, aunque todavía no a un hogar. Cortamos los árboles que nos hacían falta más allá del valle, desbastamos la madera y colocamos las vigas necesarias para sostener la techumbre, que añadimos poco después, utilizando una mezcla de paja de centeno —que obtuvimos de las huertas de los alrededores por mediación de Porcia—, ramas, musgo y un barro oscuro y arcilloso que traíamos desde un riachuelo cercano.

Los días eran atareados y las noches, tranquilas; solíamos compartir la cena alrededor de un buen fuego, y Porcia comenzó a unirse a nosotros en algunas ocasiones. Se llevaba bien con las mujeres, le gustaba reír conmigo de las anécdotas del pasado que había compartido con Lucio, y en cuanto a Marco, sentía auténtica debilidad por él. Muchas veces me sentía como si viviéramos en una pequeña isla dentro de otra de mayor tamaño, que eran las montañas que nos rodeaban. Teníamos poco contacto con el resto de los vecinos, pero la amistad con Porcia se fue consolidando día a día, hasta que llegué a apreciar de veras a aquella mujer trabajadora y sencilla que se desvivía por conseguir lo que necesitáramos —sobre todo materiales y herramientas con las que acometer la labor de improvisados albañiles y carpinteros que con tanto esmero habíamos afrontado—, bien proporcionándonoslo ella misma, bien, si no lo tenía a mano, removiendo cielo y tierra para tratar de hacerse con ello. De sus hijos —que seguían pareciéndome aún más salvajes que mi apestoso perro— nos manteníamos alejados en la medida de lo posible. En alguna ocasión, la mujer llegó a confesarme que durante mucho tiempo soñó con tener una niña que la ayudara en sus tareas, que la escuchara cuando hablara y que no pensara solo en cazar, pelear y buscar problemas, pero en cambio había traído al mundo un varón tras otro, para orgullo del padre y desconsuelo propio, que le alegraban y le amargaban la vida a partes iguales.

Con respecto a la comida, aparte de continuar sirviéndonos de las habilidades de Issa para proveernos de carne fresca, también establecimos un acuerdo con Porcia que nos pareció rentable para ambas partes. Siempre falta de brazos con los que acometer las labores de la tierra, pues sus hijos eran todavía demasiado pequeños y su marido solía estar ausente, decidimos ofrecernos como mano de obra para trabajar la parcela que se extendía entre nuestras casas y atender a los

numerosos manzanos que había en la parte trasera. Así descubrimos que el discreto Lucio no solo disponía de aquellas tierras en las que nos habíamos asentado, sino que un poco más hacia el este de donde nos encontrábamos, siguiendo el camino que se perdía entre los valles, poseía también una apestosa y ruidosa piara de cerdos que su desesperada mujer trataba de mantener lo mejor posible, con la única ayuda de su hijo mayor y a veces de la mujer de Afranio. Juro que nunca he podido entender cómo una carne tan sabrosa puede salir de semejantes animales, malolientes y vagos. Huelga decir que yo me dediqué a los manzanos, y fueron Sila y Mario los que se encargaron de los trabajos con aquellos animales. Una cosa era labrar la tierra para no morir de hambre —eso podía llegar a asumirlo tras los tumbos que había dado durante toda mi vida—, pero otra muy distinta era caer en lo más bajo, atendiendo a aquellos bichos pestilentes.

Pasados los días incluso llegamos a realizar las mismas labores para algunas de las casas cercanas, cuyas mujeres observaban envidiosas a aquel grupo de hombres que ayudaba a la siempre ajetreada Porcia. Nunca dije nada, pero interiormente me daba rabia pensar que sus hombres estarían por ahí repartiendo mandobles o bebiendo cerveza con sus camaradas, mientras nosotros atendíamos sus tierras y su ganado como si fuéramos esclavos o siervos. Igual para un hispano no era motivo de agravio, pero para un alano como yo aquello resultaba tan duro como el peor de los insultos. No obstante, era lo que tocaba, de modo que me esforcé en seguir adelante y no pensar demasiado, porque aquel papel de jornaleros nos reportaba comida, bebida y alojamiento, así como la atención que requería Cayo hasta que su mejoría nos permitiera seguir nuestro camino. Después de todo, ni siquiera Marco se quejaba, y para él sí se trataba realmente de la primera vez que se veía al otro lado del tablero de juego, extrayendo el alimento de la tierra en lugar de ocuparse simplemente de disponer lo necesario para que otros lo llevaran a su mesa.

Pocas noticias nos llegaban desde la fortaleza de la colina, salvo las relativas a la evolución de la salud del anciano. Los primeros días fueron complicados para él, pero a medida que pasaba el tiempo comenzó a notarse por fin una leve mejoría en su estado, aunque el proceso avanzaba más lentamente de lo que todos hubiéramos deseado. Cada mañana, su sobrino recorría el sinuoso camino que nos separaba de la colina a lomos de su montura y pasaba algunas horas junto a él y el extravagante hombrecillo que lo cuidaba. Aunque con cortesía y disimulo, los hombres de Lucio se aseguraban de que el muchacho no tuviera contacto con nadie más, así que seguíamos sin saber una palabra acerca de dónde estaba nuestro anfitrión. Me apenaba lo triste y desalentado que solía regresar el muchacho, tras ver como día a día su tío se iba consumiendo lentamente sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Durante el día, él era el que trataba de animar a Cayo, pero por las noches éramos nosotros los que teníamos que consolarlo a él. Era como si toda su energía se agotara en presencia del anciano, y cuando regresaba al granero, lo hacía vacío y sin fuerzas.

—Temo por Cayo —me dijo una noche en que compartíamos algo de comer junto a un buen fuego frente a la casa—. Está convencido de que su final se acerca, y yo no puedo resignarme a verlo apagarse como una lucernaria a la que se le ha consumido el aceite.

—Pero ¿no se encontraba mejor? Tú mismo nos has dicho que ya está fuera de peligro.

Asintió con la cabeza.

—Las piernas han mejorado, pero sigue estando muy débil y apenas puede caminar. Lo único que repite es que lo dejemos aquí y que partamos en busca de nuestro camino.

—¿Y qué dice tu santón?

—Que para que sus piernas se recuperen debe seguir una dieta estricta, guardar reposo y tomarse puntualmente los bebedizos de hierbas que le prepara.

—¿Y para que se recupere su alma? —lo interrumpió Sunna.

La miré y vi que sus grandes ojos refulgían con el anaranjado color de la fogata. Marco sonrió, cansado.

—Ahí es donde radica su peor enfermedad. No tiene ilusión por seguir viviendo lejos de su ciudad y de sus amigos. Unos amigos que probablemente ya se hayan convertido en polvo y recuerdos. A veces lo pienso, y que me perdone Dios, pero creo que comprendo su deseo de morir al saberse sin posibilidad de recuperar todo aquello que ha significado algo en su vida.

—Bueno, no hay prisa por irse de aquí, ¿no? Disfrutemos de estos valles hasta que se recupere; Porcia agradecerá la compañía. Estoy seguro de que, en cuanto pueda pasear por los alrededores y ver la belleza que nos rodea, tu tío irá recuperando las ganas de vivir —dijo Issa, optimista.

—El britano tiene razón, Marco —afirmé a la vez que señalaba con la cabeza la casa de la hispana—. Aquí estamos tan bien como en cualquier otro lugar más hacia el este, al menos de momento. Y nadie nos ha dicho que debamos irnos; en realidad, nadie nos dice nada...

—Estoy de acuerdo con vosotros, pero no sé si lo que mi tío echa de menos es la vida de una ciudad como Lucus. Tal vez necesite volver a encontrarse dentro de la vorágine de una urbe como Tarraco o Caesaraugusta para tener de nuevo ansias por vivir.

—Y una vez allí, ¿cómo nos ganaremos el sustento? No creo que el dinero que haya logrado salvar tu tío nos sirva para vivir como lo hacía antes en su casa familiar. La vida en otra ciudad nunca será tan agradable como lo era en Lucus, donde Cayo contaba con un nombre y un patrimonio. Aquí estamos bien. Nos quedaremos el tiempo necesario hasta que se recupere, y entonces ya veremos hacia dónde encaminarnos.

Marco me miró, ligeramente enfurruñado tras mi suave rapapolvo, pero por último pareció claudicar y suspiró, llevándose las manos a las sienes.

—Prefiero empuñar una espada que una azada, todos lo sabéis, pero si es por Cayo, no me importa continuar aquí mientras sea preciso. Quizá si se traslada junto a nosotros, podamos lograr entre todos que recupere algo de ánimo y energía. Se lo he consultado al sanador, y está de acuerdo en probarlo. Aquí al menos estará arropado por los suyos.

—Bien, pues no se hable más: trabajaremos con ahínco y dejaremos la casa en perfecto estado para cuando venga. Él necesitará más comodidades que nosotros. ¡Qué suerte tendrá Lucio! Al final le haremos todo el trabajo y dejaremos este lugar mejor que su propia casa.

Y eso fue lo que hicimos. Con el beneplácito de Porcia y su inestimable intervención para proveernos del material necesario, construimos una pequeña estancia adosada a una de las paredes de la estructura original y la acondicionamos para que fuera el lugar de descanso de Cayo. La base la constituía un firme muro que levantamos reutilizando aquellas piedras que habíamos extraído el primer día que pasamos allí y otras que nos permitieron acarrear algunos vecinos desde sus tierras. También abrimos un hueco en la antigua pared para acceder desde dentro a la habitación, en lugar de hacerlo desde el exterior, y asegurarnos de que el anciano descansara en el lugar más abrigado, confortable y caliente de la casa. A la vez que trabajábamos sin descanso en la construcción de esa estancia, por fin acometimos también la de mi tan demandado establo. Cuando acabamos, el edificio ya parecía mucho mejor que la mayoría de los que había en los alrededores, y estaba seguro de que Lucio, si es que se dignaba a aparecer por allí algún día, bien podía estar satisfecho con el gran negocio que había hecho al ofrecérnoslo.

Cuando todo estuvo listo y Cayo se trasladó para quedarse con nosotros, me bastó un solo vistazo para entender los temores de Marco. El comerciante nunca había sido un hombre

especialmente entusiasta, pero sí al menos decidido y perseverante en sus metas, sin embargo, se diría que poco quedaba ya de aquella voluntad. Aunque ya me parecía mayor desde hacía años —al menos en comparación con cómo me veía a mí mismo, pues en realidad nos separaban muchos menos años de los que cabría pensar al vernos juntos—, entonces tenía realmente el aspecto de un anciano. Su cabello lucía casi totalmente blanco, y las arrugas que surcaban su rostro se marcaban ahora con mayor profundidad. Parecía mentira que lleváramos en aquel lugar poco más de una luna, porque para Cayo era como si hubieran pasado diez años.

Su sobrino se volcó en su cuidado y pasó a ocupar un lugar a su lado en la nueva estancia, por lo que en el interior de la construcción original estábamos un poco más cómodos y menos apretados que hasta entonces. Era duro ver así al anciano; por mucho tiempo que Marco y las mujeres le dedicaban, pocos cambios se veían en su ánimo o en su salud.

En el huerto siempre había trabajo que atender, y los días se sucedían uno tras otro sin que tuviésemos noticia alguna de Lucio y sus hombres. Aquella monótona rutina en que nos vimos envueltos comenzó a amenazar con asfixiarme: aunque trataba de mantenerme tranquilo, mi desazón crecía cada vez más, hasta hacerme perder los nervios por cualquier tontería. Solo encontraba algo de paz compartiendo con Issa largas jornadas de caza. Envidiaba al britano, siempre alegre y sosegado, capaz de verle el lado bueno a todo cuanto ocurría y de afrontar con paciencia lo negativo. A mí, por el contrario, sonreír me costaba cada día más. Y aunque pretendiera negármelo a mí mismo, me incomodaba la frialdad con la que Sunna me trataba desde el día de nuestra llegada. Cierto era que las veces que en mi vida me había acercado a una mujer solía tener únicamente un objetivo; nunca he sido un gran conversador, ni he sabido qué es lo que realmente interesa a las mujeres, o al menos a aquellas que no caen rendidas en el acto ante unos fuertes brazos y un torso ancho, o que llevan un delantal y un paño amarrado a la cintura o que venden su compañía por unas cuantas monedas. Pero con Sunna todo era más difícil, y excedía con creces lo que yo estaba dispuesto a dar. Le daba vueltas sin cesar a lo que había sucedido el día de nuestra llegada, buscando en mis escuetas palabras aquello que tanto pudiera haberla ofendido, y lo único que conseguía era llegar a la conclusión de que la vándala, aunque agradable a veces y bellísima siempre, debía de estar loca de atar.

XVII

Entre el trabajo de la tierra y mis oscuras reflexiones fueron pasando los días, hasta que una cálida tarde de verano todo cambió de repente. La amable Porcia nos había obsequiado con un sabroso lechón, que en ese momento daba vueltas en su espetón llenando la noche de un delicioso aroma que me hacía la boca agua. Nuestra anfitriona se había unido a nosotros para disfrutar de aquel manjar, que había untado con manteca preparada con hierbas aromáticas y que comenzaba a pinchar a cada rato ante mi impaciencia por hincarle el diente. Yo miraba hipnotizado el chisporroteo que provocaba la grasa al gotear sobre la hoguera, cuando me llamó la atención un ruido de cascos de caballo que se acercaba. Sorprendidos, vimos que se trataba de Lucio, seguido de un par de hombres. Me levanté de un salto, sin saber si saludarlo o insultarlo después de tanto tiempo sin tener noticias suyas, y entonces me fijé en un sucio vendaje que inmovilizaba su brazo izquierdo a la altura del hombro.

—Attax, síguenos —profirió el hispano como único saludo.

Lo miré de arriba abajo, extrañado no solo por su repentina aparición, sino por el estado que presentaba. Sus acompañantes no estaban en mejores condiciones: uno lucía un aparatoso vendaje ensangrentado en la cabeza, y el otro, un brazo en cabestrillo. No logré articular palabra, hasta que Porcia tomó las riendas de la situación.

—Por Cristo bendito, ¡estás herido! Baja ahora mismo de ese caballo y deja que te vea el brazo.

Aunque me pareció reconocer en la mirada del hispano la expresión previa a estallar hecho una furia que tan bien le conocía, finalmente Lucio se relajó y respondió a su mujer de forma sosegada.

—Ahora no me es posible, querida. Es necesario que Attax nos acompañe en este mismo momento. —Remarcó las últimas palabras, mirándome con fijeza.

Sin más preguntas, me dirigí hacia nuestro flamante establo nuevo, donde ensillé a una de nuestras monturas para regresar pocos segundos después a lomos de la misma. Cuando volví, Lucio parecía haber claudicado parcialmente y trataba de congraciarse con su mujer.

—No te preocupes, princesa: solo es un rasguño. Te prometo que volveré mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

El hispano se inclinó para dar un rápido beso a su disgustada esposa, dispuesto a partir de inmediato por donde acababa de llegar.

Yo no creí ni una palabra de lo que había dicho el hispano —ni que la herida fuera solo un rasguño ni que tuviera intención de regresar al día siguiente—, y me imagino que de su mujer se podía decir otro tanto. Pero la mirada de Porcia advertía de que estaba dispuesta a llegar hasta la fortaleza y traerlo a rastras desde allí si fuera preciso, y o mucho me equivocaba o él lo sabía de sobra.

Lucio y sus hombres hicieron girar sus monturas y yo los seguí tras despedirme de los demás con un cabeceo. Mi estómago también emitió un gruñido de despedida dirigido a la sabrosa carne que finalmente no podría probar.

No hablamos hasta que nos encontrábamos lo suficientemente lejos para no ser escuchados por nadie.

—Gracias por venir, Attax —me dijo Lucio con expresión cansada—. Siento la rudeza.

—¿Tenía otra opción? —respondí, sarcástico—. ¿Dónde demonios te has metido todo este tiempo, Lucio? Fue una suerte que te encontráramos aquel día, porque no te hemos vuelto a ver el pelo desde entonces.

—De eso precisamente quería hablar contigo. De por qué llevo tanto tiempo fuera, y de qué es lo que sucede allí donde he estado —contestó señalando más allá de las montañas a través de las que habíamos llegado tantos días atrás.

—¿Has estado combatiendo en el bosque o te has caído del caballo? —pregunté señalando el aparatoso vendaje.

—He estado bastante ocupado estos días, pero por Dios que ha valido la pena.

Una sonrisa sádica afloró en sus labios y pude adivinar que alguien debía de haber quedado bastante peor parado que él tras aquella pelea.

—¿Contra quién? ¿Bandidos? ¿Suevos? —pregunté, repentinamente alarmado por la posibilidad de que aquellos hubieran comenzado tan pronto a ganar terreno hacia el este.

—Por eso mismo vienes con nosotros. Necesitamos que alguien bien informado sobre la situación de los alrededores nos aclare algunas cosas, y tú me pareces el candidato idóneo.

Me adelanté hasta ponerme a su lado y lo agarré por el hombro sano hasta que se giró para mirarme.

—¿Aclararos algo yo? ¿A qué cojones te refieres? ¡Ya está bien de tanto secretismo! ¡Dime de una vez algo que pueda entender!

—De acuerdo. Aunque ya te enterarás de todo con mayor detalle en la fortaleza. En resumen: nos encontramos con un grupo de salvajes como tú en medio del bosque, a siete días de marcha hacia el oeste, cerca de tu ciudad. Luchaban entre ellos, así que esperamos a que solo quedaran en pie los vencedores para caerles encima y tomarlos prisioneros.

—¿Y aun así casi te cercenan un hombro? —Enarqué una ceja, divertido—. ¿Cuando ellos estaban ya agotados tras una primera lucha?

—Los muy cabrones no entendían que solo queríamos hacerles algunas preguntas... Se defendieron como jabatos. Y, claro, nosotros estábamos fríos —refunfuñó.

—Eres un cretino, Lucio. ¿Cómo que salvajes como yo? ¿Qué van a ser estando por aquí? ¡Pues suevos, joder!

Rápidamente comprendí que debía de tratarse de un enfrentamiento entre las dos facciones que habían quedado tras la muerte de Rechiario.

—Ellos dicen que son godos y que vienen de Lucus. Pero yo no me creo una jodida palabra de lo que cuentan, y por eso tú vienes con nosotros.

—¿Habéis luchado contra un grupo de godos? —exclamé, sorprendido por el cariz que tomaban los acontecimientos.

—Bueno, si lo que afirman es cierto, podríamos decir que sí. Aunque, para ser fieles a la realidad, eran tan solo un puñado. Un puñado de godos asustados y derrotados de antemano, pero duros como rocas, los hijos de perra.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que me puedes decir?

Contrariado, Lucio me hizo callar al momento.

—¡Por el amor de Dios! Es que ni yo mismo sé qué pensar. Será mejor que ellos te lo cuenten todo a ti, y tú nos digas a nosotros si te parece que lo que dicen tiene sentido o son meras

patrañas.

Continuamos nuestra marcha en silencio hasta llegar a la habitualmente solitaria fortaleza, donde, a pesar de lo intempestivo de la hora, se notaba cierto revuelo. Había teas encendidas por doquier y pequeños grupos de hombres y mujeres confluían en los caminos para dirigirse hacia los grandes edificios del interior. Cuando nos presentamos frente al edificio principal, una pequeña multitud ya se arremolinaba alrededor del mismo.

Lucio dio una voz para que se hicieran a un lado, y tras cierto esfuerzo logramos llegar hasta la puerta, donde un grupo de hombres ataviados como cazadores y provistos de espadas y lanzas cortas nos abrieron paso para que pudiéramos acceder al interior.

Traspasamos el portón —tuve que agachar la cabeza para no golpearme con el dintel— y recorrimos el pasillo mientras trataba de acostumbrarme a la mortecina luz del interior tras dejar atrás las antorchas. Al llegar a una de las espaciosas estancias, pude distinguir a algunos de los hombres con los que habíamos compartido mesa el mismo día de nuestra llegada, y a los que tampoco había vuelto a ver desde aquel momento. Muchos de ellos, al igual que Lucio y su escolta, presentaban claros signos de haberse visto envueltos en una entretenida pelea.

Todavía los observaba con curiosidad cuando Lucio me empujó con impaciencia para que continuara caminando. Entonces, un poco más al fondo de aquella enorme estancia, reparé en un grupo de figuras tumbadas sobre el suelo recubierto de paja. En un primer momento había pensado que se trataba de sacos o de fardos de heno, pero por último adiviné en ellas las líneas que formaban los cuerpos de varios hombres. Avancé con Lucio y comprobé que además aquellos cuerpos estaban atados de pies y manos. Dos hispanos se adelantaron portando sendas teas e iluminaron el lugar para que pudiera ver bien a quienes se encontraban frente a mí. Algunos de los godos —si es que lo eran— se giraron hacia la pared, molestos por la repentina aparición de aquella luz después de llevar quién sabía cuánto tiempo en la oscuridad. Otro hispano pasó a mi lado y situó un desgastado taburete entre los prisioneros y nosotros. Lucio me hizo una seña para que tomara asiento, se situó a mi lado y dio una ligera patada en las piernas al prisionero más cercano antes de ponerse a hablar.

—Entonces, «godo», cuéntale a mi amigo la sarta de patrañas que has inventado —dijo antes de escupir a escasas pulgadas de su rostro.

El tipo levantó el mentón y me pareció percibir el desprecio en su mirada, pero en lugar de devolverle el escupitajo hizo una señal para que le dieran algo de beber. Divertido, pensé que precisamente por eso no había respondido al hispano: no debía de contar con saliva suficiente para devolverle el cumplido. Lucio, con evidente gesto de hastío, hizo una seña para que uno de sus hombres le alcanzara un cucharón de madera con agua, que el tipo bebió despacio mientras nos miraba, hasta que por último bajó la vista y apuró el líquido de un violento trago, antes de pedir más.

—¿Necesitas más agua? ¡No eres un pez, joder, así que habla de una vez! —le espetó Lucio de mal humor.

Tras mirarlo un instante a los ojos, el tipo respondió en un correcto latín y con la paciente lentitud de quien intenta explicarle las cosas a un crío.

—Ya te lo he dicho. Somos godos y venimos de Lucus.

—Lucus está en manos suevas. Mi amigo, en el que sí confío, así lo afirma. Así que acláralo para él, sabandija, antes de que perdamos la paciencia.

—Tienes razón. Lucus ha pasado a manos suevas. Y, por desgracia, ahora mismo debe de seguir estándolo —respondió el interpelado.

Tiré a Lucio de la manga para que me dejara intervenir, y comencé mi interrogatorio.

—¿Y qué cojones hacíais vosotros en los alrededores? No recuerdo que hubiera ningún destacamento godo en las cercanías. Todos se marcharon con el *comes* Akhila hace ya tres años.

Mis palabras hicieron que varios de los bultos se removieran, inquietos, sobre la paja.

—Teníamos órdenes de volver a tomar la ciudad, tras su reciente ocupación por los suevos.

—¿Dónde los habéis encontrado? —pregunté a Lucio.

—En los bosques del oeste. Según ellos, luchando contra un grupo de suevos que los perseguía. Yo creo más bien que huían como si fueran gamos asustados.

—Ya te lo he dicho al menos diez veces. Nos internamos en el bosque intentando despistarlos. ¡Y eran muchos más que nosotros! —trató de defenderse el tipo.

—Lucio, déjame a mí —dije antes de que el hispano respondiera al prisionero—. A ver, yo soy nuevo aquí, así que tendrás que explicármelo todo otra vez sin omitir ningún detalle, ¿de acuerdo?

El tipo debió de agradecer mi mesurada intervención, porque asintió con calma y se esforzó en relatar ordenadamente y con claridad lo que les había acontecido a él y a sus compañeros. Cada pocos minutos era necesario que el hispano que estaba tras Lucio acercara de nuevo el cucharón con agua, que el narrador llevaba con fruición a sus labios resecos.

Según el relato del godo, él y su grupo formaban parte de una columna de guerreros visigodos que había sido enviada a Lucus con órdenes de tomar la ciudad, y que era dirigida por el *dux* Sunierico. Si sus palabras eran ciertas, pronto había reaccionado Teodorico; lo que me extrañaba era que no se hubiera decidido a dejar algunas guarniciones en la provincia antes de correr como una vieja hacia la Galia, si realmente tenía intenciones de seguir interviniendo en los asuntos de los hispanos. Pese a lo ilógico que me parecía que una columna goda se encontrara tan cerca de la ciudad, y más después de la desbandada de su ejército de vuelta a su hogar, el nombre de Sunierico no me resultaba del todo desconocido. Aun así pregunté por Cyrila, el *dux* con el que habíamos ascendido desde la Baetica hasta la moribunda Asturica. El prisionero, por primera vez en su relato, me dio pie a creer lo que decía, porque aseguraba que Cyrila había sido enviado al sur al mando de otra columna incluso antes de que Sunierico tomara el mando de su expedición. Ese dato sí me parecía fiable, dado lo que habíamos vivido con sus hombres. Mientras lo pensaba, reparé en la mirada evaluativa de Lucio, sorprendido por mi familiaridad con los mandos godos.

Una vez satisfecha mi curiosidad con respecto al veterano *dux*, insté al prisionero a continuar, y entonces le tocó relatar lo que ya había explicado antes: las circunstancias que les habían llevado hasta el momento en el que fueran capturados. Según sus palabras, Sunierico y sus hombres habían tomado el camino hacia Lucus con optimismo, convencidos, tras los antecedentes en los últimos enfrentamientos con los suevos, de que serían capaces de conquistar la plaza con poco esfuerzo. Así, recorrieron la calzada que unía la frontera con Aquitania y la ciudad amurallada tomando escasas precauciones, hasta que, al adentrarse en Gallaecia, comenzaron los problemas. Aunque no hubo enfrentamientos abiertos, las labores de forrajeo se fueron dificultando, y cada jornada perdían hombres, que no regresaban de su misión de conseguir alimentos para el ejército en marcha. Lo que había empezado como un tranquilo paseo se iba complicando cada vez más, hasta convertirse en un dolor de cabeza continuo para su comandante. Siguieron avanzando, y perdiendo un puñado de hombres cada jornada, hasta que al llegar a las cercanías de Lucus salió al encuentro del ejército un pequeño grupo de hispanos que deseaban parlamentar, asegurando que poseían información valiosa que ayudaría a asegurar el

éxito final de la misión. Se presentaron como ciudadanos de Lucus, supervivientes de la conspiración y el posterior baño de sangre que habían perpetrado los suevos —presté especial atención por si reconocía algún nombre, esperando poder llevar alguna buena noticia al desalentado Cayo—, y aseguraban que habían acudido a la entrevista con los godos con gran peligro para sus vidas, con el fin de propiciar que pudieran hacerse con la ciudad y devolverles su antiguo estatus dentro del nuevo orden que se implantaría en la urbe. Su manera de expresarse y las ropas que vestían, sucias y deshilachadas pero de buena calidad, avalaban su identidad como antiguos notables caídos en desgracia.

Aquellos hombres les hicieron de guías, asegurando que conocían los lugares donde las bandas suevas acechaban al ejército en camino, dispuestas a continuar desgastándolo poco a poco, como llevaban haciendo desde hacía ya tiempo; a cambio les ofrecían una alternativa segura. Sunierico aceptó, dando gracias a su buena fortuna, y tras varios días en los que no hubo que lamentar baja alguna, fue ganando confianza, mientras sus hombres se adentraban cada vez un poco más en los bosques siguiendo las indicaciones de los hispanos. Pero cuando faltaban apenas un par de jornadas de camino para llegar a los pies de las murallas, la trampa a la que según mi interlocutor los habían conducido cerró sobre ellos sus mandíbulas de acero.

La mayoría de los hombres dormían cuando repentinamente el cielo se llenó de gritos, mientras unas refulgentes llamaradas comenzaban a abrasar las tiendas. El caos se propagó por el campamento como una chispa en un pajar en medio de un caluroso verano. Todavía somnolientos, los hombres tuvieron que hacer frente a bandas de guerreros armados que, completamente vestidos de negro, se deslizaban como sombras sembrando la muerte a su paso. De los hispanos, ni rastro, aunque los cadáveres de los guerreros que habían estado de guardia delataban que se habían encargado de hacer un último servicio a sus amos suevos antes de desaparecer. Sin nada que hacer, muchos de los guerreros optaron por sumergirse en la negrura de los bosques, tratando de salvar la vida hasta que llegara el momento en que fuera posible reorganizarse. Nuestros prisioneros componían uno de aquellos grupos. Habían huido como habían podido de la persecución de los suevos, y el resto de la historia ya la conocía: habían acabado por entablar combate con ellos, y Lucio y los suyos habían aguardado a que se hubiera impuesto uno de los contendientes para intervenir.

—¿Cómo sabéis que fueron los hispanos los que os traicionaron? —pregunté al tipo con calma.

—Porque había decenas de ellos luchando esa noche a su lado.

—¿Recuerdas los nombres de los que os guiaron?

El hombre se encogió de hombros. Pero entonces se oyó una voz desde el fondo de la estancia.

—Ospinio, Dyctinio y Ascanio. Esos fueron los hijos de perra que nos traicionaron.

Al oír aquellos nombres, un escalofrío me recorrió el cuerpo. No sabía quién sería el tal Ospinio, pero o mucho me equivocaba, o el nombre de Dyctinio solo podía ser el del hijo de puta que había tratado de hacerle la vida imposible a Marco en las reuniones con Palagorio. No podía ser de otra manera: él debía de estar detrás de todo aquello. ¿Hasta qué punto estaría implicado? ¿Conocería de antemano el desenlace que iba a tener la procesión? Él sabía quiénes recorrerían las calles ese día y el itinerario que seguirían, y podía haber dado la información necesaria para que se convirtieran en presas fáciles. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Maldije al hispano y a todos aquellos que no habían visto la clase de sabandija que era. Estaba tan furioso conmigo mismo por mi propia ceguera que hasta unos instantes después no me di cuenta del tercer nombre que aquella voz había citado.

—¿Cómo dijiste que se llamaba el último?

—Ascanio —escuché desde el fondo.

—¿De unos cincuenta años y metido en carnes? —probé a decir, con un puño presionándome el estómago.

El godo no cayó en mi trampa.

—Delgado y fuerte, de no más de treinta —repuso—. El bastardo sabía luchar; vi como mataba a uno de los nuestros cuando huíamos.

Me quedé petrificado. Fue como si me arrojaran al interior de un río helado y me empujaran hacia sus profundidades. Podría ser Ascanio, el joven miembro del *ala Celer* a quien habíamos dejado a su suerte en la ciudad cuando habíamos escapado a través de los tejados. Todavía a veces, las noches que no podía dormir, me parecía ver sus gélidos ojos observándome en lo alto del tejado mientras dejaba caer las armas y se rendía a los suevos. Por lo que parecía, no solo le habían respetado la vida, sino que lo habían convertido en uno de sus más firmes partidarios. Y había sido mi decisión la que lo había empujado a ello.

—Cabello ondulado y oscuro —continuó describiendo aquella voz.

Miré a Lucio, que debió de leer la consternación en mi rostro pese a la escasa luz que nos iluminaba, porque abrió mucho los ojos incluso antes de que mis palabras le confirmaran sus sospechas.

—Dicen la verdad.

—¡Por todos los demonios! —exclamó—. ¿Estás seguro?

Asentí con la cabeza.

—Conozco a dos de esos tipos de los que hablan, y lo que dicen de ellos encaja.

No pensaba detenerme a explicar que yo mismo era responsable en parte del cambio de bando de al menos uno de ellos.

El hispano se giró hacia quien había hablado en último lugar.

—A ver, tú, acércate a nosotros para que podamos verte.

Dado que el prisionero no parecía estar en condiciones de cumplir aquel requerimiento, dos de los hombres de Lucio fueron hacia el bulto que formaba el hombre apoyado en la pared y lo levantaron por los brazos para traerlo hasta nosotros arrastrando sus pies por el suelo de tierra.

—Si tanto sabes, ¿por qué cojones no has hablado antes? —le espetó Lucio con desconfianza.

El tipo miraba hacia el suelo, de manera que no podíamos ver su cara.

—Tampoco me lo habías pedido...

A la vez que Lucio le indicaba a uno de los suyos que le levantara la cabeza al godo, me di cuenta de que aquel tono de voz me resultaba familiar.

Lucio acercó la tea que portaba en la mano derecha al individuo, y este cerró los ojos al notar la cercana presencia de la llama. Pasado un instante los comenzó a abrir poco a poco, hasta que quedó frente a mí y pude ver su rostro a la vez que él podía ver el mío.

La sensación de desasosiego que me había inundado al conocer el destino de Ascanio y la abierta traición del reptiliano Dyctinio se acentuó al descubrir quién se encontraba tras aquella ronca voz: se trataba de Frogga, el lugarteniente del *comes* Akhila durante su estancia en Gallaecia.

Una violenta oleada de sensaciones me abrumó instantáneamente. En lo único en que podía

pensar era en dónde estarían el resto de los hombres que compartieron batallón con Frogga cuatro años atrás. Lucio me observaba con la boca abierta; nunca habíamos contado al hispano ni a los suyos nuestra particular aventura junto al ejército de Teodorico, pero mi reacción, que no fui capaz de controlar a tiempo, había acabado por delatarme, si es que mis certeras preguntas sobre los mandos godos durante el interrogatorio no habían sido suficientes para despertar su curiosidad. Lucio se acercó a mi oído para afirmar con insistencia que yo, al igual que le había echado en cara a él, también le debía una explicación. Asentí; si no se lo había contado antes no era por vergüenza, pues nunca me había importado luchar como mercenario cuando se había dado el caso, sino porque desconocía lo que opinarían nuestros anfitriones sobre ese asunto y las consecuencias que ello podía suponer para nuestra vida allí. Le prometí que más tarde hablaríamos largo y tendido. Nada me salvaría de responder todas las preguntas que quisieran hacerme sobre mi relación con aquellos prisioneros y las andanzas que compartiéramos. Pero primero deseaba quedarme un rato a solas con Frogga para poder preguntarle a mi vez qué había sido de Salla y los otros amigos nuestros. Que nadie me malinterprete; por mí como si todos los godos se iban al más oscuro de los infiernos —dadas sus inclinaciones religiosas, al de los arrianos—, donde esperaba que una jauría de sanguinarios perros endemoniados amenazaran con devorarlos a cada paso que dieran, pero aquello no se aplicaba a aquellos que habían servido a Akhila o a su hijo. Testarudo, insistí lo que fue necesario hasta que Lucio, refunfuñando, accedió a mi petición.

Hacía muchísimo tiempo, desde la apresurada partida del *comes* y sus hombres de confianza hacia el norte para ocuparse de la traición de Agriwulf, que no veía al veterano godo frente a mí. Me pareció que estaba bastante cambiado, aunque en eso influía sin duda su nariz rota y amoratada, que estaba tan inflamada que parecía ocupar la mayor parte de su ya de por sí fea cara. Viéndolo entendí por qué no había sido capaz de reconocer su voz desde que habló: su martirizada nariz le confería un fuerte deje nasal que modificaba su tono. Supuse que debía de dolerle horrores, aunque no lo dejaba traslucir lo más mínimo.

Hasta aquel día de la primavera de 457 en el que Akhila partió hacia el norte desde los alrededores de Emerita, dejando atrás a Salla y a Ibbas con parte de sus hombres —entre los que nos encontrábamos— para continuar la campaña avanzando hacia Hispalis al mando del *dux* Cyrila, a pesar de las muchas lunas que habíamos pasado entre las tropas del *comes*, nunca habíamos llegado a confraternizar en demasía con el adusto guerrero que ahora tenía frente a mí.

Cuando más tiempo compartimos con él fue durante el cerco al que sometimos al campamento suevo de los alrededores de Lucus —el mismo en el que en ese momento, ironías del destino, habitaba Aspasia; aunque tal vez ahora que los suyos dominaban la ciudad, ya se habría instalado en algún lugar mejor—. Durante las reuniones que mantuvimos aquellas semanas, la impresión que me hice de Frogga fue que era un rudo y silencioso veterano que acataba las órdenes de Akhila con la fidelidad de un mastín. Solía preocuparse por temas prácticos, como la organización de los campamentos o el avituallamiento de los guerreros; por lo demás, solo le interesaba marchar y matar. Era comedido al hablar y nunca discutía: a veces era difícil averiguar qué pasaba por su cabeza. Pero, fuera lo que fuera, una vez impartidas las órdenes, dejaba de tener relevancia, pues él sería el primero en ejecutar los planes según lo convenido. Aunque tenía una edad similar a la de Ibbas y compartía con aquel la determinación de cumplir las órdenes de su señor aunque le costaran la vida, ambos capitanes eran muy distintos: si Ibbas se enzarzaba con facilidad en cualquier acalorado debate antes de dar su brazo a torcer, Frogga prefería expresar su opinión con un escueto comentario y permanecer en silencio mientras los demás

llevaban el peso de la discusión. Para él la vida era sencilla y organizada, repleta de largas marchas y salpicada de violentos hachazos, mientras que para Ibbas era como una multitudinaria y caótica pelea, ruidosa, violenta y, por qué no, también alegre en ocasiones. Si tenías que estar en medio de una trifulca, al menos había que disfrutarla. Era una forma de ver el mundo que me agradaba sobremanera, y por supuesto comulgaba con ella más que con la del gris Frogga. Pero no por ello dejaba de parecerme un buen tipo.

Con el corazón en un puño, lo primero que le pregunté fue si alguno de los que fueran mis amigos había perecido en la emboscada sueva o en la posterior persecución; por fortuna, ninguno de ellos había participado en la incursión a Gallaecia, aunque, como supe un poco más tarde, tenían sus propios problemas de los que ocuparse.

Una vez corroborada su historia y descartados como enemigos potenciales, la situación de los prisioneros mejoró. Los liberaron de sus ataduras, les ofrecieron agua e incluso les acercaron unos pequeños cuencos repletos de algún guiso frío de desagradable aspecto. Cuatro hispanos armados con lanzas continuaban guardando la estancia, mientras yo atosigaba a Frogga con una pregunta tras otra, ansioso por saber qué había sido de nuestros amigos durante los casi cuatro largos años que hacía que nos habíamos separado. El godo seguía fiel a su estilo lacónico, por lo que se limitó a narrar fríos hechos, sin arriesgarse apenas a complementarlos con opiniones o rumores. No era un tipo dado a cuchicheos, y ni tan siquiera curioso, por lo que resultaba harto desesperante intentar sacarle información. Además, por desgracia, no todas las noticias que conocí a través de sus agrietados labios resultaban precisamente tranquilizadoras.

Una vez finalizada la campaña de Akhila en Gallaecia, con la consabida muerte de Agriwulf en Portus Cale, el *comes* y los suyos siguieron el mismo camino que tomara Teodorico meses antes y retornaron hacia sus tierras en Aquitania. Pero cuando, tras varias jornadas de presuroso camino, llegaron al fin, victoriosos, a Tolosa, las expectativas de Akhila se vieron truncadas de golpe. En lugar de encontrarse con un Teodorico complacido tras el eficaz cumplimiento de su complicada misión y con Salla aguardando su regreso tras suspenderse la campaña prevista en el sur, se topó con un ambiente enrarecido en la corte y la inesperada ausencia de su primogénito.

Durante largos días, el rey ni siquiera se dignó recibir a su comandante, pese a la insistencia de un cada vez más intranquilo Akhila. Cuando al fin este logró recabar algunos rumores sobre el destino de Salla, su desesperación creció, hasta que por último, tras recurrir a la intercesión de Cyrila —del que tan infausto recuerdo guardábamos tras lo acontecido en Asturica—, Teodorico se decidió a concederle audiencia. Por lo que Frogga pudo saber a través de los comentarios de sus hombres —pues el propio Akhila se encerró en un hosco mutismo durante las lunas siguientes y su capitán nada le preguntó—, Salla había sufrido a su regreso un trato similar al que más tarde se le dispensaría a su padre. Después de varias semanas sin que el rey quisiera escucharlo, había terminado por enviar a los suyos de vuelta a las tierras de su familia, mientras él permanecía en la capital rodeado de apenas un puñado de fieles, entre los que se encontraban Wulfila, Ibbas y Witiza. Cuando al fin se presentaron a su puerta los mensajeros del rey, en lugar de conducirlo a su presencia se limitaron a prenderlo ante la angustiada mirada de Ibbas, que, según las malas lenguas, o al menos las más sueltas por la cerveza, había golpeado a varios de los guardias y solo se había salvado de un merecido castigo por otra oportuna intercesión de Cyrila, que también habló a favor de Salla. Este terminó por dar con sus huesos en una de las oscuras mazmorras del rey.

Tres días pasó encerrado sin saber qué le depararía el destino y ni siquiera de qué se le acusaba, aunque no era difícil prever que el enfado de Teodorico estaría relacionado con su

actuación en Coviacum. Según los informantes de Frogga, Ibbas, Witiza y Wulfila montaron guardia constante en la puerta de la prisión, desesperados por obtener alguna noticia. Cuando por fin, angustiado y sucio, Salla fue conducido a la presencia del soberano, aquel lo trató con desprecio y crueldad, dando rienda suelta a la amargura que había acumulado tras la muerte de Avito y la traición de Agriwulf. El joven fue acusado de traición por la derrota de Coviacum: como había temido, los supervivientes que habían regresado antes que él habían cubierto sus propias espaldas y defendido la memoria del bastardo de Liuva cargando las culpas sobre los hombros del joven, a mi entender el único que había tomado decisiones sensatas. El rey consideraba indigno haber entregado a sus hombres a una derrota ignominiosa ante unos sucios aldeanos mal pertrechados, en vez de continuar hasta el final, por muchos hombres que cayeran. El muchacho ni siquiera tuvo la oportunidad de explicarse, pues la sentencia ya estaba dictada. Yo escuchaba a Frogga boquiabierto, temiendo que su historia concluyera con el hacha del verdugo cayendo sobre el cuello de Salla. Gracias a todos los dioses, la intervención de Cyrila y el hecho de que fuera el hijo del fiel Akhila suavizaron su condena.

Salla fue degradado de su rango y despojado de todos sus privilegios. Atrás quedaron las prerrogativas que le habían acompañado desde la infancia como único heredero varón de una casa cuyo origen guerrero se remontaba a muchas generaciones atrás: lucharía a pie, como soldado raso, junto a tantos otros. Y el destino que el rey había elegido para el joven no era precisamente de los más tentadores: sería enviado a la inestable frontera norte, donde los problemas se multiplicaban. La complicada misión de aquellas tropas —entre las que formaba la morralla más indisciplinada, muchas veces reclutada entre alborotadores— incluía luchar contra el creciente poder de los galorromanos de Egidio y a la vez mantener a raya a los siempre problemáticos francos. Las leyendas decían que en aquel frío territorio la nieve dominaba durante todo el año, y hasta los corderos resultaban temibles por su ferocidad.

Por fortuna para él, pese a que adoraba a su hijo, Akhila nunca dejó que se creyera mejor que el resto de sus hombres y lo trató con la dureza propia de un superior, como a uno más de sus guerreros, añadiendo si cabe la presión necesaria para forjar el espíritu de alguien destinado a comandar hombres en el futuro. El único rastro de la grandeza de su familia serían sus excelentes armas, que le permitieron conservar. Y para recordar su valía personal, capaz de granjearse la fidelidad absoluta de sus hombres, contaría con la presencia de Ibbas, Witiza, Wulfila y otro puñado de valientes que demostraron su compromiso con el muchacho ofreciéndose voluntarios para compartir su repentinamente aciago destino.

Cuando Akhila regresó a Tolosa y pudo conocer al fin lo acontecido con su hijo, fue como si envejeciera diez años de golpe. Amargado y dolido, perdida toda su fe en el rey y en los valores en los que había creído toda la vida, y en los que había educado a Salla, decidió alejarse de la corte y refugiarse en sus posesiones cercanas al mar, en la antigua Burdigala.

Muchos de sus hombres lo siguieron a su retiro autoimpuesto; sin embargo, pasadas algunas lunas, Akhila, consciente de que muchos de ellos dependían de la acción de las campañas para amasar sus fortunas, insistió en liberarlos de sus juramentos para que pudieran enrolarse bajo otras enseñas en cualquiera de las nuevas campañas que se plantearan, en un momento en el que los tambores comenzaban a resonar de nuevo en el horizonte. Con gran pesar, Frogga, siempre necesitado de oro con el que mantener a su enorme familia, tuvo que aceptar el ofrecimiento y entrar de nuevo en acción. Así, sus pasos y los de algunos otros antiguos hombres del *comes* se habían dirigido de nuevo hacia Hispania.

Pensativo, miré como Frogga apuraba con aparente gusto el repugnante guiso. Sin duda,

Marco iba a tomarse muy mal las noticias que debía transmitirle. Yo me sentía profundamente dolido, pero, conociendo al hispano, supuse que añadiría a su rabia aquel sentimiento de culpabilidad al que era tan propenso y sumaría a su carga personal la desgracia de su amigo. Sin duda argumentaría que si nosotros no hubiéramos estado en aquel castro, quizá Salla no habría detenido el combate. De nada valdría decirle que, en ese caso, probablemente habría muerto en aquella recóndita fortaleza de la meseta, y ni siquiera nosotros hubiéramos sabido que llevaba años bajo tierra. Me esperaba por delante una ardua labor de apoyo psicológico para la que no me encontraba nada preparado.

Descorazonado, pensé que hasta yo había tratado de advertir al joven godo tras la batalla de que su decisión podía acarrearle posteriores disgustos. Y en este caso hubiera preferido con creces no tener razón. Pero algo que he aprendido con el tiempo es que la verdad no es única, sino que termina por parecerse mucho más a lo que cuenta el primero en llegar que a lo que realmente haya ocurrido. Lo que queda es lo que en un primer momento se transmite o, en su caso, se transcribe. Aun así, reconozco que nunca imaginé que aquello pudiera llegar tan lejos. Una vez muerto Liuva, y con él la mayoría de los suyos, no contaba con que ninguno de los guerreros que emprendieron el camino de regreso a su tierra mientras Salla permanecía en el castro enterrando a los caídos y aguardando a que se recuperaran los heridos tuviera tanto interés en fomentar la inquina del monarca hacia el joven. Sin duda, Teodorico era un amargado despreciable que disfrutaba amargando a su vez a los que tenía a su alrededor, pero había supuesto que sabía reconocer a un buen hombre cuando lo tenía delante. Nada de eso; antes bien, al contrario. Llegué a plantearme si aquello no sería una venganza personal del hermano del rey, Frederico, por la muerte de su favorito Liuva. Esa podía ser una explicación convincente, aunque desconocía si el rencor de Frederico llegaría tan lejos como para impulsarlo a volcar su rabia en Salla.

Realmente me apenaba el destino del chico, aunque confiaba en que nada le ocurriría mientras los suyos estuvieran a su lado para arroparlo. No sabía qué tal luchadores serían aquellos romanos de los que hablaba Frogga, pero tendrían que ser guerreros excepcionales para derrotar a Ibbas y a los demás. Por duro que sea un frente, las reglas están claras: los enemigos que te esperan portan mortíferas espadas que uno debe desviar y pesados escudos que hay que superar. En la corte, por el contrario, se hacen complicados malabares en los que uno puede acabar con una daga traicionera hincada en el costado, y lo que cuenta es la habilidad para la intriga. Yo siempre he preferido saber quién es mi enemigo y dónde está. Y por mucho que Salla dominara la diplomacia, eran las palabras, y no el acero, las que habían terminado por condenarlo.

También me causaba un profundo pesar la situación de Akhila; solo en sus tierras, furioso con su señor, con su adorado hijo caído en desgracia y todo aquello por lo que había luchado en su vida roto en pedazos en su interior. Oscuros tenían que ser sus días en las bravías playas de Aquitania. Sin embargo, puestos a ver el lado positivo, ninguna de las desgraciadas nuevas era definitiva. Peor hubiera sido conocer la muerte de alguno de nuestros amigos —en la batalla, bajo el hacha de un verdugo o en el bosque como un asustado jabalí acosado por una manada de perros rabiosos—, pues por lo que sabíamos, todavía había esperanzas de sobrevivir el tiempo suficiente para atrapar una oportunidad de cambiar el destino. Siempre he sido bastante práctico en cuanto a mis convicciones, y sin duda ello me ha permitido disfrutar más de la vida que si me hubiera dejado llevar por el desaliento en todas las ocasiones en que este ha intentado doblegarme, y los dioses —y quienes lean estas líneas— saben que no han sido pocas.

Aturdido por las noticias que acababa de conocer, dejé a los godos y salí hacia el exterior del

edificio, donde me aguardaban Lucio y el resto de los hispanos que nos habían acompañado en el interior horas antes. Los gestos de preocupación, e incluso alguno que otro de abierta desconfianza, con que me recibieron me hicieron tragar saliva. Las palabras nunca fueron lo mío, pero en ese entonces debía unas cuantas explicaciones a aquellos que nos habían acogido, incluso aunque ellos por su parte hubieran mantenido un hermetismo sofocante en cuanto a sus propias motivaciones. Bueno, me tocaba comenzar a mí, y luego ya veríamos si ellos decidían honrarme con su confianza.

Me costó un buen rato explicarles todo aquello que quisieron conocer, e incluso, aunque no lo pidieran, les relaté también lo acontecido en Coviacum. Y fue precisamente al conocer ese episodio cuando las expresiones comenzaron a relajarse, pues quizá aquellos hombres decididos a proteger su territorio contra las amenazas del exterior se sintieran identificados con la heroica resistencia de aquel pequeño castro frente a la tormenta de acero que se desencadenó contra él.

Cuando terminé mi relato ya las primeras luces del alba despuntaban en el horizonte, y yo me sentía agotado. Tras escucharme, la discusión se centró en qué hacer con los prisioneros; cierto era que los godos podían llegar a ser peligrosos para los hispanos de los alrededores —o lo podrían haber sido cuando eran un millar—, pero en principio habían ingresado en la diócesis con los suevos como objetivo, mientras que el posible conflicto con los hispanos aún no se había gestado. Aunque mi relato no los dejaba precisamente como aliados dignos de confianza, mantener cautivos a aquellos hombres no representaba por lo pronto ventaja alguna, sino más bien un nuevo quebradero de cabeza. Así que, finalmente, se impuso la cordura y se decidió liberarlos, aunque no así como así. Serían escoltados con los ojos vendados hacia el linde este del bosque, para una vez allí cortar sus ataduras y dejarlos partir de vuelta a sus tierras. La oferta era bastante buena: además de devolverles la libertad, se les alejaría todo lo posible de donde suponíamos que se encontraban las tropas suevas.

Fue una conversación interesante. Aun con la mente nublada por el cansancio, traté de no perder detalle de lo que se dijo. Por primera vez desde que llegáramos a aquellas montañas, quizá porque la intensidad de la noche hizo que olvidaran mi presencia, aquellos hombres hablaron con libertad de hombres, víveres, armas, puestos avanzados, guerreros y asambleas. Alertado por los movimientos de los suevos, aquel pueblo se aprestaba para defender de nuevo sus tierras de las ambiciones de sus enemigos. Tras largo rato de interminable debate, me decidí por fin a intervenir.

—Entonces ¿vais a luchar?

Algunos de ellos me miraron como si repararan por primera vez en mi presencia. Se produjo un incómodo silencio, durante el que busqué los ojos de Lucio.

—Yo sé luchar —aseguré, provocando que los labios del hispano se curvaran en una feroz sonrisa.

—¡El alano sabe luchar! —repitió con sorna, dándose una sonora palmada en el muslo—. ¿Cómo no lo había pensado antes? —Su expresión se volvió más seria—. Amigo, esta no es tu lucha. Es la nuestra.

—¿Que esta no es mi lucha? —me indigné— ¿Acaso no compartí contigo aquel infecto carro después de pelear contra el mismo enemigo que ahora os amenaza?

—Tú estás de paso —insistió—. Esto nos compete únicamente a nosotros.

—Me aburro, y mi espada también. Y además, ¡estoy hasta los cojones de cuidar de tu huerto!

Un coro de risas espontáneas acompañó mi protesta. Aliviado, observé como Lucio intercambiaba miradas con algunos de los hombres y estos le respondían con leves

asentimientos.

Y así fue como volvimos a afilar nuestras espadas y a desempolvar nuestras armaduras, y nos preparamos de nuevo para la guerra.

XVIII

Me giré hacia la izquierda para mirar con tristeza al hombre que tenía a mi lado. Se llamaba Turio, o algo similar; siempre me perdía con la extraña pronunciación que tenían aquellos muchachos. Se había unido a los jóvenes a mi cargo apenas unos días antes de aquella malhadada escaramuza. Sacudí la cabeza, irritado. Las cosas no podían haber empezado peor.

Con un suspiro, constaté que su pecho había dejado de subir y bajar. Tras lograr escapar del caos desatado, había acabado por morir allí, apoyado en aquel frío muro recubierto de musgo, el costado destrozado por un certero lanzazo recibido durante la desigual pugna en la que nos habíamos enzarzado aún no sabía muy bien cómo. Turio era uno de tantos muchachos procedente de la liga de pueblos que conformaban lo que a Lucio le gustaba llamar Aunonia. Los límites no estaban claros, pero todos compartían con orgullo un pasado en el que los primitivos habitantes de la comarca, miembros de los aunonenses, zoelas, gigurros y otros tantos pueblos, habían hecho frente a las entonces imparables hordas que componían las legiones de Roma. Siglos más tarde, los que se hacían llamar aunonenses eran más bien una amalgama de hombres, quizá asustados, pero resueltos a defenderse. Campesinos y señores, hispanos y romanos, todos unidos frente a la amenaza que se acercaba implacable desde el oeste, como una serpiente hambrienta dispuesta a engullir lo que encontrara a su paso. El joven Turio debía regresar a su pueblo el siguiente otoño para hacerse cargo de las fértiles tierras que entonces atendían su madre y sus hermanos pequeños. Y ya no podría. Suspiré, frustrado. Habíamos logrado escapar de la encerrona en que se convirtió el poblado al que habíamos acudido a proteger, y yo mismo, ayudado por Lucas, había cargado con el herido hasta ponernos a salvo. Demasiado tarde para él. Me levanté pesadamente y con la mano izquierda, aquella en la que la falta de parte del más pequeño de mis dedos me recuerda cada día lo sucedido en la casa de Cantaber hacía tantos años, cerré sus ojos vacíos de vida.

Miré a mi alrededor. Aunque la estampa era desoladora, lo cierto era que podría haber sido todavía peor. Tres días atrás habíamos sido advertidos de que una columna sueva se adentraba en los bosques y pronto alcanzaría uno de los asentamientos más cercanos a lo que considerábamos la frontera de nuestros dominios. La información llegó tarde, cuando el margen de reacción era escaso; el único grupo que estaba en los alrededores era el que yo instruía, formado por menos de una cincuentena de jóvenes inexpertos a los que debía proporcionar el barniz de disciplina imprescindible para que pudieran irse incorporando a otras partidas a medida que las bajas lo hicieran necesario.

Aunque sabía que no estaban preparados para el combate, que no había posibilidad de obtener refuerzos y que el margen de tiempo era insuficiente para intervenir con garantías, decidí forzar la marcha con la esperanza de adelantarnos a los suevos y poder organizar una apresurada evacuación. Llegamos lo antes que pudimos, los dioses lo saben, pero aun así fue demasiado tarde. La aldea ardía, y los suevos saqueaban a placer lo poco que encontraban en las cabañas, matando sin miramientos a los que se oponían. Y cuando aquel triste espectáculo se desplegó ante nosotros, y yo todavía escudriñaba la escena tratando de decidir nuestro próximo

movimiento, ante mi horrorizada mirada, y desobedeciendo abiertamente todas mis órdenes, los estúpidos que tenía a mi cargo se lanzaron a aquella refriega sin esperanza, bramando con toda su alma y con las armas dispuestas.

Maldije a todo lo que se me ocurrió: aquellos idiotas se dirigían a una muerte segura. No estaban preparados para la lucha, y menos para aquella tan desigual a la que corrían sin ningún tipo de orden. Precisamente por eso estábamos allí, alejados de los combates más duros, que se estaban librando en otros puntos de la frontera; la única misión de mis muchachos era patrullar y formarse para ser útiles en el futuro. Nadie había previsto que entráramos en liza. Para eso ya estaban las aguerridas bandas de Lucio y de Visumar y la recién formada compañía que entonces comandaba Marco, que se encontraban a algunos días de nuestra posición, enfrentándose a columnas mucho más numerosas que la que en ese momento se desplegaba ante mis incrédulos ojos. Aquellos desgraciados novatos harían que nos mataran, y nuestro sacrificio sería en vano, porque no lograríamos sacar a nadie con vida de allí.

Furioso, miré hacia atrás, donde Issa, Lucas y unos pocos más aguardaban expectantes mis órdenes. Desesperado, pero sintiéndome incapaz de dejar a aquellos valientes idiotas a su suerte sin al menos intentar ayudarles, les hice una señal y emergimos de la espesura para sumarnos a aquel desesperado y suicida ataque.

Contemplando el triste cadáver de Turio, pensé que la cosa ciertamente podía haber acabado peor. Los suevos —también me pareció distinguir hispanos entre ellos— rondarían el centenar; estaba claro que no podríamos vencerles, así que nos concentramos en reagrupar a cuantos imbéciles pudiéramos y en organizar una retirada ordenada. Por fortuna, los atacantes estaban demasiado ocupados saqueando lo poco que encontraban para prestarnos atención, y mucho menos para perseguirnos. Al final, debía congratularme por haber conseguido sacar de allí con vida a poco más de una veintena de mis hombres y a un grupo algo mayor de supervivientes del poblado. No estaba mal, teniendo en cuenta que solo unos pocos habíamos mantenido la cabeza fría. Aun así, más de la mitad de mi bisoña compañía había perecido en la refriega.

Hacía ya mucho tiempo desde aquella extraña noche en la que tuve ante mis ojos al macilento Frogga. Al día siguiente lo escoltamos, junto con el resto de sus compañeros, hasta el extremo este de los bosques de Aunonia. Me despedí de él recordándole que ya estaba demasiado viejo para aquello, y que quizá había llegado la hora de regresar al norte con el que fuera su señor. Pero, conociéndolo, intuyo que desoiría mi consejo —después de todo, quién era yo para dárselo —, y que seguiría dando tumbos de un lado para otro, marchando, batallando y acumulando el oro necesario para una retirada digna que nunca acababa de llegar.

Desde ese día, se habían sucedido tres largos años de pequeñas victorias y dolorosas derrotas, ya que a partir de aquel momento, como temíamos, los problemas comenzaron a encadenarse. Aunque no hubo grandes batallas —entre otras cosas porque dudaba que después de los reveses sufridos a manos de los godos, los suevos pudieran reunir más de dos mil lanzas—, las escaramuzas azotaron la frontera oeste cada vez con mayor frecuencia. En principio fueron hechos aislados: un poblado incendiado, un puesto avanzado destruido, pero pronto se puso en evidencia que Aunonia no podía permitirse aquella sangría continua sin contar con una estrategia común. Dos años atrás se había convocado una multitudinaria asamblea en la que se reunieron los representantes de cada aldea y la mayoría de los hombres en edad de combatir, con el propósito de debatir sobre su futuro y el de aquellos que les aguardaban en sus casas.

Apenas había espacio para todos los que acudieron a la llamada de los más ancianos de los poblados. Nos reunimos en una enorme huerta en barbecho y tomamos asiento en la húmeda

tierra, transmitiendo lo que se hablaba de grupo en grupo para que incluso los más lejanos pudieran seguir el hilo de las intervenciones, hasta que por fin se acordó de manera oficial lo que nosotros llevábamos haciendo ya desde hacía un año: los bosques de Aunonia escucharían los aullidos de sus hijos al empuñar las armas.

Las cosas habían cambiado mucho para mí y para los míos tras el reencuentro con Frogga y la posterior charla con nuestros anfitriones. La intercesión de Lucio y mi pericia con la espada, que incluso a mi edad, que me pesaba más a cada luna, seguía superando considerablemente a la de la mayoría de los guerreros de Aunonia, me valieron para unirme por fin a ellos. Y dado que no andaban precisamente sobrados de brazos, la invitación pronto se hizo extensiva a mis compañeros, que estuvieron totalmente de acuerdo en unirse a las bandas que recorrían las aldeas y bosques cercanos. De esa manera, aquellos montaraces no solo ganaron un hosco, salvaje —y cada vez más encorvado— alano, sino también una pequeña partida de certeros asesinos.

Desde ese día no conocimos el descanso. Nuestra vida transcurrió de un puesto avanzado a otro, moviéndonos por la noche como los lobos, para caer sobre las patrullas suevas que se adentraran demasiado en nuestro territorio. Mi espada se cobró muchas vidas durante aquellas lunas, y mi preciosa armadura también salvó la mía en alguna ocasión. Ya no era joven y, aunque me negara a reconocerlo, cada vez era más habitual que no llegara a tiempo para detener alguna diabólica estocada. Por fortuna, aquella formidable cota venía a compensar mi creciente lentitud.

Marco, en cambio, se encontraba en su plenitud. Cada vez me recordaba más a mí mismo muchos años antes. Y durante aquellos duros años se volvió implacable, capaz de mostrarse, cuando era necesario, tan frío como la espada que portaba al costado. Qué lejos quedaba ya el recuerdo de aquel pequeñajo risueño, siempre preocupado por agradar a sus mayores, que solo vivía ya en mi corazón.

En aquella dura guerra de guerrillas en la que nos enfrascamos, el muchacho pudo canalizar toda la rabia que albergaba en su interior para volcarla en el combate, lo que le granjeó el respeto de nuestros nuevos aliados desde el primer día. Muchas veces, según mi criterio —y eso ya es decir, porque nunca me había distinguido precisamente por mi capacidad para mantener la cabeza fría—, se arriesgaba en demasía. Una vez incluso estuvo a punto de morir a causa de su imprudencia. En medio del fragor de la batalla, el muchacho aceptó el desafío de uno de los campeones suevos. Aquel se retiró el casco para mostrar su rostro, y no sé calcular si se trató de una provocación deliberada, porque cuando Marco lo imitó, uno de los arqueros enemigos aprovechó la ocasión para dispararle. Aunque, gracias a todos los dioses, la flecha no acertó de lleno en su cuello, la sangre manó profusamente de la herida y el hispano cayó al suelo ante la desesperación de todos. En lo que tardé en abrirme paso hasta su posición, los que luchaban junto a él defendieron su cuerpo con uñas y dientes, enrabietados por la vil traición, e intensificaron de tal manera el combate que ese día fuimos capaces de hacernos con una victoria sin paliativos, que expulsó a los suevos más allá de los límites del bosque.

Marco tardó algunas semanas en restablecerse y reincorporarse a la partida. Aunque Mario y Sila regresaron con él, yo también aproveché para visitarlo en algunas ocasiones, constantemente preocupado por la salud del que para mí seguiría siendo siempre mi muchacho. Me alegró ver que también Cayo iba mejorando, y al menos había recuperado las fuerzas suficientes para comenzar a disfrutar de la vida en aquel lugar.

Aparte de aquella ocasión y alguna que otra jornada de paso, poco pisamos el poblado. Algunos no volverían a pisarlo más, como el joven Tito, que cayó poco después de que Marco se recuperase. Nos encontrábamos acechando a una pequeña columna sueva que amenazaba con

penetrar por lo que los hispanos llamaban las puertas de Aernus, un angosto y escarpado desfiladero que llevaba al interior del bosque, cuando comenzaron a llover piedras, venablos y todo tipo de proyectiles sobre nuestras cabezas. Pese a la sorpresa inicial, logramos replegarnos con pocas bajas, pero una de ellas fue la de Tito. Era el más joven de nosotros, y fue el primero en abandonarnos. En cambio este duro y cínico alano aún sobrevive, como si los dioses se resistieran a otorgarle su merecido descanso para llevarse en cambio a tantos otros en la flor de la vida, a los que todavía les hubieran quedado tantas cosas por hacer.

Tras tanto tiempo de lucha, la situación seguía estancada. Ambos bandos iban sumando bajas y acumulando agotamiento. Los suevos habían decidido expandirse hacia el sur, por lo que no tuvimos que enfrentarnos a ningún ataque decidido lanzado por varias columnas coordinadas, cosa que nos permitía mantener nuestras posibilidades de victoria; no obstante, las noticias que llegaban de los alrededores no solían ser alentadoras. Las que recibimos sobre la caída de Conimbriga me resultaron particularmente duras de digerir. Marco reaccionó con una frialdad antinatural; yo, por mi parte, tuve que perderme un instante en el bosque para rezar en la intimidad por la muerte de otra parte de mi pasado. Apenas pude contener las lágrimas pensando en el destino de todos aquellos que había conocido durante los años felices que pasé en aquella ciudad: el noble Cantaber y los hombres de su casa; Areolo, el esclavo que atendía las agradables termas del sur de la urbe, que me gustaba visitar cada vez que tenía ocasión; el herrero que me había provisto de lo necesario para equipar a mis primeros cachorros: Galieno, Tito, Ambrosio. La vejez dificulta contener las tristezas del alma. Por fortuna, mis torpes manos nunca han sabido empuñar el delicado cálamo con el que Marco transcribe con soltura estas notas, porque de haber sido yo el amanuense, en este momento las lágrimas echarían a perder el trabajo de quién sabe cuántos días.

Los rumores hablaban de que la ciudad había sido sometida a una destrucción despiadada. Según los pocos viajeros que atravesaban aquellas montañas, quienes sobrevivieron a la masacre ni siquiera se planteaban volver a habitarla, sino que habían optado por establecerse en un pequeño poblado de las cercanías que a partir de entonces ocuparía el lugar de la antaño elegante urbe. Mientras a mí me podía la tristeza, Marco vio espoleada una vez más su rabia y, ante mi desesperación, comenzó a ofrecerse voluntario para comandar las misiones más peligrosas. La sed de sangre movía su espada, que no se cansó de matar en aquellos largos años. Los hombres lo llamaban: *primipilus*, en recuerdo del cargo que antiguamente detentaba en las legiones el centurión más importante, y a mí particularmente me hacía gracia la comparación. A él, en cambio, le traía sin cuidado; parecía que la fama que se había ido ganando llenaba más de orgullo a aquellos que lo seguían que a él mismo. Imperturbable, Marco se limitaba a hacer su trabajo, que consistía en matar una y otra vez y evitar en lo posible que los suyos sufrieran ese mismo destino, en una guerra que tanto él como yo sabíamos que, en el mejor de los casos, nunca terminaría.

Al menos, el paso de los años nos había dejado una buena noticia: aquel tranquilo y oscuro bosque había visto nacer a un pequeño, medio britano y medio hispano, de cabello negro como la noche y piel blanca como la leche, llorón como pocos de los que he conocido, al que dieron el impronunciable nombre de Culchw. Al fin Issa y Vera habían sido padres, lo que fue motivo de celebración para los que quedaban en el que durante esos años sería el hogar de los nuestros —aquel verde valle al que sus habitantes conocían como Curunda—, y en especial para Porcia y su salvaje progenie. A partir de ese momento, al contrario que Marco y el resto de nosotros, Issa regresaba cada cierto tiempo a la perdida fortaleza de los valles para pasar allí unos cuantos días

con su mujer y su pequeño, y volver poco después y relatarnos con orgullo de padre las nuevas hazañas que su retoño era capaz de realizar. Nos gustaba reírnos de él, pero lo cierto es que aquellas historias sencillas y repletas de cariño eran casi nuestra única alegría en muchas de las noches que pasábamos pensando que al empezar el nuevo día tendríamos que poner de nuevo en juego nuestras vidas.

Aquella noche, mientras compartía con Issa y con Lucas un insípido guiso que apenas estaba compuesto por agua y unas cuantas cebollas que llevábamos días cargando, pensé que nuestra única posibilidad era replegarnos hasta el siguiente campamento y aguardar allí a que nos encontrara alguna de nuestras partidas. Aquel donde estábamos ya no era un lugar seguro.

Conformábamos una triste procesión. Mujeres, heridos y una veintena de jóvenes avergonzados tras la despiadada bronca que habían tenido que soportar aquella misma mañana, desde que consideré que empezábamos a alejarnos suficientemente del peligro. Marchamos en silencio hasta que, dos días más tarde, nos plantamos frente a la puerta del campamento amurallado más cercano, donde nos recibieron algunos guerreros a los que ya se había informado de que llegaríamos. Traspasamos el umbral cabizbajos, con la derrota dibujada en el semblante; ante mi sorpresa, quien estaba al mando en el lugar no era otro que Visumar. Lo hacía más al sur, luchando junto a Lucio, abriendo a suevos en canal con la enorme hacha que siempre lo acompañaba, y que balanceaba con exquisita soltura sembrando la muerte a su alrededor. El extrovertido vándalo también se sorprendió al reconocerme al frente de aquel fantasmal desfile de hombres y mujeres que me seguía.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó, enarcando las cejas.

—Nos hemos llevado un buen correctivo —respondí, malhumorado—. Espero que por lo menos toda esta mierda haya servido para que algunos comprendan de una vez la importancia de cumplir las órdenes que se les dan.

—¿Echas de menos luchar a caballo, alano?

—No me importa luchar a pie, pero ¡cuando hay hombres a mi lado, y no niños! —dije en voz alta, paseando una mirada ceñuda entre los cabizbajos reclutas.

La rabia ardía en mi interior. Estaba siendo duro con ellos, pero era lo que merecían. Aunque ya habían recogido los amargos frutos de su estupidez durante la trifulca.

El vándalo rio escandalosamente, castigando con un nuevo desprecio a los muchachos que me seguían. Por primera vez casi sentí pena por ellos, sucios, muchos de ellos heridos, y abrumados por la vergüenza y la culpabilidad. Le hice un gesto para que se callara y los dejara en paz, pero el vándalo no pudo resistirse a hacer un poco más de sangre.

—¿Habéis oído, muchachos? Yo a vuestra edad ya contaba los muertos por docenas, y este carcamal que veis a mi lado había segado la vida de guerreros de todos los pueblos conocidos. ¡Que no se diga de vosotros que no podéis seguir el ritmo de este par de bárbaros!

Pasé a su lado y lo así por el brazo para llevármelo hacia algún lugar más apartado, mientras Issa y Lucas tomaban el mando de nuestro cabizbajo grupo.

—Déjalos, bastante cara han pagado ya su estupidez.

El vándalo me miró preocupado, cambiando enseguida el gesto de mofa que lucía instantes antes.

—He perdido a la mitad de mi grupo —mascullé.

—Eso no le va a gustar a Lareas. No tenemos tantos hombres como para poder cubrir nuestras bajas tan rápido como ellos —dijo, escupiendo al suelo de tierra.

—¡Lo sé, lo sé, joder! Pero ¡estos puñeteros críos no tienen cabeza!

Tuve que relatarle lo acontecido en aquel pueblucho en las profundidades del bosque para que el vándalo fuera consciente de la gravedad de la situación. Una vez terminé mi relato, me miró con inquietud, pero se esforzó en parecer positivo.

—En fin, al menos has logrado salvar a unos cuantos. Visto así, no es tan mala noticia. Trata de hacérselo ver a cualquiera que te pregunte.

—Ya no estoy para hacer de puñetera niñera de nadie. No soy tan viejo que deba ocuparme de eso.

—La tuya es una labor temporal, Attax, y tú lo sabes —dijo para tratar de tranquilizarme.

—¿Sí? Pues te la cambio. Dame a tus hombres y quédate tú aquí recorriendo una senda tras otra hasta que se desgasten las suelas de tus botas, y cuidando de que esta pandilla de críos no corran a ensartarse en las lanzas del enemigo a las primeras de cambio.

—¡Calma, amigo! Estás sacando las cosas de quicio. ¿Cuánto hace que estás a cargo de estos muchachos? ¿Dos lunas? ¡Por tus palabras parece que llevaras con ellos dos años!

—¿Dos lunas nada más? Pues sí que me ha cundido...

—Hace tres lunas luchaste conmigo en las fuentes de Ocellum, ¿recuerdas? Dimos buena cuenta de cuantos se pusieron delante del filo de nuestras espadas. Y no, no estás viejo; ese día lo demostraste con creces.

—Fue un día divertido —concedí, recuperando algo de humor.

Aquello había sido justo antes de que me tocara en suerte mi detestada tarea de niñera bárbara. Fue casi una batalla en toda regla: logramos reunir a varias bandas que teníamos desperdigadas por la zona y atacamos a un fuerte contingente de suevos que trataba de establecerse cerca de una de las fuentes naturales de agua que llevaba siglos manando de aquellas montañas. Había sido una victoria incontestable, quizá de las pocas que podíamos catalogar así. Generalmente golpeábamos y, con la misma celeridad con la que habíamos atacado, procedíamos a replegarnos para evitar bajas. Como decía Visumar, no teníamos tantos hombres como para arriesgarnos a perder siquiera a uno de los nuestros; en cambio, siempre aparecían refuerzos suevos más tarde o más temprano.

Aquel día preparamos un sólido muro de escudos que avanzó al ritmo que marcaban nuestros tambores en dirección al desbrozado bosque donde los suevos trabajaban desde hacía pocos días antes de que sus exploradores dieran con nosotros y se aprestaran para el combate. Fue una batalla de verdad, nada de fugaces ataques y rápidas retiradas. Casi tres centenares de los nuestros contra otros tantos de los suyos, y esa vez la victoria fue para nosotros. No podíamos permitir que lograran construir y ocupar un puesto avanzado como aquel en el corazón del bosque, que pudiera ser utilizado *a posteriori* por aquellos de sus hombres que tuvieran que retroceder ante nuestro empuje. Si fracasábamos, no podríamos volver a echarlos lejos, sino que les daríamos la oportunidad de replegarse y permanecer en nuestro propio territorio a la espera de nuevos refuerzos.

Ese día luché hombro con hombro con hombres acostumbrados a la batalla, nada de jóvenes imberbes. Cierto que, pese a llevar años peleando en los bosques, pocos de los nuestros habían combatido en medio de una formación tan grande como aquella, y por ninguno de ellos habría apostado en un mano a mano contra algún gran guerrero como Ibbas, Salla, nuestro añorado Galieno o el vil Liuva. Aun así, se batieron como campeones, desarbolando al nutrido grupo de suevos que nos había hecho frente. En aquella ocasión formaban junto a mí el fiel Issa, el joven Lucas y los cuarenta hispanos que en ese entonces comandaba; junto a nosotros, los hombres de Visumar y los de otras dos bandas guerreras que habían acudido a la llamada del vándalo. Lejos,

hacia el sur, estaban el resto de nuestras partidas; esperaba que también a ellos los dioses les fueran propicios, porque el equilibrio era delicado, y los resultados de cada uno influían en las esperanzas de éxito de los demás. Un traspié en cualquiera de los frentes significaría problemas inmediatos también para el resto. Era como una jugada de dados: había que apostar y ganar, no contemplábamos más opciones.

Después de varias horas de feroz combate, el centro enemigo cedió bajo el empuje de Visumar. Pude ver al vándalo gritando como un poseso, enarbolando su hacha una y otra vez ante las asustadas miradas de los suevos que se encontraban bajo ella. A cada golpe de su descomunal arma, el vándalo gritaba un nombre. Pensé en preguntarle más tarde quiénes eran los que nombraba, pero luego no me atreví a remover sus recuerdos, pues con vidas tan intensas como las nuestras muchos son los amigos que perdemos bajo el filo de una espada, tantos que, por mucha sangre que derramemos, nunca los terminaremos de vengar.

Destruimos por completo a la formación enemiga, y los pocos suevos que lograron escapar corrieron como conejos asustados. Ese día nos hicimos con un buen botín: todas las herramientas que habían traído los invasores para levantar sus defensas, grandes cantidades de comida que pensarían almacenar para pasar allí el invierno e incluso algunos esclavos. Yo no hice ninguno, y lo podría haber hecho, porque aunque no fui quien rompió la defensa enemiga, fui de los que más se distinguieron durante el combate. Pero desde que me convirtiera yo mismo en esclavo, nunca me gustó la idea de poseer a alguien como si fuera un simple objeto. Recordé con una sonrisa aquel tiempo en que Issa me consideraba su amo, en reconocimiento a la intervención que salvó su vida. Nunca formalizamos aquello en ningún documento; era como si el britano, en realidad, no existiera, o no debiera estar allí. Había abandonado su neblinosa tierra siendo apenas un chiquillo y había llegado a Gallaecia pocos años después. Ningún estúpido papel decía quién era, ni nunca nadie se lo pidió. Era, como a él le gustaba decir, un alma libre, aunque un deber moral lo uniera a mí desde que lo arrancara de las garras de la muerte. Un favor que el joven se encargó de pagar con creces a lo largo de mi vida. No pocas veces su certero arco me había librado a mí de perecer en combate, y eso, junto a su ciega fidelidad, era algo que yo nunca podría compensar en su justa medida, por mucho que lo intentase. Yo, el liberto bárbaro de rimbombante nombre: Quinto Vipsanio Attaces.

Después de saquear el campamento enemigo y derrumbar las estructuras que habían empezado a levantar, me tocó en suerte separarme de Visumar y del resto de los cabecillas y dirigirme a nuestra ciudad aliada más cercana para depositar allí el botín. Lamenté enseguida mi mala fortuna, pero no podía hacer otra cosa: nos lo habíamos jugado a los dados, y yo había perdido. En esta vida hay que saber perder: ese es de los pocos consejos que puedo dar sin ruborizar a quien me escucha. Por desgracia, la tarea implicaba dejar a los que habían sido mis hombres para pasar a comandar a los que resultaban más prescindibles, es decir, aquel grupo de noveles remedos de guerreros que habían formado en nuestra retaguardia rezando por no tener que intervenir. Mis nuevas órdenes contemplaban que, una vez a salvo nuestro botín, debía conducirlos a través de los bosques del norte y comenzar a acostumbrarlos a lo que significaba una campaña, hasta que vinieran a relevarme de mi cometido. En teoría, nuestra ruta debía mantenernos alejados de los problemas que se preveían en el sur y en el oeste. Por desgracia, aquel malhadado encuentro había bastado para ponernos en verdaderos apuros. Así que, apenas dos lunas más tarde, estaba de vuelta, abatido y furioso a partes iguales, ante el preocupado Visumar.

Allí curamos nuestras heridas, y por todos los dioses que traté de inculcar un mínimo de

responsabilidad y cordura en las cabezas de aquella panda de descerebrados que había tenido por mis hombres. Pero no sabría si había dado resultado hasta que volviéramos al campo de batalla, y, por fortuna, eso se postergó más de lo que podíamos intuir. Una luna después de nuestra llegada al campamento de Visumar pareció que el destino nos concedía al fin un respiro. Aunque ninguno de nosotros creía que aquella fuera una tregua duradera, al menos entendíamos que nos serviría para recomponer nuestras cada vez más mermadas filas y organizar las castigadas defensas. No éramos tan estúpidos como para creernos que dejaría de haber reses robadas y pequeñas aldeas asaltadas durante lo que durara aquel inesperado acuerdo; no pensábamos bajar la guardia, pero sí aprovechar el momento. Así que, en todas las bandas de la frontera, la mitad de los hombres pudieron regresar a sus casas, con órdenes de volver a la siguiente luna hacia los puestos avanzados. Entonces serían sus compañeros los que disfrutarían del permiso, y así hasta que, inevitablemente, reemprendiéramos la lucha.

Esa vez la fortuna me sonrió en mi tirada de dados, y me tocó formar parte del primer contingente que abandonaría la frontera. De entre los nuestros, tan solo a Lucas lo acompañó menos la suerte, así que tuvo que quedarse en uno de los campamentos a la espera de que llegara su turno, mientras que el resto —yo mismo, Issa y Visumar—, junto con un nutrido grupo de privilegiados, pudimos regresar a Curunda.

Tras unos pocos días de marcha llegamos al mirador desde el que, hacía ya años, contemplara aquellos valles por primera vez. Recordé la decepcionante primera impresión —en ese instante respiraba profundamente satisfecho de regresar— y luego sonreí rememorando la cálida cercanía de Sunna en aquel momento, antes de que me las arreglara para ofenderla sin saber muy bien cómo.

Tenía ganas de ver a la vándala. Aunque cansado, me sentía alegre: volvía a ser un guerrero, y además luchaba por algo que me parecía importante. Los míos estaban bien, y teníamos un hogar al que regresar, aunque lo cierto era que lo pisábamos poco. Y que Sunna estuviera en él lo hacía parecer, de alguna manera, más completo. Quizá esa tregua me diera la posibilidad de hacer las paces con ella, aunque eso significara retomar aquella conversación en la que al parecer había errado todas las respuestas. Echaba de menos reír junto a ella; en ese momento me sentía en paz, y el miedo a un desengaño había dejado poco a poco de atenazarme. Tampoco es que pensara en lanzarme al vacío, pero tal vez sí podría decirle que la extrañaba. Lo único claro era que las cosas ya no podían empeorar —o eso pensaba yo—; sentí un cosquilleo involuntario en el estómago y me reí de mí mismo. En el plano sentimental había pasado de adolescente descerebrado a joven egoísta, adulto desengañado, maduro cobarde y viejo estúpido. Definitivamente, se me daba mejor la guerra.

Visumar, a mi lado, me palmeó la espalda.

—Me gusta esta vista de los valles. ¡No hay nada como regresar a casa! —exclamó, satisfecho.

—Salvo abrir a unos cuantos suevos en canal, a lo mejor —puntualicé.

Aunque no pensara admitirlo ante el vándalo, realmente necesitaba aquel descanso. No solo para mi castigado cuerpo, agotado tras tantas marchas nocturnas y asaltos desesperados, sino también para mi mente, que después de la debacle sufrida por mis jóvenes reclutas parecía haber llegado al límite. Me hacía falta reposo y una buena jarra de sidra para volver a ver las cosas de

otra manera.

Cuando llegamos al final del valle sobre el que se levantaba la fortaleza salieron a recibirnos los siempre ruidosos perros y los salvajes muchachos. Poco faltaba ya para que algunos de ellos nos acompañaran por primera vez en nuestras marchas hacia la frontera; por fortuna para Lucio, sus hijos eran aún demasiado jóvenes, pero crecían rápido. Uno a uno, o en pequeños grupos, los hombres se fueron dispersando camino de sus hogares. Visumar continuó a mi lado, y supuse que deseaba comprobar si Lucio ya había llegado. Por lo que yo sabía, tampoco a él le esperaba nadie, así que no tenía prisa por volver a la fortaleza.

Para mi sorpresa, el hispano, efectivamente, se encontraba allí. Debía de estar más cerca del valle que nosotros cuando se anunció la tregua, o quizá, más probablemente, se enterase de las noticias antes que nosotros mismos. Tal vez incluso hubiera formado parte del consejo en el que se había alcanzado el acuerdo. Vestido con una camisola ligera y un calzón grueso manchado de barro, discutía animadamente con Mario. Hacía ya varias lunas que no coincidía con ninguno de los dos, y me alegré de verlos con tan buen aspecto.

La presencia de Lucio alimentó mis esperanzas de que también Marco se encontrara ya en casa, aunque no había visto su montura. Issa, por su parte, había partido al galope desde varias millas antes de llegar al profundo valle, ansioso por ver a su familia, y en ese momento ya debía de estar abrazando a Vera y al pequeño Culchw. Culchw *ap* Issa, como le gustaba decir solemnemente ante la horrorizada mirada de la madre.

Hacía ya algún tiempo, desde poco antes del nacimiento del pequeño, Issa y Vera habían pasado a ocupar una pequeña casita situada a pocos estadios de donde nos encontrábamos nosotros. Con el britano destacado siempre en la frontera, fueron Mario y Sila, durante los periodos que pasaban cuidando de Cayo, los que se ocuparon de adecentar el lugar; habían hecho un buen trabajo, y gracias a ellos la pequeña familia gozaba de mayor intimidad y un espacio propio. El resto de nosotros, en cambio, seguíamos —digo seguíamos, aunque hacía mucho tiempo que no pisaba aquel lugar— viviendo en la misma parcela que nos cediera Lucio a nuestra llegada.

Desmonté para acercarme a Lucio y a Mario y dar a cada uno un buen abrazo.

—¿Dónde os habíais metido? Issa pasó por aquí hace horas —saludó Lucio.

—Estábamos tratando de deshacernos de tu salvaje prole; asustaban hasta a los caballos, ¿verdad Visumar? —dije, esperando oír la risa del vándalo a mi lado, pero al girarme vi con sorpresa que, en lugar de detenerse para cruzar unas palabras con Lucio, seguía avanzando al trote hacia mi casa.

Me quedé pasmado como un estúpido mirando lo que sucedió a continuación, porque en cuanto llegó hasta el remozado edificio comenzó a llamar a Sunna a voces. Esta salió por la puerta antes de que el vándalo entrara y se lanzó a sus brazos a la carrera. Me quedé de piedra, y hasta que Lucio no me golpeó fuertemente en el hombro no reaccioné.

—Parecen jovenzuelos... —comentó riendo el hispano—. Siempre fogosos e impacientes.

No supe qué decirle, ni siquiera lo pude mirar. Solo podía contemplar con la boca abierta cómo el vándalo agarraba a la mujer con firmeza por la cintura y la besaba apasionadamente.

—Vamos, hombre, ven a saludar a Porcia —me dijo Lucio pasándome un brazo sobre los hombros.

—¿Desde cuándo...? —fue lo único que acerté a preguntar antes de que el hispano lograra moverme de mi sitio y conducirme hasta la entrada de su casa.

—¡Ah, tú no lo sabías! Claro, como pasas tan poco por aquí... Regresas aún menos a menudo

que yo, así que mi dulce Porcia ya no puede echarme en cara que soy el hombre que menos tiempo pasa en su hogar de todo el valle. ¡Te debo una, alano!

Seguí a Lucio hacia el interior de la casa, escuchando cómo parloteaba animadamente sobre la relación de los vándalos, como quien comparte un cotilleo de comadres. Llevaban juntos ya casi un año, desde aquella vez en que Visumar había recibido un lanzazo en el interior del muslo luchando codo a codo con Lucio durante una de las escaramuzas en la frontera. Aunque yo no estaba presente, recordaba haberlo visto caminar con una leve cojera hasta hacía pocas lunas. El propio Lucio lo había trasladado a la fortaleza para que lo atendieran. A partir de ahí, la maldita historia de siempre: enorme guerrero desvalido, preciosa mujer que se ocupa de cuidar de sus heridas. Tenían todo a favor: compartían el mismo origen entre gentes muy distintas a ellos, Sunna era una de las mujeres más hermosas que se podían ver en muchas millas a la redonda, y él siempre tan encantador...

Decididamente era un buen tipo. Bien parecido, alegre por naturaleza pese a la vida que había llevado, educado —al menos más que yo— y con un contagioso sentido del humor que hacía de él un excelente compañero. Así que, en realidad, ¿por qué me extrañaba tanto que hubieran decidido compartir su vida? ¿Por qué me asaltaba aquella sensación de derrota, de rabia, de frustración? No me costó encontrar la respuesta: porque no había sido yo quien había tomado la iniciativa en lugar del vándalo. Como siempre, me concentraba en mi absurda lucha interior, sin hacer nada hasta que ya era demasiado tarde. Sumido en mi egoísmo, había pensado que ella estaría ahí para siempre, mientras yo decidía si estaba preparado o no para permitirle que curase mi alma. Pero lo cierto era que, más allá de mi propio ombligo, el tiempo seguía transcurriendo. Y ella había encontrado en su camino a Visumar. Un hombre más joven, más guapo y más simpático que yo. Esperaba que fueran muy felices, pensé con amargura.

Aturdido, saludé a Porcia como pude, y me despedí con rapidez con la excusa de que deseaba ver cómo se encontraba Cayo. Mientras caminábamos hacia la casa, Mario tuvo que insistir varias veces para sacarme unas pocas palabras sobre la situación en el frente; él llevaba ya más de una luna allí, mientras su compañero Sila seguía con Marco en la frontera. Por él supe que todavía no habían regresado, aunque tenía noticias recientes de que ambos se encontraban bien. Sería solo cuestión de tiempo verlos aparecer por el tranquilo camino que llevaba hasta Curunda.

Entramos en la casa, y allí se encontraban Sunna y Visumar llenando alegremente unas enormes cestas de madera de castaño con ropas y pequeños útiles. La vándala debía de estar recogiendo sus pertenencias para irse a vivir con él a la fortaleza. Me quedé mirándolos, y por un momento pensé que debía de parecerme mucho a mi pobre chucho, al que todavía no había visto: sucio, triste y con pinta de desgraciado.

—¡No te apenes, grandullón! —me dijo sonriente Visumar en cuanto reparó en mi presencia —. Me llevo a la chica más guapa del lugar, pero vendremos a verte a menudo, y además te tendremos un lugar reservado en nuestra terraza para que dormites a gusto después de disfrutar de un buen cordero asado regado con abundante cerveza.

Crucé mi mirada con la de Sunna, siempre fría, algo altanera, pero a la vez abrasadora.

—Me alegro de verte, Attax —me dijo sin cambiar un ápice su expresión.

Visumar la agarró por la cintura y la atrajo de nuevo hacia él, pero ella no apartó la mirada de mí.

—El alano es todo un campeón. El primer día que lo vi pensé que era un carcamal, que ya habían pasado sus mejores años, pero por Dios que cuando sostiene una espada en la mano se convierte en una jodida máquina de matar.

—Sí, he tenido ocasión de comprobarlo —repuso ella, acercándose y dándome un beso en la mejilla que me resultó helado y ardiente a partes iguales.

—Es cierto. —Visumar se volvió hacia mí—. Y nunca podré agradecerte lo suficiente que cuidaras tan bien de ella. —Creo que en ese momento llegué a odiarlo, pero compuse una sonrisa de circunstancias mientras él se alejaba hacia la puerta sin dejar de hablar animadamente—. Sunna, iré sacando tus cosas para cargarlas en el caballo; Attax, ¡espero verte pronto en la ciudad!

En ese momento se oyó desde el otro extremo del edificio la voz grave y cansada de Cayo, que debió de alarmarse al escuchar tanto escándalo dentro de la habitualmente tranquila casa. Mario, presuroso, se dirigió a atender a su señor mientras yo me quedaba allí, mirando estúpidamente a Sunna. Ella me sostuvo la mirada, sin que sus ojos me revelaran nada. No sabía qué decir, hasta que decidí soltar cualquier cosa.

—Espero que seáis muy felices. —Apenas me salía la voz.

—Lo mismo te deseo, Attax. Aunque sé que te resultará fácil, porque mientras puedas matar sin medida lo serás. No necesitas nada más.

Aquello me sentó como una puñalada directa al corazón. Era cierto, no podía negarlo, y en cualquier otro momento incluso me lo podría haber tomado como un halago. Pero escucharlo de sus labios me dolió tanto como si me hubieran abierto en canal para arrojarme luego a una salina al lado del mar. Allí estaba ella, frente a mí, tan hermosa como la primera vez que la había visto, o quizá más. De aquello hacía ya casi nueve largos años. ¿Qué edad podría tener ella? ¿Treinta y seis? ¿Treinta y siete? Al contrario que a muchas mujeres, el paso del tiempo parecía favorecerla, con el largo cabello recogido en una apretada trenza, ataviada con un sencillo vestido verde claro que hacía realzar la blancura de su rostro, siempre pálido como el marfil, y aquellos bellos ojos como enormes cuentas grises. ¿Cómo me vería ella a mí? Parpadeé, confuso, al escuchar de nuevo su voz.

—Cayo se encuentra bien, quizá un poco débil, pero la edad no perdona. Es un buen hombre. Cuando partáis volveré aquí todos los días para atenderlo.

—Marco te lo agradecerá, y yo también —acerté a decir con un leve tartamudeo.

Pasó una de sus esbeltas manos por mi rostro y mi cuerpo se tensó como la cuerda del arco de Issa cuando el britano disparaba sus certeras flechas.

—Cuídate tú también, Attax. No olvides que hasta el acero puede quebrarse.

En ese momento regresó un risueño Visumar a la estancia.

—¡Vámonos! ¡La felicidad nos espera en la colina! —exclamó, y ante mi horror levantó a la mujer en sus brazos como si fuera una liviana pluma y salió con ella por el portal.

Me quedé allí, solo y abatido, hasta que un peludo y desgraciado animal entró corriendo en la estancia y me recordó cuánto me parecía yo a él. Lo llamé a mi lado y lo rasqué tras las orejas, mientras él balanceaba el rabo con entusiasmo. A partir de aquel día pasé largas horas acariciándolo.

XIX

Marco tardó algunas semanas en regresar. Estuve la mayor parte del tiempo solo, con mi fiel y apestoso chucho, y algunos ratos con Cayo, Lucio o el pequeño Culchw y sus padres. Siempre encontraba alguna excusa para no ir a la fortaleza; no estaba seguro de poder soportar de nuevo la edulcorada e hiriente visión que ofrecían a mis ojos los dos felices vándalos. Pasé muchas noches en vela, sin llegar a comprender por qué todo aquello me estaba afectando tanto. Me sentía incapaz de valorarlo de forma racional: lo único que sabía con certeza era que solo me había dado cuenta de lo importante que era ella para mí cuando supe que ya no podía tenerla. Quizá me estaba comportando como un niño pequeño, que arroja cien veces su juguete al suelo pero llora desesperado cuando acaba por romperse. Pero esa idea únicamente me deprimía más.

Nunca había imaginado que pudiera llegar a echarla tanto de menos. No se trataba solo de su atractivo, que siempre me había fascinado, sino también de la parte afectiva. Ella me daba el equilibrio que necesitaba, aunque no siempre lo hubiera sabido ver. Recordaba los tiempos felices que habíamos pasado en Lucus, cuando nos reíamos juntos de los amores y desamores de nuestros compañeros de tareas. En ocasiones habíamos estado tan cerca... ¿Por qué, por todos los dioses, nunca me atreví a dar un paso más? Tenía tanto miedo a sentirme vulnerable, tanto miedo al rechazo... que al final había acabado sintiéndome igualmente el más desgraciado de los hombres y sabiendo que la había perdido antes de haberme atrevido siquiera a lanzar mis dados.

Me dolía especialmente pensar en aquel momento en el mirador de la colina, cuando el recuerdo de la última ocasión en la que, en el mismo lugar, sentí a Sunna tan cercana a mí me había llevado a valorar la posibilidad de retomar la conversación que teníamos pendiente. Pero, para ser justos, si las cosas hubieran seguido como hasta ese día, dudaba que al final me hubiera atrevido a plantearle nada. Como tantas veces, me habría echado atrás y habría vuelto a la frontera en cuanto me reclamaran para no regresar en muchas lunas. En cambio, mientras pensaba que Sunna estaría en casa cada vez que a mí me apeteciera volver, no la había echado tanto de menos.

Sabía que estaba siendo injusto y egoísta, pero eso no me consolaba. Cuantos más días pasaban, más huraño me volvía. Muchas noches, antes de que el frío del invierno llegara hasta aquellas oscuras montañas, me sentaba delante de nuestra casa sobre la hierba húmeda, y con la espalda apoyada en la vieja edificación, lanzaba una y otra vez, mecánicamente, un retorcido palo que mi fiel chucho se aprestaba a devolverme, agitando nerviosamente su peluda cola. Podía pasar horas así. Con una jarra de sidra en mi siniestra y aquel palo lleno de babas en la derecha, tirándolo lo más lejos que podía mientras me hacía la misma pregunta una y otra vez. Al final, lo único que saqué en claro era que me estaba volviendo a comportar como un cobarde, y era plenamente consciente de ello, pero me parecía la única manera de mantenerme cuerdo. Esa, o regresar a la frontera a matar a cuantos enemigos pudiera. Ya Sunna lo había dicho cuando nos despedimos, y tuve que admitir, con una amarga sonrisa en los labios, que estaba en lo cierto. Yo no era más que un salvaje, preocupado únicamente por matar, que temía más que a nada en el mundo atarse a una mujer. Y eso mismo me había hecho perder para siempre primero a Aspasia

y más tarde a Sunna, las únicas que realmente me habían importado en mi vida.

Vera fue la que se atrevió a preguntarme directamente por mi melancólico estado. Pensaba que ninguno de los que me rodeaba se habría dado cuenta, y mucho menos la mujer del britano, que pasaba gran parte del día atendiendo a aquella criaturita tan linda y ruidosa que poseía un nombre que solo mi perro sabía pronunciar. Sorprendido, le contesté con forzados monosílabos antes de escabullirme para realizar cualquier tarea inútil que se me ocurrió. Nunca sabré cómo las mujeres encuentran las palabras necesarias para expresar lo que guardan en su interior; tal vez solo sea que saben revestir los sentimientos con un aura de lógica totalmente falsa. Para mí sería como tratar de vestir a un débil cura como Zenón con mi descomunal cota de malla: se puede hacer, pero el resultado será una farsa. Sin embargo, los hombres nos escondemos como animalillos asustados cuando se trata de hablar de sentimientos, y preferimos cortarnos las cabezas unos a otros a reconocer lo que esconde nuestra alma. ¿Cómo demonios vamos entonces a entendernos?

Justo antes del regreso de Marco llegó una invitación de los dos vándalos para que acudiéramos a la fortaleza a disfrutar con ellos de una sencilla y agradable comida. Para no dejar de lado mi acostumbrada cobardía, alegué encontrarme indispuesto para no tener que acudir. Aquello provocó que Vera me mirara furibunda y que Issa me escrutara como queriéndome decir con la mirada que lo estaba metiendo en un problema. La pareja se llevaba muy bien con los vándalos —la verdad es que todo el mundo se llevaba bien con ellos, solo yo los evitaba concienzudamente—, y siempre que podían acudían a visitarlos con el pequeño Culchw tirando de la falda de su madre. Tal vez Lucio podría haber echado abajo mi para nada rebuscada excusa, porque la noche anterior habíamos estado hasta altas horas de la madrugada bebiendo una jarra tras otra de la deliciosa sidra que Porcia elaboraba, mientras hablábamos a grandes voces de las tropelías que perpetraríamos en la frontera cuando regresáramos. Tal había sido el desmadre que yo mismo había tenido que meter al hispano en su casa cargándolo a duras penas, antes de llegar, sin saber muy bien cómo, a la mía propia. Cuando se despidieron de mí para dirigirse a la colina, vi una mirada de complicidad en el hispano, que no distinguí si quería decir que sabía que en realidad me encontraba en perfecto estado o que, por el contrario, achacaba mi fingida enfermedad a la juerga de la noche anterior.

Por fin, poco antes de que el otoño se marchase, regresaron los últimos hombres de Curunda, y al frente de ellos Marco. Y no había podido elegir mejor momento para volver, porque, como él mismo dijera tres años atrás, Cayo parecía consumirse lenta pero inexorablemente como la luz de una lucernaria. Llegamos a temer incluso que el anciano abandonase este mundo antes de que su sobrino regresara, y a punto estuvimos en más de una ocasión de partir hacia el oeste para buscarlo antes de que tal desgracia sucediera. Creo que tan solo los cariñosos y diestros cuidados que le procuraban las mujeres y el excéntrico santón, que parecía haberle tomado auténtico cariño al comerciante y nunca dejó de visitarle, lograron mantenerlo con vida hasta el regreso de su sobrino.

Marco apareció por el camino cuando ya las hojas habían abandonado las copas de los árboles para servir de manto a la tierra. Mientras bajaba de su caballo para acercarse hasta donde me encontraba partiendo leña para mantener nuestro fuego alimentado y la estancia caliente para Cayo, me di cuenta de que tenía frente a mí a todo un guerrero en plenitud. Ya no quedaba rastro del joven de hacía unos años, que, aunque diestro con las armas, no podía disimular la frescura de su rostro y la escasa pelusa que tenía por barba. Aunque no vestía su cota de malla, que estaba atada a la silla sobre el caballo, su estampa era ya la de todo un veterano. Sus movimientos al descender de la montura eran ágiles y medidos, y los largos años de lucha ininterrumpida habían

modelado su cuerpo y forjado su carácter. Las decenas de muertes a cuenta de su acero también lo habían conseguido, pensé con un deje de orgullo y cierto poso de amargura. Aunque causar la muerte entre los enemigos puede hacer que una vida tenga sentido, de alguna manera me entristecía la idea de que al joven le hubiera sido arrebatada la que en realidad le habría correspondido. Para luchar por cada palmo de terreno y batirnos con cualquiera que se nos presentara delante ya estábamos los recios veteranos como yo, no los cultos hijos de los grandes terratenientes hispanos. Me sorprendí por lo que acababa de pensar, porque era algo que yo mismo había criticado hasta la saciedad de todos aquellos hispanos que había conocido, y, negando con la cabeza, me concentré en él. Cada vez más cicatrices daban fe de sus hazañas; también en su otrora delicada piel había escrito el destino la prueba de su salvaje modo de vida. Aunque solo contaba con veintiséis años, algunas hebras blancas comenzaban a entreverarse en sus sienes. Ya desde nuestro regreso a Lucus, tras la muerte de Galieno, el semblante de Marco reflejaba la dureza propia del que ha perdido la inocencia de la juventud, y ahora, desgraciadamente, a los pocos días de su regreso, otra pena se añadiría a las que guardaba en su alma.

Justo el mismo día en que nos visitaron las primeras nieves del año, Cayo Vipsanio Celer falleció, lejos de su Lucus natal, de la *domus* familiar y de la enorme finca que había poseído; en definitiva, lejos de todo aquello por lo que había trabajado durante su vida. El anciano mercader había pasado cincuenta y cinco de sus sesenta años en su amada ciudad, y los últimos que le quedaban, en aquel valle perdido, que aunque hermoso y tranquilo, debo reconocer que no ofrecía la clase de vida que Cayo había considerado adecuada —y por qué no decirlo, civilizada — durante la mayor parte de sus días. Aquellos fueron momentos tristes, quizá de los más tristes que pasamos en aquellas montañas. Pero al menos me hicieron olvidar mis propios problemas.

Durante los días previos a su muerte, su sobrino no se separó de su lado ni siquiera para comer. Yo estuve con él durante casi todo el tiempo, y allí, después de evitarla durante lunas, volví a coincidir con Sunna. Era por la noche, y yo regresaba a la estancia portando con cuidado unos humeantes cuencos de caldo que nos había preparado Porcia. Y allí estaba ella, de espaldas a mí, postrada sobre el lecho del anciano, con su rubia melena despeinada reflejando fulgurantes destellos ante las llamas del hogar. A punto estuve de darme la vuelta como un cobarde y desaparecer por donde había venido, pero entonces ella se giró y me miró con aquellos preciosos ojos ahora llorosos y llenos de tristeza. Dejé uno de los cazos al lado de la cama de Cayo y otro a los pies de un agotado Marco, que, ojeroso y apesadumbrado, se negaba a soltar la apergaminada mano de su tío, para acercarme de nuevo hacia la vándala y arrodillarme a su lado, dejando mi cuenco en el suelo. Para mi sorpresa, la mujer buscó mi mano con la suya y la apretó con fuerza mientras las lágrimas brotaban sin control. Luego comenzó a hablar en voz baja; probablemente rezaba, pues Marco parecía acompañar sus palabras con sus propios susurros. Por un momento temí que mis dioses se enojaran conmigo por estar presente durante un ritual de los cristianos, con mi mano asida con fuerza a una suplicante sierva de Cristo, pero con el paso de los minutos me relajé. La entrecortada respiración de la mujer poco a poco comenzó a volverse más rítmica y serena, y a medida que eso sucedía, aflojaba paulatinamente la presión sobre mi mano. Por último pareció que la tranquilidad regresaba a la cálida estancia, que sentí invadida por una extraña paz, en el mismo momento en que el pecho de Cayo dejó de moverse arriba y abajo. Miré a Marco temiendo que se derrumbara, pero se limitó a llevarse a los labios la mano de su tío y luego colocarla con cuidado sobre el pecho del cadáver. Yo solté a Sunna despacio, le di un beso en la frente, apreté el hombro de Marco, me despedí del cuerpo de Cayo y salí de la

habitación para intentar despejarme tras aquella intensa e insólita sesión de espiritualidad.

Al día siguiente enterramos a Cayo en uno de los valles situados al noroeste de la fortaleza, lo más cerca posible de su ciudad natal. Fue una ceremonia tranquila, a la que acudimos únicamente los que quedábamos de su familia y amigos, Lucio y su familia, Visumar y el encorvado sanador que lo había atendido, que, pese a no comulgar con el credo del fallecido, quiso estar presente para honrar su memoria. Entregamos su cuerpo amortajado a la fría y húmeda tierra de aquellas montañas, recordando agradecidos los nuevos caminos que se habían abierto en nuestras vidas gracias a aquel hombre tranquilo y honrado, que había acogido en su casa a un puñado de desconocidos hasta llegar a considerarlos casi como parte de su propia familia.

No tuvimos mucho tiempo para la melancolía: pronto las primeras heladas comenzaron a anunciar con insistencia la proximidad del nuevo invierno, recordándonos que había llegado el momento de regresar a la frontera. Partimos una fría mañana de enero, y dejamos la casa vacía a cargo de las mujeres; una vez muerto su amo, en esa ocasión tanto Mario como Sila pudieron acompañarnos. También quedó atrás Visumar, junto a algunos heridos que luchaban por restablecerse. Él sería el encargado de conducirlos de nuevo hacia el oeste antes de que acabara el invierno.

Aquellos meses el frío se erigió en señor de los valles y los bosques, y nos azotó con una intensidad que no recordaba haber sentido durante años; aunque quizá fueran mis viejos huesos los que se habían debilitado desde entonces. Trabajamos con ahínco para recuperar los puestos avanzados que más habían sufrido durante las últimas incursiones, cambiando espadas y lanzas por palas, picos y hachas. Cuando los suevos regresaran —todos sabíamos que lo harían—, nos encontrarían dispuestos para presentar batalla. Algunos campamentos, demasiado deteriorados tras los combates, tuvieron que ser definitivamente abandonados; todo material útil fue arrancado de los mismos y aprovechado para remozar los que nos servirían de defensa en los meses venideros.

Cuando regresó la primavera llegaron desde la tranquilidad de los valles del interior aquellos contingentes que habían descansado durante el invierno para relevarnos en nuestros puestos. Sin embargo, a la mayoría de nosotros nada nos llamaba de vuelta al poblado, así que solo Lucio e Issa partieron para pasar unas pocas lunas arropados por sus familias, mientras los demás optamos por permanecer allí. Yo, en ese momento, solo deseaba tener cerca mis armas y la compañía de los muchachos y aquellos hombres con los que llevábamos años compartiendo alegrías y sinsabores. Así que, en un alarde de generosidad, pedí a Lucio que ofreciera a Visumar la posibilidad de disfrutar de mi permiso, para que pudiera permanecer junto a Sunna el mayor tiempo posible, al menos mientras durase la tranquilidad. No hay nada como hacerse el héroe para poder sentirse aún más desgraciado.

Aunque los rigores del frío invernal quedaron atrás, la llegada de la primavera trajo consigo violentas lluvias que, si cabe, hicieron todavía más penosa nuestra tarea. Trabajábamos la piedra y la madera chapoteando en aquellas zanjas repletas de un barro pegajoso que entorpecía cada movimiento, mientras la lluvia nos empapaba de arriba abajo. No eran las mejores condiciones para trabajar, pero pronto comprobaríamos si nuestros esfuerzos habían valido la pena. Poco a poco, la primera línea de defensa fue quedando restaurada, y aunque las guarniciones eran pequeñas confiábamos en que los puestos avanzados estuvieran preparados para un eventual

ataque por sorpresa.

Colmando las previsiones más optimistas, aquella tregua, que se había iniciado casi sin esperarlo, llegó a extenderse durante cerca de un año. Cuando las lluvias comenzaron a serenarse, dejando paso a los días soleados cada vez más a menudo, y contábamos con que pronto los hombres que nos habían abandonado durante la primavera regresaran junto con el calor, comenzaron a llegarnos noticias desde los campamentos más adelantados que hablaban de la frenética actividad que se adivinaba al otro lado del bosque. Los suevos empezaban a reagruparse y a amenazar nuestras fronteras, que pronto volverían a teñirse de sangre. Así que esa vez no hubo relevo; nos preparábamos para la guerra de nuevo.

Los sencillos puestos fortificados fueron llenándose apresuradamente de guerreros, mientras una decena de mensajeros partían en todas las direcciones para llamar a los hombres a las armas. Antes de que se iniciaran las escaramuzas, los cabecillas de los poblados que conformaban aquella peculiar confederación se reunieron para debatir la estrategia que seguirían. El ascendente de Marco entre nuestra tropa era ya notable, por lo que fue uno de los elegidos para participar en la asamblea. Acompañado por una pequeña escolta, en la que estábamos Mario, Sila, Lucas y yo, acudió con premura al lugar designado, que se encontraba próximo a la remozada primera línea de defensa.

Ante nuestra sorpresa, cuando llegamos al punto de reunión vimos que allí se alzaban las ruinas de un antiguo templo romano, abandonado mucho tiempo atrás. Los habitantes de la zona aseguraban que había sido construido siglos antes, junto a una pequeña ciudadela que había llegado a ser próspera hasta que, tras varios años en los que se sucedieron inexplicables desgracias, aquellos que la habían construido decidieron abandonarla. Según aquellos majaderos, la razón era que habían enojado a las antiguas deidades que habitaban en los bosques, quienes los habían castigado enviándoles temibles enfermedades y voraces plagas, y cada vez que la peste y el hambre acababan con alguna de las familias asentadas allí, las raíces de los árboles se arrastraban lentamente para recuperar palmo a palmo el terreno que les había sido usurpado. Por ese entonces, la maleza había vencido definitivamente a las piedras, y apenas quedaban unas tristes ruinas donde antes se erigían orgullosos los edificios de los hombres. Pensarlo me daba escalofríos; además, el cuento de las raíces reptantes me recordaba poderosamente a lo que me había narrado Hixinio en los alrededores de la finca de Cayo. Siempre me han gustado los bosques, pero también pienso que es bueno tratarlos con respeto y cuidado para no despertar nada siniestro. Al menos mi credo me permitía procurar estar a bien con cualquier espíritu, dios menor, hada o lo que me deparase el camino; más cuidado debían tener los obtusos cristianos, empeñados en negar todo aquello que no estuviera en sus propios libros sagrados, por mucho que lo tuvieran ante sus ojos. Mientras observaba las grandes piedras semienterradas y los restos de mármol cubiertos de musgo que salpicaban cada claro, pensé que probablemente muchas de las rocas que reforzaban nuestras irregulares defensas provendrían de aquel antiguo asentamiento u otros similares, y me hizo gracia el desinteresado favor que hacían los dioses paganos a sus enemigos cristianos.

Cuando nosotros arribamos ya estaban allí la mayoría de los cabecillas de los poblados, incluido Lucio, con Issa y Visumar a su lado, junto con un puñado de hombres de Curunda que nos saludaron afectuosamente tras no habernos visto durante la última estación. Después de intercambiar bromas y noticias, nos afanamos en levantar nuestro propio campamento junto al suyo.

Esa noche compartimos hoguera, carne y cerveza, y aprovechamos la calidez para alargar el

reencuentro hasta muy tarde. Ya habría tiempo durante los días siguientes para mezclarnos con los hombres del resto de los asentamientos, pero en ese momento solo nos apetecía saber cómo les había ido a los nuestros. Cuando todos estábamos ya bastante achispados y hacía rato que no me cabía ni un bocado más en el estómago, abandoné el frío capitel de columna en el que estaba apoyado para orinar. Me encaminé a paso tranquilo hacia el bosque, lejos del jolgorio de los distintos vivaques. Hacía una noche agradable, en la que no era necesario abrigarse con capa alguna. Tarareando una antigua tonada, caminé con cuidado de no torcerme el tobillo en aquel irregular terreno salpicado de restos de mármol. Si hubiera estado allí Leviatán, mi querido chucho, podría haberse entretenido en sacar una columna tras otra de la tierra escarbando con sus patas inquietas. Llegué hasta un agradable rincón poblado de altos arbustos y estuve allí un rato hasta que el leve mareo dejó de importunarme. Cuando regresaba satisfecho al campamento, me encontré por el camino con Visumar. Tardé un instante en reconocerlo, porque entre la oscuridad y la cerveza que había ingerido no andaba yo precisamente muy despierto, pero a medida que se fue acercando, su imponente figura no dejaba lugar a dudas. Suspiré para mí ante aquel inevitable encuentro que no me apetecía nada. No es que el vándalo me cayera mal, antes al contrario, pero la corrosiva envidia que no podía evitar sentir en mi interior me hacía intentar encontrarme lo más lejos posible de su expresiva felicidad, que tan molesta me resultaba.

—¡Attax, amigo! —dijo acercándose tambaleante hacia mí.

—¡Visumar! Tu vieja vejiga también te juega malas pasadas, ¿eh? —Sonreí forzadamente en la oscuridad.

—¡No tan vieja! —respondió poniendo los ojos en blanco—. Pero sí, reconozco que he bebido demasiada cerveza.

—Ten cuidado con donde pisas, todo el jodido camino está lleno de trozos de piedra —le aconsejé, tratando de escabullirme y continuar hacia donde estaban los demás.

—No, si a mí me vale aquí mismo.

Se apoyó en mi hombro para darse la vuelta y orinar hacia los matorrales que flanqueaban el casi inexistente camino.

Tuve que esperarlo allí, oyendo como regaba las malas hierbas que crecían por doquier y tratando de no pensar en nada.

—Attax, nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho por mí —farfulló, aún de espaldas.

Me quedé sorprendido por su comentario, y me costó unos instantes intuir a qué se refería, pero por último creí dar con el motivo.

—Tampoco fue para tanto, hombre. No te preocupes, realmente prefería quedarme con Marco que regresar a la fortaleza.

Se dio la vuelta mientras se abrochaba el calzón.

—¡Ah! ¡Gracias por eso también, desde luego! Pero me refería a todo lo demás. Especialmente a que salvaras a Sunna en Asturica...

Me quedé estupefacto, pero esperaba que entre la oscuridad de la noche y la manifiesta embriaguez del vándalo, este no se percatara de mi expresión.

—Era lo menos que podía hacer —respondí, agitando la mano para restarle importancia.

—¿Lo menos que podías hacer? Apenas la conocías. ¡Te podías haber largado sin tener que ver con nadie! Pero la salvaste, y la has cuidado hasta este momento, y ahora yo me siento el hombre más feliz del mundo. Puedes pedirme lo que quieras y considerarme tu amigo para siempre.

Consternado, tuve que soportar con estoicidad que llegara junto a mí y me estrechara con fuerza, mientras su hediondo aliento a cerveza me penetraba en las fosas nasales. Permanecimos así un instante —la borrachera no le permitía al vándalo moverse con celeridad— y luego regresamos hasta el campamento apoyándonos el uno en el otro para no caernos. Cuando llegamos a nuestra fogata, ya algunos roncaban atronadoramente, mientras unos pocos continuaban bebiendo y charlando ruidosamente.

Al día siguiente la cabeza me dolía horrores, pero aún más molesto me resultaba el agrio regusto a derrota que me había dejado la charla compartida con el vándalo. Mi cuerpo clamaba por un descanso que finalmente no se le permitió: cuando las primeras luces del alba se proyectaron a través de los densos bosques, Marco me zarandeó para despertarme y me hizo un gesto para que lo acompañara lejos de los hombres. Quejándome y refunfuñando, seguí los pasos del impasible hispano. Deambulamos por aquella ciudad muerta, hasta que, por último, cuando nos encontrábamos ya muy lejos de cualquiera de los campamentos que poco a poco regresaban a la vida se sentó en uno de los antiguos muros que se encontraban medio derruidos y me miró con fijeza.

—Esto debió de ser una casa —dijo, señalando con melancolía las columnas rotas que asomaban a nuestra espalda—. Estamos en el *impluvium*, y las piedras que acabamos de sortear probablemente serían las paredes de las *tabernae*...

—Si tú lo dices... —contesté de mal humor, masajeándome suavemente las sienes.

—¿Crees que algún día todo lo que conocemos será como esto?

Lo miré sin comprender a qué se refería, y le hice un gesto para que se explicara mejor.

—Tarraco, Caesaraugusta... Todo lo que Roma ha hecho grande y glorioso puede acabar un día como estas solitarias piedras. —Se agachó para recoger un guijarro y lo lanzó hacia el interior del fantasmal edificio—. Ayer fueron Conimbriga y Asturica, y quién sabe lo que sucederá con Lucus. A veces creo que todo lo que hemos conocido desaparecerá tarde o temprano.

Meneé la cabeza, frunciendo el ceño ante tan inquietante como improbable posibilidad.

—Piensa en Emerita; pese a que ha sido saqueada en múltiples ocasiones, permanece en pie y sigue siendo la ciudad más grande e importante de toda la diócesis. —Acto seguido me desperecé y me puse filosófico—. Quizá nos haya tocado vivir en un tiempo de cambios, y no sé si las cosas volverán a ser como las hemos conocido. Pero no puedo decirte si esto será para peor o para mejor.

Me miró tan desconcertado como lo había mirado yo hacía unos instantes, instándome a continuar.

—¿Crees que mis padres habían visto muchas ciudades como las que has nombrado, hace apenas sesenta años, cuando vivían en el mar de hierba, muchísimas millas más al este? Dudo que ni tan siquiera hubieran visto una urbe como Conimbriga. Pero ahora, tan pocos años después, los restos de mi pueblo (si hacemos caso a las habladurías) viven como reyes en los grandiosos palacios de Carthago, cuando sus abuelos vivían en medio de los bosques y las praderas y dormían bajo las estrellas.

—Tienes razón... Parece que vosotros os estáis pareciendo cada vez más a nosotros, mientras nosotros cada vez nos asemejamos más a... —No supo continuar.

—El mundo está cambiando, nosotros estamos cambiando. ¡Mírame a mí, que ya no recuerdo ni cómo se luchaba a lomos de un buen caballo!

El hispano rio divertido por mi ocurrencia.

—De todas formas, no tiene por qué ser tan traumático. Asturica no ha quedado como esto —dije señalando hacia el suelo—. Sigue siendo una ciudad importante, y a ella llegarán nuevos hombres y mujeres que volverán a habitarla y la harán aún más grande.

—Tienes razón, todo cambia... Pero ¿habrán cambiado los godos?

Lo miré sorprendido por el repentino cambio de tercio.

—¿A qué demonios te refieres? ¿A si ahora en lugar de adorar a tres dioses adoran a uno?

Negó con la cabeza con una sonrisa en sus labios.

—No creo, pero no me refería a eso. Hoy hablaremos sobre ellos en la asamblea.

—¿De los godos? ¡No me jodas! ¿Es que acaso andan otra vez por los alrededores? —exclamé, y sentí arreciar mi molesto dolor de cabeza.

—Algo parecido. ¿Recuerdas lo que nos dijo Frogga con respecto a los ejércitos de Cyrila y Sunierico?

—Sí, que se encontraban en algunas provincias tomando el control de las principales urbes. Al sur y al este —respondí cruzando los brazos sobre el pecho.

—Pues parece que siguen en ello, y cada vez son más las bandas que atraviesan los Pireneos.

—¿Y a dónde quieres llegar? ¿A que nos unamos a ellos para derrotar a los suevos?

—No, por supuesto que no. Ya no soy tan estúpido, después de ver con mis propios ojos lo que pueden llegar a hacer cuando dicen que te van a ayudar. En la asamblea se hablará sobre solicitar su arbitrio entre nosotros y los suevos. Se pretende que los disuadan de continuar con sus ataques. Algo así como lo que Hydacio y otros tantos intentaron años atrás desde las grandes ciudades de Gallaecia.

—¿Y alguien cree todavía que conseguirán algo?

—Veo que tu parecer es igual al mío. Así que hoy me opondré a ello, y necesito que todos nuestros hombres me apoyen, porque lo que voy a decir no les va a gustar a muchos de los que han dormido aquí esta noche.

—Somos los únicos que hemos visto de qué son capaces.

—Me niego a dejarles entrar en estos bosques; es como ofrecerles a los lobos que cuiden de nuestras ovejas. A nadie se le ocurriría abrirles la puerta del corral.

Asentí con la cabeza, y permanecimos unos minutos allí callados, viendo como la brisa matutina mecía las ramas jóvenes. Marco fue el primero en romper el silencio.

—Aún pienso en Salla a menudo. Dios quiera que haya logrado sobreponerse al duro e injusto destino que le reservó su rey.

—El chico sabe cuidarse. Y qué decir de los que le acompañan; muy duros tienen que ser esos galos para acabar con ellos.

—Muchas veces he rezado por él. No es justo lo que ha tenido que sufrir por nuestra culpa. Es de los pocos hombres en los que puedes confiar por completo. Además de en ti, por supuesto —puntualizó, suavizando su expresión.

—Sabes que no tenemos nada que reprocharnos. Su rey es un bastardo con la mente podrida. Daba igual lo que él hiciera: habría acabado por enviarlo a ese mismo lugar por cualquier otra cosa.

—Aun así, creo que de no haber estado nosotros allí, no habría sufrido tan cruel destino.

—Ya lo hemos hablado muchas veces, Marco, ¿me vas a hacer repetírtelo? Si no hubiéramos estado allí, Salla podría haber muerto en aquel portón. Él y todos los demás. Y si acaso hubiera sobrevivido, entonces su rey lo habría jodido por no ser capaz de detener aquella locura hasta reducir una tropa como la suya a una mísera banda desarbolada. Venga, muchacho,

levantémonos y comamos algo. No quiero verme obligado a escuchar durante horas a estos botarates sin cabeza con el estómago vacío.

Marco me dedicó una sonrisa divertida.

—Me pregunto si algún día dejarás de llamarme muchacho.

—Puedes apostar a que no —respondí.

Como Marco había predicho, fue una asamblea intensa. Había hombres de cada uno de los pueblos que formaban Aunonia. Hombres del sur, del norte, del este y del oeste, cada uno con sus propias costumbres y atuendos. Algunos presentaban un aspecto mucho más romanizado, con el cabello corto, protecciones de cuero, grandes capas encima y viejos *gladius* a la cintura, mientras otros se enorgullecían de lucir los cabellos largos y alborotados propios de los montaraces, y portaban armas sencillas pero temibles. Pero a todos les unía un objetivo común: sobrevivir a cualquier precio.

Nos reunimos en el interior del enorme y deteriorado templo que se encontraba en el centro de las ruinas en las que habíamos acampado. El lugar era tan grande que podía acoger sin problemas a todos los hombres que se habían congregado para la ocasión. Los representantes de los distintos poblados eligieron alguno de los mutilados capiteles para sentarse, y los hombres que componíamos sus escoltas nos acomodamos tras ellos.

Como era costumbre entre aquellas gentes, los que vivían más cerca de la frontera tomaron la palabra en primer lugar. No en vano, ellos serían los primeros en sufrir los rigores de un nuevo conflicto. Se expusieron los informes de los exploradores, y luego se habló de puestos avanzados y de los hombres y reservas de comida necesarios para cada uno. Una guerra no solo se libra con afiladas espadas y recias lanzas; sin el estómago lleno todo estará perdido.

Las noticias no eran del todo halagüeñas: tras varios años de incesantes escaramuzas y pequeñas batallas, tan solo disponíamos de un millar de hombres repartidos por toda la frontera. El número no era muy distinto al de años precedentes, pero temíamos un ataque decidido que tratara de vencer definitivamente nuestras defensas, así que había motivos reales para preocuparse. Además, los veteranos que habían muerto durante anteriores campañas tendrían que ser sustituidos por jóvenes entusiastas pero con escasa experiencia en el combate, lo que tampoco ayudaba a mejorar la situación. Rogaba por que no me tocara volver a comandarlos, y no respiré tranquilo hasta que se decidió asignar a cada pueblo la defensa de una sección de la frontera. De esa forma, los hombres más experimentados se entremezclarían con los más bisoños en función de su procedencia. Así, al día siguiente partiríamos hacia el noroeste, compartiendo columna con todos los nuestros.

Cuando parecía que todo había quedado aclarado, y los hombres que ocupábamos los últimos lugares rebullíamos nerviosos en nuestros puestos, uno de los más ancianos representantes de los pueblos del sur pidió la palabra. Creo que era algo que muchos —como Marco— ya esperaban, porque en cuanto aquel hombre de largo cabello blanco y rostro duro se levantó de su sitio utilizando su lanza como si fuera un bastón, un leve murmullo se extendió entre la concurrencia.

—Si no labramos la tierra, no tendremos comida con la que alimentarnos. Mis tierras necesitan brazos fuertes que se ocupen de ellas. Si todos los jóvenes parten a la guerra, no quedarán brazos para asir los aperos, pues todos se encontrarán empuñando armas en la frontera.

—Sin esos brazos portando lanzas y escudos no tendrías tierras que defender —lo interrumpió

Marco, poniéndose en pie a su vez.

—Todos sabemos cuáles son tus pensamientos, *primipilus*, y nos alegramos de que estés de nuestra parte —respondió el hombre, agachando la cabeza en señal de respeto—. Pero incluso tú necesitas comer.

—Habla claro, Lario —le espetó Marco—. ¿Qué es lo que propones?

—Me refiero a que la lucha no tiene por qué ser la única opción. Podemos intentar que alguien interceda por nosotros, que medie en nuestro conflicto. Los suevos tienen enemigos más poderosos que nosotros. Debemos aprovechar esa situación.

—Supongo que no te refieres a solicitar el auxilio de Roma, pues Roma ya no escucha a sus hijos, ¡y estos mueren bajo sus murallas! ¿Y sabes lo que les pasó a los últimos que pidieron ayuda a los godos? —preguntó Marco mirando en derredor con una mueca en los labios—. Yo os lo diré. Que ninguno vio el sol del día siguiente. Yo estuve allí, en Asturica, y os juro que si el infierno existe, debe de parecerse al día en que sus habitantes les abrieron las puertas a los perros godos...

—Ya sabemos lo que sucedió en Asturica, pero incluso el emperador Avito los utilizó para sus propios fines. No son como los suevos.

—Es cierto, son incluso peores. Porque se escudaron en una autoridad que no poseían para tomar una muralla a base de mentiras.

Otro de los hombres se levantó y tomó la palabra.

—El *dux* Sunierico se encuentra en la meseta. Se le podría enviar un mensaje para que sepa del peligro que corre nuestro pueblo. No hablo de una intervención armada, sino de una embajada de paz...

Marco se giró hacia quien había hablado.

—¿Como las que se enviaron a Aecio cuando yo era niño? Confiaría mucho más en el campeón de Roma, y él tampoco hizo nada más que regalarnos los oídos con bonitas palabras.

—¿Y qué es lo que propones tú, *primipilus*? ¿Luchar hasta desangrarnos, hasta que nuestras mujeres e hijos pequeños tengan que portar las armas que nuestras manos exánimes ya no puedan sostener? ¿Es eso? —gritó angustiado el anciano del sur.

—Si fuera necesario, sí —respondió Marco con voz queda.

Un revuelo de voces airadas se apoderó del lugar. Los hombres se levantaron de sus improvisados asientos para defender con vehemencia la postura con la que más comulgaban. Durante unos minutos todo fue un caos, e incluso llegué a temer que se llegara a las manos, pero antes de que eso ocurriera uno de los hispanos se levantó para imponer silencio, haciéndose oír por encima de los demás. Nunca había cruzado palabra alguna con él, pero lo conocía de vista. Se llamaba Caulión; por lo que se decía, era descendiente de los antiguos pueblos de la montaña, y sus gentes habían poblado los mismos montes durante generaciones. No solía hablar demasiado, pero cuando lo hacía, los demás lo escuchaban.

—Ambos tenéis razón, pero de nada valdrá que discutamos entre nosotros. Propongo una salida: hoy lucharemos, pero si el próximo verano la guerra continúa, yo mismo iré a entrevistarme con Sunierico para solicitar su intercesión. No tenemos hombres para afrontar más campañas; si las armas no nos dan una respuesta a corto plazo, las fronteras se derrumbarán, pues no dispondremos de hombres suficientes para mantenerlas, y los suevos nos perseguirán como a conejos por los bosques hasta darnos muerte. Así que tienes un año, *primipilus*. Un año —zanjó, clavando en Marco una mirada desafiante.

XX

Marco se tomó aquellas palabras como un reto personal. Cuando regresamos al puesto que se nos asignó, se embarcó en una actividad frenética, en la que no tenía cabida nada ajeno a nuestra lucha. Efectuábamos salidas continuas, ignorando el cansancio, sin tiempo para atender las heridas o relajarnos junto a un buen fuego; la sangre, el sudor y el agotamiento acompañaron cada hora de nuestros días. A veces, cuando cerca del amanecer, extenuados y doloridos tras los combates de la noche, nos sentábamos para que nuestros propios compañeros nos curaran nuestras heridas, antes de hacer lo propio con las suyas, me parecía volver a escuchar aquellas palabras resonando en mi cabeza: un año, *primipilus*; tienes un año.

Como suponíamos, tras la asamblea, las primeras incursiones de bandas suevas no se hicieron esperar. Pero en esa ocasión fuimos nosotros los que los sorprendimos a ellos, que no se habían figurado encontrarnos alerta, armados y dispuestos a pelear con aquella fría determinación que Marco sabía insuflar a sus hombres. Una vez rotas las hostilidades, abandonamos nuestra habitual táctica conservadora basada en mantener las posiciones y movernos en un área limitada para salvaguardar los fuertes y proteger las poblaciones adyacentes; esa vez nos dirigimos al oeste y nos convertimos en una afilada punta de lanza que amenazaba el corazón del enemigo. Los años anteriores nos habíamos limitado a defender los bosques, entregando la iniciativa a los suevos, pero en ese último año de plazo era necesario tomar nuevos riesgos, si deseábamos que concluyera con una victoria determinante que convenciera al resto de los aunonenses de que podíamos continuar valiéndonos por nosotros mismos para mantener a sus enemigos a raya. Era un plan temerario, pero si alguien podía llevarlo a cabo, esos éramos nosotros.

Conformábamos una banda de casi doscientos hombres, lo que suponía cerca de la quinta parte de todos los disponibles. El resto se distribuían por los puestos avanzados de la frontera y se ceñían a una estrategia más convencional, defendiéndolos ante posibles incursiones, manteniendo una estricta vigilancia de todo cuanto ocurría en los alrededores y acudiendo en auxilio de cualquier asentamiento que lo necesitara. Nosotros, en cambio, nos movíamos mucho más cerca de las bases suevas; algunos de los nuestros pensaban que incluso demasiado.

Siempre en movimiento, elegíamos con cuidado a nuestras presas. Pequeñas columnas dispuestas a internarse en los bosques, caravanas de suministro mal escoltadas que debían aprovisionar a las tropas e incluso pequeños poblados que se habían ido estableciendo en aquella tierra de nadie que los aunonenses habían tenido que ir cediendo palmo a palmo durante las últimas campañas. Llevamos el terror a aquella franja, pasando de defensores a atacantes capaces de castigar cualquier descuido con sangre y fuego. Nos amparábamos en las sombras para golpear, siempre al anochecer, alimentando la incertidumbre en el enemigo hasta convertirla en auténtico miedo cuando caíamos sobre ellos. Los lobos del *primipilus*, empezaron a llamarnos los más jóvenes, y como animales hambrientos buscamos sin descanso la sangre que nos saciara. Mientras los nuestros guardaban las fronteras, nosotros atacábamos como el relámpago en la tormenta, privando a los suevos de lugares que pudieran considerar seguros para utilizarlos como base de sus incursiones. Aunque también nosotros contábamos con menos defensores, las

partidas de atacantes, acostumbrados hasta entonces a moverse a su antojo, se lo pensaban dos veces antes de dispersarse por el territorio o dejar sus asentamientos desguarnecidos.

Durante las tres primeras lunas contamos nuestros ataques por aplastantes victorias. Nunca definitivas, pues nos limitábamos a caer sobre pequeñas columnas o poblados, pero sí tremendamente útiles a la hora de alimentar nuestra moral y los temores del enemigo. Además, nos sirvieron para acumular importantes cantidades de provisiones, herramientas y armas con las que reabastecernos. Puede que aquellos brazos que Lario reclamaba no estuvieran disponibles para blandir las hoces y guadañas en los campos del sur, mas el acero de las espadas por el que las cambiaron también nos proporcionó una buena cosecha. Sin embargo, pasado este tiempo, los suevos reaccionaron enviando un nuevo cabecilla desde las cercanías de la arrasada Conimbriga con la misión de reconducir la situación en el repentinamente inestable norte: Teodomiro, cuyo nombre tanto llegué a detestar.

Nos enteramos de la nueva tras el asalto a uno de los fuertes que nuestros compañeros habían perdido lunas atrás y que nosotros recuperamos al amparo de la noche y por la fuerza de nuestras armas. Nuestros enemigos comenzaban a darse cuenta de que si querían vencer de una vez por todas, debían apostar fuerte y no limitarse a luchar como lo habían hecho hasta entonces. Por boca de los prisioneros que hicimos aquella noche, averiguamos que Teodomiro llegaba con nuevas tropas dispuesto a acabar con nosotros. Hasta ese día no habíamos escuchado aquel nombre, pero reconozco que poco tiempo después ese cabrón consiguió hacerse con un sitio destacado en mis pesadillas. Aunque no solo por sus habilidades en la guerra.

Por ese entonces solo sabíamos su nombre y que su fama como comandante infundía respeto y confianza en los que serían sus hombres. Recuerdo que uno de ellos logró vencer su temor para demostrarnos su desprecio y, aun atado de pies y manos y de rodillas frente a nosotros, se incorporó para escupir a Marco y vaticinarle una muerte cruenta a manos de su campeón. Poco tiempo le duró su osadía; Lucio se acercó de inmediato para propinarle una brutal patada en los riñones que hizo que el tipo cayera de bruces frente a las botas de Marco.

—Será una lástima que tú no lo veas —se limitó a decir este antes de indicar a uno de sus hombres que lo degollara.

No podíamos permitirnos dejar supervivientes. Dependíamos de nuestra sangrienta fama y del temor de nuestros enemigos. Nadie sabía cuántos hombres componían nuestra cada vez más reducida banda, y así debía seguir siendo si queríamos seguir en este mundo. Sin embargo, todavía me sobrecogía comprobar que el sonriente muchacho que recordaba hubiera llegado a convertirse en aquel líder duro e implacable, dispuesto a hacer lo que debía hacerse en cada ocasión.

Ni siquiera cuando el invierno llegó a las montañas, y la pertinaz ventisca congelaba hasta nuestras pestañas, tuvo lugar la tradicional tregua tácita en la que ambos contendientes solían replegarse hasta que el clima se suavizara de nuevo. Los dos bandos estaban volcados en dar el todo por el todo, y las escaramuzas siguieron sucediéndose sobre la cada vez más espesa capa de nieve.

La llegada de Teodomiro dio nuevos ánimos a los suyos. Además, y eso resultaba todavía más preocupante, el cabecilla suevo había arribado a las montañas con cerca de cuatrocientos hombres de refresco bajo sus órdenes. Por lo que pudimos averiguar, casi la tercera parte de ellos eran hispanos. En un principio esperábamos que los dividiera entre los distintos frentes abiertos, pero, ante nuestra sorpresa, se concentraron únicamente en dar con nosotros para tratar de destruirnos. Casi resultaba halagador.

Teodomiro no atacó los puestos avanzados ni se internó en la frontera, pero su amenazante presencia restringió enormemente nuestra libertad de movimientos, así que la presión sobre las defensas se incrementó notablemente, pues nosotros no estábamos en disposición de aliviarla. En realidad, si aquella nutrida partida de guerreros, además bien comandados, se hubiera abalanzado sobre nuestros fuertes, estos habrían ido cayendo uno tras otro hasta que nosotros mismos hubiéramos tenido que ir a su encuentro para auxiliarlos; pero en este caso la leyenda que se había creado a nuestro alrededor nos hizo un buen servicio. Probablemente, Teodomiro pensara que contábamos con muchos más hombres de los que teníamos en realidad, por lo que nos trató como la principal amenaza, sabiendo que en cuanto nosotros cayéramos, el resto de nuestra fuerza lo haría por su propio peso. Nos gustara o no, nos habíamos convertido en la piedra angular de la defensa de Aunonia. Éramos su mayor esperanza, pero también su mayor peligro, porque nuestras andanzas habían atraído al campeón suevo hacia sus fronteras. Un año de plazo... Quizá un tiempo demasiado corto para imponernos definitivamente, pero la única posibilidad era intentarlo con todas nuestras fuerzas, porque en caso contrario no quedarían aunonenses suficientes para completar la embajada a los godos.

Con los hombres de Teodomiro pisándonos los talones, aquel invierno recorrimos las zonas más inaccesibles de las montañas, tratando de mantener la distancia con nuestros perseguidores hasta agotarlos en un terreno que no conocían. Escogimos esa opción para mantenerlos lo más alejados posible de las aldeas y puestos fronterizos, por si llegaban a reconsiderar su estrategia, pero día tras día comprobábamos que no parecían dispuestos a cejar en su empeño. Embarcados en nuestro apurado periplo, pocas noticias de los nuestros podíamos recabar, aun así las escasas informaciones que recibíamos hablaban de que mantenían sus posiciones, aunque cada vez eran más los *castella* que se encontraban inmersos en la lucha. Dentro de aquel complejo escenario de guerra, la batalla principal era entre nosotros y nuestros perseguidores, entre Marco y Teodomiro.

Confiábamos en que los suevos, obligados a alejarse tanto de sus líneas de suministros e internarse en aquel terreno abrupto y salvaje que les resultaba desconocido, tuvieran serios problemas de abastecimiento. Sin embargo, nuestra propia situación también empeoraba con rapidez, y la apuesta se antojaba cada vez más arriesgada.

Una de tantas noches gélidas en la que nos encontrábamos en lo más profundo de un accidentado barranco para dormir al resguardo de alguna de las múltiples oquedades que la acción del agua había horadado en sus paredes, se planteó por fin la cuestión. La despiadada ventisca que azotaba los bosques hacía que los copos de nieve más finos penetraran arremolinándose en el precario refugio en cuyo fondo nos hacinábamos, enrollados en nuestras mantas. Hacía semanas que no nos atrevíamos a encender hoguera alguna para no arriesgarnos a delatar nuestra posición, por lo que teníamos que conformarnos con masticar unas galletas de trigo mohosas que lográbamos tragar gracias al agua que obteníamos derritiendo la nieve, y que hacía que los dientes nos dolieran a cada sorbo. Marco, concentrado, trazaba líneas incomprensibles para mí sobre una tablilla. Mientras, la veintena de ateridos guerreros que lo rodeábamos tratábamos de descansar y recuperarnos para la dura marcha que sabíamos que nos esperaba el día siguiente. El resto de los nuestros, algo más de un centenar, se encontraban distribuidos entre las cuevas cercanas, suponíamos que igual de desanimados y cansados que nosotros. La aparición de Teodomiro amenazaba con truncar nuestros sueños de victoria. Tras lunas de éxitos, llevábamos otras tantas huyendo por el bosque como fantasmas. La victoria es muchas veces más importante que el oro, y si esta no existe, el ánimo de los hombres se diluye

como la bruma al amanecer. Y eso era lo que estaba sucediendo en nuestra tropa.

Todos lucíamos descuidados y salvajes, y algunos incluso enfermos. Así nos asemejaríamos más a lobos, decían algunos de los más jóvenes, que aún disfrutaban del sobrenombre que ellos mismos nos habían dado. Lo cierto era que yo estaba cansado. Mis viejos huesos clamaban por un buen fuego y un humeante cazo de caldo para templar mi rugiente estómago.

—Debemos regresar —interrumpió Marco nuestros pensamientos.

—Si regresamos, llevaremos a Teodomiro hacia los nuestros —objetó Lucio, que en ese momento trataba de coserse una herida abierta que tenía en el antebrazo del escudo.

—Tienes razón. El problema es que nos quedan pocas provisiones, apenas suficientes para un par de días más.

—El agua de la nieve no está tan mal, pero descarta que nos comamos las suelas de nuestras botas, porque las mías hace semanas que desaparecieron —tercié yo, enseñando mis sucios y amoratados dedos por entre los agujeros de mis suelas desgastadas.

Marco asintió despacio.

—Eso es precisamente lo que me preocupa: si Teodomiro nos alcanza ahora, seremos presa fácil. Estamos cansados y enfermos, y nuestras armas, deterioradas. Necesitamos rearmarnos y prepararnos de nuevo para la lucha. Pero no nos conformaremos simplemente con volver atrás: ya es hora de darle una lección a ese bastardo.

—¿Qué te propones? —preguntó Clodio, uno de los hombres de Lucio, visiblemente animado ante la esperanza de dejar de huir.

—¿Quién comanda el castro de Bergidum? —preguntó Marco.

—Si no ha muerto, debería ser Magilo, de los gigurros —respondió el antiguo esclavo.

—¿Confías en él?

—Confío en todos los que se enfrentan a nuestros enemigos.

Marco desplegó un burdo mapa a nuestros pies, que solía despertar la envidia de los distintos cabecillas cada vez que lo mostraba. A la mortecina luz de las titilantes antorchas, y utilizando su lanza como si fuera un puntero, nos indicó nuestra posición y el lugar al que se proponía llegar.

—Tres días de marcha hacia el norte.

—Tres días de marcha con Teodomiro pisándonos los talones —puntualizó Visumar, pensativo.

—No te preocupes por él todavía; ya habrá tiempo para hacerlo. El castro de Bergidum parece una buena opción. Los ataques de los suevos se han concentrado hasta ahora en el oeste y en el sur, por lo que no es de esperar que hayan entrado ya en lucha, así que deben de contar con la guarnición al completo: unos cincuenta hombres.

—¿Qué te propones, *primipilus*? —pregunté, con una media sonrisa.

—Hoy dormiremos aquí, y mañana nos separaremos. Yo me quedaré en esta zona con la tercera parte de nuestros hombres, mientras Lucio conduce al resto hacia el norte, hasta el castro de Magilo. Habla con él; comed y recuperaos tras sus muros, y aguardad nuestra llegada.

—¿Y tú qué cojones harás mientras tanto? —preguntó el antiguo esclavo tironeando del basto hilo con el que trataba de cerrarse la herida.

—Yo te daré la victoria —contestó Marco con convicción—. Cuando emprendas el camino, deja algunas huellas discretas que indiquen a los exploradores de Teodomiro hacia dónde te diriges. Luego, preparaos para defender las murallas.

Esa noche, como muchas otras en mi vida, apenas dormí. La tensión había pasado a dominar mis agotados músculos, y cuando antes del amanecer me levanté para acercarme a la abertura de la gruta vi que a muchos de los nuestros les sucedía lo mismo. Arrebujados en sus gruesas mantas, volvían la cabeza cuando pasaba a su lado; les dediqué un cabeceo y continué hasta la entrada, esperando que el viento gélido me espabilara de golpe.

Todavía faltaba más de una hora para el alba, pero los hombres que acompañarían a Lucio en su arriesgada misión ya estaban en pie. Me apoyé en el escarpado paredón para ver como se iba formando una larga pero estrecha columna de guerreros y comenzaba a ascender por el lecho del erosionado barranco. En la retaguardia, Lucio intercambiaba unas últimas palabras con Marco. Me pareció que los ojos de los hombres albergaban una luz que hacía jornadas que parecía haberse atenuado. Su *primipilus* les daba una nueva oportunidad de dar un golpe de mano en la lucha, y los muchachos confiaban ciegamente en él. Tenía que reconocer su habilidad para convertir lo que podría considerarse un repliegue desesperado en un reto ilusionante, pero yo, con poco más de cincuenta años sobre mis espaldas, no podía evitar ver la situación con mayor claridad.

Con Lucio partirían un centenar de hombres, mientras el resto, unos treinta, seleccionados personalmente por él, nos quedaríamos con Marco. Yo aún no entendía bien lo que se proponía, aunque esperaba averiguarlo pronto, porque lo que sí se me hacía patente, a pesar de que nunca dominé del todo los números, era que, incluso uniendo todos los efectivos disponibles, seguíamos manteniendo una inquietante proporción respecto a los suevos de uno a dos, y eso siendo optimista. Dediqué una inclinación de cabeza a Marco cuando pasó a mi lado de regreso a la cueva, una última mirada a la recia espalda de Lucio, que caminaba deprisa hacia la vanguardia, y un gesto a Issa para desearle suerte hasta que nos volviéramos a reunir. Aunque desconocía los detalles de las órdenes impartidas por Marco, suponía que el britano se centraría en las labores de exploración que tan bien se le daban.

Permanecimos en el angosto barranco hasta el atardecer. Marco aprovechó para dormir un rato, después de haber pasado la noche en vela; mientras, yo perdía el tiempo apurando una partida de dados con Mario y Sila. Por lo poco que había logrado comprender hasta el momento, el plan se fundamentaba en que Teodomiro creyera que todo nuestro grupo se dirigía hacia el norte, así que en vez de tratar de esconder su marcha, los hombres de Lucio tendrían que asegurarse de dejar señales suficientes que corroboraran este hecho y mantenerse bien atentos a la presencia de cualquier explorador suevo que pudiera comprometer tal patraña. Además de la posibilidad de que Teodomiro no se tragara el anzuelo, o la de que alcanzaran a los nuestros antes de que pudieran refugiarse tras las murallas, lo que más me preocupaba era que la suposición de Marco sobre el castro de Bergidum no se cumpliera. Si la fortaleza ya no estaba en nuestras manos, Lucio se encontraría entre dos enemigos sin posibilidad de escapatoria, y, por ende, nuestro pequeño grupo también estaría condenado.

Caía el anochecer cuando comenzamos a escuchar algunos sonidos tenues que llegaban a nosotros alarmantemente amplificados por las paredes verticales que nos flanqueaban. Maldije en voz baja, convencido de que los exploradores de Teodomiro habían descubierto nuestra posición y lo guiaban hacia nosotros en lugar de seguir a Lucio, pero antes de que pudiera sacar mi espada de su vaina, Marco me agarró de la muñeca mirándome con seriedad y me indicó que me estuviera quieto. En caso de que detectaran nuestra presencia podíamos darnos por muertos, así que más nos valía no hacer el más mínimo ruido. Tras unos instantes de angustiosa espera, llegó a mis oídos la señal que tan bien conocía: Issa había regresado junto a nosotros. Miré a mi

alrededor tratando de localizarlo, pero hasta que el britano no se dejó caer ágilmente desde la ladera no pude ver dónde estaba. Tras él descendió con cuidado uno de los jóvenes hispanos que lo habían acompañado al amanecer.

—Todo va según lo previsto. Teodomiro y los suyos se dirigen al norte a marchas forzadas —dijo al llegar a nuestro lado, provocando un coro de excitados murmullos entre los hombres.

Marco contuvo a duras penas un suspiro de alivio y le hizo una seña a Issa para que lo acompañara al interior de la caverna. Seguí sus pasos, esperando enterarme de algo por fin.

—He dejado a Areles para que siguiera el paso de Lucio hasta el fuerte; regresará con nosotros si ocurre algo fuera de lo planeado.

—¿Y cómo demonios sabrá dónde encontrarnos? —estallé, harto de tanto secretismo. Ahora que estábamos los tres solos, no pensaba andarme con miramientos hasta que me explicaran bien de qué iba todo aquello—. ¿Nos vamos a quedar aquí mucho tiempo?

—Tranquilo, Attax. Areles conoce nuestro itinerario. Nos encontrará si es necesario.

—Bueno, pues Areles ya sabe más que yo. ¿Me quieres decir qué cojones te propones, Marco? ¡Los suevos son más del doble que nosotros!

—Así tendrás más enemigos para matar, Attax. Creo que después de estas lunas de pasividad te hace falta ejercicio.

Exasperado, golpeé la pared con una de mis manos.

—De acuerdo, no te daré un puñetazo, aunque sea lo que ahora mismo me pide el cuerpo, pero por lo que más quieras, ¡explícame qué demonios te propones!

Marco me pasó un brazo por el hombro antes de responderme.

—Está bien. La idea es dirigir la atención, y por tanto la posición, de Teodomiro y sus hombres hacia un lugar conocido. El movimiento de Lucio los atraerá hasta el fuerte de Magilo. Pensarán que nos han acorralado al fin, y la cantidad de hombres que hay en la fortaleza alimentará sus esperanzas. Tratarán de sitiarlos, y, mientras, nosotros podremos movernos con libertad por el territorio.

—Bien; y ¿hacia dónde nos dirigiremos?

—Al amanecer, una vez que estemos seguros de que todo se desarrolla según nuestros planes, partiremos en busca de ayuda. Como habrás visto en el mapa —hice un gesto vago; la verdad es que no me había fijado demasiado—, hay dos puestos de vigilancia a menos de un día de camino hacia el este, en el interior del bosque. Con la amenaza de Teodomiro concentrada en un lugar, podemos permitirnos dejarlos prácticamente vacíos, así que reuniremos a todos los hombres que podamos y luego acudiremos al auxilio de Lucio.

—O sea, ¿Lucio y el vándalo deben lograr que un fuerte cochambroso resista los ataques de los guerreros suevos durante al menos tres días?

—Nosotros hemos realizado proezas mayores. Confío en Lucio, y en Visumar, y en que los suevos se descuiden demasiado tras un par de días sin tener que preocuparse de lo que sucede a sus espaldas. Ellos tendrán los ojos fijos en lo que sucede en el castro, y nosotros trataremos de aprovechar la ventaja de la sorpresa para acabar con cuantos de ellos podamos antes de que se den cuenta de lo que está pasando en realidad.

—Entonces lucharemos y mataremos a ese hijo de puta —resumí, ya más tranquilo.

—Exacto. Ya veo que al menos esa parte del plan te gusta.

—Una última pregunta, *primipilus* —dije para fastidiar al joven—. ¿Cómo sabes que los puestos donde pretendes recabar más hombres se encuentran guarnecidos?

—En realidad, no lo sé —respondió cruzándose de brazos y mirándome con una media sonrisa

—. Pero la lucha de momento se ha desarrollado al sur de donde nos encontramos. Llevamos semanas haciendo que Teodomiro nos persiga hacia el único frente que hasta ahora no había entrado en guerra, y espero que esto se convierta en su perdición. Aquí no tendrá refuerzos, ni puestos en los que aprovisionarse o descansar, ni demasiada información sobre el terreno y la distribución de nuestros puestos fortificados. Estará solo, y esa será nuestra oportunidad.

—Solo, pero rodeado de casi cuatrocientos hombres curtidos...

—Eso es precisamente lo que quiero, que se confíe. Esta confianza le ha hecho seguirnos hasta aquí dejando sus bases a varios días de camino. Y será también la que determine su derrota.

Lo miré, convencido a mi pesar de que realmente teníamos una oportunidad. Aunque seguía pareciéndome que quedaban demasiados cabos sueltos que podrían echar abajo nuestros planes en cualquier momento, lo cierto es que Marco tenía algo que lograba transmitir confianza y que impelía a sus hombres a seguirlo hasta donde él se propusiera. Además, tampoco contábamos con otras posibilidades mejores. Si continuábamos huyendo, tarde o temprano nos alcanzarían, y su mera ventaja numérica bastaría para aplastarnos como a gusanos. Puestos a enfrentarnos a ellos, era mucho mejor poder elegir el cómo y el dónde que dejar que simplemente nos dieran caza.

Issa volvió al bosque en plena madrugada, y los demás partimos poco antes del amanecer, extremando las precauciones. El britano se encargaría de seguir el rastro de Teodomiro y sus hombres y mantenerlos bajo vigilancia, mientras el resto de los exploradores a su cargo se adelantaban para localizar los puestos de los que Marco había hablado e ir transmitiendo las órdenes a sus ocupantes. Luego seguirían avanzando hacia el este, para hacer correr la voz de lo que nos proponíamos e intentar aglutinar nuevos efectivos. Los hombres que lograran reunir deberían emprender rápidamente la marcha hacia el primer puesto avanzado al que nosotros nos dirigíamos, donde recibirían nuevas órdenes.

Nosotros esperábamos llegar a aquel primer puesto avanzado al anochecer de ese mismo día, después de una dura caminata en la que apretamos el paso hasta el límite, sin tiempo tan siquiera para llevarnos lo poco que nos quedaba en las alforjas a la boca. Cuando por fin lo alcanzamos, los pocos hombres que conformaban la guarnición ya nos aguardaban, expectantes y entusiasmados. La mayoría eran muy jóvenes, y me recordaron preocupantemente a mis pequeños bastardos temerarios de unos cuantos veranos atrás. Ellos también se encontraban destinados en el lugar más tranquilo de la frontera, y debían de conformar las tropas de menor valía de las que disponíamos en la zona. Y, entonces, el conflicto había ido a su encuentro; como refuerzos no eran lo que hubiera podido desear, pero al menos incrementaban nuestro número.

Enseguida uno de los jóvenes se adelantó de entre sus compañeros para saludar a Marco con aire marcial. Me pareció reconocerlo, aunque lucía una barba que no recordaba de nuestro último encuentro. Él me miró y enseguida bajó la vista hacia el suelo. No había duda: era uno de mis pequeños bastardos. La habíamos hecho buena...

—*Primipilus*, he enviado tres hombres hacia el este y el sur. Deben regresar mañana con noticias del resto de los puestos avanzados.

—Bien hecho. Hoy descansaremos aquí, y mañana retomaremos nuestro camino; quizá para ese entonces tengamos ya alguna noticia. Disponed algo de comida para los nuestros y descansad; nos esperan jornadas duras.

A nosotros no hizo falta que nos lo repitiera: tras varios días alimentándonos de galletas rancias, nos lanzamos con entusiasmo a por las provisiones que guardaba el campamento, como si fuera nuestro último banquete antes de abandonar este mundo. Éramos los lobos de Marco, y

hasta comiendo hacíamos honor a nuestro nombre. En cambio, los jóvenes que guardaban el puesto apenas probaron bocado, demasiado concentrados en admirar a su héroe. Tras muchas lunas en las que Marco encarnó la esperanza para nuestra causa y en las que cada pequeña victoria vino a alimentar aquella chispa, la presencia del *primipilus* entre ellos, reclamándolos para combatir a sus órdenes, era más de lo que podían haber esperado para colmar sus sueños de gloria. Pocos habían visto antes a Marco en persona, pero todos conocían los éxitos que acompañaban a su nombre. Incluso algunos que nunca habían tenido lugar, como comprobé con una sonrisa mientras devoraba con ansia mi abundante ración.

Marco no defraudó sus expectativas. Los escuchó con paciencia, agradeció su entusiasmo y los trató con respeto —para mi gusto, más del que merecían—. Sin duda el muchacho todavía disfrutaba de la energía inagotable que solo puede proporcionar la juventud, y que en mi caso se había convertido en un mero recuerdo. Mientras yo me tumbaba en el mismo lugar donde habíamos comido, él pasó la noche repartiendo buenos consejos entre aquellos novatos que lo miraban con adoración. Solo esperaba que no cayeran en saco roto. Lo cierto es que no eran muchos —alrededor de una treintena—, y su calidad como guerreros estaba por demostrar, pero al menos harían ruido cuando se desencadenara la lucha, por lo que esperaba que su presencia sirviera para que nos tomaran más en serio. Por el momento, la abundancia de provisiones acumuladas durante la tregua nos serviría para recuperar fuerzas a los demás, que bien las necesitábamos.

Aunque no habíamos querido renunciar a soñar con un milagro, al amanecer del día siguiente no habíamos recibido señal alguna desde el sur ni desde el este. Marco, encaramado a una de las empalizadas, oteaba los caminos con gesto adusto. Realmente aún no había pasado el tiempo suficiente para tener noticias, pero aun así no parecía un comienzo muy esperanzador. Tras eructar satisfecho por la comilona del día anterior y sortear con cara de pocos amigos a todos los jóvenes entusiasmados por escoltar a su campeón que me salían al paso, me acerqué a su lado. En cuanto me vio, hizo una seña para que sus celosos guardianes nos dejaran a solas.

—Espero que hayas comido y dormido bien —me saludó.

—Sabes que los viejos no necesitamos dormir; la edad nos quita el sueño.

—Pues entonces yo también debo de estar haciéndome viejo.

Lo miré con detenimiento y me percaté por primera vez de que unas finas arrugas de inquietud comenzaban a dibujarse en las comisuras de sus párpados. Marco tenía la mitad de años que yo, pero la verdad era que durante lunas se había descuidado por completo. Apenas atendía a sus propias necesidades: tan solo le preocupaban las armas con las que contaba, el número de hombres que lo seguían, los suministros y la posición de sus enemigos. Si no supiera que tal cosa era imposible, hubiera dicho que durante ese tiempo podía haber pasado semanas enteras sin dormir.

—¿Hay noticias del este?

—Aún no, es demasiado temprano. Pero da igual; pase lo que pase partiremos a mediodía, después de otra buena comida.

—Marco..., no seré yo quien venga a poner objeciones a tu plan, pero somos muy pocos, y estos chicos están demasiado verdes para enfrentarse a una pelea tan desigual. ¿No crees que nos arriesgamos en exceso?

—No podemos seguir huyendo. Mientras nos limitemos a escapar, los suevos irán ganando. Si queremos tener la más mínima posibilidad de parar esta guerra, tenemos que enfrentarnos a ellos. Y vencerlos.

—¿Y si el campamento de Magilo cae antes de que podamos llegar? O, peor aún, ¿qué pasará si lleva en manos suevas desde antes incluso de que Lucio trate de buscar refugio tras sus muros? —No podía quitarme esa idea de la cabeza.

—No te preocupes, viejo amigo. Issa y sus exploradores se encargarán de cerciorarse de que sigue en nuestras manos antes de que el grueso de la columna pueda ser detectado desde el castro. En ese caso, Lucio y sus hombres deberán girar en redondo y tomar una ruta alternativa para dirigirse a marchas forzadas hacia aquí. —Acarició uno de los maderos antes de continuar —. Aunque preferiría no tener que poner nuestra vida en juego tras esta burda fortificación. Que yo recuerde, el castro de Bergidum es uno de los mayores de la frontera, capaz de albergar hasta trescientos hombres, y en su mayor parte está construido de recia piedra. Por eso creo que lo más probable es que esté todavía en nuestras manos, y eso también me hace confiar en que puedan mantenerlo hasta que lleguemos. Teodomiro pensará que no tiene prisa, así que espero que plantee un asedio conservador.

No podía evitar seguir intranquilo, pero al menos parecía que Marco había evaluado todas las posibles contingencias. Me sentí algo culpable por haber dudado de él, aunque creo que agradeció que le hablara con sinceridad. Durante aquel año había llevado sobre sus hombros una carga demasiado pesada. Me habría gustado decirle que, pasara lo que pasara, no debía temer un solo reproche de mis labios, sino solo contar con mi apoyo incondicional, pero nunca he sido bueno con las palabras. No obstante, creo que, de algún modo, él lo sabía.

Poco después del mediodía, cuando ya ardían unas buenas fogatas sobre las que se cocinaba nuestro almuerzo, desprendiendo un delicioso olor a carne asada que nos hacía la boca agua, comenzaron a llegar los primeros hombres al campamento. Me hizo gracia pensar que parecían hambrientos que se acercaban atraídos por el olor de la comida. No eran muchos, apenas un puñado: tres por un lado, cinco por el otro. En total, poco más de una veintena de hombres acudieron a la desesperada llamada de los lobos. Mientras comíamos en silencio, Marco continuaba en lo alto del rudimentario muro, con un odre de cerveza en la mano, mirando hacia el norte, hacia donde debía encontrarse Lucio.

Cuando llegó el momento de partir, sumábamos un total de casi ochenta hombres. No es que formáramos un grupo que impusiera respeto a primera vista, pero en cuanto nos reuniéramos con Lucio y Magilo, al menos mejoraríamos en algo la proporción que llevaba días atormentándome.

Tras darle muchas vueltas en la cabeza, Marco decidió apostar fuerte y llevarnos todas las provisiones que pudiéramos cargar sin entorpecer nuestra marcha, dejando únicamente a seis hombres en aquel lugar. Desde luego, no tenían orden de defender la posición si se desencadenaban problemas: únicamente debían servir de referencia para todos aquellos que atendieran la llamada de nuestros mensajeros, indicándoles el camino que habíamos tomado y poniéndolos al corriente de nuestras intenciones.

Precedidos por nuestros exploradores, al anochecer del segundo día de marcha alcanzamos las oscuras colinas tras las que se ocultaba el castro en el que habíamos depositado todas nuestras esperanzas. Cuando nos hallábamos a unas seis horas de marcha hacia el este de nuestro objetivo, nos topamos con uno de los hombres de Issa aguardándonos. Parecía que acababa de llegar y que había apretado el paso, pues cuando lo encontramos —o, mejor dicho, cuando nos encontró— estaba sudoroso y las piernas le temblaban ligeramente. En un primer momento me temí lo peor: que Lucio hubiera sido aniquilado ante las puertas del campamento en el que debía haber encontrado a sus aliados en lugar de a sus enemigos, pero enseguida la jadeante voz del hombre me tranquilizó.

—Señor, todo según lo previsto —acertó a decir mientras trataba de mantener la espalda recta y el mentón erguido.

Una sonrisa de triunfo cruzó la siempre comedida expresión de Marco. Afortunadamente, hasta ese momento su estrategia había surtido efecto según sus planes. A partir de ese instante, solo debíamos concentrarnos en acabar con un enemigo mucho mayor y definitivamente más aguerrido que nosotros.

Establecimos un discreto campamento al abrigo de la densa vegetación de las faldas de la colina, lejos de nuestros enemigos y del castro bajo sitio. Según las noticias que portaba el mensajero, Lucio había alcanzado el puesto defensivo sin contratiempos, y casi dos días más tarde el enemigo había hecho lo propio. Desde entonces —hacía ya dos jornadas—, los suevos se habían limitado a desplegarse alrededor del castro, concentrados en evitar que la presa que tanto les había costado acorralar se les escapara en el último momento. Suponíamos que habrían comenzado los preparativos habituales, construyendo rudimentarias escalas de madera y organizándose para el asalto. Todavía no se había producido ningún intento serio por parte del enemigo de tomar la posición, más que algunas andanadas de flechas sobrevolando el cielo en ambas direcciones. Teodomiro debía de estar valorando las defensas a las que se debía enfrentar y decidiendo cuál sería la mejor forma de atacarlas. Mantener a ese número de hombres en el interior del bosque y alimentarlos en pleno invierno sin duda no era tarea fácil, por lo que dudaba que llegara a considerar acabar con Lucio venciéndolo por hambre. Al menos por ese lado el hispano y los suyos no deberían tener motivos de preocupación, porque si Magilo había cumplido las estrictas órdenes que se habían dictado la primavera anterior, el campamento debía tener almacenadas provisiones para varias lunas. Aunque con un centenar de bocas más que alimentar este tiempo se reduciría notablemente, nosotros no podíamos esperar tanto, y los suevos tampoco, por lo que en cuestión de días se lanzarían los dados, y nos encomendaríamos a esa única y desesperada tirada.

XXI

Enviamos un puñado de exploradores al bosque para comprobar que los suevos continuaran ajenos a nuestra llegada. Poco después el propio Issa vino a dar con nosotros, y a última hora de la tarde, cuando el mortecino sol de invierno ya se ocultaba tras las grandes montañas del oeste, lo acompañamos de vuelta hasta los alrededores del castro a ver *in situ* lo que allí nos esperaba. El britano, con una sonrisa de suficiencia, nos aseguró que los exploradores que habían destacado los suevos eran pocos y se movían con torpeza en comparación con los muchachos de la zona, mucho más habituados al terreno, por lo que no les había costado demasiado evitar encuentros embarazosos. Por el momento, nuestros enemigos parecían esperanzadoramente confiados. Solo suspiraba por que no se torciera todo de repente.

Cuando todavía estábamos lejos, comenzamos a escuchar el martilleo rítmico de las hachas abatiendo un árbol tras otro. Los troncos resultantes se trabajarían con mano diestra para construir las temibles escalas.

Realmente, por lo que pudimos apreciar, la tranquilidad reinaba en el, por otro lado, caótico campamento. Apenas habían levantado ningún tipo de protección para ellos mismos, y se podían observar muchos grupos de hombres tumbados holgazaneando. Demasiado convencidos estaban de habernos echado al fin el guante. Tras tantas agotadoras jornadas de perseguirnos con denuedo por aquella salvaje y accidentada región, dejando atrás las menos rigurosas tierras del sur, al fin veían ante sí la posibilidad de acabar con nosotros. Pensé que Marco había tenido razón al dar por supuesto que los suevos se relajarían según alcanzaran a Lucio, porque si yo hubiera estado en su pellejo, también habría pensado que ya se había conseguido lo más difícil.

Tras nuestros enemigos se adivinaban los robustos muros de piedra y madera que sostenían gran parte de nuestras esperanzas. Calculando desde la distancia, me pareció que alcanzaban los quince pies, algo más que la altura de dos hombres, y estuve de acuerdo con Marco en que era uno de los mejores lugares para presentar batalla. Ningún otro puesto de la frontera —salvo quizá aquellos que defendían la entrada a los valles donde comenzaban las fértiles tierras de Curunda— podía equipararse a aquel. Además, aunque en un primer momento me costara distinguirlo en la oscuridad de la noche, un sencillo foso circundaba la edificación. Con esto no quiero decir que fuera una fortaleza inexpugnable: cualquier ejército medianamente competente podía rendirla en unas pocas jornadas, pero ese tiempo era justo el que necesitábamos.

Nos alejamos en silencio, tratando de pisar donde el sigiloso Issa había puesto sus pies hacía unos segundos, y por el camino de regreso fuimos encontrando a algunos de nuestros muchachos, que seguían velando por que nuestra presencia no fuese descubierta demasiado pronto. Al fin, poco antes de que amaneciera, alcanzamos nuestro tranquilo campamento.

Por primera vez en varios días, conseguí dormir. Comenzaba a confiar plenamente en las palabras de Marco, aunque aun resueltas las primeras dudas, no dejaba de preocuparme el gran número de hombres al que nos tendríamos que enfrentar. Durante los cuatro años que llevábamos luchando sin apenas descanso en aquellos parajes, nunca habíamos entablado un combate tan multitudinario. Sería la mayor batalla librada en el suelo de Aunonia desde el inicio de la guerra,

y nuestra única opción era ganarla.

Cuando desperté después de un reparador descanso, ya bien entrada la mañana, me sorprendió ver algunas caras nuevas en nuestro silencioso campamento. Como me enteré más tarde por boca de Lucas, algunos hombres habían llegado al amanecer; poco a poco, nuestro número aumentaba.

Permanecimos allí durante otro día eterno. Ya sumábamos casi un centenar, pero Marco no se decidía a pasar a la acción. Esa noche, como la anterior, nos internamos con sumo cuidado en la espesura y volvimos a acercarnos a los aledaños del lugar donde los dos ejércitos principales se vigilaban mutuamente. Pero al llegar comprobamos con angustia que Teodomiro había decidido que el tiempo de espera había concluido y dar paso a los primeros ataques, así que la noche se iluminaba cuando las saetas envueltas en llamas cruzaban el cielo como cometas de luz hacia el interior de la muralla. El ritmo de los arqueros era moderado; su objetivo era simplemente cubrir a los suyos y disuadir a los defensores de permanecer sobre el muro, pues si llegaban a causar alguna baja se debería tan solo a la mala suerte. Y aquello solo podía significar que el momento clave se acercaba. Algunas figuras oscuras corrían hacia el foso para arrojar maderos y cualquier otra cosa que tuvieran a mano para empezar a colmatarlo poco a poco. Yo los observaba en tensión, convencido de que debíamos reaccionar rápidamente, antes de que Teodomiro se decidiera a dar un paso más. Marco, consciente de mi preocupación, apoyó su mano en mi hombro para indicarme que me calmara. Abandonamos nuestro discreto puesto de observación, y cuando estuvimos ya lo suficientemente lejos interpelé al muchacho, agobiado.

—¿Cuándo vamos a dejar de escondernos para echar una mano a los nuestros? ¡Lucio nos necesita!

—Lo que Lucio necesita es la victoria, Attax. Cualquier otro resultado lo condenaría, igual que a quien tratara de auxiliarlo. Y todavía no contamos con hombres suficientes para asegurarnos un triunfo.

—Pero ¡mientras nosotros engrosamos nuestras filas con jóvenes sin experiencia, tras esos muros pueden estar sufriendo bajas de importancia!

—Es un riesgo que debemos asumir. Ellos están protegidos tras los muros; tenemos que confiar en que resistan. Esta lucha será a muerte, al menos para nosotros. Si nos derrotan, no habrá esperanza. Moriremos en estos bosques, y Teodomiro tendrá libertad para penetrar hasta el corazón de estas tierras destruyendo todo a su paso. Y el sueño de Aunonia desaparecerá para siempre.

Asentí en silencio. Comprendía su posición, pero lo que necesitaba era lanzarme a la batalla, en lugar de estar allí y escuchar calmadas palabras.

Al día siguiente llegaron nuevos hombres, siempre en pequeños grupos. Pero, por las noticias que traían, hasta Marco tuvo que aceptar que ya no cabía esperar que aparecieran muchos más, pues las guarniciones de los alrededores, escasas en número y en efectivos por ocupar la porción de la frontera habitualmente más tranquila, de pocos guerreros más podrían surtirnos. Cuando Marco dejó de señalar cruces en su complicado mapa y comprobó que ya debíamos de contar con un número de hombres cercano al que comandaba Lucio en la fortaleza, nos mandó llamar por fin —a Issa, a Lucas, al joven cabecilla de la guarnición que se nos había unido y a otro par de hispanos más, además de a mí mismo—, mientras los demás aprovechaban los últimos momentos de descanso. Cuando acudimos a la cita ya se encontraban allí Mario y Sila, que raras veces dejaban solo al muchacho.

—Por fin ha llegado el momento —dijo Marco una vez que nos hubimos sentado todos alrededor del fuego donde Sila removía con esfuerzo el contenido de una humeante cacerola—.

Esta noche atacaremos. La coordinación con los hombres del interior será determinante. Issa, ¿crees que podrás llegar hasta Lucio para transmitirle el mensaje?

El britano asintió con tranquilidad. A mí me parecía harto complicado, pues implicaba no solo superar el cerco, sino evitar que los defensores lo ensartaran por error. Pero él parecía considerarlo poco más que un juego de niños, y solía reír cuando me preocupaba por él... o cuando le preguntaba cómo demonios se las arreglaba para lograr lo imposible. Digan lo que digan los cristianos, en este mundo existen más clases de magia de las que pretenden reconocer. Esperaba que en aquella ocasión a Issa no le fallara la suya.

—Nosotros asaltaremos el campamento suevo de madrugada, una vez que den por finalizadas las escaramuzas de la jornada. Espero que los tomemos por sorpresa; el caos y la oscuridad serán nuestros aliados. Cuando se haya entablado la lucha, Lucio deberá hacer una salida para apoyarnos.

—¿No echarás de menos tu piedra, Issa?

No pude evitar formular la pregunta; como tantos años atrás, en el asedio del campamento suevo cercano a Lucus, nuestras posibilidades volvían a depender del sigilo del britano. En aquel entonces, había logrado encontrar la oquedad de la vetusta muralla que había sido la clave de nuestro triunfo. Pero la piedra de elfo, el amuleto que en aquel entonces llevaba, había quedado en manos de Witiza tras el intercambio de presentes con que nos separamos de los godos.

—Cuando nació Culchw, busqué una para él en el bosque y el arroyo. Guardamos la mitad cada uno. Me gusta saber que los elfos lo protegen también a él.

Issa sonrió con ternura. No sabía lo que opinaría Vera de aquello, pero desde luego a mí me tranquilizaba.

Cuando acabamos de hablar todavía quedaban por delante unas cuantas horas de luz, que aprovechamos para prepararnos para la batalla. Nos reunimos junto a las hogueras apagadas y utilizamos los troncos carbonizados para ennegrecer nuestra piel. A mi cabello, cada vez más escaso y blanquecino, tuve que aplicarle además una buena cantidad de la húmeda y negra tierra de los alrededores para apagar su desvaído brillo.

A continuación me puse mi valiosa cota de malla. Me la coloqué lentamente, disfrutando del ritual: lo cierto es que cada vez que la miraba, me admiraba por poseerla. Era la armadura de un señor de la guerra, mucho mejor que cualquiera que hubiera podido costearme en mi vida, y mejor que la que hubieran podido poseer muchos de los caudillos a los que había conocido. Tampoco creo que Segga, el godo al que se la arrebaté en Asturica tras acabar con él, fuera su dueño original. Supongo que la habría conseguido tras matar a algún gran señor, y me gustaba imaginar que había sido en la grandiosa batalla de los Campos Cataláunicos. Por su factura, presumía que no podía haber pertenecido a ningún huno, cortos de estatura y preocupados por favorecer siempre la agilidad en lugar de la protección, pero sí que parecía la de un caudillo de los godos del este, aquellos a los que los romanos llamaban ostrogodos y sus primos, visigodos simplemente escoria; o, quién sabe, quizá incluso hubiera pertenecido a un sármata. Y ahora era mía.

Abroché cada uno de los cierres con respeto reverencial, y Mario terminó la tarea ajustando los que se encontraban a mi espalda. Antes de cubrirla con hollín para apagar el resplandor que la luz de la luna pudiera arrancar al metal, remoloneé de un lado para otro saboreando con orgullo la admiración —y la envidia— que despertaba mi atuendo entre los hombres de las guarniciones. Los guerreros somos presumidos, siempre lo he dicho, y, entre otras cosas, también por momentos como aquel valía la pena cargar con treinta buenas libras de metal encima.

Algunas horas más tarde, acalorado como estaba pese al frío de la noche, después de recorrer la distancia que nos separaba del castro revestido de mi cota y con mi oscura capa encima, la repentina agitación que sacudió la vanguardia de nuestra columna me indicó que algo no iba como debiera. Apretamos el paso al máximo. Sin Marco al alcance de mi vista, llamé a uno de los jóvenes exploradores que vi en las cercanías y que se acercó con premura.

—Señor, justamente lo estaba buscando.

—Pues ya me has encontrado —respondí con impaciencia.

—El *primipilus* me ha encargado que le transmita las buenas nuevas. —Tragó saliva, como si temiera que su manera de expresarlo me enfadara—. Los suevos no han reparado aún en nuestra presencia, y hemos llegado justo a tiempo.

En principio, lo que esperábamos era irrumpir por sorpresa en un campamento dormido y desatar el caos aprovechando al máximo la ventaja del desconcierto. En aquel mensaje había algo que rechinaba en mis oídos; de alguna manera, Marco se complacía en burlarse de mí. Fruncí el ceño.

—¿Y cuál es la parte mala, muchacho?

—Señor, si no nos han descubierto no es porque estén dormidos, sino bastante ocupados. El asalto ha comenzado.

Se inclinó con respeto y se alejó como alma que lleva el diablo. Yo maldije por lo bajo y apreté el paso aún más.

Aquella noticia era un serio revés para nuestras esperanzas. Supongo que en una batalla casi nada sucede como lo has planeado; el enemigo normalmente no actúa como piensas, y para ser un buen líder hay que estar preparado para adaptarse a cada circunstancia. Recorrimos los últimos estadios conteniendo la respiración, concentrados en el equilibrio necesario para conseguir un avance ágil pero silencioso, y cuando llegamos al fin, cansados tras el esfuerzo de arrastrarnos por aquellos bosques completamente armados, nos encontramos con un panorama preocupante. Todavía a aquella tardía hora de la madrugada, tanto atacantes como defensores estaban en pie, inmersos en una cruenta batalla. El campamento era un hervidero de hombres que, compañía a compañía, se iban acercando hasta los muros para tratar de vencer la resistencia que planteaban los aguerridos defensores. Un murmullo de inquietud y sorpresa se propagó entre los nuestros. Con gesto enérgico, les indiqué que se callaran, y enseguida volvimos a escuchar únicamente los gritos de los guerreros enzarzados en la muralla.

A Marco, al contrario que a la mayoría de nosotros, le bastaron unos segundos para evaluar la situación y decidir cuál debía ser nuestro siguiente paso. La mayor parte de las tropas suevas se encontraban en los alrededores del fuerte, o bien portando las escalas e intentando apoyarlas con mayor o menor éxito, o bien esperando su turno tras ellas con los escudos en alto. Bastantes pasos por detrás, un grupo de hombres, alrededor de unos cincuenta, se ocupaba de enviar una irregular descarga de flechas tras otra para intentar que los suyos sufrieran el menor daño posible por parte de los pocos arqueros con los que contaban los defensores. Ellos serían nuestro primer objetivo; concentrados como estaban en lo que tenían delante, no se esperarían ataque alguno desde su espalda. Después, adiós sorpresa. Cuando el resto de los guerreros reparase en nuestra irrupción, nos veríamos arrastrados a una lucha cuerpo a cuerpo en notable inferioridad numérica. Pero no podíamos hacer otra cosa.

—Iremos a por los arqueros: que no quede ni uno. Y luego nos agruparemos para formar una barrera de escudos —dijo Marco en voz baja a los que nos encontrábamos a su lado entre la maleza para que hiciéramos correr la voz y preparáramos a los hombres.

—¿Estás seguro de que debemos arriesgarnos? —preguntó uno de los hispanos que nos acompañaba—. ¿No sería mejor retirarnos y fortificarnos en otro de los puestos? Son demasiados... ¡Nos aplastarán!

Marco lo atravesó con una mirada furibunda.

—No, de ninguna manera. Si Lucio es derrotado, nos resultará imposible contener a Teodomiro nosotros solos. Los suevos habrán vencido: nos habrán dividido en dos pequeñas bandas a las que podrán destruir sin apenas esfuerzo. Nuestra única oportunidad es luchar juntos.

—Pero ¡Lucio está condenado! —insistió el tipo entre dientes.

—¡Solo si lo abandonamos! —Marco se encaró con él—. Hay que salir ahí afuera y ganarnos al menos el derecho a luchar otro día. Puedes irte, si es lo que deseas, y buscar alguna madriguera en la que esconderte. Hoy necesitaremos a cada uno de los hombres, pero lo dejo a tu conciencia.

El tipo agachó la cabeza. Marco lo escrutó unos segundos por si finalmente se atrevía a responderle, pero no hubo réplica alguna. Luego susurró sus órdenes a Mario y Sila, que partieron a organizar a los hombres que correrían raudos a por los arqueros. Los pocos que portábamos cotas pesadas quedaríamos exentos de aquel primer ataque, pues nuestra obligada lentitud y el repiqueteo metálico de las armaduras podría alertarlos y hacernos perder incluso la leve ventaja que la sorpresa nos daba.

—¿Tienes noticias de Issa? —pregunté, nervioso.

—No sé si ya habrá logrado entrar; al ver que las escaramuzas habían comenzado, regresó hasta el primer puesto de guardia para transmitir las noticias antes de seguir hasta el castro. Así que habrá llegado algo más tarde de lo que habíamos previsto, y ya con la batalla en auge. En fin, probablemente ahora su misión sea más sencilla que la que nos espera a nosotros. Y si no logra pasar, tampoco tendrá ya tanta importancia, porque en breve los nuestros se darán cuenta de que alguien lucha contra sus atacantes en la retaguardia, y no creo que haga falta darle muchas vueltas para intuir quiénes son los responsables.

Asentí con fingida firmeza. Tenía razón, pero no por ello dejaba de preocuparme por el destino del silencioso britano. Si no lo había logrado, por mucho que aquello ya no fuera determinante para nuestras opciones, lo más probable era que significara la muerte del muchacho al pie de los muros. Pero Marco no podía permitirse pensar en aquello. Y sin embargo yo, guerrero veterano de tantas batallas, el viejo alano del corazón de piedra, no era capaz de tragar el nudo que se había formado en mi garganta. Bueno, pues me conformaría con disimularlo, rezar a todos los dioses y aguardar el momento en que lo viera de nuevo sano y salvo frente a mí. Y para que eso ocurriera también yo tenía que sobrevivir, así que me concentraría en ello.

Ante mis ojos, las flechas incendiarias volaban hasta chocar con los muros de piedra soltando una rociada de chispas. Hacía frío, pero yo sudaba copiosamente bajo mi enorme armadura, preparado para entrar en la contienda. Realmente, nos lo jugábamos todo a una tirada de dados. Casi podía oír como repiqueteaban en mi cabeza. En esa ocasión, la mayoría de las caras que pudieran mostrar nos resultarían adversas: tendríamos que emplearnos a fondo con los aceros para llamar a la suerte a nuestro lado.

A la señal de Marco, casi todos los nuestros abandonaron el resguardo de la vegetación para correr en dirección a la desprevenida formación de arqueros. Mientras observaba cómo atravesaban la noche —me pareció que tardaban una barbaridad y que sería imposible que llegaran sin que los arqueros se percataran de lo que se les venía encima—, Marco continuó repartiendo órdenes en voz baja a los que nos encontrábamos a su lado. Sin quitar ojo de lo que

ocurría frente a nosotros, comenzó por mí.

—Attax, tú formarás en el centro. Supongo que tratarán de romper nuestra formación en dos, así que tendrás bastante trabajo. Toma a Lucas y a Mario.

Asentí en silencio, aunque él no esperaba obtener ninguna respuesta, tan solo mi obediencia.

—Asterio, colócate a la derecha —dijo al hispano que instantes antes había dudado sobre sus órdenes respecto a nuestro ataque—. Y prepárate a resistir hasta el último hombre, porque la vida de Lucio y los suyos depende de que todos los frentes aguanten el máximo posible.

—¿Tú ocuparás la derecha? —pregunté, aunque desde el principio intuía que se reservaría aquella posición, la más comprometida de la formación, donde ningún compañero te cubre el brazo de la espada.

—Alguien tiene que hacerlo. Sería un mal *primipilus* si no la ocupara yo mismo —repuso con una mueca en los labios.

No importaba lo que yo dijera, la decisión estaba tomada, y además tenía la razón de su parte. Probablemente ninguno de nosotros lo haría mejor que él en aquella posición. Hubiera sido distinto muchos años atrás, cuando yo estaba en plenitud y me sentía capaz de hacer grandes cosas. Creo que en aquel momento ni siquiera Marco podía compararse a mí, pero también reconozco que siempre he pecado de orgullo. Y de aquello hacía ya demasiado tiempo.

—Una vez barridos los arqueros, formaremos en aquel hueco que queda entre las tiendas más grandes. Avanzaremos lo que podamos mientras no nos opongan un frente compacto, y así daremos tiempo al resto de la infantería para que se reagrupe tras nosotros. Cuando ellos se organicen lo suficiente para montar su propia línea, nos detendremos y lucharemos. Aunque bien sé que no son estructuras firmes, trataremos de aprovechar la distribución del campamento para dificultar que nos rodeen o ataquen nuestros flancos, pero tendremos que estar muy atentos a cualquier intento en este sentido. ¿De acuerdo?

Observé el lugar elegido como punto de partida, ya en el interior del campamento suevo. No quedaba muy lejos de nuestra posición, apenas a un centenar de pasos, así que nos llevaría poco tiempo llegar hasta allí, y estaría lo bastante cerca de donde pelearían el resto de los nuestros para que acudieran sin problemas una vez hubieran dado buena cuenta de los arqueros. Lo único que me agobiaba era no tener protegido ninguno de nuestros flancos, salvo por la escasa y frágil tela de las tiendas. Si los hombres de Teodomiro se decidían a atacarnos en tromba, seríamos fácilmente superados y tendríamos que convertir nuestro muro de escudos en un desesperado cuadrado erizado de armas hacia todos sus lados. No podríamos movernos de allí y probablemente seríamos dominados por los atacantes en cuanto se abriera el más mínimo hueco en nuestra formación. Aunque eso también podría tener sus ventajas, ya que implicaría que Lucio y los suyos quedarían momentáneamente liberados y podrían salir del castro para unirse a nuestra lucha. Quizá Issa consiguiera aprovechar el momento de nuestro ataque para alcanzar la relativa seguridad de las murallas —si es que no lo había logrado ya—. En el peor de los casos, confiaba en que la penetrante vista de Lucio le permitiera reconocernos en la oscuridad.

A partir de aquel momento, todo se sucedió con rapidez. Cuando se produjo el choque contra los arqueros nos pusimos en pie, tomamos nuestros escudos con firmeza y avanzamos en formación hacia el lugar donde nos había indicado Marco, con la esperanza de que nadie nos amenazara hasta que el resto de los nuestros vinieran a reforzar nuestra débil formación.

El primer embate nos fue relativamente bien; al menos, esa parte del plan sí se había cumplido con eficacia. Los arqueros, sorprendidos por la repentina aparición de nuestros hombres a sus espaldas, intentaron soltar sus armas y huir hacia la muralla, pero muchos de ellos apenas

pudieron dar unos pasos. Nuestros guerreros, ligeramente armados, los persiguieron con saña, y vi como muchos arrojaban sus lanzas para dar caza a sus enemigos en desbandada. Nosotros seguimos avanzando con rapidez, hasta recorrer casi a la carrera los últimos cincuenta pasos. Con Mario a mi izquierda y Lucas a mi derecha, podía escuchar cómo Marco arengaba a los pocos hombres que formarían su desprotegida ala para que desviaran la mirada de sus compañeros y siguieran hacia el frente sin dudar.

En ese momento dejaron de importarme los gritos que se oían frente a nosotros, o lo que sucediera junto a la muralla; solo veía el terreno que tenía a mis pies y los alrededores de donde plantearíamos nuestra defensa. Algunos de los muchachos se ocuparon de acumular frente a los flancos todo lo que encontraban a mano: cacerolas, armas, maderos, piedras..., cualquier cosa que dificultara progresar hacia nosotros desde otro lugar que no fuera el centro de la formación e invitara al enemigo a atacarnos cara a cara. Allí les aguardaría con la espada desnuda y una mueca de desafío. Aunque en un primer momento me había decepcionado saber que no compartiría con Marco el flanco más desguarnecido, agradecía el honor que el hispano me hacía al situarme en el lugar en el que previsiblemente se decidiría la suerte de la batalla. Ya no era joven; yo lo sabía y Marco también, pero no había llegado a esa edad precisamente por mi candidez en el combate. Y esperaba poder demostrárselo a un buen puñado de aquellos malditos suevos.

Mientras cada vez más hombres se esforzaban en aquella desesperada carrera contra el tiempo para llenar de obstáculos el camino de nuestros atacantes, a nuestra espalda se iban congregando los guerreros que habían protagonizado la primera arremetida. Ya los dados rodaban: la alerta se había extendido hasta los guerreros que pugnaban por entrar en la fortaleza, que reculaban a toda prisa para hacer frente a aquel nuevo e inesperado peligro. Al menos, las defensas de Lucio resistían. Salvo en dos o tres puntos en los que los suevos habían logrado apoyar sus escalas, por las que comenzaban a ascender trabajosamente hasta encontrarse con el enjambre de hispanos que los aguardaban sobre el muro, el resto de los hombres permanecían expectantes, cubriéndose con los escudos a la espera de su oportunidad para asaltar el muro. Pero pronto, ante los desesperados gritos de los suyos, se dieron cuenta de que aquel no era el único lugar donde se luchaba esa noche.

Entre el alboroto reinante me pareció distinguir el sonido de un cuerno; poco a poco, los sorprendidos guerreros eran azuzados por sus cabecillas para formar frente a nosotros, a unos escasos cien pasos. Me adelanté a los míos, que ya aguardaban en formación compacta tras de mí, y me dirigí a la derecha, donde Marco se esforzaba en tratar de adivinar el número de enemigos a los que tendríamos que hacer frente.

—¿Cuántos son? —grité con fuerza para hacerme oír sobre el escándalo reinante.

—¡Algo más de tres centenares! ¡Lucio nunca se alegrará tanto de habernos visto!

La salvaje sonrisa en los labios del hispano hizo que la mía se congelara. Haciendo un gesto con mi espada en alto, regresé a mi puesto, entre Mario y Lucas, pensando en la horda contra la que tendríamos que vernos. A pesar de las bajas causadas, los números seguían estando en nuestra contra. Todas nuestras posibilidades de éxito radicaban en que Lucio hubiera sabido salvaguardar a sus hombres durante el ataque y en que se uniera a nosotros cuanto antes, tan pronto disminuyera la presión sobre sus líneas. Mientras, a nosotros nos tocaba la difícil papeleta de rechazar a aquel muro de acero y cuero que se nos venía encima.

Una batalla siempre es caótica. Pocas veces logras hacerte una idea de lo que sucede a tu alrededor: bastante tienes con intentar evitar que te rebanen el cuello como para atender a lo que sucede más allá de tus propias narices.

Aquella ocasión no fue una excepción, y menos con la negra oscuridad que nos envolvía y la confusión que se desencadenó entre nuestros enemigos. Justo antes del primer choque miré a mis costados, donde Mario y Lucas aferraban con firmeza y cierta dosis de nerviosismo sus armas y escudos, y les dediqué una sonrisa salvaje, presto para la lucha. Luego solo tuve ojos para los hombres que corrían hacia nosotros; observé con satisfacción el temor que reflejaba el rostro de uno de los más adelantados, que se acercaba a la carrera, un tipo moreno de pelo enmarañado que se cubría la cabeza con un ridículo e inútil casco de cuero. Lo enfrenté con un rugido de desafío que acrecentó el pavor en su rictus. Supuse que hasta ese momento se las habrían prometido muy felices, pensando que habían encerrado a Lucio y sus hombres en el castro como manzanas en un tonel y que solo les quedaba abrir el grifo para degustar la dulce sidra de la victoria. En cambio, de repente debían enfrentarse a un grupo de hombres surgidos a sus espaldas de la oscuridad del bosque.

Chocaron contra nosotros desordenadamente, sin el brío necesario para romper nuestra formación. Como habíamos previsto, los primeros que llegaron hasta nuestro frente se dirigieron como la punta de una lanza hacia nuestro centro, allí donde yo los esperaba bramando como un oso. Tras despachar de un mandoble al hispano de piel aceitunada, trabé mi escudo con un suevo espigado y de rostro huesudo, que lucía un casco con protecciones para la nuca que debía de haber pertenecido a un romano. Se parecía bastante al que lucía Marco en el extremo de nuestra formación, pero sin duda el tipo no lo cuidaba tanto como nuestro metódico *primipilus*. Me preparé para recibirlo adelantando mi escudo; el golpe que anunció su llegada hizo que mi brazo temblara, pero resistí sin retroceder, como hicieron Mario y Lucas cuando les tocó su turno. Inmediatamente, sin darle tiempo a mi enemigo para recuperarse, lo ataqué con mi espada por encima del escudo y, aunque no logré alcanzarlo en la cara como pretendía, logré hincar la hoja en una de las protecciones laterales y le cercené la oreja izquierda, tras lo cual el tipo se agachó instintivamente presa del dolor, descuidó la posición de su escudo y me permitió segar su desprotegido cuello como si se tratara de un haz de trigo, aunque con un resultado bastante más pegajoso.

Las lanzas que erizaban nuestra formación impedían a nuestros rivales llegar con el ímpetu necesario para ponernos en verdaderos apuros. Pocas veces he utilizado la lanza en un combate a pie, ni tan siquiera en el primer momento del mismo, para marcar la distancia con los agresores. Aunque reconozco su utilidad, siempre me he manejado mejor en las distancias cortas, donde llegado el caso puedo incluso utilizar los puños si resulta necesario. Despachamos a aquellos primeros atacantes sin mayor problema y nos preparamos para recibir a la siguiente oleada, ya mejor organizada. Aquellos debían de ser los veteranos de la temible partida de Teodomiro, pues se acercaron formando un sólido frente, una oscura barrera que caminaba como animada por una única voluntad. El choque fue brutal; noté que nuestra formación se combaba como una joven y flexible vara de castaño, y de repente me encontré solo entre tres enemigos. Yo, obcecado como estaba en deshacerme del que tenía frente a mí, le golpeé con rabia haciendo que variara ligeramente la posición de su escudo, lo que aproveché para entrar a fondo con el filo de mi espada. Apenas lo herí superficialmente en la desprotegida clavícula, porque entonces alguien tiró de mí hacia atrás con violencia para incrustarme de nuevo entre los nuestros. Inicialmente me giré con cara de pocos amigos hacia Mario, que en ese momento me soltó y señaló a mi

costado izquierdo, y entonces me percaté de que el filo de una espada había hecho blanco en mi cota. Por fortuna, la valiosa protección podía parar muchas estocadas como aquella.

Resistimos el embate durante lo que me pareció mucho tiempo. Nuestros flancos aguantaban gracias a que el enemigo se concentraba con ahínco en castigar nuestro centro, y allí fue donde sufrimos el mayor número de bajas. Ni siquiera tenía tiempo para pensar dónde se encontraría Lucio en ese momento. Mejor; no era cuestión de agobiarme aún más de lo que estaba, dado que tampoco podía hacer nada al respecto. Me pareció que la lucha se alargaba durante interminables horas, pero en realidad debió de durar mucho menos, porque seguía siendo noche cerrada cuando todo terminó. Angustiado, vi como un hacha se abatía sobre Lucas. Su cálida sangre salpicó mi cara, y me esforcé por cerrar el hueco antes de que los atacantes pudieran rematarlo en el suelo, aunque no tenía forma de saber si estaba vivo o muerto. Por primera vez aquella noche pensé seriamente que el fin estaba cercano, pero al mirar un poco más allá, me pareció reconocer a Marco y a sus hombres cayendo sobre el flanco de nuestros enemigos, por lo que la presión disminuyó y pudimos limitarnos a defendernos durante un rato mientras ellos se encargaban del trabajo sucio. Incluso creí ver la recia figura de Lucio entre los que acompañaban a Marco, sin embargo, antes de llegar a estar realmente convencido de que no era un engaño de mi agotada mente, desapareció de mi vista entre la maraña de hombres que se lanzaron como lobos sobre los suevos, elevando el ritmo de aquella intensa carnicería hasta que la formación que se nos oponía fue deshilachándose como las nubes tras una tormenta de verano.

Cuando el drástico cambio en la dinámica de la pelea y los tímidos vítores que comenzaban a elevarse a mi alrededor terminaron por convencerme de que realmente debíamos de haber recibido por fin el auxilio de las tropas de Lucio y Magilo, me sentí repentinamente muy cansado. Sudoroso y jadeante por el esfuerzo, bajé las armas y respiré profundamente, tratando de recuperar el ánimo suficiente para girarme y enfrentarme a la posible imagen del cadáver ensangrentado de Lucas. Por fortuna, el hispano todavía respiraba; dos de sus compañeros lo levantaban con cuidado. Me acerqué a él y comprobé que tenía un tajo largo pero relativamente poco profundo, que recorría su cuerpo desde el hombro hasta el codo para continuar luego en el costado. Arranqué un trozo de tela de las ropas de uno de los caídos para aplicarle un sencillo torniquete en la extremidad, y dejé a los otros muchachos ocupándose del resto de sus heridas.

Todavía no estaba convencido de que no tuviéramos que regresar al combate, así que me erguí para mirar hacia donde continuaba la lucha. Muchos de los que habían formado conmigo se dirigían ya a la carrera hacia allí. Por lo que a mí me parecía, la victoria estaba próxima a caer de nuestro lado. Ya no se distinguía orden alguno: los suevos huían hacia el bosque, y los nuestros los perseguían con saña. Me dejé caer en el húmedo y resbaladizo suelo, y todos mis huesos protestaron por el esfuerzo realizado y la dureza de la tierra. Tanteé mi cuerpo con cuidado para confirmar que no había recibido daños de consideración, y al sentir un relámpago de dolor al apretar mis costillas recordé el golpe recibido cuando Mario había tenido que arrastrarme de nuevo hacia mi puesto en la formación. Oteé los alrededores buscando al enorme hispano, y al verlo recostado contra un árbol cercano, aplicándose un burdo vendaje en el muslo, me esforcé en arrastrarme hasta su lado para comprobar si estaba bien. Le indiqué que me permitiera echarle un vistazo, alarmado por la cantidad de sangre, pero afortunadamente la herida era limpia y no parecía nada que no se arreglara tras una incómoda temporada con muletas.

Todavía aturdido, no me sentía capaz de pensar con claridad. Mis pulmones pugnaban por llenarse, y sentía el aire arder en su interior pese a la escarcha que se acumulaba por todas partes. Durante la lucha ni siquiera me había apercibido de ello, pero en ese instante recordé que a ratos

nos había acosado una lluvia pertinaz que había terminado por lavar el hollín de nuestra piel. Y en ese momento, cuando la temperatura había descendido, los charcos que se habían formado comenzaban a helarse, llenando el aire de leves crujidos. Fijé la vista en el muro, iluminado por antorchas a intervalos regulares. Algunas sombras transitaban por él o se apiñaban en determinados puntos para observar lo que sucedía más abajo. También allí había acabado todo. Extenuado, di una palmada a Mario en el hombro y me dejé caer de espaldas sobre la hierba mojada, escuchando el tamborileo de las gotas que se desprendían de las ramas cuando las agitaba el viento. Parecerá absurdo, pero lo recuerdo como uno de los momentos más placenteros de mi vida.

Al amanecer vinieron a despertarme. Me había quedado dormido bajo la lluvia, con mi enorme malla puesta, por lo que cuando recuperé el sentido estaba embarrado, entumecido y calado hasta los huesos. El joven que me había despertado me golpeó suavemente en el brazo, pero hasta que no me zarandeó con cuidado no me incorporé y busqué a tientas mi espada. Parpadeé con insistencia hasta que me sentí capaz de fijar la vista, y lo reconocí de inmediato como uno de los bisoños reclutas que se habían unido a nosotros en un primer momento. Me tendió la mano con respeto y yo la tomé para que me ayudara a ponerme en pie. El peso de mi enorme cota hizo que el joven tuviera que emplear todas sus fuerzas.

—Bien hecho, muchacho —le dije cuando estuve en pie.

—Lo mismo digo, señor. Ha sido un honor luchar a su lado.

Sonreí, complacido.

—Deberías haberme visto cuando tenía tu edad.

Me giré y comprobé que era prácticamente el único que permanecía allí fuera. El resto de los nuestros, vivos, heridos y muertos, ya debían de encontrarse cada uno en su propio camino. Marchamos por el lodazal en que se había convertido el campo de batalla, regado por la fría llovizna de la madrugada y por la sangre de los caídos, en dirección al cercano fuerte.

En sus castigados muros se veían por doquier las señales de la enconada lucha que había tenido lugar sobre ellos pocas horas antes. Varias escalas estaban tumbadas en el suelo, la mayoría de ella rotas, y cada sección del lienzo frontal revelaba los estragos que las flechas incendiarias habían causado. Pese a todo, había resistido dignamente. Por encima del muro se elevaban varias columnas finas de humo, pero en cuanto traspasamos la puerta comprobé que surgían de las fogatas donde los hombres se habían reunido para degustar un merecido desayuno caliente. Pensé en que tampoco a mí me vendría nada mal hacerlo, porque el frío que se había colado bajo mi cota de malla mientras dormía en el mismo campo de batalla parecía no querer abandonarme nunca.

Allí por donde pasábamos había guerreros tumbados a ambos lados del destrozado camino. Comprobé que el campamento estaba atestado, por lo que, al parecer, finalmente no habíamos sufrido un excesivo número de bajas. Aun así, muchos de los que me saludaban desde el suelo lucían aparatosos vendajes o permanecían recostados, sin fuerzas para incorporarse.

Había sido una gran victoria, pero habíamos pagado un alto precio por conseguirla. Por fortuna, los únicos suevos presentes en aquella región eran los que habíamos visto correr entre los árboles; y esperaba que huyeran bien lejos, porque tenía la impresión de que en ese momento podrían derrotarnos hasta un puñado de críos con espadas de madera. Agradecí a mis dioses que

nos hubieran permitido obtener la victoria y que me hubieran favorecido una vez más en el combate. Era casi milagroso que, habiendo ocupado el lugar más cruento de la pelea, apenas hubiera recibido más que algún rasguño. El caso era que allí estaba, dolorido pero caminando por mi propio pie.

Seguí a mi joven guía hasta donde suponía que se encontraban los mandos de nuestro grupo y donde esperaba ver a Marco y al resto de los míos. En la puerta de acceso al edificio se arremolinaban una decena de hombres que hablaban en voz baja mientras compartían unas galletas de trigo remojadas en vino. Nos saludaron cuando pasamos, y yo les correspondí sin detenerme. Entre ellos vi a algunos miembros de nuestro grupo y a unos pocos hombres que debían de pertenecer a la guarnición original de aquel lugar.

En el interior del edificio el aire estaba viciado por el humo de las teas y olía fuertemente a sudor. Supongo que mi propia llegada no mejoraría tal aspecto. Alrededor de la amplia mesa se reunían siete individuos, y oí la voz de Marco nombrando un lugar tras otro, de esos que únicamente estaban en su mapa y en su propia cabeza. Al escuchar nuestros pasos, uno de los hombres se giró y reconocí enseguida a Lucio, pese a la capa de mugre que lo cubría desde los pies hasta la cabeza. Le dije hola con un gruñido y el hispano me contestó antes de volver a darse la vuelta para continuar atento a las explicaciones de Marco. El joven que me acompañaba me hizo un gesto y desapareció raudo hacia el exterior de la estancia mientras yo me colocaba al lado de Lucio. Marco levantó la vista del ajado papiro hacia mí y sonrió aliviado, pero continuó con su explicación sobre lo que nos esperaba una vez finalizada aquella batalla. Permanecí allí un buen rato, tratando de entender lo que decía el joven, y mientras fui examinando a quienes se encontraban a mi alrededor. Al otro lado de Lucio había un hispano al que no había visto nunca, calvo en la coronilla pero con unos densos mechones de negro cabello en los bordes de su lampiña cabeza, al que identifiqué como Magilo; un sonriente Visumar y algunos de los hispanos que nos acompañaban desde hacía ya bastantes lunas. No me extrañó no encontrar a Sila, que nada hacía allí entre los que dirigían nuestra cada vez más reducida tropa, y que suponía estaría descansando o atendiendo a su amigo Mario. En cambio, enseguida eché de menos la presencia de Issa; ¿dónde estaba el britano? El desarrollo de la batalla, con la oportuna irrupción de Lucio y sus hombres, y mi ciega fe en el muchacho me habían hecho dar por supuesto que finalmente había cumplido con éxito su complicada misión, pero no verlo allí volvió a llenar mi corazón de inquietud.

Tuve que aguardar todavía un buen rato, ocultando mi nerviosismo, mientras Marco enumeraba sin parar hombres, lugares y provisiones. Por lo que parecía, pese a nuestro lastimoso estado después de la batalla, el hispano consideraba que debíamos ponernos en marcha al día siguiente para perseguir a los hombres del ejército suevo que habían logrado escapar, entre ellos, Teodomiro. Algunos de los allí reunidos afirmaban que el riesgo era excesivo; aun vencidos, probablemente los suevos seguían contando con más guerreros que nosotros en aquel instante. Marco les dio la razón y explicó además que se proponía dejar en el campamento una pequeña guarnición de veinte hombres a cargo de los heridos, que ascendían a unos cincuenta.

Poco a poco comencé a prestar más atención, porque al fin hablábamos de algo que me interesaba: regresar a la lucha. Habíamos empezado el combate con casi trescientos hombres, entre los de nuestro grupo y los de Lucio. Estábamos en condiciones de emprender la marcha la mañana siguiente algo menos de ciento cincuenta, casi la mitad. Eso hablaba a las claras de la dureza de la lucha de la noche anterior. Si había cincuenta heridos que tendríamos que dejar entre aquellos muros hasta que se recuperasen, eso quería decir que habíamos tenido casi un centenar

de bajas en nuestras filas. Había sido la mayor victoria alcanzada desde que nos habíamos unido a Lucio y los suyos, salvando quizá la de las fuentes de Ocellum, pero habían perecido en aquel lodazal demasiados hombres de Aunonia, insustituibles para nosotros, lo que nos dejaba debilitados en extremo. A estos había que sumar aquellos heridos que no sobrevivirían, así como otros tantos que no podrían volver a empuñar un arma. Aquello significaba que no estaríamos en disposición de volver a desplegar nuestra habitual guerra de guerrillas en terreno enemigo. En cuanto devolviéramos a aquellos hombres que debían regresar a sus guarniciones, nuestro grupo, que hacía menos de un año estaba formado por casi doscientos guerreros, se habría visto reducido a menos de un centenar.

Quizá no eran cifras altas, pero resultaban mareantes en cuanto a su importancia: habíamos perdido casi la sexta parte del total de los defensores con los que contaba Aunonia. Aun así, nadie podía echárnoslo en cara, porque sin contar aquellas muertes que habíamos provocado en la frontera desde el verano anterior, ese día habíamos acabado con más de dos centenares de veteranos suevos. Un número mayor de lo que habíamos conseguido nunca. Sin embargo, al contrario que en nuestro caso, los refuerzos suevos parecían no acabarse jamás.

Los planes de Marco consistían en empujar a Teodomiro y los suyos de nuevo hacia el sur, evitando entablar combate, pero tratando de alejarlos de aquella región débilmente guarnecida. Para ello partiríamos al día siguiente con un centenar de hombres, dejando a Magilo encargado de la tarea de guardar el castro y enviar de nuevo a sus guarniciones a los heridos que allí dejábamos una vez estuvieran recuperados. Algunos no lo llegarían a estar nunca, por lo que aquella frontera quedaría aún más debilitada.

—¿Qué hacemos con los prisioneros? —preguntó de improviso uno de los hispanos que llevaba un buen rato masajeándose el brazo, donde ya se adivinaba un enorme hematoma.

Marco levantó la vista de la mesa y pude ver la frialdad de su mirada antes de que respondiera.

—No podemos dedicar hombres a su custodia. Matadlos.

El antiguamente comedido e inocente joven había dado lugar a aquel líder implacable. Hacía lo que debía hacer, y no le temblaba el pulso a la hora de tomar decisiones como aquella. Era un buen líder, y quienes lo seguían lo sabían y daban gracias por ello. En aquellos bosques, donde la única ley que imperaba era la del acero, tener por caudillo a alguien como Marco podía suponer la diferencia entre la victoria o la derrota.

—¿Hemos hecho prisioneros? —pregunté como quien se acaba de despertar después de una noche terrible.

—Bienvenido de entre los muertos, Attax. Apenas dos docenas, la mayoría heridos.

Asentí con la cabeza y Marco continuó con su explicación un buen rato, hasta que cada uno tuvo claro su cometido y la reunión se dio por zanjada. Cuando al fin nos quedamos solos Marco, Lucio y yo, aproveché para hacerle la pregunta que hacía un buen rato que rondaba por mi cabeza.

—¿Dónde está Issa? —dije sin poder disimular mi nerviosismo.

—Tranquilo, Attax. Está en el bosque, siguiendo la pista a Teodomiro con un puñado de hombres. Él nos mantendrá informados de sus pasos para que podamos ir tras ellos sin dificultad.

Se me escapó un suspiro de alivio, y Lucio me miró sonriente.

—Ese muchacho tiene un talento especial, Attax. Llegó hasta nosotros en medio de la noche como un fantasma, y pese al enjuto cuerpo que tiene, no paró de disparar con ese demoníaco arco durante todo lo que duró el combate, y por la mañana se ofreció para rastrear la pista al enemigo sin descansar siquiera un rato.

Di gracias a mis dioses en voz baja, y entonces, una vez tranquilo, caí en la cuenta de que tenía un hambre atroz. No había comido nada desde el día anterior, y la noche no había sido precisamente apacible.

—Me muero de hambre —protesté.

—Le dije a Sila que te guardara algo de guiso. Debe de andar por los alrededores; búscalo y descansa junto al fuego, que se ve que te hace falta —dijo Marco—. Yo ya he comido algo —se apresuró a añadir antes de que pudiera replicarle, sabiendo lo que solía echarle en cara.

El resoplido burlón de Lucio me indicó que mentía, pero decidí dejarlo en paz.

—Mario y Lucas han sido heridos —dije en cambio.

—Sí, ya los he visto. Están en buenas manos, y gracias a Dios parece que ambos se recuperarán.

Asentí en silencio y abrí el portalón para marcharme.

—Gracias por darnos la victoria, Attax.

—La victoria es tuya, *primipilus*. Yo me limité a resistir, como era mi deber.

Abandoné el lugar acompañado por los rugidos de mi estómago. Cuando salí, el sol ya se encontraba alto. Deambulé entre los hombres tratando de dar con Sila, aunque, acuciado por el hambre, a punto estuve de unirme a cualquier grupo cuyo desayuno desprendiera un olor interesante. En un último intento de encontrar al antiguo esclavo familiar, giré por detrás de un enorme cobertizo de madera, pero con los que me topé allí fue con los prisioneros de los que había hablado Marco, cerca de dos docenas de hombres atados de pies y manos, custodiados por cuatro de los nuestros, que los observaban con cara de pocos amigos, fastidiados por tener que estar de guardia mientras sus compañeros holgazaneaban y alardeaban de sus hazañas unos pasos más allá. En realidad, me parecía una precaución excesiva, pues aunque lograran escapar, no iban a ir muy lejos estando en medio de nuestro campamento rodeados por la totalidad de nuestra tropa. Daban una imagen lamentable, igual que la que debía de dar yo después de la batalla del Singilis. Los miré con desprecio, recordando lo que yo había sufrido en ese entonces, y súbitamente una cara me resultó familiar, aunque no supe identificarla. Me acerqué un momento. Cuando aquellos ojos dieron conmigo, parecieron abrirse desmesuradamente.

—¡Alano, alano! —comenzó a gritar con voz ronca antes de que uno de los nuestros lo amenazara con el asta de su lanza.

Me acerqué despacio y le hice una seña al guerrero para que lo dejara tranquilo.

—¿Y tú quién cojones eres, suevo? —pregunté al llegar a escasos cinco pasos.

El tipo, muy sucio, con el cabello oscuro y lacio y una barba corta, trataba en vano de ponerse en pie.

—No soy suevo, alano. Soy hispano. Claudio, ¿recuerdas?

—¿Claudio? No me suena —dije comenzando a perder el interés en el tipo, aunque, en el fondo, aquellos vivaces ojos me tenían intrigado.

—¡Claudio, el primo de Hixinio! —aclaró, desesperado—. Te ayudé en Lucus...

Consiguió levantarse por fin y trató de llegar hasta mí, pero el guarda le propinó un golpe en las costillas que le hizo caer de nuevo.

Me volví hacia él, esforzándome en reconocerlo bajo aquella capa de mugre. Sin duda, era él. Maldita casualidad, encontrarme con aquel tipo en el campo de batalla. Aunque lo cierto era que tampoco me extrañaba, dado que cuando lo conocí me había dejado claro que sus acuerdos con los suevos iban más allá de los meramente comerciales. Le indiqué al guarda que estuviera tranquilo y me acerqué para hablar con discreción.

—¿Por qué no tomaste ejemplo de tu primo y te quedaste en casa sin buscar pendencia con nadie? Pero no, tú tenías que estar con estos sucios bastardos, jodiendo a tus vecinos...

—Sabes que no puedo remediarlo —respondió, tanteándose donde le había golpeado el guarda con la lanza antes de mirarme con gesto suplicante—. Yo te ayudé una vez... Por favor, no dejes que me maten.

—En aquel entonces te pagué un buen precio por un encargo sencillo —repliqué, de mal humor, recordando su risa burlona y las escasas garantías que me había dado de que cumpliría lo pactado.

—No era tan fácil —objetó en tono quejumbroso—. Cuando me hablaste de aquella mujer no me dijiste que fuera la esposa de Teodomiro.

Abrí la boca para replicar y volví a cerrarla de golpe.

—Aquella hispana de la que me pediste noticias... —aclaró, desesperado. Como si yo pudiera haberme olvidado de aquello—. La mujer de Teodomiro, y el pequeñajo rubio, el hijo de ambos.

—¿El hijo de Teodomiro? —repetí, incrédulo.

Claudio tragó saliva, consciente de que avanzaba por un terreno espinoso.

—Te aseguro que Teodomiro se toma muy mal cualquier duda al respecto. —Bajó los ojos, pero de repente volvió a buscar los míos, como si se le hubiera ocurrido una idea salvadora—. ¿Deseas que lleve algún mensaje a la mujer... o al niño? Si consigues que no me maten, te juro por lo más sagrado que cumpliré con cualquier cosa que me pidas.

Yo solo podía pensar en Aspasia y en aquella criatura rubia que yo sabía en mi interior que era mi hijo. Mi hijo... ¡Y era Teodomiro, el maldito campeón suevo que nos había acosado durante lunas, el que lo criaba como su padre! El hombre por el que Aspasia me había abandonado, el malnacido que me había arrebatado todo lo que me importaba. El mismo que entonces huía bosque a través junto con su derrotada tropa. Maldije al destino por no haber permitido que me cruzara con él en la batalla y le abriera el vientre en canal. Aunque eso habría dejado a mi pequeño sin padre. Curiosamente, aquella idea me desasosegaba. Que Aspasia llorara por él, sin embargo, me traía sin cuidado. Pero el niño... A mi pesar, me asaltó una idea peregrina. Un hijo siempre debe poseer algo de su padre, incluso aunque no lo conozca y los separen no solo la distancia, sino también el odio entre dos pueblos enfrentados.

Mi promesa a santa Eulalia llenó de nuevo mi mente. Tener un hijo con ella, regalarle su primera espada. Para ser una santa, aquella zorra del demonio me había engañado pero bien. ¿Había sido aquel su castigo por acercarme a ella siendo pagano? ¿Volver contra mí mis propios deseos, haciendo que se cumplieran punto por punto hasta destrozar mi vida? Casi me daban ganas de reír.

Quizá me librara por fin de aquella maldición satisfaciendo la última petición que quedaba. Acaricié el pomo de mi espada y extraje lentamente la hoja, todavía tinta de sangre. Claudio se encogió a mis pies, como si temiera que se la clavara. Los guardas me miraron, nerviosos. Yo me limité a limpiarla con mi capa una y otra vez.

—Está bien —dije en voz baja—. Se te perdonará la vida con la condición de que le entregues esta espada al pequeño en mi nombre.

—Así lo haré —se apresuró a asegurar Claudio. Me dirigió una mirada inquisitiva, pasando con ansiedad su lengua por sus labios resecos—. ¿Deseas que le diga solo tu nombre... o algo más?

Dudé un instante. ¿Qué mensaje puede enviarle un hombre a un hijo que no lo conoce? ¿Le habría hablado su madre alguna vez de mí, o el único recuerdo que guardaría sería el de aquel

breve encuentro en Lucus, que para él no tendría significado alguno? Resultaba tentador hacerle saber que aquel guerrero alto que lo había tenido en sus brazos apenas durante unos segundos era en realidad su padre, aquel al que debía aquellos bonitos ojos rasgados, el color de su cabello... y, pronto, una buena espada. Una espada de la que acababa de secar la sangre de algunos de los que entonces, ironías del destino, conformaban su propio pueblo. Nunca he sido bueno con las palabras, pero ¿acaso existía algo adecuado que decir en esta situación?

—Dile solo que se la envía un amigo de su madre... que piensa a menudo en él.

Claudio asintió, solemne.

—Te juro que tanto la espada como el mensaje llegarán a su destino.

Creí que me costaría más convencer a los guardas para que me permitieran liberarlo, pero de alguna manera entendieron que era importante para mí, así que tras apenas unas breves protestas me dejaron hacer. Corté las ataduras del prisionero, envolví bien la espada y lo conduje en silencio hasta la puerta de aquellos muros. Nadie nos preguntó nada. Le tendí la espada y nos despedimos con un apretón de manos.

—Como te encuentre otra vez en estos lugares te mataré, Claudio, y me importará una mierda lo que hayas hecho por mí, o lo buena persona que sea tu primo. Así que piénsalo dos veces antes de volver a unirte a una expedición como esta, porque puede ser lo último que hagas.

—Lo tendré en cuenta, alano —me aseguró antes de desaparecer entre los árboles.

Todavía perdido en mis pensamientos, regresé para reunirme por fin con Sila. Aunque lo cierto era que se me había quitado el apetito.

XXII

Antes de que acabara la tarde, busqué a Marco para relatarle lo sucedido. Cuando me encontré con él, estaban a punto de llevarse a cabo sus órdenes respecto a los prisioneros. Antes los habían interrogado durante un buen rato. Claudio siempre había sido un cabrón con suerte, y esa vez había vuelto a librarse de una buena.

Marco me escuchó con calma y no pareció molestarse por mi decisión de dejar partir al prisionero. Reconozco que lo sensato hubiera sido pedirle opinión primero, pero creo que lo hubiera hecho aunque me hubiera negado su permiso. Después de todo, un hombre solo y asustado no supondría un gran cambio en nuestra situación si llegara a reunirse con Teodomiro, y, o mucho me equivocaba, o Claudio era de los que prefería contar con una evidente ventaja a la hora de elegir sus enfrentamientos, y ese momento ya había pasado. Estaba convencido de que regresaría a Lucus como alma que lleva el diablo, sin mirar atrás y alegrándose de su suerte, sin recordar siquiera a sus compañeros de cautiverio. Además, tampoco creía que hubiera tenido acceso a ninguna información que nos pudiera perjudicar.

Marco estuvo de acuerdo en mis apreciaciones, pero cuando le dije que suponía que Claudio se dirigiría a Lucus me miró con una expresión extraña.

—No creo que Aspasia se encuentre ya en Lucus —replicó—. Por lo que nos han revelado los prisioneros, Teodomiro trasladó sus bases hace tiempo. Hacia los alrededores de Conimbriga.

El dolor reflejado en sus ojos me confirmó el alcance de aquella noticia. Maldije por lo bajo. Así que, en definitiva, había sido Teodomiro el encargado de arrasar a sangre y fuego nuestra antigua ciudad, sin dejar apenas piedra sobre piedra.

Por un lado, a mi pesar, lo admiraba como guerrero. Por otro, lo odiaba con todas mis fuerzas. No entendía su ensañamiento con una ciudad tan poco importante. No era una urbe pequeña, pero desde luego no era grandiosa, ni en cuanto a tamaño, ni en riquezas, ni en número de habitantes. Casi parecía que aquel cabrón se hubiera empeñado en destruir todo lo que me importaba. Maldije a Aspasia; aunque tanto tiempo después había llegado a pensar que la perdonaba, lo que no podía asimilar era que hubiera convertido a mi hijo en uno de nuestros enemigos. ¿Por qué no podía haberse limitado a quedarse en lo más recóndito de Gallaecia, llevando una tranquila y sosegada vida dedicada al campo o a lo que demonios quisiera? Pero no, se había convertido en la mujer de un importante caudillo suevo, y aquel sería el único padre que conocería mi hijo. ¿Qué más me iba a suceder? ¿Que mi hijo me atravesara de parte a parte en el campo de batalla con la misma espada que le había regalado? ¿Acaso no había pagado ya en demasía por haber partido hacía ya una eternidad de Lucus para unirme a los godos, cosa que me había hecho perder a su madre y la posibilidad de criarlo? Vista la edad del retoño, que en ese entonces debía de contar con unos nueve años, y la mía propia, descartaba que aquel encuentro pudiera llegar a darse, pero no por ello dejaba de sentirme desgraciado.

—Sus hombres aseguran que es un buen líder —interrumpió Marco mis pensamientos.

—Pues ayer no lo demostró. Claro que eso es porque se cruzó con uno que lo supera. —Le di una palmada en la espalda. Al menos, esa vez le habíamos ganado.

Regresamos al campamento y nos dirigimos hacia donde el resto de los cautivos estaban recibiendo su merecido. Lucio blandía una descomunal hacha, que enseguida reconocí como la de Visumar, y acometía uno a uno a los prisioneros que aguardaban de rodillas en una patética fila. Esperamos en silencio a que Lucio terminara su macabro trabajo y partimos de aquel lugar, dejando a Magilo al frente de varias decenas de hombres y a cargo de los heridos, como habíamos acordado el día anterior. Entre ellos dejamos a Mario y a Lucas; el primero protestó airadamente, empeñado en seguirnos a pesar de la herida de su muslo, pero finalmente tuvo que aceptar a regañadientes que su presencia nos retrasaría. En cuanto a Lucas, pese a la seguridad de Marco acerca de que no corría peligro, no acababa de gustarme el tono macilento de su piel después de la tremenda pérdida de sangre.

Pasamos los siguientes días en los bosques, descansando muy poco y apurando el paso para acercarnos cada vez más a nuestro objetivo. Contábamos con un día de desventaja, pero nosotros habíamos descansado y ellos, por el contrario, estarían agotados; además cargaban con sus heridos. Por otra parte, Magilo se había ocupado de pertrecharnos convenientemente —por fin pude quemar mis deterioradas botas y cambiarlas por unas nuevas de flexible piel de gamo y dura suela, que aunque resultaban un poco pequeñas para mis largos pies, confiaba en que cedieran con el tiempo—, y nos había proporcionado comida suficiente para una semana, por lo que no tendríamos que perder tiempo en forrajear.

Cada poco tiempo nos íbamos encontrando con alguno de los exploradores de Issa, que nos iban indicando con precisión el camino que debíamos seguir. Agradecimos de veras las precauciones que habíamos tomado, porque a pesar de que partían en desventaja, la retirada de los suevos era sorprendentemente ágil y ordenada. Lo que había comenzado como una desbandada en toda regla se había convertido al poco tiempo en una marcha bien organizada, y no encontramos pequeños grupos que se hubieran quedado atrás a los que poder ir eliminando. Una pena, porque habría sido una buena oportunidad de mermarlos aún más. Según los exploradores, Teodomiro había conseguido reagrupar a más de un centenar de supervivientes, que formaban un grupo compacto. Pese a que sus perseguidores no éramos más —aunque es cierto que él tampoco podía estar seguro de aquello—, los pasos que estaba dando indicaban que pretendía rehuir cualquier encontronazo. Me parecía sensato; es muy fácil vencer cuando la dinámica del ejército es positiva y además superas en número a tus enemigos, pero las cosas cambian en cuanto pierdes ambas ventajas. Y sobre todo con hombres como Claudio en tus tropas.

Teodomiro dirigió a sus hombres siempre hacia el sur, aunque en un principio se desvió hacia el este, alejándose de sus bases, supuse que tratando de despistarnos. Luego fue retornando poco a poco hacia el suroeste. Tres días más tarde seguíamos recibiendo noticias periódicas de los exploradores, pero todavía no habíamos visto a Issa. Sus hombres nos dijeron que permanecía lo más cerca posible del enemigo, sin dejarse ver, mientras que para nosotros aquella era la distancia más corta que nos convenía guardar, para mantener la presión de la persecución sin llegar a alcanzarlos. Así que tratábamos de avanzar con un ritmo similar al suyo, aunque a medio día de distancia, satisfechos con que los suevos se alejaran por fin de nuestras tierras. Acompañamos sus pasos hasta la linde del bosque y luego avanzamos otras dos jornadas más de camino para asegurarnos de que nuestra pesadilla había concluido. Al menos por el momento.

Suponíamos que los suevos tardarían en reponerse de aquel golpe. Para ellos, aquella retirada tuvo que llegar a convertirse en una situación desesperada. Cada cierto tiempo encontrábamos algún cadáver al borde del camino, que habían tenido que abandonar para continuar su frenética marcha. La nieve, el frío y el viento que azotaban las montañas habían hecho estragos en aquel grupo de guerreros heridos, que además no contaban ni con comida ni con abrigo suficientes para internarse en aquellos oscuros bosques. No me habría gustado estar en su pellejo.

Las lunas siguientes fueron, en comparación, bastante tranquilas. Sin los hombres necesarios para retomar nuestra táctica de acoso y repliegue, decidimos regresar al sur, donde continuaban produciéndose escaramuzas, para apoyar a las posiciones más debilitadas. A pesar de las dificultades, fue un momento dulce: allí a donde acudíamos nos recibían con admiración, como si la mera presencia del *primipilus* y sus hombres, que habían acabado con miles de suevos en el norte —nunca dije lo contrario—, bastara para devolverles la esperanza de que la victoria era posible. Encadenamos una serie de pequeños triunfos que, sin ser determinantes, mantenían alta la moral de los defensores.

Una hermosa primavera sucedió al duro invierno, y a medida que esta se acercaba a su final, y con ella el año de plazo pactado con Caulión, aumentaba la expectación de Marco, que aguardaba impaciente la convocatoria de un próximo consejo. Después de haber expulsado a Teodomiro, la mayor amenaza con la que nos habíamos enfrentado, y de mantener sin mayores problemas la frontera establecida, tenía la confianza de que el resto de los cabecillas aceptaran continuar con la táctica que, aunque arriesgada, se había demostrado eficaz.

La llegada del verano coincidió con un periodo de calma que aprovechamos para ayudar a recoger la abundante cosecha con la que los dioses nos habían bendecido. Después del trabajo duro llegó la recompensa de una buena fiesta. Comimos y bebimos con alegría, hasta que Flavio, el cabecilla del lugar, un hombre enjuto y arrugado con una enorme nariz y una risa contagiosa, se acercó a Marco para darle a conocer las noticias que habían llegado hasta sus oídos, que empañaron de un plumazo nuestro buen humor.

Según Flavio, Caulión había cumplido su amenaza sin más, partiendo hacia el este en busca del *dux* Sunierico para solicitarle que mediara en nuestro conflicto. Aquella maniobra debía de llevar cierto tiempo barruntándose, pero nosotros habíamos permanecido totalmente ajenos a ello, convencidos de que antes de dar aquel paso tendría lugar una nueva asamblea. Sin duda, el repentino cese de las hostilidades debía de ser el resultado de una nueva solicitud de tregua. No podíamos decir que nos sintiéramos traicionados, porque aquel era el acuerdo al que se había llegado el año anterior, pero al menos esperábamos que nos consultaran nuestro parecer y que permitieran a Marco exponer de nuevo sus argumentos en el que considerábamos un escenario distinto. Sin embargo, nos esforzamos en tragarnos nuestro disgusto. La gente de los alrededores estaba satisfecha con el acuerdo; una vez más, solo les importaba el presente y que dejara de producirse aquel inútil derramamiento de sangre que no les permitía prosperar en paz. Al menos, nuestras victorias servirían para negociar en mejores condiciones y ofrecer la paz en lugar de suplicarla.

Marco y yo decidimos permanecer en la zona a la espera de noticias, mientras la mayoría de los nuestros retornaban a Curunda para reunirse con sus familias. Los heridos que habíamos dejado en el norte también iban volviendo a sus respectivos hogares, por lo que suponíamos que

tanto Mario como Lucas debían de estar ya allí. Por supuesto, Visumar partió al frente de ellos, de lo que yo, por un lado, me alegré. Tenía que reconocer que el vándalo era un excelente guerrero, valiente y jovial, y que sin duda era mucho mejor compañero para una mujer que yo. Y eso era precisamente lo que me irritaba. Jodido bastardo ventajista, siempre tan correcto y encantador... El mundo era imperfecto, como yo bien sabía, y por tanto no deberían existir hombres como Visumar. Era como jugar con los dados trucados.

Al pensar en tipos demasiado encantadores, vino a mi mente el recuerdo de Salla. ¿Qué sería del noble godo? ¿Viviría aún? Esperaba que su ingenio y el valor de sus hombres lo mantuvieran a salvo allí donde estuviera, y que el destino le deparara al menos la posibilidad de una buena venganza. Me lo imaginaba arrasando la frontera goda al mando de tropas romanas o francas, y en mi interior pensaba que sería lo correcto. Su pueblo —en la persona de su rey— lo había desposeído de todo y lo había humillado ante sus iguales. Nada les debía, salvo su odio. Para mí era algo evidente.

Cuando por fin llegaron noticias desde el este, no hubo sorpresas. La tregua era una realidad, y Caulión regresaba a Aunonia con varios embajadores godos. De ello estaba ya enterado nuestro enemigo, e incluso se había acordado ya el lugar donde tendría lugar la reunión entre las partes implicadas en el conflicto. Marco y yo bebimos, nos indignamos, clamamos a los cielos ante la estupidez de aquella decisión, pronosticamos toda serie de desgracias para aquella tierra a manos de godos y suevos y finalmente decidimos no acudir a la maldita reunión, a pesar de que habíamos sido convocados.

Sin embargo, Caulión, consciente de la popularidad de Marco tanto entre los guerreros como entre los civiles, y preocupado por evitar que su pueblo apareciera dividido ante sus enemigos, terminó convocando su asamblea justo en el lugar donde nos encontrábamos para intentar convencerlo personalmente. Largarnos de allí habría sido una ofensa demasiado grave, así que permanecimos a la espera. No cabía duda de que aquel viejo era listo.

Poco a poco fueron llegando a la tranquila región muchos hombres a los que hacía largo tiempo que no veíamos. La mayoría de los guerreros se habían quedado en los puestos avanzados, en previsión de un posible nuevo quebrantamiento suevo de la tregua, pero casi todos los cabecillas principales acudieron a la llamada de Caulión. Saludamos a muchos con sincera alegría, y juramos venganza por otros tantos que supimos que habían perecido durante el último año.

Ya los grandes robles comenzaban a perder sus hojas cuando un grupo de jinetes llegó hasta el poblado alertando de la cercanía de la esperada comitiva. Enseguida fui a buscar a Marco, que se encontraba adiestrando a un grupo de jovenzuelos, como hacía cada tarde en los alrededores del río que bañaba aquellas tierras. Aquellos niños lo adoraban, y Marco también disfrutaba de su inocente compañía. Durante aquellos días volvió a recuperar, en parte, esa afabilidad que yo tan bien conocía y que hacía tiempo que no mostraba. Lo miré mientras enseñaba a uno de los pequeños cómo debía golpear con su espada de madera la estaca clavada en el suelo, y me pregunté si no sería conveniente que Marco tomara por fin una esposa para tener sus propios cachorrillos. Ya no era joven, desde luego. Muchos pensaban que el duro hispano no necesitaba de las caricias de una mujer, aunque nadie se atrevía a decírselo a la cara. Pero tal vez la calidez de una compañera lograra que el hispano sonriera nuevamente. Como me había dicho Sunna, hasta el acero puede quebrarse, y Marco cada vez me recordaba más a aquel metal.

Lo cierto era que me sentía en parte culpable de aquella situación. Aunque nunca me había propuesto algo así, mucho me temía que el muchacho no se había limitado a tomarme como

referencia en los asuntos de la guerra, sino que también mi incapacidad para entregarme a una mujer, y más después del cruel desengaño sufrido con Aspasia, había marcado sus propios miedos. Durante nuestro peregrinar por los distintos poblados que componían Aunonia no habían faltado chicas que, atraídas por la fama del *primipilus*, no dejaban de revolotear a su alrededor. Pero, aunque no dudaba que hubiera aprovechado la tesitura para regalarse algún que otro revolcón, parecía realmente reacio a implicarse emocionalmente con alguna. Pensé que algún día tendría que hablar con él sobre el tema; de lo que no estaba seguro era de ser capaz de transmitirle lo que pretendía, en vez de limitarme a reafirmar sus temores. Seguro que Visumar podría hacerlo mucho mejor que yo, pensé con una sonrisa amarga.

En cuanto los críos se percataron de mi presencia se elevó un coro de voces agudas.

—¡Alano, alano!

Les encantaba. Yo era como un enorme oso al que le gustaba subir a malcriados zagales a sus espaldas y darles vueltas hasta marearlos. Y además, era el oso de su héroe.

—Pero ¿qué indisciplina es esta? —grité al llegar a su lado, y los miré con gesto serio hasta que enmudecieron, expectantes, temiendo que me hubiera enfadado.

Agarré a uno de ellos, que me observaba boquiabierto, y lo levanté en el aire para tumbarlo en el suelo con cuidado y hacerle cosquillas a la vez que gritaba a sus compañeros:

—¡Nunca os confiéis!

Una marabunta de niños me acometió por todos lados, tirando de mi ropa y pellizcándome para tratar de liberar a su compañero.

Marco reía con ganas, y así estuvimos un buen rato, hasta que pedí clemencia a los pequeños, que me hicieron sufrir un poco más antes de concedérmela.

—Venga, muchachos, cada uno a su casa, que vuestras madres estarán quejándose por vuestra tardanza, ¡vamos! —les instó Marco, y ellos salieron corriendo y dando voces.

Los miré, sonriendo estúpidamente, y esperé a que desaparecieran por el recodo del camino antes de girarme hacia Marco.

—Muchacho, ya llegan Caulión y sus amigos godos. Estarán aquí en menos de una hora.

—A ver a qué hijo de puta vanidoso habrán mandado.

—Pues tienen donde elegir, la verdad.

—Nos tratarán como si fuéramos ganado, ya lo verás. Y cuando crean que nos han introducido en su redil, entonces se abalanzarán sobre nosotros,

—No creo que Caulión sea un estúpido. Dale una oportunidad.

—Tiempo al tiempo —respondió con un suspiro—. Vamos, que quiero que al menos me vean la cara cuando aparezcan por aquí con su maldito aire de superioridad.

Acompañé a Marco al río para que se refrescara y se afeitara, y luego, en la casa que nos habían asignado, esperé a que se pusiera las mejores ropas que había podido conseguir en aquel poblado. No quería aparecer con la cota: más bien pretendía que cuando los godos llegaran, vieran ante ellos a un romano distinguido y sociable. Aunque estuvo a punto de no hacerlo, porque podía confundirse con un guiño a aquellos a los que deseaba negar toda relevancia en aquel conflicto, finalmente usó para cerrar la fina capa con la que se cubría aquella maravillosa fíbula que le regalara Salla, su hermano godo, al separarnos poco antes de la toma de Asturica. En ese momento también él se encontraba muy lejos, desterrado en la frontera, y su pueblo, con el que durante un tiempo habíamos compartido un objetivo común, volvía a convertirse para nosotros en una amenaza. Cuando apretó el cierre vi que se le humedecían ligeramente los ojos, pero enseguida se repuso y me palmeó el hombro antes de dirigirnos al exterior. Nos

encontrábamos en una embajada y ahí Marco también era peligroso, aunque no empuñara una espada.

Nos situamos junto al camino por el que aparecería la comitiva poco tiempo después. Se reunió con nosotros Lucio, que sonrió divertido al ver la impecable estampa que presentaba Marco. Para nada se asemejaba a la del antiguo esclavo, vestido con una camisola abierta y unos sucios calzones de cuero que le quedaban bastante más estrechos de lo que deberían.

—¿Te has puesto guapo para tus amigos?

—Quiero que se confíen —le respondió Marco, haciendo una mueca.

Lucio todavía reía cuando nos percatamos de que la comitiva asomaba a lo lejos. Llegaban a caballo, levantando el polvo del camino, aunque avanzaban al paso, sin prisas. En primer lugar distinguimos un grupo de unos pocos hispanos que, pese a tratarse de una misión de paz, lucían sus armas al costado y sus escudos atados a las sillas de sus monturas. Forzamos la vista para estudiar a los que los seguían: a Caulión se lo reconocía fácilmente, con su espesa cabellera cana y su porte elegante. A su lado cabalgaba el que identificamos como el cabecilla de la delegación goda. Tras ellos se entremezclaban un buen número de jinetes de ambos pueblos.

Observé con detenimiento al enviado godo. Mostraba una estampa impecable, a lomos de un descomunal semental oscuro como el azabache, como los que montaban antiguamente los mejores caballeros de las legiones de Roma. Aún no podía distinguir sus rasgos, pero me pareció joven. Sus espaldas eran anchas, y su ropa, de excelente calidad: vestía una fina camisola blanca y un pulcro chaleco de cuero a juego con el pantalón de montar, que cubría con una capa fina y bien cortada. No sabría decir por qué, pero al mirarlo me atenazó la garganta un presentimiento extraño; me removí incómodo en mi sitio, impaciente por que se acercara lo suficiente para verlo mejor. Miré hacia Marco para comprobar su reacción, pero él no dejó de escrutar al tipo con el ceño fruncido y una leve expresión de desconcierto, así que yo también volví a concentrarme en él.

El godo parecía intercambiar palabras corteses con Caulión. La brisa removía su cabello, largo y claro. Cuando estaba ya a pocos pasos de nosotros, me llamó la atención el fabuloso broche de oro macizo que cerraba su capa; tenía forma de águila, y era muy parecido al que lucía Marco. Cuando se giró hacia donde estábamos nosotros, pude ver por fin su rostro. Sus ojos recorrían con viveza todo lo que lo rodeaba, y en ese instante se toparon con los míos. Me faltó la respiración y tuve que apoyarme en Marco, que se giró para mirarme con una mezcla de sorpresa y felicidad que no recordaba haber visto en él desde mucho tiempo atrás. Aquel que había llegado a nosotros con todo el boato de un embajador, el que si hacíamos caso a los chismes que lo precedían era la mano derecha del *dux* Sunierico en Hispania, no era otro que Salla. Ya no el joven y afable Salla, sino un auténtico señor de la guerra godo, de aspecto tan letal como majestuoso.

Esperamos allí, sin saber bien lo que hacer, escrutando al godo para tratar de confirmar lo que nuestros corazones ya sabían. Caulión detuvo la comitiva y se acercó a nosotros, en deferencia a Marco, seguido a pocos pasos por el embajador. Desde lo alto de su montura, lo saludó con una ligera inclinación de cabeza y se volvió para presentárselo a su acompañante.

—Noble Salla, este es Marco Vipsanio Celer, probablemente nuestro más importante campeón.

Para sorpresa de todos, el godo bajó ágilmente de su caballo y se colocó frente a Marco antes de hablar con aquella voz profunda y suave que tan bien conocíamos.

—Tenéis mucha suerte de contar con hombres como estos a vuestro lado —dijo a su interlocutor en voz alta para que todos lo escucharan. Una sonrisa se dibujó en su rostro, hasta entonces serio y circunspecto, antes de acercarse a Marco—. Hermano, me alegro de volver a verte.

Para sorpresa de los presentes, ambos se fundieron en un abrazo emocionado.

Se alzaron algunos vítores entre los guerreros, que no comprendían qué estaba pasando, salvo que el embajador reconocía la valía de su *primipilus*. Luego, Salla se acercó hasta mí.

—¿Y qué decir de Quinto Vipsanio Attaces? Sus canas no me engañan; apostaría a que aún no ha cambiado la espada por el arado.

Miré a Caulión; el pobre hispano debía de estar inmerso en un mar de dudas. No en vano, el mismo joven que había sido su mayor quebradero de cabeza, y el principal opositor a la mediación goda, recibía en ese instante al embajador con un abrazo fraternal. Su desconcierto era cómicamente palpable.

Di un paso hacia Salla, que me aferró con firmeza mientras me decía al oído:

—No sé con qué dioses estoy en deuda, viejo amigo, si con los tuyos o con el mío, pero al fin han escuchado mis ruegos por que volviéramos a reunirnos a este lado del mundo.

Mientras me separaba del godo tratando de ocultar mi emoción, Caulión bajó del caballo para intentar reconducir una presentación que para nada se había desarrollado como él esperaba.

—No sabía que os conocierais. Veo que vuestra fama os precede incluso más allá de nuestras humildes fronteras —dijo, mirando a Marco.

—Nos conocimos hace tiempo —respondió Marco, sin apartar la mirada de Salla—. Y el destino ha querido que nuestros caminos hayan vuelto a encontrarse tantos años después.

—Observo que Sunierico ha hecho una sabia elección al enviaros, noble Salla.

—La sabiduría guía cada uno de los pasos del *dux* —respondió él con formalidad.

—Me alegro de que vuestro conocimiento sobre nuestro pueblo y sus problemas sea tan profundo. No todos los nuestros creían que un godo pudiera hablar en nuestro nombre ante los enemigos —repuso Caulión en tono mordaz, buscando incomodar a Marco.

Para su disgusto, el muchacho ni siquiera pareció percatarse.

—Yo también me alegro de haber encontrado aquí no solo a potenciales aliados, sino también a viejos y queridos amigos.

—Acompañadme, noble Salla, debo presentaros a otros tantos que igualmente se congratularán de recibiros. Aunque me temo que aún falten uno o, a lo sumo, dos días para que estén presentes todos los miembros de nuestra asamblea.

—Si me disculpáis, os rogaría que me liberarais durante esta noche. Cuando hayan llegado todos los vuestros habrá sobrado tiempo para acordar los términos de la paz que transmitiremos al otro lado de la frontera. Hoy preferiría descansar y compartir recuerdos y noticias con Marco y Attax. Si os parece bien.

—Faltaría más, noble Salla —respondió Caulión, todavía desconcertado pero dispuesto a mantener una digna cortesía—. Venid conmigo; primero os mostraré donde pasaréis esta noche y las siguientes, hasta que podamos cabalgar hacia el otro lado de la frontera.

Nos despedimos de la comitiva y seguimos a nuestro amigo con la mirada hasta que se perdió dentro del poblado.

—¡Jodido alano! ¿Es este el godo del que hablabas con aquel despojo que capturamos en

Curunda? —me espetó Lucio.

Asentí, aturdido por el inesperado reencuentro.

—Ya sabía yo que había hecho bien al no matarte en Hispalis y que algún día podrías serme útil...

Fue una noche feliz, en la que compartimos una cena frugal y un auténtico empacho de noticias. Ninguno de los guerreros que formaban el cortejo de Salla nos resultaba conocido, pues no formaban parte de la hueste de su padre, por lo que no nos acompañaron. Nosotros dudamos si invitar a Lucio, o incluso a Caulión, para evitar cuchicheos y especulaciones sobre lo que se hablara allí esa noche, pero finalmente decidimos que aquella era una reunión de viejos amigos y que muchas cosas debían quedar entre nosotros, puesto que no incumbían a nadie más.

Nos reunimos en nuestro propio alojamiento, dejando atrás cualquier formalidad, y en cuanto nos sentamos nos lanzamos a una vorágine de preguntas atropelladas hasta que logramos calmarnos y establecer un cierto orden. Salla estaba tan sorprendido por habernos encontrado en aquellos parajes como nosotros de volver a verlo. Por lo que nos contó, cuando fue enviado como mediador, solo sabía que debía reunirse con unos rústicos hispanos que luchaban contra las incursiones suevas sin apenas medios y con irregular éxito. Dado que él ya había estado en la región años atrás, se lo consideró el más indicado para atender la solicitud de Caulión. Yo no podía más que felicitar al *dux* por su acertada elección, por mucho que interiormente lo menospreciara por haberse dejado vencer por los suevos, engañado por Dyctinio y por Ascanio.

—Debí haber intuido que en cualquier enfrentamiento fuera de lo normal a este lado de los Pireneos estaríais vosotros presentes. —Salla sonrió, meneando la cabeza.

—¿Y cómo demonios crees que hubieran podido resistir sin nuestra ayuda? —argüí yo, cruzando los brazos bajo mi pecho.

—Llevas razón, tendría que haberlo supuesto. Así que se me envía aquí para negociar la paz en nombre de unos hombres a los que desconozco, y os encuentro como si nada hubiera pasado después de tantos años. Sin duda, tenéis mucho que contarme.

—Vaya, pues creo que tú no te quedas atrás en cuanto a asuntos pendientes de explicar... —repuse.

—Ah, ¿sí? Os recuerdo que la última vez os dejé a muchas millas de vuestro anhelado hogar, del que no pensabais moveros una vez regresarais. Pero no os encuentro precisamente regentando un negocio respetable en Lucus, sino en medio de estas montañas perdidas. Sin embargo, yo sigo limitándome a cumplir las órdenes de mi rey, tal y como hacía antes.

—Pues eso es precisamente lo que nos sorprende —dijo Marco, desconcertado por oírle hablar de Teodorico sin un ápice de reproche—. Las noticias que hemos escuchado sobre ti no iban precisamente en esa línea.

Salla lo miró extrañado, y dio un largo sorbo al cuerno de cerveza.

—¿Y qué noticias sobre mí han llegado hasta estos remotos bosques?

—Hace algunos años tomamos prisionero a Frogga, y él nos relató una curiosa historia...

—¿Frogga? ¿Apresasteis a Frogga?

—No te preocupes; lo tratamos bien, y después le dimos una patada en el culo para que abandonara este lugar. Era lo menos que podíamos hacer por él —lo tranquilicé, sonriente.

—Así que la historia de mi desgracia y el oprobio de mi familia ha llegado incluso hasta este

recóndito lugar. —Sonrió con tristeza—. Pensé que, una vez aceptara esta nueva misión en Hispania, todo aquello quedaría atrás para siempre y ya nadie recordaría que un día fui poco mejor que un fugitivo. Una tierra nueva, una vida nueva... Pero parece que el pasado es difícil de dejar atrás.

—¡Venga, demonios! Deja de llorar como una vieja y cuéntanos cómo te fue en la frontera. Que, por lo que vemos, ahora no te va tan mal.

—Primero debéis decirme dónde está Issa. Sé que Witiza preguntaría por él si se encontrara entre nosotros, y lo menos que puedo hacer es llevarle esa información.

—¿Está contigo el bueno de Witiza? ¿E Ibbas? ¿Y tu padre?

—¿Y Wulf? —añadió Marco.

—¡No se puede hablar con vosotros! No dejáis de hacer preguntas, pero no respondéis a ninguna.

Dejó a un lado el cuerno de cerveza, se cruzó de brazos y aguardó a que le contestáramos antes de continuar.

Marco puso los ojos en blanco con fingido fastidio y se apresuró a responder.

—Issa está en un poblado cercano, que es algo así como nuestro nuevo hogar. Ha tenido un niño precioso con Vera y es muy feliz, pese a la complicada situación que vivimos. —Sonrió—. A veces lo envidio. Sabe adaptarse a las adversidades y disfruta todo lo que puede de lo bueno que le da la vida. Yo, en cambio, no lo consigo.

—Me alegro por ellos, y también por este par de solterones. Tal vez sea eso lo que te hace falta, Marco: una buena mujer a tu lado. ¡Porque supongo que no serás tú, Attax, el que me sorprenda contándome que ha sentado la cabeza!

—Pero mira tú quién fue a hablar. ¡El maldito godo metomentodo! Pues, por lo que recuerdo, tampoco a ti se te veía demasiado feliz con la idea de engendrar una caterva de mocosos con tu bella prometida; espera, ¿cómo se llamaba? ¿Vacaburra? No, así es como la llamaba Wulf... ¿Amalasunta?

Salla rio con ganas al comprobar que recordaba el nombre de su prometida tantos años después, pero no me respondió de inmediato.

—Vayamos por partes, no nos adelantemos. Primero os informaré de dónde están mis compañeros, y luego os estaréis un buen rato callados mientras os cuento lo sucedido durante estos largos años. —Asentimos encantados—. Y luego seréis vosotros los que me contéis qué demonios hacéis en medio de estas montañas perdidas —exigió, agitando el dedo frente a nosotros.

Hicimos alarde de concentración y nos acomodamos para escuchar la historia que nos iba a relatar nuestro amigo. Aunque ya lo habíamos intuido por sus palabras, nos tranquilizó saber que Akhila seguía viviendo en sus tierras de los alrededores de Burdigala, que pertenecían a su familia desde que los godos se asentaran en la zona después de exterminar a mi pueblo, hacía casi cincuenta años. Allí, entre las verdes colinas y los profundos valles donde los hombres de su padre cuidaban de hermosas vacas y fértiles cultivos, se encontraban también los veteranos Ibbas y Witiza. Ambos habían sobrevivido a la dura prueba que supuso acompañar al joven en su inmerecido destierro, y disfrutaban desde su retorno de un bien ganado descanso junto a su señor, en el que no les faltaban ni la cerveza ni la carne para pasar las noches contando mil hazañas inventadas a sus hijos, mientras sus mujeres les recordaban los largos años que las habían dejado abandonadas.

Mientras el godo hablaba, sentí una punzada de envidia por el destino de ambos veteranos.

Estaba claro que yo nunca podría gozar de tal suerte: ni siquiera estaba hecho para saber disfrutarla. Mi sino, como sabía desde joven, era recorrer los caminos con una espada en la mano hasta que me sobreviniera la muerte en un lance desafortunado. Yo tenía casi la misma edad que Ibbas, pero mientras él en ese momento estaba a resguardo en su propio hogar, viendo cómo crecían sus hijos y prosperaban sus cosechas, yo estaba en medio de aquellas montañas, rogando por que volviéramos cuanto antes a la batalla y mi espada pudiera cobrarse unas cuantas vidas más antes de que, por fin, terminara la mía.

En cuanto a Wulfila, también él había logrado sobrevivir a los duros años en la frontera, y se encontraba mucho más cerca que los veteranos a los que echábamos de menos: el joven había regresado a Hispania junto a Salla hacía menos de seis lunas, y en ese entonces estaba en el cuartel general de Sunierico, situado en algún lugar de la meseta, hacia donde se dirigiría Salla en cuanto terminara su misión.

Luego se centró en hilvanar la historia de su destierro y su posterior regreso. Hablaba sin amargura. Me llamó la atención que fuera capaz de relatarlo con tanta normalidad, y más aún saber que había regresado después al servicio de su rey sin ningún tipo de rencor aparente. Y eso que Frogga no había exagerado, precisamente.

Como nos relatara el aguerrido hombre de su padre, después de su vuelta desde Coviacum, tras un sinnúmero de desprecios y pocas explicaciones, salvo la firme acusación de traición derivada de su actuación en el castro, Salla fue enviado al norte, a la zona más dura de la frontera. El muchacho relataba con emoción que muchos de sus hombres se habían ofrecido a acompañarlo, entre ellos sus amigos más queridos. Ibbas lo asumió particularmente mal: durante el camino se sintió tentado en muchas ocasiones de noquear a los guardianes para que el joven pudiera huir de aquel destino injusto, pero finalmente tuvo que rendirse a la evidencia de que su pupilo nunca aceptaría tal solución, convencido de que el rey, tarde o temprano, se daría cuenta de su error y lo llamaría de vuelta junto a su padre. Esas aseveraciones me venían a recordar su candidez. Fui yo quien, en su momento, traté de inculcarle un poco de mala voluntad en su dura mollera, porque sin ella, y pese a su evidente valía, daba por supuesto que caería presa de los zorros, lobos e incluso hurones que se cruzaran en su camino. Por un lado, no me había faltado razón, pero visto el resultado final, tal vez, a la postre, debía ser yo el que me replanteara mi ácida manera de entender la vida y las relaciones entre los hombres.

Pocas veces había escuchado hablar de aquel lugar que resultó ser el hogar de Salla durante nueve largos años. Lo único que sabía, y por boca del propio joven y los suyos en su anterior estancia en Hispania, era que más al norte vivían otros alanos, que habían luchado al lado de Flavio Aecio en los Cataláunicos; aunque según las malas lenguas, como la de Ibbas, más que luchar se habrían limitado a huir en cuanto juzgaron imposible contener a la horda huna. Por supuesto, aquel comentario hizo que mi relación con Ibbas se torciera al poco de conocernos, tanto que todavía me acordaba de él cada vez que me rascaba la nariz, de lo magullada que me había quedado en aquel encuentro.

Allí, en el norte, el reino de Teodorico lindaba con los dominios de los antiguos moradores del imperio, los galorromanos, que al contrario de lo que había sucedido entre sus iguales hispanos, habían decidido llevar ellos mismos las riendas de su destino. Al frente de ellos estaba un tal Egidio, o Aegidius, como lo llamaba Salla, un antiguo general romano que inicialmente había servido bajo el mando del emperador Avito, para ser nombrado posteriormente *magister militum* de las Galias. Tras la muerte de su benefactor Avito, el nuevo emperador, Mayoriano, le encargó el restablecimiento del orden en la Galia, donde la aristocracia galorromana que había apoyado a

Avito rehusaba, no obstante, reconocerlo a él. Para ello, en lugar de la tradicional alianza con los godos —más favorables al difunto emperador que al nuevo—, como había sido la tónica bajo el mandato anterior, Egidio decidió buscar el apoyo de sus vecinos francos, y junto con ellos comenzó a debilitar la influencia visigoda en varios lugares de la Galia. Las primeras campañas se sucedieron en el sur, cerca de la antigua ciudad de Lugdunum, y más tarde, tras el contraataque visigodo, se concentraron en la frontera norte del belicoso reino de Teodorico.

Toda aquella lección de política nos venía muy bien, porque era cierto que pocas noticias de más allá de la frontera sueva llegaban hasta nuestros oídos desde que habíamos entrado a formar parte de aquel pueblo indómito y montaraz. Tras la muerte de Mayoriano —el último emperador del que habíamos tenido noticias, cuatro años atrás—, Egidio rehusó reconocer a su sucesor, impuesto en el trono por el *magister militum* suevo Ricimero, se proclamó independiente en el norte de la Galia y continuó la guerra por su cuenta contra godos e incluso sajones. No debía de ser un mal tipo ese Egidio, aunque, por lo que contó Salla, hacía relativamente poco que había muerto, dejando su inestable trono a su hijo Siagrio. Además, Egidio no era ningún tonto romántico, porque, según las palabras de Salla —que para eso siempre había sido comedido, no como Ibbas o Witiza—, en más de una ocasión lo tentó para pasarse a su bando, ofreciéndole un poder y unas riquezas que su propio pueblo le negaba. Casi podía escuchar a Ibbas farfullando ante las negativas del joven, aunque el tiempo al final le había dado la razón, y yo aún seguía sin saber cómo.

En la frontera, Salla y los suyos fueron puestos bajo el mando de un orondo y pendenciero señor de la guerra godo, que bastante tenía con ver más allá de su enorme barriga y divertirse con sus siervas y concubinas, cuando no se encontraba rapiñando en los alrededores. Su ejército, si es que podía llamarse así, era más bien una panda de salvajes desorganizados, que cometían igual número de tropelías entre los que se encontraban más allá de sus fronteras que entre los desgraciados que tenían que convivir con su presunta vigilancia. No era de extrañar que los galos que se hallaban bajo el dominio godo trataran por todos los medios de socavar su autoridad para que sus compatriotas del norte pudieran extender su influencia hasta sus tierras. Sin duda, aquel no era precisamente el lugar ideal para que los altos valores de Salla encontraran el respeto y la admiración de quienes vivían a su lado...

En un primer momento, Salla y los suyos se limitaron a tratar de pasar desapercibidos, en tanto se hacían una idea clara de la situación y comenzaban a establecer sus propios juicios sobre lo que se les venía encima. No obstante, huyendo de la degradante molicie que dominaba el asentamiento, pronto comenzaron a ofrecerse voluntarios para participar en cualquier escaramuza al otro lado de la frontera o para oponerse a las incursiones de pequeño calado con las que les sorprendían los enemigos de cuando en cuando. En aquel escenario, el pequeño grupo de veteranos no tardó en hacerse un nombre por medio de las armas. Por fortuna para ellos, su comandante estaba demasiado ocupado paladeando manjares y desanudando corpiños para preocuparse de que unos cuantos de sus guerreros comenzaran a amenazar a sus pendencieros vecinos.

Cuatro largos años combatieron como guerreros anónimos, tratando de mantener una frontera que se desmoronaba ante la desidia de sus oficiales y el empuje de romanos y francos, que a cada estación que pasaba, más firme se volvía. A medida que Salla narraba algunas de las circunstancias que habían vivido, no podía evitar que me recordaran a otras tantas de las que nosotros habíamos experimentado en esas mismas montañas, siempre en retirada, salvando percances comprometidos en el último momento. Aunque, en el caso del godo, los actores se

habían intercambiado los papeles, y eran los galorromanos los que habían tomado la iniciativa.

La situación era cuando menos inestable; invierno tras invierno, la frontera fluctuaba como un estandarte al viento. A medida que los años se sucedían, el escenario de la guerra entre Egidio y Teodorico se fue desplazando hacia el norte, y alcanzó su punto álgido tras la muerte de Mayoriano. En el año 463, ante el empuje de Egidio y sus aliados, Teodorico decidió enviar al norte a su segundo hermano, Frederico, para poner freno a la osadía del romano y decidir de una vez por todas la contienda.

Habíamos tenido ocasión de conocer al arrogante Frederico durante la campaña hispana del año 456. Nuestro odiado Liuva había sido uno de sus favoritos hasta su muerte en Coviacum, de la que el príncipe nunca había exculpado a Salla. Por lo que nos había dicho Frogga, muchos lo consideraban el principal responsable de su destierro a la frontera, aunque por supuesto el muchacho lo negaba, argumentando que Frederico nunca se rebajaría a maquinar nada contra alguien tan humilde e insignificante como él. Sin embargo, estaba claro que no se alegraría de verlo por allí, y menos de comprobar que las cosas no le iban nada mal.

Frederico, seguido de un gran ejército y convencido de que acabaría de una vez por todas con el molesto Egidio, se midió con aquel en los alrededores de Aurelianorum, donde lo más granado de la nobleza goda fue masacrada por los galos y sus aliados britanos y francos, y quedó sobre el campo de batalla el cuerpo sin vida del hermano del rey godo. Las noticias se propagaron hacia el sur con la rapidez de un voraz incendio, y Salla, que tras la llegada de Frederico había tenido que conformarse con recluirse en Mediolanum Santonum, ajeno al conflicto, tuvo que reunir a cuantos supervivientes pudo, temeroso de que, tras la gran victoria lograda, Egidio decidiera aprovechar el impulso para arrasar la frontera y presentarse en la misma Tolosa al frente sus hombres.

Fue Salla quien sostuvo aquella frontera durante lunas, cuando la suerte de los godos parecía echada. En ese tiempo, además, nuestro amigo conoció a la que entonces era su esposa. Nos reímos un buen rato al conocer la noticia, y volví a recordar a Amalasunta, su vilipendiada prometida. El godo rio con ganas, e incluso se unió a nuestras chanzas. Por lo que nos dijo, nada supo de ella durante su destierro; al enterarse de que había caído en desgracia, tanto la muchacha como su familia olvidaron convenientemente cualquier compromiso. Tampoco es que a Salla le hubiera apenado mucho su actitud, y menos cuando el amor había irrumpido de improviso en su vida, en medio de las sombras del frío norte. La mujer, de nombre Gosuinda, regía una pequeña heredad situada cerca de la frontera. Hija única de un segundón godo, de dignidad para nada comparable a la rancia nobleza de la familia de Salla —si uno se parase a apreciar esas sandeces —, la conoció mientras trataba de hacer frente, espada en mano, a una marea de vociferantes francos que se habían adentrado en tierras godas tras la derrota de Frederico. Superado por mucho en número, su pequeño grupo tuvo que retirarse apresuradamente para buscar refugio en la propiedad que dominaba una colina cercana, donde habían ido a resguardarse también la mayoría de los habitantes de los alrededores. Allí les recibió la que tiempo después se convertiría en su esposa y, para su mayor alegría, en madre de su, por el momento, único hijo.

En el feudo, bajo el portón de una rudimentaria muralla de madera y piedra, varios labriegos armados con azadas y viejas espadas eran dirigidos por aquella mujer alta y rubia que no paraba de dar órdenes a todo aquel que se encontraba a su paso. A punto estuvieron de cerrarles a Salla y su grupo la puerta en las narices, pero por fortuna el joven pudo hacerse entender entre la algarabía y asegurarles que eran de los suyos. El muchacho se acercó a la mujer que, bien armada, repartía indicaciones para organizar la defensa y le ofreció el concurso de los suyos; ella

lo aceptó, pero dejándole claro que allí la que mandaba era ella. Y bastante bien que lo hacía: tras algunos intentos baldíos de superar la empalizada del recinto, los atacantes partieron en busca de presas más fáciles. Aunque tiempo después la frontera se estabilizó a varios días de camino hacia el norte, a partir de aquel encuentro Salla se aseguró de pasar por la heredad con frecuencia con la excusa de comprobar si todo seguía en orden. Y, aunque la orgullosa Gosuinda se había hecho de rogar antes de darse por enterada en cuanto a sus atenciones, y el propio muchacho no estaba muy seguro de lo que en su situación le podía ofrecer, al final había decidido lanzarse, y ella había accedido, feliz, a convertirse en su esposa. Al joven se le iluminaba la mirada cada vez que pronunciaba su nombre.

Salla había conseguido detener el avance de Egidio tras el desastre de Aurelianorum, era cierto, pero Teodorico también tenía que agradecer a la providencia que el antiguo *magister militum* galo muriera poco después. Sin embargo, antes de que las heridas recibidas acabaran con la vida de Egidio y su reino pasara a manos de su hijo Siagrio, un nuevo príncipe godo tomó posiciones en la frontera norte: Eurico. Aquel era el más joven de los hijos del primer Teodorico, apenas mayor que el propio Salla, al que enseguida conoció, pues hasta su llegada había aglutinado bajo su mando a las tropas que habían conseguido detener el avance franco. Ante mi sorpresa, la llegada de Eurico no significó una nueva condena de Salla al ostracismo. Al contrario: enseguida la sagacidad, el temple y la valentía del hijo de Akhila fueron apreciados por el nuevo comandante, con el que Salla compartía una temprana edad para los cánones habituales en aquella olvidada frontera. Eurico, satisfecho por el buen resultado de las acciones que ejecutaba Salla a lo largo de la misma bajo sus órdenes, decidió recompensarlo con su confianza, aunque no con nombramientos ni con oro, ya que ni siquiera él podía contrariar a su hermano el rey, por mucho que a cada luna que pasara cuestionara más las razones por las que el joven permanecía en aquel extraño destierro. Un destierro que duró unos años más, durante los cuales la relación entre ambos se fue estrechando cada vez más. Hacía menos de un año, Eurico había abandonado su puesto en la frontera para volver al lado de su hermano, a Tolosa. Antes de hacerlo, el príncipe le había hecho jurar que cuando su rey lo reclamara, acudiría con presteza a ponerse a su servicio.

Poco después tuvo que cumplir su palabra, pues una escolta de veinte guerreros se presentó en los alrededores de Mediolanum Santonum con órdenes de llevar a Salla ante su rey en Tolosa. Entonces regresaron los temores de que una vez más Teodorico considerara su labor insuficiente, o incluso reprochable. Molesto ante la idea de tener que volver a exponerse a los caprichos del monarca que tan injustamente lo había tratado en el pasado, dudó entre obedecer sus órdenes o cruzar la frontera para presentarse ante Siagrio y aceptar frente al hijo lo que había rechazado en tiempos de su padre. Pero, finalmente, la fidelidad a su pueblo se impuso y, recordando las palabras de Eurico al despedirse y confiando en poder contar al menos con su apoyo en esa nueva tesitura, emprendió el camino hacia Tolosa junto a sus hombres más fieles y la escolta que lo había ido a buscar. Una vez allí, solo, recorrió los pasillos dispuesto a presentarse ante Teodorico.

Pero, ante su sorpresa —y mientras escuchábamos el relato ante la nuestra también, aunque aquello explicaba lo que hasta entonces nos había resultado incomprensible—, quien lo recibió sentado en el trono fue Eurico, que en ese momento detentaba la corona de su pueblo. Como otros muchos antes que él —por seguir la tradición, supongo—, el hermano pequeño había asesinado al anterior rey para ocupar su lugar. Lejos de abominar la actitud de Eurico, los nobles de Tolosa ratificaron de inmediato al nuevo soberano, y este, en cuanto estabilizó su situación,

mandó llamar a su lado a aquel joven que tan buena impresión le había causado durante su estancia en el norte, y para el que tenía reservados grandes planes. Mucho habían hablado en el gris norte de las bondades de la rica Hispania, y el nuevo soberano había considerado que el hijo de Akhila, diestro en la batalla y en la diplomacia, y buen conocedor de un territorio al que además profesaba sincero aprecio, sería el más adecuado para desempeñar un papel relevante en su nueva aventura al otro lado de los Pireneos.

Aunque se tratara de una relajada reunión de amigos, creo que tanto yo como Salla escrutamos disimuladamente a Marco para comprobar su reacción ante el interés del nuevo soberano godo por Hispania. El muchacho sonrió ante nuestra actitud.

—Como puedes suponer, me preocupa el interés de tu pueblo en mi tierra. Pero no temas, no te pondré en un aprieto preguntándote tu opinión sobre las intenciones de Eurico.

—Entiendo... —Salla bajó la cabeza, abatido—. Solo le pido a Dios que nunca nos vuelva a colocar en frentes opuestos en el campo de batalla. Pase lo que pase, hermano, jamás podré llamarte enemigo. En cuanto a esta embajada, espero poder serte te utilidad, a ti y a tu nuevo pueblo. Más adelante quizá podríamos hacer grandes cosas... juntos. —Hablaba pausadamente, midiendo las palabras, pero sus ojos brillaron de nuevo ante tal perspectiva—. En fin, no tratemos todavía del futuro, ¡ahora os toca a vosotros ponerme al día de vuestras andanzas durante estos años!

Después de escuchar la historia de Salla no pude evitar pensar que la nuestra, en comparación, poco interés tenía salvo para nosotros mismos. Pero a medida que Marco iba desgranando una situación tras otra me di cuenta de que también nosotros habíamos presenciado hechos relevantes. El godo nos escuchaba con sorprendido interés, sonriendo cuando nos interrumpíamos el uno al otro, e intervenía con su habitual curiosidad para que le aclarásemos las dudas que le iban surgiendo. Se apenó profundamente por la muerte de Cayo aunque no lo hubiera conocido en persona, y, si bien también desconocía cuál había sido exactamente la relación que nos unía a Aspasia y a mí, tuvo asimismo palabras de pena para aquel desenlace. Me mordí la lengua para no contarle mi último descubrimiento sobre el papel de Teodomiro en la historia, pero decidí que semejante secreto permanecería mejor guardado si solo lo compartíamos Marco y yo.

Una vez terminó nuestra historia, Salla, intranquilo por el espinoso tema que habíamos pospuesto, retomó sus explicaciones sobre la misión que se le había encomendado y la actitud del rey al respecto. Según explicó, el deseo de Eurico era que su pueblo se erigiera en árbitro de cualquier conflicto que afectara a las provincias hispanas, cubriendo el vacío de poder que había en la zona ahora que Roma había quedado definitivamente recluida en sus fronteras de Italia, cuando no en las murallas de la pantanosa Ravena, y mantuviera un cierto orden dentro de aquellas obsoletas fronteras. Estaba de acuerdo en que, bien llevado, el plan podía ser una solución factible para algunos de los hispanorromanos que aún trataban de aferrarse a lo que en su momento les ofreció Roma, pero para nosotros resultaba difícil de asumir después de lo que habíamos vivido en Asturica.

—¿Y pretendes que creamos en las nobles intenciones de Eurico después de lo que sucedió al despedirnos la primera vez?

—Tienes razones para desconfiar, Marco, y te mentiría si te dijera que puedo garantizarte que a partir de ahora esas escenas no volverán a repetirse. Por mi parte, haré lo que mi rey me ordene.

—¿Aunque sepas que no es lo correcto?

—Un hombre sin un rey al que servir no es nada. Poco mejor que una comadreja. Pero Eurico es diferente, tenéis que creerme.

—Un hijo de Teodorico que asesina a su hermano para hacerse con el trono... Creo que me recuerda a alguna historia que oí hace muchos años —repliqué.

Marco permanecía pensativo.

—Eurico ve más allá de su ombligo. Sabe que Roma está acabada, y lo que pretende es que su pueblo ocupe el lugar que los romanos dejan en la provincia. ¿No sería acaso lo mejor? Una aristocracia fuerte, un comercio pujante, las fincas agrícolas en pleno funcionamiento y un ejército preparado para repeler cualquier ataque.

—Dicho así, no se entiende por qué tienes que abrirte paso por la frontera con la espada en la mano. Te bastaría una rama de olivo, como a tu dios —respondí, sarcástico, aunque el godo hablaba en serio.

—Con el tiempo me darás la razón, Attax, ya lo verás, pero entiendo vuestras dudas y vuestra incredulidad.

—¿Y las órdenes de tu rey se acaban aquí, en estas montañas? En tal caso, no creo que Eurico saque mucho beneficio. Habrás visto que poco oro y plata podréis obtener de estas gentes.

—Esta es una misión de paz, Attax. Intercederemos por vosotros sin ningún otro tipo de interés.

—Salvo mantener a los suevos recluidos en Gallaecia para que os dejen las manos libres para actuar en el resto de la diócesis, ¿no? —respondió Marco, perspicaz.

—Yo mismo no podría haberlo explicado mejor —reconoció el godo, encogiéndose de hombros.

—¿Y qué es lo que harás cuando concluya esta desinteresada misión? —pregunté.

—A vosotros os lo puedo decir, ya que sois como mi propia familia, pero os pido que juréis no decir una palabra a nadie, ni siquiera en sueños.

Así lo hicimos, Marco ante su Cristo crucificado, y yo ante mi dios de la guerra.

—Después de esta embajada emprenderé una misión delicada. Pronto partiré hacia el sur, al mando de un ejército.

—¿Son ciertos entonces los rumores? ¿Vas a tomar el relevo de Sunierico?

—Sunierico permanecerá en el norte. Y yo estaré al mando de una nueva campaña.

—Sin duda, ser amigo de un rey allana el camino. No me imagino a Teodorico confiriéndote semejante honor. —Marco me miró con expresión desaprobadora, y me apresuré a finalizar la frase—. Aunque, evidentemente, creo que lo mereces de sobra.

—Me dirigiré a Emerita Augusta. Y necesitaré hombres válidos a mi lado, que entiendan la idiosincrasia de sus gentes —añadió, mirando a Marco intensamente.

A mi entender, aquello se parecía bastante a una proposición, a una de las buenas. Contuve la respiración, aguardando la respuesta del hispano.

—¿Vais a tomar la ciudad? —preguntó Marco.

—Prefiero decir que vamos a llevar la paz y el orden a la antigua capital de la diócesis. Venid conmigo: necesito consejeros válidos a mi lado. Nunca imaginé encontraros en mi camino, pero vuestra presencia debe de ser una señal.

—Tú no necesitas consejeros, Salla. No te hace falta nadie que te diga lo que es correcto o lo que necesitan las gentes bajo tu mando.

—Pero me gusta que alguien me conteste cuando hablo; es aburrido responderme a mí mismo.

—Sabes que podría decirte cosas que no te complaciera escuchar. —Marco sonrió con cierta

tristeza.

—¿Llevarás a Wulf contigo? —quise saber.

—Por supuesto. Mientras yo estoy aquí, él ya se encuentra organizando a los hombres que nos acompañarán hacia el sur. —Salla puso su mano sobre el brazo de Marco; los ojos le brillaban—. Una nueva vida en Hispania, Marco. Empezar de cero, olvidando todo lo que haya sucedido anteriormente. Necesito hombres a mi lado en los que pueda confiar, hombres que no teman decirme cosas que no me guste escuchar.

A punto estuve de intervenir, de aconsejar a Marco que mandara al cuerno a todos aquellos salvajes montaraces que nos habían acogido, pero que a la hora de la verdad nos habían dejado de lado. Ellos no pensarían en nuestro bien si pudieran obtener riquezas, fama y sobre todo tranquilidad. ¿Por qué empeñarnos en hacer nuestra su suerte? ¿Por qué Marco, al que tras la muerte de su tío nada ataba a aquellas tierras, dudaba ante la espléndida oferta de su amigo?

—Salla, te agradezco de veras la oportunidad que nos das. No sé si entenderás mis razones, ni siquiera estoy seguro de que Attax las comparta. —Sonrió ante la evidente decepción que provocaban en mí aquellas palabras que anticipaban su negativa—. Antes decías que un hombre no es nada sin un rey. Yo no estoy de acuerdo con eso; la fidelidad a la causa de un monarca es algo admirable, pero también me lo parecen aquellos que pretenden gobernarse a sí mismos, los que deciden sus propias causas. Siempre he soñado con el día en que los hispanos nos convenzamos por fin de que podemos ser dueños de nuestro destino y de que se puede luchar por ello. Aunonia es un lugar pequeño, pero al menos aquí la mayoría creemos que es posible defender nuestra propia libertad. O, al menos, que vale la pena intentarlo. Y yo no deseo darle la espalda a esa idea. —Agachó la cabeza—. No obstante, me alegro por el lugar al que vayas. Sé que sabrás hacer de él un remanso de orden en medio de este caos. Aun así, yo no puedo acompañarte.

El godo se recostó de nuevo, luchando por esconder un gesto de desencanto.

—Te entiendo, Marco, y te admiro por tu determinación, aunque me cueste aceptarla —admitió con una sonrisa—. Pero no os atosigaré. Si en algún momento cambiáis de parecer, quiero que sepáis que las puertas de Emerita estarán siempre abiertas para vosotros. Siempre, claro, que se abran primero para mí.

Cuando llevamos a Salla de regreso a su alojamiento era ya muy tarde. Esa noche dormí a pierna suelta; no podía dejar de sonreír, como un crío que descansa con su juguete favorito en la mano. La actitud de Marco me llenaba de orgullo, aunque me apenaba sinceramente dejar pasar la oportunidad que nos ofrecía Salla de partir hacia el sur para comenzar de nuevo en la ciudad que me vio nacer. Habría sido bonito, pensé tontamente: en Emerita vi el sol por primera vez, y me hubiera gustado que fuera también el último lugar donde mis cansados ojos lo vieran ponerse para la eternidad.

XXIII

La asamblea fue tranquila; en ella se debatieron los mínimos que se considerarían aceptables a la hora de negociar la paz y se elucubró largo y tendido sobre lo que podíamos esperar de los suevos. Salla habló con sensatez, escuchó todas las posturas, y al final quedó claro que si había alguien capaz de dar con una solución que satisficiera tanto a Marco como a Caulión, ese era el godo. Nunca dio por sentado nada sobre el desenlace de la entrevista, a todas luces imprevisible, pero aun así, cuando marchamos la sensación era de optimismo, porque todos confiábamos en que sería un duro negociador y que no aceptaría imposiciones ridículas.

Dos días más tarde cruzamos la frontera en dirección hacia las bases suevas de los alrededores de la extinta Conimbriga. Formábamos un espectacular grupo de hombres a caballo, casi una centena de guerreros, de los que el único que no iba armado como si se dirigiera a la guerra era Salla. En cambio, todos aquellos que formábamos la comitiva vestíamos grandes cantidades de metal y cuero. Cotas de malla, grandes y recias capas con las que cubrirnos, espadas, lanzas, brillantes escudos y cascos empenachados: cada uno vestía sus mejores galas para que el enemigo comprobara que no se las veía precisamente con un grupo de desarrapados pedigüeños. Íbamos para negociar una paz que nos resultaba vital, pero debíamos aparecer ante el enemigo como guerreros capaces de defender con las armas lo que no consiguiéramos mediante las palabras. No solo los representantes de los hispanos —incluido yo mismo— lucíamos como si fuéramos dispuestos para la batalla, sino que también la adusta escolta de Salla llevaba sus mejores armas. Tan solo su líder, cómodo en el desempeño de su papel como hombre neutral de la embajada, vestía las mismas ropas con las que había llegado a nosotros días atrás. Él no tenía nada que demostrar a quienes nos recibieran: ya hablarían por él la calidad de los hombres que lo escoltaban.

Había pasado apenas una jornada desde que abandonáramos la seguridad de los bosques, cuando fuimos interceptados por una pequeña patrulla sueva. Parecían llevar esperándonos algún tiempo, pues su aspecto lucía descuidado. Intercambiamos miradas recelosas y alguna que otra pulla, tanto que llegué a temer que nuestra pacífica misión llegara a su fin antes de comenzar. Incluso los godos parecieron contagiarse de nuestro nerviosismo y elevaron el nivel de alerta; claro que ellos mismos habían sufrido una emboscada fatal no hacía tanto —quizá alguno de aquellos hombres hubiera participado en la fallida campaña de Sunierico para liberar Lucus—, así que la desconfianza me parecía justificada. Fuera lo que fuera, lo cierto era que los guerreros nos escrutábamos unos a otros, preparados para desenvainar a la menor provocación. No era un comienzo esperanzador para negociar una propuesta de paz, pero nadie dijo que nuestro plan fuera a dar resultado.

Seguimos a aquellos hombres durante algunas horas, hasta llegar al lugar elegido para celebrar el encuentro: un antiguo poblado —o acaso una gran finca propiedad de algún ilustre potentado — provisto de unas ruinosas murallas, en cuya entrada se alzaba una alta torre de vigilancia de madera que dominaba la zona. Era la primera vez que pisaba aquel suelo; nuestras correrías nunca nos habían llevado tan al sur. Conimbriga, o lo que quedara de ella, estaría a dos o tres

días de camino hacia el suroeste. No podía evitar sentirme apenado por la suerte de la ciudad natal de Marco, pero me obligué a concentrarme en escudriñar la ratonera en la que nos estábamos metiendo. No me gustaba el lugar designado para reunirnos: aquel era su territorio, su nuevo hogar, y nosotros acudíamos allí como si fuéramos ganado. Era la primera victoria sueva de ese día: en lugar de vernos en un terreno neutral —un claro del bosque, una colina—, nos poníamos en sus manos, doblegándonos a su arrogancia como obedientes chuchos, y lo peor era que quedábamos prácticamente a su merced en el caso de que se tratara de una encerrona. Lo único que podíamos hacer era rogar por que la presencia de la embajada goda les disuadiera de intentar cualquier artimaña para acabar con nosotros y de paso borrar de un plumazo su principal problema en la región. Miré a Marco, que tampoco parecía precisamente contento con el panorama.

Antes incluso de atravesar la cerca nos dimos cuenta de que aquel lugar era un auténtico hervidero de hombres. Sin embargo, ni de lejos presentaban una estampa tan temible como la nuestra: la mayoría vestían ropas de tosca lana y se armaban con simples espadas o cuchillos al costado. Después de todo, estaban en sus tierras, así que poco tenían que temer, al contrario que nosotros.

Cuando llegamos al portón, la mayor parte de nuestra escolta tuvo que quedarse allí, mientras el resto éramos conducidos hacia el pie de la sencilla torre de madera, donde nos aguardaba la delegación sueva, compuesta al parecer por solo tres hombres, que nos observaban con los brazos en jarra y un rictus despreciativo. Detrás de ellos se agolpaba una multitud de hombres, mujeres y ancianos. Comencé a lanzar miradas furtivas hacia nuestra espalda, temiendo ver como desarmaban a nuestros hombres, para tratar de hacerme una idea de cuánto nos costaría abrirnos paso, espada en mano, hasta la puerta que acabábamos de traspasar. Allí dentro solo quedábamos una nerviosa veintena de hispanos y un aparentemente tranquilo Salla, seguido de cerca por cuatro de sus hombres.

Tan ensimismado estaba tratando de contar los pasos que nos separaban del portalón que no me percaté de que Marco me hacía una seña para que bajáramos del caballo y nos acercáramos a los suevos. Lucio, más expeditivo, me empujó sin ningún miramiento y señaló hacia delante, refunfuñando por lo bajo sobre la idoneidad de haber acudido a aquella encerrona. Tendí las riendas de mi caballo a uno de los mozos, y avanzamos por el embarrado sendero con la mirada fija en nuestros enemigos. De los tres que destacaban frente a la muchedumbre, uno de ellos era sin duda hispano. Lucía un cuidado corte de pelo por encima de las orejas, como los antiguos romanos, y vestía una ridícula toga sobre la que descansaba una delicada capa de lana. Aquel petimetre parecía totalmente fuera de lugar, y me pregunté qué demonios haría allí. A su lado se encontraban dos guerreros suevos, ambos con el cabello largo y recogido a la espalda con una cinta. El que ocupaba el centro era moreno, de cabello muy oscuro y lustroso, probablemente aceitado. Lo mismo ocurría con su barba, que aparecía pulcramente recortada y peinada en punta. A pesar de que las canas empezaban a aparecer en sus sienes, se mantenía en buena forma. Al costado llevaba una espada descomunal cuyo brillante pomo no dejaba de acariciar con nerviosismo. Pero el que llamó inmediatamente mi atención fue el que se encontraba a su siniestra. Alto, fibroso, con el cabello castaño claro, mantenía una pose orgullosa que me recordaba en cierta manera a la que yo mismo trataba de componer. Lo miré fijamente, y él me devolvió el escrutinio sin apartar los ojos un instante. Con deliberada lentitud, retiré mi casco, y me pareció que él me dedicaba un leve gesto de reconocimiento que me desconcertó. Por mi parte, nada tenía que decir en aquel encuentro, así que bien podía despreocuparse de mi persona.

No obstante, aquella mirada ardiente continuaba clavada en mí, provocándome un extraño desasosiego del que esperaba que mi rictus pétreo no revelara un ápice.

Cuando estuvimos a escasos veinte pasos de aquellos tres hombres, Salla tomó la iniciativa y, con gesto relajado, se adelantó desde nuestro grupo haciendo una seña a Caulión para que lo siguiera. Este, a su vez, escogió a Lucio y a otros dos de los cabecillas más veteranos de la frontera. El resto nos quedamos donde estábamos, a la espera de lo que tuviera que suceder.

Sin nada que hacer salvo aguardar el desenlace de las conversaciones, me concentré en el mudo desafío que me proponía aquel tipo, convencido de que terminaría por amedrentarlo. Sus ojos recorrieron mi estampa, desde las botas hasta mi rostro adusto, deteniéndose largo rato en la peculiar coraza que era mi orgullo. Quizá allí estaba la clave; si había participado en las escaramuzas de la frontera y en algún momento nos habíamos topado, sin duda recordaría la pieza. Esa idea me hizo erguirme aún más, desafiante como solo un alano sabe mostrarse.

Todavía estaba ocupado en desplegarme como las velas de un barco, cuando algún movimiento entre la multitud que se acumulaba a su espalda distrajo al suevo. Siguiendo su mirada, me percaté de que acababa de adelantarse ligeramente un mocoso al que, para mi sorpresa, el tipo llamó a su lado con un gesto de su mano. El niño, de tal vez unos diez años, si no más, se acercó a él para recibir una pensativa caricia en su cabello rubio. Miré al tipo con desprecio, confundido por tamaña muestra de absurda sensiblería, hasta que al bajar la mirada hacia el pequeño reparé en un detalle que hizo que un escalofrío recorriera mi espalda. La espada que el muchachito llevaba a la cintura me resultaba extraordinariamente familiar. Sin lugar a dudas era la misma que había entregado a Claudio para que se la diese a mi hijo. Todavía petrificado, me pareció escuchar una voz familiar que llamaba al chiquillo. Y allí, entre la multitud, reconocí a Aspasia. Ella no me miró; se limitó a tender la mano al niño para que regresara a su lado, y este obedeció a regañadientes. Para ese entonces, cualquier rastro de gallardo desafío debía de haber desaparecido de mi rostro desencajado. Aspasia, hermosa como pocas, con su negro cabello salpicado de hebras blancas que parecían darle serenidad a su rostro, en lugar de restarle atractivo. Antes de que desaparecieran entre el gentío, pude distinguir la cara del niño, con aquellos ojos claros que me atravesaron el alma. Debía de contar entonces con diez veranos escasos, pero seguía siendo alto para su edad. Y aquel que estaba frente a mí, dedicándome una mirada impenetrable, era Teodomiro: su padre suevo. No fui capaz de leer en su rostro si todo aquello había sido un insulto deliberado, es decir, que aquel hombre sabía quién era yo y quería demostrarme algo, o si se debía únicamente a la casualidad, al reflejo espontáneo de un padre orgulloso que comienza a mostrar a su hijo lo que supone moverse en los círculos de poder.

El resto de la reunión perdió todo el interés para mí. Sentía el alma desgarrada, pero me esforcé en mantener la mirada sobre aquel malnacido en lugar de volver a buscar a mi pequeño, que se había convertido definitivamente en su cachorro. De repente me sentí viejo y cansado frente a aquel hombre que había participado en la destrucción de Lucus y había arrasado Conimbriga hasta los cimientos, y que entonces aleccionaba a mi propio hijo en el odio hacia los míos. Mi niño, alto, fuerte, confiado y hermoso, que ya era lo suficientemente mayor para lucir con orgullo mi propia espada, la misma que con el tiempo llevaría al lado del campo de batalla que no le correspondía. Me pregunté qué le habría explicado Aspasia sobre el regalo, y de nuevo si Teodomiro sería consciente de quién era el guerrero que tenía frente a él. Me sentí mareado. Marco me observó con preocupación. No sabía si el hispano, concentrado en las palabras que se intercambiaban frente a nosotros, habría reparado o no en la presencia de Aspasia y el pequeño.

Esperaba sinceramente que no, porque no me sentía con fuerzas para hablar de ello con nadie. Le indiqué con un gesto que estaba bien. Aunque, desde luego, no lo estaba.

Traté de centrar mis pensamientos de nuevo en las negociaciones que se llevaban a cabo frente a mí. El parlamento entre los embajadores se desarrollaba de forma rápida y, por lo poco que pude intuir, infructuosa. Más de una vez escuché la aguda voz del ampuloso romano que acompañaba a los suevos criticando airadamente a sus vecinos, y a Caulión respondiéndole con acritud. Por último, cuando llevábamos más de una hora en aquel lugar y las piernas comenzaban a dolerme bajo el peso de mi armadura, nuestros embajadores se dieron media vuelta con gesto furioso y se acercaron a nosotros para montar de nuevo en sus caballos. Salimos de aquel lugar en silencio y con cara de pocos amigos, sintiendo las miradas de nuestros enemigos clavadas en nuestras espaldas.

Pasado un buen rato a lomos de nuestras monturas, cuando dejamos atrás aquel hostil lugar, abandonamos nuestro puesto en la cola de la columna para enterarnos de lo que había sucedido. Marco avanzó por nuestra formación hasta situarse a la altura de Salla, de Caulión y de los otros hombres que habían estado presentes durante el parlamento; yo, en cambio, me quedé donde Lucio no paraba de rezongar para sus adentros.

—Putos bastardos de mierda —farfulló cuando pasé a su lado, con cara de jabalí estreñido.

—Veo que la cosa ha ido bien, ¿no? —bromeé sin apenas ganas.

—¿Bien? ¡Putos bastardos de mierda! En primer lugar, el petimetre perfumado que los acompañaba, aquella rata amaestrada, ¡nos ha llamado salvajes!

No pude evitar reírme ante el insulto que provocaba las iras de mi amigo.

—Pues no andaba muy desencaminado en cuanto a eso.

No se detuvo a escucharme, sino que continuó con su apasionada protesta.

—Dijo que los únicos romanos de los alrededores ya estaban al lado de los suevos y que nosotros éramos peores que las alimañas del bosque...

No dejaba de ser divertida la estrategia que habían seguido los suevos llevando a aquel tipo al encuentro. Estaba claro que pretendían aparecer como apacibles perros ovejeros, que lo único que deseaban era mantener el orden entre su descarriado ganado.

—Por fortuna tu godo no se ha tragado nada de lo que han dicho.

—Es una caja de sorpresas; ahí donde lo ves, tan calmado y comedido, en su interior se esconde un auténtico salvaje.

—Le respondió que muchas veces hasta los jabalíes más fieros pueden ser más nobles que las ratas de la ciudad. ¡Tenías que haber visto la cara del tipo cuando se lo dijo! —El hispano rompió a reír y estuvo así un buen rato, hasta que se dio cuenta de que no había nada que celebrar.

—Entonces no ha habido acuerdo posible, ¿verdad?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada aceptable. Las condiciones son que nos bajemos los pantalones y paguemos sin rechistar. Si queremos que nos dejen en paz, deberemos sufragar los daños que hemos causado en su «civilizada» frontera durante los últimos años. Tenías que ver a Lario cuando lo dijeron: por un instante pensé que se giraría hacia mí y me diría que debíamos pagarlo nosotros, puesto que somos los que hemos llevado la guerra a territorio enemigo.

—¿Y la amenaza de una intervención goda?

—Creo que eso no se lo han creído. Tu amigo es muy bueno, pero el bastardo que los acompañaba hoy era Lusidio. Ese gusano, argumentando que él mismo es un hispano civilizado

—no como nosotros— y que se encuentra del lado de los suevos, ha dicho que no puede haber *casus belli*, pues los hispanos de verdad como él no tienen querencia alguna con el rey suevo Remismundo. Me cago en ese maldito cabrón.

—¿Y quién es ese tal Lusidio? Aparte de un bastardo despreciable, por supuesto.

—Es un monigote de Remismundo. Se dice que lo ha utilizado en alguna que otra ocasión, y que incluso planea enviarlo a Roma para hablar a favor de su pueblo. ¡Maldito traidor!

—Así que la única manera de obtener otra inestable paz es pagando por ella, ¿no?

—Eso parece. Nos piden el rescate de un rey. De modo que, como no paguemos con sangre, me da que no tenemos otra cosa. Lo más que ha podido conseguir el muchacho godo es tiempo para decidirnos. Y ha prometido despachar correos con su informe que llegarán hasta el propio Eurico, aunque ya me dirás qué le importa a él lo que nos pase, conque si los suevos quieren mantener su papel de bárbaros civilizados, no deberían romper ellos las hostilidades. Intentaremos no darles una excusa hasta que nos recuperemos o hasta que vuelvan a preguntar por el dinero. —Hizo una mueca.

Seguimos en marcha lentamente, eternizando nuestro amargo regreso a la frontera. Allí, antes de dirigirnos cada uno a sus lugares de origen, nos reunimos con Salla, Caulión y el anciano Lario para acordar lo que el godo transmitiría a su señor. Ambos hispanos parecían preocupados por el cariz que finalmente había tomado su iniciativa: no habían obtenido ningún rédito, pese a la intervención de los godos y la voluntad de finalizar la guerra que mostraba su propio pueblo. No había nada más que hacer, y lo que era aún peor para ellos era que no contaban con nadie a quien acudir. Roma quedaba descartada: estaba demasiado lejos y demasiado ocupada en desangrarse contra sus enemigos externos e internos, y, como había dicho Lusidio, jamás se preocuparía por un hatajo de malolientes montaraces que nunca habían asumido el poder de las águilas.

—Amigos, siento no haber podido ser de mayor utilidad, pero debo regresar con Sunierico. Mañana mismo nos pondremos en marcha.

—¿Transmitirás a tu comandante no solo el resultado de la embajada, sino también tus propias impresiones?

—Descuida, venerable Lario. Nadie mejor que Sunierico para comprender la traicionera naturaleza de vuestros vecinos.

—¿Y, aun así, no hará nada en nuestro favor?

El siempre tranquilo anciano parecía desesperado; me recordaba a un perrillo al que acabara de sorprender una tormenta.

El godo nos miró a Marco y a mí, y luego de nuevo a su interlocutor, sin exteriorizar ningún sentimiento.

—Esto es política, Lario, y por desgracia nunca es todo lo justa que debería. Nosotros tenemos nuestros propios problemas, entre los que se incluyen algunos que vosotros ni siquiera podéis imaginar. Se acercan tiempos inciertos para todos.

El viejo hispano lucía tan abatido que sentí pena por él. Había apostado todo a una tirada, pasando por encima incluso de la oposición de muchos de los suyos, convencido de que hacía lo correcto para traer la tan esperada paz a su pueblo. Pero no lo había conseguido, o no al menos como él hubiera deseado.

—Si finalmente os veis obligados a pagar a vuestros enemigos, hacedlo con testigos y obtened un documento firmado por su parte. Id en busca de Sunierico, y que él envíe hombres que corroboren el acuerdo. Eso les atará las manos, porque si rompen el juramento, el *dux* tendrá vía

libre para castigarlos por su impiedad sin que nadie pueda cuestionar su derecho, y os aseguro que está esperando el momento de desquitarse.

—Creo que es una actitud bastante habitual en los suevos esa de obviar lo que no les interesa —dijo Marco mientras se pasaba la manga de la camisa por la nariz.

—Los tiempos cambian, y no siempre se puede salir incólume de la traición.

Las enigmáticas palabras del godo me hicieron imaginarlo ascendiendo desde el sur al mando de un ejército y acabando con todos los suevos que encontrara a su paso.

—¿Podemos confiar en que seas tú quien regrese cuando acudamos ante Sunierico? —preguntó Caulión, esperanzado.

—Aunque me encantaría poder ser yo quien os sirviera en dicho trance, importantes asuntos me reclaman en otro lugar. Buscad a Sunierico, pero pedid que os acompañe Wildigern. Es un buen hombre, y honesto, algo de lo que no muchos pueden alardear.

—Estamos en deuda contigo, Salla —dijo el más anciano de los hispanos.

—Al contrario, soy yo el que se siente en deuda con vosotros por no haber conseguido mi propósito. Y más teniendo en cuenta que este cometido ha propiciado el feliz reencuentro con estos amigos tan queridos para mí.

Lario le dedicó una inclinación de cabeza y luego se giró hacia Marco.

—Marco, tú has sido el principal detractor de esta idea, pero tendrás que reconocer que no hemos podido tener mejor intermediador para nuestra causa.

—Sin duda la fortuna nos ha favorecido con la designación de Salla como embajador, aunque sigo pensando que tendrás problemas si esperas que todos los godos sean como él.

Marco cruzó los brazos sobre el pecho, algo molesto, y el interpelado extendió las manos pidiendo paz.

—No creas que no soy consciente de que yo también debo reconocer tu razón en muchas cosas. Sé que estamos en deuda con vosotros; sin vuestro concurso no hubiéramos podido resistir tanto tiempo. E incluso después de tan sacrificadas victorias, que nos han permitido negociar como iguales en lugar de suplicar ante los suevos, la respuesta obtenida tampoco ha sido satisfactoria. Siempre he preferido considerar esta guerra un medio, no un fin en sí misma. Y mucho me temo que nuestras posibilidades se agotan.

—Entonces, ¿pagaréis? —preguntó Salla con gesto sorprendido.

—El mismo día que compremos la paz, abandonaremos estas tierras —dijo Marco, muy serio —. Nuestro concurso no será necesario entonces.

Sentí ganas de zarandear al muchacho para meterle en su dura mollera que en realidad ya habíamos perdido, que nada nos ataba a aquel lugar y que nuestro camino bien podía estar hacia el sur, con Salla, como habíamos hecho años atrás sin que entonces le importara. Es más, en esos tiempos era yo quien trataba de convencer al entonces jovenzuelo hispano para que dejara atrás sus ganas de aventura y regresáramos a nuestro hogar. Y, diez años después, era yo el que quería largarme de allí y seguir al godo.

—Ya sabéis dónde podréis encontrarme —musitó Salla.

Al día siguiente, bastante antes de que amaneciera, nos pusimos en pie y acompañamos a los godos en los primeros pasos de su regreso hacia sus bases de la meseta. Lo cierto era que no sabía dónde se hallaba exactamente Sunierico, salvo que estaba más hacia el este. Desconocía

por completo cuál era el papel del veterano *dux* en la diócesis y de cuántos hombres disponía, pero suponía que nada obtendría de Salla a ese respecto, así que renuncié a hacer preguntas incómodas.

Aquel camino compartido fue un guiño a los viejos tiempos, y lo disfrutamos como si la guerra, la muerte y las miserias que se nos venían encima no tuvieran nada que ver con nosotros. Me sentía bien y me parecía haber rejuvenecido de golpe aquellos diez años que estuvimos separados. Dos días más tarde llegó la despedida. Recordé cómo había sido el adiós entonces, y observé con emoción que aquel día de noviembre del año 466, los que entonces se abrazaban se habían convertido ya en dos hombres en la plenitud de sus vidas. Ambos debían rondar los treinta años, eran dos guerreros formidables, y tanto el uno como el otro se habían ganado el respeto de los que los seguían por medio de su espada, de su astucia y de su carisma.

—Sé que os prometí no insistir, pero... ¿estáis seguros de vuestra decisión? —preguntó Salla.

—Sabes que nada me haría más feliz que acompañarte, pero nunca me perdonaría abandonar este lugar sin intentar una vez más ganarnos el derecho de escribir nuestro propio futuro.

—Te entiendo, pero también sé que muchos de los que hoy luchan a tu lado habrían elegido sin dudarlo el camino que yo abro ante ti, sin remordimientos y sin mirar atrás.

Asentí con firmeza, y Salla me dedicó una leve sonrisa al ver que le daba la razón. Marco se limitó a hacer un leve encogimiento de hombros.

—Quizá cambies de opinión en primavera —apostilló el godo, resignado.

—Cuando no sea necesario aquí, iré en tu busca —respondió Marco.

Habíamos obtenido de los suevos dos estaciones de plazo para responder a sus exigencias de tributo a cambio de paz, por lo que nos quedaban por delante un largo invierno y una lluviosa primavera durante los que los hispanos maldecirían su suerte, y los más prácticos afilarían sus armas o fundirían todo aquello de valor con lo que contaran. Visto ese panorama, decidimos —por primera vez en mucho tiempo— regresar a Curunda y pasar allí al menos el invierno. Ya habría tiempo para retomar los fríos y encharcados caminos y regresar a la cada vez más desprotegida frontera. Hasta que llegara ese momento, pensábamos reunirnos con Issa y con Vera y, por supuesto —aunque no lo deseaba tan fervientemente—, con Sunna y Visumar y con el resto de los hispanos con los que habíamos ido trabando amistad, como la misma Porcia. Y las decisiones que se tomaran al final de la primavera determinarían nuestro proceder. Por mi parte, aunque entendía a Marco, no podía evitar temer que estuviéramos dejando pasar una oportunidad que bien podría no repetirse.

—Si Lario decide pagar por la paz, tendrás noticias nuestras.

—Sea cuando sea, os estaré esperando con los brazos abiertos y el corazón feliz por recuperar a amigos tan queridos.

El godo se llevó el puño derecho al corazón y se inclinó ligeramente sobre la silla, como hicieran antiguamente los oficiales de las legiones, y, tras mirarnos a ambos a los ojos, dio media vuelta, hizo trotar a su descomunal caballo y luego fue aumentando el ritmo hasta que su escolta tuvo que esforzarse por seguirle el paso.

Ese invierno fue tranquilo y resultó, lejos de lo que temía, reparador para mi agrietado corazón. Cuando llegamos a Curunda me sentía casi como un extraño. Tras tanto tiempo evitando poner un pie en sus cercanías, temeroso de enfrentarme a la hiriente felicidad de Sunna,

al final lo que había estado a punto de hacer saltar mi alma en pedazos había ocurrido más allá de la frontera. Consciente de que nada de lo que me aguardara en el poblado podía ser peor que lo que había vivido frente a Teodomiro, esa vez no busqué excusas para no regresar. Al menos trataría de disfrutar de mis amigos y del que se había convertido en nuestro nuevo hogar mientras los suevos me lo permitieran. Aun así, cada noche seguía mirando al cielo y rogando a mis dioses para que cuidaran de mi hijo y, aunque no me gustara reconocerlo, también de su madre, la única mujer de mi vida.

Nuestra casa se había quedado demasiado grande para los pocos que regresamos desde el oeste y, cuando llegamos, nadie dormía ya allí. Al menos Porcia y sus retoños —que parecían haber aprendido por fin un mínimo de urbanidad—, ayudados por Issa, habían conseguido mantenerla en buen estado, evitando que algún animal la considerase adecuada para instalarse dentro de lo que para él serían cálidas paredes. Y después de tanto tiempo durmiendo en barrancos, fortalezas de piedra y madera y otros lugares igualmente incómodos, a mí también me lo parecieron.

Durante esas lunas me deleité con todo aquello que esos suaves y fértiles valles nos ofrecían, e incluso llegué a perdonar —no del todo— a Marco por su cabezonería al insistir en quedarnos en aquel lugar. Tal vez de lo que más disfruté —aunque nunca lo reconocí en público— fue de los nuevos miembros de nuestro heterogéneo grupo. El pequeño Culchw, que había cumplido ya los tres años, se había convertido en un chiquillo risueño y espabilado, mezcla perfecta de la dulzura de su madre y la tranquilidad de su padre. Con semejantes mimbres, aquel niño no podía ser otra cosa más que un regalo de los dioses. Enseguida debió de tomarme por una especie de enorme abuelo, dada la familiaridad con la que trataba a sus padres, y no había tarde que no la pasara con él y con mi peludo can, al que finalmente había conseguido que Porcia adoptara durante nuestra ausencia.

He dicho nuevos miembros, porque una sorpresa me esperaba al llegar. Visumar y Sunna habían sido padres de un hermoso niño hacía menos de seis lunas. Según me contaron las mujeres, fue un parto duro, durante el que corrieron serio peligro tanto la vida de la madre como la del bebé. No en vano, Sunna ya tenía edad para ser abuela, en lugar de madre. Pero ella era fuerte, y el pequeño, digno hijo de aquel par de duros vándalos, así que por fortuna todo tuvo un final feliz. Y este hecho, en vez de contribuir a hundirme definitivamente en mi melancolía, tengo que reconocer que me llenó de alegría. Quizá después del reencuentro con Salla una parte de mí que creía muerta para siempre había vuelto a aflorar. Me parece que esos fueron los primeros días de mi vida en que decidí tomarme lo que me deparase cada nuevo amanecer tratando de dar más importancia a lo bueno que a lo malo. Así que felicité al orgulloso padre, abracé a la sorprendida madre y adopté al pequeño como si se tratara de uno más de mis consentidos «nietos». Después de la primera luna, incluso la inicialmente reticente Sunna llegó a convencerse de que el Attax huraño y resentido había desaparecido para siempre. Entonces, durante el tiempo que duró el invierno, pese a la tormenta que se acercaba en el horizonte, fuimos felices.

El regreso de la primavera trajo consigo de nuevo el ruido de los cuernos y los tambores, al menos en nuestro lado de la frontera. Tras largos años de contienda habíamos aprendido a no confiar en las treguas, por lo que comenzamos a prepararnos para lo que nos deparase el buen tiempo, a la espera de la decisión sobre el pago del tributo que se tomaría en la gran asamblea que se había convocado. Por lo pronto, mis tiempos de hacer de caballo de montar del pequeño Culchw debieron interrumpirse, así como los ratos en que mis torpes brazos trataban de calmar al berreante Gelimer. Parecía mentira que semejante pequeñajo pudiera gritar tan fuerte. Si no lo

había hecho nada más verlo, cuando supe su nombre inmediatamente me enamoré del niño. Desde luego, aquel bebé sonrosado nada tenía que ver con el fornido, barbado y maleducado vándalo al que había llegado a admirar como a un hermano muchísimos años atrás, pero fue como el renacer de un viejo sentimiento. Por supuesto, los vándalos no sabían nada de mi difunto camarada y amigo, sino que le habían dado a su retoño el nombre de su abuelo, el padre de Visumar.

Antes de acudir a la asamblea general, decidimos organizar nuestro propio encuentro con los guerreros del valle, de modo que agradecimos a los heraldos sus servicios, pero los despachamos con la promesa de seguirlos en cuanto hubiéramos tomado nuestras propias decisiones. La situación era complicada: sin oro suficiente para satisfacer las demandas suevas, y desangrados por las bajas acumuladas en los años anteriores, parecía difícil dar con una solución satisfactoria. Lo que sí debíamos hacer, sin embargo, era decidir a qué tirada apostar el todo por el todo. Los hombres que empuñarían un arma en verano fueron convocados al completo, así que nos reencontramos con los antiguos camaradas y conocimos a los nuevos. Había un buen puñado de jóvenes para los que aquella sería su primera estación en la frontera, y todos acudían con una mezcla de expectación y nerviosismo, mientras los veteranos, por nuestra parte, los observábamos con comprensión teñida de decepción por su infantil aspecto. Entre ellos, el mayor de los hijos de Lucio, de igual nombre que su padre, que estaba a punto de cumplir los dieciséis años. Aunque lucía tenso y algo encorvado, al menos tuve que reconocer que el chico sabía mantener la solemnidad del momento, y más teniendo en cuenta que era prácticamente la primera vez que no lo veía peleando con sus hermanos o aullando y corriendo detrás de una salvaje y sucia manada de perros.

El encuentro discurrió entre abundante sidra, la escasa carne de venado que guardábamos en salazón y las bravatas de los más veteranos. Sus hijos los miraban entre fascinados por la naturalidad con la que sus padres hablaban de luchas, muertes y venganzas, y abrumados, por qué no, por la vergüenza propia del hijo de un borracho parlanchín.

Yo apenas hablé. Me dediqué a beber metódicamente hasta que mi cuerpo parecía estar repleto de sidra en lugar de sangre, mientras Issa, a mi lado, no dejaba de juguetear con un pedazo de madera de castaño a la que trataba de dar la forma de un animal salvaje para regalárselo al pequeño Culchw. Aquellos eran hombres sencillos y prácticos, y los discursos grandilocuentes y heroicos estaban de más. Lo único que sabían era que para mantener su mundo tal y como había sido hasta entonces, no existía otra opción que luchar con todas sus fuerzas. Así de simple y, a la vez, complicado. Alguna voz llegó a preguntar tímidamente por las cantidades de oro y plata que podríamos ser capaces de reunir en aquellos valles, pero rápidamente se apagó ante los abucheos de los más ebrios de sus compañeros.

Eran gente sencilla, y por eso me gustaban; aunque a veces deseaba haber partido tras Salla y poder compartir con él lo que el destino tuviera reservado a tan magnífico joven.

La asamblea general se celebró en el mismo lugar que la anterior, rodeados de las ruinas y restos de mármol de aquella antigua ciudad romana. En cuanto llegamos, nos llamó la atención el ambiente festivo que se respiraba, y poco tardamos en enterarnos de la causa de semejante alborozo. El primer grupo de hombres con el que nos cruzamos por el sendero se apresuró a asaltarnos con la noticia: los suevos habían enviado un emisario a uno de los principales puestos

avanzados del oeste, ofreciéndonos la posibilidad de reconsiderar nuestro acuerdo hasta el final del siguiente invierno. El mensaje era conciliador, lo suficiente para que los más ilusos brindaran y rieran felicitándose por este nuevo respiro. Algunos incluso aseguraban que aquel paso indicaba que nuestros enemigos ya no eran partidarios de proseguir la lucha y que el conflicto que llevaba años asolando la región estaba cerca de su fin. Por el contrario, lo primero que me vino a mí a la mente al conocer la noticia fue que los suevos debían de estarlas pasando canutas en algún otro lugar, y lo único que pretendían era mantener al menos aquella frontera tranquila para no tener que dedicar apenas hombres a su vigilancia. Sabían que nosotros difícilmente podíamos aventurarnos a intentar nuevos ataques más allá de los límites de los bosques, pero no querían arriesgarse a tentarnos manteniendo el conflicto abierto mientras ellos contaran con tan pocos defensores.

No fuimos capaces de recabar información fiable sobre los motivos del ofrecimiento, pero incluso los más pesimistas al respecto lo aceptamos como un regalo caído del cielo, puesto que también nos permitiría recuperarnos algo mejor. Como habíamos hecho antaño, nos limitamos a mantener las guarniciones a lo largo de la frontera, turnándonos para regresar a nuestros hogares. Teniendo en cuenta que el nuevo plazo vencía el siguiente otoño, lo más probable era que hasta la próxima primavera no fuera necesario nuestro concurso en la frontera, por lo que teníamos tiempo, bien para afilar las armas, bien para tratar de rebuscar en los ríos y en la tierra el oro necesario para contentar a los suevos.

Hasta que no comenzó el otoño, cuando ya nos preparábamos para regresar a la frontera y relevar a nuestros compañeros, no nos enteramos de que los suevos habían sufrido una cruenta derrota en el sur de la Lusitania. Las noticias hablaban de la aparición de una columna goda al mando de un joven y salvaje *comes* de nombre Salla, que acababa de expulsar a los suevos de la antigua ciudad de Scallabis, situada en la desembocadura del Tagus, muy próxima a la gran Olissipo. La lucha se había propagado por los alrededores, y los godos habían eliminado sistemáticamente las guarniciones que hasta ese entonces protegían la ciudad. Felices por la inesperada e importante noticia, y más aún si cabía por el éxito de su protagonista, decidimos organizar una fiesta en nuestra casa en honor a nuestro amigo, a la que invitamos a todos aquellos con los que teníamos relación en el valle, para brindar a la salud del godo con la deliciosa sidra de Porcia hasta caer rendidos poco antes del amanecer.

Cuando los primeros vientos helados comenzaron a avisar de la inminente llegada del invierno, empezaron a recibirse en nuestro recóndito retiro las primeras noticias que hablaban de movimiento de hombres al otro lado de la frontera. Aunque eran poco más que lejanos cuchicheos, resultaban tan desconcertantes que nos hicieron ponernos en alerta. El plazo estipulado por nuestros enemigos para responder a su abusiva propuesta de paz estaba próximo a su fin, pero aun así la mayoría de nosotros descartábamos la ruptura de las hostilidades hasta la siguiente primavera, o al menos hasta que venciera el periodo establecido. Cuán equivocados estábamos.

Adelantamos nuestro regreso a la frontera algunas semanas, intranquilos por los rumores, aunque sin llegar a tomárnoslos en serio. Sin embargo, no tuvimos que avanzar demasiado por los embarrados caminos hasta toparnos con los primeros portadores de las escalofriantes noticias que se extendían hacia el este con la misma rapidez que los fríos vientos que anunciaban la

crudeza del invierno que íbamos a padecer. A medida que atravesábamos los bosques nos fuimos cruzando cada vez con mayor frecuencia con hombres que nos hablaban de la locura que se había desatado en la frontera, en forma de sanguinarios ataques de los suevos, que arrasaban aldeas con una crueldad que hacía años que no padecíamos. Algunos relatos eran tan aterradores que llegamos a pensar que las habladurías se habían disparado en exceso y que algunos de aquellos pobres desgraciados no se encontraban en sus cabales. Oímos repetir de nuevo que se acercaba el fin del mundo, por lo que me consolaba comentando con Issa y algunos pocos más, todos respetables paganos de distintos credos, que esperaba que todo aquello fueran inventos de los fanáticos cristianos, tan propensos a hablar del infierno sobre la tierra.

Nuestras elucubraciones terminaron por acallarse en cuanto estuvimos a unos pocos días de marcha de la hasta poco tiempo antes calmada frontera. Allí constatamos con desconsuelo que aquel invierno del año 467 supondría un giro definitivo en aquella guerra en la que nos habíamos embarcado, casi sin quererlo, ya siete años atrás.

La victoria de Salla y sus tropas en Scallabis, que con tanto alborozo habíamos celebrado, finalmente se había convertido en el germen de nuestra desgracia. Las bandas suevas que los godos habían expulsado de los alrededores de Olissipo habían regresado al norte, espoleadas por el miedo a nuevos enfrentamientos con el ejército que los había barrido, y trataban de lavar la vergüenza de su ignominiosa retirada y resarcirse del oprobio de la debacle sufrida contra un enemigo más débil. Cuando los señores suevos de la frontera vieron los enfurecidos grupos de guerreros que acudían a sus dominios, decidieron valerse de ellos y lanzarse hacia nuestra frontera utilizando aquellos inesperados y terribles refuerzos, con la esperanza de eliminarnos de una vez por todas. Sumados a sus hasta entonces escasas tropas, y a una multitud de hispanos oportunistas que vieron la ocasión de medrar a costa de sumir en la miseria a sus vecinos, conformaban un ejército temible, dispuesto a infligir un golpe directo al corazón de Aunonia.

Con la posibilidad de dividirse en varios grupos, los ataques se sucedieron con rapidez, de manera que en apenas dos semanas cayeron hasta cinco de nuestros puestos avanzados sin presentar más que una resistencia testimonial. El puñado de supervivientes que habían logrado escapar pudieron dar la voz de alarma para que el resto de las guarniciones y las poblaciones vecinas elevaran al máximo el nivel de alerta, pero nosotros habíamos llegado demasiado tarde para socorrerlos. Cada vez que nos cruzábamos con un nuevo grupo de refugiados, no podía dejar de dar gracias por que la abrigada situación de Curunda le hubiera permitido escapar a esta primera oleada de saqueos, pues de hallarse más cerca de la frontera quizá hubiera acabado, como tantas otras, reducida a humeantes rescoldos entre las primeras nieves del invierno.

Forzamos la marcha hasta la extenuación, sin saber a cuántos hombres tendríamos que enfrentarnos, ni dónde se encontraban exactamente. Por el camino tratamos de añadir a nuestro grupo a cuantos hombres nos cruzábamos, así como a muchos de los que guardaban aquellos puestos que todavía permanecían en pie. Durante el último mes del año, antes de vernos abocados a lo que llevábamos tanto tiempo tratando de evitar —un enfrentamiento en campo abierto con un enemigo mucho más numeroso, mejor pertrechado y más experimentado que nosotros—, recorrimos la frontera hasta reunir al grueso de las fuerzas que podíamos oponer: casi cuatrocientos guerreros, entre veteranos como Lucio y jovenzuelos como su primogénito. Se enviaron mensajeros a nuestros aliados situados más al sur y más al este, pero cuando decidimos que el encontronazo no podía retrasarse más, estos todavía no habían tenido tiempo de enviar su respuesta, y mucho menos de aportar refuerzos. Aun así, abandonar aquella posición significaría dejar el paso libre a nuestros enemigos hasta el corazón de nuestros valles, y entregar las familias

de aquellos guerreros con los que convivíamos al saqueo y la masacre, y ninguno de nosotros estábamos dispuestos a asumir tal riesgo. La situación era desesperada, pero les debíamos cuando menos dejarnos la vida en el intento de protegerlos.

El mismo día del aniversario del nacimiento del dios de los cristianos, mientras los creyentes de nuestro caótico campamento se reunían para rezar como pedigüeños a su Cristo resucitado e incluso algunos rústicos monjes iban por entre las filas de hombres bendiciéndoles e insuflándoles ánimos —que vaya si lo necesitaban—, Issa y yo abandonamos el campamento en dirección al oeste, hacia donde el enemigo dormía en espera del sangriento amanecer que traería el nuevo día.

Tras atravesar el oscuro bosque alcanzamos una colina situada a varios estadios del campamento suevo, donde nos esperaban algunos de los hombres de Issa, que parecían sombras entre el espeso follaje. Sin dedicarles siquiera una palabra, Issa hizo una señal de asentimiento, y estos nos llevaron en silencio hasta el lugar desde donde se tenía una mejor perspectiva del campamento enemigo. Allí abajo, en lugar de la tensa y lúgubre calma que se adivinaba en el nuestro, reinaba el alborozo propio de quienes se saben vencedores antes de la batalla. Multitud de fogatas iluminaban el llano como luciérnagas, y alrededor de ellas pululaban más guerreros de los que podía contar. Mientras me concentraba tratando de estimar una cifra, tuve que reconocer que los más agoreros de entre los nuestros esa vez tenían razones más que suficientes para temer lo peor. Como nos habían repetido una y otra vez los refugiados que se cruzaban con nuestras filas, la situación no nos brindaba ninguna posibilidad. O al menos ninguna que no incluyera un buen número de milagros encadenados.

Los más optimistas todavía se animaban en cuanto veían llegar a Marco, su *primipilus*, el hombre capaz de lograr victorias que hasta su llegada se habían considerado imposibles, confiando en que al menos contaban con el mejor comandante posible para guiarlos. Aunque esto no era del todo cierto, pues dos viejos cabecillas de las aldeas cercanas habían escapado con vida y reclamaban el mando de nuestro heterogéneo grupo, tanto por su veteranía como por encontrarnos en sus tierras. Pero tampoco estaba de más darles a los hombres un poco de esperanza, así que Marco participaba en las reuniones como si en verdad fuera el comandante de aquella tropa, y, pese a hundirse en la nieve a cada paso que daba, nunca dejó durante esos días de vestir su panoplia completa, repitiendo mensajes de ánimo y coraje entre los suyos.

Suspiré al perder la cuenta por cuarta vez, y decidí rendirme. Unos cuantos guerreros más o menos no significaban nada: bastaba con saber que eran más que suficientes como para aplastarnos. Atendiendo a los informes de los exploradores —no a los supervivientes de las matanzas, más propensos a exagerar—, allí abajo, entre la nebulosa luz de las fogatas, atenuada por la suave nevada que caía sobre la llanura, debía de haber casi un millar de hombres. Además, al menos la mitad de ellos —más que el total de nuestro propio contingente— eran veteranos furiosos tras la derrota sufrida ante los godos en el sur. Su forma de conducirse hasta el momento dejaba claro que estaban ansiosos por lavar con sangre su orgullo herido. No en vano, les había bastado la mitad de una luna para incendiar y destruir media docena de puestos avanzados —que supiéramos— y al menos cinco de los poblados de mayor tamaño cercanos a la frontera.

Solo eso ya podía considerarse el balance más negativo para nosotros en muchos años. Pero lo peor era lo que estaba por llegar. La inminente batalla bien podía acabar con una derrota definitiva; solamente quedábamos nosotros, apenas cuatrocientos hombres de los que poco más de la mitad eran dignos de llamarse guerreros, contra aquellos cabrones y la victoria que buscaban: la que acabaría con nuestra resistencia y dejaría a su merced a nuestras familias. Ni

siquiera habíamos podido elegir el campo donde enfrentarlos, pues cualquier movimiento les habría dejado vía libre para dispersarse por valles y gargantas arrasando un poblado tras otro sin encontrar resistencia reseñable. Aunque necesitábamos cada lanza disponible, no podíamos esperar la llegada de nuevos refuerzos desde los puntos más lejanos de Aunonia, y tampoco cabía la posibilidad de retroceder hasta reunirnos con ellos. Pese a que la idea resultaba tentadora, tanto Marco como los más veteranos sabían que aquello habría sido un suicidio para nosotros y una condena para los nuestros.

Sin embargo, al regresar a nuestro campamento unas pocas horas después nos encontramos con que un halo de esperanza se había propagado entre los hasta entonces atemorizados cristianos. Por doquier, los hombres hablaban acerca de señales y milagros, convencidos de que su dios estaba de nuestra parte y confiados en que enviaría a sus ejércitos celestiales para proporcionarnos la victoria y hacer conocer al enemigo el infierno que merecían como malditos herejes que eran. Por mi parte, esperaba que en lugar de fantasmales apariciones —que, por desgracia, ya había tenido la oportunidad de conocer cómo se las gastaban—, su dios se dignara a enviarnos unos quinientos lanceros expertos, pues en caso contrario no encontraba motivos para semejante alborozo.

Issa y yo caminamos deprisa hacia el puesto de mando. El britano parecía alterado, como siempre que debía enfrentarse al fervor católico desatado, y aferraba su piedra con fuerza mientras lanzaba miradas desconfiadas a su alrededor, como si temiera que de repente repararan en la ofensiva presencia de un pagano al que culpar de todos los males. Por supuesto, nada de aquello ocurrió: así de extraños son los asuntos de la religión. Los hombres del campamento tenían claro que su dios les daría la victoria contra otros hombres que adoraban a su mismo crucificado, pero que discrepaban en algunas nimiedades, pero nadie parecía haberse parado a pensar que casi la mitad de nuestro propio ejército estaba compuesto por desalmados e incultos paganos. Y ojalá que se mantuviera así, pensé mientras un hispano exaltado me palmeaba el hombro mientras se persignaba alegremente con la otra mano.

Tras recorrer un buen trecho, al fin llegamos a donde Marco y el resto de los cabecillas llevaban horas discutiendo sobre qué estrategia adoptarían el día siguiente. Nada más levantar la basta tela de la tienda, todos se giraron al sentir en sus espaldas el glacial viento que a punto estuvo de apagar las pocas teas que los iluminaban. Al menos una decena de figuras se arremolinaban alrededor de una tosca mesa de madera de pino, sobre la que se encontraba un enorme lienzo de piel de vaca blanqueada al sol, en la que Marco había dibujado con ayuda de una rama carbonizada el lugar donde nos encontrábamos.

—Alabado sea vuestro dios, que nos dará la victoria —dije con una sonrisa sardónica en los labios.

—Veo que al fin has descubierto el sendero de la verdad, viejo amigo. Nunca es tarde si el Señor realmente se ha abierto paso hasta ti —me respondió Marco con una seriedad no exenta de ironía.

—Cuando ganemos, me pensaré lo de bautizarme. Es lo menos que puedo hacer si consigue sacarnos de este aprieto.

—No sé hasta qué punto es justo hacerle cargar con semejante responsabilidad. Pero muchos se aferran a la importancia de la señal, pues justo al finalizar la santa misa con la que celebrábamos la natividad del Señor, se han presentado mensajeros con la noticia de que Caulión avanza a marchas forzadas desde el sur, acompañado de algo menos de un centenar de hombres. No sé interpretar si se trata realmente de una señal divina, pero desde luego nos llegan como un

regalo caído del cielo.

—Habría preferido que mandara a los ejércitos celestiales... Así al menos el enemigo se hubiera cagado de miedo —dije, divertido, y al momento vi que la mayoría de los que lo acompañaban me miraban acusadoramente, como si mi falta de respeto hacia su dios fuera a suponer algún perjuicio más en nuestra ya de por sí comprometida situación.

—¿Venís del campamento enemigo? —Marco cambió rápidamente de tema, consciente de que permitirme alardear de mi talento como bocazas incorregible no era lo que más nos convenía en aquel momento.

Asentí en silencio, convencido de que no les gustaría escuchar lo que tenía que decirles. De hecho, no sabía si causaría aún mayor revuelo que mi irreverencia. Miré a Marco con cara de chucho apaleado para que se apiadara de mí y no me pusiera en un compromiso, pero no debió de darse cuenta, o tal vez le importaba bien poco mi apuro, porque eso fue precisamente lo que hizo a continuación.

—Nos gustaría escuchar tu opinión sobre lo que has visto. Puedes hablar con libertad, Attax. Todos conocemos tu experiencia y tu valía en el combate, por lo que valoraremos que seas sincero.

Nunca he sido bueno con la diplomacia, y no me sentía capaz de decidir si el muchacho hablaba en serio o en realidad pretendía que me limitara a dibujar una versión edulcorada de la situación y sus palabras estaban destinadas a darle credibilidad. Pero ese no era mi estilo. Carraspeé nervioso y miré en derredor antes de sincerarme frente a aquellos hombres que esperaban algo a lo que aferrarse.

—Hay más de un millar de hombres allí abajo. Si lo que queréis es sinceridad, no me andaré por las ramas: no tenemos ninguna posibilidad.

Las protestas de los allí reunidos, en lugar de achantarme, me hicieron reír y olvidar mi propio temor, así que continué alimentando su indignación.

—¿Acaso lucharán vuestras hordas celestiales a nuestro lado? Porque, en caso contrario, mucho me temo que seremos barridos sin misericordia.

El murmullo que pocos instantes antes había levantado mi apreciación se convirtió entonces en un fragor de voces alteradas, entre las que distinguí incluso algunos insultos airados hacia mi persona.

—¡Attax! —gritó Marco, exasperado—. Bien sabes que hemos salido con vida otras veces de situaciones que parecían desesperadas. ¡Y vosotros, por el amor de Dios! Todos sabéis que Attax es el primero dispuesto a dar la vida por nuestra causa, y lo ha demostrado sobradamente, así que haced el favor de tranquilizaros. Después de todo, he sido yo el que le he pedido sinceridad.

Y mucho me temía que se arrepentía bastante de ello.

—No hay nada imposible; ¡tú mismo estuviste en Coviacum con el *primipilus*! —me espetó uno de los más jóvenes de la reunión, como si no pudiera creer que después de aquel trance dudara de su héroe.

—Y gracias a él resistimos —dijo Marco con firmeza, para acallar el murmullo que dominaba la reunión—. Será al amanecer cuando necesitemos de vuestra pasión y arrojo, no ahora, y menos para cuestionar a uno de los nuestros. —Paseó una mirada retadora, aunque cansada, por los rostros de los presentes—. Según lo que nos han transmitido los hombres de su avanzadilla, el grupo de Caulión llegará a tiempo, pero han forzado tanto la marcha que estarán agotados. Ellos formarán en nuestra retaguardia y constituirán nuestra reserva.

Asentí, consciente de que era la mejor decisión, y muy posiblemente la única acertada.

—Attax, tú formarás junto a Lucio en el centro. Os encajonaréis en el paso y deberéis resistir mientras los hombres de las dos alas os protegemos tras las defensas.

Los escasos tres días que habíamos pasado allí aguardando al enemigo los habíamos ocupado en preparar las laderas de las dos colinas para favorecer un ataque desde el frente. Habíamos talado árboles, preparado y clavado estacas, colocado trampas e incluso levantado apresurados muros de madera con los que tratar de limitar los movimientos del enemigo. Las elevaciones se cerraban suavemente sobre el desfiladero —demasiado ancho para mi gusto—, formando el último obstáculo donde podríamos presentar batalla, pues una vez superado aquel paso el enemigo se desparramaría por los valles como un torrente al romperse una presa. Cada línea del frente central estaría compuesta por unos cincuenta hombres, quizá alguno menos. Lo tendríamos complicado para contener a un enemigo muchas veces más numeroso, pero al menos, allí encajonados, solo debíamos preocuparnos por empujar, acuchillar y mantener la posición todo el tiempo que fuera posible. Por su parte, los que defendieran las colinas tendrían cierta ventaja por estar en un lugar menos accesible, pero a cambio tendrían que atender una mayor extensión de terreno para evitar que el enemigo pudiera sobrepasarlos y desbaratar nuestro planteamiento. Si eso ocurría, ya podíamos darnos todos por muertos, pues una vez acabaran con nuestros compañeros se les abriría la vía para presentarse a nuestra espalda y completar la matanza.

Como plan era simple y arriesgado, pero no teníamos muchas más opciones. Si no conseguíamos resistir, al menos esperábamos causar tantas bajas en el enemigo que, una vez obtenida la victoria, no les quedaran ganas de continuar su camino triunfal hacia el interior de nuestras tierras y limitaran sus correrías a los alrededores.

—Yo estaré en la siniestra con Esturio, y Nídalo se situará en la diestra —continuó Marco, inclinando la cabeza hacia los dos serios veteranos que lo flanqueaban—. Caulión quedará en la reserva para apoyar a aquellos que más lo necesiten.

—Bienvenido al baile, alano —me dijo Lucio dejando caer pesadamente su brazo sobre mi hombro—. Visumar se alegrará de contar contigo a su lado.

XXIV

Cuando el mortecino sol de la mañana asomó a nuestras espaldas nos encontró ya formados ocupando el paso entre las dos colinas nevadas. Habíamos dedicado algunas horas a despejar el terreno sobre el que se afianzarían nuestros pies, retirando la nieve hacia el frente, por lo que el sendero aparecía encharcado pero libre de resbaladizas placas de hielo. Al menos ese ejercicio nos había permitido entrar en calor, pero aún se oía el tintineo de las armas en las temblorosas manos de los guerreros. Aunque bien podía deberse no solo a la gélida humedad que se colaba entre nuestras ropas como la caricia de un espíritu juguetón, sino también al nerviosismo que había hecho presa ya en la mayoría de los hombres.

Hacía apenas dos horas que Caulión y los suyos habían llegado a la carrera, y descansaban pesadamente en nuestra retaguardia, tratando de reunir las fuerzas necesarias para cuando hiciera falta su concurso. Le debíamos algo más que únicamente las gracias y una palmadita en el hombro, porque había azuzado a los suyos de tal manera que, contra todo pronóstico, había logrado reunirse con nosotros antes del choque definitivo. Seguía pensando que la victoria sería imposible, pero al menos venderíamos cara la derrota.

Habíamos formado cuatro filas de casi cincuenta hombres cada una, sabiendo que, inicialmente, si acaso las dos primeras entrarían en contacto con el enemigo, pero que no transcurriría mucho hasta que los hombres de la tercera y la cuarta tuvieran que intervenir para rellenar los huecos dejados por los caídos. En cada loma, protegiendo las alas, había un centenar de hombres a los que confiaríamos nuestras vidas.

Antes de separarnos me despedí de Marco y de Issa, que estaría junto a él. El hispano insistió en que, si todo salía mal —no se me ocurría otra posibilidad, pero lo dejé hablar—, me retirase hacia el noreste, hacia un castro que conocíamos como Arreurum, que sería nuestro punto de encuentro. La pequeña fortaleza quedaba en el camino que recorrerían aquellas bandas de guerreros que seguían ascendiendo desde el sur para participar en la refriega, y si conseguíamos reunirnos allí con ellos, quizá tendríamos alguna posibilidad de rehacernos y volver a la carga. Abracé a los dos y me calé mi yelmo para dirigirme al centro de nuestra formación, donde Lucio y Visumar me habían guardado un hueco entre ambos en la primera fila. El lugar de privilegio, si quería verlo de esa manera. No estaba mal para un vejestorio de cincuenta años. Cuando me acercaba, amarrando firmemente mi enorme escudo a mi brazo, algunos de los hombres —aquellos junto a los que había luchado los últimos años— me jalearon con entusiasmo. Respondí sacando mi acero de su vaina y golpeando con ella el umbo de mi escudo. Aunque el tenso momento vivido en la reunión del día anterior no me había afectado —al menos no lo suficiente para reconocerlo—, aquella muestra de apoyo me agradó. Cuando llegué a mi sitio guardé la espada para aferrar fuertemente del hombro tanto a Lucio como a Visumar y mirar juntos hacia el frente, donde esperábamos que a lo largo de la mañana apareciera nuestro enemigo. No sabíamos qué momento elegirían, pero más nos valía estar preparados para cuando llegaran.

Llevábamos un buen rato en silencio, escuchando cómo los hombres de nuestros flancos alcanzaban sus posiciones y maldecían cada vez que resbalaban por el camino, cuando oí la voz

de Visumar:

—Me ha contado Lucio que fuiste amigo de Anderico, Attax.

Lo miré, sorprendido por su inesperado comentario, y lo cierto es que su estampa trajo inmediatamente a mi memoria a aquellos hombres que seguían a Anderico en el Singilis. Con el largo cabello rubio cayendo desgreñado bajo el casco y una protección de cuero gruesa y flexible en el torso, presentaba el aspecto típico de un avezado guerrero vándalo.

—Podría decirte que era como mi hermano —murmuré.

De repente me invadió una cierta melancolía. Hacía más de siete años que conocía a Visumar, y a pesar de todo lo que teníamos en común y de que el azar nos había reunido en aquellas montañas, tan lejos de nuestros hogares —cualesquiera que estos fueran—, realmente apenas lo conocía. Sabía que había luchado junto a Anderico a orillas del Singilis, que habíamos compartido cautiverio tras la batalla y que había unido su suerte a la de Lucio tras escapar de sus amos suevos, pero nunca me había molestado en hablar con él. Después de la frustración que me supuso conocer sus amores con Sunna, era como si lo hubiera borrado de mi mente. E incluso en los últimos tiempos, en los que me había propuesto dejar de lado mi absurdo rencor y congraciarme de nuevo con la pareja, no habíamos encontrado un momento para hablar del lejano pasado. Cuánto tiempo perdido por mi estúpido e incorregible egoísmo.

—Tu hermano era más bien aquel salvaje enorme que lo seguía a todos lados —dijo Lucio, sin poder ocultar cierto gesto de desagrado.

Recordé con una sonrisa la diferencia de pareceres surgida entre ambos, cuando el bueno de Gelimer se encargaba de instruir a los voluntarios que se incorporaban al ejército de su primo, y que había terminado con los huesos del hispano machacados contra el duro suelo.

—Gelimer. Qué buen tipo —corroboré ante la mueca de Lucio—. Visumar, ¿cómo llegaste a formar parte de aquel ejército?

—Me crucé con Anderico un día en los alrededores de Ucubi, a pocas jornadas de Corduba. Yo vivía allí con mi padre, que se había negado a seguir a Genserico hacia Africa; decía que sus viejos huesos no podrían aguantar un nuevo éxodo y que los vándalos no estábamos hechos para navegar. Así que nos quedamos en aquellas tierras, vendiendo nuestros servicios a los lugareños para todo aquello que necesitaran: cuidar fincas, limpiar caminos... Lo que necesitaran, vaya. —Sonrió pícaramente y me lo imaginé a mi más puro estilo de matón, liquidando viejas cuentas de los acaudalados y remilgados ciudadanos. Era curioso la cantidad de similitudes que compartíamos, a las que pocas veces había dado importancia—. Anderico pasaba por allí, junto a varios de sus hombres, camino de la ciudad, y yo me encontraba al borde de la calzada, luchando por enderezar un maldito carromato cargado de ánforas de aceite que se había salido del camino. El hispano que lo conducía, y que me había pagado invitándome a un rancio desayuno me miraba tranquilamente sin hacer nada por ayudarme en mi imposible tarea; es más, incluso se negó a bajar del pescante para que no tuviera que cargar también con su peso.

»Anderico me miró con curiosidad e hizo una seña a los que lo seguían, que enseguida desmontaron, y en un momento el inestable carro ya estaba de nuevo en su sitio, con aquel maldito hispano vociferante protestando por su brusquedad. Sin bajar de su caballo, me preguntó mi nombre, y al escucharlo esbozó una sonrisa cálida. Aún recuerdo sus palabras: «Visumar, hijo de Gelimer, si algún día necesitas a otro vándalo, reúnete conmigo en Corduba. Pregunta por Anderico». Cuando se lo conté a mi anciano padre, apenas le dio importancia. Lo cierto es que por ese entonces ya nada le importaba, salvo tener algo que echarse a la boca y un buen pellejo de vino. —Meneó la cabeza tristemente.

—¿Qué edad tenías entonces? —pregunté.

Al saber que había estado en la batalla, me pareció que era demasiado joven para haber formado parte de un ejército en aquella época.

—Déjame pensar... Creo que aquella primera vez que lo vi tenía trece años, y diecisiete cuando fui a buscarlo a Corduba. Cuando mi padre murió, comenzaban a escucharse las primeras voces que hablaban del ejército que se estaba formando en la ciudad, y no me lo pensé. No sabía que el *dux* del que hablaban era el propio Anderico, pero supuse que también él se habría unido a aquel ejército, así que me decidí a buscarlo. Después de todo, ya no tenía nada que hacer en la empobrecida y monótona Ucubi.

—A mí me sucedió lo mismo; cuando oí hablar de Andevotus pensé que se trataba de un estirado romano —dije, rememorando la posada de Astigi donde había escuchado aquel nombre por primera vez.

—¡Qué me vas a decir a mí! —gruñó Lucio—. Te aseguro que yo tampoco sabía que era un jodido vándalo cuando lo busqué.

Tanto Visumar como yo nos reímos. Es curioso cómo se puede encontrar un momento para la risa incluso antes de una batalla.

—En cuanto sus hombres me encontraron merodeando por donde se reunían los voluntarios me reconocieron como vándalo y me llevaron con ellos para que fuera uno de sus escuderos. Me vieron demasiado joven para darme la capa verde que portaban con orgullo, pero durante la batalla me tendieron una para que la utilizara mientras luchaba a su lado. —Al decir aquello, le brillaban los ojos.

—No nos vendrían mal hoy unos cuantos hombres como aquellos...

—Aunque puede que más tarde reniegue de mis palabras, estoy de acuerdo contigo, alano —dijo Lucio mientras se giraba hacia el frente, desde donde comenzaba a escucharse un lejano y rítmico estruendo.

Le sonreí, y en vista de que muy probablemente aquella sería mi última batalla en aquel suelo que me había visto nacer, reír y llorar, decidí dar las gracias a mis dioses por lo que me habían dado en la vida rezando allí mismo, al frente de nuestra formación, como mi pueblo hizo durante generaciones, clavando mi espada firmemente en la húmeda tierra y arrodillándome frente a ella, sintiéndome en comunión con aquel sangriento dios de la guerra que había marcado el devenir de mi destino.

Me gustaría poder decir que resistimos impávidos y desafiantes ante aquella marea humana dispuesta a abalanzarse sobre nosotros como una jauría de perros rabiosos, pero no puedo hacerlo sin faltar a la verdad. Desde antes de que el enemigo asomara en nuestro frente ya podía percibir en el aire el acre olor a la orina de aquellos que se habían dejado intimidar antes de tiempo, y cuando apareció en nuestro campo de visión aquella masa de guerreros, que ocupaban todo el ancho del camino que se iba estrechando poco a poco hasta desembocar frente a nosotros y cuyas últimas filas apenas podíamos distinguir en la lejanía, no me hubiera extrañado que no fueran los más jóvenes los únicos que temblaban.

Tal y como avanzaban parecía que simplemente no se detendrían al llegar hasta nosotros, y que les bastaría el peso de su número para barrernos como si nunca hubiésemos estado allí. Lo peor de todo era la sensación de que tanto ellos como nosotros sabíamos que no teníamos nada

que hacer. En aquel momento sentí una extraña rabia, y por primera vez me arrepentí de mis palabras del día anterior, como si mi estúpida sinceridad les hubiera proporcionado una primera victoria. En aquel momento quería decir justamente lo que dije, pero esperaba que los hispanos hubieran comprendido lo crucial de la cuestión: no teníamos ninguna posibilidad, pero en realidad este hecho no importaba en absoluto. Igualmente lo daríamos todo. Y al menos yo encontraba una cierta belleza en aquel concepto, algo que me impulsaba en lugar de acobardarme. Pero no sabía si los que me habían escuchado habrían sido capaces de entender mis palabras de esta forma. Sentía la necesidad imperiosa de demostrarlo, y reí para mis adentros pensando en que allí mismo se acercaban un millar de cabrones para darme la posibilidad.

A medida que los suevos se aproximaban se iban desplegando para internarse en las colinas y amenazar nuestros flancos. Ya escuchábamos claramente sus gritos y el retumbar de los tambores en su retaguardia. Vi de reojo como los pocos arqueros con los que contábamos se adelantaban para tomar posiciones desde las que castigar al enemigo lanzando cuantas descargas de proyectiles pudieran antes de que ambas formaciones entraran en contacto.

Cuando ya se encontraban a menos de cien pasos de nosotros se destacó del frente enemigo un solitario guerrero, que avanzó hacia nosotros con paso renqueante. Hasta que no estuvo a menos de cincuenta pasos no nos dimos cuenta de que aquel extraño caminar se debía a que cargaba algo tras él. Soltó el fardo y dio una vuelta a su alrededor. Me costó un instante comprender que aquel bulto era un hombre, moribundo tras la brutal paliza que le habían propinado. Su piel aparecía cubierta de costras de sangre reseca allí donde la desgarrada tela de sus ropas no la cubría. El suevo, ataviado con una brillante cota de malla y tocado con un curioso casco de elaborada ornamentación, alzó la cabeza del hombre. A mi alrededor se escucharon algunas imprecaciones, por lo que supuse que se trataría de alguno de los cabecillas de los poblados arrasados, pero yo no lo reconocí. Contuve la respiración cuando el guerrero desenvainó su larga *spatha* y, abriendo las piernas para afianzarse sobre el terreno nevado, descargó un violento tajo que terminó con el acero firmemente hincado en el cráneo de aquel pobre desgraciado. La nieve se tiñó de rojo. Un murmullo de indignación —y temor— se alzó a mis espaldas. Miré de refilón hacia donde estaría Marco, expectante por si daba la orden a los arqueros para acabar con aquel malnacido, pero también sabía que aquel gesto no era propio de él, así que no me sorprendió que ninguna flecha surcara el aire, aunque estaba seguro de que Issa hubiera podido acertar desde esa distancia en algún resquicio desprotegido de su armadura.

La salvaje declaración de intenciones de los suevos surtió el efecto buscado entre nuestras filas: la ya de por si escasa confianza en nuestras posibilidades parecía diluirse como un pegote de tierra en la corriente de un arroyo. Los mismos que se habían apresurado a tildarme de cobarde en la tienda de mando ahora murmuraban apabullados e inseguros. Pues se iban a quedar de una pieza ante lo que era capaz de hacer un viejo cobarde.

Sin pensármelo dos veces, me destaqué de nuestra formación al igual que había hecho el suevo unos minutos antes, lo que provocó un bufido de asombro de Visumar y las airadas quejas de Lucio, que no dejaba de refunfuñar a mi espalda. Pensé que no podíamos permitirnos que el desánimo cundiera entre nuestras filas si pretendíamos al menos plantar cara y causar todas las bajas posibles. Los que formaban tras de mí necesitaban un gesto para volver a creer. O quizá era yo el que necesitaba demostrar algo. Fuera lo que fuera, avancé con paso firme.

—A ver si tienes cojones para matar a alguien que no esté postrado, cagarruta cobarde.

Pretendía enfurecerlo, así que utilicé la lengua goda para insultarlo. Con algo de suerte, aquel tipo sería uno de los que habían tenido que huir con el rabo entre las piernas ante el empuje godo,

así que me pareció adecuado. Saber insultar en media docena de lenguas siempre es un talento práctico para un guerrero. Fui dando pasos con cuidado de no resbalar, mientras con la diestra buscaba el pomo de mi *spatha* para desenvainarla antes de llegar hasta él.

—Llevo matando a bastardos como tú desde que apenas levantaba un palmo del suelo, hijo de una mala puta. —El tipo propinó una brusca patada a la cabeza del cadáver antes de caminar hacia mí—. Y cuando acabe contigo, seguiré con el hatajo de cobardes que tienes a tu espalda.

Lo miré con aire tranquilo y comprobé que le sacaba más de una cabeza. No podía verle la cara porque su peculiar casco hacía que, para mí, aquella fuera únicamente una sombra oscura donde apenas podía distinguir su prominente barbilla.

—La última vez que vi a Teodomiro corría como un gamo mientras yo hacía papilla a los suyos.

Aquello no era del todo cierto, más bien había sido la penúltima vez, pero no me iba a poner a explicárselo.

—Tienes suerte de que Teodomiro se haya quedado en Olissipo, si no te haría tragar tus palabras. Pero en cambio estoy yo aquí. Y me gustaría verte correr, pero me conformaré con abrirte en canal.

Así que Teodomiro se encontraba en el sur. Casi mejor, porque aunque él no me intimidaba, prefería no enfrentarme a lo que representaba para mí. Sin duda tendría su merecido a manos de Salla, si el destino así lo quería. Yo prefería mantenerme al margen: ya había dejado a mi hijo sin padre una vez, y no pretendía hacerlo de nuevo, salvo que fuera para que el chico recuperase al primero.

—Me estoy cansando de oírte gañir como un cachorro asustado —respondí, desenvainando mi espada.

Sin gastar aliento en una sola palabra más, el suevo se lanzó hacia mí tratando de sorprenderme, pero yo estaba preparado. Ante la mirada de ambos ejércitos, nos trabamos en un feroz combate singular, intenso y peligroso. El suevo era un buen luchador, ágil y fuerte; sin embargo, aguanté bien sus primeros embates, pese a que podía permitirme atacar menos de lo que me hubiera gustado. Esperaba no tener que acabar lamentando que el orgullo me hubiera llevado hasta aquella situación —aunque si hubiera permanecido en mi posición mi esperanza de vida tampoco habría sido mucho más larga—, pero ya no era joven y mis reflejos no respondían con la agilidad de antaño. Dentro de una formación compacta, donde dos compañeros guardaban mis flancos, aquellas carencias no tenían tanta importancia, y era fácil suplirlas con la intuición que proporciona la veteranía, pero en un combate individual la concentración era vital.

El duelo comenzó con un firme ataque de mi espada a su cabeza, que el tipo desvió con aparente facilidad. Su contraataque no se hizo esperar, y yo respondí de igual forma, a la vez que le devolvía un nuevo lance dirigido a sus rodillas. El tipo lo paró con el borde de su escudo, dando un salto hacia atrás. No estaba mal para probar las fuerzas de mi enemigo, pero aún no había sacado ninguna conclusión sobre sus puntos débiles. Nos separamos un instante y nos escrutamos desde la distancia. Tras él, se agolpaba la multitud de guerreros que se disponía a enfrentarse a nosotros. Desde luego, aquellos no eran unos desarrapados en busca de una victoria fácil: sería un combate duro y sangriento frente a hombres acostumbrados a la batalla. En las primeras filas llamaban la atención algunas armas de excelente calidad; esa vez no nos enviarían una avanzadilla de sus peores hombres con la intención de debilitarnos, sino que serían sus mejores espadas las que se cruzarían con nosotros desde el inicio.

Tuve que cortar de raíz mis elucubraciones cuando mi contrincante se abalanzó de nuevo

sobre mí, haciéndome recular mientras desviaba su lance con mi escudo. El tipo soltó una carcajada, mientras yo me ocupaba de hacer llover sobre él una lluvia de golpes destinados a debilitar los recios tablones que lo protegían. Me arriesgaba a recibir un tajo si se decidía a fintar y contraatacar, pero por lo poco que había podido entender de su forma de luchar, prefería no desplazarse lateralmente mientras combatía, quizá para evitar trastabillar sobre el suelo resbaladizo. Aunque resistió mis embates, tuvo que apretar los dientes en una mueca de denodado esfuerzo que vislumbré bajo su casco. Si lograba seguir así, sería mío, aunque yo también acabaría agotado. Eché de menos aquella juventud en que apenas era necesario dosificar las fuerzas. Pero para ser un viejo cobarde, hasta el momento no me había ido tan mal.

El tipo, desesperado bajo mi ofensiva, que lo había hecho retroceder hasta el cadáver de su víctima, que amenazaba con hacerlo tropezar —sería una bonita venganza, incluso después de muerto—, balanceó su escudo violentamente y se lanzó al ataque para tratar de recuperar terreno. Tuve que emplearme a fondo para desviar sus embestidas, pero conseguí atajarlas una a una, aunque me vi obligado a retroceder.

—Creo que ya es hora de matarte, porque aún tengo que acabar con todos esos cobardes que tienes detrás —dije, tratando de que mi voz no se entrecortara por el esfuerzo.

Me lancé con todo mi ímpetu, obligándole a interponer de nuevo su escudo y castigándolo con una oleada de golpes que no le permitían contraatacar. Mi oponente probó entonces a esquivar alguno de los mandobles, hurtando ágilmente su cuerpo en lugar de limitarse a interponer su escudo. Parecía un chico listo: por fin se había dado cuenta de que su ventaja residía en la velocidad, frente a mi mayor tamaño y fuerza. Al propinarle uno de mis golpes, en lugar de tratar de atajarlo con el centro de su escudo, giró este hacia fuera para después atacarme con su hoja a la altura de mi entrepierna. Pero yo lo estaba esperando desde que aprecié cómo agarraba nerviosamente el broquel pocos instantes antes. Él era más joven y más ágil, pero yo llevaba cuarenta años matando sabandijas como aquella. Me aparté hacia un lado y desvié su hoja con el canto de mi escudo, llevándola hasta el suelo congelado, y me agaché para atravesar su nuca con una estocada medida. El tipo cayó de rodillas, aunque mi acero, hincado en su cuello, le impedía desplomarse. Lo retiré para que acabara por besar el fango. Notaba tanto calor en mi pecho como si escondiera en mi interior una tea ardiente, pero estaba más feliz que cansado, satisfecho por haberme deshecho de mi enemigo y haber conjurado el efecto de su reto inicial en los corazones de los míos.

Lo que tenía claro era que no iba a ser aún más estúpido de lo que ya lo había sido hasta ese momento, así que retrocedí sin dar la espalda a mi enemigo a la vez que escupía en su dirección.

—Eres un idiota, alano, pero sabes ofrecer buenos espectáculos —me dijo Lucio con una sonrisa al separarse de Visumar para volver a dejar libre la que sería mi posición.

Visumar me guiñó un ojo mientras comenzaba a vocear:

—¡Alano, alano, alano!

Los hombres corearon su grito, desde las primeras hasta las últimas filas, haciéndome sonreír con orgullo bajo mi casco. Pese a que me había arriesgado en demasía, había conseguido lo que me proponía. Y además, un poco de reconocimiento extra para recomponer mi vanidad después del alboroto del día anterior.

Los suevos reaccionaron con rapidez al inesperado prólogo que había abierto el combate haciendo volar las primeras flechas sobre nuestras cabezas. Pocas encontraron algún escudo en el que clavarse. Al instante, nuestros arqueros respondieron desde ambas colinas. Aunque tampoco contábamos con muchos de ellos, la ventaja que les proporcionaba lanzar sus dardos desde

mayor altura les permitía hacer más daño que el que ellos eran capaces de infligirnos. Resistimos aquellas tímidas oleadas de flechas bien protegidos tras nuestros escudos. Busqué un resquicio entre el mío y el de Visumar para ver lo que se nos venía encima. Tras un breve instante en el que continuó la lluvia de proyectiles, nuestro enemigo comenzó por fin a acercarse hacia el desfiladero, primero al paso y finalmente a la carrera. Entonces, nuestros arqueros se retiraron desde los flancos hacia las últimas filas y comenzó la batalla de verdad.

Soportamos la primera carga sin apenas retroceder. Gracias a la previsión que habíamos tenido en cuanto a retirar la nieve y el hielo, disfrutábamos de un terreno más firme y estable que el que pisaban nuestros enemigos. Los suevos chocaron contra nosotros a lo largo de toda la extensión de nuestro frente; el impacto fue similar al de un enorme martillo sobre un viejo y desgastado yunque, pero clavamos los pies en el barro y, gracias a los empellones con los que respondían los hombres situados a nuestras espaldas, aguantamos con firmeza. También ayudó que la nieve que habíamos apilado más adelante contribuyera a entorpecer su carrera: algunos de los atacantes llegaron a perder pie, y los más desafortunados trastabillaron resbalando sobre las placas de hielo hasta llegar hasta nuestras cercanías, donde fueron alanceados sin piedad.

Cierto es que después de una vida como la que me ha tocado, rica en batallas y escaramuzas, pese a que hubiera preferido lo contrario, al final me he visto abocado a luchar muchas veces más a pie que a caballo. Aunque no por eso tiene por que gustarme la sucia labor de los infantes. Las batallas de infantería, a mi entender, no dejan de parecer toscas representaciones en las que dos grupos de hombres reparten tajos y golpes tratando de no perder su posición a pesar de los empujones que reciben desde un lado y desde el otro. En contraste, la lucha a caballo luce elegante, repleta de nobleza. Cada hombre, a lomos de su montura, muestra su dominio y su destreza. Dependes de ti mismo, de tu animal y de la calidad de tus armas y protecciones, y puedes decidir cómo moverte, hacia dónde atacar, el ímpetu de la carga. Es una lucha más limpia, y en cierto modo más justa, en la que sobreviven los mejores y perecen los demás. En cambio, a ras del suelo, todo es sucio, caótico y azaroso, desde los golpes de tu enemigo hasta los tuyos propios. No tienes perspectiva ni visión de conjunto ni libertad de movimientos. Te limitas a resistir durante horas, tratando de no retroceder o, en las ocasiones más favorables, de avanzar, entre una marea de gente que intenta hacer justamente lo contrario. Por eso los más fuertes ocupamos las primeras filas, porque somos como los rompeolas que construían los antiguos romanos en sus puertos para proteger a sus frágiles embarcaciones de la furia del mar. Para eso nadie mejor que hombres como yo, fuertes y voluminosos, o como Lucio, de estatura más corta, pero de espalda ancha y muslos firmes como columnas. Aunque no por eso tenía que gustarme.

Estuvimos trabados en aquel baile brutal y desordenado durante largo rato, resistiendo cada embate y tratando de acuchillar a nuestros enemigos por los escasos resquicios que lográbamos aprovechar. Molesto, no dejé de maldecir al hispano que tenía a mi espalda, que no hacía más que golpearme con su escudo para que me mantuviera erguido. Y después de quién sabe cuánto tiempo así, sin haberme cobrado vida alguna a cuenta de mi acero, comenzó la batalla en sí. Con apenas espacio donde movernos, habíamos terminado estabilizándonos —o acostumbrándonos a los porrazos— y por fin pudimos empezar a repartir más golpes con nuestros aceros que con nuestros escudos. Aun así, los lances con las espadas, hachas —que nunca me han gustado por su escasa maniobrabilidad—, lanzas o cualquier arma que uno porte se reducen a intentar acertar en aquellos huecos que quedan entre tu defensa y la del aullante muro de enemigos que forma frente a ti, hasta que al fin una de las dos formaciones se rompe y se desata la locura, cuando los vencedores pueden liberar la tensión acumulada vengando cada golpe recibido en la carne de los

vencidos.

Encajonado en la formación, poco más podía hacer que concentrarme en los vociferantes enemigos que tenía ante mí; por ese motivo, lo que puedo relatar acerca de lo que ocurrió en otros frentes se limita a lo que logré recabar más tarde entre los que habían estado presentes en cada lugar.

Mientras el frente principal chocaba contra nosotros, los flancos enemigos se desplegaron para amenazar a los nuestros desde las faldas de ambas colinas. Al igual que sus compañeros, intentaron acometernos a la carrera, aprovechando la parte más tendida de la pendiente para tomar impulso, pero al contrario que los primeros, que solo tuvieron que lamentar algunos resbalones inoportunos, ellos sí sufrieron un número considerable de bajas mientras trataban de sortear las trampas que habíamos preparado, a la vez que los hombres de Marco los acosaban con flechas, lanzas o piedras de honda. Finalmente, la lógica de los números terminó por imponerse y, pese a dejar un buen puñado de guerreros por el camino, terminaron alcanzando el muro de escudos tras el que los nuestros los esperaban.

En un primer momento, las toscas estructuras de madera que habíamos construido a toda prisa para intentar dirigir el ataque hacia nuestro centro, desviando la atención de los flancos, resultaron efectivas; sin embargo, cuando empezaron a acumularse hombres en la retaguardia sin nada más que hacer que aguardar su turno para intervenir, estos terminaron por dirigirse hacia los cercados para tratar de trepar por ellos o destrozarlos, confiando en dejar nuestros costados desprotegidos.

Mientras tanto, yo había logrado acabar con los primeros enemigos. Para mí aquel día era únicamente para matar, sin más alardes que el que me había permitido en el combate singular que había abierto las hostilidades. No podía gastar mi aliento ni siquiera en maldecir a mis atacantes, por mucho que lo deseara. Cargado como estaba de hierro y acero, bastante tenía con mantenerme erguido pese a los golpes que provenían de uno y otro lado. Ese día era un metódico asesino, al que no le faltaron ocasiones para demostrar su valía, porque en el bando enemigo eran muchos los que trataban de abrirse paso hasta mí y enviarme al otro mundo, junto a su cabecilla, al que había matado. Aquel bastardo debía de haber sido alguien importante, porque durante esa batalla recibí los peores insultos de los que he disfrutado en mi vida. El que más gracia me hizo fue el de un tipo con una larga barba de color castaño y un sencillo casco de cuero endurecido, que me llamó «maldito godo follador de cabras». Más gracia aún me hizo despachar a aquel hijo de puta hacia el otro mundo; lo de follador de cabras no me importaba, pero por lo de godo merecía todo tipo de sufrimientos.

No sabría decir cuánto tiempo había pasado desde que ambos ejércitos chocaran, pero me maravillaba ver que aquellos que me rodeaban eran capaces de resistir ante el empuje de un enemigo tan superior en número. No obstante, apenas podía perder un segundo en comprobar con el rabillo del ojo lo que ocurría en nuestros costados, tan solo podía ocuparme de los que tenía delante y de rezar a mis dioses por que me permitieran morir con la espada en la mano, y no volver a caer prisionero de aquellos cabrones, como había sucedido tantos años atrás. Ya era demasiado viejo para resultar una captura rentable, pero suponía que después de mi exhibición inicial me guardarían el suficiente rencor para reservarme una muerte lenta, indigna y dolorosa. En todo caso, procuraría no comprobarlo.

Cuando me parecía que llevábamos una eternidad enfrascados en el combate, aquella marea de rugientes guerreros que parecía no tener fin acabó por conseguir que nuestra formación perdiera consistencia y adoptara, cada vez más, una forma similar a los dientes de una sierra, con algunos

de los nuestros adelantados con respecto a los demás. Por supuesto, unos de esos inconscientes que habíamos quedado fuera de la línea éramos yo y mis compañeros. Pese a la gélida escarcha que caía sobre nosotros, estaba sudando como pocas veces lo había hecho en mi vida, ni siquiera bajo el ardiente sol de la Baetica. Me costaba respirar, y notaba como mis músculos protestaban bajo mi armadura por el esfuerzo que les estaba exigiendo. A mi lado, Lucio utilizaba su espada con rudimentaria maestría, lanzando tantas estocadas asesinas como grotescas maldiciones profería su boca. Por el contrario, Visumar, el siempre fanfarrón y locuaz vándalo, ese día peleaba en silencio, emitiendo tan solo gruñidos salvajes cada vez que acababa con la vida de uno de sus enemigos. Luchar al lado de esos hombres me daba la confianza necesaria para no temer por mis flancos y me permitía concentrarme únicamente en acuchillar a cualquiera que osara pasar por delante de mí. Casi puedo contar con los dedos de una mano a los guerreros realmente válidos para cubrir con sus escudos a un amigo en medio de una batalla que he conocido en mi vida: Anderico, Gelimer, Marco, Galieno, Salla e Ibbas. Pero mucho me temo que ni con un centenar como ellos hubiéramos logrado vencer ese día.

Nuestro primer descalabro se produjo a nuestra derecha, donde Nídalo y sus hombres no consiguieron resistir por más tiempo el empuje enemigo. No los culpo por ello; nosotros también hubiéramos terminado cediendo, aunque habría sido, quizá, un poco más tarde.

Cuando el vallado de madera finalmente se desmoronó, Nídalo decidió extender su formación para cubrir el hueco que había quedado desprotegido, facilitando el acoso a nuestro flanco. Tuvo que ser una decisión difícil de tomar, pues implicaba adelgazar considerablemente sus líneas, que en muchos lugares quedaron formadas solo por dos filas de guerreros. Pero era prácticamente lo único que podía hacer, así que supongo que tomó la determinación acertada, aunque por último el resultado fuera el mismo que si no lo hubiera hecho. A pesar de que Caulión acudió con premura junto a parte de los suyos, intuyendo el peligro desde su posición atrasada, y durante un momento incluso pareció que serían capaces de contener a los enemigos, estos contaban con el impulso que les daba poder sentir ya el olor de la cercana victoria, de modo que terminaron por imponerse. Como tantos otros, el noble Nídalo dejó allí su vida aquel triste día.

Aunque no siempre habíamos coincidido en nuestros pareceres, y desde luego no lo hubiera elegido para pasar un buen rato bebiendo cerveza, me entristeció conocer la noticia. Había sido un buen hombre, siempre protector para con su pueblo, como si fuera un rígido padre que velara por su hijo indefenso, hasta dar su vida por él. Un día, hacía ya mucho tiempo, alguno de los hombres del campamento me contó que Nídalo se jactaba de su origen, pues descendía de los celtas y los íberos, dos poderosas tribus que dominaban antaño aquellas mesetas. A mí me parecía cuando menos arriesgado mantener tal afirmación tras cuatro largos siglos de dominación de Roma, pero cuando lo comenté con Issa, el britano quedó pasmado al comprobar su cercanía con el hispano. Según me contó, celtas eran los que vivían en su isla natal, así como en Armorica y otros pocos lugares del norte donde habían conseguido mantenerse fieles a sus creencias y tradiciones a pesar del acoso de Roma y de su iglesia. Así que mi intención había sido burlarme de aquel hombre, pero al final había obtenido una respuesta similar —incluso mucho más detallada— por parte de mi amigo.

Cuando nuestro costado cayó bajo el peso de las armas suevas, lo que hasta entonces había sido una batalla se convirtió en una auténtica pesadilla. Los hombres de nuestras últimas filas, los más novatos, tuvieron que intervenir, formando un nuevo frente hacia la loma de la colina para atajar allí a los enemigos, que en caso contrario no tardarían en irrumpir para consumar la matanza. Recuerdo ese momento porque los gritos de nuestra retaguardia llegaron a paralizar de

terror a nuestras primeras filas, e incluso uno de los guerreros me zarandeó para que acabara con el enemigo con el que me batía y echara un vistazo hacia aquella zona, alertándome de lo que se nos venía encima. Pero como mi oponente no tuvo la amabilidad de cejar en su empeño el tiempo suficiente para permitirme pensar, solo pude contestar con un gruñido mientras me esforzaba en desarbolar de una vez su defensa. A mi lado, Lucio, momentáneamente más liberado, fue el que se internó en nuestra formación, cediendo su puesto en primera línea al hombre que hasta entonces le cubría las espaldas, dispuesto a poner algo de orden en la precaria defensa que nos proporcionarían los más jóvenes contra el enemigo que nos superaba. El padre iba a dirigir al hijo en la batalla por primera vez, y quién sabía si también por última.

La confusión en el combate se redobla cuando el signo es desfavorable; yo ya no era capaz de pensar más allá del enemigo que tenía enfrente. Seguimos luchando en aquel duelo interminable, como si tuviéramos delante una mágica bestia de siete cabezas, a la que por cada una que le cortaras volvían a salirle dos. El brazo derecho me dolía terriblemente tras tanto tiempo de esgrimir mi pesada *spatha*, y el izquierdo había quedado insensible después de que mi escudo hubiera absorbido incontables golpes. Y entonces se desencadenó lo que llevaba horas fraguándose: al arreciar los gritos a mi espalda, me giré un instante y pude ver como los suevos despedazaban nuestra retaguardia, mientras cada vez más guerreros penetraban por nuestro indefenso costado derecho. En aquel instante reparé en que estaba nevando y me sentí frío y muerto, como si me hubiera convertido en parte de una de aquellas leyendas en las que los cadáveres de los guerreros eran capaces de seguir luchando hasta que cada uno de sus huesos acababa por separarse de sus maltrechos cuerpos.

—¡A la colina de la izquierda, Visumar! —grité al vándalo, que no cesaba de desviar golpes con su escudo y devolverlos con un *gladius* que en sus manos parecía ridículamente corto.

Pensé que habría perdido su *spatha* durante la lucha, y había tenido que hacerse con el primer acero que tuviera a mano.

Frente a nosotros se había formado una barrera de cadáveres, fruto de la matanza que habíamos causado en el enemigo, que entorpecía el avance de su frente y que nos dio el tiempo necesario para reconsiderar nuestra situación. Golpeé al vándalo con mi escudo, y ni tan siquiera me miró; volví a hacerlo, esta vez con más fuerza, y entonces se giró y vi que a sus ojos azules, siempre risueños, les costaba gran esfuerzo centrarse en mí. Observé que su tez estaba pálida y boqueaba trabajosamente en lugar de respirar.

—¡Hacia la izquierda, es nuestra única oportunidad! —repetí, antes de que tuviéramos que volver a enzarzarnos en el combate.

Él me miró y negó con la cabeza. Yo estaba tan desesperado por que me hiciera caso que a punto estuve de arrojar al suelo mis armas para zarandearlo. Entonces dio un paso hacia atrás y dejó que el hispano de la segunda fila ocupara su lugar. Me apresuré a hacer lo propio y, furioso por su parsimonia, lo increpé para que me prestara atención. De pronto retiró su escudo y dejó al descubierto el asta de una lanza que le sobresalía del muslo. El grosor de la madera era el de la muñeca de una mujer, y probablemente el vándalo había cortado la larga vara para poder continuar luchando. Pero ya había perdido mucha sangre, tanta que ni siquiera supe cómo todavía era capaz de mantenerse en pie. No le salían las palabras, sin embargo, de algún modo entendí el mudo ruego reflejado en sus ojos: no había nada que hacer, pues no podía caminar, y mucho menos trepar hasta la ladera. Así que deseaba morir allí, con su acero en la mano y una plegaria en sus labios.

Trató de hablar, pero no lo entendí, de manera que lo sujeté con cuidado del hombro y

retrocedí hacia el interior de nuestra cada vez más insegura y mermada formación, donde podríamos ganar algo de tranquilidad.

—Gelimer...

Esa fue la palabra que logré entender de sus cuarteados labios. Por un momento pensé que se refería al vándalo del que habíamos hablado antes del inicio de la batalla, pero entonces recordé que ese era también el nombre de su hijo. Asentí en silencio, sin poder dejar de mirar la herida por la que se le escapaba la vida en forma de rojo reguero de sangre.

—Prométeme que cuidarás de él y de Sunna. —El aire que había estado conteniendo en mis pulmones escapó de golpe al escuchar su nombre. Él continuó con dificultad, aunque habría jurado que en el fondo de sus ojos había un atisbo de sonrisa—. Sé que ella te importa, Attax, que la indiferencia con la que sueles tratarla no es más que una pose. Puedes decirle que contáis con mi bendición... Dile lo que quieras, pero, por favor, protégelos por mí.

No supe qué contestar; el vándalo me había desarmado por completo, aunque aún portara mi espada en la diestra y mi escudo en la siniestra.

—A cambio, te pido otra cosa más. —Tuvo que parar para toser, y un esputo sanguinolento asomó a la comisura de sus labios—. No me dejes caer prisionero, Attax. No quiero volver a sentir las cadenas en mis pies ni el yugo en mi cuello. Por lo que más quieras, mátame antes de que me capturen.

—Ven conmigo. Iremos con Marco y nos escabulliremos en el bosque.

Ni yo mismo sabía cómo haríamos aquello, pero me resistía a ver muerto al vándalo, o tal vez a tener que cargar sobre mis hombros con aquellas promesas.

Negó con la cabeza y tardó un instante en responder trabajosamente:

—No. Así no puedo apenas andar, pero mis brazos todavía pueden cargar con mis armas. Ve con Marco y salvad lo que podáis. Yo me quedaré aquí y trataré de asegurarme de que llegar hasta vosotros les cueste un alto precio en vidas. Os daremos todo el tiempo que podamos. Por favor, aprovechadlo; haced lo que tengáis que hacer, pero proteged el valle. Si todos caemos hoy aquí, no quedará esperanza.

Ni siquiera pude responderle, así que me limité a asentir. Él hizo acopio de fuerzas y continuó.

—Recuerda, si ves que puedo llegar a caer prisionero, pídele al britano que guarde una flecha para mí.

Issa, pensé. Quién sabía si estaría vivo. El vándalo, al verme dudar, me espetó casi a gritos.

—¡Prométemelo, alano!

—Por Anderico —le dije, recordando que él también había sido uno de los suyos.

Me sonrió débilmente, se irguió como si la vida volviera a circular por su cuerpo y con voz ronca se puso a bramar como un oso:

—¡Todos a mí! ¡Hacia la izquierda! ¡Todos a la colina! ¡No subirán!

Sintiéndome superado por la sangre fría con la que el vándalo asumía su situación, seguí sus pasos hacia la base de la colina. Muchos de los nuestros se iban uniendo a nosotros; poco tenían que hacer los hombres que iban quedando aislados, pues no tardaban en caer presa de nuestros enemigos, que nos atacaban ya desde todos los frentes. Un rastro de sangre marcaba el camino que iba recorriendo Visumar; el intenso color rojo resaltaba sobre la cada vez más abundante nieve. Aunque apenas podía usar la pierna más que a modo de rígido bastón, a cada paso que daba su expresión se volvía más resuelta. Estuve a punto de olvidarlo todo, formar junto a él y compartir mi suerte con la de aquel bravo guerrero al que nunca supe dar lo suficiente. Pero al llegar a la falda de la elevación comencé a escuchar a alguien que repetía mi nombre desde

arriba. No podía girarme, pues, pese a que los suevos se divertían acabando con los que habían quedado fuera de la formación, no tenía un instante que perder si quería que aquellos que corrían hacia nosotros pudieran alcanzarnos y añadirse a nuestra barrera de escudos. De nuevo fue Visumar el que me sacó de mi ensimismamiento.

—Es el britano; ve con él y no olvides tu promesa.

Asentí, y que todos los dioses me perdonen, pero comprendí que no debía morir allí, que mi deber era intentar sobrevivir por todos aquellos a los que quería, para poder volver a luchar otro día, hasta que la suerte me abandonara definitivamente o aquella oscura tormenta que se abatía sobre Aunonia escampara por fin. Visumar me dirigió una última mirada y se dispuso a ocupar su puesto al frente de aquella postrera defensa suicida, gritando para que los hombres del difunto Nídalo lo secundaran. Se trataba de guerreros veteranos, de rostro duro y ademán firme, fáciles de diferenciar por las capas negras con las que cubrían sus espaldas. Como supe más tarde, su pueblo había sido de los primeros en caer bajo el empuje suevo, y los pocos supervivientes corrían en esos momentos hacia el este tratando de ponerse a salvo. No tenían ningún lugar al que ir, sus tierras habían ardido y muchos de sus seres queridos habían muerto pocas semanas atrás, así que no les quedaba más opción que honrar la memoria de su líder vendiendo cara su derrota. Una vez aceptado el liderazgo de Visumar —no en vano habían compartido escaramuzas durante años—, lucharían hasta la muerte junto al vándalo. Ellos también nos salvaron ese día, y para ellos sirva de reconocimiento la historia de su sacrificio.

Yo tomé el mando del resto de los hombres, aquellos pocos que no habían sucumbido al desánimo y al miedo y no habían tratado de escapar sin orden ni concierto hacia el interior del paso. No reconocía muchas de las caras con las que me topaba, pero un rasgo común se adivinaba en todas ellas: la ansiedad. Me hice a un lado mientras los primeros supervivientes comenzaban a ascender pesadamente, hasta que localicé entre ellos una cara conocida: la del joven Lucio, cuyo rostro crispado en nada me recordó al del solemne muchacho con el que habíamos convivido durante las últimas semanas. Estaba muy alterado, casi al borde de las lágrimas, y cubierto de barro y sangre. Afortunadamente, la mayoría de esta no parecía ser suya.

—¿Y tu padre? —le grité, aunque daba por supuesto que habría perecido en la desesperada defensa de nuestra retaguardia.

Casi se derrumba sobre mi hombro cuando llegué a su lado, soltando su escudo y envainando su espada. Reconozco que yo también estaba destrozado, pero ya no era un jovencito y era preciso continuar. Ya habría tiempo para llorar a nuestros caídos y, lo más importante, tratar de vengarlos.

—¡Vamos, vamos, muchacho! ¡A la montaña! —le grité para espabilarlo mientras apremiaba al resto para que continuaran, hasta que al pie de aquella colina solo quedaron Visumar y aquellos adustos hombres de negro dispuestos a morir donde había caído su señor.

Fui el último en llegar al que durante todo el día había sido uno de nuestros flancos, y allí, el joven Lucio e Issa me tendieron sus manos para que pudiera vencer el peso de mi armadura.

—Attax, esta batalla está decidida. Marco ha dado la orden de replegarnos hacia el este para tratar de ofrecer resistencia en el punto de encuentro fijado —anunció el britano.

—Me parece bien —contesté—; me temía que nuestro *primipilus* pretendiera resistir hasta el mismo fin de los días que pronostica su amigo Hydacio... ¿Cómo os ha ido por aquí?

—Bastante mejor que a vosotros. Pero no te mortifiques, nosotros lo teníamos más fácil.

Aunque lo que decía era cierto, no lo era menos que el nombre que se estaba creando Marco se mantendría una vez más. Como les gustaba decir tanto a los jóvenes como a los veteranos, donde

está el *primipilus* nunca se conoce la derrota.

—¿Esperamos a Visumar? —preguntó Issa.

Negué tristemente con la cabeza.

—Está gravemente herido. Ha decidido quedarse junto a los hombres de Nídalo para tratar de procurarnos algo más de tiempo.

Issa apretó los labios y cerró fuertemente los ojos por un segundo, impactado por la triste noticia. El hijo de Lucio exhaló un suspiro que más parecía un sollozo. El britano fue el primero en recuperarse, palmeó su hombro y le indicó que le ayudara a organizar la retirada. El joven Lucio lo siguió, conmocionado.

Miré un momento hacia abajo, y la nueva perspectiva me permitió valorar lo que había sucedido allí ese día. Bajo mis pies se acumulaba un amasijo de cadáveres de guerreros de ambos bandos, y la blanca nieve se había convertido en un siniestro lago de barro pisoteado, enrojecido por la sangre que tantos hombres habían derramado. Allí habían quedado enterrados nuestros sueños, junto con los mejores hombres de aquel pueblo indómito. Pero también el enemigo había sufrido un serio correctivo; si bien no fui capaz de estimar sus bajas, juraría que eran notablemente superiores a las que habíamos sufrido en nuestro bando. Me concentré, aunque sabía que sería un esfuerzo vano, en tratar de localizar entre los muertos algún indicio del cuerpo de Lucio. Me resultó imposible, así que dirigí la mirada hacia donde se desarrollaba entonces la lucha: al pie de aquella colina, donde el grupo de valientes liderados por Visumar se defendía como podía. Pese a la enorme desventaja numérica, habían logrado formar un semicírculo en una posición relativamente abrigada, en la que podían proteger sus espaldas contra la roca. La mayoría de los suevos continuaban enfrascados en dar caza a aquellos de los nuestros que habían intentado huir en desbandada hacia el paso o la colina adyacente, pero algunos habían reparado en que todavía les quedaba trabajo por hacer y comenzaban a reunirse frente al vándalo y los adustos celtíberos, que seguían sembrando la muerte entre los que se les enfrentaban. Viéndolo luchar, nadie habría dicho que Visumar estaba herido. Como hipnotizado, lo contemplé mientras esgrimía su larga *spatha* —al menos había logrado hacerse con un arma más digna que el *gladius* que portaba cuando nos separamos— frente a los cada vez más numerosos suevos que acudían a cercar a los últimos defensores. Era fácil distinguir al enorme vándalo en medio de aquel oscuro grupo que, irónicamente, simbolizaba para nosotros la última esperanza de ver brillar de nuevo el sol al día siguiente.

Issa, el joven Lucio y algunos más continuaban reagrupando a los jóvenes y organizando la retirada de los que no podían seguir luchando, que comenzaban a ascender en grupos por la cada vez más escarpada pendiente. Busqué con la mirada el otro frente abierto, la zona más accesible de la colina, donde todavía aguantaba el vallado que habíamos levantado, junto al que peleaban Marco y sus hombres. Me pareció distinguir su grito de rabia alzándose sobre el escándalo reinante, mientras descargaba un violento tajo de arriba abajo que hendió el cráneo de su oponente y esparció una lluvia de sangre a su alrededor. Realmente, si no hubiera ningún enemigo amenazando la retaguardia, hubiera apostado por que los hombres de Marco habrían podido mantenerse en pie toda la jornada, enviando un suevo tras otro al infierno.

Un negro presentimiento me llevó a volver la vista de nuevo hacia la falda de la colina, donde me sobrecogió contemplar lo que ya había asumido como inevitable. En realidad, el momento que pasé oteando desde aquella atalaya debió de ser muy corto, pero guardo la sensación de que el tiempo se había ralentizado para mí y que en ese instante prácticamente se detuvo. La hoja de una espada sueva centelleó en el aire al descender y golpear el casco de Visumar, y el suevo se

llevó al retirar la hoja tanto la protección como una parte de su cuero cabelludo. Aún pudo el vándalo despanzurrar de un tajo al que lo había herido, pero vi que se tambaleaba y que cada vez le resultaba más difícil recuperar su posición. El siguiente golpe le llegó desde su diestra y, pese a que su contrincante fue despachado por uno de los rudos celtíberos, ya resultó demasiado para él. Un nuevo enemigo alzó su brillante hacha dispuesto a abatirlo, y Visumar apenas pudo reaccionar alzando su escudo, y cuando el suevo afianzó su arma en las tablas de fresno y tiró de ellas con fuerza, en lugar de arrancar el escudo lo que consiguió fue arrastrar con él a Visumar, que quedó tendido de bruces en el suelo, ya fuera de la formación. Oré en silencio por que el mismo guerrero que lo había tumbado pusiera fin a su vida de un certero mandoble en su cerviz, pero, en lugar de hacerlo, continuó luchando contra los celtíberos que comenzaron a hostigarlo. El vándalo quedó allí, moribundo, sobre la nieve. No estaba seguro, pero me pareció vislumbrar que trataba de incorporarse de nuevo, aunque ya nadie le prestaba atención. Nervioso por tener que cumplir la promesa que me había arrancado, busqué a Issa, y al encontrarlo grité su nombre, pero mi voz se perdió en el barullo. Me di cuenta entonces de que incluso Marco y los suyos habían iniciado ya el repliegue y se acercaban paso a paso a mi posición. Consciente de que no tenía mucho tiempo, deseché la tentación de acercarme al britano para transmitirle lo que Visumar me había pedido; después de todo, habría sido injusto descargar sobre sus hombros lo que asumía como mi responsabilidad. Me dirigí a un joven hispano que ayudaba a subir a los atemorizados guerreros por la colina y que tenía a sus pies un tosco arco de caza. Le señalé el arma con la cabeza y el joven me la entregó sin preguntarme nada, tendiéndome también las tres largas flechas que portaba en su aljaba.

Creo que a lo largo de estas páginas he dejado bastante claro lo mediocre que soy como arquero, absolutamente indigno del buen nombre de mi pueblo, por mucho que me avergüence reconocerlo. Pero ese día debieron de ser mis ancestros quienes guiaron mis temblorosas manos. Rogué por que ya hubiera muerto cuando la larga flecha adornada con plumas de ganso se clavó en su espalda, donde debía estar su corazón. Mentira, pensé, con los ojos nublados y la garganta ardiendo: su corazón siempre estaría con su hijo, y con Sunna, su mujer.

Allí quedó Visumar, hijo de Gelimer, hombre de Anderico y guerrero de Aunonia. Que su dios crucificado vele por él para toda la eternidad.

XXV

Nos costó dos largos y tristes días llegar hasta el lugar indicado por Marco para reorganizar nuestras tropas en desbandada. Habíamos perdido la ventaja que suponía luchar en los desfiladeros y montañas de la frontera y, aunque nunca lo habríamos deseado, nos habíamos visto obligados a trasladar la lucha hasta el interior de los fértiles y encajonados valles. Pero al menos en aquellos valles se lucharía, y no se le dejaría el camino expedito a nuestro enemigo para que campara a sus anchas quemando y saqueando a placer.

Cuando llegamos a aquel antiguo fuerte en la loma de la suave colina, formábamos un desmoralizado grupo de poco más de sesenta hombres. Los pocos ancianos que habían quedado a cargo del lugar para hacer de mensajeros, o simplemente como vigías de lo que sucediera más hacia el oeste, se quedaron de piedra en cuanto nos vieron aparecer. En un primer momento pensaron que éramos enemigos que habían conseguido sobrepasar la defensa y venían directos a acabar con ellos, pero al reparar en que éramos de los suyos tampoco se alegraron en demasía. No me extrañaba, pues aquella aparición tan solo podía indicar una cosa: que habíamos sido derrotados.

Poco a poco continuaron llegando más rezagados de nuestro grupo y algunos de los hombres que habían logrado escapar por su cuenta y que habían obedecido las órdenes que dio su *primipilus* antes de la batalla, en lugar de huir atemorizados hacia el interior de los valles. Al anochecer del día siguiente ya éramos casi un centenar, bastantes más de lo que habría podido esperar a esas alturas. Insuficientes para lanzar un ataque, pero un número nada desdeñable para retomar la guerra de guerrillas en la que nos habíamos convertido en expertos. Aunque en esa ocasión tendríamos que renunciar a intervenir en los principales poblados de la frontera y limitar nuestros movimientos a los valles interiores.

No había tiempo para descansar. Issa y los suyos partieron al poco de llegar, abandonando la relativa seguridad del fuerte de piedra y madera al anochecer en dirección al oeste, hacia aquel desfiladero convertido ahora en un enorme osario, en busca de nuevos supervivientes y, sobre todo, para mantenernos informados, en lo posible, de los pasos que diera el enemigo tras su victoria.

Pese a que todos estábamos destrozados tras el esfuerzo realizado durante la batalla, la amarga derrota y la apurada retirada posterior, no podíamos permitirnos perder un instante en aquel lugar. También esa misma noche fueron enviados mensajeros hacia el interior, en busca de las bandas de los señores del este y del sur, de cuyos movimientos habíamos tenido noticia pero que no habían llegado a tiempo para sumarse a nuestra desesperada defensa. Puede que esas ausencias nos hubieran condenado a la derrota, pero en ese instante, con nuestras filas tan terriblemente mermadas, su concurso seguía siendo crucial.

Aunque en comparación con el dolor punzante que suponía haber dejado sobre la nieve a tantos buenos compañeros, así como a alguno de nuestros más apreciados amigos, se convertía en una mera anécdota, otro desconsuelo me acompañaba cuando traspasamos las puertas de la tosca empalizada del fuerte. Durante nuestra penosa retirada, obligado por la necesidad de

avanzar con rapidez, había tenido que deshacerme de mi valiosa pero pesada cota de malla. Agobiado por aquel peso muerto que amenazaba con hundirme en la prístina nieve y, por qué no decirlo, porque ya no era un jovenzuelo y comenzaba a conocer el límite de mis fuerzas, decidí —aunque no sé si esta es la palabra exacta, teniendo en cuenta que al final Marco tuvo que gritarme para que accediera, refunfuñando, a liberarme de ella— dejar mi cota atrás, bien enterrada y discretamente señalizada para poder recuperarla en otro momento. Pese a que en el momento supuso un verdadero alivio, a medida que el paisaje iba cambiando y nos íbamos alejando de la zona más escarpada para penetrar, para bien o para mal, en los fértiles valles de Aunonia, me arrepentí mil veces de haberlo hecho. Para ser justos, en el momento en que me desprendí de ella no me sentía capaz de dar un paso más cargado con aquella protección que tantas veces había salvado mi vida y ahora amenazaba con convertirse en mi perdición. Así que, sintiendo que parte de mi orgullo de guerrero quedaba enterrado allí, pero satisfecho con la insistente promesa de un exasperado Marco de regresar algún día y recuperarla, cavé con ahínco hasta asegurarme de que nadie la encontraría por casualidad antes de que tuviera la oportunidad de desenterrarla yo mismo.

Tardamos varios días en hacernos una idea de las cifras concretas de aquel desastre: de los cuatrocientos hombres que habían comenzado la lucha, habrían salido con vida poco más de un centenar. En las jornadas siguientes continuaron llegando algunos supervivientes, pero también tuvimos que digerir más malas noticias para nosotros. De boca de los que habían luchado en uno u otro frente conocimos por fin unos cuantos detalles más sobre el destino de nuestros amigos: algunos de los jóvenes recordaban los últimos momentos de Lucio, en los que el hispano había tratado de organizarlos para que apoyaran a la vanguardia, y que repentinamente habían dejado de oír su voz. Y fue el habitualmente silencioso Sila, que llegó dos días más tarde de que lo hiciéramos nosotros, el que nos transmitió la triste noticia de que tanto Mario como Lucas habían perecido en la defensa dispuesta a los pies de la colina oriental. Me hubiera gustado saber más, pero Sila parecía realmente no tener las palabras para relatarnos lo que había sucedido. Y, dado que ya nada podíamos hacer, dejé de insistir. Fue duro aceptar sin más que nunca volvería a ver con vida al joven guarda de Lucus, el último recuerdo del *ala Celer*, y a Mario, aquel hombre de cuello de toro y pocas palabras al que había llegado a apreciar de verdad. Así, sin despedida, sin noticias; me costaba asumir que cuando regresáramos a Curunda, el antiguo esclavo de Cayo no estaría allí esta vez, cortando leña para Porcia y ocupándose de su maloliente piara sin una sola queja. Desde que lo conocí, casi veinte años atrás, nunca había protestado por la suerte que le había deparado el destino, por tener que abandonar Lucus, ni tan siquiera por tener que evitar la finca familiar donde yo sabía que se encontraba su amante. Tan solo un desvelo guiaba sus pasos: servir a su amo y, tras él, a su sobrino, y así había abandonado este condenado mundo. Al fin eres libre, amigo, al fin, pensé.

Ni siquiera tuve el consuelo de poder compartir mi pena con Marco, pues tras descansar una sola noche y repartir indicaciones a cada uno de nosotros, partió al amanecer junto a un grupo de veinte hombres para avisar a las aldeas cercanas de la derrota e instar a sus habitantes a evacuarlas y salvar lo que pudieran antes de partir hacia el interior de los valles, transmitiendo el mensaje a los vecinos con que se cruzaran.

Yo, en consideración a mi edad, quedé al mando de la escasa y maltrecha guarnición del que sería desde entonces, y en los días siguientes, nuestro centro de operaciones. Manteníamos la guardia permanentemente día y noche, a pesar de que las noticias que traían los supervivientes que se iban sumando a nosotros hablaban de que los alrededores continuaban en calma. Los

suevos, tras decidir la batalla, no se habían molestado en organizar ningún tipo de persecución sistemática, sino que se limitaban a buscar las presas más fáciles en las cercanías del paso.

Al sexto día de mi recién adquirido mando, un rayo de esperanza iluminó nuestro cielo. Tras varias jornadas escuchando de boca de los recién llegados rumores de que tal poblado había sido arrasado o tal otro, quemado hasta sus cimientos, y cada vez más cerca de nuestra posición, al fin recibimos buenas noticias. Marco y sus hombres se habían unido a las bandas de los señores del este y habían conseguido sorprender al enemigo después de que hubiera caído sin misericordia sobre los supervivientes de un poblado en retirada. Al parecer, tras su victoria en el oeste, nuestros enemigos se habían dividido en pequeñas bandas, y cada una había ingresado en el interior de nuestro territorio esparciendo sus ansias de destrucción y saqueo, según el gusto del correspondiente cabecilla.

De esta forma, acompañado de algo más de un centenar de hombres, Marco pudo atacar a uno de estos grupos, que aunque contaba con similares efectivos, estos, ebrios y confiados, poca resistencia opusieron, por lo que fueron masacrados en el mismo lugar donde pocas horas antes habían obtenido un buen botín. Los prisioneros fueron interrogados antes de enviarlos a hacer compañía a sus muertos. Así supimos que los suevos habían perdido aproximadamente a la mitad de sus hombres en la gran batalla del oeste —lo que superaba con creces nuestras expectativas más optimistas—, de modo que aunque hubieran obtenido una gran victoria, el precio pagado era demasiado elevado para continuar como si nada hubiera pasado. Recibimos con alegría la noticia de que empezaban a elevarse las primeras voces discordantes entre nuestros enemigos y los hispanos que se les habían unido, satisfechas ya sus ansias de botín, comenzaban a abandonar la zona para regresar a sus hogares.

Además, Marco, había permitido la fuga de uno de los aterrorizados prisioneros para que pudiera transmitir a los suyos la noticia de la aparición de una nueva e inesperada banda de guerreros aunonenses, lo que confiábamos en que contribuyera a minar definitivamente la seguridad en que sus tropelías quedarían impunes.

Dos días después de conocer las buenas noticias llegaron al poblado dos nuevos grupos procedentes de la frontera norte, que sumaban un total de ochenta hombres. La mayoría de ellos eran o demasiado jóvenes o demasiado mayores, pero lejos de desanimarme, esa circunstancia volvió a recordarme lo implicado que estaba aquel pueblo en su supervivencia.

No todo estaba perdido; cada día que el enemigo, cada vez más fragmentado, gastaba en saquear la zona cercana a la antigua frontera, en lugar de reagruparse e intentar adentrarse en el núcleo de nuestro territorio para cerrar la campaña con un golpe definitivo, traía nuevas esperanzas a nuestros corazones. Además, una noche, cuando ya el goteo de supervivientes hacía días que había cesado, los dioses nos hicieron un nuevo guiño que yo en particular recibí con inmensa alegría.

Descansaba tranquilamente en mi duro catre de campaña cuando un desgarbado muchacho de los que habían llegado desde el norte vino a despertarme, temeroso. Quizá le hubiera tranquilizado saber que los ancianos necesitamos dormir menos que el resto de los mortales, motivo por el que cuando llegó me encontraba tumbado boca arriba con los ojos bien abiertos y fijos en el húmedo techo que cubría la estancia.

—Señor —llamó el joven en voz baja, inseguro, carraspeando forzadamente desde la desvencijada puerta.

Decidí que no importaba que supiera que su comandante no podía conciliar el sueño esos días, así que le contesté sin que tuviera que repetirlo.

—¿Qué es lo que quieres, muchacho? ¿Ha regresado ya el *primipilus*?

—No, señor. Es uno de los nuestros que ha llegado desde el oeste. Insiste en hablar con vos.

Me incorporé, sorprendido, en el camastro.

—¿Desde el oeste? ¿Acaso has estado bebiendo, zagal?

—¡No, señor! Ni una gota —replicó, azorado—. Ya le dije que no se os podía molestar, pero insiste...

—Pero, chico, ¿quién te crees que soy? ¿Un puto obispo? Claro que puedo salir a ver a mis hombres cada vez que me requieran.

—Lo siento, señor —respondió el joven, avergonzado.

—Tranquilo, chico, has hecho bien en avisarme. Ahora llévame hasta donde me espera ese tipo.

Cuando salimos de mi rudimentario puesto de mando, los dos hombres que jugaban a los dados cerca de la puerta nos dirigieron una mirada disimulada, conteniendo apenas la risa. Supuse que ellos habían sido los que habían indicado al novato que me despertara, esperando que lo mandara de vuelta con el rabo entre las piernas. Vaya fama de cascarrabias que me estaba ganando... Me alegré de no haberles dado esa satisfacción.

Antes de que abandonáramos la sencilla estancia ya sabía quién se encontraba allí afuera, pues su voz grave destacaba sobre la de los demás. Avancé a grandes zancadas para salir del establo donde tenía mis dependencias, ansioso por verlo con mis propios ojos: allí, protestando bajo la luz de dos titilantes antorchas estaba Lucio, cubierto apenas por una camisola de lana hecha jirones, con la piel morada a causa del frío y los brazos y las piernas llenos de arañazos. Otro de los jovenzuelos lo miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. Al escuchar mis pasos a su espalda, se giró con rapidez.

—¡Puto alano con ínfulas! Si estás al mando es porque yo estaba ahí fuera, tratando de regresar de entre los muertos. ¿Qué coño es eso de que tengo que avisar al comandante?

Reí, alborozado y todavía algo incrédulo.

—¡Lucio, maldito cabrón, qué susto nos has dado! ¡Es imposible acabar contigo! ¿Acaso te han expulsado del infierno por alborotador? —El hispano rio a carcajadas—. Amigo, nada podría hacerme más feliz que el que seas tú el que me releve.

—Bueno, bueno, puede que te permita mandar hasta que me recupere, ¿de acuerdo?

Se abalanzó sobre mí y me abrazó con fuerza. Luego se separó lentamente, con el miedo reflejado en su demacrado rostro.

—¿Dónde está Lucio? ¿Sabes si está bien?

—No te preocupes, está con Marco. La última vez que lo vi, era él el que pensaba que se había quedado sin padre.

El hispano suspiró, aliviado. Pasé un brazo por su hombro.

—Ven conmigo, ¡te enseñaré tu lujosa residencia, tribuno! —bromeé.

Al pasar junto al chaval que me había ido a buscar, le di una suave palmada en el hombro y le indiqué que nos trajera cerveza y algo de comer, además de una buena manta para que el aterido hispano pudiera abrigarse con ella. A pesar del agotamiento que debía de dominarle, insistió en que le pusiera al corriente de las novedades, así que terminamos hablando durante horas.

También él me relató su aventura. Realmente tuvo la suerte del mismo demonio, pues mientras trataba de organizar a las asustadas filas de nuestra retaguardia, fue golpeado por el canto de un escudo en la cabeza y quedó inconsciente sobre la nieve. Por suerte, ningún enemigo llegó a rematarlo, de manera que cuando los suevos avanzaron, acosando a los muchachos, no tardó en

quedar sepultado bajo los cadáveres de los que iban cediendo a su empuje. Aquel macabro manto de cuerpos fue el que lo hizo pasar desapercibido, y también le proporcionó el abrigo que lo libró de morir congelado. Por suerte, recobró la consciencia aquella misma noche, cuando ya los lobos de las montañas se habían adueñado del campo de batalla y aullaban para celebrar el magnífico festín que los hombres les habíamos proporcionado.

Cuando despertó, dolorido y estremecido de frío, pensó que se encontraba en las profundidades del infierno de los cristianos. Siempre me ha llamado la atención la concepción del otro mundo que alienta esta religión: parece que no tienen bastante con amargarse esta vida, sino que también viven atemorizados por lo que les pueda aguardar en la otra. En cambio, para mí la muerte en la batalla evoca promesas de suaves praderas en las que disfrutar de nuevo de las risas de los viejos amigos que han ido quedando en el camino. Nunca se me ha ocurrido que el destino de mi alma pudiera llegar a ser otro, por muchos desmanes que lleve a mis espaldas.

Una vez que Lucio se convenció de que el infierno que lo rodeaba no tenía nada de sobrenatural, se liberó del peso que lo atenazaba y reptó con esfuerzo para alejarse lo más posible del resplandor que indicaba la situación del campamento enemigo. Eludió como pudo a los pocos que aún registraban a los cadáveres a esas tardías horas, rezó todas las oraciones que conocía para que su dios lo mantuviera a salvo de los lobos y avanzó a trompicones entre los cuerpos de aquellos pobres desgraciados que habían intentado escapar de la matanza sin orden ni concierto, convirtiéndose en presa fácil para los perseguidores. También él tuvo que deshacerse de su cota, y de todo aquello que le restara agilidad, para poder caminar con rapidez por el paisaje nevado que se abría ante él. Sacó fuerzas de la idea de reencontrarse con su hijo y se esforzó en orientarse hasta dar con el fuerte establecido como punto de encuentro, a las puertas del cual había concluido su periplo aquella misma madrugada. El camino que tuvo que recorrer, siempre al resguardo de los bosques, era mucho más largo que el que nosotros habíamos elegido, pero avanzando solo resultaba crucial mantenerse lo más alejado posible de la zona donde el enemigo campaba a sus anchas. Y aunque por momentos había llegado a perder toda esperanza, lo cierto era que al final su voluntad lo había llevado de regreso con nosotros.

Aunque también guardaba algunas buenas noticias para darle, como la reciente victoria de Marco y las informaciones que hablaban de las dudas de los suevos, dedicamos gran parte de la noche a recordar a los caídos. Apesadumbrado, tuve que relatar a Lucio el sacrificio de Visumar —omitiendo, eso sí, algunos detalles que solo a mí me atañían—, lo que propició que arreciaran los juramentos de venganza. Quién me iba a decir cuando nos conocimos tanto tiempo atrás, allá en la lejana Baetica, donde el pendenciero hispano no perdía la oportunidad de pelear con cualquier extranjero que se cruzara en su camino, que el destino lo reuniría con aquel vándalo que se había convertido en su amigo más querido y con el alano que tenía frente a él, que lo apreciaba con sinceridad y además se sentía correspondido.

También se mostró afectado por la muerte de Mario y de Lucas, y aunque sin duda el vínculo con ellos no era tan fuerte como el que lo unía con el vándalo, escuchó con paciencia las tristes reflexiones que yo necesitaba compartir. Después de todo, hacía ya dieciocho largos años, desde que llegáramos por primera vez a Lucus, que conocía al fiel y silencioso esclavo de Cayo. Con el tiempo terminé por juzgarlo como una persona sencilla, sin otra meta que servir fielmente a su señor y disfrutar a su manera de cada día que el destino le brindara. Pero lejos quedaban ya aquellos días en que el enorme hispano ejerciera de guía y apoyo en nuestras labores cotidianas en la suntuosa casa de Cayo o en nuestros paseos hasta la finca de las afueras; la imagen que recordaría de aquellos últimos años sería la de un guerrero tenaz, siempre bien dispuesto a acatar

cualquier orden de Marco y a luchar hasta el final por una causa que había convertido en suya. En cuanto a Lucas, también muerto antes de tiempo, me quedó la tristeza de no haberlo conocido mejor. Aunque nunca recuperó su alegría, era un buen compañero y un valioso luchador. Podría haber regresado a Lucus en cualquier momento, pero no lo había hecho; se había quedado con nosotros hasta que encontró la muerte. Suspiré con melancolía. Muchas veces el destino favorece con generosidad a hombres que no lo merecen en absoluto, mientras que otros tantos de mucha más valía perecen en el anonimato.

Ya con Lucio al mando de nuestro cada vez más numeroso grupo, parecía que las cosas iban volviendo poco a poco a su cauce. Según los mensajes que nos llegaban con regularidad, Marco y los refuerzos que se le habían ido uniendo se dirigían a marchas forzadas hacia el norte, donde habían comenzado a reagruparse nuestros enemigos tras aquel primer revés sufrido. Pese a nuestra derrota y la considerable merma de efectivos que esta había supuesto para nosotros, la aparición de los últimos refuerzos que todavía se podían extraer de la maltrecha y agotada Aunonia, sumada a la progresiva deserción de los hispanos que habían acompañado al bando suevo y a los desacuerdos surgidos entre los fronterizos y los que se les habían añadido tras la batalla de Olissipo, nos proporcionaba una última oportunidad, si no de vencer, al menos de continuar desgastando a nuestros enemigos. Quién lo hubiera pensado en la nevada atalaya de aquella colina, donde había contemplado con pesar el suelo sembrado de cadáveres a mis pies, mientras Issa me urgía a reunirme con los escasos hombres que quedaban para intentar, pese a la desesperación, no tener que asumir que todo estaba perdido. Finalmente, no había pasado mucho tiempo antes de que se presentara una nueva ocasión de luchar por que el sacrificio de Visumar, así como el de todos los que habían perecido aquel día, no fuera en vano, y sus familias —por las que habían dado la vida— pudieran verse, una vez más, libres de aquella inminente amenaza.

El mismo día en que recibimos el mensaje de Marco nos pusimos en marcha, dejando en la fortaleza apenas una decena de hombres, la mayoría heridos. Conformábamos un grupo heterogéneo, pero sumábamos casi doscientas almas, entre guerreros, jovenzuelos y hombres que deberían haber dejado las armas ya largos años atrás. Por su parte, junto a Marco avanzaban también unos doscientos efectivos, en su mayoría provenientes de las fronteras sur y este de la confederación. Esa vez sí que sería el todo por el todo: si caíamos, no quedarían en toda Aunonia más que un centenar de hombres, algunos heridos, otros inexpertos, insuficientes para formar siquiera un mísero muro de escudos con posibilidades de resistir. Tras la batalla, la victoriosa escaramuza librada por Marco y la desbandada de los hispanos, los números estaban bastante igualados. Todo ello, más la dureza de aquel invierno y la escasez de víveres que soportaban los suevos desde hacía días al encontrarse tan lejos de sus bases, jugaba a nuestro favor. Por fortuna, mientras conteníamos al enemigo en el paso, los habitantes de la mayoría de las aldeas habían logrado huir hacia el interior de la región y llevarse con ellos sus animales y cosechas, limitando a los suevos la posibilidad de servirse de nuestro ya de por sí humilde granero.

El encuentro decisivo entre ambos ejércitos se produciría frente al último gran poblado que quedaba en lo que había sido el interior de la frontera, y que a partir de entonces mucho nos temíamos que quedaría durante largos años como una desolada tierra de nadie. El ejército suevo se había reagrupado allí para tratar de saquear el lugar en busca de las tan necesarias provisiones, pero el poblado fortificado resistía, animados los defensores por la noticia de nuestra próxima llegada. Dentro de sus rudimentarias defensas, apenas una cincuentena de guerreros y unos doscientos civiles se preparaban para lo peor. Afortunadamente, los suevos se habían limitado a tantearlos en espera de que todos los efectivos disponibles alcanzaran la zona, por lo que

confiábamos en poder llegar a tiempo.

La que tomamos fue una decisión arriesgada. En caso de sufrir una nueva derrota, no volveríamos a levantarnos, pero nuestra única oportunidad era echarlos de nuestra tierra antes de que fueran ellos quienes acabaran con nosotros.

Cuando, al mando de Lucio, nos reunimos con Marco y los suyos a una jornada de camino de donde nos aguardaban los suevos, el encuentro que presenciamos entre padre e hijo nos emocionó. Al amanecer continuamos hacia el poblado, y cuando coronamos la colina, recortados en su horizonte, nos hicimos anunciar por cuantos cuernos pudimos hacer sonar. Hacía ya horas que los exploradores enemigos nos habían localizado, así que dado que no podíamos sorprenderlos con nuestra llegada, decidimos hacer una aparición memorable. En realidad, nos conformábamos con anclarlos en el lugar y obligarlos a plantarnos cara, pues no sabíamos si seríamos capaces de convocar tal número de hombres en otra ocasión.

Cuando llegamos, los suevos nos aguardaban en formación. Su muro de escudos lo constituían unos ochenta guerreros en filas de seis en fondo, colocados de tal manera que ofrecían su flanco derecho al portón del poblado que habían estado sitiando. Contemplé largamente a aquellos hombres que tan cerca habían estado de acabar con nosotros poco tiempo atrás; en esa ocasión, las fuerzas estaban más igualadas —aunque sus tropas seguían siendo de mejor calidad—, pero por lo menos yo estaba mucho más furioso que la vez anterior. Visumar merecía que me llevara por delante a un buen número de enemigos que lo sirvieran en el más allá como perros obedientes. Me importaba bien poco que el vándalo fuera cristiano y creyera en estupideces; desde mi punto de vista, eso era lo mínimo que le debía.

Formamos frente a ellos en actitud desafiante. Los cuernos no dejaban de sonar en nuestra retaguardia, y aquí y allá se alzaban gritos destinados a enardecer aún más a nuestros compañeros. Busqué a Marco con la mirada; en sus ojos se leía una ciega determinación. Esa vez lucharíamos hasta el final. No había planes alternativos, ni se había establecido punto alguno para reagruparnos tras una posible derrota. No habíamos considerado otra cosa que vencer o morir en el intento. Sin embargo, los cabecillas de nuestros aliados no parecían tan convencidos; creo que algunos incluso se arrepentían de haber seguido al *primipilus*, arriesgando a sus hombres de esa manera.

No pasó mucho tiempo antes de que un grupo de hombres, alrededor de una decena, se adelantaran desde el ejército enemigo para detenerse a unos cincuenta pasos de nuestra formación. Atendiendo a la profusión de joyas que portaban y a la calidad de sus armas parecían grandes señores, pero tras un segundo vistazo era fácil percatarse de que sus cotas estaban sucias y deslucidas, e incluso agujereadas en algunos casos. Habían resistido la batalla anterior, pero quién sabía si podríamos atravesarlas ese día. Intranquilo, palpé mis propias protecciones de cuero tachonado, que, acostumbrado como estaba a mi cota de hierro, me hacían sentir ligero como una pluma, pero también vulnerable. Maldije por lo bajo, como tantas otras veces, haber tenido que renunciar a mi bien más preciado. Esperaba no echarlo de menos en las situaciones más comprometidas del combate.

Escruté con detenimiento los rostros de los suevos. En ninguno destacaba la certeza de un futuro triunfo; al contrario, parecía que la responsabilidad y el miedo al fracaso dominaban en ese momento a ambos ejércitos por igual. Como nos ocurría a nosotros, eran conscientes de que una derrota ese día pondría fin a su hasta entonces sangrienta y rápida campaña. Además, no era lo mismo luchar con una ventaja de dos, incluso tres hombres por cada enemigo que hacerlo con las fuerzas igualadas, y más después de haber sufrido tantas bajas contra aquellos mismos

hombres que los esperábamos en la ondulante llanura.

—Están cagados. Ya son nuestros —dijo Marco en voz alta para que lo escucharan el resto de los nuestros.

Las sonrisas nerviosas de los que nos rodeaban me hicieron dudar de quién se encontraba realmente en la necesidad de ir a una buena letrina. Marco se caló su espléndido casco de caballero romano y se adelantó hacia donde esperaba el enemigo, pidiendo a los cabecillas que lo habían acompañado en las últimas semanas que lo siguieran. Ninguno se negó, sino que todos se apresuraron a seguirlo con prontitud. Dudé un instante si permanecer al frente de nuestros hombres, pero al final fue Lucio quien decidió por mí.

—Pero ¿aquí cuándo empieza la fiesta? Tanta espera y tanta palabrería entre unos y otros aburre a cualquiera. Y no es bueno que los chicos tengan tiempo para pensar. Nuestros muchachos necesitan que alguien los anime, alano, y los hijos de puta que tenemos enfrente necesitan saber que hemos venido con ganas de esparcir sus intestinos por el campo. ¿No te parece?

—No podría estar más de acuerdo, Lucio. —Incliné la cabeza y le indiqué que hiciera los honores.

El hispano carraspeó para aclararse la voz, se giró y se dispuso a iniciar su arenga.

—¡Esos malnacidos han venido a arrasar vuestras tierras, a robar vuestras cosechas y a follarse a vuestras mujeres! —gritó, señalando al frente.

Un murmullo de desaprobación se elevó sobre la muchedumbre, pero solo unos pocos, los más veteranos, respondieron con gritos a las palabras de Lucio. Supongo que los demás estarían pensando —y con razón— que seguía siendo demasiado probable que aquellas amenazas terminaran por cumplirse.

—¿Es que acaso no os importa? —continuó el hispano, intentando subir el tono de los nuestros—. ¡Demostremos a esos desgraciados que estamos dispuestos a todo! —aulló con ganas, volviéndose, desafiante, a mirar al enemigo.

Por fin, la mayoría de los soldados, tanto veteranos como bisoños, se unieron en un sobrecogedor rugido que recorrió la llanura. Los cabecillas suevos, que acababan de recibir a los nuestros, nos lanzaron miradas despectivas.

Cuando ya había captado la atención de todos, incluso del enemigo, el hispano continuó.

—¿Sabéis qué es lo único que se llevarán de aquí?

En respuesta, se comenzaron a escuchar decenas de obscenas sugerencias, seguidas de las carcajadas de los compañeros de quienes las habían hecho.

—¡Se llevarán nuestro acero en las entrañas! —bramó, y comenzó a golpear rítmicamente su espada contra su escudo.

Cuando los demás lo acompañamos, se desató una buena algarabía.

El estruendo continuó durante largo rato, incluso después de que su instigador envainara la espada y me mirara sonriendo, como un niño que acabara de hacer una travesura.

Lo miré sonriente y le dije a voz en grito:

—Eres un jodido blandengue, cristiano. ¿Dónde ha quedado el arte de una buena arenga malsonante? ¿Nuestro acero en sus entrañas? ¿Qué es eso, poesía? ¡Haberles dicho que lo único que se iban a llevar era una buena verga hispana entre las nalgas!

—¿Hispana? ¿Acaso tú no quieres disfrutar? —se burló.

—Sabes que yo soy un bárbaro; prefiero metérsela a una cabra. Llámame salvaje, si quieres.

—Gracias, señor, por enviarnos a estos salvajes para que los eduquemos en tu misericordia

hasta que abandonen sus abominables prácticas —exclamó, alzando los brazos hacia el cielo antes de romper a reír a carcajadas.

Me reí con él, y seguimos alentando a los hombres para que no dejaran de gritar durante todo el rato que duró el parlamento de los cabecillas de ambos bandos. Mientras observábamos, Issa se acercó a nuestro lado, vestido con su cómoda y flexible protección de cuero y una capa oscura aleteando sobre sus hombros.

—¿Creéis que habrá combate? —preguntó.

—Espero que sí, porque tengo muchas cuentas por saldar hoy —contesté, cada vez más convencido de que ese sería el día de nuestra victoria.

Lucio interrumpió mis pensamientos de gloria.

—El chico tiene razón, están cagados. Verás como hacen una nueva oferta de paz.

Lo miré, sorprendido, y entonces me di cuenta de que el hispano podía tener razón. Era la táctica por la que habían optado cuando las cosas no les iban todo lo bien que esperaban. No tenían ningún tipo de reparo en abandonar el terreno para rearmarse y aparecer de nuevo en el peor momento.

Más serio después de sus palabras, me concentré en observar al grupo que continuaba parlamentando frente a nosotros, estudiando sus gestos y posturas para ver si podía sacar algo en claro sobre el contenido de su discusión. Sin embargo, no fui capaz de llegar a conclusión alguna hasta que los nuestros regresaron sobre sus pasos y pude ver la cara de pocos amigos que traía Marco, que contrastaba con las expresiones aliviadas de los que lo acompañaban. Uno de los cabecillas comenzó a hablar al llegar a unos diez pasos de donde aguardábamos, y sus palabras fueron transmitidas por otros hombres para que lo escucharan hasta las últimas filas.

—¡Paz! —iba resonando de boca en boca.

Cuando todos se hubieron enterado de la noticia y se dieron cuenta de que no tendrían que luchar comenzaron a escucharse gritos y risas nerviosas entre las últimas filas, donde los más jóvenes se felicitaban sin poder creer que, tras lo sucedido durante las últimas semanas, la campaña terminara de forma tan favorable. Yo, lejos de compartir la alegría del resto, me sentía decepcionado, pero también era cierto que aquella batalla la podríamos haber perdido y que aquello habría representado el final de Aunonia. Quizá aquella solución fuera realmente una victoria, como preconizaba un jovenzuelo detrás de mí, visto el desenlace de la reciente batalla, aunque bañada de un cierto regusto amargo.

El ejército enemigo comenzó a desfilar, abandonando el campo de batalla en ordenadas filas. Nuestra formación había perdido cualquier rastro de marcialidad; parecíamos campesinos celebrando la fiesta de la cosecha. Se respiraba un ambiente de aliviado optimismo. Meneé la cabeza. Tanto esfuerzo, tantas vidas, solo para llegar al mismo lugar de siempre. Busqué a Marco con la mirada. Seguía discutiendo con el resto de los cabecillas, y la tensión entre ellos podía cortarse con un cuchillo. Lucio y yo nos apresuramos a acercarnos, y las primeras palabras que escuchamos confirmaron que no nos habíamos equivocado.

—¡No hemos luchado durante tantos años para obtener esta mierda de paz! ¡No hemos dejado a tantos seres queridos en el camino para aceptar que se meen encima de cada tratado, una vez tras otra! —Marco apretaba la mandíbula con fuerza, tratando de no elevar la voz.

—*Primipilus*, te recordamos que esta es nuestra tierra, y somos nosotros los que velamos por sus gentes y los que nos hemos echado al hombro la responsabilidad de sus vidas —terció Antelas, uno de los nuevos cabecillas del sur, que había llevado la voz cantante en la conversación con los suevos.

—Entiendo entonces que no creéis que la sangre que he derramado por esta tierra sea suficiente para considerarme uno de los vuestros —contestó Marco, herido—. Pero Nídalo sí lo era, como Esturio o Visumar. Dieron la vida por Aunonia, y ahora vosotros los traicionáis firmando una paz indigna que insulta su memoria.

—*Primipilus*, no podemos seguir luchando. ¡Esta tierra ya ha sufrido bastante!

Marco arrojó su escudo al suelo con rabia y se pasó ambas manos por la cabeza antes de responder.

—No os culpo por vuestra decisión. Entiendo vuestras razones, y solo Dios sabe si hacéis lo correcto, pero no contéis conmigo de ahora en adelante.

Se giró para alejarse con paso firme, ante el asombro de los que hacía unos instantes lo rodeaban. Issa se apresuró a recoger su escudo e ir tras sus pasos.

—¡Joder, alano! Haz entrar en razón al chico. A mí también me duele renunciar a mi venganza, pero ¡es la mejor opción que tenemos! —me instó Lucio.

Sin apenas ser consciente de que las palabras afloraban de mi boca, murmuré, en cambio:

—Soy un hombre de Marco, y lo seré hasta el fin de mis días.

Lucio meneó la cabeza, exasperado, pero solo consiguió que repitiera mis palabras, esta vez alzando la voz para que me oyeran los que nos rodeaban, antes de seguir el camino de mis dos amigos entre las filas de guerreros.

Era la primera vez que pronunciaba aquellas palabras. Era algo que siempre había llevado en mi interior, pero nunca lo había expresado de esa manera ante nadie que no fuera de mi círculo más íntimo. Y es que el lazo que une a aquellos que han elegido compartir la desgracia y la felicidad es mucho más fuerte que el acero de la mejor espada.

Abandonamos el lugar mientras se firmaba el nuevo tratado de paz, esa vez por un plazo indefinido, entre ambos contendientes. Como parte de las condiciones, los hispanos entregarían un tributo anual y renunciarían a gran porción de los terrenos perdidos durante la última campaña. Tampoco es que fuera un mal trato; en esa ocasión, hasta el empobrecido pueblo de Aunonia podría hacer frente a las demandas de víveres y plata que requería el enemigo, no como la vez anterior. Solo faltaba ver por cuánto tiempo les convendría a los suevos mantener su palabra. Al menos, mientras durase la paz, los hombres podrían volver a sembrar los campos, recoger las cosechas y cuidar de los rebaños.

Mientras avanzábamos entre los hombres, observar las caras de sorpresa de los que se giraban para ver como se iba a su *primipilus* me hizo reconsiderar un instante si estábamos haciendo lo correcto. Opinaran lo que opinaran los ancianos, los guerreros que habían luchado junto a él no solo veían a Marco como a uno de los suyos, sino que lo consideraban un héroe. Gracias a él habían rechazado una y otra vez a los suevos, incluso en las condiciones más adversas, habían llevado la guerra al otro lado de la frontera y habían logrado victorias que hasta ese entonces siempre habían considerado fuera de sus posibilidades.

Pero ahora el *primipilus* se marchaba sin más compañía que la de sus propios amigos. Quizá había acabado su tiempo para dar paso al de Lario y Antelas. Aunonia brindaría una nueva oportunidad a la paz. Y yo no podía dejar de entenderles, pues hasta este alano salvaje que había esgrimido su espada contra hombres de todos los credos y orígenes estaba cansado de aquella matanza continua, hastiado de esa guerra y de todas las guerras. Sin embargo, estaba de acuerdo

con Marco en lo fundamental: en que luchar valía la pena, y en que de nada servía una paz que los suevos romperían en cuanto se sintieran fuertes de nuevo.

Al verlo marchar, algunos de los guerreros comenzaron a golpear de nuevo sus escudos a modo de homenaje, y el resto se unieron con presteza, haciendo retumbar el aire. Marco continuó sin más, probablemente temeroso de no ser capaz de mantener su rictus impasible si se detenía.

Abandonamos el ejército aquella misma noche y retomamos los nevados caminos en dirección a Curunda. Era extraño caminar de nuevo solos —Marco, Issa, Sila y yo—, en lugar de rodeados de otros guerreros, como en tantas ocasiones anteriores. La quietud del paisaje invitaba a reflexionar. Por las noches hablábamos de los amigos, tanto de aquellos que habían muerto como de los que todavía deambulaban por esas tierras. Hablábamos con cariño de todos, maldiciendo a los dioses por la pérdida de unos y por la lejanía de los otros. Mientras caminábamos, con las capuchas caladas hasta los ojos para protegernos de la nevisca, no podía dejar de preguntarme si después de lo sucedido nuestra vida en aquellas montañas había perdido su sentido. La expresión resentida de Marco cuando aquel jefezuelo del sur le había recordado que no era realmente uno de los suyos y el hosco silencio en el que se sumía durante las largas horas de marcha me hablaban a las claras de lo que rondaba por su corazón. Después de pasar años luchando junto a aquellos hombres, de dedicar cada minuto de su tiempo a una causa en la que creía con firmeza, de dejar atrás a viejos amigos como Mario y a nuevos como Lucas y Tito, aquellas palabras lo habían hecho volver a sentirse tan extranjero como la primera vez que pusimos el pie en aquellos bosques.

La última noche que pasamos al raso antes de llegar a Curunda nos detuvimos en un pequeño claro del bosque para comer algo y dormir hasta la mañana siguiente. Mientras Sila y Marco atendían a los caballos y les libraban de su pesada carga e Issa se esforzaba en conseguir algún bocado que llevarnos a la boca, yo me dediqué a recolectar ramas lo más secas posible para encender una buena hoguera alrededor de la cual reunirnos y olvidar el frío reinante.

Cuando hube encendido el fuego, Marco se sentó a mi lado a observar las llamas con expresión melancólica.

—¿Cómo estás, muchacho?

Él esbozó una triste sonrisa al escuchar que lo llamaba de esa manera. Se encogió de hombros.

—¿Recuerdas cuando visitamos la finca de mi padre en Conimbriga junto a Salla? —Asentí, sorprendido por aquella referencia a un pasado tan lejano—. Desde la noche en que lo mataron supe que no descansaría hasta vengarlo, enviando al infierno a cuantos suevos pudiera hasta estar seguro de que su alma descansaba al fin en paz. Sin embargo, cuando llegamos allí y me arrodillé ante su tumba no podía dejar de preguntarme si aquella era la clase de vida que mi padre hubiera querido para mí. En realidad, creo que lo que buscaba era mi propio sosiego. —Hizo una pausa. Issa se acercó a la hoguera para terminar de despellejar la enflaquecida liebre que había logrado como único botín—. Cuando aquel tipo me dio a entender que yo no era de los suyos... Attax, no puedo dejar de pensar en que es probable que tenga razón. Ya no sé si he dedicado estos años a la causa de Aunonia o si me he limitado a pelear de nuevo contra mis propios fantasmas.

No supe qué contestar. Solo acerté a mordisquear con desgana una de las despedazadas tortas de trigo que quedaban en nuestras alforjas, y bebí con resignación el agua fría e insípida que era

lo único que regaba nuestras comidas desde hacía mucho tiempo. Issa se limpió los restos de sangre de las manos en el pantalón, mientras Sila se ocupaba de colocar la escasa carne sobre las brasas. Marco había vuelto a sumirse en la contemplación de las llamas y yo no encontraba ninguna respuesta, así que opté por dar voz a la peregrina idea que me rondaba desde que abandonáramos el campamento.

—Vayamos hacia el sur. Busquemos a Salla y comencemos de nuevo —propuse.

Issa me miró, sobresaltado. Enseguida me di cuenta de que él era el único de nosotros que tenía algo que lo ataba a aquel frío norte.

—¿Partir otra vez? —preguntó Marco, inexpresivo.

—Una última vez —dije yo, que ya me veía de nuevo en el cálido sur, compartiendo nuestro destino con el godo.

—Eso pensaba cuando decidimos quedarnos aquí: que habíamos encontrado un hogar donde pasar el resto de nuestras vidas. Pero se ve que este mundo no está hecho para proporcionar paz a sus hijos, sino para hacer sus existencias lo más desgraciadas posible —dijo Marco, mirando fijamente al fuego.

Sila ni siquiera hablaba, mantenía la vista fija en la hoguera como su señor, y masticaba su galleta observando cómo la liebre terminaba de asarse.

—¿Tú qué dices, Issa? —preguntó Marco al britano—. Tú sí has encontrado un hogar en Aunonia. ¿Piensas que deberíamos comenzar otra vez?

Creo que ambos pensábamos que opondría mil objeciones. Él tenía una mujer, un hijo pequeño, una casa para los tres con una hilera de manzanos y una pequeña huerta. Mucho más de lo que había poseído en su vida. Sin embargo, su respuesta nos sorprendió.

—Yo soy un hombre de Attax, y por tanto lo soy de Marco hasta el fin de mis días —replicó, parafraseándome—. Así que iré adonde vosotros vayáis, siempre que estéis de acuerdo.

—Retomar los caminos a estas edades... Pero ¡para qué diré yo estas cosas!

—¿Cuántos años tiene ya Culchw, Issa?

—Si no me equivoco, pronto cumplirá cinco. En esta tierra es difícil calcular el tiempo; todos los días se parecen, y también todos los años.

—Si nuestros anfitriones tienen razón, los siguientes serán realmente tranquilos —dije con sorna—. Aunque no creo que los suevos mantengan su palabra durante mucho tiempo.

—Bien, buena edad para viajar, ¿verdad, Attax?

Marco me guiñó el ojo, recordando las historias de mi huida al norte, casi cincuenta años atrás. Esperaba, por nuestro bien y por el del crío, que aquel recorrido en nada se pareciera a la pesadilla que marcó mi infancia.

—Probablemente, si se parece en algo a su padre, nos proveerá él mismo del desayuno mientras Issa esté descansando.

—De todas formas, pasaremos lo que queda del invierno en nuestra casa. Y cuando llegue el buen tiempo y los caminos estén en mejor estado, volveremos a considerar esta opción. ¿De acuerdo?

Todos asentimos, incluido Sila.

Algo más relajados después de aquella decisión, que al menos abría varias alternativas en nuestro futuro, dormimos hasta primera hora de la mañana, y luego caminamos a paso vivo con ganas de contemplar de nuevo los fértiles valles que nos habían acogido hacía ya cerca de nueve largos años. Los primeros que nos vieron llegar fueron unos chiquillos que jugaban en el camino y un anciano que se esforzaba en cargar con un enorme saco de leña. Sila se acercó para

ayudarlo, y el hombre se lo cedió agradecido mientras nos asediaba a preguntas, sorprendido por nuestro repentino y solitario regreso. Pronto los críos hicieron correr la voz y cada vez más gente se arremolinó a nuestro alrededor, ansiosa por conocer las nuevas que portábamos. Según nos explicaron, llevaban ya mucho tiempo observando el horizonte con preocupación, y desde hacía unas semanas habían comenzado a preparar la evacuación de aquel lugar, y a buscar quién podría acogerlos si debían huir hacia el este. Los tranquilizamos, explicándoles lo que había sucedido, y les aseguramos que no faltaba mucho para que el resto de los hombres del pueblo siguieran nuestros pasos y regresaran por aquel mismo camino.

El ambiente se tornó festivo; después de tanto tiempo de incertidumbre, la noticia de la nueva tregua fue bien acogida por todos. Hasta Marco sonreía abiertamente, contagiado por el alborozo general. Cuando nuestros vecinos se fueron calmando, tuvimos que enfrentarnos, por el contrario, al lado más duro de la guerra. Muchos ancianos y mujeres se acercaron a preguntar por sus hijos o sus maridos, y demasiados de ellos recibieron la respuesta que tanto habían temido escuchar. Mientras Marco se esforzaba en transmitir con amabilidad tanto las buenas como las malas noticias, me di cuenta de que también yo debía afrontar un momento particularmente duro. Habría preferido volver y luchar yo solo contra el ejército suevo que nos esperaba el día en que se acordó la paz que presentarme ante Sunna y el pequeño Gelimer para hablarles de la muerte de Visumar. Aun así, debía hacerlo. Con gesto sombrío, caminé tras Marco e Issa dejándome llevar por la tumultuosa procesión que se había formado a nuestro alrededor mientras nos dirigíamos a nuestra casa.

El lugar permanecía igual que la última vez que lo había visitado. El tejado de la edificación estaba parcialmente cubierto por la nieve, pero tenía la impresión de que alguien debía de haberlo limpiado hacía poco para evitar que la estructura tuviera que soportar demasiado peso. Al escuchar el alboroto, Porcia y sus hijos salieron corriendo a averiguar lo que pasaba, y al vernos escrutó los alrededores con expresión preocupada, tras comprobar que ni su marido ni su hijo mayor nos acompañaban. La voluntariosa mujer se dedicó a apartar sin ningún remilgo a un lado y a otro a todos aquellos que se interponían en su camino, mientras yo trataba de calmarla gritándole que todo iba bien. Pero ella, obcecada, no cejó hasta que llegó a mi lado, ignorando las airadas protestas de los que habían tenido que sufrir su ímpetu y que aún luchaban con sus salvajes hijos, que pugnaban por seguirla.

—¡Porcia, tranquila! Están bien —le grité lo más fuerte que pude.

Cuando por fin me escuchó, enterró su cara en mi pecho y lloró de puro alivio. No lograba entender lo que decía, pues mi capa apagaba su voz, pero me pareció que cada cierto tiempo repetía el nombre de su dios. La abracé hasta que sus sollozos se fueron apagando. Marco alzó la voz para asegurar a los que nos habían seguido que, en cuanto dejara sus cosas, volvería a los pies de la fortaleza para informar a todos acerca de lo que había ocurrido durante las lunas que habíamos estado fuera y de las decisiones que determinarían el destino de aquella tierra. Tras esta promesa accedieron a regañadientes a permitirnos un instante de paz y se dirigieron en pequeños grupos hacia la fortaleza para esperar allí nuestro regreso.

En cuanto estuvimos solos, Porcia se deshizo en bendiciones para todos nosotros —cristianos o paganos, le daba igual— y se comprometió, con lágrimas en los ojos, a incluir en sus oraciones también a los malogrados Mario y Lucas. Luego, Marco le explicó qué era lo que nos había llevado de vuelta, y yo alabé a su hombre y a su hijo, y le dije que podía estar orgullosa de ambos, pues gracias a ellos y a otros valientes Aunonia tendría una nueva oportunidad. En un visto y no visto, Issa se perdió en el blanco camino en dirección a su casa para encontrarse con

Vera y el pequeño Culchw. Marco y Sila se encargaron de dejar los bártulos, y yo me despedí sonriente de Porcia, satisfecho con su ofrecimiento de asar unos cuantos capones —mi comida favorita— para festejar nuestro regreso.

Sin concedernos más que un breve momento de tranquilidad, Marco y yo nos dispusimos a retomar el camino hasta la antigua fortaleza. Sila se quedó, afanado en prender un cálido fuego que devolviera al antiguo cobertizo el aspecto de un auténtico hogar —si es que eso era posible en un lugar en el que solo habitaban hombres—, mientras yo remoloneaba arrastrando los pies, abrumado de nuevo al pensar en el mal trago que estaba a punto de pasar.

Cuando, tras sortear la abundante nieve del camino, llegamos a la antigua puerta, dentro del recinto fortificado se apiñaba una multitud de mujeres, niños y ancianos que aguardaban con ansiedad a que les relatáramos lo sucedido en la frontera. No pude evitar pensar que cuando regresaran el resto de los hombres, muchas de las esperanzas de los allí reunidos, a los que Marco no había sabido dar referencia sobre sus familiares, se trocarían en llanto y duelo por los caídos. Recorrí la muchedumbre con la mirada y no me costó mucho dar con Sunna, pues su altura y su rubia cabellera destacaban entre los demás. Marco siguió la dirección de mis ojos.

—Ve con Sunna. Yo hablaré para el resto —me susurró.

Asentí con renuencia, pero obedecí sin rechistar.

Mientras Marco reclamaba la atención de la muchedumbre, dejé mi caballo a uno de los jovenzuelos y me acerqué a Sunna, que me aguardaba con los ojos clavados en mí. Parecía serena. No era la primera vez que su hombre no nos seguía en nuestras correrías, pero desconocía si intuiría que esa ocasión no sería igual a las anteriores.

Fui esquivando a los pocos que trataban de abordarme y, al llegar junto a ella, le hice un gesto para indicarle que nos marcháramos de allí. Algo debió de leer en mi mirada, pues antes de seguirme se agachó junto al pequeño Gelimer, en cuya presencia no había reparado hasta entonces y que ya era todo un muchachito a sus apenas tres años, rubio y espigado, de ojos claros y expresivos como los de su madre.

—Quédate con Leda, Gelimer —dijo cogiendo su manita y poniéndola en la de la hispana que permanecía a su lado.

Asentí, conforme con el proceder la mujer, y esperé a que se despidieran con un beso para luego caminar tras la vándala en sentido contrario al que tomaban los rezagados que seguían llegando al poblado para enterarse de las noticias que traía su *primipilus*.

Recorrimos en silencio el camino hasta el hogar que la mujer había compartido con Visumar. Al llegar me di cuenta, algo avergonzado, de que durante el tiempo que habían vivido allí nunca había llegado a visitarlos, pese a que no faltaron invitaciones por parte de la pareja. Incluso en los últimos tiempos, cuando por fin había conseguido recuperar un poco de paz, seguí resistiéndome a acudir al escenario de su amor. Era una bonita vivienda, en el piso inferior de un pequeño edificio de dos plantas construido en piedra, y en su cuidadosamente dispuesto interior se notaba a las claras la mano de una mujer. Aunque había algunos rastros de desorden —no en vano también era el hogar de un pequeño revoltoso—, todo lucía muy limpio.

Entré tras sus pasos y ella me indicó con un gesto delicado que cerrara la puerta. Tragué saliva, angustiado, sin saber cómo empezar.

—¿Quieres algo de beber, Attax? —me ofreció ella con cierta frialdad—. Disculpa si no tengo sidra, pero este invierno ha sido muy duro

—Muchas gracias, Sunna. No te preocupes, tampoco creo que pudiera tragarla ahora mismo.

Me hizo una brusca seña para que me sentara en uno de los taburetes que se encontraban junto

a la chimenea apagada, mientras ella hacía lo propio en otro de ellos.

—No te andes con rodeos, por favor. Nunca se te ha dado bien, y cuando lo intentas lo único que consigues es quedar en evidencia.

La miré un instante. No sabía si realmente yo resultaba tan poco sutil, o era que la vándala me conocía mucho mejor que yo a ella.

—Sunna, siento ser yo quien te transmita esta desgraciada noticia, pero Visumar ha muerto.

Me miró muy fijamente a los ojos, tan fría y distante como siempre, hasta que me di cuenta de que sus blancas manos se entrecruzaban fuertemente haciendo que sus nudillos se mostrasen aún más blancos que de costumbre. Yo no sabía qué decir, y cuando eso me pasa, generalmente acabo por fastidiarla incluso más.

—Lo siento. Murió como un valiente para permitir que consiguiéramos la victoria que hemos anunciado hoy.

Ella apretó la mandíbula hasta que la tensión acumulada estalló en la brusquedad de su respuesta.

—¿Y crees que eso me consuela? Todos los hombres sois iguales, ¡unos salvajes que solo están contentos cuando se arrancan la cabeza los unos a otros!

Me miraba sin pestañear, con el pecho subiéndole y bajándole rápidamente. Las lágrimas asomaron a sus ojos y enseguida se convirtieron en un torrente incontenible. No me atreví a abrazarla; me quedé plantado allí y aguardé a que se calmara. Era una mujer fuerte, tenía carácter y estaba convencido de que sabría superar también aquel amargo trago. Cuando volvió a hablar, con la voz entrecortada por el llanto, mantuvo la vista fija en el suelo.

—Lo siento, Attax. Soy consciente de que tú no tienes la culpa de nada; son estas guerras que nunca acaban las que me producen este dolor. Gracias por traerme la noticia. Sé que has intentado transmitírmela lo mejor que sabes.

Lo cual, por desgracia, no daba para mucho, pensé sintiéndome terriblemente culpable.

—Tengo que decirte algo más. —Ella se secó las lágrimas y me miró, expectante. Aun con los ojos enrojecidos por el llanto, me pareció que estaba preciosa—. El próximo verano, cuando los caminos lo permitan, quizá nos vayamos al sur en busca de Salla. Esta gente ya tiene la paz que querían, y no nos necesitan, por eso hemos pensado en comenzar de nuevo en otro lugar. Yo... hice una promesa a Visumar: que trataría de protegeros siempre, a ti y a vuestro hijo. Así que me gustaría que vinieseis con nosotros. Aunque si preferís quedaros, lo entenderé. Supongo que esto se ha convertido en vuestro hogar.

—Sí, esto es mi hogar, pero ahora solo quedan en él los recuerdos de un tiempo mejor —respondió, mientras una nueva lágrima resbalaba por su mejilla.

—En caso de que decidas quedarte, y si te parece bien, me quedaré con vosotros, aunque Marco parta hacia el sur —dije con suavidad.

Hasta ese momento no me había detenido a considerar las implicaciones de mi promesa a Visumar. Pero uno es esclavo de la palabra dada y, si pretendía cumplir la mía, podía ser que no me quedara otro remedio que resignarme a ver partir a Marco.

La mujer se irguió y volvió a secarse las mejillas con su estola.

—Attax, me habría gustado que este aprecio que demuestras hoy por Visumar lo hubieras mostrado también hace años. Me habría conformado con poder reuniros a ambos en la misma mesa tan solo una única vez...

La miré a los ojos, sin saber qué argumentar.

—A mí también me habría gustado, pero sabes que siempre he sido un cretino. Y hasta hace

bien poco no me he dado cuenta de cuánto lo he sido durante estos últimos años.

—Tienes razón, siempre has sido un cretino, pero tienes buen corazón, aunque te esfuerces tanto en ocultarlo.

Carraspeé, nervioso por el inesperado cumplido.

—Si quieres trasladarte a nuestra casa estaremos encantados. Se nos ha quedado grande, ahora que tan solo la compartimos Marco, Sila y yo. Si te parece bien, prepararemos para ti la estancia de Cayo. Es grande, y estarás cómoda allí.

—¿Mario y Lucas también...? —preguntó, y yo me limité a asentir en silencio

—Gracias por el ofrecimiento, Attax, pero en principio nos quedaremos aquí. Esta es nuestra casa, y no quiero que Gelimer se tenga que enfrentar a más cambios repentinos.

—Gelimer puede tener un buen futuro junto a Salla...

—¿Matando sin cesar, como hacen todos los hombres? Hispanos, godos, suevos..., únicamente son felices matándose entre ellos.

—Salla es diferente. No te negaré que es de los mejores que conozco en eso de acabar con sus enemigos, pero no es como los demás. Tiene una sensibilidad especial y un carisma fuera de lo común.

—¡No me estarás diciendo que le gustan los jovencitos! —exclamó, horrorizada.

—¡No! —negué enseguida, sorprendido por la conclusión que había sacado la mujer de mis palabras—. Me refiero a que Salla adora el orden, y aunque no pueda disfrutarla muy a menudo, cree en la paz. Quién sabe, puede que a su lado Gelimer se dedique a construir puentes en lugar de a asaltar murallas —dije, evocando en mi mente la imagen de un joven y convaleciente Salla, que acudía cada atardecer a su lugar favorito sobre las murallas de Emerita y soñaba con desentrañar el método con el que los romanos habían levantado aquella majestuosa construcción, siglos atrás, sobre el viejo Anas.

Ella hizo un gesto vago con la mano. Sin nada que añadir, me levanté del taburete para dirigirme hacia la puerta y permitirle llorar en la intimidad.

Bueno, tal vez sí que podría haberle dicho algo más, pero lo cierto es que no lo hice.

XXVI

Aunque Sunna, tal y como había dicho, continuó viviendo en aquel nido de águilas, yo me obligué a visitarla cada día y a llevarle cuanto estimaba que pudiera necesitar, lo que era bien poco, pues ella sola se bastaba para sacar adelante su hogar y a su retoño. Aun así, me gustaba presentarme allí a primera hora de la tarde, sentarme junto a su chimenea y charlar un rato o jugar con Gelimer. Antes de que anocheciera me despedía de ambos y regresaba pensativo hacia las faldas de la montaña, para atiborrarme de sidra con la silenciosa compañía de Sila. Si el antiguo esclavo de Cayo había sido hasta entonces un tipo hosco y callado, la muerte de su compañero había magnificado esta tendencia hasta el extremo. Tan solo seguía manteniendo cierta consideración con Marco, a quien todavía servía como si continuara siendo su esclavo. Me apenaba que llegados a ese punto hasta yo hubiera al fin recapacitado y encontrado cierto sentido a mi vida, mientras el recio hispano permanecía igual —o peor— que el mismo día en que lo había conocido. Ablandarlo a base de buena sidra era la mejor idea que se me ocurría, pero semejante cuerpo tenía una resistencia que los almacenes de invierno de Porcia no podrían aguantar durante demasiado tiempo.

Cada día se me hacía más difícil abandonar la cómoda casa de la colina para regresar hacia nuestro valle. Cada vez me encariñaba más con el crío, e incluso mi relación con su madre había perdido la frialdad que la dominaba desde nuestra llegada a Aunonia. Apreciaba a Sunna, lo había hecho desde que la conociera tantos años atrás, y el niño, la viva imagen de un pequeño y adorable vándalo como había sido su padre, realmente me había ganado para su causa, pero sufría en mi interior al saber que habría un momento en que tendría que decidirme entre partir con Marco hacia el sur o, por el contrario, quedarme con aquella mujer y su hijo para cumplir la promesa hecha a su esposo. Por mucho que tratara de adivinar qué decidiría ella, nunca fui lo suficientemente perspicaz para adivinarlo.

A la semana de nuestra llegada retornaron el resto de los hombres del poblado, con Lucio al frente. Como ya había vaticinado, ese día fue tan prolijo en abrazos y felicidad como en amargura y llanto. Muchos buenos hombres habían muerto en el desfiladero. Recordé mi armadura, enterrada poco después para poder escapar con premura del mismo destino que aquellos habían sufrido; no tardaría mucho en encaminar mis pasos hacia el oeste para tratar de recuperarla. Esperaba que aún estuviera allí, pues de lo contrario ya no poseería cota alguna, ni mejor ni peor, simplemente me quedaría sin ninguna protección de hierro con la que cubrir mi torso. ¿Sería una señal del destino? ¿Acaso habría llegado el momento de dejar atrás las armas, y acabar con lo que había sido mi vida hasta entonces? No podía dejar de darle vueltas, y cuando veía al pequeño Gelimer jugando con un tosco palo como si fuera una gran espada me preguntaba qué destino le esperaría, y entendía los miedos de Sunna al respecto. Ojalá se librara de una vida tan dura como la que su padre, o yo mismo, habíamos llevado.

Los hombres que regresaban del oeste nos saludaron con agrado, aunque nos hubiéramos marchado sin despedirnos. Creo que algunos habían llegado a temer que abandonáramos sin más los bosques de Aunonia, así que se alegraron de vernos de nuevo en su valle. El propio Lucio nos

abrazó al llegar a sus tierras, y nos invitó esa misma noche a su casa para compartir una agradable cena y hablar largo y tendido. También acudirían Issa, Vera y Culchw, así como Sunna y el pequeño Gelimer, de manera que nos reuniríamos todos los que en ese entonces consideraba mi familia. Aunque echamos de menos a los que ya no estaban, esas horas en compañía fueron como un bálsamo para nuestros corazones. No hablamos de guerras ni de tratados, solo hubo palabras de amistad y recuerdos cariñosos. Y como prueba de ello, mientras todos hablábamos y reíamos a la vez, una voz grave y nerviosa llamó nuestra atención desde el extremo de la mesa. Allí estaba Sila, proponiendo un brindis por Mario. Lo miré, sonriendo, y me uní al sentimiento del antiguo esclavo, convencido de que mis largas horas de cháchara y los incontables pellejos de sidra habían hecho un buen trabajo con el que fue hombre de Cayo.

Las semanas se sucedieron, y poco a poco la nieve fue derritiéndose y llenando los caminos de charcos. Era el momento de preparar la tierra para la próxima estación y plantar en ella las semillas almacenadas durante el otoño y el invierno, para alimentarnos de sus frutos en verano o, en nuestro caso, más probablemente para que otros se alimentaran de ellos. Aun así, retomamos nuestra antigua labor de peones de Porcia, esa vez ayudados por su marido y sus hijos. Nunca me ha agradado trabajar la tierra, salvo cuando lo haces rodeado de amigos y sabes que al anochecer un buen pellejo de cerveza o un fresco trago de sidra vendrán a mitigar los inevitables dolores de espalda.

Fue como retornar a los viejos tiempos, aunque resultaba difícil olvidar lo que habíamos pasado, que nos acompañaba como la sombra difuminada de una nube de tormenta que comienza a formarse en el horizonte. Algunos días después del regreso de Lucio pudimos enterarnos de los detalles de las negociaciones con los suevos. El hispano se expresaba con cuidado, tratando de no contrariar a Marco con sus comentarios acerca de lo sucedido en el oeste, aunque realmente lo que nos contó poco difería de lo que se había pactado en un principio. Yo lo observaba sudar con una sonrisa en los labios, mientras su hijo segundo, Renio, entusiasmado por poder compartir la velada con los hombres, acudía presuroso a mi lado al más mínimo gesto para rellenar hasta el borde el cuenco en el que disfrutaba de la deliciosa sidra de su madre.

Cuando Marco tomó la palabra por fin, fue él quien sorprendió por completo al antiguo esclavo.

—Estoy de acuerdo contigo, Lucio. La paz es la mejor noticia que pueden tener estas tierras.

Lucio me miró con los ojos desorbitados.

—¡Por los clavos de Cristo! Entonces ¿por qué demonios montaste aquella escena?

—Porque para que una paz sea duradera, ambos pueblos tienen que desearla. Y no sabemos si los suevos la ansían tanto como nosotros, pero apostaría a que no.

—En eso tienes razón, no te puedo decir lo contrario. —Se encogió de hombros antes de continuar—. Pero al menos tendremos una oportunidad para reorganizarnos de nuevo y para que nuestros jóvenes puedan pasar algo de tiempo con sus padres —dijo, guiñando un ojo a Renio mientras el muchacho rellenaba su vaso.

—Tienes razón —repitió Marco—. E incluso no dudo que Antelas también la tenga —dijo, mencionando al cabecilla con el que había mantenido la discusión—. Y precisamente por eso no puedo evitar pensar que mi tiempo aquí se ha agotado. Eso es todo, y no hay que darle más vueltas. Pero quiero que sepas que, si me marcho, no lo haré con resentimiento. Siempre, allí a donde vaya, os llevaré en mi corazón.

—¿Irás al sur, con tu amigo godo? —preguntó Lucio echándose hacia delante.

Marco me miró acusadoramente, como si pensara que había sido yo quien había desvelado sus

intenciones. Me encogí de hombros. Aunque no era el caso, no pensaba que se tratara de ningún secreto.

—Es posible —admitió Marco—. Me gustaría ver el sur, quizá incluso la Baetica, y conocer esas tierras de las que Attax habla maravillas cada vez que bebe de más. Tú también eres de allí, ¿verdad?

—Mucho más que tu alano, no lo dudes. Pero a tu amigo lo encontrarás en Olissipo, no en la Baetica.

—¿Todavía continúa el bloqueo? —preguntó Marco con aparente indiferencia.

—Me he enterado hace menos de una hora, por un mensajero procedente del sur al que encontré en la ciudadela. ¡La propia Olissipo ha caído ante el empuje del *comes* Salla y los suyos!

Brindamos por el éxito de Salla, aliviados por saber que tras casi dos años de tenaz lucha en la Lusitania aún se mantenía de una pieza.

—Teníais razón al alabar sus dotes para la batalla. Por las noticias que nos han traído, la derrota sueva fue tal que los pocos supervivientes que quedaron todavía corren hacia el norte sin atreverse a mirar atrás.

—Espero que eso los mantenga mucho tiempo tras sus fronteras, para que estas tierras puedan disfrutar de un largo y merecido periodo de paz.

—Hablando de paz —interrumpí—, es muy bonita y todo lo que vosotros queráis, pero puede que algún día acabe. Así que, Lucio, deberíamos plantearnos ir en busca de tu armadura y la mía, que deben de estar aguardándonos bien enterradas, salvo que un perro suevo las haya olido y las haya sacado de su escondrijo. En ese caso, que la maldición de mil chamanes caiga sobre él, y que al colocarse mi cota, esta se caliente al rojo y lo fría dentro. Bien, ¿cuándo partimos a recuperarlas?

—¿Ves por qué son mejores las maldiciones paganas, Marco? ¡Son mucho más originales! —dijo Lucio, riendo.

—No te creas que son solo las maldiciones, somos más creativos en todo. Por eso las mujeres cristianas añoran un buen pagano en su lecho: porque sus santos maridos carecen de originalidad...

Una semana después retomamos la misma ruta por la que habíamos regresado al poblado tras la tregua. La zona a la que nos dirigíamos ya no estaba bajo nuestro dominio, aunque no pensábamos que los suevos la hubieran reclamado, pues ellos tampoco tenían tantos hombres como para atreverse a asentar sus bases tan al interior. La que fuera la primera línea de nuestra frontera había sido ocupada por el enemigo para establecer allí a sus colonos —tanto hispanos como suevos—, siempre necesitados de tierras. Pero tras esa franja había quedado una especie de tierra de nadie que ninguno de los dos pueblos estaba en condiciones de reclamar. Aun así, tendríamos que andarnos con mucho cuidado al recorrer sus caminos.

En realidad, el pueblo de Aunonia no había perdido mucho terreno tras la negociación. Lo que resultaba más preocupante era el desplazamiento de la antigua frontera, cuyos rudimentarios fuertes, montañas boscosas y pasos nevados ya no podrían ser el escenario de futuras defensas. A partir de ese momento habría que comenzar a fortificar cada uno de los poblados que se encontraran en el interior del territorio, lo que para un pueblo pobre y no muy numeroso como

aquel resultaría un esfuerzo titánico, si no imposible.

Partimos al rayar el alba; Marco, Issa, Sila y yo mismo, acompañados por Lucio, sus dos hijos mayores y un puñado de hombres del valle hasta llegar a una docena. Cargábamos víveres para una semana, así como nuestras armas, pero más nos valía no vernos obligados a sacarlas de sus fundas en el tiempo que durara nuestra inocente expedición, pues en ese caso muy probablemente se trataría de la última ocasión en que lo hiciéramos. No estaba la situación como para provocar a nuestros nuevos vecinos, y si en la peor de las circunstancias fuera necesario luchar por nuestras vidas, con tan escaso contingente poco podríamos hacer.

Aunque la presencia de los jóvenes vástagos de Lucio proporcionaba algo de alegría a la marcha, el ánimo del resto era más bien melancólico. El volver a cabalgar por aquellos frondosos bosques nos trajo profusos recuerdos y nos sumergió en la triste certeza de que nada volvería a ser lo mismo. Hacía menos de un año esos parajes que cruzábamos podían considerarse seguros, pero los últimos hechos habían acercado demasiado la frontera. Tras el acuerdo, los valles en los que habitábamos estaban a escasos tres días de los nuevos lindes, inquietantemente accesibles en caso de un ataque. Aun así, sabiendo lo necesitados que estaban los suevos de un periodo de paz, Lucio había apoyado el tratado sin dudarlo. Yo no podía reprocharle nada, y creo que Marco también lo había acabado por entender. Mientras siguiéramos viviendo a su lado, no nos quedaba otra que apoyarlo. Sin duda, los aunonenses eran un pueblo rudo y orgulloso, difícil de vencer; quizá al final lograran resistir lo suficiente para que terminaran por dejarlos en paz. Ya antes habían sabido enfrentarse a situaciones dramáticas, así que esperaba que fueran capaces de volver a alzarse cuando el futuro les plantease el próximo reto.

Tras cruzar lo que se había convertido en frontera tácita de nuestros dominios extremamos las precauciones, avanzando rápida y cautelosamente, siempre atentos ante la posibilidad de cruzarnos con alguna patrulla sueva. Como habitualmente, Issa se separaba del grupo junto con uno de los hispanos para explorar los alrededores, y al caer la tarde ambos regresaban para describirnos lo que habían podido ver. Sin embargo, al tercer día de esta rutina, el hispano se presentó solo y nos indicó que Issa se había quedado en el bosque. Nos miramos, intranquilos; el britano no era propenso a alarmarse sin motivo. Al parecer había encontrado el rastro de lo que podía ser un fuerte grupo de guerreros a pocas millas hacia el sur, y los había seguido hasta dar con ellos. Debían de ser suevos, y parecían avanzar a marchas forzadas, así que nos aconsejaba variar la ruta prevista —la más corta hasta llegar al escenario de la fatídica batalla— para evitar toparnos con ellos de frente. El primero que mostró su sorpresa e indignación por la noticia fue Lucio.

—Esos malditos bastardos ya se han enseñoreado de tal manera de estas tierras que incluso organizan patrullas para mantenernos alejados —dijo, escupiendo con rabia hacia la pequeña hoguera que acabábamos de prender.

A pesar de que ya casi no quedaba nieve en las cumbres, un viento helado bajaba por las escarpadas laderas, aullando como una manada de lobos hambrientos.

—Issa dice que parece que están buscando algo, o a alguien. Los ha seguido durante el último día, y según él reciben información cada atardecer, al igual que nosotros.

—¿Estarán persiguiendo a algún prisionero fugado? —planteé con poca convicción.

—Solo ellos lo saben. —Lucio se encogió de hombros—. ¿Cuántos hombres son?

—Issa calcula que alrededor de medio centenar, señor. Todos armados y a caballo.

—Eso no es una patrulla de reconocimiento —dije, preocupado.

—Sin duda lo mejor será hacer caso al britano y desviarnos de su camino —convino Lucio.

—¿No deberíamos dar la alarma?

Lucio dudó un instante, pero al final negó con la cabeza.

—Aguardaremos hasta que el britano nos aclare qué es lo que está pasando.

Dicho y hecho. A pesar de que estábamos a menos de un día de distancia de donde había enterrado mi preciada cota, y a poco más de donde se había desprendido Lucio de su montón de chatarra —la verdad es que su protección no estaba nada mal, pero me gustaba fastidiarlo al respecto—, nos desviamos hacia el norte para mantener la distancia con el grupo de guerreros. Decidimos que Issa continuaría vigilándolos, mientras su compañero nos precedería para alertarnos de cualquier imprevisto en nuestra ruta.

El rodeo que nos vimos obligados a dar significaba añadir al menos tres jornadas de camino. Cuando llevábamos ya una y media, a primera hora de la tarde, el explorador hispano regresó junto a nosotros a toda prisa. Su caballo, bañado en sudor, le lanzó un amago de mordisco cuando descendió de su lomo, ofendido por el exigente trato que le había dispensado, y continuó piafando molesto mientras su jinete hablaba atropelladamente.

—¡He visto más suevos al norte! ¡Se dirigen hacia aquí! No sé qué intenciones traen, es un grupo grande, no he podido contar... —Tosió, apurado.

—Pero ¿qué demonios es esto? ¿Estás seguro de lo que dices? —Lucio parecía a punto de sacudirlo para que reaccionara.

—Cálmate, muchacho, y habla más despacio —intervine, haciendo alarde de paciencia.

—Son guerreros y mujeres, van en dirección sur y llevan incluso dos carretas con ellos.

—¿Guerreros y mujeres en este puto bosque? ¿Quién demonios se aventuraría a cruzarlo con algo de valor? —Lucio se giró hacia mí con una mueca en sus labios—. ¿Le tenías mucho aprecio a la cota, alano?

—No me pienso marchar sin ella, Lucio —contesté, pensando que, en caso de que yo no la volviera a vestir, se la entregaría a Gelimer para que tuviera un regalo digno del sacrificio que había hecho su padre.

Marco abrió la boca y volvió a cerrarla, mirando sorprendido a su espalda. De nuevo se oía el retumbar de los cascos de un caballo que se aproximaba a nosotros desde el sendero que acabábamos de recorrer. Los márgenes contaban con escasa vegetación, y no había tiempo para esconderse. Maldiciendo por lo bajo, llevé mi mano al pomo de mi espada. Los demás hicieron lo propio, y Renio rebuscó en sus alforjas para sacar el sencillo arco con el que tantas veces lo había visto practicar junto a Issa en los bosques cercanos a nuestra casa. Entonces, doblando el recodo del sendero, apareció al galope el propio britano. Lo miré sin entender bien lo que pasaba, ¿acaso estábamos atrapados entre dos amenazas? Dos de las herraduras de su caballo habían perdido los trapos con las que las cubría para atenuar el ruido, y si no se había detenido para volver a colocarlos, lo que lo traía hasta nosotros debía de ser grave.

—Nos pisan los talones —dijo sin bajarse de su montura al alcanzarnos.

—¿Quiénes cojones son ahora? —preguntó Lucio.

—El grupo de guerreros suevos se dirige hacia aquí, y os aseguro que van deprisa. Anoche recibieron un mensajero, y desde entonces han acelerado el paso como si no les importara reventar a sus caballos. Ha sido difícil tomarles suficiente ventaja para avisaros con tiempo.

—Pues puede que se monte una fiesta divertida, porque se acerca otro grupo desde el norte. Espero que los busquen a ellos, y no a nosotros. —Enarqué las cejas, acariciándome la barba.

—¿A qué distancia están, Issa? —preguntó Marco.

El britano dudó un instante antes de responder.

—Puede que a menos de una hora, si mantienen el ritmo.

—¿Y los que vienen desde el norte? —preguntó nuevamente Marco, esta vez girándose hacia el hispano.

—Tardarán bastante más en llegar. El paso de las carretas hace que avancen lentamente.

Issa miró sorprendido al que había sido su compañero de penurias en los últimos días.

—¿Carretas?

—Guerreros, mujeres y carretas. ¿A que esto cada vez se pone más interesante? —dije yo con sorna.

—A nosotros lo único que nos debe importar es mantenernos alejados de ambos grupos. Lo mejor será buscar un buen lugar donde escondernos hasta que pase lo que tenga que pasar —interrumpió Marco nuestra inútil cháchara.

—A unas pocas millas hacia el norte hay una colina donde la vegetación es espesa, y que nos puede ofrecer un buen sitio desde donde acechar discretamente —apuntó el explorador hispano.

No teníamos tiempo para buscar ningún plan mejor, así que aceleramos el paso para alcanzar cuanto antes el paraje descrito por el hispano. Ascendimos trabajosamente por la falda de la colina hasta dar con una oquedad en la que esconder nuestras monturas. Entonces, con los animales a resguardo, bajamos entre los verdes helechos que cubrían cada palmo de tierra buscando un lugar adecuado para protegernos y convertirnos en espectadores privilegiados de lo que sucediera en el camino.

Aguardamos impacientes durante un buen rato, en silencio, cada uno con sus armas a mano y todos con la mirada fija en el camino, que se encontraba a menos de cincuenta pasos de nuestra posición. En contra de lo que esperábamos, el primer grupo que penetró en nuestro campo de visión fue el que se acercaba desde el norte. Realmente componían una extraña comitiva: una veintena de hombres a caballo marcaban el paso delante de dos lentas carretas, y otra decena cerraban la retaguardia. Se cubrían con gruesas capas, por lo que era difícil discernir otros detalles sobre la calidad o aspecto de sus armas más que algún destello rojizo que la luz del atardecer arrancaba del pulido metal. Algunas de las figuras no portaban impedimenta militar y tampoco lucían barba, así que me imaginé que serían las mujeres de las que nos había hablado el muchacho, aunque montaban con habilidad. Tuvimos poco tiempo para observarlos, porque enseguida irrumpió en la escena el contingente que avanzaba desde el sur.

Desde nuestro improvisado escondite observamos, atónitos, lo que aconteció a nuestros pies. Desde el principio quedó claro que, al contrario de lo que habíamos supuesto, no se trataba de dos grupos de suevos, o al menos no de los que se alegraban de verse unos a otros. De repente el aire se llenó de imprecaciones, relinchos y algún lamento aislado, pues los recién llegados, avanzando al cansado galope que les permitían sus monturas, se abalanzaron sobre la vanguardia del otro grupo acompañados de una ligera andanada de flechas que contribuyó a aumentar la confusión. Las figuras que me habían parecido mujeres pocos instantes atrás desmontaron con rapidez y corrieron a resguardarse en el interior de los carromatos. Salvo algún desafortunado que recibió la mordida de una flecha en la carne, los demás reaccionaron con presteza para tratar de contener a los atacantes. Los que habían conformado la retaguardia se posicionaron alrededor de los carromatos, mientras el resto de los hombres se enfrascaban en la lucha. Los agresores contaban con una notable superioridad numérica, por lo que supuse que no tardarían en imponerse. Sin embargo, sus oponentes se defendían bien, y sus monturas estaban en mejor disposición para el combate que los agotados animales de sus contrincantes, así que, ante mi sorpresa, vimos que conseguían alargar el combate más de lo esperado.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —pregunté entre dientes a Marco, que se encontraba agazapado a mi diestra.

Él se encogió de hombros antes de responder en un susurro:

—Sea lo que sea, nos da una oportunidad de salir con vida si tenemos que llegar a las armas.

En el camino, el desarrollo de la lucha había ido variando progresivamente. Los defensores eran mejores guerreros, así que en un primer momento cayeron más atacantes, pero pasados los primeros embates, el número fue imponiéndose a medida que los atacantes iban logrando aislar a cada jinete de la escolta y acabar con él entre varios hombres, haciéndolo dar con sus huesos en el suelo para rematarlo después, bien con el acero, bien pisoteándolo con las patas de los caballos. Aquello comenzaba a convertirse en una auténtica matanza.

Los defensores, conscientes de su apurada situación, optaron por retroceder y reagruparse alrededor de los carromatos. Apenas quedaban ya quince hombres en pie. Lentamente, como un depredador que sabe que su presa está ya a su alcance, los atacantes se acercaron dispuestos a rodearlos. Mientras ambos grupos se estudiaban, una figura solitaria, con una larga melena rubia, surgió del primero de los carromatos con un arco en la mano y disparó un certero flechazo que abatió al enemigo más cercano, aunque el retroceso de la cuerda chasqueó en su mano y le hizo soltar un reniego en una lengua conocida.

Me giré hacia Marco, boquiabierto. ¿Godos? ¿Qué diantre hacía un grupo de godos, mujeres incluidas, en medio de aquel camino perdido? Me concentré en la escena con renovado interés; ambos grupos habían desmontado, y los atacantes se esforzaban en llegar hasta los carromatos para acceder a su —suponía— valiosa carga, fuera cual fuera. Los defensores luchaban en clara desventaja, pero suplían su escaso número con un considerable pundonor. La mujer del arco se había encaramado al pescante y desde allí disparaba flecha tras flecha hacia los suevos y sus monturas, hasta que el destello acerado de un cuchillo arrojadizo pareció surgir de la nada para impactar en su abdomen, haciendo que cayera de espaldas sobre el carromato. Desde el interior del mismo resonó un agudo grito horrorizado, y una figura menuda surgió para ayudar a la mujer a entrar de nuevo a la relativa seguridad que de momento proporcionaba la estructura.

—¡Gosuinda! ¡Gosuinda! —exclamó una asustada voz juvenil.

La reacción de Marco a mi lado me dejó con la boca abierta. Al escuchar aquella voz desesperada saltó de improviso, buscando a Issa, que solo aguardaba su señal para tensar el arco. Lo miré, sin creer todavía que se propusiera intervenir, pero no me quedaba otra opción que seguirlo. Lucio me agarró del brazo para impedir que me levantara y, con cara de pocos amigos, espetó a Marco con un susurro enfurecido:

—¿Dónde cojones te crees que vas, Marco? ¡Esta no es nuestra guerra! Deja que se maten como los perros que son.

—No es tu guerra, Lucio. Yo voy por libre, ¿lo recuerdas?

El joven se puso en pie ante el reniego de Lucio, sacó su *spatha* y me hizo una señal para que lo siguiera ladera abajo. Mientras pugnaba por no resbalar entre los helechos y partirme un tobillo en mi alocada carrera, Issa ya había abatido a dos de los suevos. Todavía estaba maldiciendo a Marco por su temeridad, con Sila avanzando pesadamente a un lado e Issa descargando una flecha tras otra sin dejar de correr, cuando varias saetas más pasaron sobre nuestras cabezas para ir a clavarse en la espalda de dos de los desconcertados suevos —si es que lo eran—. Agradecí a mis dioses que finalmente Lucio no se hubiera decidido a dejarnos a nuestra suerte, por mucho que fuera lo que nos merecíamos.

Irrumpimos en el caótico y atestado camino ante la sorpresa tanto de los atacantes como de los

defensores, para meternos de lleno en la refriega. Los godos pronto se dieron cuenta de que teníamos un objetivo común y redoblaron sus esfuerzos. Algunos de los atacantes tuvieron que girarse para plantar cara a la nueva amenaza, con la sorpresa dibujada en el rostro. Me lancé a la carrera, apartando con mi escudo el torpe golpe con el que el primero de los suevos me recibió y aprovechando mi impulso para herir gravemente su pierna cuando pasé a su lado. El guerrero no llevaba protecciones en la zona, así que mi acero penetró con facilidad. Al ver el resultado de mi mandoble, enseguida lamenté no tener encima mi preciosa cota. Únicamente me protegía con una ridículamente pequeña coraza de cuero blando y la gruesa y mullida capa de piel de oso que portaba encima, y que no dudaba que fuera más efectiva que la primera a la hora de desviar algún lance perdido. Junto a mí pasaron a la carrera varios de los nuestros, encabezados por el joven Lucio, que seguía la estela de Marco hacia el carromato.

Trabé mi espada con el siguiente enemigo que me salió al paso, y a punto estuve de perder pie al resbalar en un charco de sangre. El suevo aprovechó mi traspié para voltear su espada sobre la cabeza y dejarla caer con todo su peso sobre mí, pero por fortuna logré interponer mi bota claveteada en el último momento, apoyándola en su pecho para estorbarle. Su propio impulso lo dejó sin aire y le restó fuerza a su golpe, lo cual me permitió interponer a tiempo mi escudo. Aun así, no me libré del calambre que recorrió mi brazo izquierdo desde los dedos hasta el hombro. En cuanto me rehíce, lancé una violenta estocada a su costado que, aunque habría bastado para atravesarlo de parte a parte, le provocó una simple contusión gracias a la protección de su cota.

Reculé varios pasos hasta quedar frente a él, y nos estudiamos un instante antes de volver a lanzarnos el uno contra el otro. Era un luchador condenadamente bueno; tardé varios embates en localizar un punto débil. Tras una serie de golpes laterales, me pareció ver que arrastraba ligeramente la pierna izquierda sobre el embarrado camino, y que le costaba flexionar completamente la rodilla, supuse que a causa de alguna herida fruto de una batalla pretérita. Probé entonces a colocarme a su siniestra para que tuviera que defenderse con la capacidad de movimiento entorpecida por su lesión. Más ligero gracias a mi escasa protección, amagué con atacarlo a su derecha para acto seguido recular y descargar un tajo en su pierna, a la vez que subía mi escudo para protegerme del que sabía que trataría de ser su golpe definitivo. Y vaya si lo pudo haber sido, porque mi escudo se partió en dos como una vulgar cáscara de almendra, aunque por fortuna el filo de su espada no logró atravesar mi hombro. Yo, sin embargo, pude hacer blanco entre su greba y la falda de su cota, atravesando la carne y cortando los ligamentos de su rodilla, haciendo que cayera pesadamente en el suelo con un sonoro quejido. Me puse en pie a la vez que me deshacía de los restos de mi escudo y, sin mirarlo a la cara, lo dejé allí agonizante para seguir a mis compañeros.

Cuando llegamos hasta el carromato, con las espadas chorreando sangre, tan solo quedaban un puñado de hombres por ambos bandos, y la victoria no podía escapársenos. Habíamos irrumpido en el momento adecuado y, amparados en la sorpresa, habíamos logrado desbaratar a los atacantes hasta dar al traste con su presumiblemente fácil triunfo. Los suevos que permanecían en pie, viendo que su suerte había cambiado y que no podrían superarnos, huyeron a todo correr hacia el bosque, ante la pasividad de los agotados defensores. En el suelo quedaron algunos de sus escudos, e incluso dejaron a sus fatigados caballos tratando de recuperar el resuello al borde del camino.

—¡Issa, que no escapen! —gritó Marco, angustiado por que algún superviviente pudiera relacionar a los hombres de Aunonia con aquel episodio.

El britano, secundado por el joven Renio y por otros dos hispanos, salió en pos de los

enemigos y se perdió tras ellos en una apurada carrera. Nosotros nos quedamos frente a los defensores, a los que pude observar con detenimiento por primera vez. Solo quedaban nueve hombres en pie, y uno de ellos suponía que por poco tiempo, pues de su lacerado vientre manaba abundante sangre, por mucho que el desdichado tratara de contenerla presionando la herida con sus manos.

—¿Sois godos? —preguntó Marco en su lengua, haciendo el gesto de envainar su arma.

Uno de los guerreros, un tipo enorme y barbudo envuelto en una capa de piel de lobo bajo la que se distinguía una lustrosa armadura de escamas, asintió con la cabeza. Si esperábamos que aquello hiciera que se relajaran, andábamos muy equivocados, porque en ningún momento hicieron amago de bajar la guardia.

—No hemos venido a luchar contra vosotros, pero este no es un lugar seguro. Aunque eso ya lo habréis adivinado. —continuó Marco.

Pese a las palabras del hispano, el tipo continuó allí en pie, en silencio, y tan solo se permitió echar una mirada hacia atrás, adonde estaría la mujer que había sido herida durante el combate. Entonces, otra mujer se irguió del lugar donde debía de haber estado atendiendo a su compañera caída, porque presentaba manchas carmesíes en su blanca estola. Era una jovencita de porte angelical, pero de mirada dura como el filo de un hacha. Rubia, con los ojos muy claros y la piel extremadamente blanca, parecía ser todo nervio bajo el atuendo con el que se vestía. Lejos de mostrar temor, nos miraba como si fuera ella quien tuviera nuestra vida en sus manos. Tan solo cuando llegó al lado del guerrero, que a su lado parecía aún más grande, este pareció relajarse levemente.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó la muchacha en un perfecto latín.

—Disculpad, señora, pero yo he preguntado antes, y después de salvaros lo menos que espero es una respuesta —replicó Marco frunciendo el entrecejo.

El tipo barbudo que estaba al lado de la mujer hizo amago de adelantarse, esgrimiendo amenazadoramente su espada, hasta que ella lo calmó posando la mano sobre su brazo.

—Creo que ni a vosotros ni a nosotros nos conviene permanecer mucho rato aquí, discutiendo estúpidamente. ¿No creéis, mi señor? —A pesar de expresarse con respeto, sus palabras tenían un deje irritantemente burlón.

—Tenéis razón —admitió Marco mordiéndose el labio inferior—. Pero no puedo ofreceros un lugar seguro hasta que no sepa quiénes sois. Espero que comprendáis que, en estos tiempos, uno no puede arriesgarse a llevar a su madriguera a un hurón, por malherido que luzca.

Esa vez fue la jovencita la que frunció el ceño ante las palabras del hispano.

—Vamos camino del sur, y sí, somos godos, como ya parecisteis adivinar.

—No es que me hayáis facilitado demasiada información adicional, mi señora.

—Es toda la que puedo daros —repuso ella, altanera—. Ahora, si como decís no vais a ayudarnos, os pediría que nos dejarais continuar para ponernos a salvo por nuestros propios medios, pues tenemos heridos que necesitan ser atendidos.

Marco me miró, con la frustración dibujada en los surcos de su ceño. Buscó a Lucio con la mirada y me hizo una seña para que nos acercáramos a él.

—Ahora es cuando me pedirás que los metamos en nuestra propia casa, ¿no?

—Tan solo hasta que los heridos sean atendidos y puedan proseguir su camino. No creo que sea por mucho tiempo.

—Bendita virgen que estás hecha. Da igual; después de esto, ya poco importa. Pero si nos enteramos de que un solo suevo se acerca a nuestro poblado, aunque sea para cagar, tendrán que

salir de allí a toda prisa y desaparecer sin dejar rastro, ¿ha quedado claro? —dijo elevando la voz y provocando que el gigantesco barbudo que estaba al lado de la joven volviera a subir la guardia.

—Es justo. Se hará como tú dices.

—¿Se hará como tú dices? —remedó Lucio a Marco—. Si las cosas se hicieran como yo digo, todo nos iría mucho mejor —refunfuñó—. Vamos, que no tenemos todo el día, y todavía no he recuperado mi jodida armadura.

Pese a las protestas iniciales de la joven, dejamos allí cuanto pudiera entorpecer nuestro viaje, incluyendo los pesados carromatos. Los pocos miembros de la escolta que habían escapado con vida cargaron con todo aquello con lo que pudieron, y las mujeres y un par de niños pequeños que salieron de los carromatos montaron a caballo para seguirnos en nuestro camino de regreso.

Mientras nuestros nuevos compañeros de viaje se aprestaban a cumplir las exigencias de Marco para acompañarnos hacia el interior del bosque, yo acompañé a Lucio y a otros dos de los nuestros a rematar a aquellos desgraciados que aún pugnaban por levantarse del suelo. No eran muchos, además, realmente no me inquietaban esos ya, a esas alturas, medio fantasmas, sino los que se habían internado en el bosque con Issa pisándoles los talones. Confiaba en el britano ciegamente, pero la desesperación hace que a los hombres les broten alas en los pies, y si alguno de aquellos bastardos lograba burlar a los nuestros, el enemigo podría relacionarnos con aquel incidente y tomar represalias por haber violado nuestro acuerdo. Bastante precaria era ya la paz que habíamos pactado para encima proporcionarles motivos de queja.

Angustiado por ese pensamiento, llegué junto al tipo al que había cercenado la pierna, que allí estaba, boca arriba, respirando trabajosamente, con el rostro oculto bajo una rudimentaria celada. Todavía aferraba su larga *spatha* con la mano derecha, por lo que al acercarme pisé la hoja con el pie para que no pudiera esgrimirla y, acto seguido, levanté su celada con el filo de mi hoja. Vi entonces por primera vez los ojos del hombre. Ya no era un jovencito, aunque tampoco podía vanagloriarse de haber llegado a mi edad con un arma en la mano; tenía la frente perlada de sudor y observaba con pavor la afilada punta que se acercaba a su rostro.

—¿Por qué venís a matar a este tranquilo bosque? —le pregunté, agachándome ligeramente mientras desviaba mi acero hacia su garganta.

El tipo luchó por reunir las fuerzas suficientes para hablar y contrajo su rostro en un desagradable rictus mientras intentaba escupir al suelo. Lucía ridículo, retorciéndose a mis pies, pero debía reconocer que orgullo no le faltaba.

—Para acabar con la zorra de tu *dux* —farfulló con voz ronca.

¿La zorra del *dux*? Meneé la cabeza mientras hundía mi espada con ambas manos en su garganta. Al menos el tipo había pensado hasta el final que nosotros también éramos godos, por lo que, si había suerte, los que habían huido caerían en el mismo error. Y por otro lado, aquella mujer —suponía que la rubia del arco, pues la otra era apenas una muchacha— era la esposa de un *dux*. Por lo que yo sabía, el único que rondaba por los alrededores era Sunierico, porque Cyrila hacía años que había sido llamado de nuevo a la corte de Tolosa. El viejo zorro debía de tener casi mis años, pero parecía que le gustaban las mujeres más jóvenes...

Saqué mi espada del cuello de mi enemigo, y entonces reparé en que, a mi lado, un muchachito rubio con el cabello largo y la tez muy blanca miraba como hipnotizado el cadáver

del suevo al que yo acababa de liquidar. Antes de que pudiera reaccionar, escuché una aguda voz a mi espalda.

—¡Akhila, vuelve aquí! —dijo una mujerona enorme, que corría hacia el pequeño todo lo rápido que le permitían sus abundantes carnes.

Miré al muchacho, y este me devolvió la mirada con una sonrisa pícara antes de salir disparado hacia la mujer.

Inmediatamente pensé en que si aquel era el hijo del *dux*, ¡bendito Sunierico! El crío apenas era mayor que Culchw o que Gelimer. Bueno, para ser justo, debía decir que tenía un tamaño entre el del uno y el del otro, porque el vándalo era ya muy alto para su corta edad. ¿Qué edad podía tener el crío, cinco años, seis? Y Sunierico, ¿cincuenta? Aún no estaba todo perdido para mí, si llegaba a tener la oportunidad de engendrar más hijos.

Los escasos godos que habían escapado con vida pronto estuvieron listos para seguirnos. Los heridos que podían montar, incluyendo a la que había bautizado mentalmente como la mujer del *dux*, subieron también a los caballos, aunque en algunos casos con las bridas sujetas por otro de los suyos como medida de precaución. La decisión de Marco de abandonar los cadáveres de los caídos allí donde habían perecido desató nuevas quejas de la beligerante muchacha goda, que insistió hasta que se le permitió musitar una oración a los pies de cada uno de ellos. Sin embargo, no cerramos sus ojos ni tocamos sus armas o sus ropas, pues no deseábamos que el enemigo supiera de la existencia de supervivientes, y además no teníamos tiempo que perder. La chica llegó a farfullar entre dientes lo que a todas luces parecían insultos dedicados a la impiedad de Marco, pero, por último, una mirada del enorme barbudo que la acompañaba reconociendo la razón de las palabras del hispano hizo que, enfurruñada, se diera la vuelta para subir a lomos de su caballo de un ágil salto y agitara las riendas para ponerlo en marcha.

Apenas cabalgué con nuestra nueva comitiva durante unas pocas millas más. Issa y los suyos —entre ellos Renio— no habían regresado, y no solo yo estaba preocupado por lo que les hubiera podido pasar. Creo que fue únicamente una excusa para buscarlos, pero Lucio se acercó hasta la vanguardia de la columna, donde se encontraba Marco, y le informó de que se proponía recuperar su armadura costara lo que costara. Sin duda, Marco entendió el trasfondo de aquellas palabras, pues se limitó a indicarnos el trayecto que pensaba seguir y a vernos partir en silencio. La ruta elegida era compleja, destinada a evitar a toda costa nuevos encuentros desagradables; al parecer, regresábamos a los antiguos tiempos de escondernos en los bosques como los tejones.

Lucio, Lucio Minor —como nos gustaba llamarlo— y yo abandonamos el heterogéneo grupo y nos dispusimos a cumplir nuestro objetivo inicial y, de paso, a encontrar a Issa y al resto de los que habían partido con él. Al menos, este segundo cometido no nos llevó demasiado tiempo; pronto nos tropezamos con Renio. O tal vez sería más acorde con la realidad decir que él nos encontró a nosotros, demostrando ser un excelente aprendiz de las lecciones de Issa. Cierto era que el britano había alabado en varias ocasiones la pericia del muchacho, pero yo seguía viéndolo como el revoltoso crío de antaño y no lo había tomado en serio, pensando que aquellas palabras eran más bien una deferencia para con su orgulloso padre.

—Si hacéis un poco más de ruido, puede que nos escuchen desde Braccara —nos sorprendió su voz burlona por encima de nuestras cabezas, y al alzar la mirada lo vimos encaramado a horcajadas sobre una rama gruesa.

—¿Qué cojones haces ahí arriba? —le abroncó su padre, molesto—. ¡Baja inmediatamente!

De repente me pareció notar un movimiento entre los helechos a pocos pasos de donde nos encontrábamos, y el muchacho, en menos de un latido de mi corazón, flechó su arco y disparó

una sola vez. Inmediatamente, el ruido cesó tan de improviso como había comenzado.

—Gracias, padre —dijo Renio mientras saltaba desde el árbol para aterrizar a nuestro lado—. Llevaba un rato buscándolo, pero todavía no había logrado dar con él.

La sonrisa pícara del joven me recordó a la de su madre. Así como Lucio Minor había heredado una complexión muy parecida a la de su padre, ancho de tórax y con el cabello duro como la crin de un caballo, el joven Renio poseía una constitución delgada y era algo más alto que sus padres, pero su cara redondeada y sus ojos pardos eran muy similares a los de Porcia.

—Creo que este era el último. Issa no debería tardar en venir.

El chico tenía razón: no pasó mucho rato hasta que nos reunimos con los demás, y todos coincidían en haber acabado con sus respectivas presas. Parecían un feliz grupo de cazadores que acabaran de abatir a unos cuantos venados bien gordos. Al menos por ese lado podíamos quedarnos tranquilos: ningún superviviente relataría lo sucedido en ningún puesto suevo, por lo que únicamente podrían sorprenderse al encontrar los restos de la matanza que había tenido lugar en aquel camino esa oscura tarde.

Enviamos de vuelta con el grupo a los otros dos hombres que habían acompañado a Issa en su cacería, y nosotros proseguimos nuestro camino con Lucio y sus hijos hasta dar con nuestras preciadas cotas. Tan alejados estábamos de nuestro objetivo original, tras esquivar a las bandas rivales durante días, que nos costó otras dos largas jornadas de camino llegar allí. Primero fuimos a buscar la mía, enterrada bastante más lejos del campo de batalla que la de Lucio, y di gracias a los dioses cuando, después de pasar un buen rato cavando, sentí el sonido metálico de sus anillas al chocar contra mi pala. Por fortuna nadie había reparado en la cota y podría volver a vestirla, o regalársela a Gelimer, como había pensado.

Lucio no tuvo la misma suerte. Había abandonado su cota tan cerca del campo de batalla que esta debía de haber sido desenterrada poco después. El hispano maldijo vehementemente su suerte, pero ninguno de nosotros lo escuchaba. Todos observábamos en silencio el lugar donde habíamos estado a punto de perder la vida y donde se había producido la mayor derrota que el pueblo de Aunonia recordara. A mí por lo menos se me erizó el vello al recordar lo que habíamos vivido en aquel desfiladero. Ya libre de la nieve que lo cubría aquel día, el lugar aparecía vacío, muerto, invadido por una paz antinatural. En algunos puntos aislados se adivinaba la tierra removida, y aquí y allá asomaban grotescos trozos de hueso cubiertos de jirones de carne ennegrecida, que los jabalíes u otros animales salvajes habrían desmembrado al hacerse dueños del campo de batalla. Suponía que pertenecerían a alguno de nuestros caídos, pues los suevos sí habrían tenido ocasión de enterrar a sus muertos.

Abandonamos aquel malhadado lugar tan mudos como accedimos a él y apuramos el paso de nuestras monturas, tanto para alcanzar a Marco y a los demás lo antes posible como para alejarnos con premura de los fantasmas que nos perseguían.

XXVII

A pesar de lo que apretamos el paso, llegamos a Curunda sin habernos topado con ninguno de los nuestros por el camino. Marco debía de haber azuzado al grupo hasta el límite, pues no tuvimos noticias suyas hasta que accedimos al valle. Cuando llegamos a nuestra casa, encontramos a Marco y a Sila acometiendo con sendas hachas de leñador un tronco tras otro sin tomar resuello, mientras el sudor corría por sus espaldas. No se detuvieron hasta que estuvimos a pocos pasos de ellos.

—¿Tenías prisa por llegar, chico? —lo saludó Lucio, a la vez que bajaba del caballo y le tendía las bridas a Renio para que lo llevara al establo.

Marco soltó el hacha y se enjugó la frente con un trapo que colgaba de su pantalón antes de responderle.

—Tú también la tendrías si tuvieras detrás de ti a esa loca sin parar de quejarse.

—No hables así de la muchacha. Después de todo, acompaña a la mujer de Sunierico —dije yo riendo a mi vez.

—¿La mujer de Sunierico? ¿Cómo demonios sabes tú eso? ¡Yo no he podido sonsacarles nada en todo el trayecto!

—Mis métodos son más refinados —dije, recordando al suevo al que había rematado tras obtener la información—. Creo que la mujer del *dux* es la que se llevó la cuchillada. Espero que no la haya espichado.

—Pues vaya si han tenido suerte de encontrarnos... —dijo Marco—. No, no. Está fuera de peligro. Fue una cuchillada limpia en el hombro, y lleva dos días siendo atendida por el viejo Arur en el poblado. Sunna y Vera lo están ayudando; parece que se llevan bien.

Lucio comenzó a reír escandalosamente.

—Vuestras mujeres son unas auténticas dulzuras, ¡deberían dedicarse a cuidar de los desvalidos!

—No vayas demasiado rápido, Lucio —lo atajó Marco—, que la tuya les hace la comida todos los días.

Entonces nos tocó a nosotros reírnos a conciencia.

—Vaya, sin duda esas mujeres y su prole han logrado granjearse el cariño de todos. Salvo el tuyo, por lo que parece —dije yo, de mucho mejor humor que en los días precedentes.

—¿Y su digna escolta? —preguntó Lucio enjugándose las lágrimas que corrían por sus mejillas tras desternillarse de risa.

—Están todos en la ciudadela. Ahora aquello parece una puñetera corte, con críos correteando y todo.

Al día siguiente, ya descansados y vestidos con prendas limpias, acompañamos a Marco hasta la colina fortificada para entrevistarnos con nuestros inesperados invitados. Nada más llegar tuvimos que darle la razón al hispano: aquello se parecía más a una fiesta que al tranquilo poblado que yo conocía. Al menos una docena de mujeres y críos revoloteaban por los alrededores de la plaza principal, y junto a la puerta de uno de los grandes edificios, un grupo de

hombres, entre los que destacaban dos de los miembros de la escolta goda, que incluso desarmados tenían un aspecto temible, los observaban charlando amigablemente entre ellos. Le señalé los tipos a Marco antes de acercarnos, y él me informó de que sus armas habían sido confiscadas cautelarmente mientras estuvieran en el interior de la ciudadela.

Entramos en el edificio bajo las atentas miradas de los godos y entre los saludos de los hispanos, y entonces me tropecé con el mismo crío que me sorprendiera días atrás en nuestro encuentro imprevisto.

—¡Tía, tía, este es el guerrero que mató a aquel hombre! —gritó sin dejar de mirar hacia el interior de la oscura estancia.

Me agaché y levanté al pequeño, cargándolo en brazos, moviéndome con suavidad para no alarmar a los guerreros godos que me observaban con disimulo. Al fondo de la estancia se adivinaba un sencillo camastro, y antes de llegar hasta él me salió al paso la bella jovencita que había llevado la voz cantante durante nuestro primer encuentro. Ya no lucía sus ropas manchadas, sino un sencillo vestido verde pálido que reconocí como perteneciente a Sunna y una estola bordada sobre los hombros. Al parecer, no solo le había cedido sus ropas —que parecían un poco grandes para el cuerpo menudo de la chica—, sino que además la larga trenza rubia que lucía la joven me recordaba a aquellas que solía entretejer la vándala con mucha paciencia.

—Venimos a ver cómo sigue vuestra señora, la esposa del *dux* —dijo Marco remarcando las últimas palabras.

El rostro relajado de la jovencita se contrajo un instante, pero enseguida recuperó la compostura.

—Veo que habéis logrado averiguarlo por vuestra cuenta. Cuando me entere de quién ha hablado de más, lamentará su desliz.

—No perdáis el tiempo, fue uno de los suevos que intentaba acabar con vosotros el que nos regaló tan valiosa información. ¿No es cierto, Attax?

—Podríamos decir que tuve que sonsacárselo —respondí yo con una mueca salvaje mientras trataba de que el crío se estuviera quieto.

Entonces se escuchó una voz débil desde el camastro donde debía de descansar la mujer herida, y la chica salió corriendo hacia allí sin dedicarnos ni una mirada más. Nos quedamos en pie, esperando a que alguien volviera a reparar en nosotros —mientras, el revoltoso crío amenazaba con acabar con mi paciencia—, hasta que el viejo Arur nos hizo una seña para que nos acercáramos.

En ese momento entró Sunna en la habitación, con el pequeño Gelimer de la mano. Cuando el niño vio que sostenía a su nuevo amigo en brazos reclamó para él el mismo trato. Lo aupé con cuidado, y ambos rieron alborozados, con aquellas agudas voces infantiles que había descubierto hacía poco que me encantaban.

—¿Estáis mejor, mi señora? —preguntó educadamente Marco al llegar al lado de la mujer.

—Gracias a los cuidados de los vuestros, así debo reconocerlo. Muchas gracias, señor —respondió ella con voz mesurada, en un latín ligeramente gutural.

Por primera vez tuve la oportunidad de observarla de cerca. Aun postrada, febril y con bolsas oscuras bajo los ojos, daba la impresión de ser una mujer fuerte. Alta, esbelta, con el cabello de un rubio dorado y los ojos verdes como las olivas del sur de Hispania, poseía una belleza serena que se acentuaba cada vez que sonreía. Era mayor que la jovencita que la acompañaba, pero no tanto como para ser su madre. Probablemente, por la forma en que lo miraba, sí que era la madre del crío que se encaramaba a mi hombro.

—Desconozco donde se encuentra vuestro marido el *dux*, señora, pero podréis marchar en su busca en cuanto lo consideréis oportuno.

Lucio bufó detrás de mí, incómodo por las cálidas palabras del joven. Su amenaza continuaba en pie: al más mínimo indicio de que un solo suevo merodeara por los alrededores, los godos tendrían que irse de inmediato. De lo que no estaba seguro era de que llegara a cumplirla.

La joven se agachó levemente sobre la convaleciente y le susurró algo al oído, pero esta desechó el comentario con un gesto.

—Ya da igual, Erelieva —dijo en voz baja antes de dirigirse de nuevo a Marco—. Mi marido no es el digno *dux* Sunierico, señor. Mi esposo es Salla, hijo de Akhila.

Al oír sus palabras, recordé por fin de qué me sonaba el nombre de la mujer: Gosuinda. Lo había escuchado en esas montañas no hacía demasiado tiempo, de labios de Salla, cuando este había actuado como mediador en nuestro conflicto. Y más tarde, la fortuna había querido que evitáramos que los suevos acabaran con aquella mujer de la que se había enamorado en el norte. Si daba crédito a las palabras del guerrero que me había dado la información, ella era el objetivo de sus espadas. Buscaban asesinar, o quizá secuestrar, a la esposa del hombre que los acosaba sin tregua al sur de su territorio desde hacía más de un año.

Tanto Marco como yo nos quedamos sin palabras. Ni tan siquiera logramos girarnos para que se encontraran nuestras atónitas miradas.

—¿Salla, hijo de Akhila? —acertó a preguntar Marco casi en un susurro.

—Y padre de Akhila —dijo la mujer, señalando con su pálida mano al niño que yo cargaba sobre mi hombro.

Miré de nuevo al crío, y por primera vez me pareció reconocer en sus rasgos cierto parecido con su padre. La forma de los ojos, el orgulloso mentón, el fino cabello rubio.

—Perdonadme, señora. He actuado como un necio —repuso Marco, inclinándose ligeramente.

—En absoluto. Has actuado como un guerrero cuando se encuentra en medio de un bosque donde dos manadas de lobos se despedazan entre sí. No puedes saber cuál de los lobos es el manso, o si acaso alguno lo será... ¿Tú eres Marco Vipsanio Celer?

Un cierto deje de sorpresa acompañó las palabras del hispano.

—Sí, mi señora.

Yo miré a Sunna y ella me devolvió la mirada con una pícara sonrisa. Sin duda ella debía haber sido quien diera esa información a la goda.

Gosuinda asintió con la cabeza.

—Desde que escuché este nombre, he estado preguntándome por qué motivo me resultaba tan familiar. Sé que mi esposo os tiene en alta estima. —Sonrió—. Erelieva, también tú habrás oído hablar del amigo hispano de tu hermano —dijo a la jovencita.

Así que aquella fierecilla era la hermana pequeña de Salla, de la que siempre había destacado su indómito carácter. Pues ya habíamos comprobado que no exageraba, y Marco el primero. Conociendo el parentesco, al igual que me había sucedido con el pequeño Akhila, no me costó encontrar parecido entre la joven y su hermano. La muchacha era muy bonita; a Salla no le costaría casarla bien, siempre que la pudiera convencer de que estuviera un rato callada, al menos hasta que el afortunado consintiese.

—Mi señora, sin duda Dios ha dispuesto que vengáis a nosotros en este preciso momento. En unas semanas pensábamos emprender camino hacia el sur, en busca de vuestro esposo.

—¿No sois de estas tierras? —preguntó la joven, sorprendida.

Marco apretó los dientes y negó con la cabeza, antes de responder:

—Mi hogar ya no es más que un montón de tierra baldía, y el triste recuerdo de los fantasmas que por ella vagan.

Yo busqué con la mirada a Lucio, que observaba al muchacho con cierto pesar en el rostro. Aquel lugar del que Marco hablaba era Conimbriga, su ciudad natal. El joven no había olvidado las palabras de Antelas, y no sé si algún día llegó a considerar aquellas montañas como su casa.

Tras una leve vacilación, Marco continuó:

—Así que, si no os importa que este grupo de desheredados se una a vuestra escolta, nos gustaría acompañaros.

—Me parece que entonces nuestra llegada sería doblemente feliz para mi esposo —respondió la mujer, en apariencia complacida.

Desvié mi mirada hacia Sunna para tratar de desentrañar la reacción de la vándala tras las palabras de Marco. Nunca habíamos retomado aquella conversación. Ella se conformó con mirarme a los ojos, con una leve sonrisa en los labios. En nada podía compararse a la serena belleza de la mujer que se encontraba tendida a su lado ni al rebelde atractivo de la joven hermana de Salla, pero Sunna seguía pareciéndome la mujer más bella que jamás hubiese visto. Siempre me maravilló que para mí ella nunca envejeciera. No sé si el hechizo estaba en su rostro o en mis ojos. Seguía contemplándola ensimismado cuando ella se dio la vuelta y salió de la estancia. Dejé a ambos críos en el suelo apresuradamente, a pesar de sus protestas, y seguí los pasos de Sunna por el pasillo en penumbra. Al salir me costó un instante acostumbrarme de nuevo a la luz que reinaba en el exterior, pero finalmente pude distinguir a la vándala alejándose en dirección a su casa. Corrí tras ella y la alcancé cuando se encontraba a escasos pasos de la puerta de su hogar.

—Sunna, necesito hablar contigo —le dije, tratando de recuperar el resuello.

—¿Vas a quedarte ahí fuera o prefieres que hablemos dentro?

Obediente como un cordero antes de pasar al matadero, la seguí hasta el interior de su casa, donde me indicó que me sentara en uno de los taburetes que se encontraban junto al hogar.

—¿Qué es lo que te corre tanta prisa, Attax?

—¿Has oído las palabras de Marco?

—Estaba en la misma habitación que tú, y no soy tan mayor como para no alcanzar a oír a esa distancia —respondió, irónica.

—¿Y te das cuenta de lo que esas palabras significan? Por los dioses, Sunna, ¡necesito saber qué es lo que vas a hacer! No puedo dilatarlo más, tengo que saber si me quedo aquí contigo o si vamos hacia el sur con los demás.

—¿Y qué es lo que deseas? —me dijo tranquilamente, como si en nada le influyera mi evidente nerviosismo.

—¿Yo? —pregunté, receloso de que fuera una trampa—. Yo lo único que quiero es paz. Sé que suena raro en mis labios, pero te lo juro por los dioses, lo único que deseo ya es envejecer, que es algo que nunca me he permitido, y ver como los hijos suceden a los padres, y no al contrario.

Se levantó y atrajo su taburete hacia el mío, antes de tomar asiento nuevamente.

—¿Y dónde será más fácil alcanzar este sueño, Attax? ¿Aquí, en Aunonia, o en el sur?

—No juegues conmigo, Sunna, por favor.

—Te lo pregunto sin ninguna maldad.

—Creo que me gustaría empezar una nueva vida en el sur. La paz que se respira en estas montañas es siempre engañosa. Pero tampoco podré encontrarla lejos de aquí si tú y Gelimer no

me acompañáis. No estaría en paz conmigo mismo, ni con mis recuerdos. —Me encogí de hombros.

—Me gusta Gosuinda. Parece una mujer fuerte y decidida. Vuestro amigo tiene mucha suerte de contar con ella a su lado. Y Erelieva es una chica con muchísimo... temperamento.

—A Salla siempre le gustaron las mujeres con personalidad. —Sonreí recordando sus palabras años atrás acerca de su entonces prometida, Amalasunta.

—¿Y a ti, Attax, qué clase de mujer es la que te gusta?

Me quedé petrificado, sin palabras con las que responder. No me esperaba esa clase de pregunta, y mucho menos en aquel momento.

—Ya ni lo sé. Hace muchos años que no estoy con una mujer de la que recuerde algo a la mañana siguiente. Creo que desde que te conozco.

—Desde que regresamos a Lucus y no encontraste allí a la que esperabas.

—Desde que llegamos a Emerita. Hice una promesa de fidelidad, ¿sabes? Aunque para ese momento ella ya debía de estar viviendo con otro —contesté sin pensar; nunca habíamos hablado de aquello. Hice una mueca y traté de bromear—. Si no, quizá hubiera tratado de llevarte a ti a mi cama.

Ella sonrió.

—No creo.

—Puede que me hubiera llevado una buena bofetada.

—No creo —repitió, ampliando su sonrisa y dejándome sin palabras—. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

Demasiado, pensé, mirándola como un idiota.

—¿Te quedarías conmigo si te lo pidiese? —preguntó de golpe.

—Sí.

—¿Por la palabra que le diste a Visumar?

—No solo por eso —respondí.

—¿Estabas a su lado cuando cayó? —dijo en un susurro, con los ojos bajos.

—Estaba junto a él cuando lo hirieron de muerte. Permaneció en pie para que los demás pudiéramos replegarnos. Y me pidió dos cosas: que no le dejara caer vivo en manos del enemigo y que cuidara de ti y del pequeño Gelimer —expliqué con un nudo en la garganta; quería ser sincero con ella, pero esperaba que no me pidiera más detalles.

—Él siempre sintió celos de ti —confesó, despacio—. Pensaba que yo... que tú... que sentíamos algo el uno por el otro.

—También a mí me dijo algo parecido —respondí en voz baja. Alcé su barbilla con suavidad para que me mirase a los ojos—. Sé que nunca te lo he dicho, pero, por mi parte, no le faltaba razón.

Ahora le tocó a ella quedarse sin saber qué decir. Disfruté de aquella extraña sensación, seguro de que, respondiera lo que respondiera, aquello había valido la pena. Claro que ella lo resolvió con una simplicidad de la que yo mismo me hubiera podido sentir orgulloso. Se inclinó hacia mí y unió sus labios a los míos en un largo beso. Quizá, al fin y al cabo, no era que no hubiese encontrado las palabras necesarias, sino que realmente no hacían falta.

—Iremos al sur —musitó al apartarse.

Por primera vez en muchos años, ese día volví a sentirme joven de nuevo.

La vida cambió para mí desde aquel mismo día. No sé si por la liberación que supuso ser capaz de enfrentarme a mi miedo al rechazo tras tantos años sin poder hacerlo, por haber conseguido expresar de algún modo mis sentimientos —aunque en este aspecto todavía me quedaba mucho por mejorar—, o tal vez por volver a compartir un momento íntimo con una mujer. Y no con una mujer cualquiera, sino con Sunna, a la que deseaba más de lo que había deseado a ninguna otra. Para ser justo, creo que fue una mezcla de todos aquellos factores, una mezcla que sabía deliciosamente dulce en mis labios y refrescaba cada día mi alma cansada.

Marco se alegró mucho por nosotros, aunque se sorprendió menos de lo que habría esperado. Me fastidió que cuando se lo comenté se riera de mí con ganas, y yo no dudé en contraatacar para fastidiarlo con su soltería.

—Yo no entiendo a las mujeres, Attax. No creo que el matrimonio esté hecho para mí —aseguró, siguiendo con la mirada a la belicosa Erelieva, que tantos quebraderos de cabeza seguía proporcionándole.

—Bueno, yo diría que entenderlas no es imprescindible —aseveré—. Eres joven; te bastará con intentar engendrar un cachorro cada primavera para mantener contenta a tu esposa, y al menos tendrás la cama caliente y la casa en orden.

Marco sonrió.

—Más vale que Sunna no te escuche hablar así.

—Más vale —asentí, contrito.

Gosuinda sanó en menos tiempo del previsto. Como Sunna había dicho, era una mujer fuerte y con una determinación de hierro, y antes del inicio del verano ya estábamos dispuestos para emprender mi tan anhelado regreso al sur.

Nos despedimos de todos los que habían sido nuestros vecinos esos años por medio de una fiesta multitudinaria, donde llegué a emocionarme al pensar en todo lo que dejábamos atrás. Llevaría aquellas montañas y valles para siempre en mi corazón, y también reservaría en él un hueco para sus gentes.

Aquella noche bailé, reí, canté, lloré y bebí como hacía muchos años que no lo hacía. Obviamente bailé con Sunna —también zarandeé un rato al pequeño Gelimer—, con la rolliza Porcia e incluso con la joven Erelieva. Me hacía gracia comprobar que la hermana de Salla bailaba despreocupadamente conmigo, pero se ponía muy seria cada vez que le tocaba formar pareja con un especialmente elegante Marco.

Cuando los niños hacía rato que habían tenido que irse a dormir de la mano de sus madres, nos propusimos cerrar la larga fiesta como se merecía: celebrando un grandioso duelo en honor a la tierra en la que estábamos. Dejamos a un lado nuestras espadas y decidimos competir para ver cuál de los hombres era capaz de apurar más jarras de sidra antes de caer redondo al suelo. Los hispanos presentaron a Lucio como su campeón, yo mismo me erigí en único representante de mi pueblo, y Afrila, el enorme capitán de la guardia de Gosuinda, se ofreció por parte de los suyos.

Pensé que ganaría fácilmente. Siempre he pecado de orgulloso, pero mi amor propio pocas veces me ha defraudado. Aquella fue una de esas ocasiones. Yo, que me jactaba de haber acabado con la producción de todos los manzanos de nuestras tierras durante los últimos nueve años —Porcia solía decir de mí que mi sed era más arrasadora que cualquier plaga que hubieran sufrido nunca sus pomares—, tuve que reconocer mi derrota en la contienda. Mis contrincantes

no estaban dispuestos a facilitar mi victoria, y, animados por los gritos entusiasmados de la multitud cada vez que uno de nosotros lograba apurar una nueva jarra, bebimos hasta que no supe si reventaría primero mi vejiga o mi cabeza. Ante mi sorpresa, Lucio fue el primero en rendirse, tras vomitar abundantemente en el suelo de tierra. Los presentes lo abuchearon sin piedad, mientras el tambaleante hispano les correspondía con todo su repertorio de gestos obscenos. Nuevamente animado al intuir cercana mi victoria, miré desafiante al godo, que se encontraba sentado a mi lado. No estaba dispuesto a que aquel jovenzuelo barbudo me dejara en ridículo.

—Te vas a caer de culo, ya lo verás —le dije para tratar de amedrentarlo.

—Mi padre dice que los alanos no saben beber —respondió él, muy tranquilo.

Lo miré, furioso, y apuré la jarra recién rellenada que estaba frente a mí, derramando parte de su contenido por mi barba, lo que provocó las quejas de parte del público, en especial de Erelieva y de los godos de la guardia que habían acudido al espectáculo. Él bebió la suya con lentitud, sosteniendo mi mirada. Comenzaba a verlo borroso, y la imagen distorsionada de su rostro fanfarrón y su enorme cuerpo parecieron transportarme de golpe al pasado, muchos años atrás. Aun borracho como estaba, lo supe con claridad. Abrí mucho los ojos, pero mi visión se negaba a aclararse, y cuando traté de ponerme en pie caí al suelo torpemente. Las risas del público me empujaron a intentar levantarme de nuevo, sin conseguirlo. Cuando distinguí la sonrisa de Sunna entre la multitud, comprendí que ya estaba mayor para ese tipo de tonterías. Con mucha dificultad me puse en pie y señalé al godo con mi diestra.

—Tuya es la victoria —le dije con un violento hipido—, pero tendrás que decirle a tu padre que los alanos somos dignos contrincantes. —Asintió con un cabeceo descoordinado. El muchacho estaba, igual que yo, a punto de caer al suelo, pero había logrado disimularlo bien hasta entonces—. Y dile también a Ibbas que lo echo de menos, hijo.

Me miró, extrañado.

—¿Conocéis a mi padre?

Sonreí, palmeé su hombro y abandoné la escena ante el delirio de sus escasos, aunque ruidosos, compañeros.

En mi camino hacia un catre que me permitiera apoyar la cabeza para que dejara de darme vueltas, y queriendo evitar a Sunna semejante espectáculo, encontré a Lucio apoyado en un vallado, con la cabeza absolutamente empapada de agua. Creo que me estaba aguardando para despedirse. Al pasar por su lado, me agarró por el hombro para decirme al oído.

—Ha valido la pena resistir, ¿verdad, alano?

Lo abracé con fuerza y, borrachos como estábamos y a salvo de miradas indiscretas, lloramos como críos durante largo rato.

Al día siguiente emprendimos el camino sin ninguna concesión al lujo. Atrás quedaron las largas millas recorridas por Gosuinda y los suyos transportando carromatos, cofres y las caras pieles que los cubrían. Esa vez tan solo formaríamos la comitiva hombres, mujeres, las monturas y una pequeña reata de mulas —cargadas hasta los topes— que Gosuinda pagó a Lucio como si se tratara de excelentes caballos. Y aunque me esforzaba en olvidarlo, también me acompañaba mi terrible dolor de cabeza.

Cuando nos despedimos de los que habían sido nuestros vecinos agitando las manos, a pesar de la incertidumbre que teñía de nuevo nuestro futuro, me sentía feliz, capaz de volver a vivir otros tantos veranos como si tuviera veinte años de nuevo.

Comenzamos nuestro viaje dirigiéndonos hacia oriente para alcanzar la relativa seguridad de

la gran calzada que conectaba Asturica Augusta con el sur. Generalmente tratábamos de evitar los caminos principales y elegíamos en cambio otros más tranquilos y poco transitados, a pesar de que en ese entonces, gracias a los años que llevaban hombres como Sunierico y Cyrila por los alrededores, la presencia de pequeñas guarniciones godas salpicadas por el territorio era cada vez más notoria. Como acompañantes de Gosuinda y los suyos, fuimos bienvenidos en cada encuentro. En pocos días de marcha dejamos atrás Salmantica y, sin mayor contratiempo, llegamos a la antigua y decadente ciudad de Norba Caesarina, a escasas millas de nuestro destino. Nuestra intención era hacer noche allí y partir con el amanecer, con la esperanza de llegar a Emerita en dos jornadas a lo sumo.

La guarnición que nos recibió estaba compuesta por no más de medio centenar de hombres, que miraban de reojo a los pocos y desconfiados vecinos que recorrían las míseras calles. Dos de los guardias nos condujeron ante su superior, que nos recibió en el interior de una tosca edificación de madera que hacía las veces de fuerte dentro de la ciudad, acotando las zonas de la antigua muralla que se encontraban en mejor estado. El tipo, terriblemente feo y con un aliento fétido que aconsejaba mantener las distancias, repartía órdenes entre un puñado de hombres que apilaban una serie de barriles de madera cuya disposición nunca parecía satisfacerle por completo. Sin embargo, con nosotros fue cortés y se mostró encantado de recibir a la esposa de Salla. Nos ofreció las mejores estancias de las que disponía —lo cual no era mucho decir—, y nos invitó a compartir su mesa, sobre la que desplegó numerosas vituallas regadas con un vino fresco y agradable de sorprendente calidad.

En el transcurso de la cena nos informó, solícito, de que Salla se encontraba de camino a Emerita desde el oeste, y se ofreció a enviar un mensajero a la ciudad para avisar de nuestra inminente llegada, a lo que accedimos agradecidos.

—El joven *dux* les ha dado una buena tunda a esos bastardos —dijo entusiasmado mientras luchaba con denuedo por sacarse una hebra de carne que se le había quedado atrapada entre los dientes ennegrecidos.

—¿Habéis dicho *dux*? —lo interrumpió Gosuinda.

—Sí, mi señora. ¿Acaso no lo sabíais? Ha sido nombrado tras la toma de Olissipo. Es lo menos que se merece, después de darles por el culo a esos malnacidos.

Enseguida el tipo reparó en que quizá no se expresaba en el lenguaje más indicado para tratar con la esposa del más importante de los suyos en el sur de la península, y se deshizo en avergonzadas excusas.

—Disculpadme por mis comentarios, señora. Soy más soldado que cortesano.

Sonreí abiertamente al imaginarme al terriblemente feo godo vestido con sedas y perfumado con afeites.

—No os preocupéis, capitán —repuso la mujer, de buen talante—. Antes al contrario, os agradezco que me hayáis dado tan buenas noticias. —Me miró, sonriente. Al parecer, los suevos que habían atacado su comitiva estaban mejor informados que ella misma, de ahí la confusión inicial—. Ahora, si nos permitís, estamos cansados tras tan largo viaje, y debemos partir mañana antes del alba, si queremos llegar a Emerita cuanto antes.

—Por supuesto, señora. ¿Necesitaréis de una escolta adicional?

La mujer miró en nuestra dirección y sonrió a Afrila, antes de responderle al nervioso capitán.

—No es necesario, señor. No podríamos estar mejor protegidas.

Al atardecer del segundo día, como bien había previsto Gosuinda, distinguimos a lo lejos la imponente figura de las murallas de Emerita. Permanecimos un instante en silencio, inmóviles

sobre nuestras monturas, contemplando como el sol se recortaba tras las murallas y hacía reverberar las tranquilas aguas del Anas. A la izquierda, tendido sobre el río, destacaba la figura del antiguo puente construido por los romanos, y a la derecha de las murallas se observaba el contorno de uno de los dos antiguos acueductos que desembocaban en la urbe.

—Entonces, Attax, ¿es este tu hogar? —preguntó Sunna a mi lado mientras acariciaba el suave cabello de Gelimer, a horcajadas sobre su caballo delante de ella.

—Mi hogar está donde estéis vosotros, pero sí, aquí fue donde nací.

Reanudamos el paso a ritmo vivo, ansiosos por cubrir las pocas millas que nos separaban de nuestro destino. A medio camino nos topamos con una pequeña patrulla formada por una decena de hombres a caballo, vestidos como guerreros, pero con sus armas y escudos colgando de las sillas de sus monturas. El mensajero de Norba había cumplido con su tarea, y nos esperaban para acompañarnos hasta la ciudad. Unimos nuestros pasos a los de la nueva escolta, y pocos instantes después atravesamos las murallas, aminorando el ritmo para no entorpecer a aquellos que deambulaban en los alrededores del portón. Aquellos muros eran imponentes, pero, al igual que trece años antes, cuando Salla los examinara con ojo crítico durante su convalecencia, les hacía falta una buena rehabilitación.

Recorrimos la ancha avenida que formaba el antiguo *cardo maximo*. Mis ojos iban buscando en cada calle, plaza o rincón detalles familiares. Nada parecía haber cambiado mucho desde nuestra última visita. A medida que avanzábamos, las gentes, hispanos en su mayoría, se apartaban a nuestro paso. Aquí y allá se veían también numerosos godos, algunos con atuendos civiles, otros con ropas militares, que caminaban tranquilamente entre la multitud, aunque se mezclaban poco con los hispanos.

Dejamos atrás el antiguo foro, atestado de gente, y continuamos hacia la izquierda, lo que me resultó sorprendente, porque aunque no sabía cuál era el lugar donde Salla habría establecido su cuartel general, imaginaba que sería en la fortaleza, junto a la antigua muralla. Llevé mi caballo hacia el de Marco y le transmití mis dudas en voz baja, lo que hizo que enseguida él hiciera lo propio con Erelieva, que preguntó sin ningún pudor al hombre que se encontraba delante de ella.

—¿A dónde nos conducís, señor?

El guerrero no percibió la voz de la mujer en un primer momento, pero ella, frunciendo el entrecejo, se lo repitió más alto. El hombre se giró hacia nosotros.

—Disculpad, mi señora, el lugarteniente del *dux* quería veros según traspasarais las murallas. Imaginaba que llegaríais más tarde, así que aún debe de encontrarse reunido con el señor obispo, en el palacio de este. Hacia allí es hacia donde vamos.

Al escuchar las palabras del soldado, deseé que Salla hubiera seleccionado a un buen comandante para suplirlo durante su ausencia de la ciudad. Alguien en quien pudiera depositar su confianza, pues estando en un escalafón tan alto del poder toda precaución es poca. El muchacho siempre había destacado en los complejos entresijos de la diplomacia, pero la situación no debía de ser sencilla; apostaba a que las autoridades eclesiásticas no verían en él más que otro salvaje y rudo hereje llegado desde el norte para intentar domeñarlos... Capturar Olissipo podía haber resultado sencillo en comparación con lo que podía suponer interpretar el delicado juego de poderes en una gran ciudad como aquella.

Proseguimos hasta llegar a la amplia calle que desembocaba en el antiguo palacio del obispo, que tan bien conocíamos de nuestra anterior estancia en la ciudad. Allí habíamos acudido día tras día a visitar a los entonces convalecientes Salla y Marco, y allí se habían conocido Vera e Issa. La muchacha, que no debía de guardar precisamente buenos recuerdos de su vida en la ciudad

como esclava de un viejo y acaudalado comerciante suevo, miraba hacia todos lados con los ojos muy abiertos y una expresión de tensa inseguridad, mientras Issa se esforzaba en calmarla e infundirle ánimos. Al llegar frente al palacio examiné con cuidado la guarnecida puerta, tratando de distinguir las marcas que habían dejado las flechas lanzadas por el enemigo el día en que el ejército de Teodorico liberaba la ciudad mientras nosotros nos encargábamos de proteger a la curia. Me había parecido encontrar la primera de aquellas señales cuando se abrió una de las hojas del enorme portalón. Por ella salieron dos soldados, desarmados, pero fácilmente reconocibles como miembros de la guardia por las largas capas que vestían, pese al calor que apretaba ya en la ciudad. Tras ellos aparecieron dos hombres charlando animadamente, que tan solo repararon en nosotros cuando ya se encontraban en la misma calle. Uno vestía como un monje, con ropajes oscuros, e iba tonsurado, y el otro lucía el atuendo propio de un guerrero, pero sin más arma que una larga *spatha* al costado. Al instante, Gosuinda y Erelieva bajaron de los caballos y se acercaron a la entrada del edificio mientras la escolta se apartaba respetuosamente. Nosotros también pusimos pie a tierra, pero nos quedamos en un discreto segundo plano.

—¡Señoras, bienvenidas a casa! —escuchamos que decía una alegre y familiar voz.

—Gracias por tan cálida bienvenida, Wulfila. Me alegro de que vuestra diestra espada y vuestra aún más afilada lengua sirvan todavía a mi marido —respondió Gosuinda, sonriente.

Entonces me adelanté e hice a un lado a uno de los guardas, que me miró con cara de pocos amigos, a la vez que Marco me seguía sin dar crédito a lo que había oído. Cuando dejamos atrás al resto de los hombres y nos quedamos frente a las mujeres y a los recién llegados, Afrila me puso su gran brazo delante para que no interrumpiera a sus señoras. Pero ya no hacía falta: Wulf había reparado en nosotros y se acercó rápidamente a nuestro encuentro, aunque antes de saludarnos prosiguió con las presentaciones formales, dedicándonos al continuar una sonrisa cómplice:

—Mis señoras, os presento a Zenón, ilustre obispo de la ciudad, y uno de los hombres más sabios y pacientes que conozco.

Cuando llevábamos pocos días en Emerita, el *dux* Salla, el hombre más influyente en aquel momento en la antigua Lusitania, hizo su entrada triunfal en la ciudad augusta. Su llegada fue anunciada por emisarios que habían recorrido las últimas millas al galope, sabedores de que la esposa de su comandante ya se encontraba aguardándolo. La serie de pequeñas guarniciones establecidas por Salla en las ciudades más importantes entre Olissipo y Emerita, que contaban con mensajeros y monturas de refresco, demostró ser una forma eficaz de transmitir cualquier información de interés en el menor tiempo posible.

Ese caluroso día de verano, mientras yo contaba con detalle a quien quisiera escucharme cómo los grandes terratenientes de la comarca obtenían el preciado aceite de los olivos de los alrededores, esperábamos a nuestro amigo sobre la castigada muralla de la ciudad. Este apareció poco antes del atardecer, al mando de setecientos guerreros —algo más de un centenar de ellos a caballo, y el resto a pie—, elevando hacia el cielo grandes nubes de polvo del reseco camino. Desde unas pocas horas antes, Wulfila y las escasas tropas que habían quedado en la ciudad en ausencia del *dux*, estaban apostados en las murallas, a ambos lados del puente, y en el camino intramuros que llevaría a su señor hasta el foro, donde sería recibido por el clero y los principales

de la urbe.

Los primeros en cruzar el río fueron los caballeros. No me cabía duda de que, tras su contundente victoria en el oeste, el nuevo *dux* quería impresionar a las autoridades de la ciudad, porque pese al calor y al largo trayecto desde la lejana costa, todos ellos vestían su panoplia completa. Además, aquellos yelmos y armaduras de escamas relucían intensamente aunque el sol ya se encontraba en su declive, libres del polvo del camino. Algo me decía que a pocas millas de distancia el ejército había sacado la piedra de amolar y los trapos untados en grasa o vinagre, para lucir con orgullo sus mejores galas al llegar a los pies de la ciudad. Y vaya si lo lograron.

Reconozco que siempre había tendido a menospreciar a cualquier jinete que no perteneciera a mi pueblo. Si hubiera visto en combate alguna vez a los hunos o a los sármatas, atendiendo a su fama quizá hubiera tenido que cambiar de opinión, pero mi experiencia me dictaba que podía seguir vanagloriándome de que no existía sobre esta tierra jinete que pudiera compararse con un alano. Había luchado contra hispanos a caballo, contra suevos, contra godos y, cómo no, contra las mismas tropas imperiales y sus distintos federados, y ninguno de ellos había resistido la carga de los hombres que formaban a mi lado. Pero allí, desde la muralla, con mi pierna izquierda sobre la desgastada piedra, asomándome lo máximo posible para distinguir por fin a nuestro amigo, tuve que reconocer que aquellos hombres infundían respeto.

—Su guardia personal —dijo Wulfila a mi lado, adivinando mis pensamientos.

—¿Y tú? ¿Acaso ya estás demasiado mayor para formar parte de ella? —le pregunté, buscando sacarlo de quicio.

—Yo ahora soy su lugarteniente. Es el mejor puesto que jamás habría imaginado: puedo tirarme a casi cualquier mujer que quiera, y no tengo que pasarme las noches en vela sacando las pesadas cuentas de cuántos *modius* de trigo necesitan esos caballos glotones.

Asentí ante sus sabias palabras. Siempre me había caído bien Wulf.

—¿Luchan de verdad como caballería pesada? ¿O se conforman con posar para que el enemigo vea su bonita estampa y se desmoralice?

—Caballería pesada, y la mejor que he visto. Son como una lanza que va directa hacia el corazón del enemigo. Con Salla al frente, serían capaces de acabar con cualquiera que se les pusiera por delante.

—Mujerzuelas a caballo —apuntilló Afrila, haciendo una mueca de desprecio.

—Se dice que los antiguos sármatas luchaban cubiertos de hierro de los pies a la cabeza. Quizá podrías encontrar un caballo que cargue con tu peso, Afrila... —dije yo al descomunal hijo de Ibbas.

—¿Para qué necesito cuatro patas endebles, teniendo un par de piernas como estas? —dijo el godo retirándose el faldón de cuero y dejando al aire los macizos muslos.

—Tus hermanos, por ejemplo —puntualizó Wulfila, sonriente.

—¿Hay más hijos de Ibbas en el ejército? —pregunté yo, que ni siquiera me lo había planteado.

—Ruderig y Ulfilas, pero ellos han salido a madre; yo, en cambio sigo manteniendo la grácil figura de padre —respondió el enorme godo, con una irónica sonrisa en los labios.

—Veo que tu padre no perdía el tiempo cuando pasaba por Burdigala.

—En eso sí hemos salido todos a él —afirmó con orgullo.

Admiramos cómo aquellos hombres uniformados —los únicos del ejército cuyos ropajes y armaduras mantenían cierta similitud— trotaban arrogantemente sobre el puente, tomando posiciones hasta que los soldados de a pie llegaran a su altura, sin quitar ojo de los que nos

movíamos por las murallas. Y yo me divertía intentando adivinar cuáles de aquellos guerreros serían los otros dos hijos de mi apreciado Ibbas. Tras ellos comenzaron a pasar los infantes, que como en casi todos los pueblos guerreros, formaban el grueso del ejército. En las ocasiones en que había luchado hombro con hombro con Salla, este siempre había guerreado a pie, y eso me había hecho pensar que el godo despreciaba a la caballería, pero ese día descubrí que no era cierto. Había preferido luchar a pie solo cuando no se habían dado las condiciones adecuadas para lo contrario, además, el entonces joven hijo de Akhila no podía disponer de las tropas a su antojo, como sucedía ese día tantos años después.

Mientras miraba cómo la infantería, armada con sus escudos y lanzas y sus espadas al costado, avanzaba por el puente, un pequeño destacamento a caballo avivó el paso desde las últimas filas de la columna hasta la vanguardia, haciendo que los infantes se apartaran a su paso para que los jinetes ganaran la otra orilla a la carrera.

—Ahí está Ulfilas —exclamó Afrila, señalando con su manaza al pequeño grupo de jinetes que acababa de entrar en nuestro campo de visión.

Agucé la vista y reparé en aquellos siete guerreros a caballo que acababan de recorrer el puente, y que en ese instante habían refrenado a sus monturas para echar un vistazo a los hombres que faltaban por cruzar el Anas. Todos ellos vestían ropajes similares a los de la primera formación de jinetes que me había impresionado, pero entonces vi que uno de aquellos lucía aún más señorial. No podía ser otro más que el comandante de aquellas tropas. En lo primero que reparé fue en el enorme semental negro que ya me había fascinado cuando nos habíamos reencontrado dos años atrás, que incluso entre las monturas de sus hombres destacaba por su alta cruz y su descomunal musculatura. Pensé divertido en que ese caballo sí que sería capaz de cargar al mismo Afrila vestido con cota de malla de pies a cabeza. Además, Salla era el único de los suyos que no llevaba yelmo. Con su largo cabello rubio meciéndose a la suave brisa del estío y su barba cuidadosamente recortada, parecía más un comedido estratego romano que un salvaje señor godo. Pero con semejantes hombres tras él, estaba claro que cualquiera que lo juzgara de aquella forma pagaría caro tal error.

Salla cruzó unas palabras con el hijo de Ibbas, indicándole el portón abierto con su mano enguantada. El muchacho asintió y giró su montura para dirigirse al interior de la muralla, pero antes alzó la mirada hacia el muro, donde reconoció la figura de su hermano, al que saludó con un gesto. Viendo también a Wulfila a su lado, se volvió de nuevo hacia Salla, que dirigió sus ojos hacia donde nos encontrábamos. Salla levantó la mano en señal de saludo a su lugarteniente y sus hombres, pero entonces debió de distinguir la enorme figura de este cansado pero feliz alano en el grupo, y la de un emocionado Marco a mi lado. Imaginé su expresión de sorpresa desde la distancia, y me contenté con corresponderle con un torpe remedo de reverencia.

Wulf me apretó el brazo para llamar mi atención.

—Es el momento de regresar al foro, Attax. El *dux* querrá encontrarnos allí con su esposa y las autoridades, incluyendo a los más famosos guerreros de Aunonia —dijo, y guiñó un ojo, sonriente.

Tuve que luchar para que no recorrieran mis ajadas mejillas sendas lágrimas de puro gozo, y levanté mi diestra hacia el cielo para corresponder al saludo de Salla, *dux* de la Lusitania. El *dux* del fin del mundo.

Epílogo

Julio del año 483
Murallas de Emerita Augusta

Os preguntaréis cómo un carcamal como yo, con setenta años sobre sus encorvadas espaldas, ha llegado con vida hasta este punto de la historia. Si estas líneas que Marco ha escrito con su primorosa caligrafía durante estos últimos años llegan a estar frente a otros ojos, aquel que tenga la voluntad y la paciencia necesarias para leerlas pensará que mi temperamento y mi forma de enfrentarme a cada encrucijada que me ha planteado el destino me llevarán hoy a hablar del acero en primer lugar. Sin embargo, en esta ocasión está más en mi ánimo hablar del amor, pues desde aquel caluroso día del verano del año 470 ha sido este el pilar fundamental de mi vida. Pueden parecer palabras vanas en labios de un anciano senil, pero en este momento no habla mi boca, sino mi corazón.

Con el tiempo he aprendido a valorar por encima de cualquier otra cosa el aprecio de todos los que me han rodeado, no solo los que ahora se encuentran a mi lado soportando a este anciano gruñón, sino todos aquellos que me han acompañado en el devenir de mis días. La lista, que hace muchos años se habría limitado a tantos nombres como dedos tiene una mano —probablemente mi siniestra, que tan solo conserva cuatro enteros—, hoy en día ha crecido de tal manera que ni tan siquiera puedo enumerarlos a todos sin temor a olvidar a alguno. Hispanos como Marco, su padre Quinto, Galieno, o Lucio; vándalos como Anderico, Gelimer, Sunna o Visumar; godos como Salla, Ibbas o Akhila; y el britano Issa, siempre a mi lado. También alanos, por supuesto: mis padres, Faribán, Akkal... Que estas, mis últimas palabras, sirvan de recuerdo para todos ellos. Palabras que serán transcritas en la lengua de Roma, nuestro enemigo, en honor a la memoria de todos aquellos a los que les ha tocado vivir en esta bendita tierra durante estos años tan amargos, pero a la vez dichosos.

Las crónicas cuentan que el mismo día en que mi pueblo fue abatido en el campo de batalla como un osado jabalí, para no recuperarse jamás, el cielo se ensombreció cuando el sol se encontraba en el cenit, ante el asombro de hombres, mujeres y bestias. Ese día, en el que el mismo sol se entristeció por la muerte de tantos valientes, nació Attax, el alano. El guerrero que no temía a nada ni a nadie, que luchaba solo y se reía de la muerte, aquel que se vanagloriaba de que nada lo ataba a esta tierra más que su orgullo. Hoy, de ese guerrero solo quedan unos huesos doloridos, la afilada *spatha* que hoy adorna mi casa y el recuerdo glorioso del pasado. Mi acero ya no me hace falta, como tampoco aquella coraza que durante años me revistió, protegiéndome mejor que mi preciada cota de mallas, la que arrebaté al vil Segga.

Durante estos últimos años no he sido otra cosa que yo mismo, nacido en Emerita Augusta seis años más tarde de que mi pueblo penetrara en Hispania y, si los dioses así lo disponen, muerto en la misma ciudad más de sesenta años después de la caída de los míos.

No querría extenderme en demasía. Mi mente ya no es la de antaño, y los fantasmas de mis queridos compañeros me rondan estos días con insistencia, reclamando que cruce al otro lado

para gozar al fin de mi compañía, tantos años anhelada. Esperad un poco más, les digo: aún es necesario que estos cansados ojos vean una cosa más antes de partir.

Pero ocupémonos también de los vivos, pues no me gustaría concluir este relato sin hacer referencia a lo que estos años han traído a aquellos que me rodean.

Desde nuestra llegada a Emerita, hace hoy ya trece años, hemos vivido en paz y en relativa tranquilidad. Aunque parezca mentira, no he vuelto a vestir mi armadura. Y lo que resulta más sorprendente incluso, no la he echado de menos ni un solo día. No es que en estos años se haya obrado el milagro de que los rigores de la guerra hayan dejado de azotar la antigua Hispania, ni mucho menos, pero en la Lusitania, amparados en el empuje de Salla y los suyos, no hemos tenido que ver ejércitos ante las murallas, ni fuego en nuestras aldeas. El *dux* de Lusitania ha tenido que comparecer en el campo de batalla cuantas veces ha sido necesario, unas al sur de nuestras tierras, otras tantas al oeste, e incluso algunas hacia oriente, y siempre ha regresado victorioso. Podéis pensar que ya no quedan rivales dignos de ese nombre desde que los suevos mantienen su palabra y no se han movido del norte, pero os equivocáis, porque un nuevo orden trata de establecerse sobre los humeantes escombros de las antiguas provincias. Sin embargo, nosotros, dentro de las murallas de la ciudad augusta y en todo su extenso territorio, nos hemos sentido a salvo.

En más de una ocasión temí que Eurico, el poderoso rey godo de más allá de nuestras fronteras, reclamara a su amigo hacia el norte o hacia otro lugar de Hispania, pero, por fortuna, esto no fue así. Las noticias que nos llegaban hablaban de que el belicoso monarca no permanecía precisamente de brazos cruzados en su trono del norte. Consciente de que del otrora incontestable poderío romano no se conservaban ya más que débiles ascuas y de que los antes inexpugnables muros se habían convertido en muchos lugares en meras carcasas que aprisionaban ciudades en decadencia, decidió enviar a sus ejércitos a tomar la única provincia hispana que seguía todavía bajo la égida del emperador, y llevó la guerra hacia el corazón de la misma Tarraconensis. Caesaraugusta, Pompaelo, Tarraco... Todas y cada una de ellas vieron desde sus murallas como los lugartenientes de Eurico ponían sitio a sus antiguos muros y como, con el tiempo, estos cedían bajo su empuje.

Durante todos esos años, Salla ha continuado siendo el *dux* del oeste y ha mantenido sus dominios con mano firme, para regocijo de su rey. Prácticamente una vez por año ha recorrido el camino que separa Emerita de Olissipo para hacer entender a los suevos que no ha olvidado esas tierras y que su gobierno allí no es meramente nominal. Además, aunque en escasas ocasiones, las oscuras capas de su guardia se han dejado ver en los campos de batalla de otras regiones de la diócesis, la mayoría de las veces para apoyar a las columnas enviadas por su señor hacia la Baetica o hacia la Carthaginense, aunque también tuvieron que hacer frente a un intento de invasión por parte de los *mauri*, que amenazaban desde el estrecho el sur de la Baetica y de la propia Lusitania.

Recuerdo especialmente aquella campaña, pues fue la primera vez que no solo tuve que temer por Salla, Marco o Issa, sino también por sus hijos. El joven Akhila, con dieciséis años recién cumplidos, compartió campo de batalla con su padre. Después de haber presenciado como el *comes* Akhila se desvivía por su temerario hijo en ese mismo lugar más de veinte años atrás, me resultaba emotivo ver que la historia se repetía una generación más tarde. Pero, como he dicho, el tiempo pasa para todos, y no solo al joven godo le llegó el momento de tomar las armas, sino que Gelimer y Culchw, amigos fieles del muchacho durante su infancia y adolescencia, decidieron que debían unirse a él en aquella nueva aventura, ante el desconsuelo de sus madres. Los

muchachos, viendo que tanto Marco como Issa se resistían a abogar en su favor, recurrieron por último a mí, convencidos de que les entendería, ya que según dijeron había hecho lo que me había venido en gana durante toda mi vida. Lo cierto es que no andaban del todo errados. Al final, las mil historias que les había narrado se volvieron en mi contra, pero, y que los dioses me perdonen, no podía defraudarles. Mi intercesión por ellos me costó caras largas y reproches por parte de Vera y de Sunna, pero al cabo los granujas se salieron con la suya y partieron a la guerra junto al temido y victorioso ejército del *dux* de la Lusitania.

Estaba tranquilo en parte, porque Salla es, probablemente, el comandante más capaz que haya conocido, y por si eso fuera poco, Marco comandaría las tropas de a pie conjuntamente con el eficaz Afrila. Nada podía salir mal. Culchw, que compartía con su padre —y conmigo— la pasión por los caballos, había encontrado acomodo en la prestigiosa caballería del *dux*. Aunque no lucharía como acostumbraban esos hombres, arremetiendo contra el enemigo con el viento azotando sus oscuras capas a la espalda, sino que, dada su bisoñez, actuaría como escudero de Ulfilas, el segundo hijo de Ibbas. En cuanto a Gelimer, a pesar de que traté por todos los medios de persuadir a Marco de que lo tomara bajo su protección, el hispano me convenció de que nadie mejor que Afrila para templar al joven a fuego, como yo había logrado hacer con él años atrás. Así, pese a mi resistencia inicial, fue el hijo mayor de Ibbas el que se encargaría de su instrucción, y lo convertiría en un temible guerrero de infantería.

El día que supe que eso ocurriría saqué del pesado baúl de madera de roble la magnífica armadura que había conservado hasta entonces. Se encontraba en perfecto estado, porque cada atardecer, sin permitirme faltar siquiera un día, había bajado hasta donde la guardaba con un pellejo de vino en una mano y otro de vinagre y una bolsa de arena en la otra, para sacar brillo al precioso metal y evitar que la herrumbre lo corrompiera. Sabía que algún día aquella misma cota que tantas veces me había protegido mientras segaba la vida de mis enemigos volvería a verse en un campo de batalla, aunque ya no fuera yo quien la portara.

Mientras ayudaba al joven Gelimer a vestir la armadura por primera vez y contemplaba sonriente como la expresión del rostro del joven reflejaba el gozo de quien posee algo largamente anhelado, tan solo lamenté una cosa. Y esta era que Gelimer lucharía a pie y no a caballo, como yo siempre traté de inculcarle. Había sido Marco el que se había encargado de instruir a los muchachos en el uso de las espadas, y él siempre había sido un guerrero de a pie; y aunque a veces me costara recordarlo, Gelimer era un vándalo de sangre pura, y el suyo siempre había sido un pueblo de infantería.

Por fortuna para las tropas de Salla —y para mí mismo, pues mi intercesión me ponía en riesgo ante sus madres—, la victoria fue total, y las indisciplinadas y oportunistas tropas *mauri* corrieron hacia el otro lado del estrecho para esconderse de nuevo en sus cuevas con el aliento de los godos en el cogote. Para nada esperaban una resistencia como la que encontraron, sino una rápida y exitosa serie de saqueos, con los que regresar a sus casas allende el mar provistos de oro, ganado y mujeres; en cambio, pronto comprobaron que en esos tiempos había un señor en aquellas tierras dispuesto a hacer frente a cualquier intento de invasión. Pocos días después de que conociéramos el desenlace del encuentro, el ejército, con su comandante al frente, volvió a aparecer ante las murallas, y con él regresaron a casa nuestros valientes jóvenes.

A mi edad apenas soy capaz de seguir el orden lógico de los acontecimientos, así que tendréis que disculpar este salto en la narración. Debería haber hablado en primer lugar de la esposa de Salla, pero me perdí entre el brillo del acero y el rugir de los cuernos.

Durante estos años, la tenaz Gosuinda ha permanecido en la misma ciudad a la que arribamos

aquel cálido día de verano del año 470. Tras haberse ocupado de dirigir con mano firme la hacienda que poseía en el norte desde que, siendo ella muy joven, falleciera su padre, estaba perfectamente capacitada no solo para ocuparse de su propia casa —una enorme *domus* cercana a la residencia del obispo, cuya vetusta y señorial dignidad la hacía apropiada para el puesto que ocupaba su esposo—, sino también para supervisar los asuntos relativos a la intendencia del ejército y la ciudad. Incluso cuando Salla se encontraba fuera, Gosuinda actuaba como un miembro más del consejo que asesoraba a Wulfila en los detalles de la gestión de la urbe. Aunque habitualmente hablaba con mesura y sensatez, en un principio a la mayoría de los potentados de la ciudad les costó comenzar a tomar en serio las opiniones de una mujer, y su actitud con ella se movía entre el ninguneo y la condescendencia. Yo mismo tuve que acompañar a alguno de ellos a dar un instructivo paseo por las empedradas calles para tratar amablemente de imbuirle cierto respeto por la esposa del *dux* y por la experiencia que esta atesoraba. Reconozco que fue divertido además de efectivo, y, por suerte para mí, ninguno de ellos se atrevió a elevar una queja formal por lo sucedido.

Nuestro viejo amigo Zenón se ha erigido en otro de los pilares fundamentales de la comunidad. El otrora torpe diácono se ha convertido, con el paso de los años, en el adalid de los suyos, aglutinando tras de sí no solo al clero, sino también a los seglares: artesanos, comerciantes, los campesinos de los alrededores y, cosa más difícil todavía, los enviados de las antiguas y nobles casas que aún permanecen en la región. Parece mentira el poder que pueden llegar a detentar los representantes de la iglesia entre los suyos.

Aunque sigo sin creerme nada de lo que dice hasta que puedo comprobarlo con mis propios ojos, pues me parece que mantiene intacta su tendencia a la manipulación, sí que debo reconocer que ha demostrado ser un hombre honrado —a grandes rasgos— y leal para con los suyos. Al contrario de lo que he visto en otros lugares, Zenón no se ha dejado corromper por el egoísmo y el ansia de riquezas, lo que lo hace diferente a la mayoría de los eclesiásticos que he conocido. También posee otra virtud poco común entre los suyos, que es la de mantener la flexibilidad necesaria para no descartar de primeras cualquier sugerencia que provenga de un hereje, bien arriano, bien pagano. A veces me pregunto qué habría sucedido si los intereses del cabecilla godo y los del obispo hispano no hubieran sido los mismos, pero, por fortuna, los dos han remado siempre en la misma dirección, logrando mantener entre ambos el más largo periodo de paz que recuerdan estas agotadas tierras. Si alguien se pregunta qué fue de la niña mártir santa Eulalia, o mejor dicho de su personalización en la tierra, le diré que continúa sirviendo en la casa del señor obispo, aunque ahora, con cuatro rollizos críos traídos al mundo, tendría muy difícil hacerse pasar por aquella espectral pero hermosa visión.

Con respecto a nosotros, quizá os preguntéis cómo nos hemos ganado la vida desde entonces, y no os falta razón al tenerlo presente. Aunque muchos os riáis, lo que mejor se nos daba —aparte de hacer rodar cabezas, como me diría Sunna— era regentar una *caupona*, y a eso es a lo que nos hemos dedicado. La idea me asaltó cuando un día, al poco de llegar a la ciudad, paseaba con Sunna enseñándole lo que la gran urbe ofrecía a un recién llegado. En los alrededores de la muralla, cuando pasamos junto al antiguo local de Lucrecia, me apenó ver los postigos atrancados y comprobar el evidente estado de abandono del antes siempre concurrido lugar, y comencé a relatarle a la vándala las veces que habíamos frecuentado la alegre taberna y lo felices que habíamos hecho a Lucrecia y a sus chicas gastándonos allí gran parte del botín de la campaña. Recuerdo que ella rio, echándome en cara mi tan cacareada promesa de fidelidad, por la que siempre me había quejado, pero en mi defensa argüí —no sin razón— que pese a las

múltiples tentaciones que ofrecía aquel lugar siempre me había mantenido al margen de todo aquello que no fuera un buen vino y algo de comer o, en su defecto, una amena conversación, muchas veces compartida con Issa. El britano, que solo tenía ojos para Vera, guardaba cada moneda con la metódica voluntad del que nunca ha poseído nada, dispuesto a ahorrar lo suficiente para poder ofrecerle un buen futuro. No se podía decir lo mismo de los demás, pensé, entristecido por el recuerdo del jovial Galieno.

Por medio de las adecuadas averiguaciones, llegué a descubrir el motivo por el que el local permanecía cerrado. Lucrecia, cansada de la constante inestabilidad reinante en la ciudad, siempre blanco de la codicia de cualquier ejército que pisara Hispania, había partido hacia el sur poco tiempo después de la llegada de los godos de Salla. Al marcharse había cedido la propiedad del local a la iglesia a cambio de contactos, recomendaciones y una cantidad de dinero que no pude sonsacarle a nadie a cuánto ascendió. No me costó mucho convencer al bueno de Zenón para que nos lo arrendara por un módico precio, para ponerlo de nuevo en funcionamiento. En un primer momento me dijo muy serio que su dios no estaría feliz de que aquello volviera a ser un lugar donde la moral disoluta y el libertinaje prevalecieran sobre la disciplina cristiana, como pasaba antaño. Le sonreí abiertamente y le recordé que tan a disgusto no debía de estar, cuando una de las empleadas había encontrado acomodo en una casa tan distinguida como la suya. Gracias a aquel argumento, y a que Sunna era una férrea partidaria de su fe y le pareció de fiar, no solo consintió sino que el precio del alquiler bajó sensiblemente. Aunque Marco siempre ha sostenido que es Salla el que sigue pagando en secreto la diferencia al señor obispo.

En un primer momento, al establecernos en la ciudad, todos compartimos hogar en uno de los antiguos palacetes abandonados de la zona del anfiteatro, que tardamos cierto tiempo en adecentar, pero que llegó a recobrar parte de su antiguo esplendor. La situación me recordaba a nuestros comienzos en Lucus Augusti, salvando las distancias, porque en esta ocasión disponíamos de estancias de sobra para todos. Dos años después de nuestra llegada, Issa y Vera se hicieron con una casa propia situada en los alrededores del foro, y no tardaron en aumentar la familia: la hispana alumbró a dos preciosas mellizas, una de ellas castaña y risueña, y la otra morena y de ojos solemnes del color de la miel, que desde que aprendió a caminar no se separa de su padre y que estoy seguro de que llegará a ser tan buena cazadora como él.

Marco permaneció junto a nosotros un año más. Su historia es quizá la parte más controvertida de lo que me resta por relatar. Desde nuestra llegada, Salla confió en él para consultarle todas las decisiones importantes, y Marco le correspondió volcándose de lleno en cada delicada tarea que se le encomendaba. A pesar del excelente papel desempeñado, la decisión del *dux* de conceder su favor a un hispano les trajo a ambos no pocos quebraderos de cabeza: los nobles godos de su comitiva no entendieron que un recién llegado pudiera merecer semejante privilegio, que ellos no recibían, y mucho menos un hispano, al que consideraban inferior a todas luces. Fue necesaria toda la perseverancia de Salla, la diplomacia de Marco y el apoyo de Wulfila para que las quejas no llegaran a más. Sorprendentemente, los hispanos de la ciudad no se tomaron mejor el relevante papel que Salla otorgaba a Marco. En lugar de valorar que el nuevo señor de Emerita confiara en un hispanorromano para los asuntos militares de la ciudad, lamentaron profundamente que dicha responsabilidad hubiera recaído en un «salvaje» del norte, proveniente nada más y nada menos que de la brumosa Gallaecia. De poco sirvió aclararles que era natural de Conimbriga, que había formado parte de la misma Lusitania. En este caso, fue Zenón el encargado de lidiar con los airados cabecillas hasta acallar las voces disonantes, convenciéndolos por medio de la lisonja, el oro o las amenazas veladas, armas las tres que manejaba con destreza.

Por fortuna, el obispo, que tenía la certeza de que Marco era el candidato adecuado, pues le permitía no tener que decantarse por uno de los demás y ofender irremediablemente al resto, le prestó su apoyo incondicional. Estoy seguro de que de haber sido de otra manera hubiera sido capaz de dar cualquier excusa para no pronunciarse, ni aunque se lo pidiera su aliado el *dux*.

Así, Marco se fue afianzando como consejero personal del *dux*, junto con el propio Zenón, Wulfila y unos cuantos cabecillas tanto godos como hispanos. En él recayó el mando de las tropas acantonadas en la ciudad, bajo las órdenes directas de Wulfila. Fue gracias a ese nombramiento y a la actitud abierta de Salla por lo que años más tarde Gelimer y Culchw pudieron enrolarse en el ejército, porque nunca estuvo bien visto que los extranjeros formaran parte de los ejércitos godos, e incluso que se relacionaran con ellos.

Pero esta no fue la última ni la principal ocasión en la que Salla tuvo que tener manga ancha en cuanto a las restricciones habituales de convivencia. Y fue de nuevo un azorado Marco el que lo puso en un compromiso. Ante la sorpresa de todos, él y Erelieva habían decidido casarse. Cuando yo ya daba tristemente por perdida mi causa con Marco respecto a la posibilidad de que, a los treinta y cuatro años, sentara la cabeza junto a una buena mujer y Salla comenzaba a desesperar por las continuas negativas de su hermana pequeña a contraer matrimonio con cualquiera de los pretendientes que la rondaban con insistencia, nos confesaron al fin que las airadas riñas con las que había empezado su relación habían ido dejando paso con el tiempo a sentimientos más cálidos, que llevaban ya algún tiempo compartiendo a escondidas de los demás. Mi cara cuando Sunna me lo contó —pues Erelieva había acudido a ella y a Gosuinda para pedirles consejo sobre la forma de abordar a su hermano— debió de reflejar mi absoluto desconcierto. Aquella tarde, al reunirme con Marco, continuaba tan anonadado que apenas fui capaz de reírme de él como la situación merecía. Casi mejor, porque él estaba realmente preocupado por volver a colocar a Salla en una tesitura tal que si accedía, tendría que enfrentarse a la firme desaprobación de los principales godos, y si se negaba, perdería de golpe a su mejor amigo y a su hermana preferida, dispuestos a marcharse juntos en caso necesario, lo que también lo dejaría en evidencia ante los que lo habían criticado al distinguir a Marco entre los demás. Ante su negativa inicial, la rabieta de Erelieva alcanzó cotas impresionantes, y podría jurar que nunca había visto a Marco tan disgustado. Luego, cuando Salla comprobó que la pareja iba en serio y Gosuinda se ocupó de recordarle que ellos también habían desafiado a sus familias al prometerse cuando él era poco mejor que un proscrito y ella una terrateniente sin importancia alguna al sur de sus tierras, terminó por ceder, y todos volvimos a respirar tranquilos. Es curioso que, después de haberse encontrado frente a frente en el campo de batalla, al final lo único capaz de amenazar realmente la amistad entre Salla y Marco fuera el amor de una mujer. Valga como ejemplo de que los sentimientos muchas veces son más importantes —e incluso más peligrosos — que un centenar de buenas espadas.

De ese feliz matrimonio han nacido ya tres críos, hermosos y sanos. Goswintha, una niña tímida y rubia siempre pegada a las faldas de su madre; el pequeño Quinto, fiel reflejo de su padre cuando lo conocí; y Alarico, un apuesto principito al que no puedo evitar comparar con su tío. Finalmente, la única condición que puso Salla a su unión fue precisamente que los hijos fruto de esta fueran educados a la manera de los godos, y para ello no solo bastaba con que crecieran entre los suyos y aprendieran sus costumbres, sino que también debían poseer nombres que los identificaran con el pueblo de su madre. Aunque incluso en ese punto Salla tuvo que ceder en parte, para que Marco pudiera homenajear a su padre dando su nombre a su primer hijo varón.

Después de todo esto, ¿qué más puedo decir? Quizá solo que he sido feliz y que doy por bueno

cada uno de los años de mi vida, si este ha sido mi premio final. Sunna ha sido la mujer de mi vida, y Gelimer, el hijo del que nunca pude disfrutar. Por desgracia, dada la edad de ambos no nos fue posible engendrar hijos propios, pero yo siempre quise a Gelimer como si llevara mi sangre, y así lo recordaré el día en que me despida de este mundo.

Sin embargo, no lo voy a negar: a veces, en lo más profundo del invierno, cuando la niebla regresa a las ajadas murallas y contemplo como asciende hasta nosotros desde la superficie del Anas, recuerdo a Remismund, mi hijo. Rezo por él, para que el destino le conceda una larga vida y le permita tener vástagos sanos y fuertes que mantengan su estirpe y la mía. También pido a los dioses que nunca cometa la temeridad de descender hacia el sur al mando de un ejército, porque Salla no es un enemigo compasivo ni temeroso, y no me gustaría aguardar el resultado de semejante enfrentamiento. No podría soportar la idea de un combate entre Gelimer y él.

Las últimas noticias que tuve de Remismund me las proporcionó, sorprendentemente, el mismo Salla, al poco de nuestra llegada a Emerita. Aunque nunca hablé al godo de su existencia, aquel día dudé que cualquier secreto pudiera quedar oculto a su mirada escrutadora. No obstante, yo nada dije, y él nada preguntó. Supe de su boca que fue Teodomiro, el hombre que lo crio como su padre, el que rindió Olissipo a las tropas godas. En las negociaciones posteriores, Salla y el cabecilla suevo se reunieron para tratar las condiciones que se establecerían tras la rendición. Salla nos contó que Teodomiro parecía un hombre de honor y que pensaba que cumpliría la palabra dada; en caso contrario —dijo—, ya tendría una excusa para enviarlo al infierno y, si se pudiera, trasladar incluso la frontera más hacia el norte. Pero lo que me desarmó por completo fue que, mirándome a la cara, me habló del prometedor muchachito que acompañaba al suevo. Lo describió como alto, fuerte, de mirada inteligente, y me dijo que el color de su cabello y la forma de sus ojos le habían hecho sospechar de un posible origen alano, pero que sus indagaciones fueron mal recibidas, por lo que tuvo que conformarse con aceptar que se trataba del hijo del cabecilla suevo con una mujer hispana. Hurté mis ojos a la mirada inquisitiva de Salla y fingí escaso interés encogiéndome de hombros ostensiblemente. El godo masculló por lo bajo un nuevo comentario que estuvo a punto de dejarme sin respiración.

—Me estoy arrepintiendo de no haber exigido a Teodomiro que me entregara a su hijo como rehén, como condición para aceptar su retirada...

No dejo de pensar en qué habría ocurrido entonces. Me hubiera gustado tener la oportunidad de conocer al muchacho y de convivir con él. Por otra parte, la idea me abrumó: tenerlo junto a mí sin poder revelarle nada habría sido muy duro, pero presentarme como su padre y exponerme a su rechazo me parecía una alternativa aún peor. En cualquier caso, nunca sucedió. Quizá haya sido mejor así.

Ya oigo las voces alegres de Gelimer y de Culchw, que reclaman mi presencia. A su lado debe de estar Akhila, joven, grande y fuerte como lo era su padre cuando lo conocí a esa misma edad. Junto con sus amigos ayudará a este anciano a llegar hasta lo alto de la muralla, al mismo lugar en el que veintiséis años atrás acompañaba a su padre tarde tras tarde, para aguantar con poca paciencia las divagaciones de aquel joven alocado que pretendía convertir la ciudad en un lugar mejor. Finalmente, todas aquellas extravagantes ideas han terminado convirtiéndose en realidad, y hoy, en la primera semana de otoño del año de los cristianos 483, el *dux* Salla y el obispo Zenón se disponen a inaugurar su magnífica obra.

Mientras, en otros lugares de la diócesis, los hombres se enfrentan entre sí en una espiral de violencia sin fin. Hispanos contra suevos, godos contra hispanos, suevos contra godos y todos contra los salteadores y las partidas de desengañados que recorren los caminos. Pero las

generaciones futuras conocerán que en esa misma Hispania azotada por el hambre, la guerra y la traición existieron al menos dos hombres que trataron por todos los medios a su alcance de convertir la tierra sobre la que vivían en un lugar mejor, sin que les importara quiénes vivieran bajo su égida: hispanos, godos, alanos, vándalos e incluso suevos. Y sus nombres quedarán para siempre reflejados en la inscripción que hoy colocarán ambos en el remozado puente, y que reza así:

> La ruinosa vejez había disgregado las antiguas piezas y la fábrica pendía derruida y rota por el paso de los años. Había perdido su utilización el camino suspendido por el río y el derrumbamiento del puente no dejaba libre el camino. Ahora, en tiempos de Eurico, poderoso rey de los getas, durante los cuales se ocupó de cuidarse de las tierras que le habían sido entregadas, se afanó magnánimo en propagar su nombre con sus obras. También Salla unió su ilustre nombre a las inscripciones. Pues después que renovó la ciudad con excelentes murallas, no dejó de realizar esta mayor maravilla. Construyó los arcos, estableció los cimientos en lo más profundo del río y superó, aun imitándola, la obra admirable de quien la había proyectado. No en menor medida el amor a la patria impulsó al sumo sacerdote Zenón a construir tamañas defensas. La ciudad Augusta ha de permanecer dichosa durante siglos por el afán renovador de su *dux* y de su pontífice.

Esta noche, para celebrarlo, acudiremos al palacio de Salla y allí comeremos, reiremos, hablaremos —algunos cantaremos— y, como no podría ser de otra manera, beberemos por los viejos tiempos. No sería una noche muy diferente de otras tantas que hemos pasado dentro de los cálidos muros del palacio del *dux*, pero en esta ocasión me han prometido que podremos disfrutar de un manjar que llevo décadas extrañando: cada delicioso plato de los que vamos a degustar estará cocinado o aliñado con el afamado aceite de oliva procedente de la Baetica. El mayordomo de Salla, siguiendo la recomendación de su hermano, que sirve en Corduba a uno de los principales de esa ciudad —un antiguo patricio de nombre Olimpiodoro—, ha encargado que le surtan de esta delicia desde una pequeña hacienda situada en los alrededores de Hispalis. Por mi parte, disfrutaré soñando que los caprichos del destino han querido que fuera precisamente aquella donde tantos buenos ratos viví. Y así, cada gota dorada llenará mi alma con cálidos recuerdos de mi lejana juventud.

Nota histórica

Hasta aquí hemos llegado. Tras ser partícipe en primera persona de muchos de los hechos históricos más importantes acaecidos en la Hispania romana del siglo V, el bueno de Attax ha dicho basta. Las viejas y cansadas espaldas de nuestro protagonista no podían continuar deambulando durante mucho más tiempo por esos violentos caminos, espada en mano, como él mismo diría.

Pero alguien más tiene gran parte de «culpa» de este fin. Aunque figuradamente, esta recae sobre la pluma de Hydacio, obispo coetáneo de nuestro imaginario alano durante ese turbulento siglo V, y principal fuente de información para conocer ese peculiar periodo. El que fuera obispo de la actual Chaves abandonó a sus feligreses, y este mundo, en el año 469 de nuestra era, dejando huérfanos nuestros ojos y oídos de lo que sucedió en aquellas tierras en los años posteriores. Por desgracia para él, murió pensando que la aparición de las hordas de salvajes invasores no era más que una de las pruebas de que el fin del mundo, como vaticinaba el evangelista Juan en su Apocalipsis, se encontraba cercano.

Esta novela, la que cierra el ciclo que comenzara en la tranquila finca de Balbo, en la soleada Hispalis, se inicia tras la cruenta batalla librada entre los godos y los habitantes del castro Coviacense durante el retorno del victorioso ejército de Teodorico II hacia sus bases aquitanas. Una vez finalizado ese sangriento episodio de nuestra historia, sus protagonistas emprenden el camino de vuelta al que por entonces era su hogar, Lucus Augusti. De nuevo a través del cronista Hydacio sabemos que durante los años que siguieron a la intervención de Teodorico II, hasta el año 460 d.C., no queda constancia de que tenga lugar ningún hecho de relevancia en los alrededores de la gran capital del antiguo Convento Lucense. Hasta que, como se recoge en el libro, durante la celebración de la pascua de ese mismo año, todo cambió para los habitantes de la hasta entonces pacífica ciudad augusta. Durante la celebración de la fiesta, siempre según Hydacio, los suevos que vivían en los alrededores de la ciudad aprovecharon el bullicio reinante para asesinar al rector de la urbe y a muchos de sus principales ciudadanos. Esa afirmación fue la que, en el momento de sumergirme en esta saga y su tiempo, me llevó a plantear la peculiar situación de este enclave, que ya describo en el primer libro. Anteriormente a esta noticia de Hydacio, no hay mención que afirme que la ciudad estuviese en poder suevo, como por ejemplo sí se recoge respecto a otras ciudades de Gallaecia, como Braccara Augusta. Por esta razón, la he presentado como una urbe independiente, igual que lo era gran parte del territorio de Gallaecia. No hay que olvidar que las estimaciones de los historiadores cifran en unos veinte mil los suevos que penetraron en la península Ibérica, de los que solo la cuarta parte serían hombres de armas; en contraposición, la población de la antigua provincia de Gallaecia en el siglo anterior alcanzaba casi la cifra del millón de habitantes, por lo que resulta lógico descartar un dominio total de los invasores sobre el territorio. Aun así, Lucus no debió de permanecer del todo ajena a sus nuevos vecinos, con los que sus habitantes debían convivir sin romper el delicado *status quo* que dominaba la situación de la antigua provincia.

En la novela también he asumido que el órgano de gobierno de la ciudad radicaba en un

«consejo» de los principales ciudadanos, con su correspondiente administración, y un sistema burocrático similares a los que en su momento habría bajo el gobierno provincial. Y he considerado que su rector, título recogido por Hydacio, debía de ser un ciudadano relevante, probablemente un importante *honestiores* romano, como pudo haberlo sido el rico Cantaber en Conimbriga. El nombre de Palagorio es ficticio, ya que por desgracia ninguna nota histórica ha recogido el nombre de este personaje, sino tan solo su título y la noticia de su muerte.

Así, siguiendo la crónica de Hydacio, señalamos esa fecha de la pascua de 460 como el comienzo del dominio suevo en Lucus Augusti; aunque, por supuesto, lo que aparece descrito en estas páginas acerca del día a día de Lucus, así como los pormenores de su caída en manos suevas, se deben a una interpretación particular que tal vez poco o nada tenga en común con la realidad, por mucho que trate de ser fiel a las pocas fuentes con las que se cuenta.

El pueblo de los aunonenses también aparece por primera vez en la historia en las crónicas de Hydacio, en las que se hace referencia a los combates que aquellos libraron contra los suevos durante varios años. Cuando fui consciente de la escasa información disponible sobre este pueblo pensé que debían tener un papel importante en esta novela, ya que las dudas acerca de su existencia por un lado limitaban, pero por el contrario daban carta blanca a la imaginación del novelista. ¿Qué se puede decir de un pueblo que no debería existir en un periodo en el que la refinada civilización romana debiera primar? Un pueblo del que se desconoce todo, incluso su localización geográfica, y del que durante la época prerromana ni siquiera se cita su nombre. No como astures, cántabros u otros pueblos con registros anteriores y posteriores a esta fecha. Tan solo ha llegado hasta nuestros días su denominación y su lucha contra los invasores suevos pasado el ecuador del siglo V. En definitiva, un descubrimiento tan fascinante como desconcertante, que ocupa un lugar preeminente en esta última novela. Su ubicación, sus costumbres y sus nombres son fruto de la interpretación novelesca de este aficionado a la historia en su afán por encontrar respuestas a un enigma tan interesante.

He situado a este «pueblo incógnito» en los bosques de Orense y el norte de Portugal, porque para el desarrollo de la novela me resultaba lo más adecuado. Hay autores que llegan a afirmar que se encontraban en los alrededores de la actual Tuy, y otros tantos los sitúan en las sierras de la actual provincia de Orense y su frontera con Portugal. Para la trama de la novela, me resultaba más interesante esta segunda opción, ya que así sería un punto obligado de paso entre la moribunda Lucus y la, para Cayo, esperanzadora Tarraco.

La aparición de Frogga a esas alturas de la novela no es gratuita, pese a que pudiera parecer simplemente una buena forma de que nuestros protagonistas reciban información de primera mano sobre sus amigos visigodos. En verdad un ejército godo al mando del *dux* Sunierico trató infructuosamente de hacerse con la ciudad de Lucus Augusti tras la toma de esta por los suevos. Según Hydacio, tres ciudadanos hispanos llamados Ospinio, Dyctinio y Ascanio engañaron al ejército visigodo y provocaron su desgracia. No se sabe cómo sucedió esta, así que el modo en que lo cuenta Frogga es en realidad una interpretación. Por si alguien llega a preguntarse cómo conocía tan bien Hydacio los nombres de esos tres ciudadanos a los que denuncia en su crónica, le adelanto que, según el obispo, esos mismos hombres fueron los responsables de su captura por parte de los suevos ese mismo año.

Como ya he comentado, por Hydacio —después de su encierro— sabemos también que, entre los años 464 y 467, en algún lugar de Gallaecia se entabla una encarnizada lucha entre los aunonenses y los suevos. Las batallas, la estrategia defensiva e incluso los nombres de las localizaciones que aparecen en el libro son fruto de una interpretación personal que trata de

adaptarse a los escasos datos conocidos: en definitiva, una solitaria frase en la crónica de un obispo muerto hace más de mil quinientos años. Algunos de los nombres responden a topónimos prerromanos recogidos en la zona, principalmente astures y celtíberos.

Por otro lado, y atendiendo siempre a la misma fuente, se sabe que durante esos años de guerra despiadada, una embajada goda, al mando de un cabecilla llamado Salla, intercede por los aunonenses frente a los suevos, buscando la firma de un tratado de paz entre ambos pueblos, algo que parece que finalmente no fue posible.

La muerte de Hydacio pocos años después cubre con un negro manto de ignorancia lo sucedido en Hispania durante los años posteriores. Sin embargo, sus últimos apuntes indican que finalmente fue el pueblo suevo quien salió vencedor de esa contienda, aunque los aunonenses continuaron manteniendo cierta independencia.

Cuando algún tiempo antes de tener claro el desarrollo de esta novela apunté entre mis notas el nombre de este caudillo visigodo, me impresionó que ese mismo nombre volviera a aparecer dieciséis años más tarde en otro lugar de la diócesis. Como argumenta el historiador Javier Arce, desconocemos si el Salla que acaudilla la embajada entre aunonenses y suevos es el mismo que en el año 483 se encuentra en la ciudad de Emerita Augusta. Pero para un apasionado de la historia y novelista, semejante coincidencia es una bendición que no se puede dejar de aprovechar, por lo que en este último libro se puede revestir de un cierto carácter histórico al afable y perfeccionista hijo del *comes* Akhila.

Algunos expertos, a los que en este libro me sumo sin serlo, señalan el año 469 como aquel en el que tropas visigodas toman el control de la antigua Emerita Augusta, descartando que hubiera una guarnición permanente desde el año 456, fruto de la primera invasión de Teodorico II. En el año 483, según una inscripción del *Codex Toletanus*, que se recoge en el epílogo de la novela en la traducción de Isabel Velázquez, el antiguo puente romano de la ciudad y la muralla son reconstruidos gracias a los desvelos del *dux* Salla y del sumo pontífice Zenón. Así, el torpe y crédulo diácono Zenón de la segunda novela de esta serie se convierte en esta tercera en el erudito obispo de la mayor urbe de la Hispania tardoantigua.

El libro finaliza tal y como había deseado desde que imaginé por primera vez embarcarme en esta aventura. Después de múltiples penalidades y la pérdida de muchos amigos, nuestros héroes recogen los frutos de su agitada vida. Llegados a este punto, personajes como ellos merecen, al fin, vivir.

Topónimos latinos

Aernus (puertas de): localización de nombre ficticio, basado en la deidad prerromana Aernus

Africa: provincia romana

Anas: río Guadiana

Aquae Flaviae: Chaves (Portugal)

Armorica: región de la Galia romana, actual Bretaña francesa

Arreurum: localización ficticia

Asturica Augusta: Astorga

Aurelianorum: Orleans (Francia)

Aunonia: región situada en algún lugar de Gallaecia, que recibe dicho nombre en el siglo V

Baetica: provincia romana de la diócesis hispana

Bergidum: yacimiento arqueológico de Castro Ventosa

Braccara Augusta: Braga (Portugal)

Brigantium: A Coruña

Britannia: provincia romana

Britonia: poblado gallego, precursor de Bretoña

Burdigala: Burdeos (Francia)

Caesaraugusta: Zaragoza

Campos Catalaúnicos: campo de batalla en algún lugar cercano a la actual ciudad de Orleans (Francia)

Carthaginense: provincia romana de la diócesis hispana

Conimbriga: ciudad romana cercana a la actual Condeixa a Nova (Portugal)

Congarna: castro de Congarna

Corduba: Córdoba

Coviacum: Valencia de Don Juan

Curunda: ciudad prerromana situada en algún lugar sin de-terminar de la región sur de la Gallaecia romana

Emerita Augusta: Mérida

Galia: diócesis romana

Gallaecia: provincia romana de la diócesis hispana

Germania: tierra de los germanos

Hispalis: Sevilla

Hispania: diócesis romana

Judea: provincia romana

Lucus Augusti: Lugo

Lugdunum: Lyon (Francia)

Lusitania: provincia romana de la diócesis hispana Malaca: Málaga

Mediolanum Santonum: Saintes (Francia)

Norba Caesarina: Cáceres

Ocellum (fuentes de): poblado prerromano, probablemente situado en la provincia de Zamora

Olissipo: Lisboa (Portugal)

Pallantia: ciudad de Hispania, identificada por algunos autores como Palencia

Pompaelo: Pamplona

Portus Cale: Oporto (Portugal)

Ravena: Rávena (Italia)

Salmantica: Salamanca

Scallabis: Santarem (Portugal)

Singilis: río Genil

Tagus: río Tajo

Tarraco: Tarragona

Tarraconensis: provincia romana de la diócesis hispana

Tolosa: Toulouse (Francia)

Ucubi: Espejo

Urbicus: río Órbigo

Términos latinos

Ala: unidad militar en época romana

Cardo maximus: una de las calles principales de una ciudad romana

Castellum/a: fortaleza/as

Casus belli: motivo de guerra

Caupona: antiguo nombre recibido en Roma por las tabernas en las que se servía comida rápida

Comes: conde

Domus: casa unifamiliar romana, propia de familias pudientes

Dux: duque

Gallaecii: nombre dado en época tardorromana a los habitantes de la provincia romana de Gallaecia

Gladius: espada corta

Imperator: emperador

Impluvium: en una *domus*, estanque en el que se recogía el agua de lluvia

Insulae: bloque de apartamentos, propio de clases humildes

Limes: frontera fortificada

Magister militum: máximo título militar en época del Bajo Imperio

Mauri: nombre dado a los habitantes de África noroccidental en época tardorromana

Modius: unidad de medida para productos sólidos

Optio: oficial romano

Primipilus: primer centurión de la primera cohorte de una legión romana

Spatha: espada larga de caballería

Tabernae: locales situados junto a la puerta principal de las *domus* romanas

Tablinum: habitación de una casa romana que equivaldría al actual despacho

Triclinium/a: habitación de una casa romana en la que se solía comer acostados

Acompaña a Attax en su hazaña final por una Hispania a la deriva. Tercera entrega de la trilogía histórica «Las cenizas de Hispania».

Las piras aún humean tras la batalla por Coviacum, y el viento esparce las cenizas que recuerdan la derrota visigoda. Con el rey Teodorico ya en la Galia, el tablero de juego de las provincias hispanas deberá reordenarse una vez más, ya libre de la injerencia de fuerzas externas.
Con su venganza ya consumada, para Attax y sus compañeros es tiempo de regresar a Lucus para hacer honor a la palabra dada y tratar de restañar las heridas sufridas. Pero las consecuencias que ha provocado el conflicto armado están lejos de cicatrizar, y es tan solo cuestión de tiempo que la llamada a las armas vuelva a resonar en las ciudades, valles y montañas de una Hispania moribunda.

Comparte con Attax el desenlace de la aventura que le ha permitido ser partícipe de muchos de los acontecimientos que sacudieron Hispania en los convulsos años que precedieron a la desaparición del Imperio romano.

«Una adictiva trilogía ambientada en una Hispania convertida en campo de batalla entre suevos, vándalos y alanos. Una intensa, emocionante y excelentemente documentada historia de aprendizaje y superación.»
Fran Zabaleta

José Zoilo Hernández (Tenerife, 1977) es un biólogo de profesión que trabaja en el ámbito de la agricultura y el desarrollo rural. Aunque su labor profesional ha discurrido por el campo de las ciencias, es un auténtico apasionado de la Historia desde muy temprana edad.

El alano fue su primera novela y con ella inició la épica trilogía, «Las cenizas de Hispania», una apasionante recreación de la Hispania tardorromana. *Niebla y acer* fue la esperada continuación. Con *El Dux del fin del mundo*, José Zoilo Hernández pone fin a esta espectacular recreación de un momento decisivo de la historia de la península Ibérica.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, José Zoilo Hernández
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Samuel Gómez
Imagen de portada: Trevillion

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6623-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin Random House Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

El dux del fin del mundo

Prólogo
Capitulo I
Capitulo II
Capitulo III
Capitulo IV
Capitulo V
Capitulo VI
Capitulo VII
Capitulo VIII
Capitulo IX
Capitulo X
Capitulo XI
Capitulo XII
Capitulo XIII
Capitulo XIV
Capitulo XV
Capitulo XVI
Capitulo XVII
Capitulo XVIII
Capitulo XIX
Capitulo XX
Capitulo XXI
Capitulo XXII
Capitulo XXIII
Capitulo XXIV
Capitulo XXV
Capitulo XXVI
Capitulo XXVII
Epílogo
Nota histórica
Topónimos latinos
Términos latinos

Sobre este libro
Sobre José Zoilo Hernández
Créditos